

R
Göingelut

DG

Polan

215174

dx 7 136432

CB 1170251

ANALES

DE

ESPAÑA

DESDE SUS ORIGENES HASTA EL TIEMPO PRESENTE,

POR ORTIZ DE LA VEGA.

TOMO I.

MADRID,

LIBRERÍA DE D. JOSÉ CUESTA,

Y TAMBIÉN

EN LA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,

IMPRENTA DE CERVANTES.

CALLE DE FERNANDO,

NÚMERO 2, ESQUINA A LA RAMBLA.

1857.



CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION.

Los ANALES DE ESPAÑA (1) se publicarán periódicamente en diez tomos en fólleo menor. Cada uno de ellos estará dividido en veinte entregas lo menos, en treinta entregas lo mas. Todo cuanto pase del número de treinta entregas por tomo será gratis. Cada entrega constará de ocho páginas de texto y una lámina, ó bien de doble texto sin ella. Se publicarán semanalmente una ó dos entregas (2). Cada entrega costará un real indistintamente en todos los puntos del reino. Los mapas que daremos serán primorosamente iluminados, y se contarán por una lámina aunque sean dobles.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

MADRID, CUESTA, Y PUBLICIDAD. — BARCELONA, IMPRENTA DE CERVANTES, calle de Fernando, esquina á la Rambla. — Y en los demas puntos en casa de los corresponsales de la IMPRENTA DE CERVANTES.

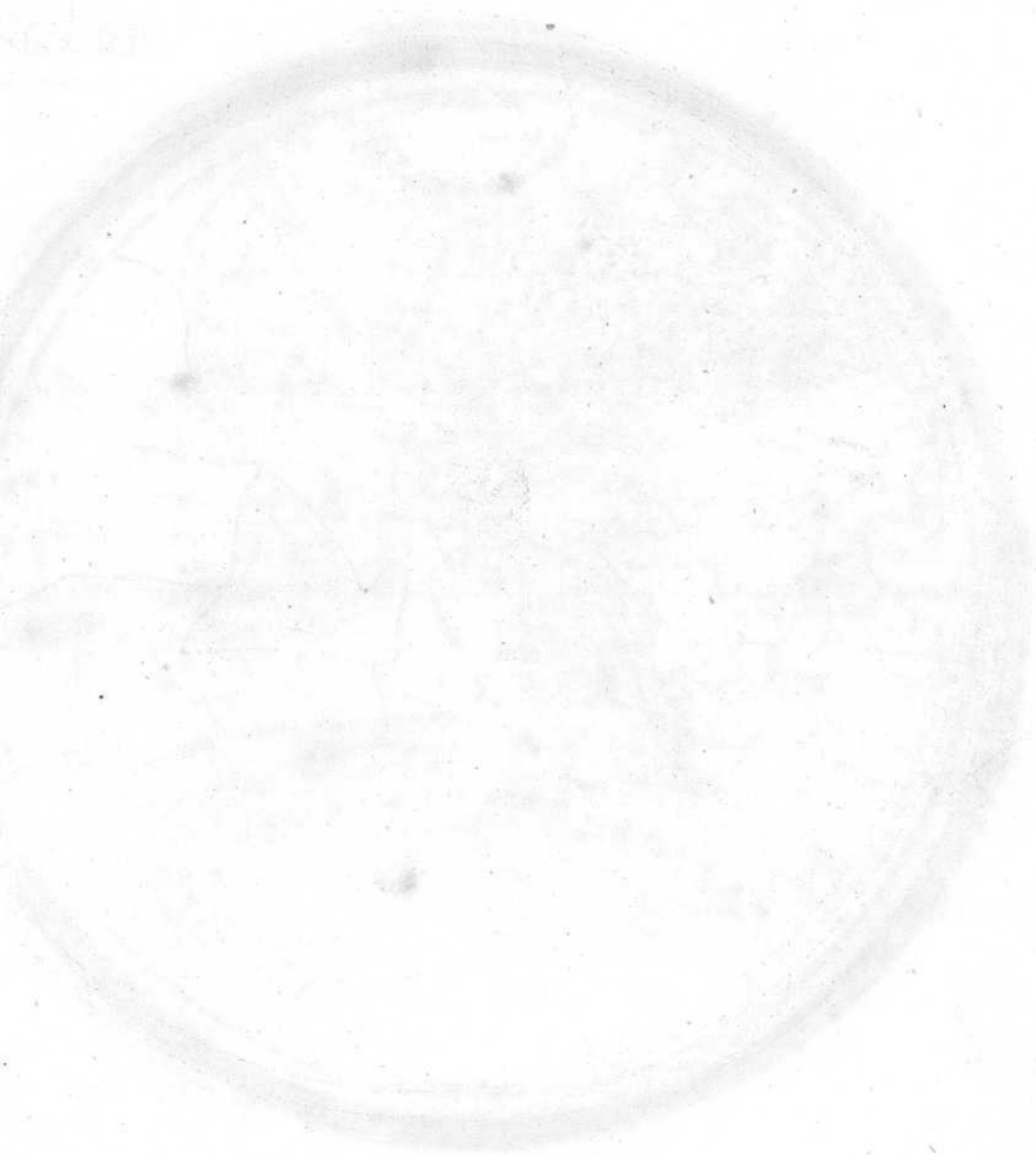
(1) Los editores Lebrun y Compañía de París han obtenido privilegio para traducir esta obra en francés. Y se hace esta reserva en virtud de los tratados internacionales sobre propiedad literaria. — NOTA DEL EDITOR.

(2) Como el autor se ha reservado la última revision del pliego de prensa, solo en el caso de enfermedad ó ausencia suya podria sufrir algun retraso la publicacion de la obra; retraso que siempre quedaria compensado por el esmero que se observará en la correccion de las pruebas. — NOTA DEL EDITOR.

BARCELONA: Imp. de CERVANTES, á cargo de Alejo Sierra, Aurora, 12. — 1837.



R. 102471



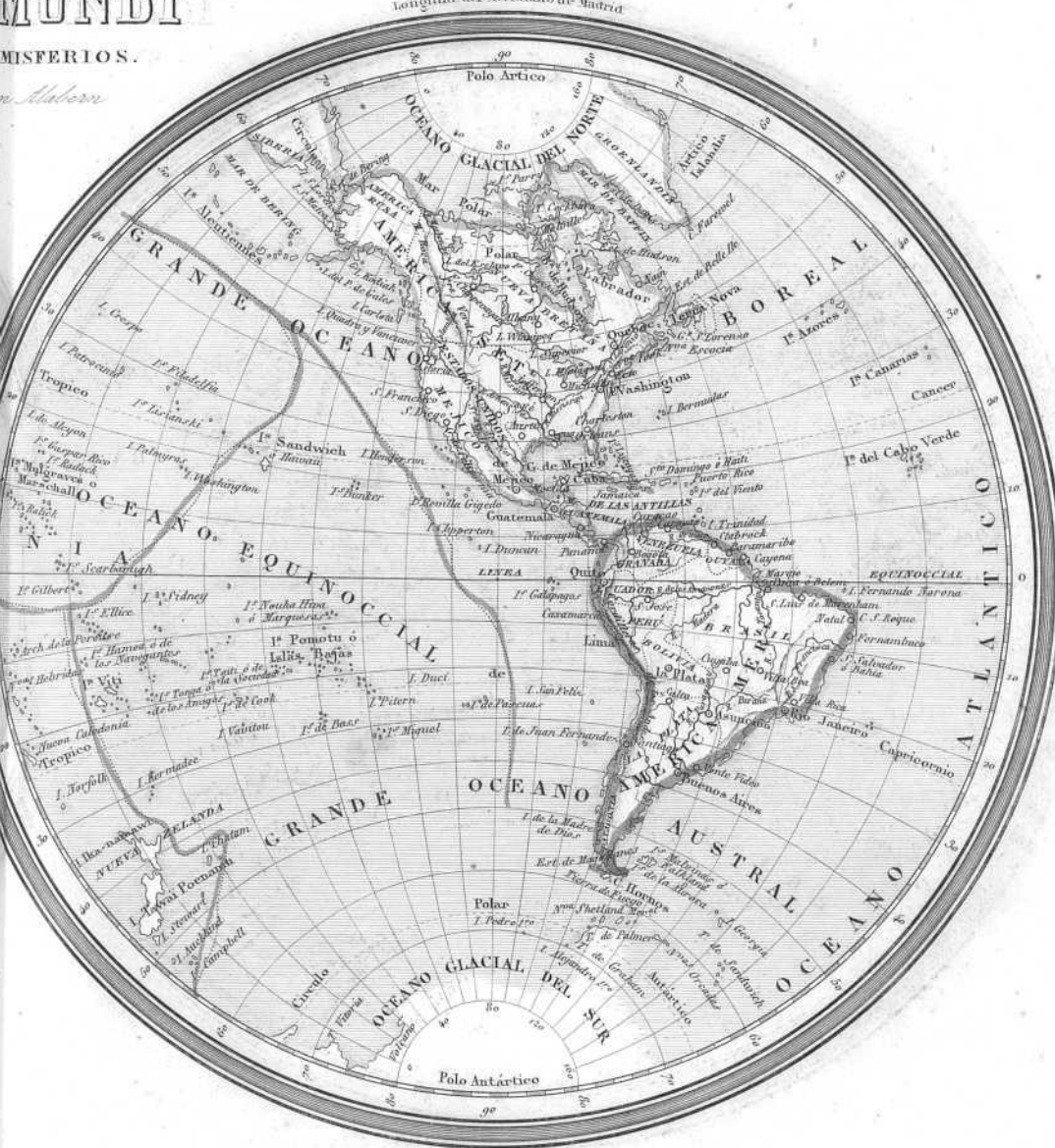
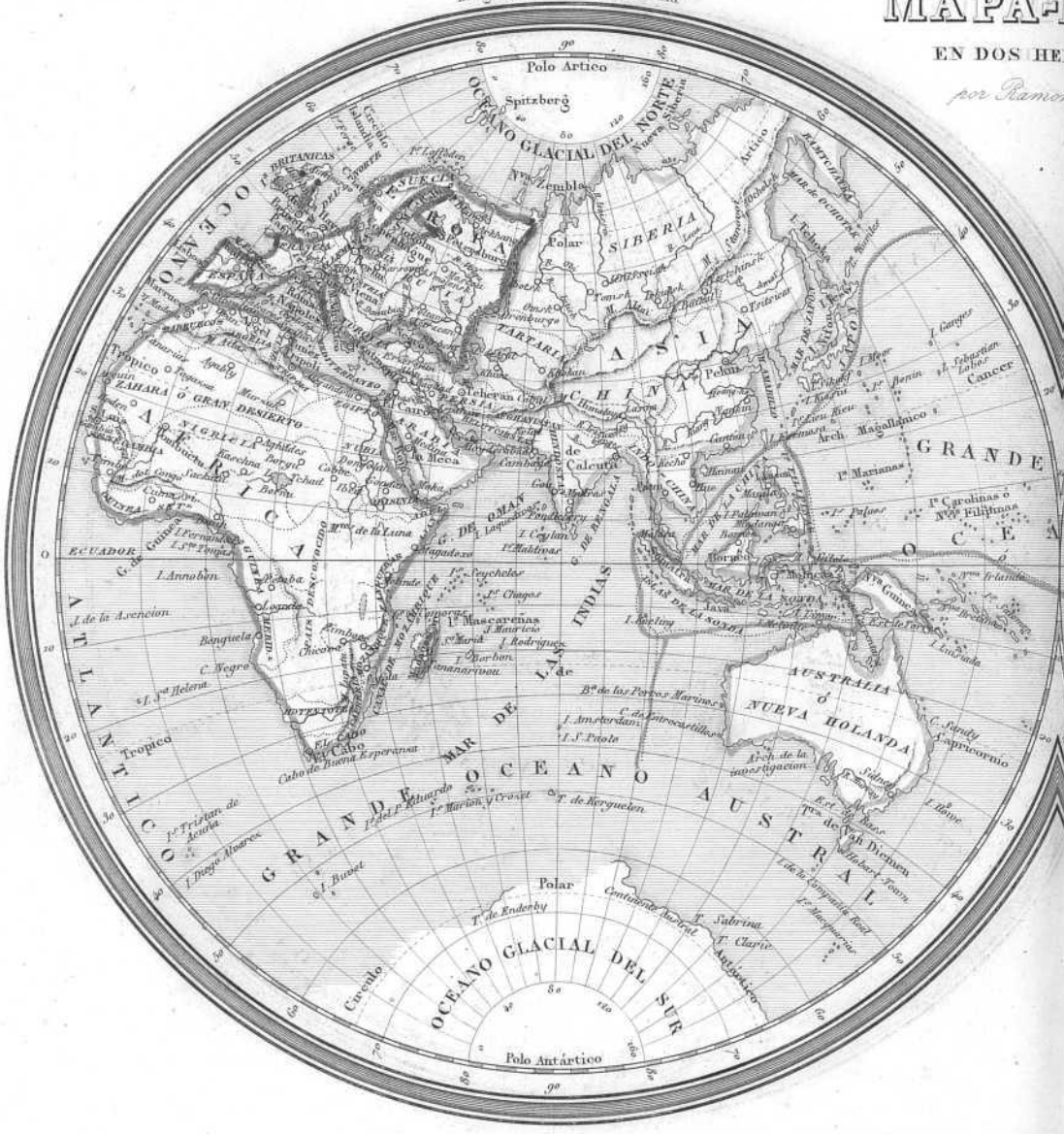
Longitud del Meridiano de Madrid

MAPA-MUNDI

EN DOS HEMISFERIOS.

por Ramon Maberu

Longitud del Meridiano de Madrid



PRÓLOGO.

No sin visos de fundamento los escritores griegos colocaron en España los Campos Eliseos y el Tártaro, pues ningún país del mundo ofrece mayores encantos que el nuestro cuando las pasiones humanas no le convierten en morada de las furias. Le hemos recorrido antes de escribir sus anales, buscando en él los vestigios de los desastres trazados por los geólogos, las señales de la devastación descrita en el capítulo siete del Génesis, y las huellas de sus primeros habitantes. En sus minas, hemos visto convertidas en carbon de tierra las que miles de años há fueron selvas inmensas al aire libre; y subiendo á sus cordilleras hemos hallado lo que hoy en día encierra el océano; y en el llano, en el monte, y en las costas hemos visto reliquias del amor religioso de la raza de Sem, rastros del orgullo de los hijos de Cam, é indicios del genio social de la familia de Jafet. De suerte que, al dar comienzo á nuestro libro, nos ha sido forzoso tomar un camino distinto del de nuestros predecesores (1).

(1) Ni siquiera hemos podido descansar en la fidelidad de sus citas, y este desengaño nos sirvió, haciéndonos acudir á las fuentes, aunque obligándonos á llenar de notas nuestro tomo primero. Y aquel defecto no es propio solamente de alguno de nuestros historiadores antiguos, pues los modernos, extranjeros y nacionales, los aventajan en negligencia. Por ejemplo, el estudioso Romey en el tomo I, página 62 del original, dice «que los egipcios tomaron de los fenicios su traje,» y cita á Herodoto, lib. II, cap. 81. En tal capítulo Herodoto no habla de los fenicios; y al contrario en el cap. 79 del mismo libro, dice «que los egipcios no tomaron nada de los extranjeros.» El laborioso Lafuente, tomo I, pág. 403, dice «que el tribunal de ciento salvó á la república de Cartago de toda tentativa de trastorno,» y cita á Aristót. Política. Lo que dice Aristóteles en el lib. II, cap. 9 de su Política, es «que el tribunal de los ciento cuatro (no ciento) elegido entre los ricos, inspiraba mas amor al dinero que á la virtud, y convirtió á la nación entera en un pueblo de ávidos especuladores;... que la paz de Cartago era un beneficio de la fortuna;... y que si Cartago experimentaba reveses, y sus súbditos se rebelaban, no hallaría en su constitucion remedio para restablecer el orden.» No dijo, pues, Aristóteles lo que se le hace decir, sino que profe-

Y luego otras consideraciones nos han obligado á no cambiar de rumbo. Las historias generales del reino que poseemos ni son completas, ni satisfacen á la generacion presente. Hombres sesudos, probos, é investigadores diligentes los mas, demasiado hicieron consignando las creencias históricas de su siglo, en el modo y forma conocidos. Y no falta quien afirma que una razon de estado pudo dirigir su pluma al caer en el error de tomar por España las Castillas. Otros opinan que la historia está puesta mas alto que las razones de estado. El mas sabio y el mas virtuoso (1) de los antiguos dijo que la tierra es con respecto al cielo lo que los senos del mar con relacion al ambiente en que vivimos; en ellos hay mas obscuridad; entre nosotros hay cavernas tambien, y nieblas, y otro flúido en el cual nacemos, vegetamos, y sucumbimos; pero nuestra region es la de la inteligencia, que pugna por separarse de ese otro mar de aire, y volar; y solo remontándonos en ella á los espacios mas puros se halla el éter en donde respira el genio. Si á alguna ciencia puede aplicarse esto, sin duda será á la historia, ya que en ella el escritor necesita colocarse á mayor altura para conocer los móviles de las acciones humanas. Una de las leyes de Zaleuco (2), y en opinion de muchos la mas profunda, era la octava, segun la cual debia mirarse como un gérmen de maldades el que un ciudadano prefiriese los intereses de su pueblo, ó de su distrito, á los de su patria: de suerte que hubiera sido un crimen decir, amo mi república de Atenas, pero puede en mí mas el amor á mi pais natal Eleusis. Y si á un simple ciudadano le era imputada á deslealtad tal preferencia, ¿qué se dirá de los llamados historiadores generales de nuestra nacion cuando en todas sus paginas nos dicen, soy español, pero ante todo carpetano?

Doloroso es ver que los hombres dedicados á historiar las glorias y los desastres de un pueblo grande no hayan sabido despojarse de los hábitos de provincialismo, elevarse en el pensamiento, recorrer con una mirada la península, y convencerse de

lizó la ruina de Cartago. El mismo Lafuente, tomo i, págs. 320 y 321, notas, se apoya en Justino, lib. xlv, y le hace indicar que la guerra contra los fenicios de Gades sucedió en el reinado del hijo de Argantonio. Ciertamente que Justino trata en dicho lib. xlv, desde el capítulo 1 al 5 y último, de las cosas de España, y habla de Teucro, Gargaris, Abidis, Gerion, y hasta de los titanes; pero no menciona á Argantonio, ni á su hijo. El mismo, tom. i, pág. 347, copiando á Romey tom. i del orig. pág. 114, cita la respuesta de los volcianos á los romanos, como sacada de Polibio. En este autor griego no hay tal cosa: Lafuente y Romey debieron citar á Tito Livio, lib. xxi, c. 19. Dunham, mucho mas ligero en sus citas que los ya nombrados, dice, tom. i, introduccion, que «segun Herodoto, los celtas son el pueblo mas al ocaso en Europa.» No hay exactitud en tal cita. Lo que dice Herodoto, lib. ii, cap. 33, es «que los celtas moran mas allá de las columnas de Hércules, y que son limitrofes de los cinesios, último de los pueblos que habitan la parte occidental de la Europa.»

(1) Sócrates, en el Phedon, por Platon.

(2) Aristóteles las ha conservado en una de sus obras, «Principios de las leyes, y declaracion de los deberes del ciudadano de Zaleuco.»

que no en vano nuestros príncipes, al juntar en uno los mas poderosos reinos de nuestra patria, ya no se llamaron señores de Aragon, Navarra, Leon ó Castilla solamente, sino reyes de España. Pero, así como en la Gaceta no se ven otras armas de España que los leones y los castillos, y al salir triunfante el honor nacional defendido con sangre española, no se mienta comunmente la España, sino los pendones castellanos; y al hablarse en la Guía nacional de nuestros antiguos reyes, hasta los de Aragon y los de Navarra son reputados indignos de estar en lista: de la misma manera que esto pasa en el centro de la península por un efecto de las pequeñeces humanas, no de otra suerte para nuestros historiadores generales Castilla es España. Las equivocaciones, los errores, los descuidos, no son lunares como no recaigan en cosas de Castilla.

Semejante proceder no le creemos digno de alabanza. Sea porque la razon nos dicte otra senda, ó sea tal vez porque estemos familiarizados con los escritores de la antigüedad, y no hallemos en ellos aquella costumbre: es lo cierto, que entendemos que nuestra historia nacional puede ser tratada de otra suerte. Y cuando el padre de los historiadores principia su obra diciendo que ofrece el resultado de sus investigaciones para que el tiempo no borre los hechos memorables de sus compatriotas (1), ni los de los mismos bárbaros, desde luego acatamos en él á un escritor imparcial; y si le seguimos en sus viajes hechos con la mira de poder hablar de los enemigos de su patria con completo conocimiento de causa (2), crece nuestra estimacion, y decimos, éste es un buen modelo. Ni vale disfrazar con el desden aquella penuria de diligencia y de discurso, fomento de dichos errores: pues si Natal Alejandro (3), y otros con él, se apoyan á veces en la máxima cómoda de que es mejor dudar de lo oculto que litigar sobre lo incierto, esto lo hacen cuando está agotado el arsenal de conocimientos que poseen, y nó antes: como si dijese, esto afirman unos, á esto se inclinan otros, el lector elija; manera de escribir conveniente y digna.

Otra consideracion nos movió asimismo á no dejar de pecho nuestro libro, y fué el ver con qué facilidad eran admitidas entre nosotros y naturalizadas varias historias de España escritas por extranjeros, dignos de consideracion los mas y laboriosos, pero propensos, unos á dar mas crédito á las leyendas árabes que á las nuestras, y muy inclinados otros á no ver en nuestra tierra mas que galos, y á deprimir por puro

(1) Herodoto, lib. 1, cap. 1.

(2) Ib. lib. 1, II y III passim.

(3) Nat. Alex. ÆTAS MUNDI, I, diss. II, prop. 2, al fin.

albedrío. Hombre hay que llamará forajidos á nuestros héroes, y citará en su apoyo á un autor árabe: que es como si llamásemos grandes bandidos de las naciones á Ciro y á Cambises solo porque un hebreo dió semejante apodo á los dominadores de su patria. Y nos pareció natural no dejar sin correctivo dicha comezon de los extraños ni aquella candidez de los propios. No por esto nos alucina el amor á nuestra patria: antes en cada página de sus destinos deseamos hallar lecciones provechosas.

Triste cosa es á la verdad tener que buscar enseñanzas entre las ruínas; y mas triste y deplorable es la fatalidad que hace que nadie escarmiente en cabeza agena, sino que de unas mismas pasiones nazcan de tiempo en tiempo idénticas calamidades: ley tremenda de ese torbellino que llamamos orbe. No nos ciega, nó, aquel cariño hasta el punto de desconocer que la plaga mas cruel para nuestra patria ha sido la soberbia, legado funesto de la raza de Cam, arrogante, valerosa, altiva, despreciadora de pueblos, de progenitores, y de dioses, y amancillada con la maldición paterna. Son muchos los que creen que esa Africa que tenemos delante, ahora recorrida á nuestra vista por los franceses, hubiera sido sin aquella soberbia una provincia española; y dicen que el porvenir de la España estaba en la posesion de las dos orillas del estrecho gaditano; y que debió ocuparlas por el natural reflujo de los pueblos que de invadidos se convierten en invasores. La Grecia habia castigado á Jerjes sojuzgando su imperio; los escitas á la ambiciosa Roma ocupando el occidente; los otomanos, repelidas las cruzadas, borraron del mapa el bajo imperio: y visto esto se lamentan de que la Mauritania quedase poco menos que ilesa despues de haber paseado por espacio de ocho siglos la media luna por nuestros campos. Esa América, añaden, que hubo de ser el mejor timbre de nuestras glorias, está llena tambien de amargos frutos de dicha soberbia lastimosa: pues mientras la raza anglo-sajona ha creado en ella un estado poderoso, respetado dentro y fuera, la nuestra engendró unas naciones altaneras, juguete de propios y de extraños. Esa Lisboa, dicen, destinada por la naturaleza á formar parte de la Iberia, es otro ejemplo de lo que puede aquella pasion mal contenida: pues así como la sal ática enemistó y perdió á dos pueblos del Peloponeso, del mismo modo una altiva y mordaz ironía nos hizo perder la Lusitania. A aquella soberbia la acusan asimismo de haber saqueado Roma, perdido la Flandes, el Rosellon, la Italia, convertido en un desierto los vertientes de esas Alpujarras antes llenos de pensiles, reducido á treinta mil los trescientos mil habitantes de Córdoba, echado por tierra millares de granjas, cortijos, pueblos y aldeas que ceñian á la bella Hispalis, y despoblado en nuestra patria provincias

enteras. En todas las razas humanas existe la soberbia; pero solo parecen por ella los que la entregan sus destinos. De vez en cuando, por un milagro de la Providencia, las nacionalidades erguen la frente, corridas de seguir tan fatales derrotas, y dan al mundo ejemplos claros: pero esas epopeyas pasan al dominio de la fantasía como los cuentos de las hadas, y aquella condición fiera vuelve á apellidarse árbitra y señora. ¿A qué ley ha faltado, pues, nuestra nación, para que estemos condenados á verla entregada sin fruto al trabajo de Penélope? ¿No es España la patria de reyes y héroes famosos, de capitanes inmortales, de hombres los mas eminentes en letras y en doctrina? ¿Qué especie de anatema, pues, lleva consigo para que todo cuanto toque se vuelva árido como la peña? Circundada de auréolas, y tomada de vértigo en medio de unos triunfos que fueron el asombro de las gentes, dijo que no reconocía ni al Dios de Abraham que perdonaba á una ciudad con tal que en ella hubiese diez justos, ni al de Moisés que enviaba el maná á su pueblo, ni al de David á quien enternecía una lágrima de arrepentimiento, ni al del Calvario que dijo, «perdónalos, Padre;» sino al Dios del Diluvio: y por esto lo que ella levanta al momento es inundado. Por este camino sembrado de glorias se ha perdido nuestra España; y, excitada la codicia de los grandes imperios, ha sido dividida primero, sojuzgada luego, por Cartago, Roma, los godos, los sarracenos, los austríacos, y Luis XIV. Un día los españoles, cansados de ser víctimas de la propia fiereza, prefirieron el idioma romano al ibero; hoy prefieren el francés al castellano; pensaron entonces y vistieron á la romana, y suspiraron por los usos del Capitolio; hoy meditan á la francesa, llevan traje francés, y solo tienen en boca los inventos, las instituciones, la templanza y la industria de la Francia; de esa Francia que pasó ya tres veces el Pirineo, para lidiar con el Austria una, con el inglés y con nuestros padres otra, y como árbitra en nuestras miserias la tercera.

¿Cuál es pues el deber de los que estudian las causas del malestar de los pueblos y tienen á su Dios, á sus reyes y á su patria un apego inalterable? Buscar en los pasados infortunios la medicina para los presentes, sin ofuscar al débil ni dar incienso al fuerte, ante el amago del séplimo yugo que una mala estrella nos tiene deparado.

¿Pero existe, se nos dirá, verdadera necesidad de que se escriba una nueva historia de nuestra patria bajo el punto de vista ibérico, nacional é independiente? *NEC SE SCIAM, DICERE AUSIM*, responderemos con Tito Livio (1). Diremos, sí, que las lec-

(1) Hist. Rom. in pref.

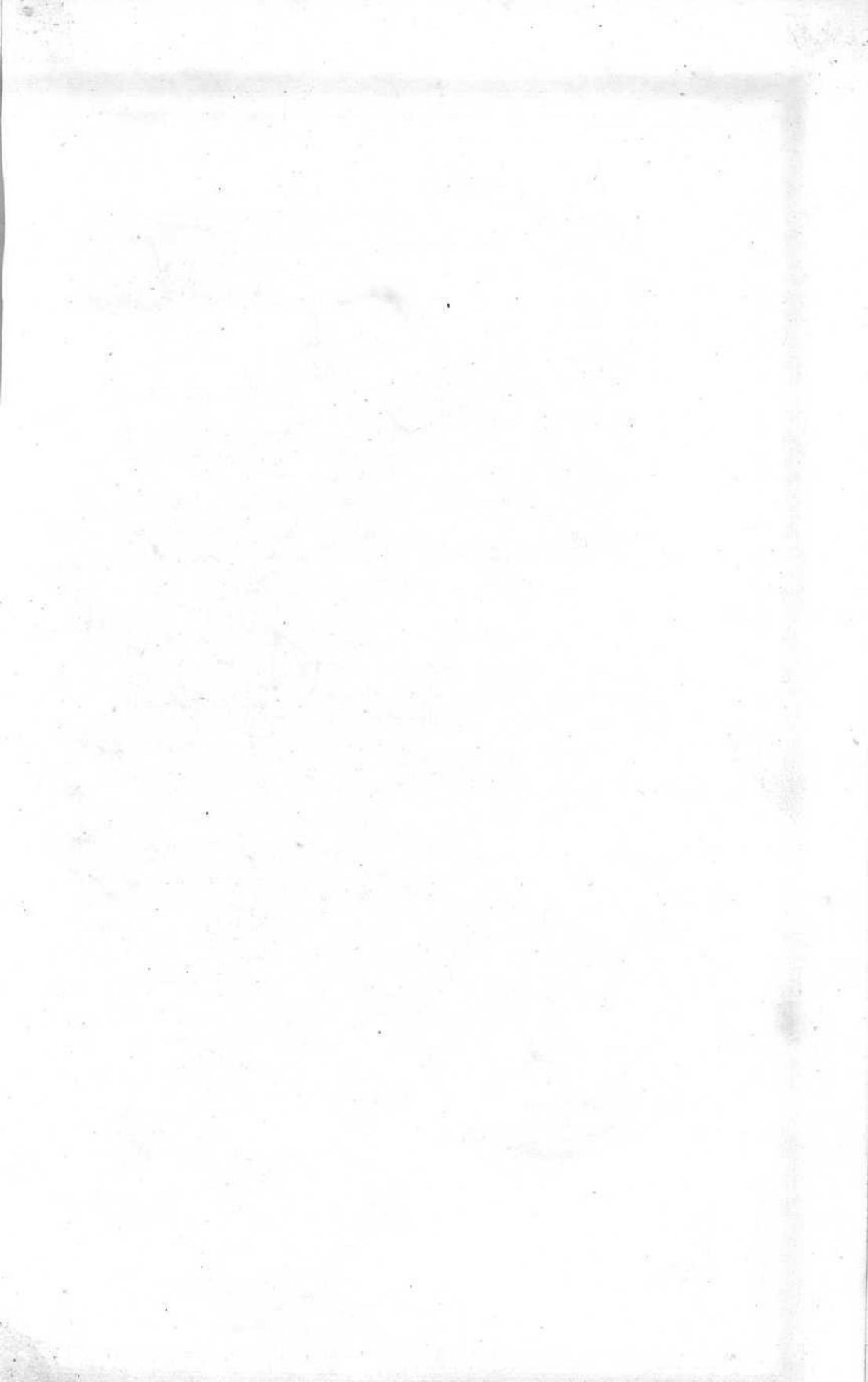
ciones mas provechosas de la historia son las que se desprenden de la narracion sencilla de los hechos. Los antiguos, Herodoto el primero, hicieron de la historia un curso de moral en accion (1); algunos modernos (2) la han convertido en púlpito; los mas están haciendo de ella una cátedra enciclopédica: para unos la cronología es lo primero; para otros las fechas son lo de menos, y el lenguaje lo es todo; unos son meros narradores; otros son narradores fatalistas; no pocos llevan en sus historias la ostentacion de estilo y la erudicion hasta la bobería; hay quien desea en ella la profundidad que nace del recogimiento; y hay quien la prefiere bulliciosa y divagadora como la humanidad que nos describe. Nosotros opinamos con Plinio (3) que la sombra de las selvas, la soledad y el silencio profundo hacen nacer pensamientos afortunados; pero tambien tenemos presente el consejo de Tácito, de que (4) MINERVE TANTUM SERVIENDUM EST, DELICATE. Que hemos dado culto al estudio, es muy cierto. Treinta años empleados en atesorar documentos, y consultar libros y papeles; una juventud consumida en las vigillas; una existencia entera dedicada á la lectura, á ser útil á nuestros amigos, y á perdonar agravios; una constancia probada en los principios que aquí dejamos consignados; viajes largos y costosos emprendidos para poder decir lo de aquel Halicarnasense, «este fué el campo de batalla:» todo han sido partes para animarnos á emprender y llevar á término la presente obra. ¿Se nos culpará porque hemos apelado constantemente el seudónimo para dar á luz nuestros libros? Ni esto es nuevo, ni pecaminoso. En otra ocasion lo dijimos. Acostumbrados desde niños, en la soledad de un gabinete, á la luz de una bujía, la del sol, que nos enamora, nos deslumbra. Bástanos la conviccion de no haber faltado jamás al decoro, primera ley del que da á la prensa sus escritos.

(1) En Herodoto hay páginas que pueden ponerse al lado de las mejores de Platon: por ejemplo, el cap. 14 de su lib. III. «No son digna expresion de mi dolor el llanto y los gemidos,» dice un rey destronado.

(2) Imitadores de Polibio, admirable á veces, pero trivial otras, en sus reflexiones morales.

(3) Sabido es que Plinio era íntimo amigo de Tácito, á quien en una de sus cartas le dice: «Tu magister..... ego..... nec discipulus;» y en otra le brinda á recorrer los bosques, y á buscar en ellos inspiraciones.

(4) Respuesta de Tácito á su amigo Plinio.





ESPAÑA

Y PORTUGAL.

por Ramon Halpern

Ferrocarriles en construcción o finidos

Leguas Españolas de 20 al grado

Miriámetros

ANALES DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CONJETURAS SOBRE LOS PRIMEROS TIEMPOS.

CAPITULO I.—Nuestra tierra en la época de la creación.

AÑO 4,000 ANTES DE CRISTO.

El escritor que cree en la unidad de la raza humana dará principio por Adán á todos los anales.

En dos palabras explica el Génesis lo que los geólogos no han hecho en centenares de volúmenes. La tierra estaba desnuda, porque aun no la habia penetrado el soplo de la vida. Y estaba vacía (1), porque con toda su armazon de montañas, sus depósitos de agua, su atmósfera y sus nubes, pesase menos que el éter en el cual iba flotando (2). Reinaba el caos. Aplicó Dios en él la chispa de su voluntad,

(1) Gén. i, vers. 2. «Terra autem erat inanis et vacua.» La tierra estaba desnuda y vacía. SMO. La tierra estaba informe y vacía. AMAR.

(2) Segun los mas acreditados geólogos, y el mismo Brongniart, miembro del Instituto de Francia, la parte sólida de la tierra ni siquiera de mucho es comparable proporcionalmente con la cáscara de un huevo. Y á pesar de esto la profundidad á que se ha llegado en las minas y por medio de los pozos artesianos solo forma la 170ª parte del grueso de dicha cáscara. Lo demás es segun ellos un fluido incandescente. Otros sostienen que es un gas sumamente dilatado. Algunos que parte gas, parte fluido.

y la electricidad iluminó la creacion. No es posible fijar sin espanto el pensamiento en esa salida de la nada , y primer alumbramiento del mundo debido á la expansion del amor del Eterno. Nuestro globo sintió que aquella fuerza engendradora recorria é inflamaba sus huecas entrañas, llenándolas de vapores sùtiles; y procuró ponerse en contacto con el éter, removiendolo su ligera capa, y levantándola en cordilleras, en volcanes y en picos hasta pasar la region de las nubes. Las aguas sintieron la misma necesidad de evaporarse para ir en busca del aire, y engendrar en él otra agua mas pura, la nieve y el granizo; el aire disipándose á su vez en el éter volvió á caer en cristales aéreos; y la misma electricidad, dividida en las dos partes que forman el misterio de la creacion, trabajó para concentrar las nubes, juntarlas, y hacer que una en el seno de la otra anunciaran con estruendo la regeneracion que nuestro ambiente va necesitando. Los astros y la tierra, lo mismo que las plantas y los árboles, pueden estudiarse sin nota de impiedad, como sobrenade en el estudio, nó el orgullo humano que tiende á compararse con la divinidad, sino la admiracion para con la fuente de todos los amores. Si tienen sexo los animales, las plantas, y en sentir de muchos antiguos las substancias de la tierra, y las mismas nubes á quienes pedimos los rocíos, todo se debe á la unidad de aquel Espíritu que, segun Moisés, era llevado sobre las aguas (1). Que no pudo aquella primera agitacion de los amores desenvolverse sin grandes perturbaciones, lo manifiesta el mismo Moisés cuan-

(1) Gén. 1, vers. 2. Despues de Moisés, el primer escritor que sostuvo el principio de la unidad divina, separada de la idea del mundo, fué Anaxágoras, maestro de Sócrates en sentir de muchos. Y es esto tanto mas notable, cuanlo el mismo historiador Josefo, en sus Antigüedades Judaicas, lib. iv, cap. 8, aunque posterior de mas de quinientos años á Anaxágoras, y conocedor de las buenas tradiciones hebreas, parece que vacila acerca de aquel principio, hablando de los dioses extranjeros, como si temblase ante los de los romanos.

do pinta la creacion, nó cual la obra de un rayo, como en la formacion de la luz, sino como obra de tiempo, segun Agustin el grande. Que la tierra se estremeció, anduvo algun tiempo tremebunda, levantó sus montes no sin estrago, y lidió con las aguas para descubrir el cielo; que las aguas rugieron pugnando en sus flujos y reflujos, mas poderosos entónces que ahora, para no dejarse arrebatar la posesion del orbe: es natural y derivado del esfuerzo que necesitaban hacer, aquella para abrirse poros y nutrirse de aire, y ésta para buscarse guarida en unos senos mas profundos. Cubierta la tierra de una vegetacion tropical en muchas comarcas, efecto de un ardor intenso, tendia á conquistar sobre el mar otras regiones, y frecuentemente cedia por un lado lo que ganaba por otro en esa lucha formidable. Entónces tal vez el océano recobró y perdió, una, dos, y mas veces unos vastos países, sepultando su vegetacion poderosa y sus seres animados para que un dia diesen testimonio de las primeras convulsiones de nuestro globo. No hay, pues, necesidad de abandonar por los adelantos de ninguna ciencia la tradicion mosaica, antes por ella se explican todos los fenómenos naturales. Y ciertamente es imposible historiar la obra de aquellos primeros dias con mas precision, originalidad y belleza de la frase que quien llama á las aves los peces del aire, y á los peces las aves del océano.

La geología no halla en nuestro globo rastros del hombre anteriores á los de los animales, ni á los de los vegetales que en el dia crecen bajo el trópico. Registrando esa ligera corteza terrestre, á la que en nuestra presuncion llamamos entrañas del globo, el reino mineral aparece como el mas antiguo, la vegetacion viene despues, por clases, y en seguida aparecen unos esqueletos colosales: como si el ardor

de nuestro planeta hubiese labrado primero los metales candentes y fusibles, y el granito de formación terrestre; y luego las aguas del océano, y después las de los ríos y los lagos hubiesen formado las capas sucesivas en las cuales aparecieron los vegetales, y los más poderosos animales. Algo más frío ya nuestro globo, el aire recibió sus elementos actuales, y pudo formar el pulmón humano y conservarle, repartida la electricidad entre las dos mitades de la especie, de suerte que la una para su alivio necesite equilibrar en la otra su abundancia eléctrica, y ésta hallar en ese equilibrio la nutrición de sus órganos propagadores. Es exactamente la serie marcada por Moisés. Primero es la luz, la electricidad, el fuego que lo anima todo, Gén. 1, 3 (1); luego el agua es la reina del mundo, Gén. 1, 6, 7 y 8 (2); después la tierra se levanta y entra en contacto con el aire, vers. 9 y 10 (3); no tarda en asomar el vegetal, vers. 11 y 12 (4); aparecen los animales, primero los acuáticos y los volátiles, vers. 20 y 21 (5); y el primer nombrado es el mayor de los cetáceos, id. 21 (6); vienen en pos los terrestres, id. 24 (7); y por fin apareció, el último de todos, vers. 26 y 27, el hombre (8), formado del barro de la tierra, capítulo II, vers. 7 (9). Ningún geólogo se ha atrevido á de-

(1) Gén. 1, 3. « Fiat lux, et facta est lux. » Sea hecha la luz. Y fué hecha.

(2) Gén. 1, 6. « Fiat firmamentum in medio aquarum. » Sea hecho el firmamento en medio de las aguas. Ib. 7. « Divisitque aquas. » y dividió las aguas.

(3) Gén. 1, 9. « Appareat arida. » Descúbrase la seca. Ib. 10. « Et vocabit... aridam, Terram; congregationesque aquarum, Maria. » A la seca llamó Tierra; á las aguas Mares.

(4) Gén. 1, 11. « Germinet terra. » Produzca la tierra. Ib. 12. « Et protulit terra herbam virentem,..... lignumque faciens fructum. » Y produjo la tierra yerba verde,.... y árbol que da fruto.

(5) Gén. 1, 20. « Producant aquæ reptile,..... et volatile. » Produzcan las aguas el reptil,..... y el volátil.

(6) Gén. 1, 21. « Cete grandia. » El mayor de los cetáceos.

(7) Gén. 1, 24. « Producat terra animam viventem. » Produzca la tierra ánima viviente.

(8) Gén. 1, 26. « Faciamus hominem. » Hagamos al hombre. No dice, sea hecho; descúbrase, aparezca, produzca la tierra, sino, HAGAMOS.

(9) Gén. 11, 7. « De limo terræ. » Del barro.

cir que el hombre habia salido de la tierra : y sin embargo todos tienden á probar nuestro origen puramente terrestre. Moisés no vacila en afirmar que el hombre es lodo : solo que distingue en él dos cosas , el cuerpo que es barro , y el soplo de vida que es una cosa mil veces mas preciosa (1). El primero , propenso á perpetuar en la tierra su organizacion fugaz , busca en otro barro sus dulzuras ; el segundo , menos apegado á la argila , aspira siempre á enlazarse con la fuente de su vida. Los geólogos repiten , pues , lo mismo que dijo Moisés , con la diferencia de que para ellos no hay mas que barro ; es decir , que el hombre queda despojado de la nobleza que en él imprime la tradicion mosaica. De estos principios nacen los malos ó los buenos fines : el panteísmo , el politeísmo , y el monoteísmo tienen aquí su fuente. Y la historia toma de ahí su sabor , su orgullo , sus fábulas , ó sus verdades. Si confesamos que la fuerza procreadora está en la naturaleza sin la ayuda del soplo divino , entónces no hay para qué buscar el origen de las naciones y de los pueblos : todos serian autoctones ó hijos de la tierra , como lo dijeron de sí propios los etíopes , y como lo dijo Tácito de ciertas razas (2). En tal caso no habria mas que comparar el color de las tierras con el de los hombres ; y diríamos que el hombre encarnado salió de una argila roja , el cobrizo de un barro pardo , el negro de una tierra obscura. O bien si prefiriésemos buscar en el aire las generaciones espontáneas , y creyésemos en las lluvias de hombres ,

(1) Gén. 11, 7 « Spiraculum vitæ. » Inspiró en su rostro soplo de vida.

(2) Tacitus, DE MORIBUS GERMANORUM, cap. 11. « Ipsos germanos indigena, crediderim, minimeque aliarum gentium adventibus et hospitibus mixtos.... Celebrant carnibus antiquis (quod unum apud illos memoriæ et annalium genus est), Tuistonem deum, terra editum, et filium Mannum, originem gentis conditoresque. » Creo que los germanos son indígenas , sin mezcla de extranjeros. Celebran en antiguos versos (sus unicas memorias y anales) á un dios por nombre Tuiston , nacido de la Tierra , y padre de Manno , origen y cuna de la nacion entera.

como alguno cree en las de ranas, diríamos que, según el color de las nubes que presidieron al alumbramiento, salieron de distintos matices las familias humanas. Por nuestra parte preferimos á esos tristes preludios históricos, el magnífico y consolador concentramiento de todas nuestras historias en la de una familia, compuesta de barro animado por un soplo inmortal y divino (1).

El primer español fué, pues, Adán. Vió la primera luz en otoño. Antiguamente por el otoño comenzaba el año, y el verano era el fin del mismo, según se desprende de Josefo en sus Antigüedades, libro primero, capítulo cuarto; de San Jerónimo en sus Comentarios al capítulo primero de Ezequiel; de Ciceron en su libro segundo De la Naturaleza de los dioses; y de Lactancio en su libro primero De las Instituciones divinas, capítulo cuarto. El paraíso, en que fué puesto Adán, no es una alegoría bíblica, como se ha supuesto; antes se concibe que, en medio de las delicias de una tierra lozana, vírgen, y llena de vida, eligiese el Hacedor una parte de ella, la mas bella y deleitosa, para mansion de la mas admirable de sus criaturas. No por esto, según dice Agustín en el capítulo veinte y uno, libro trece de su Mística Ciudad de Dios, y en su libro segundo contra los Maniqueos, deberá tomarse á mal que la imaginacion de los poetas vea figuras en las realidades, en los cuatro rios del paraíso las cuatro virtudes, en el árbol de la vida la cien-

(1) Algunos pueblos antiguos, entré ellos los egipcios, tuvieron cierto vislumbre de esta verdad, y la vistieron con la creencia de la metempsicosis ó transmigracion de las almas en cuerpos nuevos. Ferécides, y Pitágoras, tomaron de los egipcios aquella idea. Muchos creen que esto les bastaba para contener á los malos por el temor de verse algun dia encerrados en cuerpos de brutos: pero esta inmortalidad se parecia mucho á la que se atribuía á las moléculas ó átomos de los cuerpos que mudaban de estado y no perecian. Sócrates, Platon, y la escuela de Alejandria defendieron la verdadera inmortalidad, y los premios y castigos póstumos. Los romanos hacían burla de aquella doctrina, como puede verse en Ciceron Pro Cluentio, capítulo 61; en Salustio, Bello Cat. cap. 145; en Séneca, epist. en el principio; en el mismo César pasaje de Salustio ya citado; y por esto quemaban sus cadáveres para que las almas recobrasen desde fuego su pristina naturaleza.

cia verdadera, y en el del bien y del mal el fruto de la soberbia.

Intrincada y embarazosa cuestion seria la de querer averiguar en qué país estuvo situada esa mansion de los deleites. Unos creen que en la Arabia Feliz, otros que en la Mesopotamia; quien la coloca en la India oriental, quien en la Iberia asiática, quien en la Armenia. San Basilio dice que debió ser el mas bello de todos los países, puesto en paraje poco accesible, alto y claro, desde donde se descubriesen mas estrellas, y dotado de una temperatura sobremanera deliciosa. San Juan Damasceno le coloca hácia el oriente, superior á las demás tierras, lleno de suaves aromas, de luz pura, de vegetacion siempre verde, de aire sùtil, no infestado por animales, solo destinado para el hombre, y digno de serlo. La version de los setenta y la Biblia Poligrota indican su situacion con vistas á oriente. San Agustin, y casi todos los intérpretes con él, opinan que el sitio donde estuvo el paraíso es desconocido. Y si á aquella diversidad de dictámenes, y á esta seguridad en la incertidumbre, se agrega la circunstancia de que las regiones, comarcas, cordilleras, rios, lagos y los mismos mares interiores de nuestro hemisferio fueron como es de suponer enteramente distintos de lo que son desde el diluvio, ya no nos maravilla que sea imposible hallar los vestigios de aquel lugar prédilecto.

En vista de semejante diversidad de dictámenes entre unos varones tan doctos, y de la curiosidad tan natural en los hombres de desear traslucir al menos cuál fué su patria primitiva, es muy lícito recurrir al racionio y á las tradiciones para fundar una opinion en punto tan controvertido. Ya lo hemos dicho: existe en nosotros la fé ó no existe.

Si lo segundo , la historia es inútil : pidamos entónces los anales del mundo al aire ó á la tierra progenitores nuestros. Si lo primero , concedida la creacion , esta es el comienzo de todos los anales. Sentado esto , es menester fijar la atencion en que aquellos sabios eminentes buscaron el paraíso entre los grados de latitud treinta y cinco y cuarenta y cuatro de nuestro hemisferio, donde mas benignos son los temporales. Tambien es cosa que se desprende de todo buen criterio que el primer hombre debió ser creado en el sitio de la tierra mas á propósito para servir de punto de partida á fin de recorrerla toda , y sojuzgarla. Igualmente es natural y grata la idea que nos representa el espíritu de Dios , levantando la tierra seca , y oponiendo á las aguas unos diques de granito , junto al mas proceloso de los mares. Es bello asimismo pensar que el primer hombre no pudo estar privado de la vista del vasto océano que debió darle de su creador una idea asombrosa. El rey de la tierra debió ser colocado en la mas hermosa de las tierras. Aquella cuya situacion sea la mas admirable , la mas bien trazada , la que en el caso de ser el orbe un solo imperio debiese ser el primer baluarte del mundo ; aquella desde donde la vista pudiese escudriñar los senos de los mares , para cruzarlos un dia ; aquella que tuviese mas bella conformacion, aires puros , atmósfera límpida , gérmenes de vida placentera : no otra debió de ser la primera mansion del primer hombre. Tómese un mapa, y búsquese en él la comarca que mas nos llame la atencion desde el primer golpe de vista. No son las islas esparcidas por el Pacífico ; ni el continente americano , irregular y tortuoso ; ni ninguna de las islas del Atlántico ; ni el África ventruda por lo alto , enjuta por lo bajo ; ni ese laberinto de archipiélagos, golfos y estrechos del mar de las

Indias, de la Polinesia y de la Australia; ni las mal definidas regiones sitas en el Ártico: la vista busca una tierra mas regular, mejor marcada, y merecedora del dictado de primera de todas las comarcas. Y la descubre precisamente entre los grados treinta y seis y cuarenta y cuatro de latitud boreal en lo que llamamos mundo conocido de los antiguos. Tierra predilecta, casi redondeada por los mares; mirada del orbe, con vistas á América, al polo, al África; cabeza de la Europa, y centro de todos los mundos: la imaginacion no puede concebir otra morada mas independiente ni mas digna del jefe del linaje humano.

Lo que ha traído perturbados á muchos escritores, ordinariamente juiciosos y serenos, ha sido el no tener en cuenta que la gran catástrofe del diluvio trastornó las corrientes de los rios, formó mares interiores en donde antes existian fértiles llanuras, mudó los álveos, cejó abismos y torrenteras, y abrió á las aguas nuevos vertientes. El Gehon antiguo y el Pison desaparecieron; el Tigris y el Eufrates antediluvianos no son los postdiluvianos que en el dia llevan este nombre (1). Las aguas del Eden corrian unas hácia la Etiopia, otras por la tierra en donde nace el oro, algunas con direccion á la Asiria; esto es lo indicado por Moisés: circunstancias todas que concurren admirablemente en las de aquella deliciosa comarca. Su oro era buscado en la antigüedad como despues lo ha sido el del Nuevo Mundo y el de la Australia. Sus piedras preciosas fueron siempre celebradas. En ninguna comarca existen mas nombres de pueblos, rios y regiones, que correspondan á los nombrados

(1) Hábase creído ver en el libro VIII de la Historia General de Polibio, capítulo 23, una indicacion favorable á los que opinan que estuvo situado el Eden entre el Tigris y el Eufrates. Dice así: «Reinaba Jerjes en Armosata, sita en la llanura del BELLO CAMPO entre el Eufrates y el Tigris.» Pero nuestro texto destruye esta y otras semejantes inducciones.

por Moisés. Pis, Pison, Jalon, Genil, Tyris, Avila, y otros varios forman una nomenclatura que no parece sino sacada del Génesis. En ningun otro país asimismo hay mas denominaciones que uno crea destinadas á perpetuar el recuerdo de la existencia del primer hombre. Las radicales que forman su nombre en varios idiomas (1), son designaciones de pueblos, rios, cotos, y lugares de aquella comarca privilegiada. Y si á esta voz del raciocinio, por sí sola poderosa, se añade la de la tradicion, no menos fuerte, formarán entrambas una conviccion profunda. Á pesar de la dispersion completa de la raza humana, no se perdieron del todo los gérmenes de las buenas doctrinas; ni el espectáculo de un Dios potente que quiso castigar y nó exterminar, y que salvó de la destruccion á una familia justa, pudo borrarse jamás enteramente de la imaginacion de los hombres; ni ninguno de estos pudo dejar de transmitir á sus hijos, aunque debilitada, la imágen de la felicidad que disfrutó el primer hombre, y que perdió por su culpa. Ahora bien: así como al principio, para obedecer al mandato de poblar la tierra, todos los hombres tendian la vista al oriente: una vez cumplido el precepto, todos volvieron los ojos al occidente, y vieron en él su dicha perdida, las islas Afortunadas (2), el promontorio sacro en donde un dios descansaba de sus fatigas, y los Campos Elíseos, fuente de las bienandanzas eternas, junto á la corriente del Tártaro que de ella separaba á los malos. Allí estaba la dicha; y junto á ella la desgracia. Y los mayores ingenios se

(1) Los que opinan que Adan es voz que vale tanto como RUFUS, ERYTHRAS, Y PHENIX ó PUNICEUS, en los idiomas hebreo, fenicio, y griego, podrán consultar lo que decimos en el cap. ix de este mismo libro, y en una de sus notas.

(2) Plutarco en la Vida de Sertorio dice que las islas Afortunadas « encerraban en sentir de los mismos bárbaros los Campos Elíseos. » La distancia que da de ellas á nuestro continente, diez mil estadios, se acerca mas al de las Azores que al de las Canarias, si reducimos cada mil estadios en número redondo á cincuenta leguas.

complacian en pintar los tormentos que fuera del jardín delicioso se padecian , y los deleites que dentro de él se disfrutaban. La verdadera y primitiva Iberia debió de ser esa region privilegiada. El raciocinio , la tradicion y las mas fundadas conjeturas nos dicen que el paraíso formó parte de nuestra patria; y que los anales de España comienzan en el acto de la creacion del mundo.

CAPITULO II. — Los primeros infortunios. El primer imperio. Su ruina.

AÑOS 4,000 A 3,060 ANTES DE CRISTO.

La primera española se llamó Eva. Tipo de todos los encantos, dechado de dulzura, delicadeza, amor tierno, candor é inocencia, era la perla de aquel lugar delicioso. Su cuerpo todo primores ; su alma toda bellezas. Adan era una imágen de su Dios , pero Eva era además la perpetuidad de aquella imágen sobre la tierra. Dueños ambos de unos vastos dominios , sin castigos que imponer , lágrimas que enjugar , quebrantos ni contratiempos de que lamentarse, podian dar culto á su Dios amándole siempre , venerándole cuando se les aparecia , y respetando sus mandatos. No vegetaban en la ociosidad , antes cultivaban y guardaban (1) sin grande esfuerzo ni fatiga aquella morada placentera. Acaso Dios les habia dado demasiada felicidad para que fuesen felices. Todo lo poseian ; un señorío inmenso , vasallos innumerables de todas castas y especies , mudos y sumisos; salud cumplida , robustez , hermosura , aires puros , aguas límpidas , frutos sabrosos , inmortalidad , y amistad con el Dispensador Eterno. Solo un enemigo tenian. Su propia

(1) Gén. II, 15.

complacencia. De ahí el amor propio ; el orgullo secreto de verse los mas favorecidos de todos los seres ; y por fin la soberbia con que pretendieron eximirse de toda ley , romper la última valla que los sujetaba al Autor de su vida , y constituirse en dioses: caminos por donde los mas altos potentados se pierden. Dios ordena, el orgullo vacila, la soberbia se subleva. El primer cortesano adulator que perdió á los primeros y mas poderosos príncipes está pintado (1) bajo la figura de un reptil inundo. « Teneis á la mano , les dijo , la fuente de todas las grandezas , el poder del bien y el poder del mal , la fuerza irresistible , la ciencia que os convertirá en divinidades , con solo satisfacer vuestro deseo » (2). La mujer , mas frágil de suyo , seducida , satisfizo la primera su vanidad ; y el hombre , mas fuerte por naturaleza , y por ella tambien mas impetuoso en su ambicion , imitó á la mujer , y mereció ser degradado. Entrambos sabian lo que era el bien ; y luego supieron lo que el mal significaba : y pasaron del colmo de la dicha al mas cruel de los infortunios. Arrojados de la mas fértil comarca ; condenados á pedir pan á una tierra ingrata ; sintiendo frio un dia , calor el otro , privaciones y penalidades siempre ; desobedecidos de los que antes los respetaban ; obligados á cubrir sus carnes , á construirse una cabaña , ó á morar en cuevas como las fieras ; mal contentos de sí mismos , y recelosos del cielo y de la tierra : ya no eran aquellos seres afortunados , predilectos , obra del amor mas puro del Eterno ; sino el gérmen de una raza malaventurada y corrompida. Viandantes desdichados , en los bramidos del mar

(1) Gén. iii. 1.

(2) Gén. iii. 1. et. 5. « Cur precepit vobis Deus ut non comederetis de omni ligno paradisi? » ¿Porqué os mandó Dios que no comieseis de todo árbol del paraíso? « Scit enim Deus... quod aperientur oculi vestri; et eritis sicut dii. » Porque sabe Dios... que se abrirán vuestros ojos; y seréis como dioses.

creían oír las voces de su conciencia que les reprobaba un crimen ; y en los silbos del viento los alaridos del dolor por la felicidad perdida ; en el estampido del trueno la expresión de la cólera divina ; y en el fulgor del rayo la espada de fuego que les cerraba el Eden perdido. Ya no mas intimidades con el Árbitro Supremo ; ya no mas deleites no salpicados de amarguras : tristezas , sí , tribulaciones , dolores , angustias por dentro ; tempestades , huracanes , torrentes , terremotos por fuera. Si el amor endulza algunos momentos de su existencia , luego vendrán los hijos á acibararla cruelmente. ¿ Qué podían engendrar tales seres en tal estado ? Un mónstruo , lleno de iniquidad y de soberbia. Entonces , quizás , padres por la vez primera , sintieron caer por sus párpados una lágrima de ternura : y engendraron otro hijo , modelo de obediencia , religiosidad y afectos nobles. La tierra era vasta : pero no cupieron en ella dos seres tan encontrados. El genio del mal persiguió al genio del bien , hasta sacrificarle á su furor : y nuestra tierra fué enrojecida con la sangre del primer homicidio. Algunos pueblos entre nosotros (Caín, Caínzo, etc.), conservan el nombre de Caín el fratricida. Muchos mas llevan en sí el de Abel el desgraciado. Un solo pueblo, Hevia, y un solo valle, Evo, recuerdan el de la mas quebradiza de las mujeres y la mas desgraciada de las madres.

No era posible que el genio del bien hubiese sucumbido para siempre ; y así entre otros hijos é hijas , tuvo Adan á Seth, destinado á ser jefe de la descendencia de los llamados hijos de Dios, en contraposición á los descendientes de Caín, llamados hijos de los hombres. Ambas razas debieron ser muy fecundas, lo mismo que las descendencias de los demás hijos de los primeros padres ; pues aunque el Génesis no

nombre mas que á los hijos principales de entrambas razas, se deja suponer que la ley de la procreacion seguiria su curso en todos los miembros de las familias. Y como cada veinte y cinco años podia duplicarse el número de los hombres, aun supuesta una grande mortandad por hambres, pestes, enfermedades, y desgracias, tendremos que al cabo de los seiscientos setenta y cinco años de la creacion, el género humano pudo naturalmente y sin exageracion de cálculo ofrecer el incremento que marca la nota (1). Y decimos sin exageracion, porque, si hubiésemos de adoptar la tabla de Ricciolio y de Musancio, cada veinte y tres años cuadruplicaríamos el número de individuos, de manera que al cabo de doscientos quince años tendríamos mas de mil millones de habitantes (2).

No es posible suponer que el jefe del linaje humano, que habia recibido del mismo Dios el soplo de la vida, perma-

(1) ESTADO NATURAL DE LA PROCREACION.		(2) TABLA MAXIMA DE RICCIOLIO Y MUSANCIO.	
A. del M.	Individuos.	A. del M.	Individuos.
5	8	8	8
25	16	31	64
50	32	54	512
75	64	77	4,096
100	128	100	32,768
125	256	123	262,144
150	512	146	2,097,152
175	1,024	169 (aprox. pobl. de España),	16,777,216
200	2,048	192	134,217,728
225	4,096	215 (apr. pobl. del mundo),	1,065,741,824
250	8,192	De suerte que en el espacio de doscientos quince años creen Ricciolio y Musancio que el globo podia obtener el número de habitantes que en el dia le pueblan y que no excede de mil millones: cálculo demasiado favorable á la procreacion, en sentir de otros autores no menos dignos de nota. Debe sin embargo tenerse en consideracion, que la fecundidad de nuestra especie debió naturalmente ser mucho mayor en la primera fuerza de su expansion y en medio de una naturaleza lozana y vigorosa, que no en los tiempos posteriores, en que las razas, obtenido en algun modo su total desarrollo, se van acercando á su periodo decreciente, y, por decirlo así, á una decrepitud inevitable.	
275	16,384		
300	32,768		
325	65,536		
350	131,072		
375	262,144		
400	524,288		
425	1,048,576		
450	2,097,152		
475	4,194,304		
500	8,388,608		
525 (actual pobl. de España),	16,777,216		
550	33,554,432		
575	67,108,864		
600	134,217,728		
625	268,435,456		
650	536,870,912		
675 (act. pobl. del mundo),	1,073,741,824		

neciese en el estado salvaje , sin aprender en su desgracia; entregado al dolor ; sin enseñar nada á sus descendientes, ni hacerse respetar de sus mas allegados ; sin atender al culto , ni dar leyes ; sin dirigir las emigraciones de su raza á medida que la poblacion se iba aumentando ; sin favorecer las artes útiles , proteger los adelantos , mirar por el desarrollo del entendimiento , recompensar las acciones preclaras , contener al fuerte , escudar al débil , acudir al necesitado , y gobernar en fin con la sabiduría del mas experto de los hombres , con el amor de un padre , y con la dignidad de un patriarca cuya supremacia era incontestable. Afirmase por el contrario no sin fundamento que en él existió el gérmen de todas las ciencias ; que fué sabio por intuicion , filósofo por lo resignado , fecundo en recursos por experiencia , brioso y sereno en el peligro ; primer poeta y autor de varios himnos , cantares y loas al Eterno , en sentir de los talmudistas y de Genebrardo ; primer legislador, fundador y jefe de la única universal monarquía que haya jamás existido ; primer autócrata , en fin , y sumo pontífice , establecedor de ritos y sacrificios. Abel y Seth le ayudaron en la obra de la moralizacion de la raza. Pero aquel sucumbió en la demanda ; y mientras Seth crecia y se educaba , Caín , el hombre engendrado en el dia de la soberbia , de la maldicion y de la desventura , iba infiltrando en todos los corazones la ponzoña que le devoraba.

El homicida no se creia seguro en ninguna parte. Andaba prófugo hácia el oriente de las regiones mas cercanas al Eden , y si labraba la tierra , esta le negaba sus frutos y parecia que le presentaba siempre la sangre del hermano. ¡Tuvo un hijo , Henoch , y congregados los hermanos y hermanas que pudo arrastrar en su fuga, levantó la pri-

mera ciudad que haya existido. Los jefes de su descendencia por Henoch llevaron los nombres de Irad, Maviael, Matusael, y Lamech; y los hijos de éste fueron Jabel, el primero que vivió en tiendas sin asiento fijo; Jubal, inventor de instrumentos músicos, entre ellos la cítara y el órgano; Tubalcain, artífice que con el martillo y el yunque acicalaba y pulia toda clase de cobre y hierro; y Noema, inventora de los tejidos de lana. Lamech cayó en la incontinencia y tuvo á la vez por esposas á Ada y á Sella. Era muy dado á la caza, y tuvo la desgracia, dice Genebrardo, de matar en ella á Caín, tomándole por una fiera. Muchos son los que han buscado en otras regiones algunos nombres de pueblos ó lugares por los cuales vengán en conocimiento del camino seguido en ellas por el primer homicida y su familia: mas no toman en cuenta los efectos ya mencionados de la catástrofe que borró necesariamente todas las huellas de la humanidad antediluviana. Ya dijimos que el raciocinio y la tradicion son en tales casos los mas seguros nortes para todas las conjeturas. Tocante á nombres en que puedan fundarse las tradiciones, en ninguna nacion del orbe acontece como en la nuestra que ni uno solo de los ya mencionados deje de hallarse con escasas variaciones escrito en la geografia de nuestra tierra (1). Y consultado el raciocinio, diciéndonos éste que las poblaciones van tomando creces por una especie de irradiacion, hemos de suponer que aquel homicida no se alejó mucho del domicilio de su padre.

(1) Henche, Irati, Macael, Matachel, Lamego, Jabea, Jubial, Belascoain, Ada, Sella, Navia, Noega, Noya ó Noela son nombres de pueblos, rios, ó lugares de nuestra patria, que apoyan este aserto, y equilibran y deshacen los contrarios indicios. Véanse mas adelante, en el capítulo quinto y en sus notas, las nomenclaturas que echan por tierra los fundamentos levantados sobre arena tan movediza por algunos extrangeros: y lo único que puede desprenderse de tan leves conjeturas.

Que el arte de fundir los metales debió ser á lo menos coetáneo con la buena labranza de las tierras , es cosa que se desprende del buen sentido , en opinion de Aristóteles. Ni es necesario recurrir , como Zofimo Panoplites , al comercio de los ángeles con nuestras mujeres , para hallar el origen de la invención de la química ; pues de experimento en experimento , la constancia humana bastaria , como ha bastado despues , para adoctrinar á los hombres y enseñarles á buscar en torno suyo los objetos que pudiesen serles útiles en el seno de la paz que por algun tiempo disfrutaron.

Crean algunos que la muerte de Abel fué el principio de unas guerras sangrientas entre los cainitas y los adamitas ; pero ni se desprende esto del capítulo cuarto del Génesis que nos pinta á Caín , fugitivo y errante , consumado el homicidio ; ni de las invenciones atribuidas á Jabel , Jubal y Noema que son artes de la paz ; ni mucho menos del horror que se apoderó de Lamech cuando contó á sus mujeres que habia muerto en la caza á un hombre y á un mancebo. Es mas probable que , muerto Caín , único que podia contener las iras de sus súbditos y dirigirlas contra las fieras , soltado el freno , se arrojaron los mas díscolos de entre sus descendientes contra los mas sumisos súbditos de Adan , y que desde entónces fué necesaria frecuentemente la intervencion de este para poner en paz á sus vasallos. Ya entónces el hijo de Lamech , Tubalcain , sobresalió en las artes que tienen mas connexion con la guerra.

Seth entretanto formaba el núcleo de los hombres religiosos , y recibidas instrucciones de su padre , propagaba el culto , inventaba el alfabeto , en sentir de muchos graves escritores , y acostumbraba al pueblo á reunirse alrededor

de los altares en los días calamitosos. Que hubo sequías, hambres, y enfermedades que afligieron á la raza antediluviana es cosa que nadie ha puesto en duda desde Genebrardo hasta Musancio: y en tales casos, lo mismo que en los bravos temporales, el hombre necesariamente debia implorar el auxilio del Eterno. Un hijo de Seth, por nombre Enós, le ayudó en su afan piadoso, instituyendo ceremonias solemnes y ritos sagrados que llamasen la atencion del pueblo é inspirasen veneracion y recogimiento. Por esto dicen de él muchos escritores que fué el primero que invocó el nombre de su autor divino. Cainan, Malalael, Jared, Enoch, Matusalen y Lamech, progenitor de Noé, de padre á hijo se transmitieron las buenas doctrinas, y popularizaron la creencia de que era necesario no abandonarse á las pasiones, sino volver de cuando en cuando los ojos á Dios y respetar sus leyes para salvar la sociedad humana del mas peligroso de los naufragios. De uno de ellos, Enoch, dice Moises Gén. v, 24, que anduvo con Dios y desapareció. De los nombres de toda esa descendencia de Seth conservan las radicales varias de nuestras poblaciones, rios ó des poblados (1).

La imaginacion de muchos autores de peso se complace en pintar como propios de la edad de oro esos tiempos en que resignado Adan tomó sobre sus hombros el peso de la fundacion del mas extraordinario de los imperios, cuyos súbditos eran todos hijos ó descendientes del jefe supremo (2). Benevolencia y amor sin tasa en el príncipe. Re-

(1) La buena critica acostumbra ir en esto de las semejanzas de los nombres con pié muy sentado. Pero en el capitulo v de este libro i se dará razon del motivo que nos obliga á no despreciar los indicios procedentes de tal fuente, toda vez que los extraños los explotan, y á oponer á unas conjeturas otras conjeturas.

(2) Es una tradicion constante en todas las naciones la de que la edad de oro fué la primera en el mundo, ya se la mire como edad de los dioses, ó como reinado de

tribucion de cariño y respeto profundo en los vasallos. Era necesario que la idea de Dios estuviese muy arraigada en los ánimos para que el príncipe no fuese el objeto de la mas universal idolatría. Pero aquella noble existencia se acercaba al fin de su carrera. No debió de padecer, ni sentir siquiera el estertor de la agonía. Clavando en el cielo una mirada llena de esperanza, y bendiciendo al linaje humano como á la propia sangre, debió cerrar los ojos en los brazos de su esposa, año de 3,070 antes de Cristo. Eva le sobrevivió diez años, tan grande y admirable en el infortunio como débil habia sido en los dias de la felicidad suprema. La humanidad debió estremecerse. En ambos cadáveres quedaba rota y destrozada aquella especie de cadena mágica que sin dejarse ver ni hacerse sentir contenia á todos en los límites de sus deberes. Muertos aquellos jefes venerables, la ambicion, los odios, la concupiscencia y las pasiones todas iban á devastar, desenfrenadas, la tierra.

CAPITULO III. — Los adamitas y los cainitas. El diluvio.

DE 3,060 A 2,343 ANTES DE CRISTO.

La tierra mudó de aspecto. Profundamente divididos los hombres en adamitas y en cainitas, hubo sin duda largas y sangrientas alteraciones, nó en una sola comarca, en muchas, pues el género humano, muy acrecentado, habia cumplido el precepto de eubrir la faz del orbe. No reinaba

la justicia administrada por los patriarcas. Era necesario que viniese Vico, cap. 1 de la explicacion de su tabla cronológica, letra 1, en su «Scienza Nuova» para que supiésemos «que los descendientes de Cam y de Jafet se dispersaron por las selvas de la tierra, vivieron en ellas unos doscientos años como bestias fieras, se multiplicaron, y no tuvieron idioma, traje, morada, religion, ni leyes.» Delirios de una fantasia enfermiza.

la justicia (1). La ira, sí, la ambición que no repara en medios, la liviandad que nos embrutece, y el afán de dominar que hace de cada hombre una fiera. Los adamitas fueron vencidos, no solo por las armas de los cainitas sino por sus vicios. Hermosas eran las hijas de los malos, seductoras, y llenas de aquellos atractivos que la virtud rechaza, aunque son gratos á la carne. Cainitas y adamitas no formaron ya mas que una innumerable familia de malvados. La crápula, el robo, la sodomía, la misma bestialidad, si iban divididos; la devastación, el degüello, los incendios y los saqueos, si iban en masa, acaudillados por los gigantes del Génesis, ó los grandes bandidos de las naciones, en expresión del mas tierno de los profetas: no eran otros los espectáculos que ofrecia nuestro globo. La tierra estaba llena de hombres, y de iniquidades. No era posible que el Dios potente dejase sin castigo una depravación tan general y horrenda. Fijos los ojos en todos los continentes, islas, y regiones, vió que en todas partes, así en los palacios de los gigantes como en las chozas de los pigmeos, no era otra cosa nuestro mundo que un semillero de maldades: é indignado profirió aquella frase tremenda, «los borraré de la faz de la tierra.» Pero también vió que una familia, una sola en medio de tan inmenso número de familias, no se habia olvidado de su Dios; y determinó salvarla de la universal catástrofe. Era jefe de ella Noé, hijo de Lamech el adamita. Habia conservado las buenas tradiciones de Matusalen, Enoch, Jared, Malaleel, Cainan, Enós y Seth,

(1) Polibio en el lib. vi de su Historia general, cap. 2, nos hace una pintura de las primeras sociedades, que puede adaptarse á lo que fueron las de los cainitas. «El mas audaz y mas vigoroso de cuerpo, es el amo. Ni mas ni menos que entre los brutos, para quienes el instinto lo es todo, y entre los cuales la autoridad recayó en los mas robustos, los toros, los jabalíes y otros:... asimismo entre los hombres: agrupanse en rebaños, como los animales, y obedecen al mas fuerte.»

antecesores suyos; y en su casa era venerado el Eterno como á gran dispensador de todos los bienes, consolador en todos los quebrantos, y amador de todas las virtudes.

En qué region moraba esa familia justa, se ignora. Sin embargo, rigiéndonos por la induccion y el racionamiento que antes nos guiaron, diremos que no era natural que un descendiente por línea recta de primogenitura, abandonase la region, la comarca, ni la morada siquiera en que terminó sus dias el primero y el mas grande de los patriarcas. Allí en donde la razon nos dijo que debió de haber morado Adán, allí mismo moró Noé. Qué debió ser éste un hombre instruido; y que por entónces debió ya estar adelantado el arte de la construcción de buques, se desprende de la narracion de Moisés. Noé no se muestra admirado cuando se le ordena la construcción de un buque; ni pone el menor reparo cuando por las dimensiones que se le dan sabe que ha de ser una nave inmensa; y obedece á su piedad y á su fé en Dios cuando se le manda poner toldo en el arca para salvarla. En alguna parte de nuestra península existió sin duda un valle, en el cual tomaba nacimiento un rio por nombre Gehon en sus principios, Araxes hácia su boca, junto á una montaña, que en lo antiguo debió de llamarse Ararat. Largo y embarazoso seria descifrar si esos nombres antediluvianos corresponden exactamente, el Ararat al Aralar, y el Gehon-Araxes al Araxes postdiluvianos que conocemos. Pero todos los indicios y razonables conjeturas indican que no muy lejos de donde el primer hombre perdió por su desobediencia al género humano, otro hombre por su virtud le salvó de una destrucción completa. Noé obedeció, entró en la nave con su mujer, sus tres hijos, las mujeres de éstos, y los seres vivientes que se le pre-

sentaron en busca de un asilo; y se entregó á la merced de las aguas. La indignacion divina acababa de abrir las cataratas del cielo, de romper los diques que contienen la furia del océano, y de convertir en una inmensa gota de agua flotante en el espacio esa esferoide que llamamos mundo (1). Los mas altos montes y cordilleras, el Himalaya en el Asia, los Andes del Nuevo Mundo, el monte Muria Africano, el de Sumatra, el monte Blanco en los Alpes, algun pico de los Pirineos, debieron ir formando en el nuevo océano islas, líneas, escollos al parecer, y luego puntas que tambien desaparecieron. Por la vez primera se fundieron las llamadas nieves eternas; y si entónces hubiese dominado su temperatura sobre la del agua diluviana, hubiera sido una realidad, en la superficie de aquella gota, la bóveda de cristal de que nos hablan muchos escritores, y que parece un sueño de la fantasía. Pero no fué así; y al llegar la nave á los límites del aire respirable, cuando ya la soledad reinaba sobre los restos de innumerables pueblos y naciones, las cataratas del cielo se cerraron, la tierra volvió á agitarse

(1) Los mismos historiadores profanos están contestes en admitir el diluvio, aunque los mas crean que fué parcial. Polibio, ya citado, en el lib. vi, cap. 3, de su Historia General, dice: «Cuando un diluvio... viene á destruir una parte del género humano, como ha sucedido frecuentemente antes de nosotros.....» Platon en sus Diálogos habla de los diluvios. La mayor parte de los griegos mencionan, como acaecido 1764 años antes de Cristo, el de Ogyges que segun dicen reinaba en la Atica y en la Beocia; pero las cosas de su tiempo están llenas de tanta obscuridad histórica, que muchos autores la dieron en llamar ogygias á las hazañas y acciones remotas é inciertas. Los mismos griegos mencionan el diluvio de Deucalion en 1503 años de nuestra era: y es el que mas parece copiado de Moisés. Indignado Júpiter, dicen, sumergió la tierra; empero Deucalion, rey de Tesalia, construyó un buque, y se salvó en él con su esposa Pyrrha. Su nave se detuvo en el Parnaso al cabo de ocho dias de inundacion. Fué necesario repoblar la tierra. El oráculo habia ordenado á Deucalion que arrojase tras de sí los huesos de su Gran Madre. Entendió que esta era la tierra, y echó piedras. Pyrrha las echó asimismo. Las de aquel se transformaban en hombres, y las de ésta en mujeres. Que de esta suerte los poetas dan á las cosas sagradas unas apariencias pueriles. Juan Buteo, Juan Temporario, y Wivikinsio han escrito varias eruditas disertaciones y tratados acerca del diluvio. Pablo Orosio en el lib. 1, cap. 3 de sus Historias, dice que no solamente el diluvio era acontecimiento demostrado por muchos escritores doctos y veraces, sino confesado tambien, en vista de indicios y conjeturas, por los que no reconocian al dios verdadero: «ipsumque autorem temporum nescientes.» San Jerónimo no vacila en afirmar que en su tiempo se conservaban en el Ararat vestigios del arca.

en su seno , á henchir su corteza , y á pugnar con el agua para dar salida á sus volcanes , y respirar aire ; y nuevamente volvió á aparecer lo que el Génesis llama tierra seca. Si esto fué por dilatacion tal vez , ó mayor expansion que tomase la corteza terrestre , ó por evaporacion del inmensurable depósito de agua , y su introduccion en mas profundos y anchurosos senos , es difícil indagarlo. Volvió á aparecer la tierra , mudada , desnuda , con mares interiores en donde antes solo existieron lagos y llanuras ; sin ciudades , ni pueblos , ni cabañas ; sin vestigios del Eden ni de los caminos que á él conducian , ni de las corrientes que de él manaban ; enjutos unos rios , abiertos otros ; sepultadas algunas cordilleras y convertidas en estrechos por donde el océano penetraba : diseñada en fin la tierra por aquella dilatacion tal como nos la representan nuestros mapas.

Mientras Noé anduvo vagando á merced de las corrientes , y de las brisas , debió pasar unas horas amargas. Las ciudades que se hundian con estrépito ; su tierra natal devastada ; las tribus dispersas , fugitivas , dando alaridos ; los míseros que pensaban salvar su existencia en los montes , ó en buques ordinarios , sumergidos ; la tierra toda inundada ; viviendas y moradores destruidos ; ninguna luz en el cielo fuera del espantoso fulgor de las centellas ; y cuando renació la calma , y vió el brillo de los astros desde una altura no surcada por las águilas , en todas partes un desierto ; y al menguar las aguas la esperanza de volver á encontrar aquellos mismos campos en donde vió la luz primera , y aquel valle que presenció sus expansiones juveniles : todo fueron partes para tenerle lleno de una cruel zozobra. Por fin tocó en una tierra enteramente desconocida , y al primer monte que vió le llamó Ararat como al de su

tierra ; y al primer rio le llamó Gehon ó Araxes como al que vió los primeros juegos de su infancia. Habia salido de la Iberia española , y aportó casi en la misma latitud , en la despues llamada Iberia asiática : segunda cuna del linaje humano. Pero él por amor, y por tradicion los suyos, amaron siempre la patria primitiva , la buscaron con ardor , y no pararon hasta haberla nuevamente poseido y devuelto muchos de aquellos nombres que tan gratos les habian sido.

CAPITULO IV. — Repoblacion de nuestra patria.

DESDE 2,334 HASTA 1,916 ANTES DE CRISTO.

Salvado Noé , hecha y ratificada la alianza del Eterno con los probos , pronunciadas aquellas palabras de « no habrá mas diluvio » , bendecidos Sem y Jafet por su buena índole , y maldecida la descendencia de Cam por la depravacion y la soberbia de que éste dió ejemplos , ya no se habla mas de Noé en el Génesis , y solo se dice que vivió trescientos cincuenta años despues de la catástrofe diluviana , indicio vehemente de que estuvo separado de sus hijos. Consúltense ahora nuevamente los dos estados de acrecentamiento de la poblacion que hemos dado en el capítulo segundo , y se verá que , á tenor del de Ricciolo y Musancio , Noé volvió á ver repoblada la tierra. Y como el Génesis no menciona en qué pais moró y feneció , otra vez hay que apelar al raciocinio y á las conjeturas. Ambas cosas nos dicen que , desde la salvacion de la raza humana por medio de un frágil leño , y la exposicion de todas sus esperanzas á merced de las aguas , no pudo ningun viviente olvidar que por la navegacion existia ; ni fué posible ya arredrarse por la furia de los vientos , los embates de las

olas , y lo incógnito de las playas despues de consumado el mas asombroso de los viajes (1). Tambien nos dicen que Noé debió desear ardientemente ir en busca de los vestigios de su patria, de las ruínas de su primera morada, y de los restos del primer patriarca. Si pues la navegacion no pudo jamás parecerle temible , sino serle grata ; y si le impelia el deseo de descansar junto al sepulcro de sus mayores , y nó el de poseer nuevas tierras y ocuparlas, deseo mas propio de sus descendientes : nos parecerá muy natural que, siguiendo la orilla del mar , descubriese por fin el promontorio de Calpe bien conocido, y aquellas cordilleras de granito que habian contenido la furia del primer océano, y que habian sin duda resistido ; aunque inundadas , á las recientes y tremendas sacudidas de las aguas. El patriarca debió saludarlas martillado el pecho. En verdad su patria estaba yerma , y casi desconocida. Lo que antes era montuoso , ahora ofrecia vastas llanuras; los valles se habian transformado en rios ; los mas de éstos , mudado el curso , ya no iban á parar á algun lago , sino á un mar interior proceloso; lo que antes de la dilatacion de la corteza terrestre era un fértil valle entre la Europa, el Asia y el África, entonces tan cercanas que sus aguas podian confundirse, se habia trocado en un brazo de mar , y en un estrecho temible por el cual el océano penetró y formó lo que ahora llamamos el Mediterráneo. Noé debió costear la mayor parte de sus playas , y por las montañas vino en conocimiento de la tierra. Una de ellas sobre todo hubo de disipar en él hasta el postrer resto de duda , y fué la que forma con sus puntas una

(1) Los historiadores mas célebres opinan que las primeras emigraciones de los hombres no se hicieron por tierra, sino por mar. Tácito es de la misma opinion, y dice en sus Costumbres de los Germanos, capítulo II: « Nec terra olim, sed classibus advehebantur qui mutare sedes quærebant. » No por tierra, sino en naves, se efectuaron las antiguas emigraciones.

especie de juego de bolos. Esta es mi patria, debió decir, y se internó en ella nuevamente. Cruzó el Noya ó Noela, subió por las orillas del Ebro (Heber), y llegó hasta las cimas del Pirineo desde las cuales habia visto por primera vez el océano, el Aralar y el Gehon ó Araxes. Quién pudo acompañarle en su viaje, es cosa asimismo ignorada, y que abre campo á otras conjeturas. Se desprende de la lectura del Génesis que ni Cam ni sus descendientes le siguieron, antes se extendieron por varias comarcas, la Siria, la Etiopía, las costas de la Palestina, y el Egipto, en busca de los tesoros sepultados entre los escombros de las ciudades antediluvianas. Cam fué para Noé, y los suyos, poco menos de lo que habia sido Caín para los adamitas. De los descendientes de Sem, alguno de ellos, uno de los cinco hijos de Jectan, hijo de Heber, fué á poblar las Indias, y llegó hasta la vasta comarca, á la que llamó Siberia, ó Grande Iberia. Los mas de ellos prefirieron el Asia menor á las comarcas mas distantes. Pero algunos de los hijos segundos é hijas de Heber, Faleg, Reu, Sarug, Nacor, Taré y Aran, de quienes hablan los versículos 17 al 27 del capítulo once del Génesis, fueron sin duda á consolar la ancianidad de su abuelo. De todos ellos tenemos recuerdos en nombres de nuestra patria. Tocante á los descendientes de Jafet, respetando la autoridad de san Jerónimo, diremos que del original de Flavio Josefo ni de ninguna de siete versiones en distintas lenguas que de él tenemos á la vista, se desprende que Tubal viniese á España. Léase el principio del capítulo 6 del libro primero de las Antigüedades Judaicas (1), y

(1) Josefo, Antigüedades Judaicas, lib. 1, cap. 6. Dice así: «Mado fué el fundador de los macedenses, á quienes los griegos llaman medos; Thobel dió su nombre á los thobellanos, en el día llamados iberos,» etc.; y sigue hablando de los capadocios, es decir de las gentes que por su vecindad se acercan á los medos y á los iberos asiáticos. Masdeu, demasiado propenso á la discusión, divaga en el tom. 2 de su Hist. Crit.

desde luego se echará de ver que hace á Thubel (Tubal) poblador de los tubelitas, ó iberos asiáticos. Y es también muy lata interpretación la de los que reparten entre los hijos de Javan, á Elisa la Élide, á Tarsis la Cilicia, á Cetim la isla de Chipre, y á Dodanim el Epiro: pues es mas conforme y puesta en orden la opinion de los que asignan á Elisa los Campos Elíseos españoles y las Islas Afortunadas ó Elisias, á Tarsis los Campos Tartesios sitios en la Bética, á Cetim las gargantas del Pirineo desde Cataluña hasta Galicia, país en su mayor parte de los celtas, y á Dodanim (léase Rodanim como está en el texto Samaritano y en los Setenta) las colonias de Rosas y Roda en la misma Cataluña. Pero sea lo que fuere de tales opiniones y conjeturas, lo que conviene es dejar consignado que la sangre de todos los moradores de la tierra, es sangre de Noé, y que la humanidad entera reconoce á Adan por padre y ascendiente. Al hombre se le habia mandado ocupar la tierra, y debió escudriñarla toda y poseerla. En vano los jefes de las principales tribus ó familias; quisieron formarse una metrópoli desde la cual despreciasen las órdenes del Eterno: y reunidos en la llanura de Senaar, procedieron á la fábrica de una torre que llegase al primer cielo. A su temeridad siguió muy de cerca un castigo que los hombres lamentarán en todos tiempos. Uno solo era entonces el pueblo; y el lenguaje de todos uno mismo y de unas mismas palabras. De repente unos á otros se parecieron extraños, y su idioma quedó confundido. El versículo 6 del capítulo once del Génesis encierra un precedente terrible para calcular todo el lleno de la maldicion que lleva en sí la raza humana

págs. 253 á 258, queriendo sostener lo contrario. El fundamento de los tubalitas está en Josefo. A la vista hemos puesto su pasaje. Léase y júzguese.

desde la dispersion de Senaar (1). El pueblo era uno, y su idioma uno mismo, antes de la dispersion: despues los idiomas fueron muchos, y los pueblos tambien. La voz pueblo es muy lata, y puede comprender lo que los naturalistas llaman razas. No dejaron, pues, de entenderse los hombres solamente por la diversidad de idiomas, pues era esta una dificultad superable con el tiempo: dejaron tambien de entenderse porque ya no formaron un solo pueblo, una sola raza. Profundamente afectados los rasgos de su fisonomía, su ángulo fascial, su color mismo, unos á otros se parecieron extraños, y nó miembros de una misma especie. Y quedó tan profundamente grabada aquella maldicion en nuestra familia, que ya, aunque se crucen las razas y cambien de climas no pueden volver á reconstruir el tipo adámico, sino que van formando distintos matices, hasta que por el período de cuatro generaciones sin cruzamiento vuelve cada tipo al que en Senaar le fué trazado. No dice el Génesis que Noé estuviese en Senaar (y de estar allí le nombrara), aunque este acontecimiento extraordinario tuvo lugar viviendo él; ni es de creer que acudiese, pues su presencia hubiera contenido á los temerarios (2) y acaso mitigado la cólera celeste. Pero la fama de aquel suceso debió llegar á su noticia: y ello es que existe en nuestra tierra un lugar por nombre Senaro, que parece puesto como para perpetuar el recuerdo de aquella nueva

(1) Gén. cap. xi., vers. 6. « Ecce unus est populus, et unum labium omnibus. » « Hé aquí que el pueblo es uno solo; y el lenguaje de todos uno mismo. » Despues ya fueron varios los idiomas, y varios los pueblos ó las razas.

(2) Algunos han visto en la fabula de los titanes una reminiscencia de la porfia con que los pueblos quisieron levantar en Senaar una torre que llegase al cielo. Y es sorprendente ver cómo los escritores antiguos creen que los mas famosos hechos de los tiempos antehistóricos pasaron en España. Justino, insiguiendo á Trogo Pompeyo, en su lib. 44, cap. 4, dice que en Iberia, entre los tartesios, tuvo lugar la guerra de los gigantes contra los dioses. « Saltus vero tartesiorum, in quibus Titanas bellum adversus deos gessisse proditur. »

catástrofe que afligió al linaje humano : objeto de divagaciones para muchos que se llaman sabios.

Desde entonces los hombres andan en busca del tipo primitivo de su raza , y de la fuente de su idioma. Los mas de ellos vuelven los ojos al oriente , como si todos los países no fuesen, unos para otros, oriente y occidente , sur y norte. Otros creen que el Asia central , tal vez la Sogdiana , es la gran madre del linaje humano , y el sanscrito el primer idioma. Pero sucede que allí vuelven tambien los ojos al oriente , preguntados sobre su origen , de manera que se da la vuelta al orbe sin despejar aquellas tinieblas. Y si se busca la fuente de todos los idiomas , de ilacion en ilacion se viene en conocimiento de que ninguno existe que no contenga muchas voces de que se usa en otros. El sanscrito es el que contiene mas nombres iberos , sin duda porque los primeros moradores de la tierra central asiática supieron conservar menos impuro el idioma de Adan y de Noé. Por lo demás , es curioso seguir el itinerario que marcan varios historiadores á los primeros habitantes para darles título de posesion sobre alguna comarca. Hay quien presume que los celtas vieron la primera luz en la Sogdiana , sin duda por virtud del aire , de la tierra , del agua ó del fuego , y que de ella , en el año 2200 antes de Cristo, se pusieron en camino para el Egipto , adonde llegaron al cabo de ciento diez y seis años , y se detuvieron en él doscientos sesenta años ; y aunque tenian delante la Italia , y muy marcado el camino para España , siguiendo la costa del Mediterráneo , prefirieron volverse , abandonar el Egipto, cruzar el Asia, dar la vuelta al Ponto-Euxino, é internarse por las orillas del Danubio : todo para llegar á Francia ciento veinte años antes que á España é Italia , y dos-

cientos años antes que á Irlanda : que de esta manera ciega el afan de querer dar honra á la patria. Preferimos por nuestra parte lo natural , lógico , sencillo , y que mas se adapta con las explicaciones dadas por el historiador primitivo.

Corria el año 1994 antes de Cristo , dos mil seis del mundo , cuando murió el segundo de los dos grandes patriarcas , dos años antes de que naciese Abrahan (1). Y tuvo el sentimiento de saber la profunda distincion de las razas, junto á Babel, la diversidad de los idiomas, y la pertinacia con que sus descendientes persistian en las sendas de la iniquidad y del desenfreno. No tanto , ni de mucho , en nuestra tierra , si hemos de atenernos á las luces que poseemos tocante á su historia , la cual recibe aquí unos trémulos albores que comienzan á disipar la obscuridad en que nos dejan por sí solos el raciocinio y las conjeturas.

CAPITULO V. — De los nuestros tomaron nombres muchos extraños.

Es general entre nuestros historiadores la costumbre de buscar en España los nombres que mas se parezcan á los de los países extranjeros , y deducir de ahí por consecuencia quién visitó nuestra tierra , ó fué fundador de alguna de sus poblaciones. Adoptada nuestra interpretacion , es necesario proceder de una manera totalmente distinta ; es decir , hay que buscar entre los extraños los nombres tomados de nuestra patria , para conocer la marcha y el itinerario de nuestros mayores en su toma de posesion del mundo. Pues así como no hay que preguntar quién descu-

(1) Nuestro sabio y laborioso Felipe Scio , dijo en la nota al versiculo 29 del capitulo ix del Génesis , que Noé vivió con Abrahan cincuenta y ocho años ; pero lo enmendó en las tablas cronológicas.

brió el Nuevo Mundo é investigó primero el océano Pacífico, y basta solo leer su nomenclatura, lo mismo sucede consultada la del Mundo Antiguo.

En ninguna nacion existen mas generalizadas en su nomenclatura topográfica el monosílabo AR, la raíz ARA, la sílaba NA, la raíz ANA, la sílaba DUR, la raíz CARN, la voz de espanto JU aplicada á los lugares nebulosos ó á las cimas en donde se forma el rayo, la raíz BRIG, las de BAR, VAR, BER, ó VER, y otras muchas tan preconizadas por los que buscan en ellas, ya en el sanscrito, ya en el céltico, ya en el kímrico, el núcleo del idioma y del linaje primitivos. La buena induccion reclama, que la comarca en donde existan aquellas voces mas en número, sea la verdadera fuente y cuna de su procedencia. Que esta comarca sea España, no hay mas que mirar el mapa para tener de ello un completo convencimiento. Con aquellas sílabas y raíces sacadas de nombres topográficos de España, se puede formar una lista de algunos miles de nombres, siendo así que en ningun otro país existen mas que por pocos centenares. Es inútil, pues, divagar buscando las pruebas del universal celticismo, ó combatiéndolas, y seguir la marcha de los cimmericos, cimbrios ó kímrios, belgas ó bolgos, para saber quién pobló primero nuestra tierra: y así como seria locura buscar nuestros orígenes en América porque su nomenclatura topográfica se parezca á la nuestra, de la misma manera tampoco buscaremos en la Bactriana, en la Sogdiana, ni en la Iberia asiática el origen de nuestras primeras poblaciones: sino las jornadas hechas por nuestros antecesores en sus viajes por lejanas tierras, y los recuerdos que en ellas dejaron del cariño que tenían á su inolvidable España. Si el artículo céltico AR es innumerable

en la nomenclatura española, las antiguas Aragenus, Arausio ú Orange, Arduena ó Ardenas, Arelate ó Arles, y Arvernia en las Galias, no serán título de posesion sobre la España, sino mojones colocados por los españoles á trechos en la Francia, ni mas ni menos que los colocaron en Arsino de África, cerca de Nemfis, en Arbos junto al Nilo, en D-Arne cerca de Cirene tambien en África, en Ch-Ar-motas y C-Ariatha de la Arabia, en Arce de la Siria, en Artemita y L-Arisa de la Asiria, en L-Arisa de la Grecia, en S-Ardis de la Lidia, en el Ararus, el M-Argus y el M-Arisus, tributarios del Ister ó Danubio, en el golfo C-Arcinites de la Taúrida, en el M-Arubius, tributario del Tánais, en Artanisa de la Iberia asiática, en la misma Armenia y su lago Arcisa, y sus pueblos de Artaxata y Arxata, en Articena de los partos, y en toda el Asia central, principal punto de descanso del grupo mas numeroso de nuestros emigrados (1). Si la raíz ARA, voz dedicada á un sitio sagrado, es numerosa y general en la nomenclatura española, y muy escasa por el contrario en las de los extraños, el Saona ó Arar, el Iser ó Isara, el Somma ó Simara, el Herault ó Arauraris, el Sambre ó Sarava, y el Sarre ó Sararus, no serán para la Francia una escritura de propiedad sobre la España, sino las huellas dejadas allí por nuestros moradores: bien como lo son asimismo Zaara en África, Bukara en el Turkestan, Zo-ara en la Idu-mea, el rio Angara en la S-Iberia ó Grande Iberia, la

(1) Plinio en su Historia del Mundo, tom. 1 de la impresion de Colonia de 1616 menciona varios nombres topográficos de la antigüedad que llevan el monosilabo AR, entre ellos la ciudad de Arca, la ciudad y rio de Arcadia, las de Ardea, Arelata, Aretusa, Argos, Arna, Arra, Arsa, Artacana, Artemita de los partos, Artiga y otras varias. Polibio en su lib. viii, cap. 16, cita á Ardaxana, rio de la Iliria; en su lib. v, cap. 111 á Arisbe, ciudad dependiente de Bizancio; en su lib. ii, cap. 16; á Arrecio, ciudad de la Etruria; en su lib. xvi, cap. 2 y 17 á Argena, promontorio del Asia; en su lib. iv, cap. 77, al Arcas; y otros. Herodoto en su lib. iv, cap. 92, cita el rio Artisco en el país de los odrisos.

Arabia, el mar de Aral, los varios Araxes, y el monte Ararat en el Asia, el Ararus junto al Danubio, la isla de Aracca en el golfo Pérsico, y M-Aracanda en la Sogdiana, con otros (1). Si la sílaba NA y la raíz ANA, ya por combinacion, ya por principio ó fin de vocablos, son infinitamente mas numerosas en nombres de nuestra patria, que en los de los extraños, será cosa fuera del comun sentido dar á la Galia carta de prelación sobre la Iberia por su Sena ó Sequana, su Somma ó Ambiana, y su Garona; antes diremos ser un testimonio de la marcha seguida por nuestros mayores, como lo son la Ariana, la Bactriana, la Madiana, la Margiana, la Sogdiana, la Transoxiana y Artacoana en el Asia Central, Comana en el Ponto, Ecbatana en la Media, Albana y Labbana en la Asiria, Naxuana y Vaustana en la Armenia, Parictina, Mina, Tubuna, B-Anasa y Dagana en África, Isana y Nagrana en la misma Arabia, sin tener que dar tortura á ninguno de estos nombres (2). Si la sílaba DUR ó dor forma entre nosotros el elemento de una vasta coleccion de nombres superior sin comparacion á las de otras naciones, no apelaremos á los cimbrós ó kimris, para que nos digan que ellos dieron nombre al DORDOÑA ó Duranius entre los galos, y le dieron tambien entre los iberos al Duero; y mas bien diremos que son rastros de nuestra primitiva posesion no solo dicho Duranio, sino Duroveronium en Inglaterra, Durlacum en Alemania, Durosta-

(1) Polibio en su Historia general, lib. xxii, cap. 9, cita el Aractes, río del Epiro; en su lib. v, cap. 68, á los aradenses, pueblo de la Fenicia; y en el lib. iv, cap. 39 y 65 el promontorio Araxes en la Elida. Plinio en dicha obra y edicion y tomo ya citados, menciona los pueblos arachotes, el monte Aracinto, la isla y la ciudad de Arados, las ciudades de Arania y Arausio, las tribus de los arameos, aranditanos, arancelos, aracenes, araciáticos, araviscos, la isla Aracia, y el lago Arapotes.

(2) Herodoto en su lib. vii, cita á Anaua, ciudad de la Frigia, y á Anaphlyste, ciudad del Atica; y en su libro ix á Anactoria, ciudad del Epiro. Polibio, lib. xxxi, c. 21 á 23 habla de Anagnia, ciudad del Lacio; y lib. ii, cap. 17, 32 y 34, de los anamaros, tribu cisalpina. Plinio, lugar citado, menciona las ciudades de Anactoria, Anaecia, Anatilia, y Anaudoma, las tribus de los anagninos, anagnatos, analitos, anararios, y anazerbinos; los rios Anaso y Anatis, y la fuente Anapavomenos.

dium en los Países-Bajos , y junto al Po el Duria (1). Por idéntica razon no diremos que Carnac en el Morbihan, Carnuta ó Chartres , y Cala ó Calais , signifiquen primacía sobre nuestras denominaciones en que aparecen los monosílabos CA y CARN , sino una postelacion marcada por lo numerosas que son entre nosotros las que los conservan: y lo mismo nos probarán Calaa y el promontorio Catabathmus en Africa , los Cárpatos y Carcina en la Sarmacia , la Caria y la Capadocia en el Asia Menor , Cabila en la Macedonia, el Cáucaso , el Caspio , Carmana en la Carmania , Cardukes entre la Armenia y la Asiria , Caffa , junto al mar de Azoff , Cariatha en la Arabia , y Cataderbis en el fondo del golfo Pérsico (2); y deberemos decir otro tanto de los demas monosílabos que dejamos apuntados , casi comunes entre nosotros , escasos entre los extraños. De manera que nada destruye , antes todo confirma las conjeturas que acerca de nuestros orígenes hemos consignado. No hay duda que los reflujos de los pueblos han traído á nuestros lares á muchos de los descendientes de los que un tiempo los abandonaron para ir en busca de otras tierras ; y á otros varios de los que llevan impresa en su rostro la perturbacion grabada en la llanura de Senaar ; y asimismo es útil estudiar lo que hicieron , por dónde pasaron , y qué les

(1) Polibio en el lib. v , cap. 66 , cita á Dora ó Dura , ciudad de la Fenicia ; en el mismo lib. v , cap. 48 á otra Dura , en la Mesopotamia ; y en el lib. v , cap. 52 , á una tercera Dura , ciudad de la Asiria. Plinio , en el mismo tomo y edicion citados habla de la ciudad de Durina , de los rios Duria , Dorum ó Durum , de la ciudad de Doron , de la fuente Dora , de Doris en Asia , y de Doris en la Grecia.

(2) Tácito en el lib. iv , cap. 70 de sus Historias habla de los caracatos , pueblos de la Germania. Herodoto en su lib. iv habla de Carcinitis , ciudad de la Escitia ; en su lib. ix , cap. 73 de Cardamyla , ciudad de la Laconia ; en su lib. iv , cap. 49 de Carpis ; rio de la Iliria ; en su lib. vii , cap. 42 , de Carina , ciudad de la Misia ; y en los lib. iv y cap. 121 del ix , menciona á Carysta , ciudad de Eubea. Polibio en su lib. xvi cap. 41 , habla de Carthea , ciudad de Ceos ; de Carnium en su lib. v , cap. 19 , y de los cardacios en el mismo libro , cap. 82 y 92. Plinio en sus Historias del Mundo , tomo I de la edicion de Colonia de 1616 habla de los rios Carabo , Carambucio , y Careso ; de las tribus de los caralitanos , carastacios , carbiletos , carditenses , carenses , carentinos , carietes , carinos , cármacas , carmanos , carnapos , carnutos y carsulanos ; del promontorio Caralitano ; de la ciudad de Cardamile y otras ; y de la isla Careza.

acaeció en su larga travesía , para lo cual es utilísimo el estudio de aquellas nomenclaturas : pero de esto al desbarajuste y círculo vicioso que resulta de tomar los efectos por la causa , va una diferencia muy grande.

Quede , pues , sentado , que la España ha dado á las demás naciones muchos de sus nombres , y que aunque haya recibido de ellas algunos entre el movimiento desordenado y tumultuoso de los pueblos viajeros , su nomenclatura primitiva es la dominante en el universo.

Debieron por consiguiente tomar otro camino los que han dado comienzo á nuestras historias , llamándonos bárbaros solo porque así lo hicieron los que querian levantar en nuestros campos sus tiendas , y volver á tomar posesion de la tierra de que habian salido : comun costumbre de todos los pueblos invasores denominar salvajes á los invadidos para que parezca humanidad su vandalismo.

Ni somos nosotros los primeros en dar á la historia un aspecto menos misterioso, menos sujeto á cavilaciones, más humano y natural en sus faces. Algunos autores eminentes, Schlegel , Humboldt , han opinado que todos los alfabetos de las razas humanas no forman mas que uno , así como todos los tipos de nuestra gran familia tienen en su fondo el hombre. Y seria el mas bello de todos el idioma del corazon si al nacer no leuviésemos ya ennegrecido. Muy cierto es que las piedras , los montes , los llanos y los penates no son la patria verdadera : y que mas bien pueden llamarse así las privaciones , los viajes , las fatigas y el llanto: pero no es posible despegar del pecho sin destrozarle ese amor tierno con que miramos la tierra en que fuimos mecidos ; y si por acaso la razon y la justicia dan lustre y fama á la que llamamos cuna nuestra , el corazon se dilata

por mas que queramos impedirlo ; y si es fuerza notar en ella alguna mancha , lo hacemos por rectitud , pero íntimamente contristados.

CAPITULO VI. — Cómo no hay necesidad de recurrir á reyes fabulosos para ilustrar nuestras historias ; y cuales sean dichos reyes.

No deben ser menos reprobados los lisonjeadores de las naciones que los de los príncipes , pues unos y otros injertan el gérmen del orgullo que pierde á los pueblos y á los potentados. Ignorábase en España que tuviésemos memorias ciertas y averiguadas de las cosas de nuestra tierra anteriores á la irrupcion de los cartagineses. Existian ciertamente los escritos de Justino y de otros que hacian mencion de algunos reyes muy antiguos. Píndaro habia hablado de Gerion (1) y del jardin de las Hespérides ; Platon de la Atlántida (2) ; Herodoto de un Argantonio , rey de los tartesios : todos ellos como de cosas lejanas , no muy seguras , y de que se tienen noticias por tradicion ó por dicho de otros. Algunos hablaban del Hércules Livio como de un héroe probado en tierra de España ; otros encarecian los reinados de Hispalo , Hespero , Gargoris y Abidis. Pero nadie se habia atrevido á dar por sentada , sin pruebas , á

(1) Píndaro en una de sus odas se expresa de esta suerte. « La ley es la reina de los mortales y de los inmortales. Arrastra tras sí la violencia con mano poderosa , y la legitima Hércules, sin haber comprado los bueyes de Gerion, los adquiere por la fuerza..... »

(2) Platon en su CRITIAS habla de esa famosa Atlántida que tanto ha dado que pensar á los sabios. Algunos creen que en efecto , en la antigüedad mas remota , debió de existir en el océano , frontero al estrecho de Gibraltar, una isla inmensa , de la cual son restos las Azores, Canarias, y las del Cabo Verde. Otros, con Pateneit, creen que de la catástrofe que sumergió la Atlántida solo se salvó en el mundo el Egipto , cuyo colegio sacerdotal de Sais blasonaba de tener archivados los anales del mundo desde una era de mas de nueve mil años. Todo fantasías. Cuvier ha demostrado que el suelo del bajo Egipto fué un pantano dos mil años antes de nuestra era vulgar ; que por tanto la fábula de Pateneit y la historia de la Atlántida no prueban otra cosa que la impresion profunda que debió causar entre las familias de los que se salvaron del Diluvio esta catástrofe espantosa ; y que todos por instinto volvian los ojos al occidente como si hacía él hubiesen perdido las tierras mas florecientes.

la manera de los sacerdotes egipcios, una cronología seguida y circunstanciada de reyes españoles postdiluvianos. Y hé aquí que á fines del siglo xv, seis años despues de la toma de Granada y del descubrimiento de la América, cuando la España, puesta en su apogeo moral, tenia glorias verdaderas de muy buen quilate, un escritor, fray Juan Annio ó Nanni, dominico en Viterbo, le ofreció otras falsas, dando á luz un supuesto Beroso de Caldea y dedicándole á los reyes católicos. No fué Annio un impostor, como creen muchos: fué un hombre cándido, ignorante de la lengua que traducía, y víctima de algun ladino que al momento propaló por bajo cuerda la ficcion que ha manchado la fama de aquel buen religioso. A tenor de su obra, ninguna nacion del mundo, ni los egipcios con sus faraones, sus canales y sus pirámides, ni la China con sus dinastías que saltan por encima de todas las cronologías posibles, ni la India en la que nuestros panteístas modernos ven la conservacion de las razas, costumbres, idioma, culto, animales é instintos antediluvianos, ni el mismo pueblo hebreo con su genealogía de patriarcas, sumos sacerdotes y príncipes, pueden presentar unos anales mas seguidos, límpios, y bien enlazados que nuestra madre patria. No hay entre nosotros necesidad de patriarcas que sean el primer núcleo de la sociedad civil, ni de pontífices que contengan á la poblacion mas numerosa, hablen en nombre del Autor de la vida, y en su dia unjan al que regirá los destinos públicos; Tubal es rey desde que desembarca en España; Tarragona es la primera corte del mundo; la gran tarea de los primeros poseedores de nuestra tierra no consiste en labrarla, cumpliendo el precepto del Génesis, sino en echar los cimientos de todas nuestras po-

blaciones. Sucede á Tubal el rey Ibero que da nombre á la Iberia , al Ebro y á todos los iberos , y reina y gobierna con no menos gloria. Sigue Idubeda ó Jubalda, deja un recuerdo en Gibraltar y una memoria en las sierras llamadas Idubedas, y muere. Brigo sube al trono, y bastante ocupacion tiene en poner la primera piedra de centenares de pueblos que en la península y fuera de ella llevan en sus nombres antiguos ó modernos la raíz BRIG. El quinto rey será Tago, pues si otro rey, Ibero, dió nombre al Ebro, es razon que venga tambien un monarca á dar el suyo al Tajo. Y si el Tajo y el Ebro recibieron nombre de reyes, no ha de ser menos el Guadalquivir , ó antiguo Betis , y le recibirá del sexto rey, Beto el Turdetano, poblador de la Bética y muy amigo de recorrer las márgenes de aquella caudalosa corriente. El séptimo monarca es un descendiente de Cam , de raza etíope , soberbio por naturaleza , por nombre Deabos ó Gerion , primer tirano de nuestra comarca para quitar á la historia su monotonía. Osiris , héroe egipcio , le castigará como merece ; vendrá contra él con gente aguerrida, le presentará batalla , le vencerá y le quitará la vida para ejemplo y escarmiento de tiranos. Harto generoso el Egipcio permitió á tres hijos de su enemigo que reinasen con el nombre de Gerion el Tergémino; pero fué para su mal pues solo pensaron en vengarse del matador de su padre , y enviada una secreta embajada á Egipto, consiguieron que Tifon matase á su hermano Osiris. A su vez Oro , el Hércules Livio, hijo de Osiris, trata de vengar á su padre, mata á Tifon su tio , viene á España , reta á los Geriones , los vence , los despoja é inmola , y recorre triunfante la Iberia. Los partidarios de los Geriones huyen á lejanas tierras, acaudillados por Noraco , y hacen asiento en Cerdeña. Su-

be al trono el noveno rey, por nombre Hispalo, y funda á Hispali, la Sevilla de nuestros dias, mientras Hércules levanta Barcelona. El décimo rey es Hispan, modelo de buenos príncipes, venido á propósito para dar nombre á la España, y para erigir en la isla gaditana un templo y un sepulcro suntuosos á Hércules Livio. Sin duda las buenas doctrinas de Tubal se habian ya amortiguado puesto que en Hispan da comienzo el gentilismo. Seguramente el que inventó esta fábula no carecia de ingenio, pues por tales sendas se introduce en los pueblos la idolatría. El que vaya hoy por hoy á Lutecia, y vea en el altar mayor de un suntuoso templo un sepulcro, y, en vez de las palabras del Evangelio, la primera cláusula del testamento de un héroe moderno, conocerá por cuán resbaladizo terreno se va entrando el paganismo. El duodécimo rey es Hespero, que nos quita el embarazo de buscar el origen de la voz Hesperia; y, entrando en reyertas con un hermano suyo, es vencido y despojado. Atlante le sucede, da nombre al Atlántico, recorre victorioso la Italia como para enseñar á sus sucesores aquellas fértiles comarcas, y hace asiento junto al mismo Tibre. Sicoro viene despues, y se hace famoso, nó solo en España, en donde da nombre al Segre (Sicorus), sino tambien en Italia y en Egipto, pues el mismo Nilo llevó un dia el nombre de Sicorus, que vale tanto como Cenagoso: y equivalía esto á decir á los reyes católicos que tambien el África era campo bueno para las glorias españolas. Sicano, hijo de Sicoro (1), entra á reinar. Se ilustra en Italia, pasa á Sicilia y vence á los cíclopes y á

(1) Los amigos de Sicano y de Sicoro se olvidaron de consultar á Polibio, en quien lib. 1, c. 66 y 67 hubieran hallado la ciudad de Cicca sita en Africa; y en el lib. xxvii, cap. 8, hubieran podido tomar nota de Sycurium, ciudad de la Tesalia, en la cual puso sus reales Perseo.

los lestrigones, enemigos formidables. Sube al poder Siceleo, hijo de Sicano, y tambien batalla con los italianos, ni mas ni menos que su padre. Sicilia es su gloria. Deja el trono á su hijo, por nombre Luso, muy propio para dárselo á la Lusitania. Síguele Sículo, distinto de Sicoro, batallador no menos aventajado, vencedor en Sicilia, auxiliador de su hermano Romo y de los españoles avecindados junto á Roma, ahuyentador de Dárdano, padre de los troyanos, y fundador de varias poblaciones. Sucede á Sículo, Testa Triton, padre de los contestanos, venido de África; y en sus dias los griegos fundan Murviedro y levantan en Denia un templo á Diana. Despues de él sube al trono Romo, no sabemos si hermano de Sículo, ú otro, y nos quita el cuidado de buscar la fundacion de Valencia, por otro nombre Roma. Palatuo es su sucesor, levanta Palencia, da nombre á los palentinos, y ve encenderse en España una guerra civil sangrienta, siendo jefe de los rebeldes un Licinio Caco, celtíbero, fundador de Moncayo. Caco triunfó. A la sazón lidiaban en Italia los españoles contra los aborígenes, entrios y auruncos, hasta que hicieron paces, y unos de los nuestros se fueron á Sicilia y otros se volvieron á España (1). Ya no estuvo seguro Caco. Esta

(1) Téngase presente que alguno de los reyes nombrados en este capítulo se halla en Justino, nó el mártir como han creído Isidoro, Jornandes, Sarisberio y otros, sino el historiador gentil, latino, compendiador de Trogo Pompeyo. Créese que escribió Justino en el siglo segundo de nuestra era vulgar, en tiempo de los Antoninos. Los mas de nuestros historiadores respetan su testimonio porque le confunden con el mártir. En su libro 44, cap. 1 dice que del Ebro se llamó Iberia nuestra tierra, y de Hispan (no dice rey) España. «Ab Ibero amne primum Iberiam, postea ab Hispano Hispaniam cognominaverunt.» En el capítulo 3 del mismo libro dice que los gallegos son griegos de origen (lo dijo el griego Trogo; si hubiese sido francés hubiera dicho que eran galos); y cita á Teucro como primer poblador de Cartagena. En el cap. 4 del mismo libro cita á los cunetas (léase cinesios como en Herodoto), y al rey Gargoris «qui mellis colligendi usum primus invenit.» Y menciona el estupro de la hija de dicho Gargoris, dando á entender un incesto. «Huic quum ex filie stupro nepos provenisset, et non trata de dar muerte á la hija sino al fruto del crimen; y no lo consigue; el nielo de Gargoris es Abidis, «nomen illi impositum Habidis,» quien enseñó á los españoles á uñcir los bueyes al arado, y á buscar en los surcos el trigo. «boves primus aratro domari, frumenta que sulco querere docuit.» Tras de Abidis no men-

vez Palatuo fué el agresor, presentó batalla á Caco, le venció, le despojó, y obligó á ir á buscar un asilo en Italia en donde le mató Hércules Alceo. Ya por aquel tiempo la Grecia debió de ser guarida de piratas; pues se habla del salto que hicieron por las costas de España y de las Baleares, por Gibraltar, la antigua Heraclea, y por Mallorca y Menorca, de donde fueron rechazados. Viene en pos de Palatuo otro rey africano, que no trata siquiera de disimular su origen, y se llama Eritreo, ó procedente del mar Rojo. Bien es verdad que sirve para dar nombre á la isla de Leon, en lo antiguo Erythia ó Eritrea. Gargoris es el último de los reyes del catálogo de Annio, ya porque no era posible pasar de los tiempos de Beroso, ya porque era peligroso nombrar personajes que no hubiesen vivido en tiempos fabulosos. Gargoris tuvo por otro nombre el de Melícola ó Melifluo, y en verdad le merecia si enseñó á recoger la miel, antes despreciada. Galicia le debe su poblacion. Si Osiris y Hércules habian visitado á sus antepasados, Diomedes y Ulises, héroes de Troya, recorrerán las costas españolas en tiempo de Gargoris, y fundarán ciudades, en su número Lisboa ó Ulisipo. Ningun género de gloria le ha de faltar á la España. Primera en fundar la monarquía, y en dar nombre al Atlántico, competidora con los egipcios, fundadora de la primera Roma, vencedora de Dárdano el primer troyano, amiga de Hércules Oro, y buscada de Diomedes y de Ulises, lo mas grande y preclaro de los nombres mas famosos de la tierra estaba enlazado con sus historias. Dícese que Gargo-

ciona el hombre ni la despoblacion de la península como hacen otros, sino una larga sucesion de reyes que no nombra. «Mortuo Habide regnum per multa sæcula à sucesoribus ejus retentum est.» En seguida habla de Gerion, nó como de un rey de toda la España, sino como de un monarca que reina en las islas españolas. «In alla parte Hispaniæ, et quæ ex insulis constat, regnum penes Geryonem fuit.» Y cita al Hércules que fué allá desde el Asia, nó desde el Africa como dicen otros, para arrebatarle los ganados.

ris fué incestuoso con su hija ; y , para que hubiese mas punto de contacto entre nuestra historia y la de Moisés , Ciro , y Rómulo , dióla en perseguir á su hijo y nieto Abidis , y en ninguna manera pudo darle muerte ; porque si le entregaba á las fieras , en vez de destrozarle le amamantaban ; y si le echaba á los perros hambrientos , en vez de comérselo le lamian ; y si le arrojaba al mar , las olas le sostenian y dejaban salvo en la playa . Era de Dios que Abidis le sucediese , y fué así . Y aun se añade que fué un príncipe excelente . Pero , muerto él sin sucesion , los potentados se dividieron la tierra , formando señoríos diferentes por sus leyes , usos , y costumbres . Término necesario de las invenciones de Annio , puesto que en la alborada de los tiempos históricos no hay indicios que revelen una nacionalidad uniforme en toda la Iberia .

Inútil fué ese tejido de reinados fabulosos para dar gloria á la España ; y hubiera sido preferible estudiar la marcha de la civilizacion en los demás pueblos , para deducir al menos por conjeturas , vistas las relaciones que con ellos tenia , hasta qué punto se habian infiltrado en la península los usos , costumbres , creencias , adelantos , preocupaciones , doctrinas y errores de los demás hombres . Esto pensamos apuntar ahora con brevedad y lisura . Nos ahorráramos seguramente esta fatiga si hubiésemos querido imitar á algunos de nuestros historiadores cuando recurren para poblar nuestra tierra al ministerio de los ángeles que desde Senaar fueron transportando los hombres (1) á todas las comarcas : y á su

(1) No hubiéramos hablado de semejante recurso á un milagro , para poblar nuestra tierra , si no le hubiésemos visto sostenido por Ferreras en su Sinopsis Histórico-Cronológica de España . Dice así , finidos los capitulos de su preludeo , tomo 1 , págs . 34 y 35 . « El modo como aportó cada poblador á su provincia es cuestion comun á todos : tengo por mas verosímil (respecto de no haber entónces caminos , poblaciones , puentes , barcas , ni otras cosas que son necesarias para hacer viajes por tierra , ni embarcaciones , ni aguja , ni conocimiento de el mar para hacer por él viaje ; y porque

ejemplo podíamos decir que quien dió posesion de la tierra puso tambien en las manos la hoz y el arado, y enseñó á labrar tejidos y á levantar cabañas. Pero creemos que, sin caer en falta la piedad, el buen sentido preferirá en nuestra historia las inducciones naturales á los recursos maravillosos. Dice Herodoto que un rey de Egipto, Psamnético (1), creyó que el idioma de la Frigia era el mas antiguo del mundo, solo porque dos niños educados en la soledad y en el silencio rompieron el habla diciendo BECOS, voz que en frigio significa PAN. A imitacion de dicho rey hubiéramos podido decir que BECOS fué voz española que significaba LABIOS; deduciendo de ahí que nuestro idioma debió de ser el de Adan. Con todo, preferimos en nuestra historia, y juzgamos que en esto nos acompañarán muchos, las investigaciones que no se salgan de los linderos de la verosimilitud, á los cuentos de Annio, y á las ilusiones de Psamnético.

CAPITULO VII. — Si puede sostenerse la opinion de los que creen que nuestros progenitores fueron salvajes, durante la segunda edad del mundo.

Dijimos que nuestros progenitores, salvados de la destruccion por medio de un fragil madero, debieron ser marinos por inclinacion y por agradecimiento. De esto á ser investigadores de costas y pobladores de los continentes é islas, no hay mas que un paso. Y si se tiene en cuenta que, del Promontorio Sacro en nuestra península al cabo de San Roque en la América Meridional mas avanzada hácia el África, hay

dice la Escritura que desde Senaar los dividió Dios sobre la haz de todas las regiones, Gen. 11, vers. 9) que su Magestad por ministerio de ángeles trasladó cada familia á su provincia, etc.»

(1) Herodoto, lib. II, cap. 2. « Pesadas las consecuencias de esta experiencia, añade Herodoto, consintieron los egipcios en mirar á los frigios como procedentes de una raza mas antigua que la suya.»

casi el mismo trecho que desde dicho promontorio á la cordillera del Cáucaso en los confines de la Armenia, no parecerá extraña la opinion de los que creen que el Nuevo Mundo ha sido descubiertó por los españoles, no una, sino tres veces: en vida de Adan, en la de Noé, y en tiempo de los reyes católicos; y tendremos quizás por mas atrevida y heroica la accion de quien hizo la travesía sin brújula, sin otro norte que la luz de las estrellas, y llevado solo del deseo de poblar la tierra.

Es comun la preocupacion de los que la han dado en ver en nuestra primitiva península un semillero de tribus salvajes, extrañas al progreso general de la civilizacion, groseras, feroces é indómitas. Hemos buscado los fundamentos de semejante error, y hemos visto que procedia de una mala inteligencia de la voz BÁRBARO (1) aplicada por los griegos, romanos, egipcios, y persas para denotar, nó á un salvaje, sino á un extranjero. Cuando Necos, rey de Egipto, comenzó un canal para llevar al mar Rojo parte de las aguas del Nilo, desistió al saber de boca del oráculo que trabajaba para un bárbaro, es decir un extranjero. Herod. II, 158. Seguramente que Herodoto no tuvo jamás por

(1) Herodoto lib. I, al principio: «Escribo para que las grandes y memorables acciones, bien sea de los griegos, bien de los bárbaros, tengan una justa celebridad.» Tacito en sus Anales, lib. XII, cap. 14, usa de la voz bárbaros en el mismo sentido de extranjeros y enemigos de su patria, diciendo: «Experimentis cognitum est barbaros malle Roma petere reges quam habere.» Es sabido que los bárbaros estan mas inclinados á pedir reyes á Roma que á conservarlos. — El mismo Tacito en el lib. III, c. 48 de sus Historias, dice en el mismo sentido: «Fluxa, ut est barbaris fide,» vacilante en la fidelidad, como todos los bárbaros. — El mismo en el lib. IV de sus Historias, c. 13, dice: «Sed Civilis, ultra quam barbaris solitum, ingenio sollers.» Pero Civilis, mas ingenioso de lo que son comunmente los bárbaros. — El mismo en el lib. XII, cap. 45, de sus Anales, hablando de Mitridates y sus medios de defensa, dice: «Nihil tam ignarum barbaris quam machinamenta et astus oppugnationum; at nobis ea pars militiæ maxime gnara est.» Nada mas desconocido de los bárbaros que el arte de las máquinas, y de los sitios: en que nosotros somos profesores. — Es decir que para los romanos todos los reyes y todos los pueblos eran bárbaros, excepto los ciudadanos de Roma. Lo mismo que entre los griegos. Para los persas asimismo, y lo dice el principe de la historia, lib. I, cap. 134, las naciones extranjeras eran tenidas en mas cuanto mas cercanas, en menos cuanto mas distantes. Los mismos macedonios, segun Tito Livio, lib. XXXI, cap. 30, llamaban bárbaros á los romanos: «Romanos alienigenas et barbaros.»

salvajes á los egipcios de quienes habla con admiracion , á los medos , lidios y persas ; en cuyas grandes empresas se detiene : y sin embargo da comienzo á su obra llamándolos bárbaros, es decir extranjeros (1). En este sentido lo fueron tambien los españoles para todas aquellas naciones , ni más ni menos que en boca de los peninsulares eran bárbaros los fenicios , egipcios , cartagineses , etíopes y romanos que se dedicaban en sus costas á la piratería , y en sus tierras al merodeo. El mismo Herodoto en su libro primero , capítulo ciento cuarenta y tres , dice que los focenses , mucho antes de la destruccion de Babilonia , fueron los primeros griegos que se dieron á largas navegaciones é hicieron conocer á sus compatriotas el Adriático , el mar Tirreno , la Iberia y Tarsessus, poblacion que es muy posible correspondá á San Lucar de Barrameda en la boca del Betis ó Guadalquivir. Añade que navegaban en buques largos , de cincuenta remos ; que trabaron amistad con un rey de aquella comarca llamado Argantonio (nombre ibero , cuya raíz ARGA se conserva en rios nuestros , pueblos y provincias) , quien se mostró con ellos tan hospitalario y humano que les brindó con darles establecimiento en sus estados , y les dió plata para que rodeasen su ciudad de murallas , luego que tuvo noticia de que los medos , ya poderosos , querian sujetarlos. Confesamos que por mas vueltas que demos al relato de aquel príncipe de los historiadores profanos , no sabemos ver en su pintura de nuestros antepasados un boceto de salvajes , antes sí unos bellos rasgos propios de una civilizacion avanza-

(1) En este sentido hallamos usada dicha voz en los historiadores antiguos. Tucídides en su Guerra del Peloponeso, lib. i, cap. 24, habla de «los bárbaros de nacion illiria.» Jenofonte en sus Helénicas, lib. v, cap. 4 dice en el mismo sentido que Herodoto y Tucídides: «Podriáanse citar, hablando de los griegos y de los bárbaros, muchos acontecimientos de aquellos tiempos que demuestran que los dioses no pierden de vista á los impíos ni á los malvados.»

da. Nótese que, las recientes investigaciones hechas en Egipto, la Nubia, las costas occidentales del África, y en la misma Persia, han añadido quilates á la fama de Herodoto, patentizando que no eran ficciones ni hablillas lo que en sus libros consignaba, sino hechos públicos y notorios, recibidos sin contrariedad en sus dias. Su testimonio es bueno. Y le confirma el de otro escritor antiguo, citado con no menos frecuencia, y digno de serlo, Estrabon. Viajador como Herodoto, recorrió el Egipto, el Asia, la Grecia y la Italia, y escribió unas memorias históricas que por desgracia se perdieron. Mas no se perdió su Geografía, en cuyo libro tercerò (1) afirma «que entre los españoles antiguos los mas ilustrados eran los turdetanos, que tenian gramáticas, poemas, y leyes puestas en verso seis mil años HA.» Muy apurados se han visto algunos para poner en consonancia estas palabras expresas de Estrabon con aquella creencia de que los españoles eran salvajes. Unos la han dado en suponer en dicho pasaje un yerro de copista; otros en creer que aquella cuenta debió serlo de años de cuatro meses: y nadie ha parado mientes en que Estrabon escribió en los últimos años del reinado de Tiberio, y que, adoptado el cómputo de los setenta, hay muy poco aumento en aquella cuenta tomada desde los tiempos de Tiberio hasta los de la creacion; y adoptadas nuestras conjeturas acerca de la permanencia del primer hombre en la península, y atendida la seguridad con que los talmudistas y Genebrardo afirman que Adan dejó salmos escritos, es decir versos, suma de las leyes he-

(1) Estrabon; GEOGRAFIA, lib. III, cap. 1, «son dados, dice, á las bellas letras, y poseen libros de historia muy antiguos, poemas, y leyes escritas en verso seis mil años ha, segun pretenden; los demás iberos se aplican tambien á las bellas letras, pero no en todas partes es una misma su literatura, pues no todos hablan el mismo idioma.» Esta segunda observacion del geógrafo griego es no menos interesante que la primera aunque haya pasado desapercibida para muchos.

braicas: considerado todo, se vendrá en conocimiento de que no hay exajeracion, sino variacion de cómputo en el dicho de los turdetanos; y de que los españoles no fueron salvajes, sino los mas civilizados en las costumbres, y los que mas puras conservaron las primitivas doctrinas, ya que no los mas aventajados en las ciencias y en las bellas artes.

En la labranza de la tierra no pudieron permanecer estacionarios; de una parte la feracidad de la suya les brindaba á removerla; de otra los referidos testimonios lo dan por sentado; y además la tradicion mosaica nos pinta al mismo Noé dado á la labranza, y precisamente al cultivo de la vid que en ninguna comarca produce mas sabroso y abundante fruto que en España. Y nótese que antes del diluvio no se habla en el Génesis de la vid, y que solo se menciona cuando ya declinan y son mas breves los dias del hombre sobre la tierra.

En las construcciones de edificios el ladrillo debió de ser el material dominante, y se menciona como á tal en la fábrica de la torre de Babel, en alguna de las pirámides de Egipto, segun Herodoto, en Nemphis, Babilonia y Nínive. El uso de la piedra fué comun en la construccion de murallas, diques, esculturas, y templos. No estará por demás consignar que la arquitectura es la primera de las artes que menciona el Génesis. Noé, salvado de las aguas, levanta una ara; la fiereza de Cam, como siglos antes la de Caín, funda ciudades y baluartes; el orgullo humano edifica una torre. Saliano afirma que la pintura fué inventada doscientos años despues del diluvio: algunos lo dudan, apoyados en que ni Homero, ni Moisés hablan de ella; otros creen que esta invencion, como otras muchas, se hizo por recuerdo de lo que ya se habia llevado á cabo antes de aquella catás-

trofe. Suidas es de opinion que Sarug , abuelo de Taré , padre de Abrahan , fué el primero que formó ídolos , ó estatuas ; y añade que el mismo Taré era estatuario. En la descendencia de Cam vemos á los babilonios de una parte , á los egipcios de otra , dedicarse á la escultura. Lo mismo notamos en la de Jafet ; de suerte que hemos de confesar que la escultura fué otra de las artes ejercida en imitacion de lo que ya antes de la universal inundacion se venia practicando. Idéntica opinion tienen los talmudistas , y Genebrardo , á cuyo sentir se inclina Calmet , respecto á la escritura ; y creen los primeros que nada tiene de inverosimil que se hubiesen conservado salmos adamíticos en el arca ; y en este supuesto se aclara con nueva luz la pretension de los turdetanos. Tal vez el mismo Zoroastro , que pertenece á esta segunda edad del mundo , no hizo mas que resucitar una supersticion antediluviana , cuando vendió como cosa nueva el libro que contiene los ritus mágicos propios para la adoracion del fuego ; y tambien dictó á los persas unas leyes que dijo haber recibido del cielo , dando , segun Hucio , otro giro y forma á las tradiciones adamíticas. Cierta Torsoto , por otro nombre Esculapio , es citado por Marshamo , como quien nuevamente puso en uso y explotacion la medicina , y aun se añade que escribió libros de anatomía. Ello es que los autores mas concienzudos é intachables dan por sentado que Noé propagó entre sus descendientes las ciencias antediluvianas , nó impías , y así es que los caldeos tenian observaciones astronómicas anteriores de mil novecientos años á Alejandro Magno , segun Simplicio ; que los babilonios , los asirios , y los mismos caldeos en sentir de Aristóteles y de Laercio , se dieron al estudio de la filosofía ; y que el Mercurio de Thebas , Athot ó Theut segun Pla-

ton, contó por números. Y concentrado en Noé el saber humano adamítico, casi mayor esfuerzo hemos de hacer para representarnos á sus hijos y nietos sumidos en la barbarie, que no en suponerlos adoctrinados por quien tenia grandeza de alma suficiente para conocer que no solamente su carne habia querido salvar Dios de las aguas, sino tambien sus costumbres, su civilizacion y su espíritu.

Se caen pues de su propio peso los baluartes levantados por los sostenedores de nuestra estupidez primitiva; y á no ser que se acojan al sistema de Vico de que todos fuimos brutos antes de ser hombres, y que solo por el miedo llegamos á ser racionales, no les queda retirada. No ignoramos que á los ojos de muchos modernos es Vico un escritor muy profundo (1) y reconocemos en él unas prendas escelentes. Pero á fuer de hombres sinceros hemos de confesar que su pintura de los primeros moradores del mundo no es nada lisonjera; que se estravia no pocas veces y divaga porque solo ve cuerpos y no ve almas; que se resiente del siglo en que vivió, pues de todo duda, y para él todos son mitos, y siguiendo su sistema, así como niega la existencia de Homero por mas que Herodoto le contradiga, alguno vendrá, tras de algun otro naufragio de la civilizacion, que diga que Milton y Cervantes tampoco existieron; y que en suma puede aplicársele perfectamente lo que dice con mucha verdad, que los hombres dotados de imaginacion mas fuerte son los que tienen la razon mas débil (2). El estampido del

(1) Es menester leer á Vico en su idioma nativo para juzgarle. Michelet tradujo en francés, no á Vico, sino una metamórfosis selecta de sus pensamientos. Su traductor alemán, Weber, fué mas fiel. El autor del Ensayo sobre la formacion del dogma Católico, que tambien tradujo, y publicó en idioma francés, la Ciencia Nueva de Vico es el que ha comprendido mejor al autor napolitano, con su impetuosidad, sus divagaciones, y de vez en cuando sus pensamientos atrevidos.

(2) Lo mismo opinó Platon en sus Gorgias, y cada dia nos lo demuestra mas la experiencia. Los dos escritores del siglo XIX dotados de imaginacion mas fuerte y admirable han sido sin duda Byron en Inglaterra, Chateaubriand en Francia: y el pri-

trueno le tenia azorado sin duda , é imaginó que á los primeros hombres debió sucederles otro tanto ; siendo así que no pudo hacer en los ánimos de las gentes mas impresion que la de un huracan que tronchase los árboles , una tormenta que enfureciese los mares , un torrente que devastase los campos , y un terremoto que destruyese las viviendas. No pocas veces hemos estado contemplando á unos niños de tierna edad , y no los hemos visto temblar ni estremecerse sino mover una grande algazara , al oír el fragor de un trueno y al ver el fulgor de un rayo. Si el miedo pudo dar origen á algunas civilizaciones , será entre las bastardas. Nos parece mas digno buscar el gérmen de la nuestra en el Génesis. Convenimos sí en que la igualdad de la inteligencia humana es de esencia en nuestra naturaleza : pero por lo mismo negamos el primer imperio al cuerpo. Ciertamente es maravillosa nuestra carne ; pero asi como es la mayor de sus maravillas la de que hallé en la procreacion su mayor placer fuera de sí misma , así tambien el espíritu le halla en las correspondencias con su Autor y con los demás seres. Y cuando Aquiles baja á los Campos Elíseos , y dice á Ulises que prefiere á ellos la tierra , nos revela claramente un descendiente de Cam que no ve en sí nada superior en nobleza al cuerpo. Eurípides , citado por Sócrates en el Gorgias de Platon , nos parece mas bello y noble cuando dice que en nosotros la vida es la muerte y que en la muerte comenzará la vida. Convenimos tambien con Vico , y con los egipcios que lo dijeron dos mil doscientos años antes que él (1)

mero halla mas poesía en el vicio que en la virtud ; y el segundo está lleno del orgullo de un yo excesivamente arrogante.

(1) Herod. lib. ii, cap. 143. «Los egipcios, dice, creían haber tenido por reyes á unos dioses que habitaron en medio de los hombres ; y que el penúltimo de ellos habia reinado hasta los dias del hijo de Osiris, Oro, el Apolo de los griegos, quien gobernó el Egipto, derribado del poder Tifon, Osiris fué el Baco de los griegos.»—En el capítulo 144 del mismo libro , dice, que varios Piromis se habian sucedido en el trono :

pues todas las sociedades humanas , la española en su número , han pasado y van pasando sucesivamente por tres edades , la divina , la heróica , y la humana. Pero esto mismo está escrito en el Génesis , y no habia necesidad de apartarse de Moisés para explicararlo. Tres son los hijos de Noé , Sem , Cam , y Jafet ; los descendientes del primero representan la edad divina , el culto , la sociedad basada en el acatamiento de la divinidad ; los del segundo forman la edad de hierro , el reinado de los héroes , el imperio de la fuerza , el derecho en la punta de mi lanza , en expresion de Aquiles ; y los del tercero la edad del trabajo , de la industria y de la ciudadanía. Sem en toda su pureza , sino hubiese existido Cam , hubiera hecho felices á los hombres ; Cam ha creado imperios poderosos , que se han venido á tierra con asombro del mundo ; Jafet ha sido en las manos de Cam un esclavo , y por sí solo un ser metalizado ; Sem y Jafet unidos hubieran sido la admiracion de las gentes : los tres desde Noé van levantando y derribando nacionalidades. Algunas veces tambien Sem ha tenido que hablar como en el Sinaí entre el resplandor del rayo , y ha debido apelar como Josué á las armas de Cam : pues nada bajo el sol es nuevo.

No hay lógica , pues , y mas bien escasez de buen sentido , en la opinion de los que dan por sentado el estado salvaje de los españoles primitivos. Por mas gloria que se quiera dar á los modernos en ciertos adelantos , por regla general son un eco de los antiguos á quienes tanto desprecian : y si los comparamos con ellos , nuestros ídolos se nos caen de las manos. En vista del tratado de las leyes de Platon ,

« pero que todos no habian pasado de ser unos hombres honrados y virtuosos , né unos dioses , ni siquiera héroes. »

escribe Aristóteles su Política y su Económico ; de Aristóles sacan Maquiavelo su príncipe , los economistas sus utopías, Montesquieu su espíritu de las Leyes , y el ciudadano de Ginebra la mayor parte de su Contrato Social ; los que buscan usos , costumbres y estadística en las historias , siguen los pasos del primer historiador griego que conocemos ; los que hablan en favor de la elocuencia, dicen lo que dijo Gorgias ; los que la deprimen , copian á Sócrates ; los amigos de la aristocracia, repiten las palabras de Megabises ; los de la democracia hablan como habló Otano ; los monárquicos siguen al hijo de Histaspe , y para alabar á un buen príncipe le llaman padre, como los persas á Ciro, y si quieren deprimirle le llaman amo como al hijo de Ciro sus vasallos , y si tienden á su menosprecio le comparan con Darío á quien sus súbditos apellidaron el banquero , porque á los antiguos donativos de los pueblos substituyó los pechos y las derramas. Y como todos esos progresos sociales se fueron infiltrando de uno á otro pueblo á la manera de un flúido eléctrico, nunca hemos podido ver en la España primitiva las hordas de salvajes que han visto otros. Tal vez no hubo en ella un Nino que fuese el terror del Asia hasta los lindes de la Bactriana ; ni una Semíramis , afortunada en Egipto , en Media, y en Persia , y sin ventura en el Indo ; ni un Tanaís , escita , citado por Justino y Trogo Pompeyo ; ni un Menes, egipcio , convertido despues en Júpiter Ammon : pero tampoco hubo de ella un Nembrot , nieto de Cam , y heredero de toda su soberbia ; ni un Belo ó Baal , á quien su hijo erigiese altares , olvidado del Dios verdadero. Por lo que , lo perdido en falsas glórias debió ganarlo en la posesion de aquella edad de oro de que nos han hablado los poetas , y de cuya existencia en ninguna parte hay memo-

rias si no se hallan en nuestra patria. Los testimonios ya citados nos dicen que en ella se ejercia una hospitalidad generosa y magnífica; que se cultivaban en su seno las ciencias, y la poesía; que sus leyes eran antiquísimas y por tanto muy veneradas: todo señales de que nuestras conjeturas anteriormente apuntadas pueden tomar indicios vehementes de una verdad histórica. La familia semítica conservó en ella los mejores elementos sociales, en tanto que la de Jafet daba creces al bienestar material de entrambas razas. Mientras no penetró en la península la descendencia de Cam, ni los ánimos estuvieron perturbados, ni las familias anduvieron recelosas, ni hubo débiles que temblasen ante el fuerte, ni potentados que se ensañasen en los pequeños. No se elegia por rey al mas jóven y al mas hermoso como entre los etíopes: la virtud, la experiencia, y la ancianidad eran cosas veneradas como en los dias de los patriarcas, y á ellas debieron ser confiadas las magistraturas. Si no se cerraron las puertas á los extranjeros fué con el objeto que insinua Platon en el libro once de sus Leyes (1), á saber, para que se dedicasen al tráfico, mirado entre los antiguos como cosa aunque lucrosa poco digna, y como origen de todos los engaños. Aristóteles en el libro primero de su Política (2) es del mismo sentir de Platon. No hay fundamento para suponer que la agricultura no fuese honrada entre nuestros mayores. Á la verdad no lo fué mucho entre

(1) Platon, en Las Leyes, libro xi, dice así: «Es menester disminuir el número de los comerciantes: hacer que esta profesion sea ejercida por los que solo puedan causar un ligero perjuicio al Estado, en caso de corromperse; é imaginar algun expediente para impedir que en su oficio contraigan cierta bajeza de sentimientos.» Y mas adelante añade: «Que los que se dedican al tráfico sean extranjeros establecidos ó no entre nosotros. Y que ese linaje de habitantes sea lo mas virtuoso posible, ó lo menos malo que ser pueda.»

(2) Aristóteles en su Política, lib. 1, cap. 7, dice: «Esos detalles son fastidiosos. Baste decir que un oficio será tanto mas honrado cuanto reclame mas arte y combinaciones; y mas servil é innoble cuantas mas fuerzas físicas demande, y menos inteligencia.»

los fenicios, los cartagineses, ni los griegos, antes emplearon todos ellos en sus faenas los esclavos: pero es asimismo cierto que los iberos se sintieron inclinados como los romanos á honrarla y protegerla. Convendremos asimismo en que los españoles primitivos no fueron tan excelentes poetas que dejasen de ser buenos metafísicos: su poesía, bien fuese religiosa, bien ligera ó galana, no era la que nos abisma en los sentidos, sino la que nos constituye libres é independientes de todos ellos. Ya hemos visto que los turdetanos, según testimonio de Estrabon, habian sabido hermanar su poesía con sus deberes enlazándola en sus poemas con sus leyes.

CAPITULO VIII. — De las cosas de España durante la llamada tercera edad.

DESDE 1916 HASTA 1492 ANTES DE CRISTO.

Si no queremos negar la autoridad de Moisés y de los libros santos, de ellos sacaremos el testimonio de una plaga cruel que afligió á la España en esta edad tercera del mundo. En el Génesis, capítulo cuarenta y uno, versículos cincuenta y cuatro, cincuenta y seis y cincuenta y siete se lee lo siguiente: « Prevaleció el hambre por todo el mundo... Y crecia el hambre cada día en toda la tierra... Y de todas las provincias venian á Egipto para comprar alimentos, y templar el mal de la escasez. » Hasta en la tierra de Canaan, ib. 42, de 1 á 6, habia hambre, y los hijos de Jacob fueron á Egipto á comprar trigo. Este texto no admite interpretaciones restrictivas. No fué el Egipto solamente el país afligido del hambre; lo fué la tierra toda. Tan universal fué el hambre como universal habia sido el diluvio. Moisés habla, pues, aquí de nuestra nacion lo mismo que de las

demás de la tierra. Pero junto al mal nos indica el remedio; el cual no es otro que la prevision de los gobernantes, y el comercio. José no fué únicamente la providencia para el Egipto, lo fué para la Europa y gran parte del Asia. De Canaan, de todas las provincias, quien mas quien menos, todos iban en busca de trigo al granero del mundo, á la patria de los Faraones (1). La tierra no quedó desierta; la España no fué abandonada; tal vez algunos de sus moradores fueron á poblar la Córcega, como dice Tucídides, lib. 6, y la Sicilia, como afirma Diodoro Sículo, lib. 5, ó la Cerdeña como dice Séneca De Consol. cap. 8. ó las islas Británicas é H-Ibernia, como dice Tácito in Agricol. cap. 11; mas no se resintió de ello su poblacion: por sus costas del Mediterráneo recibió de Egipto el trigo de que carecia. No entraron en España despues de esta escasez los galos ni los celtas; lo que debió acontecer fué que los celtas, ó moradores de las montañas, se mezclaron con los iberos ó habitantes de los llanos y de las márgenes de los ríos, y dieron origen á los celtíberos. Los verdaderos celtas, como dice Herodoto en su libro segundo, capítulo treinta y tres, estaban en el Pirene (2). Los otros iberos, hermanos suyos,

(1) Para otras hambres posteriores, casi generales en Europa, los historiadores mencionan el mismo remedio: acudir al granero de Egipto. Polibio en su Historia General, lib. ix, cap. 22, dice que durante la segunda guerra púnica «Roma envió embajadores al rey de Egipto para obtener trigo, pues el hambre apretaba»—Tácito en el lib. xii, cap. 43 de sus Anales, cita otra hambre, é indica el mismo remedio como el único al que se acudia: «Africam potius et Egiptum exercemus, navibusque et casibus vita populi romani permissa est.» Se prefiere cultivar el Africa y el Egipto, y se abandona á los azares del mar la existencia del pueblo romano.

(2) Los antiguos, poco conocedores del curso del Danubio, como nosotros lo somos del del Nilo, creyeron que aquel rio cruzaba la Europa entera, así como creian que el Nilo cruzaba el Africa. Sabido esto, así como nadie extraña que se hable del curso del Nilo segun las opiniones recibidas, tampoco se extrañará que Herodoto, en el libro ii, cap. 33 dijese que el Ister ó Danubio «nacía entre los celtas, cerca de la ciudad de Pirene, cortando la Europa por el medio. Dichos celtas, añade, moran mas allá de las columnas de Hércules, y son limítrofes de los cinesios, último de los pueblos que habitan la parte occidental de la Europa.» Hemos trasladado íntegro este pasaje porque en él se apoya el inglés Bunham Introd. pág. 3, para hacer decir á Herodoto lo que no dijo, confundiendo á los celtas con los cinesios: que este peligro tiene el citar por boca de otro sin acudir á las comprobaciones. Y mas grave es aquella ligereza pasada por el tamiz de un traductor, de quien debió esperarse menos negligencia en el

en las costas y los llanos. Pero el comercio de todos ellos con los egipcios debió modificar profundamente sus usos, costumbres y creencias. Ver que existía en el mundo una tierra mas privilegiada que la suya, y recibir del extranjero su conservación y su alivio, fueron circunstancias propias para enardecer los ánimos é inclinarlos á favor de los hábitos, y usos no conocidos. Ya no se extrañará sabido esto que nuestros antepasados fuesen tan hospitalarios con los extraños como los pinta Herodoto; ni que en cada una de nuestras poblaciones marítimas existan recuerdos de otras naciones; ni sobretodo que en Tarragona y en otros puntos se hallen vestigios evidentemente egipcios. Es bueno, por tanto, y conveniente apuntar algunas costumbres de los egipcios antiguos para conocer por las reliquias que de ellas hayan quedado entre nosotros su procedencia. De intento nos detendremos solo en las que se han atribuido tambien á los iberos. Entre ellos las mujeres iban al mercado y los hombres tejian en casa. Herod. lib. 2-35. Allí se usaban panegirias, ó sean procesiones y rogativas. Ib. 2-58. Todos cuantos asistian á los sacrificios en los templos se golpeaban los pechos en señal de dolor y luto. Ib. 2-61. Cuando iluminaban de noche los frentes de sus casas lo hacian con luces en que ponian sal y aceite. Ib. 62. Respetaban mucho la santidad de los templos. Ib. 64. Usaban de nichos. Ib. 67. Tenian plañideras que cantaban ciertas lamentaciones, comunes tambien entre otros pueblos. Ib. 79. Los jóvenes ofrecian sus asientos á los ancianos. Ib. 81. Eran amigos de predicciones y dados á ellas. Ib. 82. Cada médico curaba

fondo, mas dignidad en la forma. Cada historiador habla segun los conocimientos de su época, y nó porque Cesar, por ejemplo, en sus cartas, Tumen. Paneg. p. 174, nos pinte las islas Británicas como un « nuevo orbe » *altum orbem terrarum.* » le tendremos en menos de lo que merece.

de una sola dolencia. Ib. 84. Sabian buscarse de varios modos el sustento, por la caza, la pesca ó el trabajo. Ib. 92. Los pobres moraban en los bajos, los ricos en los cuartos superiores. Ib. 95. Las mujeres no eran demasiado fieles á sus maridos. Gén. Hist. de José, é ib. 111. Reconocian y practicaban el derecho de gentes que manda favorecer á los que por temporales tienen que abordar á extrañas playas. Ib. 115. No les era desconocido el arte de construir bóvedas, por mas que alguno lo haya negado. Ib. 148. Reconocian clases, en su número la sacerdotal, la guerrera, y la de los ciudadanos. Ib. 164. Tenian por mas nobles á los guerreros, y desdeñaban los oficios mecánicos. Ib. 166. Si se entregaban á la soberbia eran despreciadores de hombres y de dioses. Ib. 169. Entre sus mujeres, como entre las de los pelagos, y las hijas de Dánao, se ejercian ciertos misterios como los de Ceres, acerca de los cuales, dice Herodoto, ib. 171, debo guardar silencio. Es sabido que los griegos colocaron en España el Tártaro, los Campos Elíseos y el imperio de Ceres en la Bética. El mismo Herodoto añade que Rampsinites, rey de los egipcios, bajó al Tártaro, jugó á los dados con Ceres, y volvió con una servilleta de oro que ella le regaló, de cuyas resultas estableció una nueva fiesta pública: con lo que significa claramente que hizo un viaje á nuestra península, fué agasajado en ella y regresó con ricos presentes. Ib. 122. No habia sido, pues, España, uno de los países conquistados por Sesostris ib. 102. Cada habitante declaraba anualmente la industria á que se dedicaba, ib. 177. Permitieron á los griegos elevar templos á sus dioses, y tener factorías de comercio, como por derecho de gentes, en ciertos puntos designados, ib. 178 y 179. Las naciones se auxiliaban ya por entónces unas á otras

en las grandes calamidades ; y así cuando el templo de Delos fué incendiado los egipcios socorrieron á los griegos con suscripciones para reedificarle ; *ib.* 180 , así como habian socorrido á los españoles en los dias del hambre , Gén. xli 57 , y ni mas ni menos que Argantonio socorrió á los focenses , Herod. lib. i , cap. 163. Tenian solemnidades religiosas que parecen copiadas del Levítico , Herod. lib. ii , cap. 41. Conocieron la distribución de los dias por semanas , aunque no fuese la mas lógica ni la mas general , pero sí la mas adecuada á las primitivas nociones religiosas , *ib.* 82. No inmolaban cerdos sino una vez al año con cierta solemnidad , *ib.* 57 y 58. Hay fundamento para creer que no fueron politeistas , sino en su mayor parte partidarios del monoteísmo ó de la unidad divina ; y es de presumir que habló Lucano como español (fué natural de Córdoba) cuando en su *Farsalia* , lib. ix , verso 365 , exclamó , JUPITER EST QUOCUMQUE VIDES , QUOCUMQUE MOVERIS , en todo cuanto ves y á donde vayas está Dios.

Varias circunstancias precedieron , acompañaron ó siguieron á aquella plaga del hambre. En muchas comarcas no llovió ; en otras hubo espantosas inundaciones como la de la Tesalia , á que se ha dado el nombre de diluvio de Deucalion , unos trescientos treinta años antes de la destruccion de Troya. Reinando Ogiges hubo en la Ática otra inundacion memorable , llamada el diluvio de Ogiges. Sodoma , Gomorra y otras tres ciudades fueron destruidas. Notóse en el planeta Venus aumento de brillo y de magnitud si hemos de dar crédito á Varron , y á Agustín en el lib. xxv de su *Ciudad de Dios* , cap. 8. Tuvieron lugar por primera vez , segun Saliano , muertes repentinas , á saber , la de Aram , primogénito de Tareo. Debió de haber muchas enfermedades , pues ya el

Génesis , cap. 50 , habla de médicos ; y se añade que Apis lo fué , en Egipto , y tan célebre que logró despues de su muerte honores divinos. Es indudable que hubo guerras , Gén. cap. 14 , incursiones , talas , saqueos , confederaciones para resistir á los agresores , y batallas sangrientas. Ya Prometeo acababa de sacar lumbre del pedernal y por esto se dijo de él que robó el fuego del cielo. Varios autores de nota creen que los españoles ponian sus enfermos en la plaza pública para que tomasen los consejos que los mas expertos les daban : en lo cual hubieran hecho lo mismo que venian practicando los asirios , segun Herod. lib. 1 , c. 197. Otros afirman que no tenian templos , altares , ni estatuas , y les parecia cosa de insensatos el tenerlos , para impedir que se atribuyese á los dioses un orígen humano ; y que su Dios era el cielo entero. Lo mismo dice de los persas , Herod. , lib. 1 , cap. 131. Añaden que se ejercitaban desde niños en la equitacion , en el arco , y en decir la verdad ; que no se castigaba entre ellos una falta sin atender á los antecedentes del culpable ; que miraban como imposible el parricidio , y decian , cuando tenia lugar , que el hijo era sin duda supuesto ó adulterino ; que á nadie le era dado decir lo que no le era dado hacer ; que la mentira era entre ellos deshonrosa , lo mismo que el tener deudas , por ser el primer eslabon de la falacia ; y por último que para ellos el enseñar á los hijos la música , el canto , ó el ejercicio del comercio , era transformarlos de hombres en mujeres : todo costumbres que tambien observó Herodoto entre los lidios , y los persas , lib. 1 , cap. 136 , 137 , 138 , y 145. Que tenemos nombres propios españoles que recuerdan el zend y el persa , no hay duda. Mir es una derivacion del Mihr persa , AMOR , de cuyo nombre salió el de Mithra , diosa de la

fecundidad. MER es en zend , Meher , Methren , el sol. No existe fundamento para creer que practicasen los primitivos españoles la circuncision , aunque era costumbre general entre los etíopes , egipcios , colcos , y fenicios de Palestina , y le habia sido prescrita á Abrahan; ni de su trato con ninguna de aquellas gentes resultó que la adoptasen : antes se sabe que los fenicios , á medida que se separaron de los egipcios y de los palestinos y se acercaron á los griegos , la fueron abandonando: otro indicio de que la repoblacion de nuestra tierra se hizo mucho antes de que se generalizase en otras comarcas aquella costumbre. Tampoco quemaban los cadáveres; les daban sepultura.

Confirma algunas de aquellas observaciones Plinio cuando dice en su Hist. lib. III , cap. 1 que vinieron á España , segun opinaba Varron , no solo sus primitivos pobladores , y los fenicios , y los cartagineses , sino tambien los persas : y cree alguno que de España tomó nombre Ispahan ; que es decir que nuestra tierra no estuvo jamás aislada ni retraida , sino puesta en comunicacion y contacto con las demás naciones (1). El mismo Plinio , en el lib. I , cap. 29 , habla de

(1) Polibio , lib. III , cap. 114. confiesa « que los escudos de los españoles y de los galos eran iguales , aunque sus espadas eran diferentes , pues las de los primeros herian de corte y punta. » Pero pinta « á los galos desnudos , y á los españoles , por el contrario , cubiertos con túnicas de lino , teñidas de color de púrpura. » Que es reconocer en ellos una civilizacion mucho mas adelantada. El mismo Polibio en los fragmentos que se conservan del c. IX de su lib. 34 , dice « que un rey de España moraba en un palacio suntuosísimo... en medio del cual se veian vasos de oro y plata. » Tácito en sus Historias , lib. III , cap. 53 llama á la « España , la mas belicosa region de la tierra. » « Hispaniasque , validissimam terrarum partem. » Romey en el cap. I de su Historia de España se olvidó de citar la parte en que Polibio lib. III , cap. 114 , pinta á los galos como inferiores á los españoles. Llevado de la idea (idea que en Francia desde Pezron raya ya en manía ,) de ver en todas partes recuerdos de los celta-galos , su buen criterio le abandona , y le hace buscar la Galia en la nomenclatura de nuestra tierra: alucinacion nacidas del amor que tiene á la suya. Por lo demás , puso esmero en otras cosas que escribió , y su defecto dominante consiste solo en su propension á dar mas crédito á los arabes que á los españoles. Don Modesto Lafuente , autor diligente de otra Historia de España , insiguiendo á Romey , tropieza en no pocos de sus errores y cae , como muchos otros , en el de ver fundaciones de ciudades , lib. I , cap. 2 en lo que no fueron sino meras factorías comerciales , con permiso de ereccion de templo. Basta leer con alguna detencion á Herodoto en su lib. II , capitulos 178 , 179 y 180 , y desde luego se viene en conocimiento del derecho internacional vigente en aquellos antiquísimos tiempos: derecho que deja en sus justos limites aquellos establecimientos.

la venida de los griegos. Pero de haber permanecido entre nosotros cierto número de medos, armenios, y persas, no se deduce que viniesen con ejército, como algun africano lo aseguró á Salustio, léase su Guerra de Yugurta, cap. xx, sino en clase de mercaderes ó de viajeros como vinieron los focenses de quienes habla Herodoto. Quizás Baleo hizo asiento en las Baleares. Viniendo á corroborarse con todo lo dicho la opinion de que era respetada la España como poseedora de vida propia, practicadora del comercio y del derecho de gentes, iniciada en las ciencias y en las artes, y conocedora y puesta al corriente de los adelantos de la familia humana.

A la sazón Argos, contemporáneo de Abrahan, fundaba un reino, y era llamado por su prudencia y vigilancia el Centóculo, ó el de los Cien Ojos. De Cecrope, contemporáneo de Moisés, se afirma que reinó en Atenas. De Cres se dice que dominó en Creta. Un rey de Egipto hospedó á Abrahan como si fuese un igual suyo. Muchos reyes se llamaron Júpiter, como antes se habian llamado Hércules, y como despues se denominaron Faraones, Césares, y Augustos, en sentir de Vosio en su Orígen de la Idolatría, y como mas adelante querrán llamarse Napoleones. Algun otro rey pastor, como Abrahan, hizo estada en Egipto, segun Marsamo; y tal vez tambien en nuestra península, si tiene alguna transparencia de verdad la narracion de Píndaro acerca de los bueyes de Gerion. Ismael, hijo de Abrahan, habido en una esclava, somete la Arabia, y engendra naciones belicosas, los ismaelitas, árabes, agarenos, y sarracenos, en sentir de Suliano, gentes que no tardarán un dia en suspirar por nuestra tierra, predilecta de sus antepasados. Si hemos de dar crédito á Eusebio y á Petavio los

caldeos sostuvieron contra los fenicios una guerra encarnizada. Otra guerra menciona Josefo sostenida por Moisés contra los Egipcios, de la cual duda con razon Teodoro (1). Que un ejército entero egipcio emigró á Etiopia lo afirma Herodoto en su libro segundo, capítulo treinta; y sus soldados respondieron á Psammenites, que queria detenerlos, «mientras seamos hombres no nos faltarán mujeres ni hijos.»

(1) Es menester leer con mucho cuidado á varios escritores profanos que han tratado, mal enterados, de la permanencia de la raza semítica en Egipto, y de su salida. Plutarco en su Simposiácon, l. 4. q. 5, Demócrito el Historiador en su libro de los judíos, traen los hechos desnaturalizados hasta el punto de decir que los semíticos adoraban al asno. Tácito, apesar de su escrupulosidad y diligencia, trató este asunto de una manera deplorable en el lib. v, caps. 3, 4 y 5 de sus Historias. « Infestado, dice, el Egipto de una especie de lepra que cubria todo el cuerpo, y consultado por el rey Bocoris el oráculo de Ammon en demanda de un remedio, le fué prescrito purgar su reino de la raza de los leprosos, odiada del cielo, y relegarla á otras tierras. Buscose á los desgraciados, y fueron abandonados en medio de los desiertos. El dolor los tenia prostrados, y uno solo, su jefe, por nombre Moisés, les dice que ya no esperen en los dioses ni en los hombres, sino que le sigan con fiados, como á un guia enviado del cielo, y único que puede salvarlos en su desamparo. Entréganse á él, y sin conocimiento del pais, toman al azar un camino. Iban sedientos. Moribundos ya y echados por todas partes en la llanura, he aquí que ven una manada de asnos salvajes que corrian hacia un monte frondoso. El jefe los sigue, y por lo espeso de la yerba calcula que está cerca de un manantial abundante, y no tarda en descubrirle. Esto los salvó. Anduvieron sin descansar seis dias, y el séptimo llegaron á una comarca, de la cual ahuyentaron á los moradores. En ella levantaron su ciudad y su templo. — IV. Para sujetar mejor su nacion, le dió Moisés una religion nueva enteramente, y contraria á la de los demas pueblos. Tienen horror á lo que veneramos, y practican lo que nos repugna. El animal que les indicó el agua y el camino está consagrado en su santuario; sacrifican el becerro como para insultar á Ammon; inmolan el buey, el Apis adorado de los egipcios; se abstienen del cerdo, como para recuerdo de aquella fea dolencia, á la que tambien ese animal está sujeto.... V. Esto por su antigüedad es sagrado: pero otras instituciones malas é infames por depravacion se arraigaron. Su templo fué el asilo de todos los malvados, que, abandonando la religion de sus padres, iban á llenarle de plata y ofrendas: origen de acrecentamiento de poder para los judíos, fuera de que su union es invencible, sus socorros mútuos, y su odio á los extraños implacable; con ellos ni comen, ni duermen; ni se juntan con extranjerías, dado que son disolutos, y que entre ellos todo es licito. La circuncision es su distintivo; y su primera ensenanza odiar los dioses, abjurar la patria, olvidar padre, madre é hijos. Acrecientan la poblacion, prohibiendo matar los niños; y creen eternas las almas de los que mueren en los combates ó en los suplicios. De ahí su ardor en procrear, y su desprecio de la muerte. De los egipcios aprendieron á dar sepultura á sus cadáveres, en vez de quemarlos; y á temer un infierno: pero sus ideas de la divinidad son muy otras. Los egipcios son adoradores de animales y de imágenes; los judíos solo con el alma conciben el único ser á quien adoran; y tienen por impios á los que con materias viles representan á Dios con forma humana. Es su dios un ser supremo y eterno, inmutable y sin fin. No hay en sus ciudades ni en sus templos esas estatuas, adulacion para los reyes, honor para los Césares. » De esta manera mezcla Tácito las fabulas con las verdades: y habla de los judíos como quien toma á pecho encarecer las maldades del enemigo para dar apariencias de justicia á la devastacion y ruina con que se le amenazaba. Es necesario leer á Tertuliano en su Apol., cap. 16; á Natal Alejandro en la Edad IV, cap. 7, art. 1; y á Becharto en su Hieroz., l. II, cap. 18, para desvanecer los errores de Tácito, Demócrito y Plutarco. De la voz hebrea Pi-Jao, que vale tanto como «voz de Dios» formaron la palabra egipcia PÍEO, asno. Y de ahí el desatino de que adoraban al asno, los mismos de quienes luego se dice que no admitian imágenes de hombres ni de brutos, y cuyo dios era un ser supremo, eterno é inmutable. La raza de Sem, en la cual hemos buscado progenitores de nuestros antepasados, está vindicada de aquella mancha.

Un Atlas, nó el que Annio cuenta entre los reyes de España, es citado por Eusebio en su Cronicon entre los reyes de Asiria. De otro Atlas hay memoria como de quien se dedicó á la astrología, mientras los caldeos se entregaban á la astronomía. El Abulense, comentando el cap. 25 del Génesis, cita á un Heber que enseñaba públicamente las tradiciones divinas. Algunos toman por un sueño lo que otros aseguran de que ya en esta edad hubo Druidas en España, en Inglaterra y en Francia. A Prometeo se atribuyen por este tiempo los adelantos en la gramática, á Foroneo los de la legislación, á los egipcios los de la agricultura: cosas todas en que ya dijimos, siguiendo á Estrabon y Diodoro Sículo, que sobresalieron los españoles, especialmente los turdetanos; sin necesidad de recurrir á Gargoris el Melífluo ni á Ceres la reina de la Bética. Es muy dudoso que los hurtos fuesen lícitos y quedasen todos impunes en nuestra península, como lo refiere del Egipto Aulo Gelio en su lib. XI, cap. 18. Es verdad que Diodoro Sículo refiere en su libro primero que los ladrones frecuentemente estaban agremiados, y que los robados acudian al gremio y recobraban lo perdido, dando cierto rescate; y es sabida la historia de aquel rey egipcio que casó su propia hija con el ladron ingenioso que le robaba el tesoro: pero tambien existe la tradicion, aunque fabulosa, de que un Caco se entronizó en nuestra península, y fué arrojado de ella. Celeno habla de las estatuas informes de aquellos tiempos, de las columnas y conos. Fe-ges enseñó á los griegos á medir el tiempo por meses y por años, cosa ya sabida entre los egipcios, los hebreos, y segun vimos entre los españoles. De las estatuas de los egipcios dice Diodoro Sículo que apenas se distinguian los ojos, los brazos y los piés: pero en el libro cuarto ya añade que

las esculturas del tiempo de Dédalo eran proporcionadas y perfectas. De las colunas que en sentir de Herodoto, en su lib. II, cap. 102, hizo levantar Sesostris en varios puntos del continente, no hay memoria ni indicio para suponer que erigiese alguna en España, ni de las que llevaban esculpidas las partes femeninas, como signo de tibieza en la defensa, ni de las que mencionaban el nombre de aquel príncipe y el tiempo empleado en la conquista, como señal de denuedo en los naturales. Debió pues Sesostris dirigirse al continente asiático, hácia donde, en la Siria-Palestina, añade Herodoto ib. 104 y 106, existió una columna con las partes femeninas: mas no penetró siquiera en nuestra tierra, aliada suya, por el comercio sin duda, nó enemiga.

CAPÍTULO IX. — De las cosas de España durante la llamada cuarta edad del mundo.

DESDE 1491 HASTA 1008 ANTES DE CRISTO.

Ya el horizonte histórico se despeja por grados. Los sabios van consignando los hechos; los viajeros trasladan de una á otra parte los escritos; los gigantes poderosos de las naciones dejan de ser convertidos en dioses, y descienden á la esfera de héroes, aclarado el misterio de su procedencia y de sus acciones. Mas tarde bajarán de héroes á semidioses y á meros ciudadanos, mas ó menos dignos de consideracion y de fama póstuma segun sean sus merecimientos y sus virtudes. Breve y clara explicacion de las teorías egipcias puestas entre nieblas por Vico. Llevamos dicho ya que las naciones antiguas se permitian mutuamente ejercer el comercio en sus costas, y levantar templos para adorar en ellos sus divinidades. Herod. lib. II, caps. 178, 179 y 180. Bastaria el conocimiento de este derecho de gentes antiquí-

simo para tener por indudable que muchos extranjeros le practicaron en las costas de España, pues dejamos probado que jamás estuvo nuestra patria fuera de las leyes internacionales. Y aunque no cite Herodoto sino pocas de nuestras ciudades, tampoco cita á Roma, siendo así que la tenia mas cerca, ni á Jerusalem, á no ser que tomemos por tal su Caditis, voz árabe aplicada tambien á nuestra Cadiz por su templo y que vale tanto como Ciudad Santa. Diodoro Sículo y Trogo Pompeyo tampoco hacen mencion de los reyes de los judíos, apesar de que hablan de sus sumos pontífices. Tácito y Estrabon, con ser tan posteriores y exactos, no mencionan á David ni á Salomon. Defecto comun en muchos, dejar en olvido las virtudes pacíficas, y los reinados tranquilos; y detenerse en las menores acciones de los tiempos de tribulacion y de los grandes malvados. Nadie hubiera hecho mencion del reducido pueblo de Dárdano, á no haberse reunido muchos capitanes griegos para destruirle. Suceso del que han dudado algunos modernos, pero del cual habla como de cosa cierta, lib. II, cap. 120, dicho Herodoto, posterior de solo cuatrocientos años á Homero. Pero para nosotros no hay ausencia completa de noticias relativas á esta cuarta edad del mundo.

Ya no se navegaba solamente por industria de remo, sino pidiendo á los vientos su auxilio. Dédalo, á quien han dado alas los poetas, acababa de inventar las velas, ó de adaptarlas á la navegacion mas sencilla y arregladamente. Muy luego surcaron el Mediterráneo numerosos convoyes que erigian en varios puntos de las costas, nó colonias, meras factorías. Y como por el comercio se enriquecian, en breve, agradecidos á sus dioses, usaban del derecho de levantarles templos. Segun esto no debe entenderse que Sa-

gunto fué una fundacion meramente obra de los griegos de Zacinto, como algunos lo han creido interpretando mal el cap. 40 del lib. xvi de Plinio: fué una ciudad española, hospitalaria como lo fueron mas adelante las de Argantonio, que daba á los extranjeros en su seno lo que les pedia para sus hijos cuando se alejaban de ella, es decir que les permitió fundar una factoría y erigir un templo á Diana. Esto fué doseientos años antes de dicha destruccion de Troya, acaecida hácia 1270 antes de Cristo. Siete años despues de dicha ruína se habla de las correrías de los argonautas, y no falta quien afirma, sobre meros indicios tomados de la fábula, que visitaron tambien nuestra España (1).

Consumada aquella catástrofe, los jefes que la habian dirigido divagan por nuestros mares á merced de los vientos y de las olas; erigen quizás factorías y un templo en Odissea junto á Abdera, segun Estrabon lib. III. Tal vez otro en Ulisipo, ó Lisboa, segun Solino y San Isidoro, Orig. lib. xv, cap. 1; otro en Galicia, obra de Teucro, segun Justino, lib. XLIV; en Cartagena, segun Silio Itálico, libs. VII y XV;

(1) La parte histórica relativa á los argonautas la menciona Herodoto en los términos siguientes, en el lib. I, cap. 11. «Una nave larga de los griegos, aboró en Ea de la Cólquida, a orillas del Phaso, y los que iban en ella, terminados sus negocios, se llevaron consigo á Medea, hija del rey de la comarca. Envió éste un heraldo á la Grecia reclamando su hija; y los griegos respondieron que, no habiendo obtenido satisfaccion de otro raptó, el de la hija del rey de Argos, tampoco la darian por el de Medea.» En el lib. IV, cap. 179, dice: «Cuando la nave Argo estuvo terminada en el pié del monte Pelion, embarcó en ella Jason una hecatombe, con un trípode de bronce, y dió la vela para llevar á Delfos sus ofrendas, doblando el Peloponeso. Pero en a altura del cabo Maleo, un viento del norte arrojó su buque contra las costas de la Libia, y antes de descubrir tierra se halló entre los escolios del lago Tritonis.» Los naturales le salvaron, con dárles el trípode. Se cree que entónces dicho lago comunicaba con la bahía de la Pequeña Sirte, casi frente del cabo Comarino en Sicilia. De esto se desprende que antes de llegar á su destino anduvieron los argonautas errantes por el Mediterraneo, y no sería imposible que se hubiesen detenido en algunos de sus puertos. Por último, en el mismo lib. IV, cap. 143, dice el mismo Herodoto: «Los nietos de los argonautas, expulsados de Lemnos por los pelagosos, ... hicieron rumbo hácia la Lacedemonia, y encendieron sus fuegos en el monte Taigetes. Preguntáronles los lacedemonios quiénes eran y de dónde venian: y respondieron que eran mlinios de origen, descendientes de los héroes que en otro tiempo se embarcaron en la nave Argo, quienes, terminada su expedicion, se habian establecido en Lemnos.» Y añadieron «que, arrojados de Lemnos por los pelagosos, iban á buscar un asilo entre sus antepasados.» Y se lo dieron. — Esto es lo único que hay de verdad en la fabula de Jason y sus argonautas. ¿Qué países recorrieron? ¿Vinieron á España? Se ignora, y esta ignorancia es lo que ha dado márgen á tantas conjeturas.

en Orense, Pontevedra, y la Cantabria, segun Estrabon, lib. I y III; junto al Tajo por algun habitante de Tejea en la Arcadia; en Tuy y en Asturias, segun Silio Itálico: todo establecimientos dudosos como fundaciones, verosímiles como factorías comerciales. Tal vez los mismos cimmericos, arrojados del Asia por Aliates, segun Herodoto en su lib. I, cap. 86, se corrieron por el Egipto y la Mauritania, y visitaron nuestras costas. Venian perseguidos por los escitas y su rey Madies, y cayeron unos en pos de otros sobre la Media, reinando Ciajares I, hijo de Fraortes. Los dos pueblos se habian adelantado en el Asia teniendo á su derecha el Cáucaso. Los cimmericos se metieron en Egipto; pero tras ellos los escitas, arrollados los medos, se presentaron en los lindes del Egipto, y, recibidos presentes del rey Psamnético, se retiraron: Ib. 87. Esta intervencion salvó los restos de los cimmericos, que sin duda cruzaron el Egipto, como habian cruzado el Asia, se avecindaron á nuestras puertas en la Mauritania, establecieron en nuestras poblaciones algunas factorías, é influyeron en nuestras costumbres. De los lidios habian aprendido á luchar con igual intrepidez á pié y á caballo; á acuñar monedas y medallas de oro y plata; á entretener el hambre dedicados á varios juegos; á hacerse cortaduras unos á otros en los brazos al jurarse paz, y á chuparse mutuamente la sangre; á tener policía y ejército permanente; á preferir en lo posible la paz á la guerra, á tenor de aquella máxima de que en la paz los hijos dan sepultura á sus padres, y en la guerra la dan los padres á sus hijos; á meditar en fin la respuesta de aquel oráculo que dijo que hasta el fin nadie es dichoso, y del otro que respondió que la felicidad del hombre está en la muerte, segun Herodoto en su lib. I. Y preferimos citar con

mas frecuencia á este historiador porque notamos en él mucha mas exactitud científica y geográfica que en los mismos Aristóteles, Estrabon y Plinio, apesar de ser aquel mucho mas antiguo. Aristóteles en su Historia de los Animales, lib. VIII, cap. 18, contraria á Herodoto; y hoy se da la razon á éste. Estrabon y Plinio afirman que el mar Caspio comunica con el mar del norte; Herodoto, lib. I, cap. 203, dijo que estaba aislado, y sostuvo asimismo que el mar Griego y el Rojo se comunicaban por el Mediterráneo, las columnas de Hércules y el Atlántico, haciendo todos ellos un vasto depósito de agua, ib. cap. 202.

El mismo nos guiará, pues, para conocer á los fenicios, otros pueblos, fugitivos asimismo del Asia, como los cimmerianos, y avecindados tambien, parte en la Mauritania, segun Procopio en el lib. II, cap. 10 de su Guerra Vandálica, y parte en las factorías que les fué permitido establecer en España. Fenicio es voz griega que vale tanto como rojo, y significa hombre venido de las costas del mar Eritreo ó Rojo. Los pueblos orientales los llamaban cananeos. Segun Plinio, la isla de León, en donde los tirios, de la familia de los fenicios, fundaron una factoría, tomó el nombre de Erythia, la Roja, porque sus habitantes procedian de las costas del mar Eritreo (1). Herodoto lo afirma en su lib. IV, cap. 8. Comerciaron los fenicios con los griegos y les hicieron conocer la púrpura: de donde llamaron túnica

(1) Rómeo no fué exacto cuando dijo en su cap. I, pág. 68 de la edicion original que la voz Erythia, significaba isla de Juno. Tampoco lo fué en el mismo capítulo pág. 62 cuando cita á Herodoto, lib. II, cap. 81, y le hace decir lo que no dijo, á saber que los egipcios habian tomado de los fenicios su traje y túnica de lino. Herodoto describe el traje, mas no nombra siquiera á los fenicios, ni en dicho capítulo ni en el anterior, ni en los siguientes: al contrario, se desprende del cap. 80 y del 82 del mismo libro que los griegos tomaron no pocos usos de los egipcios. Y cuidado que no se olvida de citar á los fenicios cuando es conveniente, y lo hace en el cap. 79, diciendo que «en Fenicia y en otras partes se cantaba tambien el himno de Linus, especie de endecha, y añade lo que debió leer Rómeo «que los egipcios no han tomado nada de los extranjeros.»

fenicia á la roja (1). Aristóteles deriva la voz fenicio de otra que equivale á asesinado, cruento, ó tinto en sangre. Los fenicios, lo mismo que los egipcios y los árabes, escribian de derecha á izquierda; el idioma sanscrito, por el contrario, el griego y el latino, se escriben de izquierda á derecha. Eran muy dados los fenicios á robar las mujeres hermosas de los países que frecuentaban, y no se avergonzaban de hacerlo, diciendo que ninguna mujer seria robada mal su grado; y no podian concebir el furor de los griegos en querer vengar el rapto de Helena, antes les parecia cosa pueril y ridícula. Se supone que Tigisis ó Tánger fué asiento de los fenicios que Josué arrojó de la Palestina; y aún se añade, por testimonio de Procopio solamente, que existieron allí dos columnas en que se leía en caracteres fenicios « que las habian erigido los fugitivos de Josué, ladron, hijo de Nave. » Ningun otro autor menciona semejantes columnas, ni menos su inscripcion extraña; y á la verdad es poco natural que uno se llame á sí mismo fugitivo, y que procure perpetuarlo en columnas (2). Otros añaden que esos fugitivos poblaron tambien las Baleares y hasta la misma Cadiz, sin presentar en su apoyo las autoridades competentes. Pomponio Mela en su lib. III, cap. 6 de Situ Orbis, habla ya mas conforme con otros testimonios y dice « que en un extremo

(1) Ya hemos citado á Polibio en su Historia General, lib. III, cap. 114, en donde dice « que los españoles iban cubiertos con túnica de lino, de color de púrpura. » No era, pues, la túnica roja un distintivo peculiar de los fenicios, ni debia ser tan general entre ellos como entre los españoles, pues de otra suerte no hubiera dicho Polibio que se distinguian estos por aquel traje « que les daba, añade en el mismo pasaje, un aspecto tan extraño como espantoso. »

(2) Procopio lib. II, cap. 10 de su Guerra Vandálica. La inscripcion decia así: « Nosotros somos los que huimos de la vista de Jesu, ladron, hijo de Nave. » Inscripcion inverosímil, pues nadie se confiesa y reconoce en monumentos públicos fugitivo de un hombre á quien desprecia. Mas como Procopio era secretario del general que en tiempo de Justiniano lidió con los de Tanger, preferimos creer que aquel pasaje no es suyo, sino añadidura de algun amanuense, como las hay hasta en Polibio y en Josefo. Para hacerse cargo de aquella inverosimilitud téngase en cuenta que las columnas eran de piedra blanca, que la inscripcion estaba en caracteres fenicios que Procopio no trasladó, y contaba dos mil años de existencia junto á una fuente abundantísima.

de la isla de Leon existia la riquísima ciudad de Cadiz, y en el otro el templo de Hércules, famoso por sus constructores, ritos, antigüedad y magnificencia. Erigido (el templo, nó la ciudad) por los tirios; tanto mas sagrado cuanto en él se conservaban los restos de Hércules egipcio; data (nó la ciudad, el templo) de la destruccion de Troya: y sus riquezas las aglomeró el decurso del tiempo. » Veleyo Patérculo en el libro primero de su Historia Romana tomó la parte por el todo, el templo de Hércules por la ciudad de Gades: y nó en otro sentido debe entenderse lo que dice al fin del lib. 1, cap. 2 de dicha obra (1). El verdadero asiento de los tirios fué Utica en África, segun afirma Aristóteles, supuesto autor del libro de las Cosas Admirables, y despues de él Plinio en su lib. xvi, cap. 40. Utica fué fundacion de los tirios; en Gades se les permitió tener factoría, y erigir un templo, y creyeron sin duda que halagarian á los naturales dedicándole á un héroe cuyos restos era fama que yacian en la isla Erithia. De aquella factoría hay indicios para suponer que sacaron los tirios y fenicios el oro y plata que llevaron á Salomon para la fábrica del templo de Jerusalem. La Tarsis de la Eseritura estuvo acaso entre los tartesios de que habla Herodoto.

El comercio acercaba cada dia mas los pueblos conocidos; los peligros de la navegacion, y los viajes, parecian dignos de la epopeya: al Aquiles batallador siguió el Ulises

(1) Veleyo Patérculo, lib. 1, cap. 2, al fin, de su Historia Romana dedicada al cónsul Vinicio, dice: «Peloponnesii, digredientes finibus Atticis, Megaram.... condidere. Ea lempestate et Tyria classis.... Gades condidit. Ab hisdem.... in Africa Utica condita est.» «Los peloponesios.... fundaron la ciudad de Megara. Y por el mismo tiempo una armada tiria.... fundó Cadiz: y despues los mismos fundaron la ciudad de Utica en Africa.» Este pasaje, en lo relativo á Cadiz, debe aclararse por lo que se ha dicho en el anterior de Pomponio Mela en su lib. iii, cap. 6 de Situ Orbis. Cadiz existía, nó su templo, ni la factoría de los tirios. Estos fundaron lo que no existía. Cuando las flotas de Salomon y de Hiram, rey de Tiro, iban á Tarsis, es porque habia en Tarsis una factoría, nó una ciudad fenicia. Y cuando se quiso abusar del derecho internacional y convertirle en instrumento de dominacion, se originó la guerra.

viajero. Todavía las acciones gloriosas se premiaban con altares : Codro se sacrifica por su patria , y es adorado como una divinidad. Los raptos ejercidos primero por los fenicios ; se generalizan luego ; el Júpiter ó rey de Creta , Tauro , roba á Europa ; el frigio-Páris se lleva á Helena , mas Proteo , rey de Egipto , se la arrebató y la erige un templo con el nombre de Venus Hospitalaria , segun Herod. lib. II, c. 118. Muchos de los que volvian del sitio de Troya á sus patrias respectivas , hallan en ellas al pueblo sublevado que los rechaza , y tienen que ir á buscar un asilo á extrañas tierras , entre ellas tal vez nuestra provincia. La historia poética de esta edad está llena de nombres tales como los de Faetonte , su hijo Deucalion , Filomena , Midas Júpiter de Frigia , Fauno del Lacio , Minos de Creta , Teseo el ateniense , Jason , Medea , Edipo , Layo y Yocasta , Hércules el griego , Antenor , Egisto , Teucro , Dardano , Laomedonte , Ulises , Eneas , Píldes y Orestes , la mayor parte de los cuales , segun las crónicas , estarian enlazados con hechos de antiquísimas memorias nuestras. Ni nos faltan fábulas propias. Estalla entre los celtas , en mitad de los Pirineos , un espantoso incendio , y el oro y la plata manan de las cordilleras á raudales. Orfeo , de quien Huecio dice ser un personaje inventado en vista del Moisés bíblico , como algun Hércules lo fué en vista de Samson , se hizo célebre amansando las fieras , que es decir civilizando á los salvajes. Un hermano de Júpiter Tauro , por nombre Pluton , inventó las pompas fúnebres ; otro hermano , por nombre Neptuno , fué un marino excelente. Mientras en la Palestina David escribe los Salmos , Lino en Grecia descubre el ritmo y la melodía. La mas famosa ley divina habia sido dada á otro historiador poeta en el Sinaí. Por primera vez se habla de las amazonas , famosas en Asia ,

y en la misma Ática, y derrotadas por Hércules y Perseo. Annio no pensó en ellas para dirigirlas hácia nuestra patria. Medusa y Andrómeda pertenecen á esta edad. El hijo de Júpiter y de Semelé, Baco, mas feliz que Alejandro, afirman que sojuzgó la India. A la sazón los sículos españoles, es fama que, arrojados de Italia, se hacian fuertes en Sicilia y la conquistaban.

La idolatría reinaba en la mayor parte del orbe. Y paréceles á muchos que nuestra patria no pudo librarse del general contagio. Cuando los mismos israelitas, por un recuerdo del Dios egipcio, habian llegado á adorar un becerro de oro; y los egipcios veian un dios en el buéy Apis; los persas una divinidad en el fuego; los masagetas el primero de los dioses en el sol; y los mismos griegos, con ser entendidos, una deidad en el rayo, otra en la espuma del mar, otra en los vientos (1), y una en cada uno de sus héroes: parece imposible que nuestra península, puesta en contacto con todos ellos, dejase de caer tambien en el gentilismo. No

(1) Algunos ven en el *IAOU* de los idiomas semíticos la sílaba radical de Júpiter, y sin embargo aquella palabra significa simplemente Dios. La voz que denota lo mismo en idioma sanscrito es *DEVA*, y en el pelásgo *THEOS*, yo dispongo. Admitido mas de un dios, luego invadieron los templos una multitud de dioses. Tácito en las costumbres de los germanos, cap. xviii, cita á los dioses conyugales; en el lib. i, cap. 39 de sus *Anales*, los dioses de la Patria; en el lib. ii, cap. 10 los Penetrales; en el lib. iii, cap. 2 los dioses manes; en el lib. iv, cap. 28, los dioses vengadores; en el lib. xv, cap. 41 los dioses penales; y en el lib. xv, cap. 52, los dioses hospitalarios. No ignoramos que algunos han creído que todos ellos no eran mas que atributos del *IAOU*, la primera de las divinidades: pero las Teogonias de Homero y de Hesíodo destruyen semejante creencia. Esto locante á las naciones que llamaban bárbaros á los extranjeros, entre ellos, á los españoles que creían en una divinidad única. Si los españoles, como se ha asegurado, llamaban Endovélico ó Endevelia á su Dios, vemos en él las radicales de la voz semítica *EL* y de la sanscrita *DEVA* que ambas significan Dios. Además *EL* es nuestro artículo preferente; y *DEVAN* era un adverbio que denotaba ANTES de lo existente. La radical *IAOU* ó *JU* ya dijimos en el cap. 5 que era numerosa en nuestra nomenclatura topográfica, y lo mismo decimos de las radicales semíticas, de las sanscritas, y de las Traci-Pelásgo-Greco-Latinas que entrañan la idea de dios. La voz *DEVA*, Dios en sanscrito, la llevan en nuestra patria cuatro pueblos, un partido, y un río, todos sitos entre los ramales del Pirineo que desde la Vasconia llegan hasta la Coruña. A la verdad se ha de estar dotado de una serenidad mental imperturbable para resistir á la tentacion de ver en los cántabros un resto del mas antiguo Imperio; y en el vascuense un idioma ante-diluviano, cuyo mecanismo regularísimo á la vez, elástico, flexible y complicado presenta todas las señales de una larga elaboracion, y es un monumento perene, incomparablemente mas digno de estudio que las Pirámides de Egipto, los restos de la grandeza de Babilonia, y los templos de la India.

falta quien afirma que adoraron á varios dioses , entre ellos á Endovélico , y á Baraceo ; pero los fundamentos para tal creencia son muy débiles , y los negativos muy fuertes : por lo que persistimos en creer que , aunque tolerantes con los extranjeros , no tuvieron ninguna imágen de Dios , ni estatua ni en pintura , y que en sus templos no se veian representaciones , ni geroglíficos , pensando tal vez lo mismo que de los antiguos moradores de Italia dice Plutarco en su Numa , á saber que no juzgaban poder ser representadas las cosas superiores por medio de las inferiores , ni poder concebir una idea de la divinidad sino por medio del pensamiento. Que al omnipotente le llamasen el tonante , el etéreo , el fructificador , el terrible , el inexorable , el bello é inefable , el sabio y el excelso , es cosa que no se pondrá en duda ; pero que divudiesen aquellas cualidades y que del tonante hiciesen un Júpiter , del etéreo una Juno , del fructificador una Ceres , del terrible un Marte , del inexorable un Pluton , del bello una Venus , y del sabio una Minerva , son deducciones que no entran sino en la mente de hombres dados á las cavilaciones y los mitos. El dios omnipotente era para ellos el generador , el escudo de los seres engendrados , el gran padre y el primer amigo , el que inspiraba la hospitalidad , el libertador , el celeste y el terrestre , á quien se adaptaban todos los nombres agradables de la naturaleza , porque eran suyos todos sus efectos. En los cantos Órficos , si hemos de dar crédito á Aristóteles , en su Mundo , se decia lo mismo que sin duda opinaron nuestros antepasados guiados por la luz natural : á saber , que Endovélico era el primero y el postrero ; lo alto , lo bajo y el medio ; la tierra y el cielo estrellado ; el principio procreador y la ninfa eterna ; el soplo de todo cuanto respira ; el fuego , el Océa-



no, los astros todos; la necesidad, por su inmutabilidad; el Destino, por su providencia; Némesis, por lo justiciero; Adrastea, por lo irresistible: los tres tiempos en fin y las tres Parcas, lo pasado, lo presente y lo futuro. No porque llamasen al viento de oriente el Euro, debe suponerse que viesen en él una divinidad; ni en Bóreas, nombre del viento del septentrion, otra divinidad; ni en los Céfiros, vientos del occidente, otros dioses; ni en Noto, por fin, viento del mediodía, otro dios. Conservaban, sí, y no hay prueba ni indicio que lo contradiga, aquella tradicion antigua de que habla tantas veces Platon, y que menciona el citado Aristóteles en el cap. 6 de su carta sobre el Mundo, tradicion transmitida de padres á hijos, de que todo emana de Endovélico, de que nada puede existir sin la ayuda de Endovélico, de que todo está lleno de él, oídos, ojos, sentidos. Y creian que Endovélico lo conservaba todo, nó con esfuerzo ni fatiga, sino con facilidad, con gracia, y merced á un poder infinito que á todas partes alcanzaba, y por do quiera se extendia. Continuaban, pues, siendo monoteistas.

CAPITULO X.—De las cosas de España en la sexta edad del mundo.

DESDE 1,007 HASTA 538 ANTES DE CRISTO.

Hemos llegado á los tiempos de Melesigenes, por otro nombre Homero, ó el Ciego. No ignoramos que algunos, en su número Vosio en sus historias de la Grecia, dudan que sea de Herodoto la Vida de Homero que corre impresa entre las obras de aquel Halicarnasense; pero tambien sabemos que Taciano, Eustatio, Eusebio, Suidas, y Esteban de Bizancio, son de muy diversa opinion; y habiendo examinado minuciosamente el texto que es origen de la contro-

versia, hemos visto en él el sello de una antigüedad remota, y solo una aparente contradicción cronológica entre Herodoto como historiador, y como biógrafo: contradicción que puede muy bien atribuirse á algun amanuense, si no preferimos acercar de doscientos años, como lo hace Volney, la destruccion de Troya. Y respecto al enigma del capítulo 35 de dicha Vida, que se ha creído grosero é indigno de Herodoto, no lo es menos el cap. 162 del lib. II de la Historia del mismo Herodoto, y no por esto se ha dudado de la autenticidad de dicha Historia, antes se ha dicho que los escritos de los antiguos debian ser juzgados, nó en vista de nuestras leyes de urbanidad, sino atendida la mayor sencillez de costumbres de aquellas épocas remotas (1). Admitida, pues, como auténtica aquella vida de Homero, hay dudas acerca de si el padre de este poeta fué natural de España. Criteis, su madre, tuvo amores secretos, cuando moraba en una ciudad visitada de extranjeros, y quedó en cinta. Ya no se habla mas del padre de Melesigenes. Pero, no bien ha muerto Criteis, un capitán de navío, por nombre Mentés,

(1) « Al venir aquí, dice el enigma de dicho capítulo 35, lo que cazamos lo hemos dejado; y lo que no hemos podido cazar, esto traemos. » Eran piosos. Compárese ahora este capítulo con el 30, lib. II de la Historia de Herodoto. Un ejército egipcio emigra hacia la Etiopía; el rey Psammético va en seguimiento de los soldados, y les ruega, por sus mujeres y por sus hijos, que no abandonen la patria. « Uno de los soldados se descubrió las partes, las enseñó al rey, y le dijo: « Mientras tengamos esto, no nos faltarán mujeres ni hijos. » El cap. 162 del mismo lib. II, dice así: « Queriendo el rey egipcio Apries prender a Amasis, envió para ello a Patarbemis, quien intimó la orden a Amasis; pero éste, alzando un muslo, echó un flato, y dijo: — Lleva esto á Apries. » Júzguese ahora cuál de los tres pasajes es mas grosero, é indigno de la historia; y si es lógico negar por el primero la autenticidad de la vida de Homero, como impropia de quien escribió los dos restantes. Para nosotros la inserción de aquel enigma corresponde á una antigüedad remota, pues es sabido que en tiempo de Salomón los príncipes se enviaban mutuamente enigmas para descifrarlos; y si los príncipes encerraban en ellos unas significaciones delicadas, las de los del vulgo naturalmente debian acercarse mas á la grosería. Y la sencillez con que Herodoto refiere la respuesta á Psammético, y la salida de Amasis, corresponden asimismo á aquellos tiempos, y de ellos hallamos ejemplos en el mismo Moisés, cuando nos refiere la embriaguez de Noé y el incesto de las hijas de Lot. En el cap. 10 del lib. III de los Reyes, vers. 1.º leemos « que la reina Sabá, habiendo oído la fama de Salomón, en el nombre del Señor, vino á hacer prueba de él con enigmas. » Y en el vers. 3.º se añade, « que Salomón le declaró todas las cosas que la reina le había propuesto, sin que dejase de responder á ninguna. »

que viaja y recorre las escalas de Iberia y Tirsenia , Léucade , y Esmirna , dedicado al comercio de granos , hombre muy instruido , va en busca de nuestro poeta , le ofrece su buque , le instiga á que viaje con él , le asigna honorarios , le alimenta , y trata como un padre á su hijo ; si cae enfermo , le deja en Itaca , confiado á su mejor amigo , vuelve por él , y viajan de nuevo juntos , hasta que no se habla ya mas de Mentés , por muerte suya sin duda , y Melesigenes ciega , y determina trasladarse á Esmirna. Los viajes asiduos de Mentés á la Iberia , y á la Tirsenia , muy frecuentada de españoles , ni mas ni menos que el resto de la Italia , segun testimonio de los autores antiguos , dan á entender que aquella conjetura no carece de fundamento. De todos modos , ya fuese en compañía de un padre , ó ya en la de un amigo como hay pocos , Homero recorrió nuestra Iberia , tomó apuntes sobre las costumbres de sus habitantes , hizo sus observaciones , acerca de esta tierra « á vista de la cual el sol va á bañarse en el Océano , arrastrando en pos de sí la noche sombría (1) » y las consignó segun se cree , dice Herodoto cap. 6 , en comentarios escritos de su propia mano. Reducido á la mendicidad , á causa de su ceguera , no pudo ya aprender prácticamente mas de lo que habia aprendido en dichos viajes. De suerte que las inspiraciones que le dictaron sus dos admirables poemas , nacieron en su mayor parte en España. Y es de presumir que muchos de sus guerreros , caracteres , pasiones , amores , rasgos terribles y arrogancias que centellean en aquellos escritos , no son recuerdos de la Grecia , en cuyo seno no experimentó el autor mas que miserias , sino de la Iberia que era para él la tierra de

(1) Estrabon lib. iij, cap. 2, fol. 149 dice que Homero se referia á España en estos versos 485 y 486 del lib. viii de la Iliada.

los dioses. En ella coloca los Campos Elíseos y el Tártaro. « Los dioses, dice (1), te enviarán á los Campos Elíseos, en las extremidades de la tierra, allí en donde mora Rhadamanto, en donde los hombres disfrutaban de la vida mas dulce y feliz, sin nieves, lluvias ni escarchas, junto al hálito del Céfito, fresco y suave. » Hay pocas obras que sean de mas utilidad para la historia que sus dos libros, en que están consignados los usos y costumbres de la edad en que vivió. Es muy cierto que todo toma en su imaginacion un aspecto grande, como si su genio transformase los seres: pero la verdad se vislumbra por entre los cristales de la poesía. Y así cuando escribe en una de las columnas del monumento fúnebre de Midas: « Virgen de bronce, sentada estoy sobre el sepulcro de Midas. Mientras el agua será un flúido, y los árboles elevarán sus copas, y el sol salido del orto brillará en los cielos, y la luna iluminará las noches; mientras los rios correrán por sus álveos, y el mar lamerá las playas: inmóvil en este monumento humedecido por el Hanto, anunciaré al viajero que aquí descansó Midas: » vemos en él la concentracion del saber humano de su tiempo. Y cuando al hablar de un plagiario que se apropiaba sus versos, exclamaba: « de todas las cosas impenetrables á la inteligencia humana, la mas impenetrable es el corazon del hombre: » veneramos en él los mas nobles sentimientos de la filosofía. Y cuando desde Eritrea dice á unos marineros, « temed la venganza de Júpiter si no sois hospitalarios: » creemos oír la voz de un oráculo. En la Odisea, lib. 1, ver. 153, cele-

(1) Odiss. lib. iv, versos 563 á 568. Y en el lib. ix, versos 567 y 568, añade: « Allí, ví á Minos, hijo ilustre de Júpiter, que llevaba un cetro de oro y juzgaba á los muertos. » Estos pasajes, dice Estrabon. lib. iii, cap. 2, fol. 130, revelan todos los caracteres que distinguen esta parte de la Iberia (la Turdetania) tales como la pureza y la salubridad del aire que en ella se respira, los céfitos que allí soplan, la suave temperatura del clima, sus vistas al occidente, y su posicion en la extremidad de la tierra, en donde acabamos de ver que coloca el poeta los infiernos. »

bra á Femio , cantor famoso que pulsaba la lira ; y á dicho Mentés , versos 180 y 181 , como navegante osado. En la *Iliada*, lib. VII, verso 219, menciona « el escudo de Ajax , todo de bronce , y cubierto de siete cueros de buey , labrados por Tiquio , curtidor famoso : » en el lib. II, verso 547, habla « de la tribu del grande Erecteo , hijo de la Tierra fecunda ; » en el verso 552 del mismo libro , alaba á « Menesteo , con quien ningun habitante de la tierra puede parangonarse en la ciencia de preparar los carros de batalla y los combatientes ; » y en el 557 menciona « la falanje de Atenas. » « Los hijos , dice en otra parte (1) , son el orgullo de sus padres ; las torres son la arrogancia de las ciudades ; los corceles la belleza de los campos ; las naves el ornamento de los mares ; las riquezas la prosperidad de las casas ; y un rey venerable , administrando justicia en la plaza pública , es el mas hermoso espectáculo que puede darse. » En su cancion del Horno , dice : « O vosotros (2) que trabajais la argila , Minerva os guie ; y que los jarros que van á salir de vuestras manos , sobre todo los destinados á las ceremonias religiosas , salgan perfectamente negros , sean cocidos con la lumbre necesaria , y den ganancias pingües. » « Esta es la morada de un ciudadano opulento , dice en su plegaria del Ramo (3) ; la riqueza y la abundancia la llenen gratamente. Puertas , abríos , y dejad que la fortuna haga renacer á todas horas la alegría y la paz amable. Que ningun vaso esté vacío ; que jamás deje de haber harina preparada ; que la esposa del hijo llegue en un carro tirado por mulas , y se traslade al aposento en donde puestos los piés en un escabel

(1) Vida de Homero , por Herodoto , cap. 31.

(2) *Ib.* Cancion de Homero , lugar citado , cap. 32.

(3) Por otro nombre ERESIONE. *Ib.* cap. 33. Llamábase cancion del ramo porque los que la cantaban iban de puerta en puerta , pidiendo limosna con una rama en la mano , las mas de las veces de olivo , con cintas de lana de varios colores.

de ambar, trabaje en urdir una rica tela. Entretanto, aquí os espero, como la golondrina que vuelve una vez al año.» A un pastor le dice: «da de comer á los perros impacientes para que velen por tí y por tu rebaño.» A unos pobres niños, los del enigma (1) mencionado, les responde sin amargura: «no hay que preguntar si vuestros padres poseen ricos patrimonios, ni numerosos rebaños.» Y por último, al senado de una ciudad que se negó á alimentarle á costa del tesoro público, le dice: «en su demencia (2) se ha negado á escuchar la voz divina de las musas.» Estos pasajes nos trazan la civilizacion del mundo en la época de Homero. Y cuando habla de «los corceles que son la belleza de los campos» nos parece que vemos en boceto los campos de la Bética; y en el rey «que administra justicia en la plaza pública» á uno de nuestros antiguos régulos; y «en las torres de las ciudades» los restos ciclópeos que en algunas de ellas aparecen; y «en las naves, ornamento de los mares,» el Océano, el estrecho Hercúleo, y la bahía de Calpe, surcados por buques de naciones diferentes. La familia, la ciudad, el estado, y los adelantos principales de las artes están bosquejados en aquellos bellísimos períodos. Hesíodo con él y otros autores nos hablan de la PATRIA como del primer núcleo de sociedad formado por los padres; de la FRATRIA como de la hermandad entre parientes, segundo vínculo social; de la COMUNIDAD dirigida por los senadores ó ancianos y presidida por un arconte, tercer vínculo; de la TRIBU como de una asociacion de comunidades, mandadas por uno ó varios jefes, cuarto vínculo; y por fin de la NACION formada por varias tribus reunidas, quinto lazo: todos ellos nacidos del

(1) Dicha Vida de Homero, cap. 35.

(2) Dicha Vida de Homero, cap. 14.

instinto de la propia y de la comun defensa. Tal debió de ser la España. Si los navegantes recorrían sus puertos; si la visitaban los viajeros, y tomaban noticias sobre sus usos y costumbres; si hablan de ella los historiadores como lo hacen de los demás países conocidos: es porque nuestra patria, mas adelantada en unas artes, mas atrasada en otras, corría en lo general de par con los demás pueblos. A Tarsis iban cada tres años, lib. III de los Reyes, cap. 10, ver. 22, las flotas de la Palestina junto con las de Hiram, rey de Tiro, para cargar de oro y plata. Homero no habla de la caballería aplicada á las batallas en el sitio de Troya, y sí solamente de los carros de guerra, y de las falanjes. Respecto al tiempo de Salomon y al de Hiram, rey de Tiro, menciona ya dicho lib. III de los Reyes, cap. 10, vers. 26, no solo carros de batalla, que los tuvo Salomon en número de mil y cuatrocientos, sino tambien caballería, que la tuvo en número de doce mil ginetes; y ciudades fortificadas, ib. y ver. 25, vasos de oro y plata, trajes de guerra, y mulos. Los negociantes, vers. 28 y 29, iban á Egipto, á Coa, á Siria, compraban caballos y los llevaban á los israelitas. Nuestra provincia no pudo quedar rezagada en todo esto. De ella se sacaba oro, plata y cobre en abundancia para los muebles de lujo; poseía hierro para la fabricacion de toda suerte de armas; sus caballos eran aventajados; la tierra fecunda: nada le faltaba de cuanto poseian en la misma época los extraños. Y si algo le negaba su suelo, el comercio se lo procuraba. Entre las naves que llegaban á sus puertos, uno de ellos el Tarsis del lib. III, cap. 10 de los Reyes (1), no lejos de los tartesios de Herodoto, lib. I,

(1) Versículo 22, donde dice: «Quia classis regis (Salomonis) per mare cum classe Hiram, semel per tres annos ibat in Tharsis, deferens inde aurum, et argentum.»

cap. 143, deben contarse las fenicias, que, segun el citado Herodoto lib. III, cap. 37, llevaban en las proas unas figuras de enanos á que daban el nombre de pataiques ó pataches.

El mismo Herodoto en el lib. IV, cap. 152 de su Historia, habla de la venida de los samios á España. «Un buque samio, dice, cuyo piloto se llamaba Colaeus, se hizo á la vela, en demanda del Egipto, con víveres para un año. Sorprendido por un viento de oriente muy impetuoso, fué llevado mas allá de las columnas de Hércules hasta Tartesio, á donde pareció que un dios le habia conducido: pues como este puerto no habia sido frecuentado hasta entónces por ningun buque, hicieron los samios con las mercancías que llevaban una ganancia tan considerable, cual jamás la hubiese hecho ningun comerciante griego, si exceptuamos á Sostrates de Egina, hijo de Leodamas, con quien ningun mercader puede ser comparado.» Este pasaje aparecerá completamente claro con tal que se entienda que ningun buque samio, con mercancías de Samos, habia aportado á Tartesio antes que el de Colaeus; pues es evidente que los naturales, tan fáciles en entrar en tratos con los samios, no era la vez primera que comerciaban con los extranjeros.

Porque la flota del rey iba por mar con la flota de Hiram una vez cada tres años á Tarsis á traer de allí oro y plata.—Del oro y plata de España hemos visto en una nota al capítulo 8.º de este mismo libro que habla tambien Polibio en los fragmentos del capítulo 9 del libro xxxiv de su Historia General. Pero es de presumir que no iban á Tarsis solamente por oro y plata, sino que tambien era Tarsis escala y depósito de otros géneros y mercancías procedentes del Africa, ó de alguna de las islas del Atlantico ahora sumergidas. Hay opiniones encontradas acerca del pueblo moderno al que debe reducirse la antigua Tarsis; confundenla unos con Tartesio, y la reducen á Tarifa; creen otros que los tartesios era denominacion comun á los pueblos sitos en las playas del Océano junto al Betis ó Guadalquivir, y extendida luego á los de la parte ibérica del Estrecho; y por fin no falta quien opina que la Tarsis de Salomon no fué otra que Cadiz, emporio entonces del comercio, hospitalaria con todas las naciones, y llamada con posterioridad Gades, nó por sus naturales y fundadores primitivos, sino por otros extraños á quienes aquellos permitieron abrir factoria y tener templo: tal vez por uno de los dispersos de quienes habla Josué en el capítulo 12, vers. 6, cuando nombra á los «gaditas», y en el vers. 13 cuando nombra «al rey de Gader», y en el 22 cuando habla «del de Cades.»

Ni este pasaje está en contradicción con otro del mismo Herodoto, en su lib. 1, cap. 143, ya citado, en el que menciona la llegada de los focenses á Tartesio, pues el de los samios fué anterior al mismo. De los focenses ya dijimos, por testimonio del mismo Herodoto, que aportaron á Tartesio, y, recibidos y hospedados con regia munificencia por el rey Argantonio unos 550 años antes de la era vulgar, volvieron á su patria ricos y contentos.

Estrabon en su lib. III menciona tambien la venida de los rodios, aunque habla de oídas; y los que le han seguido hallan fundamento para ello en la semejanza de algunos nombres; pero como á estos, existentes en denominaciones topográficas de Cataluña, les hemos asignado ya anteriormente un origen mas antiguo, se nos permitirá que no demos asentimiento á las conjeturas de aquel sabio geógrafo. El mismo Estrabon en el lib. XV de su Geografía, hablando por boca de otro autor, Megástenes á quien cita, afirma que Sesostris el egipcio, y Tearcon el etíope, invadieron la Europa; y que Nabucodonosor, superior á Hércules en opinion de los caldeos, llegó hasta el estrecho Hercúleo: «lo que hizo tambien Tearcon.» Es muy posible que los tres conquistadores llegasen al estrecho, ó recorriesen por medio de sus armadas todo el Mediterráneo, y tuviesen tratos con los naturales y señores de sus costas: pero de esto á fundar ciudades, y conquistar las tierras, va una diferencia cuyos límites deben conservarse. En el lib. IV de los Reyes, cap. 19, vers. 8 y 9 se habla del Etíope Taraca, que marchaba contra Senaquerib de los asirios, quien habia tomado las ciudades fuertes de Judá, ib. 18, vers. 13; y en el mismo cap. 18, vers. 21, hace decir el asirio á los judíos que, «¿qué esperan del Egipto, báculo de caña quebrada,

sobre el cual si un hombre se apoyare, rompiéndose se le hincará por la mano, y se la horadará?» pero estos textos, aunque fundamento para dar á conocer las rivalidades entre los asirios y los africanos, no lo son para suponer el señoría de éstos sobre todas las costas del Mediterráneo: y así como Grecia é Italia no cayeron bajo el dominio de aquellos conquistadores, tampoco la España.

Á la sazón Elisa ó Dido habia echado los cimientos de Cartago, y Rómulo los de Roma. Dos naciones que debian ser funestas para nuestra patria. Hasta entónces los extranjeros se habian contentado con recibir la hospitalidad en nuestros puertos, ejercer el comercio, levantar templos, enriquecerse, y relevarse unos á otros en el tráfico: pero nuestros antepasados, libres, continuaban adorando á aquel dios «de nombre desconocido» en sentir de Estrabon en su lib. III, porque era llamado solamente Dios. Ya no será así mas adelante.

Edad fué esta de los siete sabios de la Grecia, Tales, Solon, Mison, Cleóbulo, Chilon, Bias, y Pitágoras; de Licurgo el legislador; de Dracon el Severo; del médico Herófilo; del fabulista Esopo; del viajero escita Anacarsis; de Holda la profetisa; de la Sibila Erytrea; de Numa el rey filósofo; de Elias, Eliseo, Ezequías, Jeremías, Tobías, Judit, Daniel, Holofernes y Baltasar. En ella terminan las narraciones antehistóricas en cuya clasificacion la cronología va á tientas. Los Hércules desaparecen (1). Formada la teogo-

(1) Herodoto lib. II, cap. 43 dice: «Que Hércules era uno de los doce dioses del Egipto, y que en esta region era desconocido el Hércules de la Grecia. Es cierto que los egipcios no tomaron de los griegos el nombre de Hércules, y si estos de aquellos» Tácito en el lib. II de sus Anales, cap. 60, habla tambien del Hércules egipcio: en el lib. III, cap. 61, le pinta como árbitro soberano de la Libia; en el lib. IV, cap. 38 como elevado despues al rango de los dioses; en el lib. II, cap. 12, menciona la selva que le habian consagrado; y dice por último en sus Costumbres de los Germanos, capítulo 34: «Decia la fama que existian algunas columnas de Hércules, ya porque él hubiese llegado hasta el Océano, ya por la costumbre de enlazar con su nombre todo

nía del gentilismo, se cierra, y no da ya entrada á nuevos dioses. Júpiter es el árbitro soberano entre los que no han sabido conservar inalterable la idea de un Omnipotente, superior á todos los Joves de la tierra. Ya hay quien sostiene que nuestro globo es redondo, casi enteramente circundado de agua (1). La imaginacion, engendradora de fábulas, descansa y se contenta con dar vida y color á las existentes: pero no tardará en volver á tomar el cetro de la historia, en cuanto viere tinieblas en su horizonte, y pueda acudir á la credulidad (2) á la exajeracion religiosa ó política, al odio, á la parcialidad, á la adulacion, ó á las supersticiones. De manera que en todos tiempos será necesario llevar como Diógenes la linterna en la mano, yendo en busca, nó de hombres, sino de verdades. El historiador, caminando siempre entre abrojos, inquiere, investiga, pregunta; y se le responde comunmente con evasivas, como los magistrados á quienes consultó Cambises: «No hay ley que lo permita; pero tampoco hay ley que os impida llevar á cabo vuestro capricho.» Todos esperan tolerancia para sí, rigor para los extraños. Si unos, imitando á los indios callatias, se comen la carne de sus parientes difuntos, no por esto dejan de horrorizarse al saber que los griegos y los romanos queman

lo extraordinario. No les faltó valor á los que quisieron averiguarlo; pero el Océano quiso guardar los secretos de Hércules y los suyos propios. No se han presentado despues nuevos exploradores; y ha parecido mas respetuoso y santo creer en los prodigios de los dioses que ilustrarlos.» «Sanctiusque ac reverentius visum de actis deorum credere quam scire.» Hacia tiempo que ya no se creia en los Hércules.

(1) Ya en tiempo de Herodoto hubo una escuela que sentó por principio la redondez de nuestro planeta, dos mil años antes de Colon. Aquel historiador que supo decir con estilo flexible todo cuanto quiso, sin zaherir las preocupaciones de su siglo, se expresa así en el lib. iv, cap. 36. «No puedo menos de sonreirme pensando en los que se entrometen en trazar los contornos del mundo, sin apelar á sólidos fundamentos; y que nos pintan el Océano circundando las comarcas todas, y la tierra redonda, como trabajada al torno.»

(2) Para formarse una idea de la credulidad de los que por mero testimonio de los escritores romanos han trazado los rasgos característicos de los pueblos de la España Primitiva, bastará tener en cuenta que dichos autores hablaron de oidas, respecto á nuestras antigüedades, y con muchos siglos de posterioridad á lo que relatan. Véanse los libros ii y iii tocante al crédito debido á los romanos.

SEPULCRO EGIPCIO DESCUBIERTO EN TARAGONA.





PLATE I. THE TEMPLE OF ANUBIS.

los cadáveres. Los mismos usurpadores pretenden hacer un bien á la humanidad y dicen, como Polícrates de Samos, que mas obligan á sus amigos restituyéndoles lo que les han quitado que no quitándoles nada.

LIBRO SEGUNDO.

LOS CARTAGINESES Y LOS ROMANOS EN ESPAÑA.

CAPITULO I.—Nuestras cordilleras, rios, costas, y moradores

Si tirásemos una línea desde el cabo de Creus, último al norte de Cataluña, hasta el de Finisterre en Galicia, direccion de Este á Oeste, con sinuosidades hácia el polo, y pequeños ramales á uno y otro lado, tendríamos el trazo de la cordillera que forma la armazon principal de nuestra tierra, baluarte contra el extranjero hasta San Sebastian, valla contra el mar cantábrico desde esta ciudad hasta Finisterre. Hasta San Sebastian la llamaremos Pirineo; y mas allá, cordillera cantábrica, montes Vindios, y montes Medulios, estos como un ramal secundario en torno de la cuenca del Miño. Y si en la altura de los Cántabros, levantamos cerca de los Vindios otra cordillera mucho mas sinuosa, con direccion de Norte á Sur hasta el reino de Murcia, y la llamamos montes Idubedas, en lo alto, Ibéricos en el centro, Orospedas en lo bajo, tendremos la segunda pieza importante de nuestro sistema granítico. De esta segunda pieza partirá de este á oeste con inflexiones al sur, entre los grados de latitud 41 al 39, otra cordillera, nacida entre los

arevacos, y se correrá por la sierra de la Mata, Somosierra, el Guadarrama, los Carpetanos, la Estrella, y la sierra de Cintra hasta el centro de la Lusitania. De la misma segunda pieza, un grado mas abajo, con la misma direccion, é inflexiones mas oblicuas, formaremos la cordillera de la sierra de Cuenca, de los montes Erminios, los de Toledo, sierra de Guadalupe, de Mamed, y monte de Viana, que nos conducirán hácia el Promontorio Sacro en la misma Lusitania, muy cerca de la latitud 37. Y si en donde comienzan los Orospeidas hácia la latitud 39, siempre en la misma segunda pieza, seguimos otra cordillera con idéntica direccion é inflexiones, daremos con la sierra Morena, montes Marianos, sierra de Constantina, de Aroche, y luego en la Lusitania con la de Caldeiraon, el Cuneus, cerca del ya nombrado Promontorio Sacro. Y por último, si desde Almería hasta Cadiz trazamos una línea sinuosa en igual direccion y oblicuidad del 37 al 36 y medio, que abrace la sierra de Filabres, la Nevada, la del Rallo, la de Veleta y Padul, las Alpujarras, la sierra Tejada, la de Alhama y por fin la de Ronda, tendremos formado el completo de aquella armazon, ó sea la valla mas meridional, destinada á contener las irrupeiones del Atlántico y su primera arremetida en el Mediterráneo. Esto para tener en la imaginacion un boceto de la parte huesosa, digámoslo así, de nuestra comarca.

Al norte de los montes Vindios y Cántabros, los vertientes de las montañas llevan las aguas al océano Cantábrico, formando entre otras corrientes el Nervion, el Deva, el Sella, el rio de Pravia, el Navia, el Eo, y el Oro; y en el Atlántico desaguan entre otros, al oeste de los mismos montes, el Puerto, el Lezaro, y el Tambre (1). Las demás cor-

(1) Los promontorios y pueblos mas nombrados por los autores antiguos desde

dilleras, y aquellos mismos montes y los mas del Pirineo en sus vertientes meridionales, contribuyen á formar cinco grandes cuencas, una en la parte oriental y es la del Ebro que desagua en el Mediterráneo; y cuatro en la occidental, el Duero, el Tajo, el Guadiana, y el Guadalquivir: que son los ríos mas nombrados de la península. En los antiguos tiempos llamóse Ibero el Ebro, Durio el Duero, Tago el Tajo, Ana el Guadiana, y el Guadalquivir se llamó Betis. Otros ríos de segundo orden desaguan en el Mediterráneo ó en el Atlántico. Llevan al primero de estos mares (1) su caudal el Fluviá, el Ter llamado antiguamente Doria, el Tordera, el Besós ó Alba, el Llobregat de quien es tributario el Noya, el Mijares, el Palencia, el Turia, el Jucar, el Alcoy, el Segura, el Almanzora, el Almería, el Guadaljorce, y el Guadiaro entre otros; y desembocan en el segundo (2) el Salado, el Guadalete, el Odiel, el Tinto, el Termoso, el Odemira, el Sado ó Setubal, el Lis, el Mondego, el Vouga, el Ave, el Cavado, el Lima, y el Miño, con otros varios. Son muchos los tributarios de las cinco grandes corrientes ya nombradas; y el Ebro cuenta en su número el Oca, el Tiron, el Nagerilla, el Iregua, el Ega, el Arga, el Aragon, el Arva, el Jalon, el Gállego, el Huerva, el

nuestras costas cantábricas hasta el promontorio Artabro eran Menosca, Morosgi, Flaviobriga, el promontorio Easo, Sanda, el puerto Blendio, Salia, Noega, el promontorio Escítico segun Mela, Flavionavia, Barum, el promontorio Trileuco, Caronia ó puerto Magno, el promontorio del Sol, ó Ara Sestiana, el promontorio Nerio, el puerto de los Artabros, y dicho promontorio Artabro.

(1) Los pueblos y promontorios mas notables desde Pirena hasta Calpe, eran: dicho Pirena, ó templo de Venus, Roda, Emporia, Palamosio, Gesoria, Blanda, Iluro, Betulo, Barcino, Subur, Tarraco, Etovesa, Sagunto, Valentia, Diania, el promontorio de Diana, Lucenta, el promontorio Scombrario, Cartago, Murgó ó Virgo, el promontorio Caridemo, puerto Grande, Abdera, Menoba, Malaca, Salduba, Barbesula, y dicha Calpe.

(2) Desde Calpe en la boca del estrecho Hercúleo hasta el promontorio Artabro en el mar Atlántico, los principales pueblos y promontorios que hallamos nombrados entre los antiguos, son: Transducta, Mellaria, Belona, el promontorio y templo de Juno, Gades, Tartesio, el promontorio Cuneano, el promontorio Sacro, el promontorio de los Bárbaros, Ehora y Olisipo, el promontorio Magno, el Lunario, el Orubio y el Corrubio.

Aguas, el Maron, el Guadalope, el Cinca, y el Segre ó Sicoro; los principales del Duero son el Avion, el Riazo, el Duralon, el Pisuerga, el Zapardiel, el Valderaduey, el Es-la, el Tormes, el Yeltes, el Agueda, el Coa, el Sabor, el Tua, el Tavora, el Tamega, y el Sousa; del Tajo lo son el Cabrilla, el Gallo, el Guadiela, el Tajuna y Jarama con su Manzanares y Henares, el Cedron, el Guadarrama, el Aberche, el Ibor, el Tietar, el Monte y Magasca, el Alagon, el Salor, el Sever, el Ponsul, el Laca, el Sezer, el Satas, y el Almancar; al Guadiana le sirven el Zancara, el Azuer, el Jalalon, el Bullaque, el Estena, el Guadarranque, el Guadalema, el Zuja, el Ruecas, el Ortigo, el Gualemlet, el Matachel, el Guadajira, el Gébora, el Caya, el Odejebe, el Ardilla, el Corbes, el Limas, el Queiras, y el Chanza; y al Guadalquivir le dan tributo entre otros el Guadalimar y Guadalen, el Jaen, el Campana, el Jandula, el Guadamellato, el Guadabarbe, el Guadajoz, el Guadiato, el Bembezar, el Genil, el Carbanes, el Viar, el Huelva, y el Guadeira (1).

(4) En las cuencas de los rios aquí citados, las principales poblaciones que mencionan los historiadores y geógrafos griegos y romanos, no contando las de las costas ya citadas, son: en los indigetanos, Juncaria; en los castelanos, Beselduna; en los ausetanos, Ausa y Gerunda; en los ceretanos, Llivia, Orcia, Ceretana, Bacasis, Bergidum, Esona, Setelsis, Cortona y Minorisa; en los laletanos, Egarra y Subis; en los ilergetas Ilerda y Bergusia; en los cosetanos Palfuriana y Oleastro; en los volciones Salduba; en los yacelanos Iacca; en los vascones Pompelo y Tarraga; en los vardulos Turisa y Olarso; en los caristinos Victoria; en los autrigones Easo; en los berones Varia; en los pelendones segun unos, en los arevacos segun Polibio, Numancia; en los celiberos Bilbilis y Segontia; en los oretanos Oretó y Laminia; en los edetanos Leonisa y Belgada; en los ilerjavones Dertosa; en los suesetanos Segobriga ó Corbio, y Edeta; en los contestanos Hiccia, Orcelia y Vergilia; en los ócicos Carteya; en los bastitanos Acci, Basti, Oria, Carca y Segisa; en los cantabros Amano y Concana; en los vacceos Pallantia, Vallisoleta y Septimanca; en los arevacos Clunia, Uxama, Rauda, Aranda, Segovia, y segun otros Numancia; en los carpetanos Mantua, Compluto y Toletó; en los túrdulos Corduba, Castulo y Giena; en los bastulos Anticuaria, Hipula y Eliberis; en los tartesios, llamados por alguno túrdulos gaditanos, Transdueta, Asindo, Menesteo; en los turdetanos Astapa, Hispalis, Carmona ó Itálica; en los beturios Emerita; en los vetones Salmantica y Eldana; en los astures Asturica, y Legio; en los gallaicos Bracara; en los callesianos Luco y Brigancio; en los artabros Trigundo; en los lucenses á mas de Luco, Iria; en los gravios Tide; en los bracaros, á mas de Bracara, Salacia y Limia; y en los lusitanos Conimbriga, Scabla y Ehora: sin contar muchos otros.

Si damos la vuelta á las costas de la península , y despues por San Sebastian y los Pirineos volvemos al punto de partida , á saber [Pirene , Templo de Venus , despues cabo de Creus , hallaremos ser unas setecientas cincuenta leguas las recorridas , á saber , doscientas cincuenta y dos desde dicho cabo hasta el de Trafalgar , cuatrocientas seis desde este cabo hasta los últimos linderos de los Vascones , y noventa y dos de Pirineo . Y si la figura irregular de nuestra tierra , comparada por unos á un cuadro defectuoso , por otros á un círculo sinuoso por lo bajo , no acabado de redondear por lo alto , y por los antiguos á una piel de buey tendida , la reducimos á una expresion matemática aproximada , casi podremos afirmar que su superficie es de quince mil setecientas sesenta y dos leguas cuadradas , no contada en el cálculo la Lusitania que tiene tres mil cuatrocientas treinta y siete leguas y media , tambien cuadradas , todas ellas de veinte al grado : de suerte que las dos superficies reunidas darán á la península un total de diez y nueve mil ciento noventa y nueve leguas y media . Si las de circunferencia mencionadas , tanto las cuatrocientas seis que miran al Océano , como las doscientas cincuenta y dos escasas del Mediterráneo y del estrecho gaditano , las distribuímos por provincias , resultarán para Guipúzcoa nueve , para Vizcaya y Santander cuarenta , para Asturias cuarenta tambien , para Galicia ciento diez , para las provincias portuguesas de entre Duero y Miño , Beyra , Extremadura , Lusitania , Alentejo y Algarbes , ciento setenta y dos por junto , para Sevilla y Cadiz cincuenta y cuatro , para Granada setenta y cuatro , para Murcia veinte y una , para Valencia sesenta y nueve , y para Cataluña tambien sesenta y nueve escasas . En estos cálculos no van inclusas las Baleares ni las Pitiusas .

Ocuparon aquella superficie en los primitivos tiempos los moradores de quienes dejamos hecha mencion en el libro primero, á tenor de las escasas memorias que de aquellos tiempos han quedado, y de los indicios y conjeturas que pueden aclararlas. Los autores convienen en dar el nombre de iberos á los más antiguos habitantes; pero, como hallan luego en los escritores griegos y romanos una multitud de otros nombres de pueblos, nace de ahí una confusion que marea y perturba los más claros entendimientos. Celtas, celtíberos, galaicos, indígetas, castelanos, ceretanos, ausetanos, lalletanos, cosetanos, ilergetas, ilercavones, volciones, yacetanos, suesetanos, vascones, edetanos, lobetanos, contestanos, caristinos, várdulos, pelendones, lusones, bastitanos, autrigones, berones, arevacos, carpetanos, oretanos, túrdulos, bástulos, cántabros, vacceos, pesicos, astures, vetones, beturios, turdetanos, lucenses, calesianos, ártabros, gravios, brácaros, lusitanos, cinesios, tartesios, cuneanos, y otros muchos, son otros tantos nombres de que están llenos los libros romanos para señalar distintos moradores de nuestra tierra. Y no sabiendo algunos cómo dar razon de tantas denominaciones, acudieron al expediente de suponer nuevas entradas de gente extraña, que lidiaba con los naturales, pedia tierras, hacia tratos con ellos, y luego fijaba su asiento. Y como este sistema es lisonjero para ciertos pueblos extraños, los amigos de los griegos todo lo veian de origen pelásgico ó helénico, los de los rodios ródico, los de los galos les hacian dar un salto, y poner sus aduares en Galicia, y los partidarios del celticismo los seguian triunfantes hasta fijar á sus amados celtas en la Bética junto al Ana famoso: que de esta suerte las imaginaciones se complacen en dar apariencias de vida á las propias qui-

meras. Á otros no les parece necesario el recurso á tan ingeniosos sistemas, antes creen muy puesto en el órden natural de las cosas el que los hombres enjendren, y el que los hijos se distinguan de sus padres por el nombre, ya le tomen del dia en que nacieron, ó ya del domicilio que despues eligieron, bien sea en el monte entre los celtas, bien en el llano y junto al rio entre los iberos, bien entre llano y monte entre los celtíberos, bien en las gargantas mas dificiles entre los vascones, los cántabros, los astures, bien en las costas entre los laletanos, los tartesios y los turdetanos (1). Y para los que así piensan no hay tinieblas, ni apelacion innecesaria á los de fuera, sino una ilacion conveniente de sucesos que unos en otros se van eslabonando: pues á medida que la poblacion crece, se extiende desde el rio al monte, desalojando de él las fieras, se derrama por los valles, busca nuevas gargantas, costas y rios, y va acrecentando los nombres, y formando tribus, especie de poblaciones dispersas cuyos moradores á una señal convenida se juntan para la comun defensa. Que una tribu se diferencie de otra por su denominacion particular, es cosa conforme, como lo es el que cada individuo tenga su nombre propio. Y tambien es natural que unas tribus tengan mas celebridad que otras, ya porque se le hayan ofrecido ocasiones mas frecuentes en que probar su denuedo, ya por la situacion misma de su domicilio, mas ocasionado á lances, á acometidas de brutos, ó á incursiones y riñas con

(1) Tucídides en su Guerra del Peloponeso, lib. vii, cap. 39, dice «convocó á los tetrarcas, y llamó á cada uno por su nombre, el de su padre, y el de su tribu.» Era en efecto entre todos los antiguos, no solamente los griegos, una muestra de urbanidad llamar á alguno por su nombre propio y por el de su padre; y lo era mas aun darle el de su tribu, como para significar que aquel á quien se dirigia la palabra era bien conocido: cosa halagadora. Casi lo mismo dice Fenimore Cooper de las tribus que ocupaban las vastas comarcas de la América del Norte, antes que los nuevos pobladores las arrojasen de ellas. Cada nuevo aduar, nuevo nombre.

vecinos inquietos. Tampoco podrá dudarse que las primeras poblaciones no estuvieron apiñadas como las de los tiempos posteriores, sino diseminadas en una ó varias colinas, ó valles; y que no por esto dejaban de tener una denominación comun á todos sus moradores. Las situadas en las costas debieron ser mas pobladas, menos recelosas, mas amigas de la novedad y del tráfico, menos dadas á las alegrías inocentes, y mas aficionadas á los gustos y placeres. Veían constantemente á los extraños, provistos de cosas útiles á la vida, no muy rígidos en las costumbres, pero liberales y magníficos hasta la prodigalidad: y se inclinaban á entrar con ellos en relaciones y avenencias. Y como por tales puertas se entran las inconstancias, las descreencias, los deseos de mas próspera fortuna, las ambiciones, y los desamores con los propios: por las mismas se internan, y dan arremetidas las usurpaciones de los de fuera. Esto mismo debió sucederles á nuestros antepasados. Las factorías comerciales, á que algunos han dado por candidez el nombre de fundaciones, fueron las pértigas introducidas por el extranjero en nuestra tierra. Cuando acudian á ella solícitos en sus naves, no buscaban las playas desiertas, sino las habitadas en donde hay consumo. Y en medio de las habitaciones pedían venia para levantar primero tiendas, luego depósitos, mas adelante templo. Los pueblos mas expertos acostumbraban ser parcos en tales concesiones; y así los egipcios solo permitieron el tráfico con los extranjeros en la ciudad de Neucrate (1). Pero ni las costas del Egipto eran de mucho tan extensas como las de la Iberia, ni sus moradores, trabaja-

(1) Herodoto, lib. II, cap. 179. El Génesis, cap. 42, vers. 2, aunque dice que se vendía trigo en Egipto á los extranjeros, no menciona ciudad particular abierta para el tráfico con los de fuera.

dos por la dominacion de las razas, la servidumbre pública, las guerras encarnizadas, y los desafueros de los poderosos, tenían aquella cordialidad y franqueza en el trato reconocido en los iberos: y así no se extrañará ciertamente que nó una sino muchas ciudades en España estuviesen abiertas al comercio con los extranjeros; ni que estos levantasen en ellas templos suntuosos ni mas ni menos que lo hacian en Egipto (1). Los mismos egipcios pudieron usar de este derecho en España. Y como unos derechos por necesidad van enlazados con otros, quien le tuvo para levantar altares y construir viviendas, le tuvo asimismo para dar sepultura digna á los cadáveres de los empleados del templo ó de la factoría (2). Levantáronse, pues, en varias poblaciones de nuestras costas templos á Venus, Hércules, Diana, Juno, Júpiter, y Neptuno; ya en los indígetas, ya entre los lalitanos, en país de cosetanos, en el promontorio de Diana en los contestanos, ó junto al estrecho entre los túrdulos. Los griegos y los precedentes del Lacio, quemarian los restos de sus compatriotas muertos en la factoría; los egipcios les darian sepultura decente. Por estas vias se iba introduciendo la dominacion extraña (3) en pos de los dioses ex-

(1) El mismo Herodoto, lib. II, cap. 178, dice: «Amasis dió á los griegos varias pruebas de su afecto: á los que deseaban establecerse en Egipto, les señaló por residencia la ciudad de Naucratis.... Para los transeúntes señaló terrenos en que pudiesen levantar altares y recintos sagrados para el culto de sus dioses. El monumento mas famoso de esta clase, y el mas suntuoso á la vez, es el templo llamado Hellenium..... Los egipcios, los samios y los milesios elevaron otros templos, los primeros uno á Júpiter, los segundos uno á Juno, los terceros uno á Apolo.»

(2) Reconocidos como indudables los precedentes que aquí dejamos apuntados, ya no se extrañará que en Tarragona se haya descubierto recientemente un sepulcro egipcio (9 de marzo de 1850), gracias á los trabajos del arqueólogo don Buenaventura Hernandez y Sanahuja. Sin que por esto se haya de acudir á las dominaciones de Sesostris ni de Oro.

(3) Jenofonte en el lib. VII, capítulo 4 de sus Helénicas explica bien de qué manera los templos servian para sentar dominaciones; y pintando una invasion de aquellos tiempos dice: «Y fortificaron el templo de Saturno, y le pusieron guarnicion,» para apoderarse de la tierra.—Tucidides en el lib. V, cap. 33, nos manifiesta los frivolos pretextos de que se valian los antiguos para convertir los templos en plazas de guerra. «Suscitose, dice, una guerra entre los de Epidauron y de Argos, bajo el pretexto de una victima que aquellos habian prometido y nó enviado á Apolo Pitio.» Los últimos tenían el cuidado del templo.

tranjeros. En las calamidades públicas, si las panegirias, si las rogativas no bastaban para aplacar el enojo de Endovélico, no debió faltar quien acudiese á rendir homenaje á Venus Urania, á Neptuno el dios de los libios, á Bubasta, Isis ó Oro de los Egipcios (1), llevado de la esperanza de obtener de ellos lo que aquel negaba. Así debió formarse la parcialidad de los advenedizos.

— Á los libios, egipcios, griegos, y fenicios, no les dió la tentacion de aprovecharse de la buena fé de los iberos, para labrar su infortunio. Los tres primeros tenian ocupacion bastante en sus mútuas rivalidades que dieron márgen á guerras sangrientas. Los fenicios eran mas comerciantes que guerreros. No así los cartagineses, pueblo turbulento y belicoso, que aspiraba á dominar por el terror de su nombre. Polibio dice que en Cartago hasta los niños tomaban parte en los motines (2), y pinta una asonada nocturna, tumultuosa, que estalla á la luz de las antorchas. Cambises estuvo á punto de destruir la ciudad de Dido ó Elisa, una vez sojuzgado el Egipto el año 525 antes de la era vulgar: pero el patriotismo de unos marineros fenicios con quienes contaba para dirigir contra ella su escuadra, y que se negaron á seguirle, salvó á Cartago, y la permitió llevar á España la ruína de que habia escapado. Herodoto hace mencion de aquel proyecto de Cambises, en el lib. III, cap. 19 de su Historia.

(1) Herod. lib. II, cap. 156. Bubasta era Diana; Oro, Apolo; é Isis, Ceres. Pareceria increíble el afan con que se acudia á implorar el favor de los dioses por medio de sacrificios, si todos los historiadores no le atesiguasen. Jenofonte en su Anabasis, libro VI, cap. 4, dice: «El dia siguiente se hizo un nuevo sacrificio; y el ejército casi entero, animado del interés que cada uno tomaba en el caso, formaba un círculo alrededor de las víctimas.»

(2) Polibio, lib. XV, cap. 30. «Añádase, dice, mil alaridos confusos y furiosos de ese gentío compuesto de hombres, mujeres y niños.»

CAPITULO II.— Quiénes eran los cartagineses. Su comercio con unas tribus conecedoras de sus malas artes. Sus viajadores célebres Hannon é Himilcon. Sus rivalidades con los focenses, que habían sido bien recibidos en la Iberia. Su crueldad.

En las Memorias de la Academia de bellas letras de Francia (1), hay una de Bougainville en que se trata de demostrar que Cartago no fué fundada hasta el año de 883 antes de nuestra era vulgar, siendo así que la mayor parte de los cronólogos afirman que lo fué en el de 1259. Sita en la tierra mas avanzada del África, cerca del Atlas y del gran desierto, formando triángulo con la Sicilia y la Cerdeña, y teniendo frontero á sí la ciudad de Roma; no volvia la vista al Asia, olvidada ya de que Tiro era su madre; ni á la Grecia, cuyos arriscados marinos la daban sombra: sino á las Baleares, á las islas del mar Etrusco, y sobre todo á nuestra Península que debia abrirle camino para hacer suyas todas las costas del depósito de aguas casi encerrado por la naturaleza entre la Sicilia, la Italia, la Liguria, la Galia, la Iberia, la Mauritania y la Numidia. Limitada su ambicion por el pronto á ese palenque, quiso mandar en él como soberana. El Mediterráneo estuvo dividido, pues, políticamente, en dos grandes cuencas marítimas; la oriental formada por las aguas de la Libia, del Egipto, de la Palestina, la Fenicia, la Cilicia, la Lidia, la Propóntide y el Ponto, el mar Egeo, el Peloponeso, y el mar Jónico; y la occidental ya nombrada. En ambas crecian, se desarrollaban, lidiaban y se asimilaban los pueblos ó los destruian, dos civilizaciones distintas, sin que una hiciese caso de la otra, atenta cada cual á sus propios negocios. Cuando Da-

(1) Está en el tomo 28, pág. 263.

rio envió , según Justino , lib. XIX , cap. 1 , un edicto á los púnicos en que les mandaba no sacrificar víctimas humanas ni quemar los cadáveres , y les pedia auxiliares contra la Grecia , Cartago respondió con evasivas. Cartago y Roma , las rivales del occidente, ocupada una en investigar las costas que codicia , y otra en vencer á sus vecinos para buscarse una salida que la dé á conocer al mundo, ignoran que el oriente está en combustion , y que un millon de hombres han pasado el Helesponto para conquistar la Grecia , y han sido vencidos en los Termópilas , en Salamina y en Platea. Y cuando el reflujo griego se precipita sobre los persas , y Alejandro venga á su patria , sojuzgando el Asia , y borrando del mapa cien naciones , entre ellas la Fenicia : ni una mirada se digna dirigir al Capitolio que ya cuenta con un Camilo , á los galos ilustrados por un Breno , ni á los cartagineses que ya hicieron suyas varias costas é islas : tres naciones que tienen como él sed y hambre de conquistas (1).

Cartago tenia vuelta la vista al occidente. Sabia ya qué gentes existian pasadas las columnas de Hércules en la parte del norte , en nuestra Península , mas allá de los tartesios. Algunos de sus buques de comercio habian conseguido entrar en tratos con los naturales. Pero recelosos estos , y conocedores de las malas artes de los advenedizos , exigian de ellos que dejasen en la playa sus mercancías y se reembarcasen. Los moradores de la tierra acudian á inspeccionar los géneros , y ponian oro junto á ellos , según el valor que les

(1) Ya no se extrañará, pues, que ni Herodoto ni Tucídides hayan hablado siquiera de los romanos, pues el Mediterráneo estaba dividido en dos mundos. Ni Josefo lo extrañó en su obra contra Appion, lib. 1, cap. 4, antes por aquel silencio prueba que aunque olvidados en las historias griegas los judios, no por esto tenían antigüedad menos remota. Cuando los romanos hicieron una incursión en las costas de la Dalmacia y de la Iliria en el Adriático, Pol. lib. 11, cap. 2, les pareció que habían obtenido un triunfo señalado con solo intentarlo, lo que hicieron solo en la última extremidad cuando era ya insoportable la insolencia de los piratas de la Iliria. Polibio, lib. 11, cap. 8.

daban; hecho lo cual desaparecian. Volvian á tierra los cartagineses, y tomaban el oro, dando por finido el trato, si así les convenia, ó se volvian á las naves sin él si les parecia poco (1).

Algunos atrevidos viajeros salieron de Cartago, por mas que Estrabon lo ponga en duda, unos para investigar el África mandados por Hannon, y otros para dar la vuelta á la Iberia hácia el norte dirigidos por Himilcon. Lo que ha quedado de la narracion del viaje de Hannon tiene todos los caracteres de un diario de navegacion auténtico. Lo que cuenta de los salvajes gorilos ó gorgados, velludos completamente, se ha reconocido ser unos monos del país que arrojan piedras con furia, se encaraman á los árboles, y manejan el palo de una manera vigorosa. Lo que refiere de los fuegos nocturnos que vió en las riberas, de los cuales dice que se adelantaban hácia el mar como torrentes, sin necesidad de acudir á los volcanes de las Canarias ni del continente africano, lo ha explicado en nuestros dias el viajero Bruce, como testigo de vista, dándonos á conocer la costumbre que tienen algunas tribus africanas (2) de pegar fuego á la yerba seca, pasada la estacion de las lluvias: fuego que se propaga con una rapidez asombrosa, siguiendo la direccion del viento (3). Otros no solamente no ponen en duda el viaje de Hannon, sino que apoyados en Plinio pretenden por conjeturas que llegó á doblar el cabo de Buena-

(1) Herod. lib. iv, cap. 196. Y añade: « Los naturales volvian y añadian cierta cantidad de oro hasta que los dos contratantes se daban por satisfechos. En ningún caso se daba cabida al engaño: ni unos tocaban al oro hasta creer pagada su mercancia, ni otros ponian mano en la mercancia hasta que el oro habia desaparecido.»

(2) Fenimore Cooper cuenta lo mismo de varias tribus americanas.

(3) Algunos han visto en el viaje de Hannon una expedicion en su mayor parte española, y la colocan en el año 500 antes de la era vulgar. Son los mismos que creen que en el año 700 antes de la misma era los turdetanos lidiaron con los fenicios, y que estos recibido auxilio de Cartago triunfaron nó en provecho propio sino en bien de sus auxiliares. Si así fuese, Herodoto no hubiera dejado de mencionar una tierra púnica en su lib. iv, cap. 196, cuando habla del comercio de los cartagineses mas allá de las colinas de Hércules.

Esperanza. Ni se desprende del Periplo de Hannon, ni es de suponer que doblase siquiera el cabo Bojador, á la altura de las Canarias. Si hemos de creer á Rufo Festo Avieno, Himilcon en su viaje descubrió algunas islas á las que llamó Oestrimnidas, abundantes en plomo y en estaño, y cuyos moradores hacian viajes á Hibernia y á Albion en buques hechos de pieles con varias armazones. Visto que el África era demasiado vasta, salvaje y poco accesible, y que por el contrario la Iberia era una comarca á la que por mar casi se la daba vuelta, fijaron toda su atencion en nuestra tierra. Los rodios, los samios, los mismos fenicios, hermanos suyos, les daban en ella sombra. La España era para Cartago lo que para Josué la tierra prometida, y para el macedonio las delicias de Babilonia. Era incurrir en el enojo de la hija de Tiro el manifestar deseos de plantar los aduares en aquella region predilecta. Los focenses habian sido recibidos en ella como amigos, y se establecieron en Córcega, dispuestos á sacar partido de aquella beneyolencia; pero los cartagineses se aunan con los tirrenos, acusan á los focenses de depredaciones en sus costas, y juntan contra ellos una escuadra de sesenta velas. Otras sesenta les oponen los focenses, y llegan á las manos en las aguas de Cerdeña. Los focenses, dice Herodoto (1), alcanzaron una victoria Cadmea, es decir que triunfaron perdiendo cuarenta buques, y quedando el resto en tal estado que tuvieron que ir á buscar un asilo en la Enotria. Enfurecidos los cartagineses se vengaron en los prisioneros que habian hecho á sus enemigos, y á todos les dieron muerte violen-

(1) Herodoto lib. 1, cap. 166. Victoria Cadmea, es frase alusiva al combate de los dos hermanos Eteocles y Polinice junto á Tebas, ciudad de Cadmo; ambos triunfaron y fueron vencidos, pues los dos quedaron muertos en el campo de batalla. Así los focenses y los cartagineses y tirrenos: casi todos perecieron.

ta (1): pues en Cartago eran inclinados á la crueldad, amigos de los espectáculos sangrientos, y en sus odios implacables. Plinio afirma que en ella se sacrificaban víctimas humanas (2). Mas ocupada de las necesidades del momento que previsora de las eventualidades del porvenir, trataba con menosprecio á los pueblos que podía sujetar, les arrebatava la mitad de sus cosechas, imponia á las ciudades unos tributos dobles de los que antes pagaban, negaba oídos á los clamores de los pobres, y á sus ojos no eran los mejores delegados de la república los que trataban á los vasallos con benevolencia y con dulzura, sino los que mas plata enviaban al tesoro público (3).

Alejados ó destruidos los focenses, cuyos restos hay quien dice que se establecieron en Marsella y se corrieron hasta Emporia en Cataluña, y segun Estrabon, lib. III, hasta Denia y las costas de Granada, la primera lucha por el dominio de la parte occidental del Mediterráneo estalló por la posesion de la Sicilia, sita enfrente de Cartago, y casi pegada á la Italia. Era necesario arrebatarla á los griegos, y se aliaron para ello muchos pueblos occidentales, en cuyo número cuenta Diodoro Sículo en sus libros XIII y XIV á los españoles. Derrotados en ella los orientales, lidiaron por su posesion los mismos occidentales. Si se apoderaba de ella la república africana, Roma peligraba. Aprovechó pues el senado de esta ciudad un respiro que le dieron los tirrenos,

(1) Herod. lib. I, cap. 167. «Ejecucion bárbara,» añade Herodoto, lo que prueba que en su tiempo, aunque existía el derecho de vida y muerte sobre los vencidos, no se ejercía.

(2) C. Plinii secundi Historiæ Mundi, lib. xxxvi, cap. 3. «Hércules, dice, ad quem Pœni omnibus annis humana sacrificaverunt victima.» «Hércules, á quien los cartagineses sacrificaban anualmente víctimas humanas.» Justino, copiando á Trogo, libro XIX, cap. 1. «Pœni humanas hostias inmolabant.» «Los cartagineses inmolaban víctimas humanas.» Ib. lib. xviii, cap. 6, añade «et impubes» hasta los niños.

(3) No hay exajeracion en esta pintura; léase á Polibio, lib. I, cap. 72, y se verá trazada con mas vivos colores. «Irritados, dice, los pueblos por sus crueles exacciones, corrian á tomar las armas.»

los galos y los etruscos (1), y entró en lid con su rival por la ocupacion de aquella isla. Al primer revés que experimenta Cartago, hace clavar en cruz á uno de sus generales (2). Esta guerra fué larga y encarnizada (3). Los romanos llevaron en ella la ventaja, porque tenian el teatro de la lucha á sus puertas. En vano los cartagineses abandonaron muchas colonias, tal vez en la Bética, para concentrar fuerzas, tomaron á sueldo numerosas tropas de ligurios, de celtas é iberos, y las enviaron á batallar en Sicilia (4). En vano salieron de Cartago nuevos refuerzos compuestos de numidas, de elefantes de guerra, y de las mejores tropas de aquella república. La ciudad de Agrigento cayó en poder de Roma; los mamertinos, auxiliares de los romanos, fueron salvados de la ruína con que los amenazaban los cartagineses; los aliados de Cartago fueron vencidos; los mismos elefantes cayeron en manos de los vencedores; y ya solo les quedó á los africanos el dominio de las costas y de las plazas marítimas, derrotados por tierra sus generales Hannon y Anibal el antiguo. Un buque de la escuadra cartaginesa se estrelló contra una de las playas ocupadas por los romanos, y les sirvió de modelo para construir una escuadra (5). Carecian de flota de guerra, pero no es verosímil que en las vastas costas en que dominaban dejase de haber marinos escelentes. Bien sea debido á la invencion de una máquina marítima que nos describe Polibio (6), ó bien pericia de dichos

(1) Polib. lib. II, cap. 20. «Y pudo, dice, disputar á Cartago el imperio de la Sicilia.» Pero en el lib I, cap. 11, habia dicho que el senado estuvo irresoluto en romper con los cartagineses; en lo que no conviene Tito Livio, pues dice que el senado, aunque despues de una larga discusion, votó la guerra.

(2) Polib. lib. I, cap. 11.

(3) Diodoro Siculo, lib. XXIII. Polib. lib. I, cap. 13 á 17.

(4) Polib. lib. I, cap. 17. «Sobre todo iberos» dice.

(5) «Sin esta feliz casualidad, dice Polib. lib. I, cap. 20, los romanos no hubieran podido realizar en su ignorancia su designio» de poseer armada.

(6) La da el nombre de cuervo lib. I, cap. 22.

marinos , tambien por mar fueron vencidos los cartagineses con pérdida de cincuenta buques. Ya no es Sicilia el campo de batalla. La Córcega y la Cerdeña son arrebatadas á los africanos (1). Un ejército romano , á las órdenes de Régulo , lleva el terror al África. Su general victorioso parece invencible, el imperio de Cartago bambolea, y está á punto de pasar por el yugo : pero Xantipo , un soldado de fortuna , venido de Grecia , y educado en la escuela militar de los lacedemonios , salva á la rival de Roma. Los vencidos de ayer se reaniman, se lanzan nuevamente al combate, destruyen el ejército romano , y al mismo Régulo le hacen prisionero. Roma equipa una escuadra de trescientas cincuenta velas para tomar su desquite , vence á la cartaginesa , y la toma ciento y catorce buques ; pero una borrasca deshecha hace astillas las naves de los vencedores. Otra vez la Sicilia vuelve á ser teatro de la guerra. Uno de los generales africanos , Asdrubal , es derrotado con pérdida de veinte mil hombres , y los cartagineses se vengan de su rota haciéndole perecer en un patíbulo. Varia fué la suerte de las armas , y hubo para todos sonrisas y ceños de la fortuna. Los cartagineses no olvidaron ningun recurso ; tuvieron en sus ejércitos tirrenos , etruscos , sardos , corsos , numidas , libios , galos , celtas , é iberos : todas las naciones contiguas al palenque occidental de la Europa tomaron partido por una ó por otra república. Ni podia ser de otra suerte. Veinte y cuatro años de guerra , durante la cual el comereio debió quedar paralizado si no se ponía bajo la égida de alguno de los combatientes ; sitios famosos ; batallas sangrientas , combates navales memorables en que perdió Roma

(1) Año 258 antes de la era vulgar.

setecientas naves, y los cartagineses quinientas (1): todo fueron partes para tener á las naciones vecinas suspensas, esperando el desenlace de esta tragedia. Cartago fué vencida. Firmó paces, obligándose á abandonar la Sicilia y las demás islas sitas junto á la Italia, á no declarar la guerra á Hieron ni á sus siracusanos y aliados, á devolver sin rescate los prisioneros romanos, y á pagar á Roma, en el espacio de diez años, tres mil doscientos talentos euboicos de plata (2). En el tratado no se habló de los celtas ni de los iberos, como tampoco se habló de los galos, apesar de que muchos de ellos habian enviado auxiliares á sueldo contra Roma. Pero viendo á Cartago humillada, sus tropas mercenarias se rebelaron contra ella, y por espacio de mas de tres años, en la misma África, siendo principales fautores los libios, los numidas, los uticenses, y los hiponios, sostuvieron una guerra cruel y sacrílega en expresion de Polibio (3). Triunfaron de los rebeldes los cartagineses no sin grandes esfuerzos, y á los mas de ellos les hicieron sufrir los mas atroces tormentos; el resto, por Cerdeña, fué á buscar un asilo entre los romanos. Roma los protegió, se estableció en Cerdeña, y obligó á los africanos á pagar dos mil doscientos talentos mas para evitar una nueva guerra. Cartago pasó por esta nueva afrenta, deseosa de vengarse un dia, afirmando su dominacion en la costa de la Libia, corriéndose por ella hasta las columnas de Hércules, y llevando ánimo de tentar nueva fortuna, reanimando y acaudillando

(1) Polibio lib. 1, cap. 63, da la razon de esta considerable diferencia en la pérdida de buques por parte de los romanos: «comprendidos, dice, en el número de los buques romanos los destruidos por las tempestades.»

(2) Polib. lib. 1, cap. 62 y 63. Primero habian convenido en solo dos mil doscientos talentos pagados en veinte años; pero luego se bajó el término á diez años, y aumentó la suma de mil talentos para conseguir que el pueblo romano ratificase el tratado.

(3) «La guerra de los mercenarios, dice, fué la mas cruel y la mas sacrílega de que jamas haya oido hablar.» Polib. Hist. Gen. lib. 1, cap. 88.

las nacionalidades que miraban con recelo la pujanza romana. Arrojada de la Córcega, de la Cerdeña, de la Sicilia y del mar Etrusco, pero nó humillada en su tierra, iba á probar otra vez los azares de la suerte en el mar Ibérico, en el Balearico, en esa España de la cual habia sacado por su comercio el oro, y por su política auxiliares generosos. La guerra va á sacar á la Iberia de la obscuridad, pues por desgracia los escritores antiguos callan cuando la paz y la justicia reinan, escriben cuando la desolacion impera.

CAPITULO III. — Última mirada á la España primitiva.

Si hubiésemos de dar crédito á Justino, Trogo Pompeyo, y Suetonio, conoceríamos muchos pormenores acerca de la suerte de nuestros antepasados. No ignoraban como los romanos lo que pasaba en el mundo, antes enviaban embajadas á los reyes mas poderosos, una de ellas á Alejandro Magno (1). Suetonio Tranquilo afirma que en el templo de Hércules se conservaba la estatua de Alejandro aun en tiempo de Cesar, y que éste la miró y suspiró (2). Bastaban los frutos de nuestra tierra para alimento de los naturales; lo sobrante llevaba la abundancia á otras comarcas. Trigo, vino, miel, aceite, metales preciosos, caballos lijeros, bueyes laboriosos: nada les faltaba. Los rios llevaban la fecundidad á las tierras, no devastadas por los torrentes. Rebaños en el interior, pesca abundante en las costas, aires saludables no atosigados por las nieblas de las lagunas,

(1) Justino lib. XII, cap. 13.

(2) Suetonio Tranquilo floreció en los tiempos de Trajano y Adriano. En el capítulo VII de su Vida de Cayo Julio Cesar, dice: «quum Gades venisset, animadversa apud Herculis templum Magni Alexandri imagine, ingemuit. — Llegado á Gades, y vista en el templo de Hércules la imagen de Alejandro Magno, suspiró.» Era entonces Cesar simple cuestor de la España ulterior.

moradores dispuestos al trabajo , y preparados para arrostrar la muerte ; más amigos de la guerra que de la ociosidad (1) , y dispuestos á moverla á los propios si no podían á los extraños. Ningun tormento , dice Justino , era bastante á arrebatárles un secreto ; y añade que un esclavo sufrió la tortura sonriéndose sin exhalar una queja. Estas palabras de Justino demuestran que entre ellos se conocían la esclavitud y el tormento.

Que se conocía la esclavitud no puede dudarse. La vemos ya en el nacimiento de las sociedades humanas. Cuando Noé maldice á Canaan , le dice que será siervo de los siervos de sus hermanos (2). Semejante frase nos indica las dos clases de siervos que hubo entre los antiguos , á saber, los domésticos ó voluntarios , y los extranjeros ó verdaderos esclavos. Así , cuando Abrahan supo que Lot su hermano había sido hecho prisionero , juntó trescientos diez y ocho siervos de los de su casa armados á la lijera (3), nó esclavos , y marchó contra el enemigo. Los esclavos de ambos sexos eran extranjeros. Cuando la estéril Sara brinda á Abrahan con su propia esclava , no la entrega una hebrea, sino á Agar , natural de Egipto (4). Cambises , conquistador de Egipto , redujo á servidumbre á la misma hija del rey egipcio Psammenites (5). Diodoro de Sicilia no habla de los hombres libres sino de los esclavos extranjeros cuando dice que en Egipto los médicos eran condenados á muerte si prescribían á los enfermos unos remedios contrarios á los preceptos prescritos (6). En los acampamentos,

(1) «Bellum, quam otium malunt.» Justino lib. XLIV, cap. 2.

(2) Gen. IX, 26. «Servus servorum.»

(3) Gen. XIV, 14. «Numeravit expeditos vernaculos suos.»

(4) Gen. XVI, 1. «Egyptiam, nomine Agar.»

(5) Herodoto lib. III, cap. 14.

(6) Diodoro Siculo , Biblioteca Histórica, lib. I, cap. 82.

entre el estruendo y el furor de los combates nació este derecho del hombre que puede matar y perdona, pero que reclama, dado que perdona, una sumision completa á sus órdenes (1). Ya hemos dicho que la palabra extranjero equivalia á bárbaro. Si ese extranjero no era esclavo por derecho de conquista, era mirado como un ilota entregado al tráfico y á las ocupaciones mercenarias, é indigno de los honores públicos (2). Eurípides habla, nó como poeta solamente, sino como hablaria un hombre dado á la milicia, cuando dice: « los griegos tienen derecho de mandar á los bárbaros (3). » Consecuencia de los mismos acampamentos, fué la distincion en todas las comarcas de la tierra entre los hombres que valian mas y los que valian menos: el valiente se convirtió en héroe, á los ojos de los propios y de los extraños; el cobarde pasó á ser esclavo (4) en su propia patria. Los timoratos prefirieron vivir tranquilos obedeciendo, antes que lidiar mandando y verse obligados á correr los azares de la guerra. La miseria asimismo dió origen á la esclavitud voluntaria. El individuo á quien no se le conocia familia, patria, ni hogar, era perseguido como una ave de rapiña (5), porque estaba en guerra, dice Aristóteles, con la naturaleza entera. O debia morar en los bosques y ser acosado como una fiera, ó darse á partido, entrar en la comunidad, recibir de ella el sustento, y trabajar para sus amos. Así todas las sociedades, al dar los primeros pasos en la civilizacion, se hallaron,

(1) Homero, Iliada, lib. II, verso 390. «Tengo, dice Agamenon, derecho de vida y muerte.»

(2) «¿Me dejarán sin honores como á un vil extranjero?» Dice Aquiles en la Iliada, lib. IX, verso 644.

(3) «Esclavos y bárbaros son sinónimos» dice Aristót., Polit., lib. I, cap. 1.

(4) «¿Tendrá el cobarde el galardón del bravo?» Homero, Iliada, lib. IX, verso 319.

(5) «El mismo Homero, en el lib. IX, verso 63, mira como una injuria el que á uno le digan que «vive sin padres, sin hogar, sin leyes.»

por el orden natural de las cosas , divididas en seres armados y desarmados , en jefes y subordinados , en hombres libres y en siervos. Platon afirma que el magistrado , el monarca , el padre de familia , y el amo tienen poderes de igual naturaleza , y que solo se diferencian en el número de los que les obedecen. Aristóteles le contradice. Pero ambos convienen en que la familia es el origen de las sociedades.

Añade Justino en el libro cuarenta y cuatro , capítulo cuarto , que la guerra de los gigantes pasó en España , que Gargoris fué un rey que enseñó á sus vasallos el cosechamiento de la miel ; que despues de él Abidis dió leyes á sus pueblos , les hizo uncir los bueyes al arado , y cultivar los campos ; y que Gerion fué otro rey pastor á la manera de los antiguos patriarcas (1). Ni Justino , ni Trogo antes que él , inventaron semejantes reyes : sus antecesores habían dado ya cuerpo á los mitos de la historia española , conservados por tradiciones antiquísimas. Los titanes fueron los hombres sin freno , moradores vagabundos , hijos de las selvas , empeñados en arrebatar á los Joves ó jefes de las tribus organizadas sus aduares , ganados y aperos (2). Los Joves y sus familias los rechazaron y sujetaron. Siguen los reyes patriarcas y pastores ensanchando sus linderos.

Ya hay necesidad de dar castigos. Justino habla de la tortura puesta en uso en nuestra tierra. Son muchos los que comprendieron mal la naturaleza de la pena del tormento. La creyeron propia de una civilizacion refinada y cruel , cuando no era mas que la infancia de los castigos.

(1) *Justini Historiarum*, lib. XLIV, cap. 4. «Cunetes: quorum rex vetustissimus Gargoris, mellis colligendi usum primus invenit.»... «Habidis... populum legibus junxit, et boves primus aratro domari, frumenta que sulco quærere docuit.»..... «Armenta Geryonis, quæ illis temporibus solæ opes habebantur.»

(2) *Ib.* lugar citado. «Saltus vero tartesiorum, in quibus Titanas bellum adversus deos gessisse proditur.»

El monarca, el magistrado, el amo, y el padre, que tenían derecho de vida ó de muerte, y no querían usar de la última pena sino con los incorregibles, probaban todos los grados de la amargura y del dolor antes de arrancar la vida. Entre las tribus de la América del Norte y del Sur, en las islas de la Oceanía, y en la misma Australia, los viajeros modernos han notado idénticas costumbres. Un Mingo examina de mil maneras la constancia de su prisionero, y trata de reducirle por la prueba de la flecha que va á clavarse en un árbol al lado de su rostro, del tomahaw que pasará rozando por junto á su cráneo, de la lumbre que quemará lentamente uno de sus miembros, á que forme parte de la tribu y se encargue de tomar á su cargo la subsistencia de una viuda ó de unos huérfanos: y para no verse obligado á matar á un ser, le da tormento. Aristóteles (1) sienta por principio que la primera autoridad debió recurrir á la violencia, y que esta es en alguna manera el resultado necesario de la virtud que tiene medios para hacerse respetar. En ciertos pueblos los sacrificios humanos ofrecidos á los dioses no fueron otra cosa que las ejecuciones solemnes de los delincuentes y de los prisioneros de guerra.

Ni Justino, ni Trogo, ni Estrabon, ni Diodoro Sículo, dicen que hubiese estado establecida entre nuestros primitivos moradores la comunidad de bienes que vió Platon en las primeras sociedades. Cierto es que el aire, el agua, la pesca, la caza, una cueva, los frutos silvestres, fueron el maná comun á todos: pero tambien lo es que las primeras familias trataron de defender el campo que habían cultivado y la colina en que plantaron sus aduares. Si hay entre los

(1) Aristóteles, Política, lib 1, cap. 4, llega hasta sostener «que no puede existir violencia sin virtud.» Se entiende la de la autoridad que se hace obedecer.

etíopes una mesa del sol para el sustento del pueblo (1); y entre los cretenses unos banquetes públicos, pocos pero suficientes para sustentar al pueblo entero (2): en cambio los egipcios y los atenienses obligan á cada habitante á declarar anualmente la industria de que saca la subsistencia, y si no lo hace, ó no puede probar un medio de vivir conocido, le condenan á muerte (3). Y es de suponer, en virtud de aquel silencio de los que trataron de nuestras antigüedades, que los primitivos iberos estuvieron tan distantes de experimentar las larguezas de los etíopes y de los cretenses, como de sentir los rigores de los egipcios y de los atenienses.

No tenían miedo á la muerte, dice Justino (4). Dicho lo cual no hay ya que añadir si eran valientes: Platon no vacila en afirmar que el miedo á la muerte es el origen de la cobardía (5). Pero los iberos no podían creer con el mismo Platon que la poesía enervase los sentimientos generosos. Sin duda el discípulo de Sócrates confundió alguna vez los desvíos de los vates con la verdadera poesía que engendra héroes: pues en su buen sentido reconoce que la mas bella musa es la que agrada á los ancianos sabios y virtuosos, y no puede menos de confesar que Homero es admirable cuando pinta á Ulises lleno de grandeza de alma en las adversidades (6). El mismo Justino alaba la sobriedad de

(1) Herodoto, lib. III, cap. 18. «Los habitantes creían que la misma tierra (vivificada por los primeros rayos del alba) producía estos manjares, y por esto la llamaron Mesa del Sol.»

(2) Arist., Polit., lib. II, cap. 8. «En ellos, hombres, mujeres, niños, todos son alimentados á expensas del estado.»

(3) Herodoto, lib. II, cap. 177. «Solon, dice, tomó de los egipcios esta ley, y la promulgó en Atenas, en donde se conservó constantemente en vigor como una institución excelente.»

(4) Justini Hist. lib. XLIV, cap. 2 «animi ad mortem parati.»

(5) PLATON, La República lib. III, al principio: «¿crees que nadie pueda temer la muerte y ser valiente?»

(6) HOMERO: Odisea, lib. XX, verso 17. Ulises, golpeándose el pecho, reanima su valor, y dice: «alma mía, no te desanime este contratiempo: que otros mayores sufriste.» Por lo demas, Platon en el lib. II de sus Leyes se declara en favor de la musa que da contento á los hombres probos y maduros.

nuestros pasados ; y otros creen que en algunas de sus tribus , en especial las del norte , la templanza bastaba para desterrar á los médicos, y la buena fé en los contratos para hacer innecesaria la justicia. En otras provincias los ánimos eran mas propensos á alteraciones (1). Eran armas de todos ellos la espada , la pica , el escudo , la honda , el arco y la flecha , los carros de guerra. El caballo y las armas eran sus mas caros amigos (2). La virtud de un individuo se conocia en la manera como trataba á sus siervos. Todo ciudadano podia denunciar la impiedad ; y no se creia que fuese digno de mandar quien no habia sabido obedecer , ni acatar al Autor de la vida.

¿ Qué ideas políticas dominaban entre las naciones , á las que los griegos apellidaban bárbaras , quinientos años antes de la era cristiana ? Herodoto nos lo manifiesta en el libro tercero de su Historia, desde el capítulo ochenta al ochenta y dos. Tres principios se disputaban ya la posesion de la tierra : los amigos de la isonomia ó ley igual para todos , los de la oligarquía , y los de la monarquía. Los partidarios de la isonomia decian que una voluntad sola no debia avasallar todas las voluntades, ni borrar las leyes de su patria segun su capricho , ni ser árbitra de vidas y haciendas , y daban por principio de toda autoridad sin freno el orgullo que nace de la opulencia , la envidia que es su hija , la liviandad que es su hermana , y la impunidad en los crímenes que es su mas vivo deseo (3). Los sostenedores de la oligarquía afirmaban con los isónomos que la arbitrariedad debia ser desterrada de la tierra, pero decian que, hu-

(1) « Inquies animus. » Justini, Hist. XLIV, 2.

(2) « Equi et arma sanguine ipsorum cariora, » dice Justino, lugar citado.

(3) Herodoto lib. III, Talia, cap. 80. Es Otano quien habla.

yendo de sus excesos , era necesario no tropezar con las fantasías de la plebe que sin reflexion lo devastaba todo á la manera de un torrente: y añadian que el gobierno puesto en manos de los mejores debía ser el mejor de todos (1). Y por último los que estaban por la monarquía decian que si eran temibles las fantasías de la plebe , no lo eran menos las rivalidades eternas engendradas en el seno de la oligarquía , cuyos capitanes tienden á hacer triunfar sus parcialidades , y dan origen á discusiones borrascosas , de donde nacen las alteraciones , las guerras intestinas , y por último el recurso á una voluntad enérgica que ponga coto á los desmanes y sea dictador supremo: por lo que opinaban que el régimen de un rey excelente era el mejor de los gobiernos (2). Tales eran los principios políticos dominantes en todas las naciones miradas por los griegos como inferiores en inteligencia. No habla aquí Herodoto del gobierno de los dioses , porque ya no reinaban. Justino indica que en España el último rey amigo de los dioses fué Abidis (3). Sus sucesores reinaron , pero ya entre alteraciones y revueltas. Si los gaditanos se enriquecen por el comercio , los tartesios se lo envidian , y les declaran la guerra , nó en calidad de colonia fenicia , sino como á gaditanos que se habian llamado independientes. Es dudoso que antes de Herodoto los cartagineses acudiesen en socorro de los gaditanos , pues aquel historiador lo mencionaria , mayormente cuando habla , segun dijimos ya , de la manera de comerciar que tenian los púnicos con los moradores de las costas que están mas allá

(1) Herodoto lib. III, Talia, cap. 81. Es Meg. byses quien habla.

(2) Herodoto lib. III, Talia, cap. 82. Es Darío Histaspes quien habla. Obsérvese que Herodoto no habla en favor del gobierno teocrático; y es que habia cesado por entonces el reinado de los dioses. y ya se celebraba la magophonia, ó degüello de los magos: lb. lib. III, cap. 79.

(3) «Deorum majestale tot periculis ereptus.» Justini Hist. lib. XLIV, cap. 4.

de las columnas de Hércules. Justino habla de la primera expedición de los cartagineses en España como de cosa acaecida con poca anterioridad á Amilcar, que es cuando pensaron ir á acometer á los romanos por la España y la Galia (1). Tras de aquella guerra civil vino, pues, la ocupación extranjera. Y aquí comienzan nuestros anales á entrar en el verdadero dominio de la historia.

CAPITULO IV.—Guerras contra Amilcar y Asdrubal.

DE 236 A 219 ANTES DE CRISTO.

Mientras Roma tomaba un respiro para luego guerrear con los ligurios, inquietar á los galos, vencer á los sardos y á los corsos, someter la Iliria, destronando á su reina Teuta, cruzar el Po, hostigar á los insubrios, apoderarse de Milan, y dar muerte á Viridomaro, rey de los gesates: Cartago no permanecía ociosa. Una parte de los soldados auxiliares que habian promovido contra ella la rebelion de África, que la puso en inminente peligro, eran españoles. Amilcar Barca sujetó á los sublevados, y fué elegido para llevar la guerra á la patria de los mas audaces. Capitan probado ya en las campañas sostenidas en la Sicilia, era Amilcar un jefe inflexible. No era ejemplar en sus costumbres, antes se dice de él (2) que amó torpemente á Asdrubal, á quien dió despues su hija en matrimonio, y de quien vivia separado por mandato de los censores de Cartago (3).

(1) «Hortantibus primæ expeditionis auspiciis,» dice Just. lib. XLIV, cap. 5, como si la primera expedición no hubiese sido mas que una vanguardia de la de Amilcar.

(2) «Formosus Hasdrubal, quem nonnulli diligi turpius quam par erat ab Hamilcare loquebatur.» Cornelius Nepos, XXI, 3. Tito Livio en el libro XXI, cap. 3, viene á decir lo mismo.

(3) «Quo factum est ut a prefecto morum Hasdrubal cum eo vetaretur esse.» Este pasaje de Cornelio Nepote, lib. XXI, cap. 3, nos demuestra que en Cartago habia tambien censores que vigilaban las costumbres, lo mismo que en Roma.

Enemigo del nombre romano, afirman muchos que inoculó su odio en el corazón de su hijo Anibal, á la sazón niño. Algunos creen que su odio á Roma era la pantalla y pretexto que tomó para imperar á sus anchas, puesto á la cabeza de un ejército aguerrido. Cartago alejó de sus murallas con gusto á las tropas que habian conseguido acabar con los mercenarios, y á su jefe ambicioso, soberbio (1), enemigo del freno de las leyes, é incapaz de moderar sus pasiones. Amilcar recorrió la Numidia y la Mauritania, cruzó el estrecho de Gades y puso el pié en nuestra tierra. Si en realidad, como creen otros, no intentó esclavizar la Península, sino formarse en ella auxiliares y aliados poderosos contra Roma, será necesario confesar que llevaba miras profundas, y que iba en busca de soldados allí en donde podia hallarlos del mejor temple.

Es la primera invasion histórica de que tenemos certeza, hecha con ánimo de enlazar los destinos de la Península con los de una nacion extraña. Á ella se siguió la primera confederacion ibérica para rechazar al extranjero. La comarca que mas sufrió fué la de los tartesios, ó toda la costa española del estrecho de Gibraltar. La escuadra cartaginesa, á las órdenes de Asdrubal (2), barria las costas, mientras Amilcar sujetaba ó destruía las poblaciones, y se extendía por la Bética. La cuenca meridional del Genil y la margen inferior derecha y oriental del Guadalquivir fueron el primer teatro de la guerra. Los iberos tenian que habérselas con unos veteranos que conocian perfectamente las artes de

(1) «ingentis spiritus.» dice Tito Livio en el libro XXI, cap. 1. Léase asimismo el cap. 3 del mismo libro XXI para conocer la mala opinion que de Amilcar tenian formada los mas prudentes cartagineses.

(2) Polibio, lib. II, cap. 1, llama á Asdrubal «verno y triarca de Amilcar.» Triarca era entre los cartagineses el almirante.

la guerra y contaban con los recursos que iban arrebatando de la misma Iberia. Su infantería habia rechazado frecuentemente en Sicilia el ímpetu de las falanges griegas y de las legiones romanas; su caballería era el terror de sus contrarios; y sus elefantes de guerra habian llevado no pocas veces la consternacion y la derrota al campo romano. Diseminados los iberos, divididos, faltos de núcleo y de direccion, valientes mas que disciplinados, sin elefantes, y casi sin caballería, difícilmente podian resistir á aquel enemigo poderoso. Pero resistieron. Nueve años empleó Amilcar en recorrer las costas desde el estrecho hasta las márgenes del Ebro: y fueron nueve campañas sangrientas. Lidiaron con él primero los tartesios, luego los túrdulos, los bastetanos, los contestanos, y por último los celtíberos. La historia no menciona ningun monarca ni gran caudillo ibero que concentrase la actividad y dirigiese el ardor de los suyos contra los enemigos de su patria: prueba de que si habia existido en la península alguna vasta monarquía, ya se habia fraccionado. Nos dice sí que alguna ciudad marítima acudió á la alianza de Roma, mas bien que al auxilio de los iberos, para escudarse contra la furia de los cartagineses. Las tribus del interior estaban mas unidas.

Los ilergetas, que ocupaban las márgenes del Ebro y del Segre, juntaron gente, nombraron jefe de ella á Istolacio, y acometieron al comun enemigo. Su inexperto ardor les fué fatal. Los mas murieron con su caudillo. Amilcar trató bien á los prisioneros (excepto á los jefes), y en vez de reducirlos á servidumbre, buscó en ellos unos auxiliares: mas no por esto pudo desarmar á los iberos. Lidiaban éstos ya no solo por su independencia sino por su honra. Indortes fué su nuevo jefe. Mas prudente que Istolacio, no buscó

al enemigo, sino que le esperó en una posición excelente para la defensa. Amilcar le hostilizó en ella, le cercó, le embistió, y después de una encarnizada batalla triunfó de él completamente. Sin duda perdió Amilcar mucha gente, pues fué tanto el furor que se apoderó de él al recibir á Indortes como prisionero, que mandó sacarle los ojos y condenarle al suplicio de la cruz. Pero su situación era crítica y le hizo tomar consejo de la prudencia. Había hecho diez mil prisioneros y no sabía cómo conducirlos con seguridad en medio de un país enemigo. Prefirió echarla de magnánimo y les dió libertad sin condiciones. Consiguio con esto salir del paso, mas nó atraerse la voluntad de aquellos moradores.

Si hemos de creer á algunos historiadores antiguos, entre ellos á Diodoro Sículo, fundó Amilcar varias poblaciones, no solo en la costa sino en el interior del país enemigo. Una de ellas dicen ser Cantavieja, ó Cartago la Vieja, otra Barcino, y otra Acran-Leucen, ó Colina-Alba (1). Algunos dudan que esas supuestas fundaciones fuesen otra cosa que los cuarteles generales, desde donde fechaba sus órdenes y sus partes, tanto mas numerosos, cuanto le dieron muy poco vagar sus enemigos. Tenía que acudir á muchas partes, acercarse á las costas, no perder de vista su armada, y hacerla remontar el Ebro. Si quería internarse en el país, no podía dar un paso sin que le acometiesen unos enemigos esforzados. Junto á una ciudad, llamada en lo antiguo Hélice, y sobre cuya reducción á alguna de las modernas disputan los eruditos, se eclipsó su buena estrella. Empeñóse en sitiaria, y sin duda se defendieron bien sus moradores,

(1) Unos reducen esa Acran-Leucen á Mont-Blanc de Cataluña; otros á Montalban de Aragon; y algunos á otras poblaciones.

pues dieron tiempo á los celtíberos de poder acudir á su socorro. Pero, visto por los enemigos de Amilcar que les era difícil vencerle tomando solo consejo de la fuerza, acudieron á la astucia. Muchas tribus marítimas habian tenido necesidad de declararse por los cartagineses para evitar su ruína. Una de ellas tenia en el campo de Amilcar algunas tropas al mando de un jefe llamado Orisson. Concertó éste con los de Hélice y con los celtíberos el modo y forma de dar socorro á la plaza, y escarmentar al comun enemigo. Mueven aquellos su campo y toman la posicion conveniente seguros de que Amilcar los acometerá en ella. No se hace esperar el fogoso Barca. Créese que fué campo de batalla alguna de las llanuras de las márgenes del Ebro, cuando ya corre aumentado por el Segre. Los iberos tenian que contrarestar á un enemigo cuya arma mas temible eran los elefantes de guerra que tan fatales habian sido á los romanos en Sicilia. Polibio (1) describe el terror que á los romanos, apesar de su grande disciplina y sangre fria, les inspiraron aquellos brutos. Para no caer en sus manos apenas se atrevian á bajar al llano. Los iberos, conocedores de la táctica de sus contrarios, y del uso terrible que sabian hacer de aquellas máquinas vivientes (2), no sentian terror al contemplarlas, sino necesidad de acudir contra ellas á los ardidés de la guerra. Uno idearon, que en esta ocasion les dió la victoria. Cuéntase de Ciro (3) que, para poner espanto en la caballería de los lidios, colocó delante de sus tropas una multitud de camellos: y consiguió su objeto.

(1) Polibio lib. 1, cap. 39, dice que fué tal el terror que en Sicilia inspiraron á los romanos los elefantes del ejército cartaginés, que estuvieron los generales de Roma dos años sin atreverse á presentar batalla.

(2) El mismo Polibio, en el lib. 1, cap. 67, dice que entre los auxiliares de Cartago que lidiaron en Sicilia contra los romanos durante la primera guerra púnica, habia muchos españoles y baleares.

(3) Herodoto, lib 1, cap. 80.

Un general romano , por nombre Cecilio (1) , habia sabido rechazar contra los cartagineses la furia de sus propios elefantes , haciéndoles acribillar á flechazos. Los celtíberos , para conseguir el mismo objeto , apelaron al medio ingenioso de colocar en primera línea de sus tropas muchos carros , sin duda falcados , tirados por bueyes y llenos de materias inflamables. Al trabarse la batalla incendiaron los carros ; y furiosos los bueyes se lanzaron contra el enemigo , llevando á sus huestes la confusion y el estrago. Y cayendo sobre ellas Orisson y los celtíberos , la derrota de los cartagineses fué completa (2). Hay quien dice que Amilcar se ahogó queriendo vadear el Ebro: pero de los escritores mas autorizados se desprende que murió peleando. Polibio afirma (3) que acabó sus dias en esta batalla , como valiente , habiéndoselas , añade , con poderosas tropas.

La muerte de Amilcar dió ocho años de tiempo á Roma para prepararse á sostener la segunda guerra púnica. Asdrubal , sucesor de Amilcar en el mando , se mostró , mas que militar , político (4). Pero su actividad y su inteligencia dieron un impulso grande á los intereses de Cartago en España (5). El anterior triunfo no fué una ventaja decisiva en favor de los iberos , sino con relacion á las comarcas sitas al norte y en la márgen derecha del Ebro. Desde la márgen izquierda de este río hasta la Lusitania , las huestes de Asdrubal recorrian el país é iban afirmando en él la dominacion de Cartago. No eran las costumbres de Asdrubal mas puras que las de su suegro Amilcar ; y en verdad la ruína

(1) Polibio, lib. 1, cap. 40.

(2) Frontino, lib. 1, cap. 4.

(3) Polibio, lib. 11, cap. 1.

(4) *Plura consilio, quam vi, gerens*, dice Tito Livio, lib. XXI, cap. 2. Lo mismo confirma Polibio en el lib. 11, cap. 36.

(5) Polibio, lib. 11, cap. 13.

de aquella república no puede causarnos asombro desde el momento que vemos en sus generales una serie no interrumpida de hombres depravados. Deseando Asdrubal tener á su lado á Anibal, hijo de Amilcar, se opuso Hannon en el senado cartaginés diciendo : « que nó porque Asdrubal hubiese prostituido la flor de su juventud á Amilcar, tenia derecho á exigir de Anibal el mismo sacrificio ,... acostumbrándole al desenfreno de los generales. » Y añadió Hannon (1) que era preferible enseñar á Anibal la disciplina de las leyes y acostumbrarle á vivir en la igualdad entre sus conciudadanos. Pero la fraccion de los Barca triunfó, y Anibal obtuvo en edad muy temprana el mando de la caballería (2). Vengó Asdrubal la muerte de Amilcar, nó en los celtíberos cuyo valor le había sido fatal, sino en Orisson y los suyos, auxiliares de aquella gente aguerrida.

Á la sazón Roma, para poder hacer frente con ventaja á los galos, firmó con Asdrubal y ratificó con Cartago un tratado, renovacion de otro de alianza, en virtud del cual el Ebro debia formar los lindes de los dos imperios cuya rivalidad traia dividido el occidente de la Europa. Pero Roma proclamaba tambien la independencian de los saguntinos, sitos en la otra parte de dicho rio. Es curioso investigar en los historiadores antiguos los motivos y las condiciones de este tratado. Tito Livio (3) le atribuye á la sagacidad de Asdrubal. Polibio por el contrario (4) á la alarma que infundió á los romanos la fundacion ó repoblacion de Cartagena, cuartel general de los cartagineses, desde donde se

(1) Léase el cap. 3, lib. xxi de Tito Livio.

(2) *Equitali omni præfuit*, dice Cornelio Nepote, vida xxii, cap. 3.

(3) Tito Livio, lib. xxi, cap. 2, dice « que era admirable el tacto con que Asdrubal sabia atraerse las gentes. »

(4) Polibio, lib. ii, cap. 13.

daban éstos la mano con el África y escudriñaban el Mediterráneo y el mar Baleárico. Tito Livio (1) afirma que no se trató en él solamente del río Ebro como á límite de la ambicion de los dos imperios , sino que se reconoció solemnemente la independencía de Sagunto. Polibio (2) lo niega , y sostiene que no se habló ni una palabra del resto de la España, y solo se prohibió en él á Asdrubal cruzar el Ebro con un ejército.

Asdrubal habia recibido por esposa á Imilce, hija de Amilcar (3) ; pero , muerto éste , no vaciló en casarse segunda vez con la hija de uno de los jefes celtíberos (4) , cuya amistad deseaba captarse , para llevar adelante los intentos de Cartago. Á la verdad esta república, vista la guerra encarnizada que los galos cisalpinos sostenian contra Roma , y atendido el carácter de la lucha encendida por Amilcar en nuestra península, deseaba ya, mas bien que la conquista de la Iberia , su confederacion y alianza , para poder secundar con ella contra Roma el ímpetu de los enemigos de este imperio. De suerte que las grandes empresas que pudo llevar despues adelante Anibal , fueron preparadas por la política de Asdrubal. Solamente un jefe de los celtíberos , por nombre Tago, obligó al general cartaginés á deponer por un momento la prudencia , y hacer uso de las armas : pero esta excitacion le fué funesta. Vengóse de Tago , y le dió muerte. Pero un familiar del celtíbero , penetró de no-

(1) Tito Livio , lib. xxi, cap. 2, dice que el tratado se hizo « ut finis utriusque imperii esset amnis Iberus, Saguntinisque mediis inter imperia duorum populorum libertas servaretur. »

(2) Polibio, lib. ii, cap. 13, dice que los romanos enviaron una embajada á Asdrubal « é hicieron un tratado, el cual, sin mencionar para nada el resto de la España, prohibia á Asdrubal pasar el Ebro con un ejército : y en seguida llevaron la guerra contra los galos de Italia. »

(3) Cornelio Nepote, lib. xxi, cap. 3, señala la causa torpe de este matrimonio, diciendo que le hizo Amilcar para que «el yerno no pudiese ser separado del suegro »

(4) Diodoro Siculo, Bibli. Hist. lib. xxv.

che en la tienda de Asdrubal y le dejó cadáver (1). Præso el matador, y condenado á la tortura, la sufrió con una serenidad ibérica, sin muestras de dolor, y asomando, dice Tito Livio, la sonrisa en sus labios.

Ocho años habia imperado Asdrubal. En él se acaba el tiempo de reparacion de fuerzas y de espera que se habia tomado Cartago para cobrar brios, y juntar elementos contra su rival aborrecida. Iba á principiar la segunda guerra púnica, nó cual una expresion de la ira del sucesor de Asdrubal, como han dado en suponerlo algunos escritores, sino cual un estallido de indignacion de muchos pueblos que veian en Roma una enemiga de la independenciam de las naciones. De suerte que el encono de Amilcar, y el que este general inoculó en el corazon de su hijo, no fueron sino una concentracion del que el occidente profesaba al Capitolio que aspiraba á dominarle.

CAPITULO V.—Primeras campañas de Anibal. Destrucion de Sagunto.

DE 218 HASTA 216 ANTES DE CRISTO.

Los acontecimientos que vamos á relatar no son independientes de los que pasaban en el resto de la Europa occidental, antes están con ellos íntimamente enlazados. Los iberos estaban relacionados con los galos, y sabian que entre ellos y los romanos existia una lucha encarnizada. Recientemente Roma habia perdido sesenta mil hombres en una sola batalla (2), y los galos cincuenta mil en otra (3): y el senado romano se veia obligado á sostener en pié de guerra un ejér-

(1) Tito Livio, l. XXI, c. 2, y Pol., l. II, c. 36 difieren en las circunstancias de este hecho. El último afirma que el matador «obró impelido de un resentimiento personal.»

(2) Polibio, lib. II, cap. 25.

(3) Polibio, lib. II, cap. 31.

cito de ciento cincuenta mil infantes y sesenta mil caballos (1). Era imposible que el rumor de esas grandes novedades no llegase hasta la península, y conmoviese los ánimos de la muchedumbre, inclinándolos en favor de uno ú otro de los combatientes. La conclusion de la primera guerra púnica habia aumentado el prestigio del nombre romano, pero las campañas de Amilcar, la prudencia de Asdrubal, y las acciones heroicas de los galos, habian rehabilitado á los enemigos del Capitolio, y vuelto á dar brios á la confederacion contra Roma.

Muerto Asdrubal, los cartagineses aclaman por general al jefe de la caballería, jóven que aun no ha cumplido veinte y cinco años, pero modelo ya de prudencia en el consejo, y de serenidad en las lides. Es Anibal, hijo de Amilcar Barca. La república de Cartago confirma la eleccion de los soldados, y aun permite que otro Asdrubal, hijo tambien de Amilcar, pase á España á ejercitarse en la guerra al lado de su hermano. Dos objetos se propone desde luego Anibal: comprometer á los iberos en la confederacion contra Roma, y formar con ellos y los galos una alianza capaz de llevar la lucha al corazon mismo de la Italia. Para lo primero era necesario impresionar vivamente á las tribus centrales de la península haciendo entre ellas un alarde del poder de Cartago. Á este fin llevó á cabo felizmente una expedicion contra los ólcados, se apoderó de Altea, segun Polibio, de Carteya, segun Tito Livio, y volvió triunfante á Cartagena. Benévolo con los vencidos, y dadivoso con sus soldados, grangeóse el afecto de los mas, y alentó las esperanzas de todos. Desde luego se notaron en él las prendas de un gran caudillo. Humano, ó cruel, fogoso, ó contenido, activo y emprendedor, ó pacato y paciente, segun las

(1) Polibio, lib. II, cap. 24.

circunstancias, no se dejaba dominar de su odio á Roma, sino que se mostraba atento, cauto y flexible. En edad temprana habia jurado ante las aras, en manos de su padre Amilcar, que jamás transigiria con Roma; y tenia ánimo de cumplir su juramento, nó llevado de un encono pueril como han dado en creerlo algunos, sino convencido como Amilcar de que la salvacion de Cartago dependia de la ruína de Roma. Ambicioso, impío, aborrecedor para sí de todo freno, ya civil, ya religioso, era el verdadero tipo de un conquistador osado (1). Sabia que la fé romana era la fuerza, y estaba decidido á echar en el mismo molde la fé púnica.

Su segunda campaña la hizo en el centro de la península. Rindiósele Elmántica (2), cuyas mujeres, en vez de salvar las alhajas en virtud de una capitulacion, sacaron de la ciudad las armas con que luego debian combatir sus esposos y sus hijos. Arbucala le opuso una tenaz resistencia, pero triunfó de ella. Volvíase ya para sus cuarteles de invierno, cuando los carpetanos, tribu que ya en este tiempo y en el de Polibio era la mas poderosa de la península (3), se le opuso al paso. Algunos creen que hay exageracion en el número de cien mil combatientes con que segun Polibio los oleados y los carpetanos acometieron á Anibal (4). Otros no ven tal exageracion, antes creen que para obligar á Anibal á huir de todo empeño campal con ellos, y á acudir á los ardides, era necesario que hubiesen venido con fuerzas numerosas y aguerridas. Aquel historiador no vacila en afirmar que en campo raso los cartagineses hubieran sido ven-

(1) Tito Livio, lib. xxi, cap. 4.

(2) Salamanca, apesar de Lemaire, cuya opinion contraria ha parecido á muchos infundada. Nada indica que Anibal cruzase el Duero, ni mucho menos el Pisuerga, ni se apoderase de Septimania. Llegó hasta los confines de los verdaderos vacceos, pero emprendió su retirada tomadas Salamanca y Arbucala.

(3) Polibio, lib. iii, cap. 14, lo dice así terminantemente.

(4) Dunhan lo indica, tomo 1, pág. 22, con la ligereza que le es propia.

cidos. Pero Anibal puso el Tajo entre su ejército y el de los carpetanos, y ayudado de cuarenta elefantes de guerra que recorrian las márgenes de aquel rio, y sembraban el estrago entre los españoles, nó solo los contuvo, sino que consiguió dispersarlos. Esta victoria debió ser decisiva, y agrupar en torno del cartaginés todos cuantos elementos de guerra podia suministrar contra Roma el interior de la España. Nótese que Anibal no llegó de mucho á la cordillera cantábrica, ni se atrevió á cruzar el Duero, antes contento con la fuerza moral que habia ganado, volvióse á su cuartel general de Cartagena.

Otra cosa le quedaba por hacer antes de cruzar el Ebro, y era domar la tribu de los saguntinos que moraba en las orillas del Turutis (1) que desemboca en el golfo Sucroniano (2). Conocian los saguntinos que tan enemigos de su independencia eran los romanos como los cartagineses; pero teniendo ya á sus puertas á estos africanos, acudieron á la alianza con Roma, visto que en Sicilia y Cerdeña habian humillado sus legiones el orgullo de Cartago. Polibio afirma que veinte años antes de Anibal (3) ya los saguntinos se habian puesto bajo la proteccion de Roma. En este supuesto, no hubo necesidad de que se prohibiese á Asdrubal (4) atentar á la independencia de Sagunto; pues á tenor del tratado de paz que puso fin á la primera guerra púnica, Cartago debia respetar á los aliados del pueblo romano. Era, pues, Sagunto una ciudad, nó ya meramente española, sino casi romana. En sus domésticas disensiones (5), acudia á

(1) Modernamente llamado el rio Palencia.

(2) Hoy en día golfo de Valencia.

(3) Polibio, Hist. Gen. lib. iii, cap. 30.

(4) Véase en el capítulo anterior la discrepancia entre Tito Livio y Polibio en esta parte.

(5) Polibio, lib. iii, cap. 15. Las tuvo asimismo con los turdetanos, dice Tito Livio, lib. xxi, cap. 8. Lo que ha dado á entender que una colonia de turdetanos, siguiendo

Roma, como á un árbitro, y segun era la voluntad del senado, caia la cuchilla de la ley sobre los ciudadanos, aunque fuesen de los principales. Estas palabras de Polibio revelan que hubo en Sagunto dos partidos, el romano que triunfó, y el cartaginés, ó casi el ibérico, cuyos miembros fueron sacrificados. Y así, cuando los legados romanos, venidos á instancia de los saguntinos, se presentaron á Anibal y le intimaron que no se acercase á Sagunto pues estaba bajo la proteccion del Capitolio, no pudo el cartaginés contener su indignacion, y echó en cara á los romanos (1) la perfidia con que habian hecho perecer á algunos de los mas nobles ciudadanos de Sagunto. Circunstancias todas que deben tenerse muy presentes para conocer y juzgar con acierto el asedio de esta plaza, que fué una de las empresas que dieron mas fama á Anibal. Determinó este general ponerla sitio, arrebatando de esta suerte á los romanos casi el único punto de apoyo con que contaban en España. La mayoría de los iberos estaba por Cartago. Si Anibal pudo adelantarse con ciento cincuenta mil hombres contra Sagunto, lo debió á su alianza con las mas numerosas tribus peninsulares (2). La sexta parte de sus soldados eran cartagineses: los demás, españoles. Y es muy probable que ninguno de éstos se hubiese movido contra Sagunto, antes la hubieran auxiliado como lo hicieron con Hélice en tiempo de Amilcar, sino hubiesen visto en aquella ciudad una tribu que habia abdicado su independencia, para reconocer á Roma

á Amilcar desde Cadiz, se estableció en la cuenca oriental superior del Turia y del Turulis. En algunas ediciones, como la de Nisard, impresa por Dubochet en Paris, año de 1839, se lee «maxime Turdenatis,» pero es errata evidente, por cuanto en el capítulo 12 del mismo libro, se vuelve á citar á la misma tribu, y se dice: «redderent res Turdetanis.» Algunos creen que se ha de leer turboletanis. No pasa de ser conjetura, como la nuestra.

(1) Polibio, lib. III, cap. 15.

(2) Polibio, lib. III, cap. 33.

por señora. Y si ellos auxiliaban á Anibal, y peleaban á sus órdenes, no era en calidad de vasallos, sino como auxiliares, que se habian elegido un jefe, y le seguian para ir á juntarse luego con los galos y llevar la guerra al Capitolio. El sitio de Sagunto fué pues famoso, nó solo por la heroicidad de los sitiados, sino tambien por el número, y la bravura de los sitiadores, y porque en él se ventilaba la gran cuestion que traia dividido el occidente de la Europa. Aquellos invocaban una causa, la del pueblo romano; éstos, acaudillados por un cartaginés, lidiaban por la independencia de las naciones. Ya Anibal habia enviado emisarios á las Galias (1) para excitar en todas partes el ardor guerrero contra Roma. Por último se puso sobre Sagunto, para acercar la mecha, en expresion de Briecio (2) quien sigue en ello á Polibio, al combustible hacinado desde los tiempos de Amilcar. Ni Anibal, ni Sagunto fueron la causa de la segunda guerra púnica, sino su comienzo (3).

Doloroso es ver á la juventud de la península profundamente dividida, y peleando bajo opuestas banderas. Pero esto es lo que pasó. Sagunto, la aliada de Roma, no lidió solamente contra los cartagineses, sino contra los españoles. Veian éstos, ya desde los tiempos de Amilcar, que Cartago lo que buscaba en la península eran aliados que la acompañasen á Italia. Recorrer la costa del Mediterráneo; no dejar enemigos á la espalda, obtener el apoyo de las tribus interiores, mas bien que por la ocupacion por la fuerza

(1) *Ibidem*, lib. III, cap. 34.

(2) Briecio, en sus décadas cronológicas, tomo III, pág. 44. «*Quod factum secundi belli púnici non tam fax, quam bustum fuit.*»

(3) Polibio, lib. III, cap. 6. «*Esto fué el principio de la lucha, nó el motivo.*» La fecha de este memorable acontecimiento fué el mes de abril del año 219 antes de la era cristiana, siendo cónsules en Roma Marco Livio Salinator, y Lucio Emilio Paulo.

moral, no perdonar á los magnates que podian tener inteligencias con Roma, soltar sin condiciones hasta diez mil prisioneros de guerra como lo hizo Amilcar para atraerse los ánimos de las gentes, elegir esposas entre las españolas como lo hicieron Asdrubal y Anibal (1), beneficiar las minas de plata del país para obtener grandes recursos sin muchos gravámenes ni vejaciones (2), formarse en fin un partido para cruzar en su día el Ebro y los Pirineos, puestos á la cabeza de los iberos: tal fué la política de los cartagineses indicada por Amilcar, practicada por éste y por Asdrubal, y cosechada por Anibal. Este tuvo la gloria de acaudillar, nó como Amilcar y Asdrubal algunas escasas tribus españolas solamente, sino las mas numerosas y aguerridas. En vano los poderosos del país trataron de alterar los ánimos pintando como insoportables las numerosas levas de gente que hacia el cartaginés; bastó que Anibal dejase por un momento las playas de Sagunto, y se presentase entre los oretanos y los carpetanos del centro de la península, para obtener de ellos todo cuanto deseaba: tan arraigada estaba la idea de que la suerte de la península no podia separarse de la de Europa, y de que estando dividido el occidente en dos grandes bandos, era necesario declararse por el uno ó por el otro. Sagunto lo estaba por Roma.

Ciudad floreciente, rica, muy poblada, y poderosa, era natural que excitase la emulacion de los pueblos vecinos. Colonia griega, segun unos; ciudad de fundacion española, á nuestro entender, aunque habia admitido como otros pueblos de la costa factorías comerciales de gente advenediza:

(1) Diodoro Sículo lib. xxv, dice que Asdrubal tomó por esposa á una española. Silio Itálico en el lib. iii, verso 97, refiere lo mismo de Anibal.

(2) Plinio en el lib. xxxiii, cap. 6, afirma que de uno de los pozos de Anibal se sacaban trescientas libras de plata por día.

era famosa por su tráfico, por su posicion envidiable, y por sus relaciones con los extranjeros. No somos de los que dan crédito al laborioso Enrique Palos, quien en una disertacion impresa á fines del siglo pasado dice que mil años antes de Cristo poseia ya Sagunto el teatro cuyas ruínas se descubren hoy dia; ni aun creemos al docto Escolano (1) cuando afirma que dichas ruínas revelan una obra anterior de doscientos años á la era cristiana; y ni siquiera podemos convenir con el digno Francisco Diago (2), en que aquella fábrica pertenezca al primer siglo de nuestra era; antes nos parece que, cuando mas, lleva un siglo de antelacion al historiador Orosio (3): mas no por esto daremos ascenso á Tito Livio (4) cuando nos dice que era fácil derribar las murallas de Sagunto porque su material no pasaba de piedra y barro. La construccion de las mismas en la base era ciclópea, ni mas ni menos que la de los antiguos muros de Tarragona; y aunque la parte superior fuese céltica ó romana, no era menos sólida con tener aquellos fundamentos. Hoy por hoy es á la verdad imposible distinguir en las ruínas de Sagunto lo que fué derribado por Anibal, y lo que, reedificado por los romanos, cayó bajo la zapa de los bárbaros: pero tales como permanecen en pié son ruínas imponentes. Y creemos ver los restos de lo que llama el mismo Tito Livio, contradiciéndose, una torre inmensa y una muralla mucho mas fuerte y mas alta (5) que la restante.

(1) Gaspar Escolano «Historia de Valencia y su reino,» lib. vii, cap. 17.

(2) Anales del reino de Valencia, lib. iv, cap. 5.

(3) Orosio, lib. iv, cap. 14, llama á Sagunto «florentissimam Hispaniæ civitatem, amicam populi romani,» y es probable que en su tiempo, es decir á fines del siglo cuarto y principios del quinto, fué testigo de la segunda destruccion de Sagunto por los bárbaros.

(4) Tito Livio, lib. xxi, cap. 11, dice: «Afros.... ab subruendum ab imo murum mitti: nec erat difficile opus, quod cœmentâ non calce durata erant, sed interlita luto, structuræ antiquæ genere.»

(5) Tito Livio, lib. xxi, cap. 7, dice: «Et turris ingens imminebat; et murus, ut in

Quisiéramos poder dar completo crédito á Tito Livio en lo que refiere de este asedio. Una cosa nos lo impide ; y es la necesidad que tenian los historiadores romanos de avivar el colorido para que pareciese que vengaban las manes de Sagunto cuando en nombre de una ciudad española vinieron luego á talar la España. El testimonio de un romano es en esta parte interesado, mayormente en lo que tiende á abultar las pérdidas ó el encono de los sitiadores. En pocas líneas describe Polibio la toma de Sagunto. Tito Livio , siguiendo á Cincio, á Celio y á Fabio, historiadores antiguos de Roma , dedica á las circunstancias del sitio muchas páginas. En realidad debió de ser un suceso famoso. La España entera , el litoral africano , los pueblos de las orillas del golfo Gálico , los galos mal avenidos con la dominacion romana , los corsos , los sardos, la Italia toda, estarian deseosos de saber el desenlace de la lucha. Ya no lidiaba el cartaginés con alguna tribu independiente, sino que, echado el guante á Roma, se atrevia á amenazar con la última ruína al único pueblo que en la península se escudaba con la alianza romana.

El número de soldados empleados en el sitio , á saber , ciento cincuenta mil hombres, no es exagerado si se atiende á la magnitud de la empresa , á la fortificacion de Sagunto, y á sus defensores. Que estos debieron ser numerosos se desprende del mismo Tito Livio (1) cuando dice que aquellos eran dos ejércitos que batallaban incesantemente. Y es

suspecto loco, supra ceteræ modum altitudinis emunitus erat.» Solo las palabras «ut in suspecto loco,»—como punto el mas débil de la plaza,—entibian la contradiccion del autor con lo que dice en el capítulo II del mismo libro.

(1) Tito Livio, lib. XXI, cap. 8. «Nihil tumultuariæ pugnae simile erat, quales in oppugnationibus urbium per occasionem partis alterius conseri solent; sed justæ acies, velut patenti campo.» Los que han descrito como tumultuaria la defensa de Sagunto, tienen en estas palabras su desengaño.

natural que así como los cartagineses habian reunido en su campo á todos los españoles enemigos de Roma , los saguntinos concentrasen dentro de sus muros á todos los parciales del pueblo romano. Era la parte mas débil de Sagunto un ángulo de la muralla con vistas á un valle ; y contra él movieron los españoles y los cartagineses la mayor parte de sus manteletes y galerías ó testudos para poder acercar al mismo muro sus mejores arietes. Los saguntinos echaron mano de las falaricas , especie de flechas y lanzas incendiarias , y las arrojaban segun su tamaño , ya con el arco , ya con la catapulta , dando fuego, en el momento del disparo , á las materias inflamadas pegadas junto al hierro. Y como el mismo movimiento activaba la llama, destruian con ellas las galerías , quemaban los manteletes , contenian á los sitiadores , y viéndolos vacilar hacian contra ellos vigorosas salidas. Anibal animaba á los suyos mas que con la voz con el ejemplo , y acercándose una vez sin precaucion al muro cayó herido. Ya conoció entónces que era imposible apoderarse de la plaza por medio de un golpe de mano ; y mientras se restablecia, pensó cuán conveniente le era echar mano de todos los recursos de la guerra para que no se eclipsase en la península el prestigio de las armas púnicas. Sabia que no hay nada mas inconstante que la estimacion de los pueblos , cuando la fortuna se muestra ceñuda con los que los dirigen. Redobló , pues , sus esfuerzos , hizo trabajar á un mismo tiempo muchas máquinas ofensivas , y consiguió por un lado abrir en el muro un ancho boquete, y por otro derribar con estruendo tres torres y la parte de la muralla que las enlazaba. Los sitiadores se creyeron ya dueños de Sagunto , y entraron en ella por asalto. Pero entónces comenzó la heroicidad de la defensa. Los saguntinos convir-

tieron sus casas en baluartes, arremetieron desde ellas contra sus enemigos, y los contuvieron. Á poco, sabedores de que unos legados romanos acaban de llegar á aquellas playas, sienten aumentarse sus bríos, prorumpen en su grito de guerra, se arrojan sobre los sitiadores y los rechazan hasta fuera de la brecha. Anibal se negó á dar oídos á los enviados romanos, quienes pasaron á Cartago, en donde, si fueron oídos, nó atendidos. La toma de Sagunto era ya cuestion de honra para los cartagineses y para los españoles sus aliados. Anibal los excita diciendo que el botin se repartirá entre los soldados. Hizo construir una especie de helepolo ó torre cuadrada, móvil, altísima, dividida en muchos pisos desde los cuales con arietes, catapultas y ballestas consiguió hacer despejar de defensores una parte de las fortificaciones de Sagunto, mientras sus huestes caminando á la zapa trabajaban para destruir los cimientos del muro y derribarle. Otra vez el sitiador vuelve á penetrar en la plaza, pero ya mas cauto, se apodera de una eminencia, y se hace fuerte en ella. Los saguntinos no desmayan, antes levantan otro muro para oponerle á sus contrarios (1). En esta ocasion crítica le llega á Anibal el rumor de la alteracion que fermentaba entre los oretanos y los carpetanos. Un solo momento de indecision le hubiera perdido. Encaminóse precipitadamente al mismo corazon de la España (2), casi solo, dejando á Maharbal la direccion del sitio. Esta marcha prueba su tacto y su actividad extraordinaria. La menor imprudencia de un enviado suyo en aquellos dias de ansiedad y de zozobra podia desvanecer to-

(1) *Ibidem*, lib. xxi, cap. 11. «El Saguntini murum interiorem ad nondum captae urbis parte ducunt.»

(2) *Ibidem*: «Repentina profectio Annibalis in Oretanos Carpetanosque.»

das sus esperanzas contra Roma. Fué allí , y no solo sosé-
gó los ánimos , sino que volvió al sitio con tropas de re-
fresco. Si español y heróico era el sitiado , ibéricos y cons-
tantes en su empeño eran los sitiadores. Habian aceptado á
Anibal para ir á cruzar con él los Alpes , nó sin peligro de
enemigos como lo ha hecho un capitan moderno, sino lidián-
do siempre , para ir á buscar en Italia una venganza de los
descalabros sufridos en Sicilia. Antes habian resuelto no de-
jarle á Roma ningun portillo al otro lado del Ebro para pe-
netrar en España : é hicieron los mayores esfuerzos para
conseguirlo. Jamás los cartagineses por sí solos hubieran
triunfado de la inmortal Sagunto , ni cruzado despues los
Pirineos , las Galias , el Ródano , y la cordillera itálica.
Maharbal no habia perdido el tiempo. Ya las murallas de
Sagunto no eran mas que escombros. En esta coyuntura el
español Alorco (1) y el saguntino Alcon trataron de un aco-
modamiento. Anibal daria libre paso á los saguntinos , y á
sus hijos y mujeres, y aun les permitiria sacar dos vestidos
por persona, y les designaria sitio para establecerse nueva-
mente , con tal que entregasen la ciudad, con todo el oro y
plata , bien fuese del tesoro , ó bien de los particulares , y
diesen satisfaccion á sus antiguos rivales (2). Esta última
condicion debió parecerles á los saguntinos la mas insopor-
table. Todas ellas eran mas necesarias que ventajosas (3).
El hambre apretaba en la ciudad , y no les quedaba á sus
defensores ni el consuelo de morir en campo raso lidiando
con sus enemigos. Estos los ceñian á su vez con otro cír-

(1) Ibidem, cap. 12. «Alconem Saguntinum, et Alorcum Hispanum.»

(2) Los turdetanos, segun Tito Livio, cap. 6 y 12 del libro xxi. Otros conjeturan que debe leerse turbotetanos. Véase una de nuestras notas anteriores de este mismo capítulo, pag. 130.

(3) Tito Livio, lib. xxi, cap. 13. «Pacem..... magis necessariam, quam equam.»

culo de fortificaciones que daba cara á las de los saguntinos (1). Los senadores los primeros dan ejemplo de llevar á la plaza pública sus alhajas y tesoros; los demás ciudadanos los imitan, encienden una hoguera, echan en ella el oro y la plata que codician los sitiadores, y ellos mismos se arrojan á las llamas. En esto Anibal dispone un asalto general, y sus huestes penetran en la ciudad á sangre y fuego, sin perdonar á edad, condicion ni sexo. Apesar de esta destruccion el botin fué inmenso (2). Los muebles mas preciosos se enviaron á Cartago; el oro y la plata los guardó Anibal para preparar su expedicion á Italia, y los cautivos (3) los repartió entre sus soldados, como parte del botin la mas estimada en las guerras de los antiguos. Así cayó la famosa Sagunto. Roma hizo para auxiliarla todo cuanto pudo. Pero, en guerra con los ilirios, recelosa de los galos, y harto distante de nuestras playas, le fué imposible en los ocho meses escasos que duró el sitio, juntar un ejército capaz de resistir al de Anibal, y trasladarle á nuestra península. Y sin embargo Sagunto salvó acaso á Roma, pues si el ejército con que se puso Anibal en campaña contra aquella ciudad; hubiese podido llegar entero á la Galia Cisalpina, dirigido por este capitán insigne, hubieran sido tal vez muy otros de lo que fueron los destinos del Capitolio.

(1) *Ibidem*, lib. xxi, cap. 11. dice que los sitiadores «ut castellum in ipsa urbe velut arcem imminetent haberent, muro circumdant.»

(2) *Ibidem*, lib. xxi, cap. 15. «Captum oppidum est cum ingenti præda.»

(3) Polibio, lib. iii, cap. 17. «Repartió Anibal, dice, los prisioneros entre sus soldados, segun los méritos de cada uno.» Prueba de que fueron muchos los cautivos aunque lo callen Tito Livio, y los autores que se complacen en seguirle. Algunos historiadores dan el colorido propio de una novela á la ruina de Sagunto; y en vez de avivar los matices, no hacen mas que debilitarlos. La verdad y la sencillez en la historia-honran mas que las exageraciones. Son muy pocos los que leen sin repugnancia las frases enfáticas y los períodos pomposos de Floro. Aquello no es la historia.

CAPITULO VI. — Los españoles en Italia; y primera campaña de los romanos en España.

AÑO 218 ANTES DE CRISTO.

Si Anibal destruyó completamente la ciudad de Sagunto fué porque Roma se habia declarado su protectora. El daño fué del saguntino; la ofensa se dirigió al romano: de suerte que debia este responder á la provocacion ó darse por anulado á los ojos del occidente. Poco tardó el senado de Roma en enviar diputados á Cartago, pidiendo que Anibal y sus consejeros, como reos de alta traicion, fuesen puestos en manos del pueblo romano. Ociosas son en tales casos las palabras, y aun es peligroso apelar á los discursos cuando la sangre hierve en las venas. Ni Cartago podia retroceder, ni Roma dejar de obrar como quien era. ¿De parte de quién estaba la razon? ¿quién era el provocador? años antes lo habia sido el italiano ocupando la Cerdeña; ahora lo era el africano, armando contra Roma la España. Uno de los embajadores romanos se presentó ante el senado cartaginés con la punta de la toga doblada, y dijo: — llevo aquí la paz ó la guerra; — soltad la que gustéis, respondieron los cartagineses; — la guerra, dijo el romano; — la guerra, pues, repitieron aquellos (1).

Entretanto Anibal invernaba en Cartagena. Obraba ya con tanta confianza y fé en su destino, que no vaciló en dejar ir á sus casas á los soldados españoles (2), seguro de que volverian bajo sus banderas en cuanto hubiesen vendido su botin y sus cautivos. Volvieron en efecto; y muchos de ellos, los iberos montañeses, los ólcados, los de otras dos tribus,

(1) Pormenores sacados de Polibio, lib. III, cap. 33, de quien los copia casi al pié de la letra Tito Livio, en el lib. XXI, cap. 18, al fin.

(2) Polibio, libro y capitulo citados.

y muchos honderos baleares , al todo quince mil hombres , los mil doscientos de caballería , pasaron sin murmurar al África ; mientras venian de allá para reemplazarlos quince mil cartagineses. Estos y tambien cincuenta y siete naves formarian la reserva que al mando de Asdrubal , hermano de Anibal , debia permanecer en la península para ponerla al abrigo de los ataques de Roma. Nada habia olvidado Anibal de cuanto podia poner de su parte los azares de la suerte. Llególe en esto una respuesta que esperaba de los galos cisalpinos. Estos y los insubrios , ó antiguos moradores de la Lombardía , estaban dispuestos á recibirle con entusiasmo , pues deseaban tener un jefe capaz de guiarlos contra Roma , sin el tumulto de sus anteriores campañas. Achábaseles á los galos una inconstancia que casi rayaba en pueril ligereza : pero habian demostrado en el transcurso de muchos siglos que si en algo eran veleidosos , en su odio á Roma eran constantes. Dijeron los enviados que habia peligro en el tránsito de los Alpes por los opuestos intereses de las tribus que moraban en aquellas gargantas : pero tambien manifestaron que era posible vencer grandes dificultades. Este fué tal vez el momento mas grato de la existencia de Anibal. Iba á realizar todos los deseos de Amilcar ; sacaba todo el fruto de la prudencia de su antecesor Asdrubal ; y sus propios sueños de gloria iban á convertirse en verdades. Entonces declaró á sus soldados las intenciones de Roma , respecto á su persona , y la idea que él llevaba de acaudillar los celtas , los iberos , los galos , concentrar los esfuerzos de los ilirios y de los macedonios , y aunar á un mismo tiempo los brios del oriente y del occidente contra la orgullosa reina de la Italia (1).

(1) *Ibidem*, lib. III, cap. 34, da á entender cuán vastos eran los planes de Anibal.

Por este tiempo, según Tito Livio (1) los diputados romanos, de vuelta de Cartago, recorrieron parte de la España, acaso la Cataluña y el alto Aragón, en demanda de alianzas; y los aragoneses volcianos, que se cree ser los de Huesca, les dieron aquella sabida respuesta: «de que buscasen aliados allí en donde se ignorase la ruína de Sagunto.» Polibio no hace mención de aquel viaje ni de tal respuesta, y es probable que solo constasen ambas cosas en algunos de los manuscritos contemporáneos que tuvo á la vista Tito Livio, ó en alguno de los discursos con que los senadores romanos trataron de enardecer el ánimo del pueblo para que fuese borrada en la misma España la mancha que dejó en el nombre de su república aquella destrucción lamentable. Tampoco menciona Polibio el viaje de Anibal á Cadiz para cumplir ciertos votos hechos á Hércules, y ofrecerle otros (2); Livio es quien lo afirma; y su testimonio no puede recusarse, ya porque prueba la suma sagacidad política de Anibal (3), ya porque es muy natural que fuese éste á Andalucía para activar las levas de gente, juntar plata de sus pozos, y reunir buen número de caballos. Ni una palabra dice asimismo Polibio de la fábula del sueño que tuvo Anibal antes de pasar el Ebro; Livio, que se detiene en ella, pudo copiarla de Celio (4), quien la trasla-

Livio ni siquiera menciona las embajadas de Anibal á las Galias; como si este grande hombre se hubiese adelantado á ciegas hacia los Alpes, á la manera de un insensato

(1) El laborioso escritor don Modesto Lafuente cae aquí en un error, copiando á Romey, Hist. d' Esp. tomo 1, pág. 114, cuando atribuye á Polibio lo que no dijo este en ninguna parte. Lafuente en el tomo 1, de su Hist., página 347 cita para ello á Polibio, lib. III; debió citar á Tito Livio, lib. XXI, cap. 19, donde dice que los volcianos respondieron á los diputados romanos: «*ibi quæratís socios, censeo, ubi Saguntina clades ignota est.*»

(2) Tito Livio, lib. XXI, cap. 21. «*Anibal.... Gades præfectus Herculi vota exsolvit: novisque se obligat votis, si cetera prospera evenissent.*»

(3) Antes, lib. XXI, cap. 4, había dicho Livio que en Anibal «*nullus deum metus, nulla religio:*» por tanto las demostraciones públicas de que nos habla en el capítulo 21 han de atribuirse á su alta capacidad y consumada política.

(4) Lo que refiere Livio, lib. XXI, cap. 22, se reduce á que Anibal vió en sueños á un

dó como á otra de las noticias que se difundieron por el vulgo en aquellos dias de terror para Roma ; pero aunque el mismo Ciceron (1) consigna en sus escritos aquella tradición , á los mas les ha parecido cosa poco digna de la seriedad de la historia.

Á la cabeza de noventa mil infantes , doce mil caballos y treinta y siete elefantes , cruza Anibal el Ebro por tres partes , probablemente por Mequinenza , Mora y Tortosa. Según los mas autorizados cálculos fué esto por el mes de junio. Obtiene , nó sin algun quebrantó , la sumision de los ilergetas , cosetanos , laletanos , bargusios , ceretanos y ausetanos ; y llega á las gargantas del Pirineo. Es indudable que quien supo captarse amistades entre los galos mas distantes , no olvidaria las de las tribus catalanas. En algunas tuvo que apelar á la fuerza ; en otras halló amigos y buenos auxiliares. Conveníale tener bien guardado el paso del Pirineo , y dejó en él á Hannon con diez mil infantes y mil caballos. Livio dice (2) que en este momento solemne abandonaron el ejército de Anibal tres mil carpetanos ; y aunque añade que no lo hicieron por miedo , sino por temor á la fatiga y al paso de los Alpes , no es creible que en unos hombres aguerridos cupiesen tan pueriles recelos , hallándose ya tan distantes de sus hogares ; ni es de presumir que en tal coyuntura dejase Anibal sin castigo una desercion de tan fatal ejemplo. Polibio , mas imparcial que Livio , cuenta de muy distinta manera lo que pasó ; y fué , que , domados los

jóven de forma divina, que se decía enviado por Júpiter para enseñarte la Italia, y le indicaba que le siguiese sin volver los ojos; volviólos por curiosidad, y vió deltras de sí una enorme serpiente que se adelantaba por entre los árboles tronchados; á lo que se siguió el estampido del trueno, y una tormenta: «esto significa la destruccion de la Italia, le dijo una voz; sigue tu camino y respeta los secretos del destino.»

(1) Ciceron, DE DIVINATIONE, cap. I, 24.

(2) Tito Livio, lib. XX, cap. 23. En lo que está en contradiccion con Polibio, lib. III, cap. 35.

borgusios , permitió Anibal que volviesen á sus casas diez mil españoles , deseoso de dejar en España gente belicosa y adicta , y de dar á entender á los demas españoles que no debian perder la esperanza de restituirse al seno de sus familias en cuanto las circunstancias lo permitiesen.

Aquí da comienzo la mas prodigiosa campaña que haya llevado á cabo ningun capitán antiguo ni moderno. No la dirige un insensato , como Jerjes , que se enfurece contra el mar tempestuoso , y lanza tumultuariamente contra la Grecia un millon y setecientos mil combatientes (1) ; nó un príncipe que como Ciro ó Cambises , á la cabeza de unos ejércitos poderosos , va á sujetar otras naciones débiles; nó un Alejandro que , puesto al frente de unas falanges admirables , da expansion á la marcialidad helénica y arrolla con ella á unos pueblos afeminados : es un genio que ha sabido comprender que en nuestra península habia algo mas que oro y plata , pechos anchos y levantados , propios para arrostrar grandes peligros ; y con ellos en corto número ha formado un núcleo capaz de concentrar todos los odios contra la enemiga de toda independencia. Va á lidiar con los mejores soldados del mundo ; y para poder hacerlo con esperanza de buen éxito ha reunido bajo sus banderas la flor de los guerreros de la Iberia. Empresa fué la suya verdaderamente española , aunque el caudillo fuese africano. En realidad eran peninsulares la mayor parte de sus tropas , pues de la gente africana dejó quince mil hombres á Asdrubal , á Hannon once mil. Entró en Francia con cincuenta mil infantes , nueve mil caballos , y treinta y siete elefantes de guerra. No hay que buscar en la antigüedad otro espectáculo mas asombro-

(1) Herodoto, lib. vii, cap. 60.

so. Por el pronto varios pueblos de idioma y de costumbres diferentes obedecen á un general venido de remotas playas, y que apenas cuenta veinte y ocho años : apesar de esto ni uno solo de sus soldados le ha sido ni le será traidor (1). Tiene delante de sí diez y siete años de triunfos , ninguno de ellos debido al acaso , y solo una derrota (2). Apesar de ser el primero entre los valientes , siempre supo contenerse dentro los límites del denuedo sin entrar en los de la fogosidad temeraria. Si no llevó consigo mas gente fué porque prefirió elegirla mas aguerrida y veterana. Tratándose en su consejo de la dificultad que habria en abastecer de víveres el ejército en una marcha tan larga y peligrosa (3) , cierto Monómaco dijo que debia acostumbrarse á las tropas á comer carne humana : consejo horrendo que revelaba en los soldados la resolucion de llegar á Italia muertos ó vivos.

El corazon se nos va detrás de ese grupo de héroes que se arrojan desde los Pirineos como á nado para cruzar un piélago de pueblos y naciones diferentes , entre los cuales parece que inevitablemente han de naufragar y perderse. Nada los detiene. Á unas tribus les dan la mano de amigos; á otras las alejan. Pasan el Ródano á cuatro jornadas del mar , allí en donde tiene un solo álveo , sin perder un hombre. La mayor parte de los españoles le atraviesan á nado tendidos sobre sus escudos (4) , y llegados á la opuesta orillas rechazan á un enemigo numeroso. Pero el romano no duerme. Publio Escipion desembarca en Marsella , y junta un ejército no menos numeroso que el de Anibal. Envía á

(1) Polibio, lib. xxiv, cap. 9. «Jamás, dice, se le tendió ningun lazo ni halló un traidor en sus soldados.»

(2) Ibidem, fragmentos lib. xv, cap. 16.

(3) Ibidem, lib. ix, cap. 25.

(4) Tito Livio, lib. xxi, cap. 27. «Hispani..... cætris suppositis incubantes, flumen tranavere » Léanse en Polibio, lib. iii, cap. 42 y siguientes las circunstancias de ese paso del Ródano.

la descubierta trescientos de sus mas bravos ginetes romanos , dándoles por auxiliares y por guias á los galos mercenarios marseleses (1), con los que se dobló el número de los exploradores. Anibal por su parte destaca solo trescientos caballos numidas (2). Llegan estos á las manos con sus contrarios, dobles en número, les matan ciento treinta hombres , y solo se retiran ante un número desigual cuando ya han perdido doscientos hombres. No fué, pues , este un buen presagio para los romanos, como dice Tito Livio, sino un aviso que les indicó la prudencia con que debian acercarse á un enemigo brioso. Así es que Publio , al llegar á las márgenes del Ródano , tres dias despues de haberse alejado de ellas Anibal , conoció que era empresa temeraria querer seguirle , y no dudó un momento en dejarle debilitarse por sí mismo en los Alpes. Hizo , pues , lo que debia, enviando con algunas tropas á su hermano Cneo á España , y reembarcándose él con presteza para Pisa á fin de tomar posicion contra su enemigo en las márgenes del Po. Así conseguia dos cosas : cerrar el paso á una nueva expedicion española que quisiese seguir el camino abierto por la primera, y llegar entero y á tiempo á la Galia Cisalpina con ánimo de acometer á Anibal en el momento en que, exhausto de fuerzas tras de una marcha mortífera , buscaria un reposo momentáneo , y hallaria una lucha encarnizada (3).

(1) Polibio , lib. III, cap. 41, y Tito Livio, lib. XXI, cap. 26, están contestes en esto: es decir que el cuerpo romano con sus auxiliares debió formar á lo menos seiscientos hombres.

(2) Así lo dice terminantemente Polibio, lib. III, cap. 44. Livio aumenta el número y pone quinientos , lib. XXI, cap. 29, para dar ventaja en el valor á los romanos , en lo que le siguen algunos de nuestros historiadores con sobrada ligereza. Cornelio Nepote va mas allá que Polibio, y dice XXIII, cap. 4, que Anibal ahuyentó á Publio Escipion en las márgenes del Ródano: «*Confluxerat apud Rhodanum cum P. Cornelio Scipione Consule, eumque pepulerat.*»

(3) Varios tácticos eminentes á quienes hemos consultado son del mismo parecer. Seguramente que , siguiendo á Anibal, le hubiera Publio llenado de satisfaccion, dando á Roma el primer dia de luto, y dejando á merced de Cartago la Iberia y la

Entretanto Anibal está ya en el Delta formado por el Ródano y el Iser. Sabe que dos hermanos sostienen en él una guerra civil , se declara por uno de ellos , sujeta al otro , y recibe del vencedor un auxilio inestimable en armas y en víveres. Penetra en el corazon de los Alpes , siempre superior á sus contrarios , cuando nó en fuerza en ardides. Llega por último á la cumbre desde donde la Italia se presenta á los asombrados ojos como una tierra deliciosa. Esta es una nueva Iberia , debieron decir los españoles ; circúyela un anfiteatro de montañas como entre nosotros la cordillera Pirenaica y la Cantábrica ; riégala un rio magnífico como nuestro Duero , nuestro Betis , ó nuestro Ebro : este es nuestro clima , este nuestro cielo azulado. Anibal los brinda á tomar posesion de esas fértiles campiñas , y de esas poblaciones (1) numerosas que les ofrecerán con abundancia todas las cosas necesarias á la vida. Este es el fin de los padecimientos de una marcha inaudita. Este es el principio de una serie de diez y seis años de triunfos en que los iberos demostrarán que , dirigidos por jefes dignos de su denuedo , son invencibles. No bien transcurridos cinco meses de su salida de Cartagena , entra el ejército expedicionario en la Lombardia , en los primeros dias del mes de noviembre. Quedaban reducidas sus fuerzas á veinte mil infantes y seis mil (2) ca-

Galia Cisalpina. Polibio , buen juez en esta parte , se guarda bien de condenar á Publio , y dice lib. III , cap. 49 « que estaba convencido de que Anibal no se atreveria á encaminarse á Italia por un camino lleno de tribus bárbaras , numerosas y pérfidas.... Pero , visto que se habia atrevido ,.... se reembarcó para llegar por la Etruria al pié de los Alpes antes que su enemigo.»

(1) Es necesario leer en Polibio , el lib. III , cap. 54 , para hacerse cargo de la grandeza de alma de Anibal , á quien nada le descorazonó en ningun tiempo. «Juntó sus tropas , dice ,... y las enseñó la Italia , esa Italia colocada al pié de la cumbre de los Alpes , de suerte que para el viajero que con un golpe de vista abraza la cordillera y la llanura , parécete que los Alpes son el Acrópolis (ciudadela) de la tierra itálica. Enseñólas los llanos regados por el Po , recordólas la benevolencia que le habian manifestado los enviados de los galos que en ellos moraban , y les indicó el sitio hácia donde caia Roma.»

2) Polibio , lib. III , 56.

ballos, la mitad españoles: pero habian triplicado su poder moral sus altos hechos. Salidos á salvamento de entre mil emboscadas, privaciones, y precipicios, la lucha era para ellos un descanso. Favorécelos en la Lombardía otra guerra, nó civil como la de las márgenes del Iser, sino nacional entre los lombardos ó insubrios, y los taurinos. Declárase Anibal por los primeros, derrota á los segundos, embiste su capital, se apodera de ella (1), y pasa todos sus moradores á cuchillo. En la Iberia una ciudad habia resistido á todo su poder y al de la península ocho meses. De Turin se hizo dueño en tres dias. Ya el terror de su nombre obraba por sí solo prodigios. Los galos empiezan á aclamarle como lo habian hecho antes los españoles, y tienen á honor el poder servir bajo sus banderas. En esta sazón Publio ha desembarcado ya en Pisa, adelantándose hácia la Galia Cisalpina, cruzado el Po: y lleno de asombro sabe que Anibal ha salvado la barrera de los Alpes y que está á su vista. Era Publio Escipion un gran capitán, y conoció que tenia delante de sí á un general eminente. Va con Publio un hijo que apenas cuenta diez y siete años; pero que será con el tiempo Escipion el Africano: ahora se forma en la escuela del infortunio, para aprender en ella á salvar algun dia á su patria (2). Los romanos tenian el Tesino á su izquierda; los cartagineses y españoles á su derecha. Entrambas huestes querian dar un golpe decisivo, la romana para desprestigiar desde luego á los invasores, la de Anibal para atraerse los galos de la otra parte del Po. Publio hace dar una carga enérgica á su mejor caballería; Anibal le opone sus caballos

(1) Es la moderna Turin.

(2) Tito Livio lib. XXI, cap. 46. «Hic erit juvenis, dice, penes quem perfecti hujusce belli laus est, Africanus... (postea)...appellatis.» Y añade que este jóven, «tum primum pubescentis» salvó á su padre la vida en la primera batalla.

mas sólidos, dice Polibio (1), es decir los españoles, pues los numidas, añade, los había colocado en las alas para envolver al enemigo. Publio y Anibal iban á la cabeza de sus huestes. Larga y sangrienta fué la lucha. La repentina aparición de los numidas á las espaldas de los romanos acabó la obra comenzada por los españoles: y los romanos pasaron el Po huyendo. Síguelos Anibal, y logra que los galos auxiliares de Roma abandonen á Publio. En esta primera batalla casi no había tomado parte la famosa infantería romana, esperanza de su república. Mientras Publio se fortifica junto al Trebia, tributario del Po, y se restablece de una herida recibida en la anterior batalla (2), llega á su socorro con tropas de refresco Tiberio, colega suyo en el consulado. Es Tiberio tan fogoso como Publio prudente: y, conseguida una ligera ventaja en un parcial encuentro, solo anhela distinguirse en una batalla antes de dejar el mando á sus próximos sucesores. En vano Publio alega que es necesario dar tiempo á los reclutas para que se instruyan: á fines de diciembre, cubiertos de nieve los campos, se da la batalla del Trebia, segunda derrota de los romanos. De diez y seis mil ciudadanos, y veinte mil aliados, escasamente se salvaron quince mil hombres. La fortuna se mostró en ella dos veces favorable á Anibal, pues tuvo la felicidad de perder únicamente galos, y casi ningun español (3) ni africano. Había triunfado, y tenía intactas sus mejores tropas.

¿Qué sucedía en la península mientras con tanta gloria lidiaban los españoles en Italia? Un ejército romano pene-

(1) Polibio, lib. III, cap. 65.

(2) Folard ha descrito verbosamente esta primera batalla ganada á los romanos por Anibal. Guischart escribió asimismo sobre ella unos preciosos comentarios, en sus «Memorias militares sobre los griegos y los romanos,» tomo I, cap. 3.

(3) «Fué una fortuna, dice Polibio, lib. III, cap. 74, que pereciesen pocos españoles y libios, y si principalmente galos.

traba por primera vez en nuestra península por el puerto de Emporias (1). Cuando Publio Escipion, visto que no habia podido impedir que Anibal cruzase el Ródano, determinó partir para Pisa, envió á España á su hermano Cneo Cornelio con la mayor parte de la escuadra, y con un ejército que, atendidas las fuerzas de que disponia á la sazón Publio, es de presumir que no bajaria de diez mil infantes romanos, otros tantos auxiliares, y tres mil ginetes. Lo que habia hecho veinte años antes Amilcar en la Bética, hizolo Cneo Cornelio en Cataluña. Á medida que el ejército iba ocupando las poblaciones de la costa, adelantábase la escuadra, secundaba sus esfuerzos y añadia en los ánimos de las gentes, á la impresion hecha por la primera arremetida, el asombro de verla tan pronto repetida por una flota formidable. Naturalmente los que vieron sucederse á la salida del ejército de Anibal, una entrada de tropas romanas, debieron creer que aquel habia sido vencido, y que el romano victorioso venia á vengarse de los que habian dado auxilios á su contrario. Así fué que las tribus moradoras de los llanos en que mas fácilmente podian penetrar los invasores, no tardaron en someterse á Cneo, desde Emporias hasta la boca del Ebro. Habia Anibal dejado en las gargantas del Pirineo á Hannon con diez mil infantes y mil caballos; y en Cartagena á Asdrubal con quince mil cartagineses. Era llegado el momento de que estos dos generales combinasen contra Cneo sus movimientos y sus esfuerzos. Acercóse Asdrubal á las márgenes del Ebro, y si hubiese podido juntar sus tropas con las de Hannon, ambos hubieran podido aco-

(1) Los antiguos daban el nombre de Emporias á sus mas célebres mercados. Los cartagineses, segun Polibio, lib. III, cap. 23, dieron el mismo nombre á las campiñas de Byzacia y de la Pequeña Sirte en las costas africanas.

meter al romano con fuerzas superiores. No lo consintió la suerte. Sea que Cneo previese lo mucho que le iba en impedir la reunion de aquellos generales, ó sea tal vez que á Hannon no le permitiese la impaciencia esperar á Asdrubal, antes ambicionase un lauro debido á su actividad y á su pericia, es lo cierto que acometió con fuerzas inferiores á Cneo Cornelio. Polibio dice (1), y Tito Livio lo copia de él, que la batalla se dió junto á una poblacion llamada Cissa. Su reduccion á un pueblo moderno se ignora. Hannon perdió en ella todo su ejército, y él mismo cayó prisionero. Seis mil cartagineses quedaron en el campo de batalla, y dos mil prisioneros en poder de los romanos. Cissa cayó en manos de los vencedores, y aumentó con no corto número de esclavos su botin, ya rico, por cuanto Hannon conservaba la mayor parte del bagaje de los compañeros de Anibal. Dice Tito Livio (2), que Asdrubal habia ya pasado el Ebro antes de esta catástrofe; pero Polibio (3), afirma que no le habia pasado, y que solo lo hizo para recoger los dispersos de la jornada, y para dar una leccion á los romanos. Sabedor de que los soldados de la escuadra romana hacian irrupciones por el país, y se entregaban descuidados al merodeo, se echó sobre ellos con ocho mil infantes y mil caballos, los sorprendió dispersos en la campiña, mató á muchos é hizo que los demás se volviesen mas que de paso á sus naves. Y conseguida esta ventaja volvió á pasar el Ebro para ir á tomar cuarteles de invierno y prepararse para una nueva campaña. Tito Livio nos da mas pormenores sobre los movimientos militares de este año. Dice que Cneo Cor-

(1) Polibio, lib. III, cap. 76.

(2) Tito Livio, lib. XXI, cap. 61.

(3) Polibio, lib. III, cap. 76.

nelio acudió al saber la desgracia de sus marinos, castigó por su descuido á algunos prefectos de la escuadra (1), se retiró á su vez hácia Tarragona en donde dejó una pequeña guarnicion, y se fué á Emporias con su flota deseoso de pasar el invierno en la raya de Francia. No bien sabe el infatigable Asdrubal que su enemigo está distante, vuelve á cruzar el Ebro, recorre las tierras de los ilergetas, quebranta las alianzas romanas, renueva la confianza en Anibal y en los españoles que con él han ido á Italia, y enardece los ánimos contra el comun enemigo. Conoce Cneo que en España las guerras han de llevarse á cabo sin treguas ni descanso; arremete contra los ilergetas, los acosa, los embiste en su propia capital Athanagia (2), y por último los somete. Encaminóse luego contra los ausetanos, y aquí se nota alguna variedad en los escritores españoles que han tratado de explicar la narracion de Livio, y reducirla á acontecimientos propios de pueblos conocidos. Segun Tito Livio, obtenida la sumision de los ilergetas, acometió Cneo á los ausetanos, puso sitio á su capital, rechazó á los lactanos que querian socorrerla, los ahuyentó con pérdida de doce mil hombres; y por último, despues de treinta dias de sitio, durante el cual rara vez hubo alrededor de la plaza menos de cuatro piés de nieve, se rindió Ausona, cuando ya su príncipe Amusito habia ido á buscar en los reales

(1) Nó á los tarraconenses, como dice erradamente alguno de nuestros historiadores: «quum in paucos præfectos navium animadvertisset,» son las propias palabras de Tito Livio, lib. xxi, cap. 61.

(2) Unos pretenden que Athanagia es Urgel; otros que Manresa; ni falta quien afirma que es la misma Lérida; pero de la lectura de Tito Livio no puede deducirse cuál sea, solo si afirma que era la capital de los ilergetas. «Athanagiam, urbem, que caput ejus populi erat,» lib. xxi, cap. 61. Romey, y Lafuente que le sigue, terminan esta campaña de Cneo sin hacer mención de la toma de Athanagia ni de la de Ausona; apesar de que dice el primero de dichos historiadores que toma su narracion de Tito Livio y de Polibio. Tomándota de Tito Livio no era posible echar en olvido esta parte de la campaña. De Polibio cita el capítulo 16, del libro III. No debió citar el 16, sino el 76.

de Asdrubal un amparo (1). Verdaderamente hay confusion en este pasaje de Tito Livio. Dice en él que los ausetanos á quienes acometió Cneo están junto al Ebro (2), cuando es sabido que moraban en las márgenes del Ter ó antiguo Doria. Añade que acudieron á su socorro los lacetanos. Unos leen aquí laletanos, que eran los pueblos de la costa que moraban entre el Llobregat y el Tordera, y los que admiten esta leyenda son los que creen que la Ausona de Livio es la Ausa, Vich, conocida capital de los ausetanos. Pero los que han tomado al pié de la letra la narracion de Livio dicen que ha de leerse jacetanos, y nó lacetanos ni laletanos, y que en tal caso los que socorrieron á Ausona, nó Ausa, fueron los de Jaca. Por nuestra parte creemos que el historiador romano es oscuro desde el momento que abandona á Polibio y toma otro guia: Parécenos mucho mas verosímil que la primera campaña de Cneo terminase tal como la refiere Polibio. La guerra de los ilergetas, la toma de Atanagia, la campaña contra los ausetanos, el sitio de Ausa, y la derrota de los lacetanos, nos parecen sucesos mas propios de los primeros movimientos de Cneo, anteriores á la derrota de Hannon, que nó posteriores á esta ventaja decisiva que puso término á la primera campaña de los romanos en España. Livio copió á otro historiador, una vez ya registrado Polibio, y tomó por sucesos posteriores á la narracion de éste los que no eran otra cosa que la relacion mas circunstanciada del primer ímpetu de la irrupcion romana, mientras Hannon concentraba sus tropas. Si se tiene pre-

(1) Tito Livio, lib. xxi, cap. 61, «postremo quum Amusitus princeps eorum ad Asdrubalem profugisset.» No «huyó, pues, Amusito indignamente al campo romano,» como dice el doctor Sabau y Blanco en sus Tablas cronológicas, tomo I, página Lvi, sino que fué á juntarse con Asdrubal, su aliado.

(2) Ibidem, lugar citado, «prope Iberum» dice.

sente que Cneo no pudo dar la vela desde Marsella para España hasta fines de octubre (1), ni pudo llegar á-Emporias, ó Ampurias, hasta el primero de noviembre, se vendrá desde luego en conocimiento de que no puede darse á la narracion de Tito Livio otra explicacion que la que dejamos apuntada. No hay tiempo para dos campañas. Y dicha explicacion tiene la ventaja, sobre otra dada por el autor Becker, de no rechazar como fabulosos unos acontecimientos admitidos por Livio, nó inventados, mal colocados en su cap. 61 del lib. XXI, nó ficticios. Si hubiésemos de dar crédito á Apiano, no fué tan notable la campaña de Cneo como puede desprenderse de la lectura de Polibio y de Tito Livio; pues dice que no hizo Cneo cosa de provecho antes que llegase á la península su hermano Publio (2). Hemos de suponer que Apiano, al emitir semejante juicio, habla como hombre de imaginación, comparando lo que podia haber hecho Cneo, con lo que realmente hizo. Es innegable que Cneo vino á España con un ejército igual en número al que llevaba Anibal en el momento de su entrada en Italia. Y además contaba con la cooperacion de una fuerte escuadra. Si se ponen en balanza tales elementos, no va muy lejos de propósito en su juicio el autor de la IBÉRICA. Pero si tomamos en cuenta la novedad del teatro de la lucha, lo quebrado del terreno, la necesidad de formarse amigos en un país extraño, y sobre todo la índole humana que rara vez produce hombres del quilate de Anibal, no seremos tan escasos como Apiano en dar á Cneo la parte de lauro que le corresponde.

(1) «Art de Verifier les Dates» avant J. C. Cartage an 218.

(2) Apiano, lib vi, cap. 15, de las COSAS DE ESPAÑA.

CAPITULO VII. — Nuevas proezas de los españoles en Italia. Campañas de Cneo y Publio Escipion en España.

AÑO 217 ANTES DE CRISTO.

La invasion de los romanos en España parecia una represalia de la guerra que los españoles sostenian con incansable esfuerzo en Italia. Habian invernado en la Galia Cisalpina, expuestos al rencor de los galos que deseaban llevar la guerra algo mas lejos de sus hogares. No lo deseaba menos Anibal. Informado de que para acercarse á Flaminio, nuevo cónsul romano, habia dos caminos, uno de ellos excelente, pero muy largo, y el otro peligroso, pero muy corto, eligió el último. Puso á vanguardia los españoles y los africanos, que eran sus mejores tropas (1), en el centro colocó los galos, y tras de ellos la caballería que no les permitiese abandonar el campo. Los que tanto se empeñan en querer ver en los españoles unos descendientes de los galos, pueden leer en Tito Livio (2), cuán distinta pintura hace del carácter de unos y de otros. De los primeros dice que seguian á sus guias, aunque metidos en el lodo, y no abandonaban jamás sus banderas; de los segundos dice que ni sabian sostenerse, ni levantarse cuando caídos; ni acudian al alma para sustentar al cuerpo, ni á la esperanza para sostener el alma (3). Anibal perdió un ojo en esta pe-

(1) Polibio, lib. III, cap. 79. « Hispanos et Afros (id omne veterani erat robur exercitus), » dice Tito Livio, lib. XXII, cap. 2.

(2) Tito Livio, lib. XXII, cap. 2, despues de haber hablado con elogio de los españoles que iban á la vanguardia de las tropas de Anibal, dice que los galos, por el contrario, carecian de energía para resistir las fatigas de una larga marcha: « Gallos, si tædio laboris longæque viæ (ut est mollis ad talia gens).

(3) Tito Livio, lugar citado. « Galli.... aut corpora animis, aut animos spe sustinebant. » Siendo así que antes ha dicho de los españoles: « hausti pæne limo immergentesque se, tamen signa sequebantur. » Polibio, lib. III, cap. 79 dice « que los españoles estaban habituados al sufrimiento: nó así los galos. »

nosa jornada , cruzando los pantanos de las márgenes del Arno. Pronto llegó hasta cerca de los reales del cónsul Flaminio , hombre en quien podia mas que la prudencia la ira. Anibal hizo entregar á su vista á las llamas los campos , cortijos y aldeas , seguro de que para vengarse le seguiria el romano adonde quiera que fuése. Llevóle en pos de sí hasta una garganta formada en torno del lago de Trasimenes por unas colinas ásperas y resbaladizas. Allí colocó los españoles y los africanos en órden de batalla, y puso en emboscada los baleares y los galos. Confiado Flaminio penetra en la garganta, y se ve acometido á un tiempo por todas partes. El antiguo analista romano, Fabio Pictor, y el escritor Celio, son los guias que toma en su narracion Tito Livio, una vez agotado el manantial de Polibio. Fué tanta la furia con que los romanos fueron acometidos , y tal la confusion que reinó entre los combatientes , que ni unos ni otros se apercibieron de un espantoso terremoto que destruyó á la sazón varias ciudades de aquella comarca , y derribó y levantó montañas. Quince mil romanos , incluso el cónsul Flaminio , quedaron tendidos en el campo. Seis mil fueron estrechados por los españoles y se rindieron prisioneros. Y casi al mismo tiempo cuatro mil ginetes romanos fueron sorprendidos y acuchillados en la Umbría. Un convoy de víveres y pertrechos que de Ostia habia dado la vela para España, cayó en manos de los cartagineses en las aguas del puerto de Cossa (1). Al principio la consternacion reinó en Roma, al oír cómo el pretor Pomponio decia : « hemos perdido una gran batalla ; » pero luego se hicieron levas extraordinarias, nombróse pro-dictador á Quinto Fabio Máximo , y hasta se

(1) «Naves onerarias, dice Livio xxii, 11, *commeatum ab Ostia in Hispaniam ad exercitum portantes, à classe punica circa portum Cosanum captas esse.*»

admitió á los emancipados á prestar el juramento de vencer ó morir por Roma. Los soldados que no llegaban á los treinta y cinco años fueron embarcados, ya para España, ya para pelear en las escuadras; los demás fueron destinados á la defensa de la Italia. Fabio se propuso mantener intacto su ejército, cansar á Anibal con marchas y contramarchas, acampar constantemente en posiciones inexpugnables, y no exponerse jamás á los azares de una batalla. En vano Anibal formó sus tropas delante de él en orden de batalla; en vano desde el lago Trasimenes se fué acercando hácia las costas del Adriático y se puso en comunicacion por mar con su república, y con la Iliria, enemiga de Roma; en vano despues salvó la cordillera del Apenino, entró en el país de Sammio, recorrió la comarca de Benevento, embistió la plaza de Venusa, se apoderó de ella, y se echó en las llanuras de Capua, hácia Falerno, y en las de la Campania: Fabio se mostró imperturbable, y resistió á las provocaciones de Anibal, lo mismo que á las murmuraciones de sus propios soldados. Un momento creyó haber preso en sus propias redes al cartaginés y á los españoles; y tomadas todas las salidas de aquellos llanos, se entregó á la esperanza de poder con un solo golpe y sin riesgo poner término á aquella guerra formidable. Pero Anibal le burló con un ardid verdaderamente ibérico. Hizo atar antorchas en las astas de dos mil bueyes, y llegada la noche los soltó, encendidas las teas, hácia las huestes romanas. Llenos de asombro los romanos, contemplaban con pavor esas luces vagabundas, que se agitaban por todas partes, violentamente sacudidas; y entretanto Anibal tomaba las posiciones convenientes para cubrir su retirada. No bien asomó el dia, solo hubo lucha por la posesion de una colina, y en ella

llevaban los romanos la ventaja : pero acudieron los españoles, y les arrebataron la victoria. Acostumbrados los iberos, dice Livio (1), á trepar por el monte, y hábiles en correr de peña en peña, merced á la agilidad de sus cuerpos, y á la construccion especial de su armadura, burláronse de los romanos, y los rechazaron con pérdida. De esta manera pudo Anibal poner término á su segunda campaña y tomar cuarteles de invierno, dejando consternado á su enemigo. Los que se maravillan de ver en nuestros antiguos analistas consignado el terror de un pueblo en sus días de grandes crisis, ya por lo acreditados que corren los prodigios, ya por las visiones peregrinas que circulan abultadas por el miedo, será forzoso que lean en los historiadores romanos el relato de los portentos que parecieron otros tantos presagios de las calamidades de la Italia; y se convencerán de que la supersticion ha sido en todos tiempos la reina del mundo. En Sicilia á algunos soldados se les habian inflamado los dardos en las manos; en las costas se habian visto vagos resplandores; dos escudos en que habia sin duda la imágen de Minerva habian sudado sangre; el disco del sol habia aparecido mas pequeño; en Arpi se habian visto broqueles en los aires, y el sol luchando con la luna; en Faleria, hendido el cielo, habia dado paso á torrentes luminosos; y en la misma Roma la estatua de Marte y las de las lobas en la Via-Appia, aparecieron cubiertas de un sudor frio (2). Se ignora si en nuestra Península otros prodigios presagiaron las peripecias de la segunda campa-

(1) Tito Livio, lib. xxii, cap. 18. «Romani superassent, nisi Hispanorum cohors, ad id ipsum remissa ab Annibale, prævenisset. Ea assuetior montibus et ad concursandum inter saxa rupeque aptior ac levior, quam velocitate corporum, tum armorum habitu, campestrum hostem, gravem armis, stalariumque, pugnae genere facile elusit.» Polibio, lib. iii, cap. 94, dice no solo que esta jornada fué debida enteramente á los españoles, sino que estos mataron hasta mil romanos.

(2) Ibidem, lib. xxii, cap. 1.

ña de Cneo. Pero los anteriores los consigna todo un príncipe de los historiadores romanos.

Asdrubal, en sus cuarteles de invierno, no habia perdido el tiempo; antes se habia preparado para hacer la guerra á los romanos por mar y por tierra. Recibidos auxilios de Cartago, pudo equipar muy luego cuarenta naves, y juntar un ejército aguerrido. Adelantóse hasta la misma boca del Ebro, sin que el ejército ni la armada se perdiesen de vista. Habia resuelto Cneo oponerle fuerzas tambien por mar y tierra; pero luego tomó consejo de la prudencia, y viéndose inferior por tierra, determinó concentrar todos sus esfuerzos y dirigirlos contra la flota enemiga. Reunidas sus naves, embarcó sus mejores soldados, y consiguió sorprender en la misma embocadura del Ebro, á la armada cartaginesa que se mostró floja en el combate, segura la tripulacion de que en el ejército de tierra hallaria un asilo. Los historiadores romanos pintan con el mas vivo colorido la confusion con que pelearon los cartagineses, su fuga, su derrota, y afirman que quedaron veinte y cinco de sus buques en poder de los vencedores. Polibio pinta el hecho simplemente como una sorpresa, y dice que los romanos se llevaron en triunfo cinco (1) naves enemigas. Es mas natural la descripcion de Polibio, y al contrario se nota desde luego exageracion en la de Tito Livio. Continuó Cneo su correría marítima, con ánimo de detener la marcha de Asdrubal por el recelo de que se iba á efectuar un desembarco en país dominado por los cartagineses. Efectivamente echó Cneo su gente en tierra junto á una poblacion, á la que Livio (2) da el nombre de Honos-

(1) Polib. lib. III, cap. 96. Livio, lib. XXII, c. 20, dice que los romanos « ad quinque et viginti naves ex quadraginta cepere. »

(2) Tito Livio, lib. XXII, cap. 20. Algunos creen que Honosca es nombre antiguo de la misma ciudad de Valencia; pero otros creen que ya en aquel tiempo no era plaza para ser tomada en un día.

ca , absolutamente desconocido ; y los eruditos han creído deber leer Etovisa , que puede reducirse á Oropesa. La poblacion fué entrada á viva fuerza , y dada al saqueo. No esperó en ella Cneo á Asdrubal , sino que hizo rumbo hácia Cartagena , intentó contra esta plaza un golpe de mano , y saliéndole fallido se echó sobre la de Longuntica. Inútilmente se ha buscado en la nomenclatura topográfica de nuestra península un nombre que en algo se pareciese (1) á éste ; y por último se ha venido en conocimiento de que en el original primitivo de Tito Livio debió leerse Lucentum. No hizo en ella Cneo otra cosa que entregar á las llamas un depósito de cuerda de esparto que conservaban los cartagineses para uso de su marina. Tampoco se detuvo Cneo , sino que hizo un amago sobre Ibiza y su capital Ebusa , y siendo rechazado, reembarcóse, devastada antes la campiña. Los pueblos de las Baleares le enviaron diputados en demanda de paz ; y muchos de las costas de la península , en número de ciento veinte , imitaron el mismo ejemplo y aun le dieron rehenes.

De nuevo se nota aquí suma variedad entre lo que dice Polibio respecto á esta campaña de Cneo , y lo que de ella refiere Tito Livio. Dice expresamente el primero (2) que , antes de la llegada de Publio Escipion á España , no se habían atrevido los romanos á cruzar con tropas el Ebro y se habían contentado con la alianza ó la amistad de algunos pueblos sitos en la orilla oriental de dicho rio. El segundo, siguiendo tal vez á Celio , ó á Fabio Pictor , dice que , de vuelta de Ebusa , se atrevió ya Cneo á medir por tierra sus

(1) Ibidem. Hay quien reduce la Longuntica de Livio á Oliva , no muy lejos del Grao: otros á Guadamar, en la boca del Segura; y otros presumen que es Alicante.

(2) Polibio, hist. gen. lib. III, cap. 97.

fuerzas con las de Asdrubal, y se adelantó hasta la sierra de Castulon (1): y añade que Asdrubal se replegó hácia la Lusitania y el grande Océano. Hemos podido ya observar que Tito Livio habla de nuestra península solamente de oídas, sin que se hubiese tomado la molestia de venir á visitar las comarcas de las cuales debia hablar tan extensamente. No lo hizo así Polibio, sino que consta de él que recorrió nuestra Iberia. Por lo mismo en su narracion las campañas se comprenden, no se salen de los límites de la verosimilitud, y no toman los tintes de la exageracion, ni repugnan al buen criterio como nos sucede leyendo á Tito Livio. Era muy natural que, rechazado Cneo de Ebusa, en la isla de Ibiza, moderase su impaciencia, y volviese á Cataluña, ya para poner en salvo el botín recogido, ya para esperar á su hermano Publio de quien sabia que venia de Italia con nueva armada y un ejército numeroso. Dictábale la prudencia semejante conducta, y nó el arrojarse á buscar aventuras en el mismo corazon de la península, en tan graves momentos. Pero el mismo Livio se contradice desde luego. Una pequeña alteracion entre los ilergetas obliga á Escipion á abandonar la sierra de Castulon y á venirse á Cataluña; y en pos de él sin duda Asdrubal se corre hasta la derecha del Ebro (2). Tenemos, pues, unas marchas inmensas casi inmotivadas. Ya está Asdrubal en la Lusitania, y casi junto al Océano, ya en Cataluña, dándose la mano con los ilergetas. Ya se adelanta Cneo hasta Jaen, ya retrocede, y vuelve de un salto á las márgenes del Ebro. Altéranse los ilergetas, mandados por Indibil y Mandonio; y Cneo los trata

(1) Tito Livio, lib. xxii, cap. 20. «Igitur, terrestribus quoque copiis satis fidens romanus usque ad saltum Castulonensem est progressus.»

(2) Ibidem, lib. xxii, cap. 21. «Hic tamen tumultus cedentem ad Oceanum Asdrubalem cis IBERUM ad socios tutandos retraxit.»

como á bandidos : á ellos , hermanos de los vencedores del Tesino , del Trebia , y de Trasimenes . Al propio tiempo envia Cneo emisarios entre los celtíberos para que se declaren contra el cartaginés , y consigue no solo que tomen por asalto tres ciudades , sino que destruyan un ejército de diez y nueve mil africanos , dejando quince mil tendidos en el campo , y haciendo los cuatro mil prisioneros . Nada de esto se lee en Polibio , y no es de creer que pasase en silencio una batalla de tanta trascendencia , mayormente cuando se dice haber sido ganada contra el mismo Asdrubal , jefe de las fuerzas cartaginesas en España .

Publio Escipion llegó por el otoño con treinta naves , ocho mil romanos , nó menor número de auxiliares , y un convoy considerable , y tomó puerto en Tarragona . Cesan ya las irresoluciones de Cneo . Los dos hermanos pasan el Ebro á la cabeza de un ejército formidable , y se encaminan hácia Sagunto , cuyas ruínas hacia tiempo que reclamaban su presencia . Allí , por harto fiel aliado de Roma , habia sucumbido un pueblo grande , con un heroísmo digno de una causa mejor que la de Roma . Allí , renovadas las fortificaciones , conservaba el cartaginés los rehenes que la mitad de la España tenia dados en prenda y seguridad de su alianza con Cartago y con Anibal el Grande . Un español , por nombre Abelux , segun Tito Livio , Abilyx segun Polibio , trató de conseguir por ardid su libertad , temeroso de que peligrasen sus vidas , encendida como andaba ya la lucha entre cartagineses y romanos . Dió á entender al cartaginés que los soltase , si queria grangearse la amistad de los que ya , nó por temor , sino por afecto , podian ser suyos . Comisionóle el cartaginés para devolver á sus familias los rehenes ; pero Abelux quiso captarse el favor de los romanos ; y

se los entregó , para que su libertad redundase en crédito del romano, debida como fué á la magnanimidad de Publio. Polibio se detiene en las escenas de la intriga de Abelux ó Abilyx , no tanto sin duda por lo que en sí lo merecen los resortes poco decorosos de que éste echó mano, como por las consecuencias que el hecho tuvo en pro de la causa de Roma. Los rehenes eran casi todos niños , y predilectos de las mejores familias : por lo que la generosidad romana debia dar sus frutos. Diéralos ya tal vez este mismo año, si el rigor del invierno no hubiese obligado á los hermanos Cneo y Publio á buscar cuarteles en que pasarle, lo mismo que por su parte practicó tambien Asdrubal con su gente.

CAPITULO VIII. — Nuevos triunfos de los españoles en Italia. Nuevas derrotas de los cartagineses en España.

AÑOS 216 Y 215 ANTES DE CRISTO.

Si Fabio no hubiese tenido compañero en la dictadura, tal vez hubiera conseguido su objeto de acabar con el ejército de Anibal casi sin combate. Es verdad que el cartaginés le burló con un ardid , y salió ileso de los valles de la Campania ; pero tambien lo es que Fabio le cerró constantemente el camino del norte y las gargantas que conducian á Roma , le tuvo metido en comarcas que le negaban víveres , y le obligó á echarse en la Apulia y hácia el golfo de Tarento para poder sustentar su ejército. El romano no perdía coyuntura para quebrantar los brios de su enemigo. Sabia que la principal fuerza de su ejército consistia en la gruesa caballería española , y en la infantería de la misma nacion que tantas veces habia dado á Anibal la victoria : y trató de apartarlas de las banderas de Cartago. Tito Livio,

copiándolo sin duda del analista Fabio Pictor, y de Celio, es explícito por dos veces en manifestar la esperanza que tenían los romanos de que las privaciones y la escasez en el campo de los cartagineses iban á causar la desercion de las tropas españolas (1), y de que, por falta de pagas primero, por hambre despues, pensaban ya en pasarse á los romanos (2): mas no fué así, sino que se mantuvieron leales para con el jefe que habia sabido dirigir y honrar sus esfuerzos. Otro dia de lauros les preparaba. Mientras Fabio estuvo á la cabeza de todo ó parte del ejército romano, le fué imposible á Anibal llevar la guerra al trance de una batalla decisiva; pero así que en los primeros meses del año 216 tuvieron que abdicar los dictadores por haber sido nombrados cónsules Lucio Emilio, y Cayo Terencio, ya el porvenir se le presentó mas risueño al africano. No ignoraba que Lucio Emilio era un general prudente, educado en las buenas máximas de Fabio; pero sabia tambien que Cayo Terencio era un jefe de baja alcurnia, que se habia elevado merced á sus riquezas en alas del favor popular por sus invectivas contra el senado, y que deseaba ardientemente probar que un cónsul plebeyo podia acabar con un enemigo que habia sido el terror de la nobleza romana. Atrájole el africano á las márgenes del Aufidio que va á echarse en el Adriático junto al golfo de Urias; y allí, en la llanura de Canás, un dia en que por turno le tocaba el mando en jefe á Cayo, por cuarta vez los destinos de Roma fueron expuestos á los azares de una lucha encarniza-

(1) Tito Livio, lib. xxii, cap. 40. «*Ut vix decem dierum (quod compertum postea est) frumentum superesset, Hispanorumque ob inopiam transitio parata fuerit, si maturitas temporum expectata foret.*»

(2) *Ibidem*, lib. xxii, cap. 43. «*Quum initio, fremitus, deinde aperta vociferatio fuisset exposcentium stipendium debitum, querentiumque annonam primo, postremo famem; et... milites, maxime hispani generis, de transitione cepisse consilium fama esset.*»

da. El ejército romano era doble en número del de Anibal (1), de suerte que casi se abochornaban los romanos de permanecer á la defensiva. Ocho legiones completas tenían en el campo de batalla, cada una de ellas compuesta de cinco mil infantes y trescientos caballos. Al todo cuarenta mil infantes, y dos mil cuatrocientos caballos. Tocante á los auxiliares, dice Polibio que su infantería era igual á la de los romanos, y su caballería triple: es decir (2) que formaban otro ejército de cuarenta mil infantes y siete mil doscientos caballos. Parte de esta caballería estaba ausente, pues en el momento de la batalla (3) no contaban los romanos mas que con seis mil caballos. El senado participaba ya de la impaciencia del pueblo, y deseaba dar al enemigo un golpe contundente, mayormente cuando Anibal contaba solo con cuarenta mil infantes y diez mil caballos. Nada es comparable al espanto que se apoderó del supersticioso pueblo rey cuando supo que los dos ejércitos estaban á punto de llegar á las manos. Propaláronse rumores extraños; en Roma habian llovido piedras (4); entre los sabinos unas aguas termales habian brotado ensangrentadas; presagio, dice Livio, de una grande carnicería (5); y, lo mas aterrador para los romanos, en la calle Fornicata, el rayo habia muerto á varios individuos. En todas partes se echaba el resto en votos, sacrificios, preces y rogativas para aplacar la cólera de los dioses y mantenerlos propicios. Ningun náufrago, en la hora solemne del peligro, ganó á los romanos en hacer promesas á las deidades todas

(1) Polibio, lib. iii, cap. 109.

(2) Ibidem, lugar citado.

(3) Ibidem, lib. iii, cap. 113.

(4) Tito Livio, lib. xxii, cap. 36. «El Romæ in Aventino et Ariciæ nuntiatum erat sub idem tempus lapidibus pluisse.»

(5) Ibidem, lugar citado.

del Olimpo. Anibal no los imitaba. Á sus españoles, á sus africanos y á sus galos les decia que por último tenian delante la batalla que era el blanco de todos sus deseos. No hay para nosotros, añadia, otra salvacion que la victoria: ganémosla, y la Italia es nuestra. Á la caballería romana opuso la española y la francesa; su infantería la colocó de suerte que los africanos sostuviesen las alas, y los españoles y los galos el centro. Los africanos los habia armado á la romana; los galos iban en su mayor parte desnudos de medio cuerpo arriba. Los españoles con sus túnicas de color de púrpura, presentaban, dice Polibio (1), un espectáculo tan extraño como espantoso. La caballería romana vino á las manos con la española, y fué vencida (2). Los romanos volvieron grupas, y entónces principió la batalla entre las dos infanterías. Los galos, dice Polibio (3) formaban la parte mas convexa y mas débil de la media luna, que opuso Anibal al ejército romano. Fuése que los romanos los rompiesen, y obligasen tambien á los españoles á batirse en retirada, ó bien fuese este uno de los movimientos previstos por Anibal, ello es que los romanos, yendo en pos de los galos y de los españoles, se hallaron de repente cercados por los africanos que hicieron en ellos una gran carnicería. Los ginetes numidas fueron lanzados en persecucion de la caballería romana, y dieron de ella buena cuenta. Pero la infantería romana resistia. Entónces Anibal hace que Asdrubal caiga con toda la infantería española y con los galos sobre las famosas legiones romanas: y la

(1) La pintura que hace Polibio, lib. III, cap. 114 del traje de los españoles, difiere de la de Tito Livio, lib. XXII, cap. 46. La del primero es mas natural, y fidedigna. Dice que «la túnica de los españoles era teñida, de color de púrpura.» Livio dice «que era blanca, bordada de púrpura.—Hispani linteis prætextis purpura punicis, candore miro fulgentibus, constiterant.»

(2) Tito Livio, lib. XXII, cap. 47. «Pulsique romani equites terga vertunt.»

(3) Polibio, lib. III, cap. 115.

batalla se convierte ya en carnicería. El cónsul Lucio Emilio, héroe en cien combates, murió entre sus soldados como un verdadero romano. Diez mil romanos, dice Polibio (1) cayeron prisioneros de guerra; setenta mil quedaron en el campo de batalla. Los cartagineses, añade, solo perdieron cuatro mil galos; mil quinientos españoles y africanos, y doscientos ginetes. Roma quedó estremecida. Sin duda el enojo de los dioses no estaba suficientemente aplacado. Dos vestales habian faltado á sus votos de castidad; una de ellas se suicidó; la otra fué enterrada viva, y uno de sus seductores fué azotado hasta que entre los azotes exhaló el alma. Hiciéronse sacrificios extraordinarios: un griego y una griega, un galo y una gala fueron enterrados vivos en la misma Roma, en el mercado de los bueyes: que esta era la reina de la civilizacion que llamaba bárbaros á los españoles (2). Algunos creen que Anibal debió al dia siguiente de esta famosa batalla de Canas haberse puesto en marcha hácia Roma. Despropósitos hay que, dichos una vez, se repiten hasta la saciedad millares de veces. No hay peor enemigo de la historia que la poesía. Anibal, arrinconado en la Apulia, junto al Adriático, distante de Roma ochenta leguas; Anibal, á la cabeza de cuarenta mil hombres, rodeado por todas partes de pueblos enemigos que no habian querido abandonar la alianza con el senado romano; Anibal, que probó á apoderarse de algunas poblaciones de segundo orden, y no pudo conseguirlo sino con grandes sacrificios; debió arrojarle como un insensato en las márgenes del Ti-

(1) Ibidem, cap. 117.

(2) Tito Livio, lib. xxii, cap. 47, «in foro boario sub terra vivi demissi sunt in locum saxo conscriptum, jam ante hostiis humanis, minimæ romano sacro imbutum.» La batalla de Canas, que dió lugar á esta manifestacion salvaje de los romanos, no se dió por marzo, como ha dicho alguno, sino el 2 de agosto romano, ó 5 de setiembre juliano del año 216 antes de C. Véase el ART DE VERIFIER LES DATES, AVANT J. C. año 216 hist. de Roma.

ber , solo porque á un historiador calenturiento le plugo decir que así hubiera dado fin con la república romana: como si en Roma nó existiese Fabio Máximo á quien temia mas Anibal que á un ejército ; como si entre los romanos no se formase ya el jóven Escipion que debia con el tiempo poner fin á esta lucha ; y como si la consternacion de un pueblo grande no pudiese trocarse de repente en heroísmo. Roma no estuvo tan exhausta que no pudiese levantar desde luego otros ejércitos y enviar socorros á todas partes.

Á la misma España los envió para impedir que Asdrubal, reunida la flor de las tropas africanas y peninsulares, renovase el paso de los Alpes , y fué á reforzar á Anibal en Italia. Pero no les soplabá tan próspero en la Iberia el viento de la fortuna á los cartagineses. Buen general Asdrubal , activo é incansable, todas las prendas poseia, excepto aquella llama que forma los grandes capitanes. Incapaz de impresionar vivamente á los iberos, y de contenerlos en los límites de su alianza , desató en poco tiempo muchos de los vínculos que con tanto afán habian ido formando Amilcar el Grande , el primer Asdrubal , y Anibal. En el año 216 pocas empresas intentaron los dos Escipiones en la península , ya porque Roma miraba por el pronto como peligrosa la ocupacion de la orilla meridional del Ebro (1), ya porque deseaba concentrar en la misma Italia todas sus fuerzas contra su mas formidable enemigo. Mas nó por esto pudo Asdrubal permanecer ocioso, pues le dieron ocupacion bastante los emisarios que envió Roma para enemistar contra él algunas de las tribus españolas. Mientras Publio recorria con la flota romana las costas del mar Baleárico , y Cneo ejer-

(1) Tito Livio, lib. xxii, cap. 25, «tamquam trans Iberum agro, Pænis concessum sit.»

citaba en el manejo de las armas los reclutas venidos de Italia, Asdrubal, recibidos de África cuatro mil infantes y quinientos caballos, y, equipada una nueva escuadra para proteger las islas y las costas (1), tuvo que habérselas con los desertores de su anterior flota, cuya negligencia habia querido castigar con rigor sobrado. De mancomun con los enemigos declarados de Cartago, habian movido alteraciones entre los carpesios hasta el punto de sublevarse abiertamente muchas poblaciones, levantar gente y tomar una ciudad por asalto. Era jefe de los carpesios cierto Galbo, hombre distinguido de aquella comarca, que logró juntar un ejército. Asdrubal se encaminó contra él á la cabeza de sus mejores tropas: pero no consiguió calmar los ánimos, como lo habia hecho Anibal durante el sitio de Sagunto, sino que los encontró haciendo talar á su paso la campiña. Los sublevados tuvieron ánimo para salir á su encuentro, y le obligaron á tomar una posicion ventajosa y á fortificarse en ella. Las escaramuzas fueron frecuentes; y en ellas los ginetes numidas, dice un autor romano (2), se convencieron de que eran inferiores á la caballería ibérica, y los mauritanos se dieron por vencidos por el infante español armado con su cetro, mas bravo, mas vigoroso y nó menos ágil que el africano. Pero su misma victoria triunfó de los carpesios. Arrojárónse contra la plaza en donde tenia Asdrubal sus provisiones, la tomaron por asalto, se repartieron un botín considerable, y cuando volvian de su conquista alegres y desordenados, cayó sobre ellos Asdrubal, los acuchilló, y los redujo á la obediencia. En esta coyuntura le llega al jefe

(1) *Ibidem*, cap. 26, «classenque et ipse instrui pararique jubet ad insulas maritimanque oram tutandam.»

(2) «Nec Numida, dice Tito Livio, lib. xxiii, cap. 26, Hispano eques par fuit; nec jaculator Maurus cætrato, velocitate pari, robore animi viriunque aliquantum præstanti.»

cartaginés la órden de concentrar todas sus fuerzas , y dirigirse con ellas á Italia. Inútilmente escribe al senado de Cartago , diciéndole que no bien habrá cruzado el Ebro cuando toda la España será una region romana. Asdrubal no deseaba moverse de la Península, porque en ella mandaba en jefe ; y en Italia no iba á ser mas que un teniente de su hermano. Pero el senado de su república le reiteró la órden de que partiese , y envió á la península al general Himilcon con fuerzas suficientes y una escuadra numerosa. No bien hubo Himilcon desembarcado sus tropas , sacó á la playa sus naves , las circuyó de defensas , fortificó su campo , y con la caballería ligera , fuése en busca de Asdrubal para participarle las intenciones y las últimas órdenes del senado de Cartago. Fué forzoso que Asdrubal obedeciése ; pero lo hizo de mal grado. Apenas sofocada una rebelion , pareció que provocaba otra con el afán que exigia derramas, y buscaba en todas partes oro y plata para sacarlos del reino (1). Acercóse al Ebro, y supo que los romanos acababan de poner sitio á la plaza de Ibera , sita no muy lejos de la embocadura de aquel rio. En vez de aprovecharse de esta circunstancia para acercarse al Pirineo, imitando á Anibal que no quiso lidiar con Publio Escipion en las márgenes del Ródano , sino que continuó su marcha , Asdrubal se echó sobre una de las plazas adictas á Roma, y atrajo á sí el grueso del ejército de los Escipiones , Publio y Cneo. Deseaban éstos impedir á toda costa que Asdrubal pasase el Pirineo ; y por una rara coincidencia Asdrubal iba á lidiar gustoso con todo el poder romano en España para obtener el mismo resultado. Si vencía , su misma victoria debia dejarle tan

(1) Tito Livio, lib. xxiii, cap. 28. «Asdrubal, priusquam moveret castra, pecunias imperat populis omnibus suae ditiois, satis gnarus.»

debilitado que no pudiese moverse sin nuevos refuerzos de Cartago. Si era vencido ya no le era posible salir de España. Componíase el centro de Asdrubal de españoles; mas nó eran tropas como las de Anibal que tenían confianza en su jefe y obraban prodigios de denuedo. Lo que deseaban aquellos era no tener que salir de su patria á las órdenes de un Asdrubal. No lidiaron, pues, como quienes eran, sino que abrieron á los romanos el centro del ejército cartaginés. En vano entónces las alas de éste cayeron sobre las tropas romanas. Á su vez éstas hicieron frente á las dos alas enemigas, y las arrollaron. Huyó Asdrubal con muy poca gente, y dejó tendidos en el campo de batalla veinte y cinco mil hombres, y diez mil prisioneros en manos del enemigo (1). Dióse esta batalla decisiva por el mes de junio del año 215 antes de nuestra era. Ambos á dos, el cartaginés y el romano, consiguieron su objeto, con gloria éste, con afrenta Asdrubal. Una de las causas de la ruína del partido cartaginés en España está en esta terrible jornada; cuando si Asdrubal hubiese evitado el encuentro, necesariamente Cneo y Publio hubieran tenido que dividirse, aquel para hacer frente á Himilcon que permanecía en la otra parte del Ebro, éste para seguir las huellas de Asdrubal, ó para trasladarse por mar á Marsella ó á Pisa. Por lo demás, muy quebrantado quedaria despues de la victoria el poder de los Escipiones cuando tuvieron que pedir á Roma refuerzos en hombres, para poder llevar adelante con vigor la guerra en la península.

(1) «El Asdrubal, dice Tito Livio, lib. xxiii. cap. 29. usque ad ultimum eventum pugnae moratus, é media caede, cum paucis effugit.» Eutropio en su lib. iii. cap. 21. es quien afirma que los cartagineses perdieron treinta y cinco mil hombres, los diez mil prisioneros. Algunos creen exagerado este número, y dicen que no le hubiera llamado Livio, á ser cierto.

CAPITULO IX. — Esfuerzos que hacen Roma y Cartago para dominar en España. Nuevas victorias de los dos Escipiones. Su separación y su muerte.

AÑO 215 A 212 ANTES DE CRISTO.

La guerra se sostenía tibiamente en Italia, porque como dice Cornelio Nepote (1), ningún general después de la batalla de Canas se atrevió á sentar sus reales contra Anibal en campo raso. Si hemos de dar crédito á Tito Livio algunos españoles vacilaron en la lealtad jurada á Anibal. Mil doscientos sesenta ginetes, numidas y españoles, se pasaron al romano Marcelo; y finida la guerra obtuvieron tierras los numidas en África, los iberos en España (2). Los habitantes de Arpi tomaron partido en favor de los romanos, y mil españoles hicieron otro tanto imponiendo solo por condición que los cartagineses, sus camaradas, obtendrían paso libre para donde quisiesen (3). Apesar de esto Anibal no habia perdido su confianza en los iberos. Cuando hizo una excursion sobre Puteoli, dejó su campo y la ciudad de Capua á merced de los españoles y de algunos numidas (4). Todavía duraba el terror en Roma, y se anunciaban cada dia mas estupendos prodigios, alimento de la credulidad de las gentes (5). En la Apulia se vió arder una palmera verde; en Mantua el Mincio apareció ensangrentado; en Roma cayó una lluvia de sangre; en Preneste la lanza de Marte se

(1) Cornelio Nepote xxiii, cap. 5, «nemo adversus eum post Canensem pugnam in campo castra posuit.»

(2) Ager Hispanis in Hispania.... virtutis causa, datus est,» dice Tito Livio libro xxiii, cap. 46.

(3) Tito Livio, lib xxiv, cap. 47. «Hispani quoque, paulo minus mille homines, nihil præterea cum consule pacti, quam ut sine fraude Punicum emitteretur præsidium, ad consulem transtulerunt signa.»

(4) Ibidem, lib xxiv, cap. 12. «Numidis Hispanisque ad præsidium simul castrorum, simul Capuæ relictis.»

(5) Ibidem, lib. xxiv, cap. 10, «quæ quo magis credebant simplices ac religiosi homines, eo plura nuntiabantur.»

habia puesto en movimiento ; en Sicilia habló un buey ; un niño en el seno de su madre dió el grito de triunfo ; en Es-
poleta una mujer fué transformada en hombre ; y en Hadria
se vió en el cielo un altar , y en torno de él unos fantasmas
vestidos de blanco. Es inútil decir que estos prodigios con-
signados en las historias romanas (1), reclamaban sacrificios
expiatorios. Fueron presos trescientos sesenta desertores, se
les azotó en la plaza de los comicios, y luego en masa fue-
ron arrojados desde la cumbre de la Roca Tarpeya (2). Guar-
dábanse en Roma algunos rehenes de varias ciudades ; in-
tentaron escaparse, fueron alcanzados, arrastrados hasta los
comicios, azotados cruelmente, y arrojados desde lo alto de
la misma Roca Tarpeya (3). Tal era la república á la que
Livio llama grande , santa , fecunda en buenos ejemplos , y
fiel al culto de la templanza (4). Desgraciadamente , que-
dándonos ya solo fragmentos de Polibio despues de la bata-
lla de Canas , en lo que toca á nuestras guerras península-
res entre Asdrubal y los dos Escipiones , hemos de ape-
lar necesariamente á los historiadores romanos para dar
cuenta de las campañas sostenidas por los cartagineses en
nuestra Iberia , por mas que su testimonio sea recusable ,
mayormente cuando exageran las pérdidas de los africanos,
de una manera asombrosa. Sin embargo, procuraremos bus-
car en sus narraciones aquellas transparencias que á lo me-
jor hacen traslucir la verdad por entre las alucinaciones.

Sin duda la anterior derrota de Asdrubal fué considera-
ble cuando Cartago envió desde luego á la península á Ma-

(1) Ibidem, lib. xxiv, cap. 10.

(2) Ibidem, lib. xxiv, cap. 20.

(3) Ibidem, lib. xxv, cap. 7.

(4) Ibidem in prefatione: «aut nulla unquam respublica, nec major, nec sanctor,
nec bonis exemplis ditior fuit: nec ubi tantus ac tantum diu parcimontæ ho-
nos fuerit.»

gon, hermano de Anibal y de Asdrubal, con doce mil infantes, mil quinientos caballos, veinte elefantes, mil talentos de plata, y sesenta naves. Si grandes eran los esfuerzos que hacia Cartago para salir airoso de la lucha, nó eran menos extraordinarios los de su rival poderosa. Varios ciudadanos romanos prestaron fondos al erario público para proveer de todo al ejército romano en España, con tal que el estado les saliese garante del valor de las remesas, tanto contra los azares de la guerra, como contra los peligros de los mares (1): que es uno de los contratos de seguro mas solemnes de que nos habla la historia. Pero, antes que los dos Escipiones pudiesen trasladar la guerra á la otra parte del Ebro, ya Magon, de concierto con Asdrubal, habia arrollado numerosas bandas de iberos que apellidaban independencia unas, alianza con Roma otras. Es doloroso tener que citar los nombres de los cuarteles generales que elegian unos ú otros contendientes, y verse obligado á confesar que son dudosas todas cuantas reducciones se hagan de ellos á pueblos modernos: tal era el afan con que unos y otros conquistadores aspiraban á cambiar nuestra nomenclatura topográfica, y tales las desolaciones y ruínas que se han ido aglomerando sobre nuestra tierra. Nó parece sino que los historiadores antiguos que tratan de nuestras cosas, no hablan de nuestra patria, sino de alguna region extraña, de cuyos pueblos en su mayor parte ni escombros han quedado para pedir explicaciones á las piedras. Unos nombres apenas son inteligibles, otros reducidos á los modernos que les corresponden, hacen oscura é ininteligible la campaña: y la razon anda á tientas por los espacios llenos de varias conjeturas.

(1) Ibidem, lib. xxiii, cap. 49, «ut quæ in naves imposuissent, ab hostium tempestatisque vi publico periculo essent.»

Publio Escipion pasó el Ebro y se situó en Castro Albo, lugar famoso, dice Livio (1), por la muerte de Amilcar el Grande, y especie de ciudadela que servia al mismo tiempo para depósito de granos. No estarían en ella muy seguros los romanos cuando tuvieron que replegarse, perdidos antes dos mil hombres, al monte Victoria, en donde ya Cneo se habia hecho fuerte. Eran ya tres los generales que mandaban tropas cartaginesas en España: Asdrubal Barcino, Magon Barcino, hermanos de Anibal, y otro Asdrubal hijo de Gisgon. De los movimientos de las tropas romanas se desprende que no se atrevían á internarse demasiado en el país, y solo se adelantaban con prudencia siguiendo las costas del Mediterráneo. El alto Aragon, la Navarra, las provincias Vascongadas, toda la cordillera cantábrica hasta el Océano, el país de los astures, de los pelendones, de los mismos arevacos, y la mayor parte de la Lusitania eran comarcas independientes. La Bética entera, la cuenca meridional del Tajo, los carpetanos y demás pueblos sitos entre el Tajo, el Mediterráneo y el Ebro, eran aliados ó súbditos de los cartagineses. Las márgenes orientales del Segre y del bajo Ebro, y en general todas las costas peninsulares del mar Baleárico, estaban bajo la presión de los romanos; y los desgraciados habitantes de las orillas del Mijares, del Turia y del Júcar eran las primeras víctimas de la furia romana ó de la saña púnica. La verdadera España independiente era la del norte. La del sur era campo de batalla en que batallaban las dos naciones mas poderosas del occidente. Algunas tribus ibéricas luchaban en favor de Roma; otras por

(1) Tito Livio, lib. xxiv, cap. 41. En todas las ediciones de Tito Livio y en todos los manuscritos del mismo autor se leía *Castrum Altum*, hasta que Drakenborch propuso la corrección de *Castrum Album* confirmada por Diodoro Eclog. del lib. xxv. Pero tan ignorada es la reducción de Castro Albo como la de Castro Alto.

Cartago ; en el campo romano habia galos de las cercanías de Marsella ; y en el campo cartaginés los habia de otras regiones. En una de las sangrientas batallas dadas en la península murieron Menicapto y Civismaro (1), dos jefes galos de distincion que peleaban en favor de los cartagineses. Nó se lidiaba solamente por la posesion de la España , sino por la dominacion del occidente. Segun soplaba el viento de la fortuna, los pueblos aclamaban al vencedor ó se ensañaban en los vencidos. Una vez Publio Escipion estuvo en gran peligro ; pero Cneo le salvó , y esta accion le valió la amistad de los castulonenses. Échase el cartaginés sobre Iiturgis ; pero Cneo entra socorro en la plaza, hace una salida , mata doce mil cartagineses, les toma mil prisioneros y treinta y seis enseñas , y les obliga á levantar el sitio. Fáltannos historias escritas por cartagineses para saber cuánta gente perdieron los romanos. Acomete el cartaginés la plaza de Bigerra , aliada de Roma ; pero tambien acude Cneo y aleja á los sitiadores. Dirígensse éstos sobre Munda , y tambien acuden los romanos. Trábase una encarnizada pelea , en la que Cneo es herido en un muslo cuando ya llevaban perdidos los cartagineses quince mil hombres , los tres mil prisioneros. No se detiene Cneo , aunque herido , sino que acosa al enemigo , le embiste y le mata seis mil combatientes. Los mismos escritores romanos se maravillan , como nuestros cronistas de la edad media , al tener que mencionar tanto estrago ; y no pueden menos de confesar que la familia de los Barcino tenia innato el espíritu guerrero , cuando era capaz de reparar tan enormes pérdidas (2). De

(1) Ibidem, lib. xxiv, cap. 42. «duo etiam insignes reguli Gallorum (Menicapto et Civismaro nomina erant) eo prælio ceciderunt.»

(2) Ibidem, lib. xxiv, cap. 42. «Sed gens nata instaurandis reparandisque bellis, Magone ad conquisitionem militum a fratre misso, brevi replevit exercitum, animosque ad tentandum de integro certamen fecit.»

lo mismo se desprende que gran parte de la España debía ser acérrima partidaria de los cartagineses cuando tantas y nó interrumpidas derrotas no eran bastantes á impedir que renovasen sus ejércitos. Libranse nueva batalla cartagineses y romanos, y en ella pierden los primeros nueve mil hombres, los mil prisioneros. Casi todos los despojos de esta jornada pertenecian á los galos: muchos brazaletes entre ellos y collares de oro. En esta coyuntura fué cuando el romano se avergonzó de no haber conquistado las ruínas de Sagunto, su primera aliada en la península: y cayendo sobre ella, obligó al cartaginés á huir de su recinto; pero no se atrevió aun á ocuparla, sino que la puso en manos de los restos que quedaban de sus antiguos moradores, vengados éstos antes de los de Teruel, cuya ciudad derruyeron y vendieron sus habitantes como esclavos. Á la verdad, si unos pecaron por aliados de Anibal, no eran mas inocentes aunque mas famosos, los que habian hecho causa comun con el senado romano.

Los dos Escipiones deseaban acercarse con seguridad al estrecho gaditano, ya para cortar algun dia la retirada á los Barcinos, ya para explotar el África que era para éstos un semillero de combatientes. Tenian inteligencias con uno de los reyes numidas, de la tribu de los masesilianos, llamado Sifax, y recabaron de él que enviase instrucciones á sus súbditos, que militaban con los cartagineses, para que se pasasen á los romanos. Algunos lo hicieron. Vengóse el cartaginés entendiéndose con Gala, otro rey de los numidas, tribu de los masilios, y con Masinisa, hijo de Gala, para que moviesen á Sifax una guerra sangrienta. Era Masinisa jóven de ánimo esforzado, juntó tropas, presentó batalla á Sifax, y le mató treinta mil hombres. Rehízose Sifax casi junto al

estrecho , y reunió tropas para pasar á España : pero Masinisa le fué á la zaga , y le obligó á sostener la guerra en la misma Mauritania. Ya la Italia y la España no eran los únicos teatros de la lucha : sino que se habia extendido esta á la Sicilia y al África. Los dos campeones echaban el resto. Si los cartagineses se habian buscado aliados entre los celtíberos , imitólos Roma tomando de entre estas tribus los primeros soldados mercenarios que jamás hubiese admitido en sus ejércitos (1). Roma desconfiaba de su propia organizacion , y se amoldaba á las circunstancias. Sus historiadores se lamentan de que por este tiempo el vulgo , en vista de los vaivenes de la fortuna , abandonaba el culto de los dioses romanos por el de los dioses extranjeros. En el mismo Foro y en el Capitolio las mujeres , imitando sin duda á las sacerdotisas de la Galia y de la Iberia , sacrificaban y oraban con nuevos ritus. Fué necesario convocar el pueblo , y mandar por medio de un senado-consulta y un edicto que nadie se atreviese á guardar libros de adivinacion , ni fórmulas de preces nuevas , ni notas de ritus para los sacrificios recientemente introducidos. No por esto fueron tenidas en mayor estima las divinidades que habian presenciado y no habian podido impedir los desastres del Tesino , del Trebia , del Trasimenes , y de Canas.

Hubo en la península algun tiempo de tregua , mientras los cartagineses se rehacian de las pasadas quebras , y los romanos combinaban elementos poderosos para obtener un triunfo decisivo. Aquellos contaban con tres ejércitos ; pero Asdrubal Gisgon , y Magon Barcino habian formado de los suyos uno solo , mientras Asdrubal Barcino campeaba se-

(1) Tito Livio, lib. xxiv, cap. 49. «Id modo ejus anni in Hispania ad memoriam insignis est, quod mercenarium militem in castris neminem ante, quam tum Celtiberos, Romani habuerunt.»

paradamente. Los romanos contaban con legiones aguerridas, y con veinte mil celtíberos tomados recientemente á sueldo. En vez de caer sobre Asdrubal Barcino con todas sus fuerzas reunidas, se separaron para acometer á un tiempo á todos sus enemigos. Unidos, estaban de su parte todas las ventajas; desunidos, ponian todos sus dados al arbitrio de la fortuna. Cansada esta de favorecerles, se les mostró ceñuda en este trance supremo cuando iban á hacer los mayores esfuerzos para acabar con sus contrarios. Es digno de notarse que casi todo el peso de esta segunda guerra púnica le sostuvieron por parte de Cartago tres hermanos Barcinos, Anibal, Asdrubal, y Magon; y por parte de Roma tres Escipiones, Publio y Cneo, hermanos, y el Africano, hijo de Publio. Cneo creyó que con la tercera parte de las legiones romanas y los veinte mil celtíberos tenia bastante gente para acabar con Asdrubal Barcino; y dió á Publio las dos terceras partes restantes de legionarios romanos para que acometiese á Asdrubal Gisgon y á Magon. Si hemos de dar crédito á los historiadores romanos, los celtíberos se entendieron con Asdrubal Barcino, y abandonaron á Cneo en los mas críticos momentos. Los fragmentos que nos quedan de Polibio (1) hacen en verdad mencion de semejante circunstancia; pero tambien se deduce de su resúmen que la causa principal de la ruína de los dos Escipiones estuvo en su separacion, nó en las defeciones. Es tan extraordinario el hecho de que veinte mil hombres abandonasen en una noche el campo romano, que no podemos menos de ponerle en el catálogo de los acontecimientos dudosos ó exagerados mientras le hallemos mencionado

(1) Polibio, lib. viii, fragmento del capítulo 37, y mas particularmente lib. x, capítulo 6 y 7.

solamente por los escritores que tenían interés en mitigar la responsabilidad de Cneo y Publio, y en dar otro colorido á su mala estrella. Admitido el hecho tal como le pinta Livio, los celtíberos son los únicos responsables de la desgracia de los dos Escipiones. Rechazado, ó mitigado, su infortunio fué natural y debido á una separacion imprudente. Hay mas : no solo los fragmentos de Polibio mencionan otra causa fuera de aquella desercion, sino que en los libros posteriores del mismo autor, tan amigo de repetirse para resumir los hechos, no se recuerda nada que conduzca á achacar exclusivamente á los celtíberos aquella catástrofe. Cuando dice (1) que los cartagineses, vencidos los Escipiones, trataron con insupportable orgullo á los pueblos, ni una palabra dice de los celtíberos á quienes eran deudores de aquella jornada. Cuando pinta el denuedo con que los celtíberos salvaron en África á Asdrubal Gisgon (2) y á Sifax, solo dice que habiéndoseles mostrado amigo Escipion en España, no debian haber cruzado el estrecho para hacerle la guerra; y cuando mas adelante (3) dice que la guerra que sostenia Roma contra los celtíberos era una LUCHA DE FUEGO, tampoco deja entender que la animosidad romana procediese del recuerdo de la perfidia con que abandonaron un dia á Cneo. Hay motivo para dudar, pues, de que la defeccion de los celtíberos fué tan numerosa como se ha creido, y de que de ella sola hubiese nacido la desgracia de los Escipiones. Si Cneo se quedó con solo la tercera parte de los romanos, fué porque únicamente tenia que lidiar con uno de los tres ejércitos enemigos. Si Publio se llevó las dos terceras partes de los romanos, fué porque tenia que hacer frente á la vez á Asdru-

(1) Ibidem, lib. x, cap. 36.

(2) Ibidem, lib. xiv, cap. 8.

(3) Ibidem, lib. xxxv, cap. 1.

bal Gisgon y á Magon. En cuanto Cneo vió que Asdrubal Barcino le era muy superior en número, trató de emprender la retirada, que fué desastrosa. Su hermano Publio hizo prodigios de valor contra los cartagineses, y contra Indibil que iba á auxiliarlos con siete mil quinientos suesetanos: pero, rodeado de enemigos, cayó muerto de un lanzazo, peleando como bueno que era entre los buenos. Obtenida esta señalada ventaja, Asdrubal Gisgon y Magon fuéron á juntarse con Asdrubal Barcino, para abrumar con todas sus fuerzas á Cneo. En vano este, de altura en altura, de escalon en escalon, iba replegándose hácia Cataluña, su base de operaciones. Los cartagineses se echaron una noche sobre su campo, y acabaron con él al cabo de un mes de muerto su hermano Publio. Tito Livio dice que no fué solamente Roma, sino la España entera, quien deploró la muerte de los dos hermanos, particularmente la de Cneo (1). Es muy dudoso. El mismo autor acaba de decir que los celtíberos le abandonaron, que los suesetanos decidieron la jornada en que pereció Publio (2) y que los cartagineses podían perpetuar la guerra, apoderados de las gargantas y montañas inaccesibles (3): lo que prueba que los españoles mas belicosos, y en particular los montañeses, estaban por Cartago; nó por Cneo ni por Roma (4).

(1) Tito Livio, lib. xxv, cap. 36. «*Luclius ex morte eorum non Romæ major, quam per totam Hispaniam, fuit.*»

(2) *Ibidem*, lib. xxv, cap. 34.

(3) *Ibidem*, lib. xxv, cap. 32. «*Illa restabat cura, ne, fuso eo percussis, alter Asdrubal et Mago, in avios saltus montesque recipientes sese, bellum extraherent.*»

(4) El historiador Floro, en el lib. II, cap. 6, describe muy de otra manera que Tito Livio la muerte de los dos Escipiones, y tampoco hace mención de la supuesta perfidia de los celtíberos. Dice «que uno de los dos Escipiones cayó herido por mano de los pérfidos africanos mientras trazaba su campo; y que el otro pereció en las llamas en una torre en donde se había refugiado.» «*Sed Punicæ insidiæ alterum ferro castra metantem; alterum, quum evasisset in turrim, cinctum facibus oppresserunt.*» La circunstancia de haber citado Tito Livio, lib. xxv, cap. 32, la ciudad de Anitorgis ó sus cercanías, como cuartel general de Amílcar Barcino, acaba de oscurecer el teatro de esta campaña. «*Ad urbem nomine Anitorgin exercitum babebat.*» Se ignora que existiese ninguna ciudad de este nombre. Algunos creen que debe leerse Conistorgin, ciudad citada por Estrabon, lib. III, cap. 2, y por Apiano Iber.

CAPITULO X. — Campaña contra Lucio Marcio y Claudio Neron. Escipion es nombrado general de las tropas romanas en España.

AÑOS 212 Y 211 ANTES DE CRISTO.

Sin duda los romanos se habian prometido grandes resultados de su alianza con los celtíberos, cuando atribuian á su defeccion las tristes rotas que experimentaron en España. Eran á la verdad famosos los celtíberos por su manera de pelear, por sus armas y su bravura. Sus ginetes, en lo mas reñido de la batalla, echaban pié á tierra y lidiaban como la mejor infantería (1). Los romanos, imitadores de todo lo bueno que hallaban en las demás naciones, adoptaron esta táctica por la vez primera en el sitio de Capua, y les valió á sus vélites una celebridad grande (2). Tambien adoptaron la espada de los celtíberos, aunque jamás pudieron darla el temple que tenian las de los españoles (3). No dejaban estos de ganar alto renombre en Italia; por lo que no es maravilla que un historiador romano llamase á nuestra Península la belicosa, célebre por sus guerreros y por sus combates, escuela de Anibal, y criadero de ejércitos (4). Junto á Capua una cohorte española desbarató á una legion romana, y penetró en el mismo campo romano por la sola gloria de morir matando (5). Cuando Anibal se acercó hasta

LVII y sig.; pero en este caso hay mas obscuridad, pues siendo Conistorgis un pueblo de los celtas y de la Lusitania, tendremos que los Escipiones se habian separado extraordinaria é imprudentemente de su base de operaciones; ni se comprenderá entónces el movimiento de los suesetanos de que habla Tito Livio en el libro xxv, cap. 34. De todos modos, si nos hubiesen quedado monumentos histórico-púnicos ó celtíberos, es probable que hubiéramos podido describir con mas claridad esta campaña, y que no se hablaria tanto de la perfidia púnica ó celtibérica, ni leeriamos tantos elogios de la buena fé romana.

(1) Polibio, lib. xix, cap. 1, fragmento.

(2) Tito Livio, lib. xxvi, cap. 4. «Pedestrís inde acies ex equitatu repente in hostium equites incurrit.... Inde equitatu quoque superior romana res fuit. Institutum ut vélites in legionibus essent.»

(3) Polibio, lib. xix, cap. 2, fragmento.

(4) Floro, hist. rom., lib. ii, cap. 6. «Bellatricem illam, viris armisque nobitem Hispaniam, illam seminarium hostilis exercitus, illam Annibalis eruditricem.»

(5) Tito Livio, lib. xxvi, cap. 5 y 6.

las murallas mismas de Roma , con la mira de hacer levantar el sitio de Capua , llevaba por delante aquellas cohortes tan temidas. Con todo , no consiguió su objeto , sino que tuvo el sentimiento de ver salir de Roma , con banderas desplegadas , los refuerzos que el senado romano enviaba á España ; supo poco despues que Capua habia sido reconquistada , y que sus senadores , en número de cincuenta y tres , habian sido azotados públicamente y entregados al verdugo por los implacables romanos.

En España, del colmo de la desventura, habia salido para Roma una serenidad inesperada. Un jóven caballero romano , por nombre Lucio Marcio , á quien Cneo habia iniciado en los secretos del arte de la guerra , supo juntar los restos de las tropas romanas , reanimar su denuedo , pintarlas su situacion desesperada si se entregaban al desaliento , y su confianza en dias mejores si levantaban el ánimo ; y una vez repasado el Ebro (1), concentradas las guarniciones , y reunidos los restos de las tropas de Publio , juntó comicios militares , y en ellos por aclamacion le nombraron jefe del ejército. Muy luego los enemigos pusieron á prueba su esfuerzo y sus talentos. Asdrubal Gisgon pasó á su vez el Ebro (2) , y se acercó al campo de Marcio , seguro de que no se atreveria á esperarle un enemigo tantas veces derrotado. No fué así, sino que puesto en su mas alto punto el entusiasmo de los romanos, salen de sus trincheras, arremeten al cartaginés y le llevan en derrota. Marcio impidió que sus soldados persiguiesen al enemigo , ya porque sabia que

(1) *Ibidem*, lib. xxv, cap. 37. «*Ut castris citra Iberum communitis.*» Es necesario que nos perdonen nuestros lectores esta multiplicacion de citas, pues no parece sino que la mayor parte de nuestros historiadores han leído al reves á Tito Livio. *CITRA* es proposicion que vale tanto como «de la parte de acá,» y nó de la parte de allá, como ha dicho alguno.

(2) *Ibidem*, lugar citado, «*Asdrubalem Gisgonis... transisse Iberum.*»

este contaba con numerosa caballería, ya porque no quería que Gisgon perdiese la confianza con que había cruzado el Ebro. Pero era necesario que el nuevo jefe obrase con prontitud y energía, antes que los tres generales cartagineses tentasen de mancomun un esfuerzo para arrojarle de Cataluña. Entrada la noche, reúne á la callada sus tropas, las pone á la vista el trance en que se hallan, sin recursos para hacer frente á un enemigo victorioso, sin otra retirada que la muerte, sin ninguna esperanza fuera de una sorpresa con que pueden llevar la desolacion al campo de un enemigo que los desprecia y vive en el descuido que nace de la demasiada confianza: y exaltado el ardor de sus tropas las lleva en mitad de la noche contra el cartaginés desprevenido. En un valle profundo, entre dos cuerpos de tropa enemiga, en mitad de una selva, embosca una cohorte romana y algunos ginetes; los demás penetran en el primer campo de los cartagineses. Jamás una sorpresa mas atrevida dió mas terribles resultados. Un enemigo diez veces vencido recientemente, sin generales, sin el brio que da de sí la próspera fortuna, se atreve, nó á defenderse con desesperacion, sino á acometer con una confianza temeraria. Aquello no fué un combate sino un degüello de hombres dormidos. Entregan el campo á las llamas, y en medio del resplandor siniestro, acaban con el hierro lo que escapa al fuego. Algunos cartagineses van á buscar un asilo en el otro campo; pero caen en la emboscada, y perecen miserablemente. Destruido un campo, arremete Marcio al otro, y consigue otra victoria no menos decisiva. Tito Livio, citando los anales de Acilio, traducidos del griego al latin por Claudio, dice que murieron en esta fatal noche treinta y siete mil cartagineses, y que además les hizo Marcio mil ochocientos treinta prisioneros.

neros; y añade que entre el inmenso botín recogido se encontró; con el retrato de Asdrubal Barcino, un escudo de plata que pesaba en su totalidad ciento treinta y ocho libras (1). Valerio de Ancio, citado por el mismo Livio, reduce la pérdida de los cartagineses á diez y siete mil muertos y cuatro mil prisioneros; y Pison dice que solo fué de cinco mil muertos. Como quiera, la sorpresa contuvo á los cartagineses, y les hizo volver á sus cuarteles de la parte occidental del Ebro. Y pareció tan extraordinaria la victoria de Marcio, que los romanos casi la atribuyeron á los dioses. En medio del combate una llama, á manera de auréola, habia circundado, decian, la cabeza de Marcio, y dado espanto á cuantos le miraban. Si esto aseguraban los gentiles, no se extrañará que mas adelante se acuda á otros prodigios en trances no menos apurados.

Distaba mucho entre los romanos, como en todas partes, de ser tan considerado un pobre como un rico, un simple ciudadano como un patricio (2). Por lo mismo fué muy natural que Lucio Marcio no obtuviese la confirmacion del mando que le habian conferido los soldados. Á mas de que pareció en aquellos dias pernicioso el ejemplo de un ejército que se elegia jefe; y hasta repugnante ver anulada la solemnidad y la legalidad de los verdaderos comicios, y entregada la autoridad lejos de Roma al capricho de los soldados (3). Claudio Neron fué designado para ir á indagar el estado de cosas en España, para lo cual se le dieron los

(1) Tácito en sus Anales, lib. II, cap. 83, habla de las imágenes esculpidas en medallones y clipeos, como de la mas noble distincion que pudiese concederse entre los romanos á un ciudadano. Entre los griegos era lo mismo; y este escudo de Asdrubal Barcino demuestra que en Cartago existia la misma costumbre. Plinio en su libro xxxiv, cap. 45, y en el xxxv, cap. 2 y sig. da á entender lo mismo.

(2) «Adeo imparē libertatem roma diti ac pauperi, honorato atque inhonorato esse.» Tito Livio, lib. xxvi, cap. 2.

(3) «Rem mali exempli esse, imperatores legi ab exercitibus; et solenne auspicatorum comitorum in castra et provincias, procul ab legibus magistratibusque, ad militarem temeritatem transferre.» Ibidem, lugar citado.

poderes convenientes ; y con seis mil infantes y trescientos caballos de tropas escogidas , y además otros seis mil infantes de tropas auxiliares , y ochocientos ginetes latinos , embarcóse en Pouzzuoli para España. Desembarca en Tarragona , pone en seco sus naves , y aumenta con la tripulación su ejército. En las orillas del Ebro recibe de manos de Marcio el mando de los restos del antiguo ejército , le mezcla con el recién llegado de Roma , y se encamina en busca de los cartagineses. La mayor parte de los soldados que Claudio Neron llevó de Roma , habian ya peleado á sus órdenes durante el sitio de Capua , y debia tener en ellos una completa confianza. Con su apoyo se dedicó sin duda ante todo á restablecer en los demás la disciplina , dando á entender á los partidarios de Marcio que para un romano la voluntad de Roma era la ley suprema. Encaminóse en seguida en busca de Asdrubal Barcino ; y lo hizo con tanta actividad y buena fortuna que le sorprendió metido en la Oretania (1) en la garganta llamada antiguamente Piedras Negras , entre Iiturgis y Mentesa. Detuvímonos cierta vez en las fragosidades de la Sierra de Alcaraz , y nos convencimos de que en ellas pudo haber pasado la escena que describe Tito Livio. Apoderado Claudio Neron de las salidas y puntos culminantes , puso en la mayor consternacion á su enemigo. Sin duda Asdrubal Barcino era todavía el general en jefe de todos los cartagineses de la península ; y no halló otro medio para salir de aquel mal paso que enviar á Neron un mensajero con un caduceo (2) , diciéndole que si le dejaba libre la salida abandonaria desde luego la España con

(1) En los ejemplares que poseemos de Tito Livio se lee «in Ausetanis:» pero hemos creído deber adoptar la correccion de «in Oretanis.» Lib. xxvi, cap. 17: de otra suerte no se entiende.

(2) El caduceo era simbolo de paz, y por lo mismo Livio, lugar citado, dice «caduceatorem misit.»

todo su ejército. Era Neron mas buen militar que sagaz político, y aceptó la proposicion con júbilo. Pero Asdrubal la habia hecho con segundos fines. Entretuvo en conferencias al romano, mientras de noche buscaba salida para sus tropas: y por último aprovechó un día de niebla y dejó burlado á su enemigo. En vano Neron intentó entónces irle al alcance: el cartaginés se mantuvo á la defensiva, y no le dió al romano ni el desquite de haber lavado con sangre su candidez extremada. Sin duda se hizo famosa en la península la estratagema de Asdrubal; ello es que Claudio Neron, aunque evitó á Roma la pérdida de nuevos aliados, no pudo hacerla recobrar los antiguos (1). Es de presumir que este general no fué enviado á España sino en comision y en calidad de interino, así para no chocar abiertamente con los partidarios de Marcio, como para dar cuenta al senado de la verdadera disposicion de los ánimos y aconsejar lo mas conveniente. Recibidos sus partes, se trató seriamente en Roma de llevar adelante con vigor la guerra de España, como si en la península viesen el mejor camino para poder dar al cartaginés golpes certeros. Pero la catástrofe de los dos Escipiones era tan reciente, y las noticias de Claudio Neron, respecto á la pérdida de las antiguas alianzas, tan desconsoladoras, que ningun general se presentó para pedir el mando (2) de las tropas romanas en España. Reunido el pueblo en el Campo de Marte, vuelve en vano los ojos á sus magistrados, á sus mejores ciudadanos, y á sus mas afamados jefes militares, deseoso de saber quién de ellos as-

(1) «Nec qui defecerant, redibant ad romanos, nec ulli novi deficiebant.» Tito Livio, lib. xxvi, cap. 18.

(2) Tratábase de hacer proconsular el mando en España, y así lo dice terminantemente Tito Livio, lib. xxvi, cap. 18. «Postremum eo decursum est ut populus proconsuli creando in Hispaniam comitia haberet.» Tal vez porque se creía que aspiraría á la eleccion alguno de los anteriores consules.

pirará al honor de ejercer el mas peligroso de los mandos que podia confiarles la república. Todos permanecian mudos, y en sus semblantes se leia lo mucho que desconfiaban de poder sobrellevar una carga que habia abrumado á todo un Cneo y á su hermano. De repente, cuando reinaba en la asamblea el mas profundo silencio, se levanta un jóven que apenas cuenta veinte y cuatro años (1), se presenta al pueblo desde un sitio elevado, y con palabras breves y elocuentes dice que aspira al honor de poder mandar las tropas romanas en España. El pueblo le mira, le escucha, y le aclama. Procédese á la votacion, y por unanimidad, nó solo de centurias sino tambien de votos personales, se le confiere el mando en jefe del ejército romano en nuestra península. Llámase Publio Cornelio Escipion, hijo de Publio, el primer romano que lidió con Anibal, y sobrino de Cneo, el primer patricio que investigó la Iberia y preparó en ella una dominacion que duró seis siglos. Disipado el primer asombro, á vista de aquella juventud arrogante, cundieron entre el pueblo recelos de que no bastasen los brios de Publio Cornelio para tanto empeño: pero entónces manifestó ante la asamblea tan altas y profundas miras acerca de la guerra de España, y del mando que se le habia confiado, que á una voz le reconocieron digno del honor de presidir á los destinos de Roma, allí en donde eran á la sazón mas formidables los peligros.

(1) «Quatuor et viginti ferme annos natus.» Tito Livio, lib. xxvi, c. 18. Polibio en el libro x, cap. 6, dice: «Solo cuenta veinte y siete años;» pero se contradice con la que ha dicho en el cap. 3 del mismo libro x, á saber: «que estuvo en la batalla de las orillas del Po, sostenida por su padre contra Anibal, y que solo tenia entónces quince años.» Dicha batalla se dió el año 218 antes de Cristo, y Publio Cornelio Escipion vino á España á fines del año 211; y cuando emprendió en 210 su movimiento sobre Cartagena, no podia tener la edad que marca Polibio. Algunos historiadores hacen perorar á Escipion el mozo ante el pueblo romano con un tono propio de un hombre trivial y fantástico. Véase á Lafuente, tomo i, pág. 370. Tito Livio por el contrario, libro xxvi, cap. 19, le hace hablar con elevacion y con nobleza: «magno elatoque animo disseruit.»

CAPITULO XI. — Continúa la segunda guerra púnica. Conquista Publio Cornelio Escipion la ciudad de Cartagena.

AÑO 210 ANTES DE CRISTO.

Acostumbran nuestros historiadores, al entrar Publio Cornelio Escipion en escena, deshacerse en elogios, haciéndonos magníficas pinturas de sus prendas morales, militares y políticas. Nos hemos propuesto ser muy parcos en dar alabanzas anticipadas, por el inconveniente que resulta en la serie de la narracion de tener que modificarlas no pocas veces en vista de las acciones que nos patentiza la historia. Además tenemos la desgracia de no poder hallar consignadas, ni en los mismos escritores romanos, las nobles virtudes, la generosidad, la magnanimidad, la moderacion ni la justicia, con que muchos nos pintan adornados á los dominadores del mundo. No vemos en ellos mas que una sed insaciable de sacrificarlo todo ante el engrandecimiento de Roma. Si un español, por nombre Merico, les entrega la Sicilia y se pasa á ellos con su gente (1), no hay duda que le pondrán en las sienes una corona de oro, y le darán á él y á los suyos tierras y casas, arrebatadas á sus antiguos dueños: Merico será para los romanos un héroe. Pero si un celtíbero se niega á lidiar contra los cartagineses, esto será una perfidia (2) propia de bárbaros. Si se propalan por el vulgo prodigios, como el de los torrentes de sangre que por este tiempo se dice que llovieron en Suberta (3), esto es se-

(1) Tito Livio, lib. xxvi, cap. 21 «cum coronis aureis... et Mericus Hispanus.... Merico Hispanisque qui cum eo transierant, urbs agerque in Sicilia, ex iis, qui a populo romano defecissent, jussa dari.»

(2) Ibidem, lib. xxv, cap. 33 «Barbariæ, et præcipue omnium earum gentium..... perfidiæ.»

(3) Ibidem, lib. xxvi, cap. 23. «Et in foro subertano sanguinis rivos per diem totum fluxisse.»

ñal de que los dioses del pueblo rey reclaman grandes víctimas. Será necesario que Marcelo inunde en sangre la Sicilia, y sea para ella una plaga mas terrible que el Etna (1); y que Levino haga azotar públicamente y cortar la cabeza á los principales ciudadanos de Agrigento (2). Si la campaña de Roma ha sido devastada por Anibal; si no transcurre ningun año sin que el cartaginés, metido en las entrañas de la Italia (3), destruya un ejército romano; si un incendio fatal reduce á pavesas el foro la vigilia de la fiesta de Minerva: no faltará un esclavo que para recobrar la libertad, y recibir en premio de su delacion veinte mil libras de cobre, acuse á su propio amo y á las principales familias de Capua, de ser fautores de los desastres de Roma. En vano negarán el hecho los acusados; el delator será creído, y á los capuanos se les arrebatará una confesion en medio de los mas atroces tormentos para arrancarles luego los bienes y la vida (4). No basta este castigo. Si hay en Capua dos mujeres solamente, una de ellas cortesana, que se hayan mostrado enemigas de Cartago y amigas de Roma, se las honrará é invitará á presentarse al senado y pedir recompensas; pero los demás capuanos serán tratados como fieras (5), y vendidos como esclavos, ellos, sus mujeres, y sus hijos (6). Y una vez arruinadas y devastadas la Sicilia y la Campania, no se perdonará ya ni al mismo pueblo de Roma. Abrumado por los tributos, reducido á tener yermos los campos,

(1) Ibidem, lib. xxvi, cap. 29. «Obrui Ætnæ ignibus, aut mergi freto, satius illi insulæ esse, quam velut dedi noxæ inimico.»

(2) Ibidem, lib. xxvi, cap. 40. «Lævinus qui capita rerum Agrigenti erant, virgis cæsos securi percussit.»

(3) Floro, lib. II, cap. 6. «Italia visceribus inhærentem.» Tito Livio, lib. xxvi, capítulo 26. «Et prope quotannis exercitus cæsos querebantur.»

(4) El mismo Tito Livio, lib. xxvi, cap 27, nos da estos ejemplos de la decantada humanidad y moderacion de Roma.

(5) Ibidem, «velut feras bestias.»

(6) Ibidem, lib. xxvi, cap. 34. «Ipsos liberosque eorum et conjuges vendendas.»

incendiadas las casas, sin esclavos para cultivar las tierras, ya solo unos míseros ahorros le quedaban (1): y fué preciso que los destinase á pagar los salarios de los remeros. Jamás habian flotado tanto los romanos entre la alegría y la esperanza. Si habian perdido gran parte de la España, habian en cambio recobrado la Sicilia. Si habian ganado la ciudad de Capua, en desquite habian perdido la de Tarento. Si Filipo de Macedonia les habia declarado la guerra, tambien los etolios habian entrado en su alianza, junto con Atalo, rey de Asia, como para abrirles el imperio de Oriente. Á la sazón hizo los mas grandes esfuerzos para recobrar en España su anterior prestigio y convertir la península en una esclava atada á su carro de triunfo.

Publio Cornelio Escipion, acompañado del propretor Julio Silano, embarcóse en Italia con diez mil infantes y mil caballos, en treinta naves de cinco órdenes de remos. Se le entregaron cuatrocientos talentos de plata (2) para los gastos de la guerra. Lleno de juventud, y henchido el pecho de esperanza, mozo animoso, y aunque arrogante afable, aparecia en él encarnado el principio de la decadencia romana, que ya tendia á desnudarse de lo viejo, y á entregarse á la juventud para tentar con ella aventuras. Fabio Máximo no era muy amigo de este Escipion, porque veia en él las ilusiones perniciosas de la mocedad inexperta, que primero siembra glorias y luego cosecha ruínas (3). Costeó las playas de la Toscana, los Alpes, cruzó el golfo Ligústico y el Gálico, y á la vuelta del Promontorio de los Pirineos, desembarcó su gente en Ampu-

(1) *Ibidem*, lib xxvi, cap. 35. «Tecta hostes incendisse, servos agri cultores rempublicam abduxisse, nunc ad militiam parvo aere emendo, nunc remiges imperando.»

(2) Polibio, *Hist. Gen.* lib. x, cap. 19.

(3) Plutarco; *Vida de Fabio Máximo*. Y es de creer que la oposicion de Fabio no se encaminaba á lo presente, sino á los azares de los dias venideros.

rias, puerta por donde siete años antes habia su tío Cneo penetrado en España (1), y por tierra se trasladó con su gente á Tarragona. Á los diputados de los pueblos aliados de Roma que vinieron á ofrecérsele, tratólos con la dignidad y dulzura convenientes. Ni se mostró desconfiado con Marcio, ni desabrido con Claudio Neron que le entregó el mando de su ejército. Pocos capitanes se han visto á su edad puestos á la cabeza de fuerzas tan respetables y tan aguerridas. Cincuenta mil hombres tendria entónces á sus órdenes, incluidas las guarniciones, y además de esto una escuadra formidable. Sus enemigos, divididos en tres ejércitos, ocupaban, Asdrubal Gisgon la Turdetania, Magon la selva Castulonense, y Asdrubal Barcino las cercanías de la ciudad de Sagunto. Esto á fines del año 211 antes de nuestra era (2); pues al comenzar la primavera del año 210, Asdrubal Gisgon se habia corrido hasta la embocadura del Tajo, Magon se habia dirigido al Promontorio Sacro, y Asdrubal Barcino se hallaba sitiando una de las ciudades de los carpetanos (3). Lo que prueba que los cartagineses eran únicamente dueños de la parte de la península comprendida entre los dos mares, Atlántico y Mediterráneo, la cuenca occidental del Ebro, y la meridional del Tajo. Lo demás, fuera de la Cataluña ocupada por los romanos, eran tribus independientes que podian aliarse indistintamente con el pueblo cuya amistad prefiriesen. No era fácil traslucir el plan de campaña que Escipion llevaba trazado. Sumamente re-

(1) Es sensible que un hombre tan estudioso como Romey se equivoque tan a menudo hablando de las cosas de España. Dice tomo 1, pag. 134 del original, que Escipion desembarcó en Tarragona. El laborioso Lafuente, que le sigue, tambien tropieza con él en el mismo error, tomo 1, pag. 371. Entrambos debian haber seguido a Tito Livio, lib. xxvi, cap. 19, en donde dice: «Emporiis urbe græca (oriundi et ipsi a Phocæa sunt) copias exposuit; inde sequi navibus jussit, Tarraconem. pedibus profectus.»

(2) Tito Livio, lib. xxvi, cap. 20.

(3) Polibio, lib. x, cap. 7.

servado en sus proyectos , píntale Polibio con un rasgo maestro cuando dice (1) que tenia determinado no hacer nada de cuanto públicamente habia anunciado. Veia dividida la España en tres bandos , España independiente , España cartaginesa , y España romana ; la primera se separaba de la segunda ó de la tercera , conforme le convenia á sus intereses : era , pues , un elemento inconstante , con el cual no se debia contar sino en los dias de próspera fortuna. Si los celtíberos se habian separado de Roma , ya los carpitanos andaban enemistados con Cartago. Si una de estas dos repúblicas salia triunfante , indudablemente arrastraria sobre las ruínas de su rival la parte independiente de la Iberia. Ir á tentar de pronto la suerte de las armas en los campos de batalla , le pareció aventurado , mayormente cuando los tres caudillos cartagineses , separados ahora para su mal (2) , podian de un momento á otro reunirse y abrumar á los romanos con fuerzas superiores. Tarragona era el cuartel general y la verdadera capital de la España romana. Cartagena lo era de la España cartaginesa. Especie de puesto avanzado para darse la mano con el África , era Cartagena un puerto de mar excelente , y una ciudad bien fortificada y abastecida. Arsenal de los cartagineses , depósito de sus escuadras , de sus víveres , pertrechos y máquinas de guerra , á ella acudian los ejércitos para rehacerse , y á ella llevaban los despojos de los enemigos. La toma de Sagunto , y la libertad dada á los rehenes que en ella se conservaban , habia producido mas ruido que efecto , pues los cartagineses habian obtenido de sus aliados iberos nuevos rehenes , y

(1) Ibidem, lib. x, cap. 6.

(2) Escipion, segun Tito Livio, lib. xxvi, cap. 41, era de parecer que la verdadera causa de la ruina de su padre Publio y de su tio Cneo, habia sido su separacion: «et didixerunt exercitus, quæ patri patruoque meo causa exitii fait.»

los guardaban ahora en Cartagena. Hallándose en Tarragona debió Escipion maravillarse de que los cartagineses victoriosos no hubiesen aunado sus esfuerzos para apoderarse de la capital romana en España; y luego hubo de columbrar el efecto moral que causaria en la península la conquista de una ó de otra de las dos ciudades enemigas. Al principio debió parecerle esto un sueño de la fantasía; pero luego la reflexion le diria que jamás como en aquella coyuntura podia tentarse un golpe de mano. Los tres jefes cartagineses se hallaban á diez jornadas de distancia de su cuartel general; Escipion podia ponerse á la vista de Cartagena en siete dias. En aquellas aguas no se habia avistado ninguna escuadra enemiga; la romana estaba entera, bien equipada y pronta á dar la vela. No habia en Cartagena otro presidio que mil soldados (1), defendida como se hallaba parte de la ciudad por las olas del mar, y la otra por altas murallas. Sus ciudadanos propios para una defensa eran pocos; los artesanos y los marinos, muchos, aunque no muy aptos, dice Polibio, para el servicio de las armas (2). Algunos pescadores tarraconeses habian estado en Cartagena, y de ellos supo Escipion que las aguas del mar, que defienden por una parte la ciudad, declinaban por el reflujo al caer de la tarde, y eran vadeables. Esta circunstancia fijó en la mente de Escipion el plan de su primera empresa. Pero á nadie confió sus designios fuera de su amigo Lelio, jefe de la escuadra romana. Dióle orden de dar la vela con todas sus naves, y de secundarle en los momentos críticos. Peligrosa era á la verdad la empresa. Cneo la habia tentado y vió desvanecerse sus esperanzas.

(1) Polibio, lib. x, cap. 8.

(2) Ibidem, lugar citado.

Sale Escipion de Tarragona, pasa el Ebro á la cabeza de veinte y cinco mil infantes, y dos mil quinientos caballos; y en siete jornadas se traslada desde las márgenes de aquel rio hasta la Nueva Cartago. El ejército, ignorante de la empresa, debió dar una aclamacion de sorpresa cuando se vió junto á los muros de la capital cartaginesa, y hubo de saludar con entusiasmo á la escuadra romana que se dejó ver por aquellas aguas aquel mismo dia. Por su parte la chusma de la escuadra debió poner el grito en las nubes al ver acampado el ejército y dispuesto á dar el asalto. Ningun gobernador de plaza pudo jamás quedar mas consternado que el cartaginés, al ver que de improviso arremetian contra él combinados un ejército y una escuadra poderosos. Unos historiadores dicen que era gobernador cierto Magon, nó el general del mismo nombre: otros, siguiendo á Valerio de Ancio, dicen que la defensa estaba confiada á un tal Arines. Tal vez uno mandaba en la ciudadela, y otro en la plaza. Pocas palabras le bastaron á Escipion para excitar el entusiasmo de los suyos. Díjoles que allí estaba el tesoro de los enemigos, sin el cual no podrian pagar á sus aliados; y que tomada Cartagena, no se conquistaba una ciudad sola, sino la España entera. Era entre los romanos una costumbre cebarse en los habitantes de una ciudad sitiada hasta exterminarlos, y despues darla á saco (1) y repartirse el botin con una equidad no acostumbrada entre otros guerreros. La idea, pues, de que iban á penetrar en una ciudad poblada, rica, en donde podrian derramar mucha sangre, y

(1) «Esta exterminacion, dice Polibio con una frialdad asombrosa, es una costumbre que los romanos han adoptado sin duda para dar terror á las gentes. Asi se han visto frecuentemente ciudades asaltadas por los romanos, y en las cuales no solo degollaban á los habitantes, sino que cortaban y esparcian los miembros palpitantes de los perros.» Polibio, lib. x, cap. 15.—«Por lo demás, añade Polibio, lib. x, capítulo 16, los romanos se reparten con mucha lealtad el botin, y se obligan á ello por juramento, una vez reunidos en el campo al ir á entrar en campaña.»

allegar mucho oro y plata, debía enardecerlos hasta excitar en ellos un verdadero frenesí. Allí estaban todos los recursos terrestres y marítimos del enemigo, su ciudadela, su tesoro, su granero, y el puerto desde donde el África atraía para sí todas las riquezas de la península (1). Si hemos de dar crédito á Polibio, y su testimonio casi es irrecusable (2), no se limitó Escipion á excitar el entusiasmo de su gente con aquellas imágenes atractivas para los soldados, sino que afirmó ante el ejército que Neptuno se le habia aparecido en sueños animándole á no dejar de mano la empresa, y diciéndole que le ayudaria en el momento crítico. Es sabido que Polibio supo de boca del hermano de Lelio, jefe de la escuadra romana durante esta empresa, los pormenores que relata sobre Escipion y sus acciones. Hemos, pues, de confesar, que el jóven general conocia profundamente el carácter supersticioso de los romanos, y que en otros tiempos, y puesto á la cabeza de otros pueblos, hubiera podido ser un Mahomá. Todos sus alardés manifiestos contra Cartagena fueron dirigidos hácia la parte de la ciudad que mira al norte (3). El gobernador de la plaza dividió sus mil soldados en dos cuerpos; la mitad dejóla en la ciudadela, la otra la llevó á la colina del este. Armó como pudo los dos mil ciudadanos mas vigorosos que habia en la ciudad; y á los demás habitantes les dió orden de coronar y defender las murallas. En tales casos todo el mundo era

(1) «Hæc illis arx, hoc horreum, ærarium, armentarium, hoc omnium rerum receptaculum est.... Hinc omni Hispaniæ inninet Africa.» Tito Livio, lib. xxvi, cap. 43.

(2) Polibio, lib. x, cap. 11. «Acabó, dice, su discurso, diciéndoles que Neptuno le habia inspirado aquella empresa en un sueño, y le habia prometido darle en el mismo campo de batalla una cooperacion tan patente, que todo el ejército la reconociese.» Tito Livio que no se olvidó de hablar de la vision de Anibal en las márgenes del Ebro, da otro colorido á Polibio en este paso, que revela un rasgo de carácter que ningún historiador puede pasar en silencio: lib. xxvi, cap. 43.

(3) «Castrá ab regione urbis, qua in septentrionem versa est, posita.» Tito Livio, libro xxvi, cap. 42.

soldado, pues se trataba de la comun salvacion ó ruína. En cuanto vió á los romanos dispuestos á dar el asalto, dispuso la salida de los dos mil ciudadanos. Escipion habia previsto este movimiento, y replegando sus tropas llevó al enemigo hasta alguna distancia de las murallas en donde pudo cargar sobre él con fuerzas superiores, y llevarle en derrota con estrago hasta los mismos muros. La principal fuerza de Cartagena quedaba destruida. Entónces principió el asalto, nó el verdadero que habia meditado Escipion, sino el falso, que debia dar á entender á los cartagineses que solo por la parte de tierra serian acometidos. El mismo Escipion iba entre los suyos, animándolos, aunque puesto en seguridad completa detrás de los escudos de tres jóvenes vigorosos. En aquellos tiempos debia parecer muy natural que así procurase el caudillo poner á salvo su existencia (1). En el dia es seguro que ningun general se atreveria á presentarse ante sus soldados tan precavido. Intentóse con arrojo este primer asalto. Pero las murallas eran altas, el ardor de los defensores grande y el ánimo de Escipion no perder gente en una embestida temeraria. Declinaba ya el dia, é hizo tocar retirada. Acercábase la hora de que Neptuno acudiese á su auxilio como lo habia prometido; y reunidos sus mejores soldados en torno de la laguna, hízoles notar el movimiento de reflujo que ya se experimentaba. Era para ellos un espectáculo nuevo, y creyeron verdaderamente que no podia ser sino la obra de un Dios (2). Quinientos hombres esco-

(1) Polib. Hist. Gen., lib. x, cap. 13. «Escipion, dice, se habia mezclado entre los combatientes, pero tanto como le fué posible sin exponer su vida. Tres escuderos le protegian con sus escudos, y cubriéndole de la parte de la muralla, le daban seguridad completa.» Tito Livio lib xxvi, cap. 44, viene á decir lo mismo en estos términos: «Ipse, trium præ se juvenum validorum scutis oppositis (ingens enim jam vis omnis generis telorum é muris volabat) ad urbem succedit.» Debe tenerse presente que los antiguos iban al asalto cubiertos con sus escudos en forma de tortuga. Los escudos servian entonces para algo: con las armas ofensivas de nuestros dias serian inútiles.

(2) Polibio, lib. x, cap. 14. «Acordáronse desde luego los soldados, dice, de la pro-

gidos se metieron con escalas en la laguna, mientras los demás soldados mantenian la ciudad en alarma por la parte del norte, renovando el falso ataque. Atentos los sitiados al peligro mas inminente, y estando muy lejos de creer que nadie pudiese venir contra ellos por la laguna, se defendieron bizarramente en la parte de tierra, y dejaron abandonado lo que á su parecer las aguas protegian. Por este lienzo de muralla entraron los romanos en la ciudad sin combate, se corrieron por el muro, arrojaron de él á la gente empleada en su defensa, y abrieron la puerta del norte al grueso del ejército romano. Escipion con un cuerpo escogido se dirigió contra la ciudadela, y dió orden de comenzar en la ciudad el degüello sin perdonar edad, condicion ni sexo, y de no entregarse al saqueo hasta haber consumado la obra de exterminio. La matanza, dice Polibio (1), fué grande, y natural en una ciudad tan poblada. Cuando el gobernador cartaginés rindió la ciudadela, Escipion se encerró en ella con seis mil hombres, y dió orden para que comenzase el saqueo. Entre los romanos lo mismo participaba del botin el que permanecia en sus cuarteles que el que le allegaba. Los merodeadores asimismo no trabajaban solo para sí, sino para sus compañeros. Pero en los asaltos de las ciudades tenian por costumbre no confundir jamás el saqueo con el degüello: exterminaban primero, y luego tomaban posesion de lo que pertenecia á los finados. Cuando

mesa hecha por Escipion de que Neptuno les ayudaria, y se llenaron de ardor.» Son muchos los que creen que dos mil años há, siendo mas reciente la catástrofe que abrió paso al Atlántico para venir á formar el Mediterráneo, las mareas debian ser mucho mas sensibles que hoy dia en el llamado mar Ibérico, ó principio del Mediterráneo, hasta el cabo de Palos. Los romanos, segun Polibio, ib., no tenian idea del reflujo. «Y para quien, añade, no conocia este fenómeno, aquello era un milagro.»

(1) Polibio, lib. x, cap. 15. «Escipion dió orden, dice, de matar á cuantos se encontrase, sin perdonar á nadie.....» «El degüello fué considerable, pues la ciudad era populosa.» Tito Livio, lib. xxvi, cap. 46, modifica la frase de Polibio, y dice que no se perdonó á ningun adulto: «nulli puberum, qui obvius fuit, parcebatur.» Polibio añade que «semejantes exterminios eran propios de los romanos.» Que por tales pasos se introducía la civilizacion latina.

la mayor parte de los habitantes habia perecido, reducian á servidumbre á los que nõ eran ya temibles, ni inútiles para sus fines. De la numerosa poblacion de Cartagena, los romanos no perdonaron mas que á diez mil personas. Poquísimas de entre ellas pertenecian á la clase de ciudadanos, pues los mas de estos habian sucumbido en su salida contra el campo enemigo. Á esos restos les dió Escipion la libertad, cuando ya nada les quedaba para poder usar de ella: pero la esperanza le es tan natural y grata al hombre, que la recibieron con lágrimas de alegría. Eligió después Escipion dos mil artesanos y les dijo que quedaban siervos de Roma, pero que recobrarian la libertad en cuanto Cartago fuese vencida, que es cuando ya serian inútiles por la paz ó por sus años. Con los restantes prisioneros aumentó la tripulacion de su escuadra, eligiendo para este servicio los mozos mas sanos y mas bizarros, y prometiéndoles tambien la libertad así que Roma hubiese triunfado. Muchos se hacen lenguas aquí en alabanza de la generosidad romana. Ciertamente Escipion supo reducir á la horfandad algunos millares de individuos, dar libertad á los inútiles de cuyos bienes se habia cobrado ya el rescate, y conservar en la servidumbre, dándoles esperanza para el porvenir, á todos cuantos podian serle de algun provecho. Así fué conquistada en un solo dia la capital de los cartagineses en España. La que podia resistir un largo sitio, y contaba con elementos para rechazar al mas formidable enemigo, fué víctima de una sorpresa, y cayó por un golpe de mano atrevido; obra del talento á la vez y de la fortuna. Sagunto no era de mucho tan fuerte como Cartagena, y resistió ocho meses á ciento cincuenta mil hombres mandados por Anibal. Aquella conquista debia, pues, dar á Escipion un pres-

tigio moral inmenso. Ya no tenían los cartagineses granero, y los romanos nadaban en la abundancia de víveres; había ya perdido Cartago un formidable arsenal de máquinas de guerra, del que ahora se aprovechaba Roma; seiscientos talentos de plata existían en el tesoro de Cartagena (1), y mucho oro y plata labrados, y esto no solo había desaparecido para el cartaginés, sino que triplicaba ahora la pujanza de sus enemigos. Era tan asombrosa la victoria conseguida que por poco nace de ella la ruína de los vencedores. Era necesario dar la corona mural al que primero había subido al muro. Trebelio, centurion del ejército de tierra, y Digicio, soldado de la escuadra, aspiraban á ella. El ejército se declaró por el primero; la flota por el segundo. Los soldados iban ya á llegar á las manos (2); ninguno retrocedía ante el fraude ni el perjurio para obtener un honor que solo era debido al mérito: todos estaban dispuestos á tomar por testigos á los dioses de que la corona pertenecía á su camarada (3), y de que era verdad lo que querían, nó lo que sabían. Parecería imposible tanta perversidad sino la atestiguan los mismos historiadores romanos. Escipion tuvo que acudir á un perjurio para calmar los ánimos de aquellos perjuros. Dijo que le constaba (4) que Trebelio y Digicio habían subido á un mismo tiempo á la muralla y que cada uno merecía una corona.

Entre los prisioneros fueron presentados á Escipion trescientos rehenes dados por las ciudades españolas á los cartagineses en prenda de su alianza. Hay quien dice que eran en número de setecientos veinte y cinco. Polibio dice que

(1) Polibio, lib. x, cap. 19.

(2) Tito Livio, lib. xxvi, cap. 48.

(3) Ibidem: «fraude ac perjurio decus petatur virtutis;..... per omnes deos paratos jurare, magis quæ velint, quam quæ sciunt, vera esse.»

(4) Tito Livio, lib. xxvi, cap. 48.

los presentados á Escipion fueron pocos mas de trescientos. En tal caso los que faltaban hasta los setecientos veinte y cinco moririan sin duda en el degüello. Tito Livio afirma que Escipion trató bien á los detenidos , y envió correos á sus familias para que viniesen por ellos (1). Polibio refiere el hecho de muy distinta manera, y dice que el general romano les manifestó que les daria la libertad si sus padres consentian en aceptar la alianza con Roma ; y además añade que se llevó dichos rehenes á Tarragona (2). Las palabras de Polibio son tanto mas dignas de estudio, quanto revelan tácitamente una amenaza de muerte para el caso en que los padres se negasen á entrar en alianza con los romanos. Una de las matronas cautivas tuvo que echarse á los piés de Escipion , pidiéndole que mirase por la honra de las jóvenes cautivas ; tan amenazada estaria. Sabian los soldados que á Escipion le gustaban mucho las mujeres (3), y le presentaron una muy hermosa que excitaba la admiracion de cuantos la veian, y le dijeron que se la ofrecian como un rico regalo. Respondióles que , como Escipion , nada podia serle mas grato ; pero , como general , era otra cosa. Informóse de la familia de la cautiva , y supo que debia desposarse con un régulo amigo de Roma , y poderoso entre los celtíberos. Envíale al momento un recado atento , y le entrega sin rescate la cautiva , seguro de que el español no le cederá en lo generoso: en efecto , viene á servir á sus órdenes con mil cuatrocientos caballos. El escritor Floro , con el estilo pomposo é hinchado que le es propio, dice que Escipion no quiso siquiera enturbiar con sus miradas la pure-

(1) *Ibidem*, lib. xxvi, cap. 49.

(2) Polibio, lib. x, cap. 18 y 20.

(3) Son palabras textuales del mismo Polibio, lib. x, cap. 19.

za de las jóvenes cautivas (1). Polibio es menos fantástico y mas verdadero.

El victorioso jefe no dejó enervarse en el ocio las tropas; y dispuso que la escuadra se ejercitase diariamente en evoluciones navales, y que las legiones aprendiesen una nueva táctica. En un dia las hacia recorrer treinta estadios; el segundo dia le dedicaban á limpiar con esmero las armas; el tercero al descanso; el cuarto á los simulacros y ejercicios militares; el quinto volvian á desandar los treinta estadios recorridos. Aumentó su armada con diez y ocho naves cartaginesas, y tuvo la gloria de haber formado en poco tiempo un ejército y una escuadra poderosos. Si no se le pueden conceder las virtudes morales y civiles con que le han adornado algunos historiadores; si no es verdad que fuese magnánimo con los vencidos, sino cruel é implacable; si no es cierto que fuese mas religioso que Anibal, sino que sabia sacar partido de las supersticiones para llevar á cabo sus miras; si no es cosa probada que ejerciese la continencia, por autoridad de Valerio Antías que pinta los hechos muy de otra manera que Tito Livio, y aun concretándonos al testimonio de Polibio ya citado; si en fin no puede mirársele como un modelo de ciudadanos, toda vez que Fabio Máximo tenia formada de él una mala idea: no puede negarse á lo menos que fué un capitán dotado de prendas eminentes. Puesta Cartagena en buen estado de defensa, y dejando en ella un fuerte presidio, volvióse á Tarragona con el botin, el tesoro, la escuadra, el ejército, y los rehenes españoles (2).

(1) Floro, lib. II, cap. 8.

(2) Polibio, lib. X, cap. 20.

CAPITULO XII. Batalla de Bécula. Deguello en Oningi. Batalla de Ilipa. Batalla del Metauro y muerte de Asdrubal Barcino.

AÑOS 209 A 207 ANTES DE CRISTO.

Para conocer á fondo el carácter de la nacion que aspiraba á arrojar de la península á los cartagineses , y á entronizarse en ella , es necesario no atender solo á sus grandezas , sino tambien á sus debilidades. Cuando los españoles fueron á Méjico y presenciaron las ceremonias religiosas de un pueblo que consultaba en sus calamidades las entrañas ensangrentadas de las víctimas expiatorias , ya no se acordaban de que diez y seis siglos antes , otro pueblo , no menos supersticioso que el mejicano , y mucho mas cruel , habia venido de Italia para derribar los dioses iberos , y levantar áltares á las deidades latinas. Sus falsos pontífices propalaban los absurdos mas repugnantes para reunir la plebe en torno de las aras de Júpiter , decretar rogativas , y pedir expiaciones. Ya unas enormes serpientes se habian paseado por los mares , ya un animal inmundo habia nacido con cabeza humana , ya algunas estatuas , noche y dia , habian sudado sangre , ya la fuente de Alba habia manado enrojecida , ya un toro habia hablado en Priverna , ya se aseguraba que habia llovido leche , que un niño habia nacido con cabeza de elefante , que en Minturnes habia corrido un arroyo de sangre , y por último que habia nacido un niño cuyo sexo era dudoso. La ilustracion romana exigia una expiacion digna de tales portentos : el recién nacido fué metido vivo en un cofre , y arrojado al mar , mientras tres cohortes , de nueve doncellas cada uno , recorrian las calles de la

ciudad eterna, entonando himnos á Juno (1). Los tarentinos abrieron las puertas de su capital á los romanos; pero estos penetraron en la ciudad á degüello y á saco para dar á entender que habia sido tomada por asalto (2). En Arretio se notaba cierto descontento contra los romanos; entra en ella Hostilio con banderas desplegadas: « Ó me dais hoy mismo rehenes, dice á los habitantes, ó mañana me llevo todos vuestros hijos (3). » Tal era la dominacion que se iba ya cimentando en nuestra Iberia. Todavía Anibal contaba con los españoles como con su principal elemento para hacer la guerra á Roma (4); y sin embargo, Escipion tenia ya á su favor aliados españoles. Profundamente dividida nuestra tierra, parecia que tomaba por cosa de juego dar alimento á aquellas grandes lides.

Dejamos á Escipion en Tarragona con los rehenes españoles que halló en Cartagena. Sin duda la generosidad con que su tío Cneo habia dado libertad á los rehenes salidos de Sagunto, no habia producido los efectos deseados, pues esta vez fué necesario que los padres y los esposos se humillasen ante el general romano si querian obtener la restitucion de sus hijos ó de sus mujeres. Edecon, jefe de los edetanos, fué el primero que segun Polibio (5) se presentó á Escipion

(1) Tito Livio, lib. xxvii, cap. 4. «Tarquinis porcum cum ore humano genitum; et in agro Capenate, ad locum Feroniæ quator signa sanguine multo diem ac noctem sudasse» Ibidem, cap. 10: «Cruentam etiam fluxisse aquam Albanum;..... et Priverni satis constabat bovum locutum;..... et lacte pluisse, et cum elephanti capite puerum natum»... Ibidem, cap. 37. «Minturnenses, terribilius quod esset, adjiciebant, sanguinis rivum in porta fluxisse.... Frusinone infantem natum..... incertus mas an femina esset.... Vivum in arcam condidere provectumque in mare projece-runt.» Por lo demás en la antigua Roma la religion intervenia en todo, hasta en el cumplimiento de los votos hechos por los particulares, de suerte que los pontifices eran superiores en poder y en influencia á los mismos cónsules y al senado.

(2) Ibidem, lib. xxvii, cap. 13. «Captus est murus adjuvantibus recipientibusque Brullis.» Ibidem, cap. 16. «Ut vi potius atque armis captum Tarentum videretur... ad cæde ad diripiendam urbem discursum.»

(3) Ibidem, lib. xxvii, cap. 24.

(4) Ibidem, lib. xxvii, cap. 14. «Ab Annibate Hispani primam obtinebant frontem, et id roboris in omni exercitu erat.»

(5) Polibio, lib. x, cap. 34.

para obtener de él la restitucion de su mujer y de sus hijos, en cambio de una promesa de alianza. Ya Lelio habia vuelto de Italia ; licenciadas por el pronto las fuerzas navales , como innecesarias en nuestros mares , se habia aumentado con su personal el ejército de tierra (1). Indibil y Mandonio fueron otros jefes españoles que , para recobrar sus mujeres y sus hijas , y evitar que pudiesen ó fuesen vendidas por los romanos como esclavas, se apartaron de la alianza de Cartago , y brindaron con la suya á Escipion el mozo. Aceptóla este , fingiendo que reconocia por justas las quejas que los españoles debian tener contra los cartagineses , por sus merodeos y su orgullo. Indibil y Edecon saludaron al general romano con el nombre de rey. Polibio dice que Escipion quedó confuso al oirlo: pues en realidad lo que tan bien sonaba á los oídos de los iberos, era para los romanos , esclavizadores de reyes , un nombre vano y despreciable. Por el pronto disimuló pensando en dar una leccion al mas temible de sus enemigos.

Asdrubal Barcino no habia podido ponerse en armonía, ni con Magon Barcino , su hermano , ni con Asdrubal Gisgon , su compañero en el mando. La sangre de los Barcinos no admitia competidores ni iguales ; el mismo Magon , que habia militado á las órdenes de Anibal en Italia , fué enviado por este á Cartago bajo un pretexto , porque no cabian en un ejército dos Barcinos. Lo mismo pasaba en España. Las disensiones y hasta los odios , dice Polibio (2) suscitados entre los generales cartagineses , fueron fatales á su república. Ni la pérdida de Cartagena pudo aunarlos , ni la aproximacion de su enemigo reunirlos. Asdrubal Barcino te-

(1) Ibidem, lib. x, cap. 35.

(2) Ibidem, lib. x, cap. 37.

nia intentado dar batalla á Escipion , y si la perdía abandonar para siempre la Iberia , en donde no podía ya mandar solo , y trasladarse por fin á Italia en donde reemplazaría tal vez á Anibal. Cerca de Cazlona , en las orillas del Bétis , á corta distancia de unas minas de plata , junto á la ciudad de Bécula (1) , tomó una posición conveniente. Trasládóse no muy lejos á otra mas formidable , con la noticia de que Escipion se acercaba. Cuando el vencedor de Cartagena vió de cerca á su enemigo , en lo alto de unas colinas , vaciló y permaneció dos dias en la incertidumbre. Iban tal vez á marchitarse allí sus recientes laureles. Tenía que háberse las con un jefe incansable , mas en la adversa que en la próspera fortuna , y fecundo en recursos en los lances críticos. Encerrado en un desfiladero , cuando no podía salir de él sino pasando por debajo de unas horcas Caudinas , había sabido burlar á Claudio Neron , y poner en salvo su ejército. Unas veces vencido , victorioso otras , nunca le faltaban aliados , y sabía formar nuevos ejércitos en medio de un país devastado. Ahí estaba , fuerte por el número y la calidad de sus tropas , y mas aun por la posición inexpugnable en que se había situado. La indecision podía ser fatal al romano si daba tiempo á Magon y Gisgon para que acudiesen. Al contrario toda demora era favorable á Asdrubal Barcino. Determina Escipion tentar la suerte de una batalla. Los vélites , que así lidiaban á pié como á caballo , y la infantería pesada , dirigiólos de frente contra el enemigo. Asdrubal echó contra ellos sus mejores tropas. Escipion envió para sostenerlas sus tropas ligeras ; y al mismo tiempo con la mitad de las de reserva acometió al cartaginés por el flanco izquierdo , mientras Lelio con la otra mitad lo hizo

(1) Ibidem, lib. x, cap. 38.

por la derecha. Esta simultánea y combinada embestida fué decisiva. Asdrubal fué derrotado con pérdida de veinte mil hombres, los doce mil prisioneros (1). De estos Escipion dió libertad á los españoles. Polibio da tambien á entender que muchos se pasaron á él ó se le entregaron (2). Afirma asimismo que con grandes aclamaciones dieron á Escipion por segunda vez el nombre de rey. Pero el romano tenia ambicion mas vasta, y deseaba dominar á nombre del pueblo rey, nó en la península solamente, sino en el mundo conocido. Respondióles pues que si para ellos un hombre para ser grande debía tener una alma regia, él la tenia, pero no queria ser rey, ni que le diesen tal dictado. Preferia que le llamasen emperador (3), pues el nombre de rey, en otras partes grande, era entre los romanos intolerable. Los iberos debieron quedar asombrados al oír que un mortal despreciaba un título tan honorífico entre ellos y tan venerado; y no debieron estar lejos de creer, como los mismos romanos, que aquel arrogante jóven podia ser hijo de un Dios (4).

Así como habia soltado Escipion sin rescate los prisioneros españoles, hizo lo mismo con un hijo de Masinisa, descendiente de un rey numida: generosidad que le valió mas adelante un aliado. Algunos de sus capitanes eran de opi-

(1) Tito Livio, lib. xxvii, capitulos 18 y 19. Polibio Hist. Gen. lib. x, cap. 40.

(2) Polibio, lugar citado.

(3) *Ibidem*, lugar citado. Tito Livio, lib. xxvii, cap. 19. «Sibi maximum nomen imperatoris esse, dixit, quo se milites sui appellarent. Regium nomen, alibi magnum, Romæ intolerabile esse.» Emperador era voz que valia tanto como «general en jefe,» y andando los tiempos, por un recuerdo de los generales romanos, árbitros entre los reyes, ha venido á ser vocablo que significa dominacion sobre los monarcas. Sin embargo el nombre de rey le conservaron los romanos para designar al *rex sacrorum*, superintendente de los sacrificios; y al *interrex* que reemplazaba á los cónsules mientras se nombraban otros.

(4) Supo Escipion rodearse en Roma de tanto misterio, y frecuentar tan asiduamente los templos, que los romanos no estaban distantes de creerle hijo de Jupiter. Polibio, lib. x, cap. 2, dice que «hacia creer á sus tropas que no tomaba ninguna determinacion sin que se la hubiesen inspirado los dioses:» y en el capítulo 3 del mismo libro, añade «que todos cuantos habian oido hablar de los sueños de Escipion, decian que, no solamente en sueños, sino tambien despierto, tenia conversaciones con los dioses.»

nion que debia seguirse el alcance al enemigo : pero Escipion no era como aquellos cónsules romanos de quienes decia Anibal (1) que no sabian contenerse en la próspera ni en la adversa suerte ; vencedores , no daban descanso á los vencidos hasta caer en un mal paso ; vencidos , renovaban con desesperacion el combate con los vencedores : Escipion sabia que el terror del vencimiento obra mas prodigios que el encarnizamiento en los alcances. Conservaba entero y victorioso su ejército , y por otoño del año 209 volvió con él á Tarragona , desde donde las comunicaciones con Roma eran frecuentes. Pudo ya enviar á Italia cincuenta naves que no necesitaba (2).

Por última vez se juntaron los tres generales cartagineses , cuando ya declinaba visiblemente en la península la estrella de su república. Vacilantes los aliados , tibios los combatientes , perdida la dominacion del mar , exhausta Cartago , difíciles las levas , eran ya pasados aquellos dias en que se creía que el cartaginés iba á borrar del mapa á la reina de la Italia. Decidieron que Magon iria á las Baleares en busca de gente , que Gisgon se correria hasta la Lusitania evitando todo choque con el enemigo , y que Asdrubal Barcino no demoraria por mas tiempo su ida á Italia , ya para sacar de la península los soldados españoles , ya para juntar de paso un ejército de galos. No se hizo repetir el consejo. Asdrubal , porque ya deseaba con todas veras abandonar para siempre esa península en donde habia experimentado tantas mudanzas de la suerte. Y esta vez no dejó que ningun ejército enemigo le atajase el paso , ni le hostilizase en su marcha. Cartago envió á España , para reemplazarle , al ge-

(1) Tito Livio, lib. xxvii, cap. 14. «Nec bonam, nec malam ferre fortunam potest, seu vicit, ferociter instat victis; seu victus est, instaurat cum victoribus certamen.»

(2) Ibidem, lib. xxvii, cap. 22.

neral Hannon, que vino á ella con un ejército africano. Escipion se desdeñó de salir contra él á campaña, y envió en su seguimiento á Silano con mil infantes y quinientos caballos. Por medio de algunas marchas rápidas Silano sorprendió á Hannon y á Magon mientras estaban sublevando la Celtiberia, los acometió, los arrolló, sosegó las alteraciones del país, é hizo prisionero al mismo Hannon. Entónces se puso Escipion en campaña para ir á acabar con los restos de Magon y de Gisgon. Pero ni uno ni otro tenían ánimo ni fuerzas para esperar al romano, y diseminaron sus tropas. Visto lo cual, volvió el general sobre sus pasos, y envió á su hermano Lucio Escipion (1) con diez mil infantes y mil caballos contra la ciudad de Oningi, llamada por otros Oringi, y tambien Auringi, poblacion que alguno ha pretendido reducir á nuestra moderna Jaen. Habia en ella una suficiente guarnicion cartaginesa. La ciudad era muy poblada, rica, y rodeada de altos muros y torreones. Lucio conoció que con la escasa gente que traia, si no se apoderaba de Oningi por un golpe de mano, debia renunciar á tomarla por sitio. Dividió su cuerpo de ejército en tres brigadas, y arrojó la primera al asalto. Dicen que antes tentó sin fruto las vias de acomodamiento. Los legionarios se acercaron al muro, arrimaron escalas, y subieron por ellas con denuedo: mas los de Oningi los rechazaron con brio. Ya Lucio conoció que debia echar el resto. Hizo retirar la primera brigada, y renovó el asalto con las dos restantes. Este movimiento inesperado llevó la consternacion entre los oningios. La guarnicion cartaginesa conoció en la palidez de los semblantes

(1) Lucio era el hermano mayor de nuestro Publio Cornelio. Sin embargo en Roma los dos hermanos obtuvieron en un mismo dia el cargo de ediles, aunque Publio no tenía la edad. Polibio, lib x, cap. 4. Si el pueblo me nombra, dijo Publio, ya tendré la edad suficiente.

que los ciudadanos deseaban abrir las puertas, y fué replegándose para concentrarse en un ángulo de la plaza. Libres de un cuidado los de Oningi abrieron de par en par una de las puertas de la ciudad y salieron á recibir á los romanos, con solo el escudo, y levantados en señal de paz los brazos inermes y desnudos. Desgraciados. Ignoraban que el soldado romano, una vez entrado en el calor de un asalto, no abandonaba la presa que debia exterminar, ni el botin con que debia enriquecerse. Los que abrieron las puertas al romano, y le llamaron con gestos y con voces, fueron degollados los primeros (1). Sabida la catástrofe, Lucio hizo los mayores esfuerzos para contener el degüello ó limitarlo á los que se presentasen armados. De estos quedaron muertos dos mil. De los demás se ignora el número, pues los historiadores romanos trataron de escusar el ardimiento de las tropas de Lucio, y de atenuar el hecho. Achacábanle á que los soldados temian algun ardid, ó á que no pararon la atencion en la actitud de los que les abrieron la puerta. Sin embargo, el hecho reciente de Tarento, cuya ciudad pasaron á saco y á cuchillo, aunque sus moradores mismos les habian dado entrada, prueba que ya era aquella falta de atencion una costumbre. Ello es que Lucio vino para su hermano con una multitud inmensa de cautivos, dice Tito Livio (2), y Publio Cornelio comparó la toma de Oningi con la de Cartagena. Tambien á los restos de los ciudadanos se les devolvió la libertad, y el uso de las paredes, ya desnudas, de sus viviendas. No así á los artesanos, á los mozos aptos para el ejército ó para la armada, ni al resto de los mora-

(1) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 3. «Impetus hostilis in transfugas factus; nec secus, quam adversa acies, cæsi.» Sin embargo de que se habian presentado «dextrax nudas ostentantes, ut gládios abjecisse appareret.»

(2) Ibidem, lib xxviii, cap. 4. «Ingentem turbam captivorum præ se agentes.»

dores, que aumentaron el número de los cautivos. Según la cuenta mas exacta, sucedió esto en el año 208. Lucio pasó á Roma á dar parte de la victoria, y á presentar los prisioneros de distincion hechos por él en esta, y por Silano en la anterior jornada.

Tal vez en el año 207, duodécimo de la segunda guerra púnica, es cuando Roma y Cartago hicieron los mayores esfuerzos para vencerse y dominar. Setenta mil infantes, cuatro mil caballos, y treinta y dos elefantes, puso Asdrubal Gisgon en campaña intentando renovar en Escipion el mozo la catástrofe de Cneo y de Publio. Entretanto Asdrubal Barcino caia sobre la Italia con otro ejército no menos numeroso. Por otra parte Anibal no daba un momento de descanso á los romanos. Tuvieron estos que poner en pié dos grandes ejércitos en Italia. Esta fué la campaña decisiva, en la cual romanos y cartagineses se excedieron, en arrojo estos, en grandeza de ánimo aquellos. Quinto Fabio Máximo dirigia con el consejo al senado. Claudio Neron, el propretor que en España habia visto desvanecerse sus mas halagüeñas esperanzas, se portó en Italia como uno de los mas inspirados caudillos. Escipion el mozo dió pruebas de ser un capitán consumado. Tenia sobre sí en el ejército de Gisgon un nublado tremendo, y apesar de esto envió por mar á Italia, diez mil infantes y mil caballos. Sabia que Gisgon le esperaba en la alta Andalucía, no muy lejos de una plaza fuerte, á la que Polibio da el nombre de Ilipa (1) y Tito Livio el de Silpia (2). Juntó Escipion cuantas tropas pudo, así romanas como auxiliares, enviadas estas principalmente por un régulo español

(1) Polibio, Hist. Gen., lib xi, cap. 20.

(2) Tito Livio, lib. xxviii, cap 12. «Ad Stipiam urbem.» El mismo autor, lib. xxviii, cap. 16, da á entender que esta campaña tuvo lugar el año décimotercero de la segunda guerra púnica.

á quien Polibio (1) llama Colichas, y Tito Livio Colcha (2). Los romanos no eran bastantes en número para vencer á un enemigo tan formidable; ni los auxiliares suficientemente probados para confiarles los destinos de Roma. Hecha reseña de su gente, se halló Escipion á la cabeza de euarenta y cinco mil infantes y tres mil caballos, la mitad romanos. Con Asdrubal Gisgon iban tambien Magon Barcino, y el numida Masinisa, como si hubiesen conocido al fin que toda mancomunidad era poca para vencer al contrario que tenian delante. Ahí estaba todo el poder de Cartago en España. Viendo los africanos puesta á sus órdenes una hueste tan numerosa, debieron espaciar sus ánimos, recordando que otra vez habian ya vencido, nó á uno solamente, sino á dos Escipiones. Escipion el mozo á su vez debió traer á la memoria que ya en Cartagena habia vengado á su padre Publio, en Bécula á su tio Cneo, y que ahora, por una casualidad feliz, la suerte le ofrecia lo que él tanto habia deseado, ver concentradas en un punto cualquiera todas las fuerzas africanas, para vengar en ellas la sangre romana vertida por los Barcino. Un presentimiento le diria que esa bóveda azulada que cubre á la alta Andalucía no podia presenciar jamás la ruína de las civilizaciones europeas, sino la derrota de las dominaciones africanas. Y en ciertos momentos hubo de temer que se le deslizase de entre las manos la fortuna que le brindaba con una de sus mas bellas sonrisas. Procuró, pues, no demostrar impaciencia para venir á un trance; sino la cordura de quien anda desconfiado de sí mismo y receloso. Puso su campo en algunas colinas (3). Magon y Masinisa, alentados, no pudieron reprimir su natu-

(1) Polibio, lugar citado.

(2) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 13. «Colcham.»

(3) Polibio, lugar citado.

ral fogosidad , y trataron de coger por sorpresa , con toda su caballería , al romano. Pero éste practicó con ellos lo que Anibal con la mayor parte de los cónsules : hacer quebrar su ardimiento en una emboscada (1). Reconocido que unos y otros estaban sobre sí , ya no debieron esperar nada del primer ímpetu , sino fiarlo todo á las disposiciones de una gran batalla. Una de las prendas militares de Escipion consistia en saber dominarse completamente. Y jamás brilló en él tanto como en esta coyuntura.

Diariamente acercaba sus tropas al llano , y las ponía en órden de batalla , los romanos en el centro , los españoles en las alas ; y siempre veía á su enemigo imitarle , oponiendo á los romanos los cartagineses , y á los auxiliares otros aliados. Probaba con frecuentes escaramuzas la instruccion y los (2) brios de sus propios soldados , y los de sus enemigos ; estudiaba los accidentes del terreno ; y buscaba en las disposiciones de su enemigo los preludios de una victoria. Sabia que al rayar en la pubertad , cuando acompañó á su padre Publio en su campaña contra Anibal , habia visto á los romanos sucumbir en la batalla del Trebia porque Anibal les obligó á pelear en ayunas , al amanecer , mal prevenidos y dispuestos. Magon , que entónces lidiaba á las órdenes del vencedor del Tesino , habia olvidado sin duda aquella circunstancia , ó no creeria que los romanos hubiesen aprendido algo de su hermano. Entónces el hambre , la sed y la fatiga fueron fatales á los romanos en un dia rigoroso de invierno. Ahora Escipion deseaba que la misma sed , la misma hambre y el cansancio le diesen armas contra los cartagineses en un dia bochornoso de verano. Una madrugada,

(1) Polibio, lib. xi, cap. 21.

(2) Polibio, lib. xi, cap. 21.

desayunadas sus tropas , las sacó al llano , esta vez los españoles en el centro , los romanos en las alas , con órden estos de correrse una parte apresuradamente por los flancos del enemigo , y los españoles de ir muy despacio en su marcha. De esta suerte daba la batalla con los romanos solamente , pues los auxiliares del centro solo servirian para mantener en inaccion á los cartagineses que no dejarian de salir contra ellos. Gisgon , en efecto , no cambió su órden de batalla , y en la confusion de un ataque imprevisto , echó mano de todas sus reservas para rechazar al enemigo. Escipion deseaba que la lucha se prolongase para hacer el esfuerzo decisivo en la hora en que el ardor del sol tuviese rendidos por la falta de alimento á sus contrarios. Y sucedió como lo habia previsto. Parte de sus alas se corrió por los flancos de Gisgon , molestó á los elefantes hasta hacerlos entrar en aquella especie de frenesí fatal para las propias huestes (1) , y llevó el desórden á las filas de los cartagineses. Las mejores tropas de estos habian quedado paralizadas , esperando que el centro enemigo viniese contra ellas , y temerosas de abrirle brecha si iban en auxilio de sus alas. Los que no ven en las acciones de Escipion el mozo sino los beneficios de la fortuna , tienen que confesar que en el presente dia se le mostró ceñuda , pues cuando llevaba ya en derrota á sus contrarios , y estaba á punto de penetrar en sus atrincheramientos , un copioso aguacero detuvo su marcha victoriosa y le obligó á volver á sus reales (2). No fué , pues , Publio Cornelio un mero hijo mimado de la victoria. Asdrubal levantó aquella misma noche su campo,

(1) Ibidem, lib. xi, cap. 24. «Acribillados, dice, de heridas los elefantes, no causaron menos daño en los cartagineses que en los romanos.»

(2) «Si algun dios, dice Polibio, lib. xi, cap. 24, no hubiese intervenido en favor de los cartagineses, hubieran perdido desde luego su acampamento. Pero de repente un temporal de agua descargó su furia sobre los romanos, que con trabajo pudieron volver á sus atrincheramientos.»

y emprendió mas bien que una retirada una fuga. Conoció Escipion que por esta vez no habia lugar de ofrecer un puente de plata al fugitivo , sino que era necesario no darle un momento de respiro , y así lo hizo hasta que logró convertir la persecucion en degüello (1). Asdrubal y Magon, casi solos , pudieron llegar á Cadiz , perdido completamente su formidable ejército , excepto seis mil hombres que primero se hicieron fuertes en una eminencia , y luego se dispersaron. Por primera vez los romanos vieron el vasto océano. Esa Gades tan famosa , ese estrecho de Hércules tan celebrado , esas columnas de Calpe y de Abyla , y esos fértiles campos de la Turdetania , eran para ellos la region de las fábulas. Habian llegado ya á los últimos linderos de la tierra , entrada del reino de Pluton , principio del imperio de Neptuno , y lecho de descanso de su Apolo. El que quisiese dar leyes al mundo , debieron decir , debe ser dueño de esta comarca. Escipion deseó desde luego echar en el estrecho un puente que le condujese al África. Masinisa , hasta el presente aliado de los cartagineses , fué uno de los pilares que asentó en la opuesta orilla. Se ignora con qué condiciones se pasó Masinisa á los romanos ; pero es lo cierto que tuvo una entrevista (2) secreta con Silano , y que en seguida se trasladó al África para poner en juego las pértigas colocadas por Escipion el mozo. Ya no se trataba de sostener la guerra en la península, sino de llevar por la fuerza del reflujo la juventud española á lidiar contra los cartagineses en su propia tierra. Ya no mas cartagineses en España. Sin duda algunas poblaciones , aliadas con el africa-

(1) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 16. «Inde, dice, non jam pugna, sed trucidatio velut pecorum fieri.»

(2) Ibidem, lugar citado. «Masinissa, cum Silano clam congressus, ut ad nova consilia gentem quoque suam obedientem haberet, cum paucis popularibus in Africam trajecit.»

no , harian esfuerzos para prolongar los últimos momentos de una dominacion agonizante : pero el romano estaba seguro de que ya no era posible devolver la existencia á un cadáver. La parte de la península que habia sido cartaginesa , pasó á ser romana , de buen grado unos pueblos , sin contradiccion otros , por la fuerza mas adelante algunos. Lo que hasta entónces habia sido España independiente , continuó siéndolo , aunque ya sintió las primeras agitaciones de quien comprende que ha de prepararse para una guerra de muerte. Escipion empleó dos meses en dar la vuelta á Tarragona , informándose de tránsito , dice con mal disimulada satisfaccion Tito Livio (1), de la conducta de los pueblos y de los reyes , para repartir recompensas , añade , á cada uno segun sus méritos. Ya los españoles pudieron conocer porqué un general romano se habia negado á ser rey.

Escipion envió á Roma á su hermano Lucio para anunciar que la España romana estaba completamente recobrada , y que la cartaginesa quedaba conquistada (2). Hubo en las orillas del Tiber suplicaciones solemnes , especie de acciones de gracias que los romanos daban á sus divinidades en los dias de los grandes triunfos. Visitaban en procesion los templos de los dioses mayores. Los niños y niñas , nó huérfanos , libres por nacimiento , coronados de flores , con ramos de laurel en la mano , cantando himnos á dos coros , precedian á los pontífices , de quienes solamente á la inocencia le era dado ir delante ; seguian los sacerdotes , los magistrados , el senado , los caballeros , las damas con sus mas bellos adornos , y el pueblo todo , con vestidos blancos : é iban á mostrarse agradecidos porque los campos de la península que-

(1) Ibidem, lugar citado.

(2) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 17. «Receptas Hispanias.» dice.

daban llenos de cadáveres , Cartagena y Oningi pasadas á saco y á degüello , sujetos los régulos , diezmada la tierra , asombrada , y por el pronto tranquila. Roma respiraba holgadamente , y vislumbraba dias serenos en un porvenir no lejano. Ya Anibal no infundia espanto. Si una victoria grande habia conseguido el senado en la Iberia , otra no menos famosa habia ganado poco antes en Italia en las orillas del Metauro: jornada funesta en la que habian perecido, dia 24 de junio del año 207 , treinta mil españoles.

Asdrubal hubiera sido para Anibal, mas bien que un auxilio , un obstáculo. Sus soldados y sus tesoros deseaba este , nó su persona. El general que no habia sabido entenderse con su hermano Magon, ni con Asdrubal Gisgon, para abrumar á Escipion el mozo con fuerzas superiores , menos se hubiera entendido con Anibal á quien era tan inferior en genio. Llegado á Italia con un ejército, solo él hubiera estado de mas en ella. No es esto negarle ni un talento militar probado, ni una constancia grande en la adversa suerte, ni una sagacidad admirable en saber buscarse aliados en medio de unos pueblos poco antes desconocidos. Estas y otras prendas poseia , aunque oscurecidas por un orgullo , á veces insoportable. Antes de terminar su carrera habia hecho cosas que parecen fabulosas. Vencido en Bécula , habia levantado en España un formidable ejército, pasado á las Galias , comprado otro á peso de oro , adquirido nuevos soldados , creándose amistades en aquellos mismos Alpes en donde Anibal contó por luchas las jornadas , y caido sobre la Italia con setenta mil combatientes, allí á donde su hermano no pudo llegar sino con veinte y seis mil hombres , resto de sesenta mil. El terror de su nombre habia llegado hasta Roma. Agotada esta en sus brios por una sola guerra

en el corazón de la Italia, vió encenderse otra, dirigida por un general, algunas veces vencido, victorioso otras, pero jamás abatido. El cónsul Livio habia salido contra él á campaña. Asdrubal hizo un amago sobre Plasencia, y luego se corrió hácia los senonenses y las orillas del Adriático. Una carta en que participaba sus planes á Anibal fué interceptada por Claudio Neron (1), cónsul que guerreaba contra Anibal en la Apulia. No podia haber caido en peores manos. Era Claudio Neron aquel mismo propretor que en España estuvo á punto de hacer prisionero á Asdrubal con todo su ejército, y tuvo la amargura de verle puesto en salvo por astucia. No podia echar en olvido el resentimiento natural en quien habia sido burlado. Ahora la suerte le ofrecia ocasion para vengarse dando gloria á su república. Escribe al senado lo que pasa, y con su anuencia forma y ejecuta el mas atrevido plan de campaña que ningun jefe haya realizado en momentos tan críticos. Deja delante de Anibal una parte de sus tropas, y de noche se aleja con las mejores para ir á juntarse con Livio, y abrumar los dos cónsules á un tiempo á Asdrubal. Hizo la marcha con una celeridad asombrosa, y de noche entró tambien en los reales de Livio. Es forzoso acometer desde luego á Asdrubal, dijo; de un momento á otro Anibal puede volver en sí de su error y conocer que no tiene delante un ejército, sino algunas cohortes. Livio accede. Pero Asdrubal (2) sabe que se han visto en el campo romano caballos flacos, y rostros

(1) *Ibidem*, lib. xxvii, cap. 43. Eran mensajeros de Asdrubal dos numidas y cuatro ginetes galos: el miedo que tenían al tormento les hizo confesar la verdad: «*metus tormentorum admotus fatari vera coegit; edocuerunt, literas se ab Asdrubale ad Annibalem ferre.*» Es necesario consignar aquí con Livio que fueron galos y numidas, no españoles, los que por miedo al tormento vendieron el secreto de su caudillo.

(2) *Ibidem*, lib. xxvii, cap. 47. «*Notavit, quæ ante non viderat, et strigiosiores equos:..... y soldados «forte adustioris coloris, ut ex recenti via, essent:..... et signum, bis in consularibus referebant cecinisse.*»

tostados, indicios de tropa recién llegada, y que ha resonado dos veces el son de la trompeta en el campo de Livio: por lo que levanta el suyo y se retira. Livio y Neron le siguen y le obligan á aceptar batalla, en las orillas del Metauro. Al primero opone Asdrubal los españoles; al segundo los galos en lo alto de una colina inaccesible (1). Los españoles eran la esperanza de Asdrubal (2), y sostuvieron el combate encarnizadamente. Ve Neron que ha de perder el tiempo sin poder llegar á las manos con su enemigo. Da la vuelta por detrás del campo de Livio, acomete por flanco y retaguardia á los iberos, y da á Roma uno de aquellos triunfos que hacen época en los anales. Canas quedaba compensada. Los españoles habian dado muerte á ocho mil romanos (3), pero ninguno de ellos habia sobrevivido á esta catástrofe. Asdrubal que los mandaba se echó con ellos por entre las legiones romanas, y murió con gloria. Los galos murieron casi sin resistencia (4). Cincuenta y seis mil vencidos quedaron en el campo de batalla. Allí dió fin el resto de la juventud de una generacion ibérica, junto al teatro de la gloria de sus compañeros, acaudillados estos por un Anibal, jefe digno del denuedo hispano. No seamos injustos con los vencedores. Claudio Neron mereció el triunfo. Tan activo fué despues de la victoria como antes de ella. Por medio de una marcha mucho mas rápida que la pasada volvióse á hacer frente á Anibal, arrojó á su campo la cabeza

(1) Polibio, lib. xi, cap. 1; Tito Livio, lib. xxvii, cap. 48.

(2) Tito Livio, lugar citado: «Ipse dextrum cornu adversus Livium sibi atque Hispanis (et ibi maxime in veteri milite spem habebat) sumpsit..... Ea frons, quam Hispani tenebant, cum sinistro Romanorum cornu concurrat.»

(3) Ibid., l. xxvii, cap. 49. Los heridos á proporcion llegarian á doce mil; de suerte que Asdrubal y los españoles tendieron en el campo de batalla á veinte mil romanos. «Nam haudquaquam incruenta victoria fuit: octo ferme millia Romanorum sociarumque occisa.»

(4) Ibidem, lib. xxvii, cap. 48. «Ad Gallos jam cædes pervenerat. Ibi minimum certaminis fuit.»

de Asdrubal, accion muy propia de un romano, y le dió parte de la victoria conseguida por Roma. Cuando el senado permitió á Livio que entrase en Roma sobre un carro tirado por cuatro caballos y seguido de sus soldados, como cónsul en cuya jurisdiccion habia tenido lugar la batalla, y solo permitió á Claudio Neron seguirle á caballo y sin acompañamiento, el pueblo exclamaba (1): « Para el otro cónsul es la pompa, pero Claudio Neron es el héroe, por haber ganado la batalla y desdeñado el triunfo. »

(1) Ibidem, lib. xxviii, cap. 9. «Alter consul sublimis curru multijugis, si vellet, aquis.....Neronemque, etiam si pedes incedat, vel parta eo bello, vel spreto eo triumpho gloria, memorabilem fore.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO

	PAGINA.
PRÓLOGO.	3
LIBRO PRIMERO.	
CONJETURAS SOBRE LOS PRIMEROS TIEMPOS.	9
CAPITULO I. Nuestra tierra en la época de la creación. — Año 4,000 antes de Cristo.	1d
— II. Los primeros infortunios. El primer imperio. Su ruina.— Años 4,000 á 3,060 antes de Cristo.	19
— III. Los adamitas y los cainitas. El diluvio.—De 3,060 á 2,343 antes de Cristo.	27
— IV. Repoblacion de nuestra patria. — Desde 2,334 hasta 1,916 antes de Cristo.	32
— V. De los nuestros tomaron nombres muchos extraños.	38
— VI. Cómo no hay necesidad de recurrir á reyes fabulosos para ilustrar nuestras historias: y cuáles sean dichos reyes.	44
— VII. Si puede sostenerse la opinion de los que creen que nuestros progenitores fueron salvajes, durante la segunda edad del mundo	51
— VIII. De las cosas de España durante la llamada tercera edad.— Desde 1,916 hasta 1,492 antes de Cristo.	62

CAPITULO IX. De las cosas de España durante la llamada cuarta edad del mundo. — Desde 1,491 hasta 1,008 antes de Cristo.	72
— X. De las cosas de España en la sexta edad del mundo. — Desde 1,007 hasta 538 antes de Cristo.	82

LIBRO SEGUNDO.

LOS CARTAGINESES Y LOS ROMANOS EN ESPAÑA.	93
CAPITULO I. Nuestras cordilleras, rios, costas y moradores.	id.
— II. Quiénes eran los cartagineses. Su comercio con unas tribus conecedoras de sus malas artes. Sus viajeros célebres Hannon é Himilcon. Sus rivalidades con los focenses, que habian sido bien recibidos en la Iberia. Su crueldad.	103
— III. Última mirada á la España primitiva.	111
— IV. Guerras contra Amilcar y Asdrubal. — De 236 á 219 antes de Cristo.	119
— V. Primeras campañas de Anibal. Destrucción de Sagunto. — De 218 hasta 216 antes de Cristo.	127
— VI. Los españoles en Italia; y primera campaña de los romanos en España. — Año 218 antes de Cristo.	140
— VII. Nuevas proezas de los españoles en Italia. Campañas de Cneo y Publio Escipion en España. — Año 217 antes de Cristo.	155
— VIII. Nuevos triunfos de los españoles en Italia. Nuevas derrotas de los cartagineses en España. — Años 216 y 215 antes de Cristo.	163
— IX. Esfuerzos que hacen Roma y Cartago para dominar en España. Nuevas victorias de los dos Escipiones. Su separacion y su muerte. — Años 215 á 212 antes de Cristo.	172
— X. Campaña contra Lucio Marcio y Claudio Nerón. Escipion es nombrado general de las tropas romanas en España. — Años 212 y 211 antes de Cristo.	182

CAPITULO XI. Continúa la segunda guerra púnica. Conquista Publio Cornelio Escipion la ciudad de Cartagena. — Año 210 antes de Cristo.	189
— XII. Batalla de Bécula. Degüello de Oningi. Batalla de Ilipa. Batalla del Metauro y muerte de Asdrubal Barcino. — Años 209 á 207 antes de Cristo.	203

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA.

Terminado el tomo I de los ANALES DE ESPAÑA , queda cerrada la suscripcion, y ya no se tiran ejemplares mas que para los que van tomando los cuadernos semanales.

ANALES

DE

ESPAÑA

DESDE SUS ORÍGENES HASTA EL TIEMPO PRESENTE.

POR ORTIZ DE LA VEGA.

TOMO II.

MADRID,
LIBRERÍAS DE D. JOSÉ CUESTA,
Y DE D. A. SAN MARTÍN,
Y EN LA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,
IMPRENTA DE CERVANTES,
CALLE DE FERNANDO,
NÚMERO 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1857.

ANALIS

ESPAÑA

POR ORTEGA DE LA VEGA

TOMO III

BARCELONA

IMPRESION DE LA VEGA

CALLE DE TRUJILLEROS

NUMERO 2. TORRELLA Y CAÑAS

IMPRESION DE LA VEGA

CALLE DE TRUJILLEROS

NUMERO 2. TORRELLA Y CAÑAS

BARCELONA: Imp. de CERVANTES, á cargo de Alejo Sierra, Aurora, 12. — 1837.

PRÓLOGO.

Al dar comienzo á este libro tercero de nuestros Anales un sentimiento de tristeza nos tuvo por algun tiempo indecisos. ¿Debíamos imitar á nuestros historiadores nacionales, en lo que dicen de los iberos independientes? ¿ó bien debíamos ir á buscar en las fuentes de nuestras historias unos manantiales mas puros? Es la verdad que leyendo y comparando á los escritores griegos y romanos nos envaneíamos de ser descendientes de iberos; y por el contrario, consultados nuestros historiadores, casi nos avergonzábamos de nuestro origen. Y es que los nuestros tienen por costumbre copiar palabra por palabra, no solo los hechos conforme los relatan ciertos autores, sino las calificaciones de los mismos, sin despojarlas de aquellas sombras que la parcialidad recarga, y que el buen sentido rechaza. ¿Cómo es posible, decíamos, dar por sentado que los moradores de Astapa, por ejemplo, sean tratados de ladrones, solo porque así lo dijo un romano? ¿No es desdorado repetir á cada momento que los iberos independientes; bien fuesen cántabros, bien astures, gallegos, vacceos, arevacos, celliberos, ó lusitanos, no eran mas, en expresion de los romanos, que un hato de bandiños? ¿No es repugnante repetir hasta la saciedad, solo porque así lo dijeron los enemigos de la Iberia, que Viriato fué un bandolero, jefe de foragidos? Y diciendo esto cerramos nuestros libros, los que no hacen mas que copiar el lenguaje de los mas encarnizados enemigos de nuestra independencia, y nos entregamos con mas ardor que antes á la lectura de los antiguos, cuyos improperios no nos ofendian, como salidos de la boca de un contrario, nó de un compatriota. Desde entónces nos pareció que se ensanchaba nuestro horizonte, y

no veíamos los objetos por sus minuciosidades, sino por sus rasgos sobresalientes. Y nos convencimos, como lo diremos en su lugar correspondiente, de que la voz bandido aplicada por los romanos á un ibero debía traducirse por héroe. Bandidos fueron para ellos los cántabros, bandoleros los astures y gallegos, foragidos los lusitanos, salvajes todos los demás y dados al latrocinio: lo que significa que por espacio de doscientos años todos los furores de Roma se estrellaron contra el esfuerzo de nuestros antepasados. Aquel lenguaje era natural en unos enemigos irritados; y es impropio de quien habla sin pasión de unos hechos remotos. Los romanos hablaban en vista de los partes dados por sus generales, quienes no tenían por costumbre reconocer virtudes en sus contrarios. Para ellos el género humano debía ser exterminado si no quería ser esclavo del romano. No extrañen, pues, nuestros lectores, que seamos parcos en dar á nuestros antepasados unas denominaciones injustas; y estén persuadidos que obramos así por cariño que tenemos á la verdad, y no por mero amor á nuestra tierra. Creemos, con un famoso antiguo, que la humanidad es la verdadera patria del hombre, y que los dioses lares no han de ofuscar nuestra mente hasta el punto de negar culto á los del firmamento. No hacemos mas que rectificar errores, que en nuestra opinion merecen serlo, cuando nos apartamos con frecuencia del sentir de los que nos han precedido. Quisiéramos no deber hacerlo, y hubiera sido para nosotros una fortuna poder descansar en el testimonio de otros: pero nos es imposible escribir ni una línea que encierre alabanza ó vituperio sin que nuestra conciencia esté asegurada y tranquila.

ANALES

DE

ESPAÑA.

LIBRO TERCERO.

LOS IBEROS Y LOS ROMANOS.

CAPÍTULO I.—Escipion y Sifax. Destruccion de Hirturgis. Suicidio de Astapa. Enferma Escipion. Alteraciones en varias provincias. Rebelion militar. Batalla contra los celtiberos. Amago contra Cartagena. Sométese Cádiz. Escipion vuelve á Roma.

AÑO 206 ANTES DE CRISTO.

Los dioses romanos exigian el engrandecimiento de Roma, y la ruína de las demás naciones: Hablábase de nuevos prodigios, y esto demostraba que eran necesarias nuevas y tremendas expiaciones. En Alba se habian visto dos soles, en Fregella brilló de noche una aurora boreal, junto al Tiber habia hablado un buey, un altar de Neptuno amaneció bañado en sudor, y ¡ó ignominia! una vestal habia dejado extinguirse el fuego sagrado. Azotáronla y la sepultaron viva (1). Sin embargo de tan alarmantes presagios, se recibieron cartas de Escipion en que decia que las Españas pertenecian ya de hecho al romano. Á lo menos queria

(1) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 11. El historiador romano no se olvida de anotar tales portentos y las expiaciones á que dieron margen.

así darlo á entender, para que no le detuviesen por mas tiempo en la península y le diesen otro teatro en donde los laureles se recogiesen á menos costa. En realidad, vencida Cartago en España, sembró en ella Escipion con sus crueldades una guerra que duró doscientos años. El hijo de Publio colubraba ya que ninguna nacion del mundo, por los incidentes de su suelo y por el carácter de sus moradores, era mas propia que la Iberia para sostener guerras que pasasen de unas á otras generaciones (1). Semejante lucha no le convenia, porque aunque en ella venciese diariamente, no le llegaria jamás el dia de la victoria decisiva. Deseaba mas bien tener por enemigos á los cartagineses en África. Era jefe del partido romano que creia imposible el triunfo de Roma contra Cartago si no se llevaba la guerra al África. Buscaba ya aliados en aquella parte del mundo, aunque ignoraba si el senado secundaria sus miras. Primer gérmen de aquel espíritu de alteraciones que mas tarde se encarnó en Julio César, obraba ya, sin ser cónsul siquiera, como árbitro de los destinos de Roma. En otras circunstancias se hubiera tomado por una traicion su temerario viaje á tierras de Sifax, rey de los masesilios numidas. Dijo Escipion que iba á buscar en él un aliado. Precisamente Asdrubal Gisgon llegó á la sazón á la corte del mismo rey, cuya alianza deseaba, y el numida dió hospitalidad y tuvo alrededor de su mesa, recostados uno al lado del otro, al cartaginés y al romano. Si hemos de dar crédito á los historiadores latinos el primero se hizo lenguas en alabanza del segundo, y éste sentó con Sifax las bases de una alianza. Es probable que Sifax y Asdrubal se despidieron tambien contentos uno de otro.

(1) *Ibidem*, lib. xxviii, cap. 12. «Quod Hispania, ... quam ulla pars terrarum, bello reparando aptior erat, locorum hominumque ingeniis.»

Restituido Escipion á Cartagena, creyó que algunos escarmientos bastarian, vencido el cartaginés, para contener en la obediencia las ciudades de la península adictas á Cartago. Iliturgis, Castulon, y Astapa eran las mas temibles. De la primera se decia que en el calor de la lucha se habia sublevado contra la guarnicion romana, y venciéndola la habia pasado á cuchillo; á la segunda se le echaba en cara el haber abandonado la alianza romana; y á la tercera se la atribuian varios desastres parciales del ejército romano, y la toma de un convoy considerable (1). De consiguiente, en sentir de los romanos, los moradores de Iliturgis eran unos asesinos (2), los de Castulon unos traidores (3), y los de Astapa (4) unos foragidos: dignos todos ellos del último castigo. Si aquellos antiguos moradores pudiesen hablar, rechazarían indignados contra sus naturales enemigos semejantes injurias. Pero Escipion necesitaba reducir á cenizas una ciudad ibérica. Dirigióse en persona contra Iliturgis con un poderoso ejército. El conquistador de Cartagena creia imposible que una poblacion de tercer orden se atreviese á resistirle; y viendo cerradas las puertas de la plaza, olvidó todo principio de moderacion, y dijo á sus soldados que aquello debia ser una lucha de exterminio (5). Tambien estaba ahí Lelio, el que tanto cooperó á la toma de Cartagena. Dos asaltos se dieron á un tiempo mismo, y fueron rechazados. Renováronse encarnizadamente, y tuvieron la misma suerte. Los ancianos, los niños, las mujeres mismas no abandonaban la muralla, y compartian con los de-

(1) *Ibidem*, lib. xxviii, cap. 22. «Magnum etiam comitatum,.... transgredientem fines positus insidiis circumventum, iniquo loco interfecerant.»

(2) *Ibidem*, cap. 19.

(3) *Ibidem*, lugar citado.

(4) *Ibidem*, cap. 22. «Ingenia incolarum atrocino læta.»

(5) *Ibidem*, cap. 19. «Itaque multo infestioribus animis cum his, quam cum Carthaginensibus bellum gerendum esse.»

más la gloria de humillar el orgullo del que se llamaba conquistador de las Españas (1). El ejército romano vacilaba. Conoció Escipion que en Ilturgis, defendida por iberos, debía hacer lo que no hizo en la Nueva Cartago, y echando en cara á los legionarios su cobardía, determinó exponerse á todo riesgo, y vencer ó morir en la demanda (2). Los héroes de Ilturgis sucumbieron. Ni pidieron piedad, ni la obtuvieron. Armados y desarmados, daban y recibían la muerte, como quien está resuelto á no sobrevivir á su patria. Los que dan por sentada la magnanimidad de Escipion, se muestran maravillados al leer que Ilturgis fué arrasada, y todos sus moradores sin distincion pasados á cuchillo: lo extraño fuera que los romanos hubiesen perdonado á quien no tembló ante las iras del mas aguerrido ejército y del capitán mas famoso. El pico demolió lo que no pudo destruir el fuego (3). Así pereció Ilturgis: noble poblacion, denigrada por los mismos historiadores nacionales, que copiaron á los romanos, sin volver por una honra injustamente amancillada. Creyó Escipion que su crueldad conquistaria instantáneamente la sumision de toda la península. No fué así. Adelantóse hácia Castulon, y conociendo que la escena de Ilturgis no era para repetida, moderó sus ímpetus y entró por tratos (4) allí en donde poco antes se habia propuesto no dejar piedra sobre piedra, á fin de que el mundo supiese que en la próspera ni en la adversa suerte no era permitido ultrajar á un romano (5). Castulon lo habia hecho, y fué

(1) Ibidem, lugar citado

(2) Ibidem. «Sibi met conandum ac partem periculi capessendam esse ratus, increpita ignavia militum.»

(3) Ibidem, lib xxviii, cap. 20. «Trucidant inermes juxta atque armatos, feminas pariter ac viros; usque ad infantium cædem ira crudelis pervenit. Ignem deinde tectis injiciunt, ac diruunt quæ incendio absumi nequeunt.»

(4) Ibidem: «fide accepta.»

(5) Ibidem, lib. xxviii, cap. 19. «Ne quis unquam romanum civem militemve in nulla fortuna opportunum injuriæ duceret.»

perdonada. Andaba Escipion sobre una lava ardiente: y viendo que aun levantaban erguida la frente y se consideraban como aliados é iguales suyos los que creia sometidos por el terror, encargó á Marcio el cuidado de reducir á la obediencia alguno de aquellos pueblos indómitos. Era este Marcio el mismo que, muertos los dos Escipiones, habia restaurado en España el honor romano. Dirigióse contra Astapa. Sita esta poblacion en una colina desde donde la vista se espacia por el llano, junto á una corriente tributaria del Genil, sus moradores se echaban desde ella sobre las águilas romanas cuando las veian cruzar la campiña. No habian hecho alianza con Roma, ni convenio de ninguna clase. Acostumbraban tratar como enemigos á cuantos ponian el pié en su distrito ó se acercaban á él con ánimo y actitud hostiles. Roma no podia perdonarles que hubiesen sido afortunados en cuantos encuentros tuvieron con sus legionarios. Marcio cayó pues sobre Astapa con el grueso del ejército romano. Ni la posicion, ni las defensas exteriores podian dar aliento á los astapeses (1). Se lo daba su amor á la patria, y el juramento que tenian hecho de no ser en ningun tiempo esclavos de una república que hacia escarnio de los reyes, y que, venida para lidiar con los africanos, trataba ahora de reducir á los iberos á la servidumbre. Querian triunfar ó sucumbir con gloria. Dudoso era lo primero, por cuanto tenian que habérselas con un enemigo aguerrido, que les era muy superior en número. Serenos y magnánimos se aprestaron para dar al mundo un ejemplo de lo que puede en pechos varoniles el amor á la independecia. Llevaron á la plaza pública todo su ajuar, muebles, alhajas y tesos-

(1) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 22. «Nec urbem aut situ aut munimento tutam habebant, quæ ferociores iis animos faceret.»

ros ; encima colocaron sus mujeres y sus hijos ; y en torno pusieron una pira inmensa en forma de vallado. Cincuenta astapeses , la espada en una mano , la antorcha en la otra , juraron no permitir que ninguno de aquellos seres queridos fuese profanado por la ferocidad romana , antes destruído todo á hierro y fuego por sus propias manos (1). Los demás abren las puertas de la poblacion y arremeten contra el enemigo. Fué una epopeya que solo duró un dia. Ningun destacamento de los sitiadores , ni los escuadrones lanzados á escape , ni las cohortes ligeras que acudieron á la carrera , pudieron contenerlos : la caballería romana , rechazada , introdujo el desórden en las tropas de Marcio. Fué necesario que las legiones , unas tras otras , formasen en órden de batalla para hacer frente á un puñado de astapeses. Y ni aun así les fué dado rechazarlos. Ninguno de ellos dió un paso atrás. Marcio ordenó entónces que las legiones , en vez de avanzar , se abriesen , dando paso á aquellos bravos , y luego los encerrasen dentro un círculo de hierro. De esta suerte sucumbieron los astapeses vendiendo caras sus vidas. En esto , los que habian quedado en la poblacion cumplian su tremendo juramento ; sacrificaban las mujeres y los niños , sin que ninguna de estas víctimas , conocedoras de la crueldad romana , intentase la fuga ; encendian la vasta pira , y se echaban en ella agonizantes. Los bienes todos de los astapeses , y sus dueños , ardieron á un mismo tiempo ; y la sangre que poco ha inflamaba unos corazones generosos , hervia ahora mezclada con el oro. Cuando los romanos penetraron en Astapa , hiciéronlo con pavor , como quien teme una emboscada ; y al llegar á la plaza pública , á vista de aquella pira y de los raudales de oro y plata que de ella

(1) *Ibidem*: «*ferrum ignemque in manibus esse.*»

manaban, la codicia los impulsó unos en pos de otros á querer registrar las llamas, en donde los mas de ellos perecieron (1). Su jefe Marcio debió de augurar para Roma grandes males si se hallaban en España diez pueblos solamente como el de Astapa. De Sagunto habian quedado restos vivientes reducidos á la servidumbre: de Astapa ninguno. Aquella lidió por Roma, de quien sabia haber triunfado de Cartago en la primera guerra púnica: la segunda, aborrecedora de toda dominacion extraña, batalló y murió por la propia independenciam. Los míseros moradores que quedaron de la primera, andaban mendigando del senado romano venganzas contra varias tribus iberas (2): los cadáveres, único resto de la segunda, incrustados de oro hirviente, parecian desafiar á los enemigos de su patria á que fuésen á despojarlos, y brindar á los españoles á que los imitasen si no querian ser esclavos. Para los historiadores romanos, ningun pueblo mas heróico que el de la primera, aliado suyo; ninguno (3) mas insensato que el de la segunda, su mortal enemigo: para los escritores iberos, puesta en muy alto punto la fama de Sagunto, no por esto negarán que la independiente Astapa es digna de inmarcesible lauro.

Mientras se consumaba cerca del Genil aquella catástrofe, Escipion se solazaba en Cartagena. Reunidos los principales régulos aliados, quiso darles una idea de los espectáculos que en las orillas del Tiber eran el entretenimiento del pueblo rey; y al efecto preparó juegos de gladiadores en honor

(1) Polibio, Hist. Gen., lib. xi, frag. del cap. 24.

(2) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 39. Los diputados saguntinos, enviados á Roma decían por este tiempo ante el senado: «Deletam urbem cernimus eorum, quorum in gratiam Saguntum deleverat Annibal: vectigal ex agro eorum capimus, quod nobis non fructu jucundius est, quam ultione.»

(3) Ibidem, cap. 23. «Ac primo conspectu tam fædæ rei mirabundi parumper obstupuerunt;» dice para pintar el horror que se apoderó de los romanos al presenciar tan tremendo sacrificio.

de los manes de su padre y de su tío: solo que esta vez los combatientes no fueron atletas elegidos de entre los esclavos, sino campeones voluntarios. Algunos venian resueltos á provocar á otros enemigos suyos, y lidiar con ellos en palenque cerrado. Los que buscan el origen de los duelos judiciales, hacen alto aquí, maravillados de leer en Tito Livio (1) una escena que parece propia de los tiempos feudales. Algunos iberos, que no habian podido poner fin amistosamente á sus diferencias por intereses, determinaron dirimirlas con la punta de la espada, y adjudicar al vencedor el objeto del litigio. Entre ellos Corbis y Orsua aspiraban entrambos á la posesion de una ciudad, por nombre Ibes; y Escipion tuvo el gusto de verlos batirse á muerte á su presencia (2). Orsua, el mas jóven de los dos rivales, sucumbió; y junto á su cadáver los romanos continuaron sus luchas de gladiadores y sus juegos fúnebres.

Al poco tiempo Escipion cayó gravemente enfermo. Si alguno habia llegado á creer que la España era ya adicta al pueblo romano, pudo en esta coyuntura convencerse de lo contrario. Sea que hubiese corrido como cierta la noticia de la muerte de aquel jefe, sea que las atrocidades cometidas por los romanos en Ilturgis, y la destruccion de Astapa hubiesen inflamado los ánimos, y es lo mas probable, los iberos se sublevaron contra el extranjero que de un aliado queria hacer un siervo. Indibil y Mandonio apellidaron guerra, y talaron las tierras de los que no querian declararse en su sentido. Tito Livio cita en este número á los suesetanos y á los sedetanos (3). Un cuerpo de ejército romano, de ocho mil hombres, acampado en las orillas del Júcar, no

(1) *Ibidem*, cap. 21.

(2) *Ibidem*: «insigne spectaculum exercitui præbuere.»

(3) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 24.

acudió al socorro de los invadidos, antes se declaró tambien en rebelion abierta contra su jefe, nó por haber corrido la voz de que se hallaba sin esperanza de vida, sino por la licencia que se origina del ocio (1), y mas que todo acaso porque para nadie era un secreto el que Escipion estaba en pugna con el senado romano de quien queria obtener, no reparando en medios, la aprobacion de unos planes que á la sazón parecian temerarios. De la insubordinacion del general habia nacido la del soldado. Del merodeo se habia hecho una ocupacion, del propio capricho una ley, de la disciplina un objeto de escarnio. Sabedor de ello Escipion envió al campo siete tribunos militares, con órden de obrar segun lo reclamase la prudencia. Necesitáronla grande para no exasperar á los legionarios, y traerlos á vias de acomodamiento. Reclamaban sus atrasos. Escipion tenia lleno su tesoro, pero le guardaba para trasladarle á Roma, hacer ostentacion de él, y obtener el consulado y el triunfo si pudiese. Hizo, pues, recorrer los distritos de sus aliados para realizar los tributos que les habian sido impuestos por precio de su alianza; y, conseguido el cobro, envió á decir á los sublevados del Júcar (2) que podian ir á Cartagena, bien por divisiones, bien en masa, si así lo preferian, para recibir todo cuanto les era debido. Acudieron todos ocho mil formando cuerpo de ejército. Pero Escipion tenia en Cartagena otro cuerpo mucho mas numeroso; pasó muestra de su gente, rodeó á los sublevados, castigó con la última pena á los motores de la rebelion, que llegaban á treinta y cinco, y fué indulgente con los demás, por lo numerosos (3).

(1) Ib.: «Mota autem eorum mentes sunt non tum primum, quum de vita imperatoris dubii rumores allati sunt; sed jam ante, licentia egredutino, ut fit, ocio collecta.»

(2) Polibio, lib. xi. cap. 23. Tito Livio dice que se dió para ello un edicto.

(3) Ibidem, cap. 30. Dice que los cadáveres de los motores de la sedicion fueron ar-

Y para dar esparcimiento á los ánimos movió su gente contra Indibil y Mandonio. Decia que era necesario probar á los iberos que en nada habia sido útil á Roma su alianza para vencer á los cartagineses (1), y que estos y sus antiguos amigos los peninsulares debian ceder ante el denuedo de los legionarios. En diez dias de marcha se trasladó á las márgenes del Ebro; le cruzó, y al cabo de cuatro dias (2) avistó á los celtíberos puestos en órden de batalla. Tenia Escipion sumo empeño en vencerlos, ya porque de entre ellos habian salido los vencedores del Tesino, del Trebia, del Trasimenes, y de Canas, ya porque eran muchos los que creian que su alejamiento del campo romano habia causado la derrota de los dos generales Cneo y Publio. Tito Livio afirma que aquellos españoles eran ilergetas (3). El romano era mas numeroso; pero el celtíbero habia ocupado una posicion excelente. Para hacérsela abandonar mandó soltar Escipion algunos rebaños que seguian el ejército, tomados la mayor parté en país enemigo. El ardid le salió bien. Los celtíberos bajaron á un valle, y por la posesion de los rebaños se trabó en él una batalla sangrienta. Venció Escipion, pero quedaron fuera de combate mas de cuatro mil doscientos romanos (4). El vencedor se vió obligado á perdonar á unos vencidos tan dignos de respeto. Solo les impuso una contribucion que le fué satisfécha en breve tiempo.

Á la sazón Lelio con ocho buques de guerra hacia penetrar por la vez primera las enseñas romanas en el estrecho gaditano. Es curioso leer en Tito Livio (5) algunos detalles

rastrados por delante de los soldados, á quienes el terror tenia inmóviles.

(1) *Ibidem*, cap. 31.

(2) *Ibidem*, cap. 32.

(3) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 32. Polibio dice que eran celtiberos.

(4) *Ibidem*, cap. 34. «Romani sociique ad mille ducenti eo prælio ceciderunt; vulnerata amplius tria milia hominum.»

(5) *Ibid.* xxviii, cap. 30.

de esta navegacion , y de un encuentro que Lelio sostuvo en el estrecho con nueve buques cartagineses. Ni podian resistir al oleaje , ni venir á las manos por mas que hacían; la corriente y la marejada los acercaban y los separaban , á manera de débiles cañas. Sin embargo el cartaginés perdió tres buques , y hubo de buscar un asilo en los puertos de África. Lelio deseaba apoderarse de Cádiz por tratos con algunos habitantes; y por el pronto no pudo conseguirlo. Pero el mismo Magon Barcino trabajó por él con las crecidas derramas que exigió de los gaditanos. Tenia orden de trasladarse á Italia con toda la escuadra cartaginesa , y los tesoros que allegase. Dió la vela , y al surcar las aguas de Cartagena , efectuó un desembarco , é intentó de noche un golpe de mano contra esta plaza ; pero tuvo que reembarcarse , perdidos ochocientos hombres. Volvió á Cádiz , ya porque reinasen vientos contrarios para navegar la vuelta de Italia , ya porque desease exprimir todo el jugo que diese de sí la riqueza gaditana. Pero Cádiz le cerró las puertas indignada , para abrirlas poco despues al romano. Furioso Magon , hizo clavar en cruz á algunos magistrados de la ciudad que pudo haber á manos , y consumada esta feroz venganza , alejó de las playas ibéricas para siempre los estandartes púnicos. Aportó de paso en Ibiza , y fué bien recibido , pues aun conservaban en ella un presidio los cartagineses. Pasó á Palma , isla helicosa y poblada , dice Tito Livio (1) , cuyos naturales le rechazaron con el mayor brio. En la isla de Menorca fué mas afortunado , desembarcó su gente , puso en seco las naves para invernar (2) , é hizo una leva de dos mil hombres que envió á Cartago. Escipion pasó no muy lejos

(1) Ibidem, cap. 37. «Duae sunt Baliares insulae, major altera atque opulentior armis virisque.»

(2) Ibidem; «ad hibernandum naves subduxerunt.»

de la isla, muy distante de pensar cuán fácil le hubiera sido acabar con los restos de los cartagineses. El romano se había avistado antes con Masinisa para sentar con él las bases de una alianza. No se habían dado la mano en un palacio, como sucedió con Sifax, sino junto á la orilla del mar, el numida indeciso y receloso, el romano sereno y amable, ambos en la flor de la edad, tostada la tez del uno, bello y gallardo el otro dando al aire (nó ya como los romanos antiguos) su suelta y larga cabellera (1). Hacia ahora rumbo hácia la Italia, llevando consigo un tesoro inmenso, lleno el pecho de ambicion, orgullo, y esperanza. Codiciaba el consulado, y le obtuvo; poderes ilimitados para llevar en persona la guerra al África, y le fueron concedidos apesar de la oposicion de Fabio Máximo; laureles que añadir á los ya conquistados, y se le abrió un vasto palenque para recogerlos. En España, segun Polibio (2), había dejado el mando de las tropas á Junio; segun Tito Livio (3) le entregó á Lucio Léntulo, y á Lucio Manlio Acidino.

CAPÍTULO II.—Trájico fin de Indibilis y de Mandonio. Denuedo de los celtiberos en Africa. Fin de la segunda guerra púnica.

AÑOS 205 A 201 ANTES DE CRISTO.

Cartago hacia los últimos esfuerzos, nó ya para vencer sino para obtener una paz honrosa. Magon dió la vela desde Menorca hácia Italia, con muchas naves de transporte y treinta de guerra, en que iban los restos de los cartagineses envejecidos en las guerras de España, y algunos baleares. Echó su gente en la Liguria, hizo alianza con los in-

(1) Ibidem, cap. 35.

(2) Polibio, lib. xi, cap. 33.

(3) Tito Livio, lib. xxviii, cap. 38.

gaunos , y con los galos , lidió nó tanto para juntarse con su hermano , como para resarcirse en Italia de las rotas sufridas en España ; pero tambien fué desgraciado. Herido en un combate , y recibida órden de embarcarse con el resto de sus tropas para África , murió en la travesía (1).

Ya no quedaban cartagineses en España : mas nó por esto cesó la guerra. Era evidente que Roma no habia penetrado en la península solo para vengar á los saguntinos , sino para reducirlos á la servidumbre : á ellos y á los demás iberos. Indibil y Mandonio , que sin duda tenian sus principados en la Alta Cataluña y en el Alto Aragon , creyeron llegado el momento de levantar la enseña de la independencia ibérica. Reunidos en pocos dias treinta mil infantes y cuatro mil caballos , se pusieron en movimiento contra los romanos. Tito Livio (2) afirma que se reunieron en los Sedetanos ; pero es un error manifiesto por cuanto no dice que los romanos pasasen el Ebro para perseguirlos. Al contrario, dice que los generales Lucio Léntulo y Manlio Acidino cruzaron la comarca de los ausetanos , y avistaron á los españoles puestos en órden de combate : los ausetanos en el centro, los ilergetas en la derecha , y otras tribus en la izquierda. No fué pues una sublevacion general de los iberos lo que los romanos tuvieron que combatir , sino una alteracion precisamente de las poblaciones mas próximas al cuartel general de Tarragona. Dióse una batalla. En su narracion se confunden y se contradicen los historiadores romanos. Afirman que los ilergetas rechazaron á los legionarios (3) siendo necesario renovar con otra legion el combate ; que la caballería española , aunque cargada vigorosamente por la

(1) Tito Livio, lib. xxx, cap 19.

(2) Ibidem, cap. 1. «In agrum sedetanum.»

(3) Ibidem, cap. 2.



romana, no solo no huyó, sino que luchó apeada siguiendo la táctica de los celtíberos; y que Indibil sostuvo por algun tiempo una lucha encarnizada (1): y apesar de esto, declarada la victoria por el romano, escriben que la pérdida de los iberos fué de trece mil muertos y ochocientos prisioneros, y la de los romanos solo de doscientos muertos. Indibil murió en el campo de batalla, lidiando. Mandonio huyó, y le hubiera sido mas glorioso sucumbir, pues á poco algunos pueblos, para comprar la paz, le entregaron á los romanos, quienes le dieron muerte violenta. Mandonio no era rey, ó los romanos habian despegado ya del corazon de algunos iberos el cariño á sus reyes.

Pareció que la península se daba un respiro para estar atenta al gran drama que se representaba en África. Cuatro mil celtíberos se trasladaron allá, como para dar á entender que la juventud ibera no se mostraba indiferente ante aquella lucha, ni abandonaba á sus antiguos aliados, aunque los romanos dijese que Anibal no era ya mas que una sombra (2). Cierta que la juventud, el vigor, y la audacia estaban de parte de Escipion; y que diez y seis años de continuas campañas y triunfos no podían haber transcurrido para Anibal impunemente: pero tambien es innegable que por las armas ningun general romano pudo hacerle abandonar la Italia. Jactábanse algunos de haberle obligado á retirarse con pérdida; pero en la opinion general conservaba fama de invicto. Recientemente habia perdido la ciudad de Locres, en donde, dicé Tito Livio (3), los romanos excedieron en maldad y en vicios á todos sus enemigos, profanaron los templos, y olvidada la disciplina volvieron contra

(1) Ibidem. «Ibi aliquandiu atrox pugna stetit.»

(2) Ibidem, cap. 3. «Annibalem ipsum jam et fama senescere, et viribus.»

(3) Ibidem, lib. xxx, cap. 8.

sí las armas, soldado contra soldado, jefe contra jefe. Si no lo afirmase un historiador tan grave, nos parecería imaginario el cuadro que nos pone á la vista en el capítulo nono de su libro vigésimo nono. Ya los dioses del Olimpo no inspiraban aquel temor saludable que refrena los ímpetus desordenados : fué necesario traer de lejanas tierras la estatua de la diosa Madre. Consultado el oráculo de Delfos , opinó que debía salir á recibirla el mas virtuoso de entre los romanos. Un Escipion , hijo de Cneo muerto en España , y primo del vencedor de Cartagena , reconocido digno de aquella distincion honorífica , fué al puerto de Ostia con con todas las damas romanas para recibir á la nueva diosa destinada á regenerar las creencias moribundas. Quinto Fabio Máximo , poco antes de morir , acusaba incesantemente al conquistador de Cartagena de promovedor de todas las licencias , indisciplinas y desacatos (1) ; y pareció conveniente enviar á su cuartel general en Sicilia una comision que informase sobre su conducta. Publio Cornelio Escipion la recibió con grande aparato , entre simulacros guerreros , en medio de su ejército y á la vista de su escuadra , dispuesto á dar la vela para el África. La comision se declaró impotente para juzgar á quien recurría á tales medios ; y le facultó para alejarse de la Italia. Debieron ser muy numerosas las fuerzas que para ello habia juntado en Sicilia , cuando el historiador Celio , citado por Livio , habla de ellas como de una multitud inmensa. Algunos las reducen á treinta y cinco mil hombres , y aun á menor número : pero se deja entender que Publio procuraria asegurar su empresa. Contaba en África con la alianza de Masinisa , amigo antes de Asdrubal Gisgon , ya enemistado con él desde que Sofronisbe,

(1) Ibidem, cap. 19.

hija del cartaginés, habia contraído enlace con Sifax, rival de aquel numida, dándole en dote una guerra. Esta rivalidad fué un elemento de pujanza para el general romano. Sifax habia derribado á Masinisa del trono de sus mayores, y ocupado sus tierras; y Masinisa y sus parciales no respiraban mas que venganza contra Sifax y sus aliados los cartagineses. En cuanto Escipion desembarcó en África, Masinisa fué su guia, su brazo derecho, y el jefe de su caballería. En un primer encuentro mató al general cartaginés Hannon y á mil ginetes que le seguian, y dió á entender á Asdrubal que tambien el romano tenia á sus órdenes la flor de los numidas. Mientras Escipion puso cerco á la ciudad de Utica, sita no muy lejos de Cartago, al oeste, Masinisa recorria las llanadas, y esparcia el terror por aquellas cercanías. Asdrubal juntó treinta mil infantes y tres mil caballos, y Sifax diez mil ginetes y cincuenta mil peones: y acudieron contra el romano. Entretúvolos Escipion unos dias con negociaciones y con esperanzas de paz, imitando en algun modo los ardidés de Asdrubal Barcino con Claudio Nerón en España: y cuando los tuvo totalmente adormecidos, cierta noche renovó la famosa proeza de Marcio en España; penetró á sangre y fuego en los dos acampamentos enemigos, y pasó á cuchillo la mitad de sus tropas. Á Masinisa fué debida en gran parte esta jornada que tanto ha enaltecido la fama de Escipion el Africano. Sifax y Asdrubal Gisgon se creian ya perdidos, cuando les llegó el refuerzo de los cuatro mil celtíberos que la España independiente enviaba á sus antiguos aliados. Al momento corrió por las filas africanas la voz de que los recién llegados, así por su valor como por la excelencia de sus armas, eran invencibles (1). Muy luego

(1) Polibio, Hist. Gen. lib. xiv, cap. 7. El historiador Livio, xxx, 7, dice que eran unas tropas excelentes.

se puso á prueba su denuedo. Asdrubal y Sifax creyeron poder presentar batalla á Escipion. Hiciéronlo en un sitio denominado los Grandes Llanos. Escipion puso en la derecha de sus alas los italianos , en la izquierda á Masinisa y sus numidas , y en el centro sus legiones. Asdrubal opuso á los italianos la caballería de Sifax , á Masinisa los cartagineses , y á las legiones romanas, aunque muy numerosas, los cuatro mil esforzados españoles. Sifax y sus numidas huyeron al primer choque; los cartagineses, aunque peleaban por la libertad de su patria , se desbandaron : solo los celtíberos , héroes dignos de mejores compañeros , y de mas nobles caudillos , sostuvieron firmes el choque de unos enemigos diez veces superiores en número. Sin retroceder un paso , nó porque les fuese desconocida la tierra, ni porque creyesen que no se les daría cuartel , sino por el odio con que miraban á los romanos , y por el juramento que habian hecho de vencer ó morir , no volvieron jamás la espalda , ni aun cuando Masinisa y los italianos los cercaron y los acometieron por retaguardia. Dando frente á las legiones , dieron y recibieron la muerte con ánimo sereno (1). Murieron todos; y su bella resistencia, dice Polibio (2), no solamente salvó á los numidas y á los cartagineses en el campo de batalla , sino que los protegió en su fuga. Es doloroso tener que consignar que casi al mismo tiempo llegaban á Roma unos diputados saguntinos , y ofrecian al senado oro , plata y cautivos (3). La tierra africana quedó empapada en noble sangre ibérica. Ya no le quedaba á Cartago otro recurso que Anibal para defender á sus dioses. Llamóle de Italia.

(1) Tito Livio, lib. xxx, cap. 8: «Celtiberum acies stabat..... circumtusis undique hostibus, alii super alios cadentes, obstinati moriebantur.»

(2) Polibio, lib. xiv, cap. 8.

(3) Tito Livio, lib. xxx, cap. 21.

Habíalo ya hecho antes indirectamente negándole armas y auxilios ; pero esta vez lo hizo llanamente y con imperio. Anibal abandonó el teatro de sus glorias, cuyo terreno tenia medido en todos sus pormenores , cuyas cordilleras le habian servido de atalayas , y las llanuras de teatro de lides encarnizadas: é hizo rumbo hácia el África, region que habia abandonado en su juventud primera , y que en algun modo era para él una tierra desconocida. Antes de su partida se vió obligado á profanar un templo. Algunos italianos se negaban á embarcarse , y fueron á buscar un asilo en el templo de Juno Laciniãna, hasta entónces inviolable: pero en él penetró el hijo de Amilcar á degüello. Es verdad que esta circunstancia la mencionan los historiadores romanos , los mismos que no dudan en afirmar que Escipion al avistar la tierra africana descubrió el Bello Promontorio, y Anibal un sepulcro : imaginaciones de quien aspira á preparar los acontecimientos posteriores. Roma en tanto dedicó cinco dias á hacer rogativas en todos los altares , bañándolos con la sangre de ciento veinte grandes víctimas, previas todas las solemnidades prescritas por el augur y el gran pontífice. Ya no era solo el occidente, sino el mundo todo conocido de los romanos, quien tenia fija la atencion en las cercanías de Cartago. Anibal tendia á ganar tiempo ; Escipion á no perderle. Aquel debia formarse un ejército , pues del de Italia no llevó mas que unos restos de sus antiguos veteranos , y no le quedaba en él ni uno de aquellos iberos á cuyo denuedo debió sus mas gloriosas jornadas. Escipion le tenia ya formado, entero, y lleno de confianza, por sus recientes triunfos. Muchos de los soldados y jefes cartagine-ses pertenecian á la faccion de Hannon y de Asdrubal Gisgon, enemigos de los Barcinos, acostumbrados á la fuga

aunque abandonasen á unos camaradas valientes, como lo habian hecho con los celtíberos. Los soldados y jefes romanos iban á una. Además, acercábase el término del mando de Escipion, circunstancia que avivaba los ímpetus del romano, y contenia los del cartaginés, sabedor de lo útiles que le habian sido en Italia las mudanzas de cónsules. Anibal pidió á Escipion una entrevista. Era natural que no llegasen á entenderse, mayormente teniendo que hablar por intérprete (1); y en Zama se presentaron la batalla de la que pendia la dominacion del mundo. Ochenta elefantes puso Anibal en primera línea para sembrar la confusion entre los romanos; luego venian los auxiliares, ligurios, galos, mauritanos, y algunos honderos baleares; en segunda línea los cartagineses, los numidas y una legion macedónica; y en tercera los italianos de quienes se desconfiaba. Ningun cuerpo de iberos; pues no se olvidaran de mencionarle Polibio ni Tito Livio, como lo hacen en las demás batallas. La caballería repartióla entre sus dos alas. Escipion confió su ala derecha á Masinisa y sus numidas; la izquierda á Lelio puesto al frente de la caballería italiana; y él dispuso el centro en cohortes compactas, con ligeros claros para dar campo por ellos á los elefantes ó á las propias tropas ligeras. Es cosa comun en los escritores encomiar las disposiciones tomadas por el vencido para dar mas gloria al general victorioso. En el fondo de las narraciones de esta batalla de Zama, lo que hay es que desde la primera evolucion la fortuna se declaró completamente por el romano. Los elefantes, sea que los sobresaltase el son de la trompeta y el grito nutrido que dieron los legionarios, sea que estuviesen confiados á algunos traidores, es lo cierto que no arremetieron

(1) *Ibidem*, cap. 30: «Cum singulis interpretibus congressi sunt.»

contra los romanos , sino contra las alas y el centro de los cartagineses. Masinisa y Lelio no tuvieron que hacer mas que seguirlos, como á una avanzada que habia ya quebrantado el campo enemigo , y completar la derrota. Anibal no pudo hacer otra cosa que conservar su centro y ver de resistir con él nó solo á los elefantes y á su propia vanguardia de auxiliares , sino á Masinisa y Lelio que, acuchilladas las alas cartaginesas , aunaron contra el centro todos sus esfuerzos con los de Escipion y los legionarios. Anibal perdió veinte mil hombres y otros tantos prisioneros ; los romanos dos mil (1): cifras suficientes para dar la explicacion de la batalla. Nuestra Iberia quedaba reducida á defender con sus propias fuerzas su independencia, ó á gemir esclavizada por los augures romanos. Cartago firmó la paz que le propuso Roma , y quedó reducida á sus muros , degradada, y deudora de sumas inmensas: Su aliado Sifax murió cautivo; el hijo del mismo llegó con veinte mil numidas á las llanuras de Zama cuando ya los destinos del mundo estaban echados, y fué vencido; Sofronisbe, esposa de Sifax, pasó sin pudor al tálamo de Masinisa , y acudió al veneno para quitar al triunfo de Escipion su principal trofeo. Jamás habia presenciado Roma otro recibimiento como el que se hizo al vencedor de Zama , llamado desde entónces Escipion el Africano. Este fué el fin de la segunda guerra púnica ; y el principio de guerras crueles , devastaciones y ruínas para nuestra Iberia.

(1) Ibidem , cap. 35. «Victores ad duo millia cecidere.»

CAPÍTULO III. — Principio de las guerras de independencia contra los romanos. Triunfos y descalabros en las lidias con Acidino, Cetego, Caton, Digicio y Násica.

AÑOS 200 A 193 ANTES DE CRISTO.

Los romanos se habian convencido de que, nó en su patria, sino lejos de ella, eran terribles y afortunadas sus armas. En Italia todo eran terrores supersticiosos: fuera de ella todo grandezas. Apesar de los favores que les dispensaba la fortuna, nació este año en país de los sabinos un hermafrodita, y se descubrió que lo era asimismo un jóven de diez y seis años. Semejantes errores de una naturaleza corrompida causaban horror; y el jóven y el recién nacido, encerrados vivos en un cofre, fueron arrojados al mar, mientras tres coros de nueve doncellas cada uno entonaban himnos por las calles y llevaban ofrendas á Juno (1). La administracion pública corria parejas con esa civilizacion de que acabamos de dar una muestra. Debía el estado cierta suma á los que habian adelantado fondos para hacer la guerra á Cartago. El senado declaró que le era imposible pagar (2). Ciceron (3) nos pinta otro rasgo de la ilustracion romana que copiamos aquí porque pertenece á los anales de este tiempo. Lucio Quincio gobernaba una provincia y casi no se separaba nunca de un jóven dotado de una rara belleza. En un banquete le dijo éste: « He perdido, por venir á verte, un combate de gladiadores, y el placer con que veo degollar á un hombre. » Nada has perdido, le respondió Quincio. Al momento da órden de que traigan un reo de muerte, y él mismo le decapita en presencia de los convida-

(1) Tito Livio; lib. xxxi, cap. 12.

(2) Ibidem, cap. 13.

(3) Ciceron «de senectute» párrafo 12.

dos (1). ¿Qué nacion del mundo podia no aborrecer á una república de la cual eran patricios, magistrados y pontífices semejantes hombres?

Quien mas los odiaba era la Iberia. Habian penetrado en ella apellidando venganza contra los enemigos de la libertad de Sagunto; y la talaban ahora y recorrían á sangre y fuego, con imprecaciones á los dioses infernales, y ávidos de oro. Nada mas exagerado que los partes que enviaban á Roma los generales anunciando diariamente grandes victorias en las que morian siempre muchos miles de españoles. Los jefes nuevos, apesar de que sus antecesores les entregaban la comarca en calidad de sometida, no podian dar en ella un paso sin lidiar, vencer, ó ser vencidos. Abultaban entónces los encuentros, las derrotas; de una escaramuza hacian una batalla; penetraban en pueblos indefensos; los daban al saqueo; y cuando habian atesorado ya bastante oro, ú plata, se volvían á Roma, y compraban, ya los honores de la ovacion, ya los del triunfo. Lucio Cornelio Léntulo recibió los de la ovacion porque puso en el tesoro cuarenta y cuatro mil libras de plata, y dos mil cuatrocientas cincuenta de oro. Cayo Cornelio Cetego dió parte al senado de que habia tenido un encuentro con los sedetanos y les habia muerto quince mil hombres. Los gaditanos reclamaron porque se les mandaba un prefecto en contra de lo que habian estipulado con Marcio (2). Lucio Manlio Acidino, otro de los generales romanos que acababan de salir de España, no pudo recibir en Roma ni los honores de la ovacion porque solo puso en el tesoro público treinta libras de oro y mil doscientas de plata. Sempronio pasó á ejercer mando

(1) Plutarco, Vida de Marco Caton. Livio, lib. xxxix, cap. 42.

(2) Tito Livio, lib. xxxii, cap. 2.

en la España citerior, Helvio en la ulterior, llevando allá unos ocho mil infantes y cuatrocientos caballos. Esa repartición de la península era una fantasía romana: la verdadera división de la Iberia consistía en España libre é independiente, y en España ocupada por los extranjeros y teatro de una lucha encarnizada. Los romanos no habían cruzado el Duero, ni visto el mar, ni la cordillera de los cántabros. Desde Almería para el Pirineo, á todo el país llamaron España Citerior. Desde Almería para el Atlántico, á todo España Ulterior. Un día daban por enteramente destruida una población; y al año siguiente tenían que volver á sitiarla. Los generales anteriores habían dejado sometida la Ulterior. Helvio halló en ella dos príncipes, Colcas uno, Lucino el otro, que se habían apoderado de diez y nueve ciudades, en su número Carmona y Bardona (1); y en la costa los malacinos, los sexetanos y la Beturia entera, alteradas á punto de apellidar guerra (2). Sempronio perdió en la Citerior una batalla, y no pudo dar parte de haberla ganado, porque quedó herido y murió á poco. El grito de independencia hizo cesar sin duda por el pronto las miserables rivalidades que traían divididos á los príncipes iberos; y casi recobraron todo el país perdido desde los tiempos de Amilcar. Roma conoció que la España iba á ser su eterna pesadilla; y envió á ella uno de sus cónsules con dos legiones completas. Es sabido por testimonio de Polibio (3) que en los tiempos normales cada legion se componía de cuatro mil infantes y dociientos caballos; y en tiempos de guerras encarnizadas constaba de cinco mil infantes y trescientos caba-

(1) Ibidem, lib. xxxiii, cap. 21. «Carmonem et Bardonem.»

(2) Ibidem: «In maritima hora Malacinos, Sexetanosque, Bæturiam omnem..... ad finitimorum motus consurrectura.»

(3) Polibio, lib. iii, cap 107.

llos. Además se pusieron á las órdenes del cónsul veinte navés, cinco mil aliados latinos y quinientos caballos. Claudio Neron con una legion y dos mil doscientos auxiliares fué destinado á la España Ulterior; y el cónsul Marco Porcio Caton, secundado por Manlio, pasó á la Citerior. Además de las tropas del cónsul llevó consigo Manlio otra legion, y dos mil doscientos auxiliares (1). En medio de estos preparativos se recibió en Roma un parte del sucesor interino de Sempronio en que decia que, junto á Turba (algunos han leido Turbula, ó Teruel, la enemiga de Sagunto), habia vencido á dos príncipes iberos, Budar y Besasides, preso al primero, y acabado con doce mil enemigos. No por esto se sosegaron los ánimos, pues no era posible obtener victorias, tantas en número, tales en importancia, decisiva ninguna, si toda la península en masa no se habia declarado contra los romanos.

Marco Porcio Caton, poco antes de partir para España, tuvo que sosegar en Roma las alteraciones promovidas en calles y plazas por las damas romanas, indignadas, olvidado el pudor (2), de que se las hubiese prohibido tener mas de media onza de oro, usar trajes de varios colores, y andar en carruaje por Roma ú otras ciudades, ni á una milla de su recinto, excepto en los casos de sacrificios públicos. « Romanos, dijo Caton en el senado, si cada uno de nosotros hubiese procurado conservar en su casa los derechos y la dignidad de maridos, no tendríamos hoy que batallar con todas las mujeres juntas (3). » Apesar de su oposicion, las

(1) Tito Livio, lib. xxxiii, cap. 43. Hay confusion en Livio respecto al sucesor de Sempronio, de quien se habla luego. Livio, lib. xxxiii, cap. 44, dice que Minucio dió parte de una victoria sobre Turbula. Minucio, lib. xxxiv, cap. 10, sucedió á Helvio en la Ulterior. Turbula estaba en la Citerior. Quien debió dar el parte fué el sucesor interino de Sempronio.

(2) Ibidem, lib. xxxiv, cap. 1: « Matrona nulla nec autoritate, nec verecundia,.... omnes vias urbis aditisque in forum obsidebant »

(3) Ibidem, cap. 2.

damas triunfaron, y la ley fué abolida. Es conveniente detenernos un instante en contemplar á ese Marco Porcio Caton para formarnos una idea de lo que era mirado como un tipo de virtud y de sabiduría entre los romanos. Antes se llamó Prisco. Caton, fué un renombre que vale tanto como CALUS, sabio y avisado. Laborioso, frugal, incansable en la guerra, aspirante á cargos y honores en la paz, sufridor de injurias, y denunciador de maldades, llegó á una edad avanzada, de suerte que un poeta maligno dijo de él que Proserpina se negaba á recibirle en los infiernos. Acusaba incesantemente á Escipion el Africano de derrochador de la fortuna pública y pervertidor de las costumbres, é intentó hacerle condenar á muerte (1). Creóse muchos enemigos que le volvieran acusacion por acusacion, y á quienes derrotaba en la tribuna por medio de salidas ingeniosas. «Es doloroso, dijo un dia, tener que dar cuenta de sus acciones á unos hombres que no son de mi siglo.» Pidió y obtuvo la censura, que era el mas elevado de los cargos, especie de inquisidor de la vida y costumbres de los ciudadanos. «Elegidme, dijo á los ciudadanos, y tendreis en mí un médico vigilante y severo.» Aborrecia á las musas por amor, decia, á la virtud; y á los filósofos y retóricos porque preferia al arte de bien decir el de bien obrar. Aspiraba á que Roma fuese la dominadora de los demás pueblos, y provocó la tercera guerra púnica, acabando constantemente sus discursos en el senado, sea cual fuese el tema, con las palabras de, «opino que Cartago debe sér destruida (2).» Llamábanle el mas recto, íntegro y virtuoso de los romanos. Y para tener un cabal conocimiento de lo que en aquellos

(1) Plutarco, en la Vida de Marco Caton.

(2) «Delenda est Cartago».

tiempos se entendía por rectitud, virtud é integridad, bastará no perder de vista los siguientes rasgos de la vida de Caton (1). Decía que el hombre admirable, divino, y mas digno de gloria, era el que dejaba mas bienes que los heredados de su padre. Á medida que iba en aumento su fortuna exigía de sus esclavos mas cuidado en la preparacion de la comida, y los azotaba él mismo por poco que se descuidasen. Cuando un esclavo era reo de muerte (y por un leve desliz lo era) le hacía quitar la vida á su presencia. Daba á los marinos dinero á la gruesa con condiciones y premios exorbitantes. Ya octogenario, tenia por concubina á una esclava, y luego se casó en segundas nupcias con una tierna jóven. En la guerra cayeron cierta vez en sus manos seis-cientos desertores, y á todos los hizo morir en masa. Engañar á un enemigo prometiéndole lo que no podia cumplir era para él una accion loable. Vendia sus esclavos cuando ya eran viejos, para no alimentar, decia, bocas inútiles. Tal era el mas virtuoso de los romanos que hacia rumbo para España con un ejército formidable. Ciertamente le necesitaba. Conocian ya los iberos que la fé romana valia tanto como la púnica: y ahora que Cartago estaba vencida y humillada no vacilaban en decir á Roma que era necesario venir á cuentas con ellos. Rosas y Ampurias, que habian abierto sus puertas á los tres Escipiones, las cerraron á Caton. Apoderóse de la primera por fuerza de armas. La segunda estaba dividida en ciudad española, y en arrabal ó factoría griega (2): ésta simpatizó con los romanos, aquella les opuso resistencia. Caton vió que aquellas campiñas eran fértiles y

(1) Plutarco, «Vida de Marco Caton.» De él hemos copiado los rasgos que van á leerse.

(2) Tito Livio, lib. xxxiv, cap. 9. Es un comprobante de lo que dijimos en el libro primero respecto á las colonias extranjeras. Ni los griegos ni los focenses fundaron la poblacion de Ampurias; lo que hicieron, con beneplácito de los naturales, fué establecer factorías de comercio en los arrabales de las mismas.

se puso á talarlas é incendiarlas (1). Decia que la guerra se alimentaba con la guerra, y que su ejército no necesitaba asentistas. Á la sazón Helvio, venido de la España Ulterior, de paso para Roma, se detuvo en el campo de Catón. Dijo que, no muy lejos de Iiturgis, escoltado por seis mil hombres, habia derrotado un ejército de celtíberos, á quienes mató doce mil hombres, y recobró aquella plaza. El parte del general celtíbero se ignora. Solo se sabe que Helvio obtuvo en Roma la ovación, entregando al tesoro catorce mil setecientas treinta y dos libras de plata en barras, diez y siete mil veinte y tres en monedas iberas en que se veia un carro con dos caballos, y ciento veinte mil cuatrocientas treinta y ocho de plata de Huesca. Minucio llevó al tesoro, poco despues de Helvio, treinta y cuatro mil ochocientas libras de plata en barras, setenta y ocho mil en monedas iberas del carro con dos caballos, y doscientas setenta y ocho mil de plata de Huesca (2): sumas bastantes para que la ovación no le fuese negada. Los generales romanos no habian olvidado los orígenes de su patria. El que mas despojos presentaba era el primero entre los grandes merodeadores de los pueblos.

Bilistage, rey de los ilergetas, envió tres embajadores á Catón diciéndole que, por su alianza con Roma, iba á experimentar la suerte de Sagunto si pronto no le socorria. Catón le prometió que lo haria, y faltó á su palabra, como

(1) Ibidem: «Urit vastatque.»

(2) Ibidem, cap. 10. «Oscensis argenti.» Téngase presente que es tan obscura la geografia de la España antigua, que no es posible afirmar si la Osca de Tito Livio fué la Huesca aragonesa que conocemos, de que hablan Plutarco en la Vida de Sertorio, y Tolomeo II, 6, ó bien la Huesca (Osca) de la Bética de que habla Tolomeo II, 30, y que sin duda poseyó ricas minas de plata. La circunstancia de haber Helvio y Minucio ejercido mando en la España Ulterior da á entender que se habla aqui de la Osca de la Bética. Pero mas adelante Tito Livio, lib. xxxiv, cap. 46, dice que Catón trajo tambien á Roma plata de Huesca; y Catón tenia mando en la Citerior; de suerte que quedamos en la misma duda.

Roma habia faltado á las promesas hechas á los saguntinos: pero guardó en calidad de rehenes al hijo de Bilistage que vino con los embajadores (1). La suerte de Cataluña se decidió en los campos de Ampurias. Sin duda los españoles tendrian muy bien fortificado su campo, cuando Caton creyó necesario hacerlos salir de él simulando una fuga. Aun así no fué fácil vencerlos. Acometidos por la caballería romana, la rechazaron y desordenaron. De lejos lidiaron bien con hondas, arcos, dardos, y falaricas inflamadas; de cerca con las espadas. No eran ya aquellos iberos que recibieron con ramos de oliva á Cneo, seguros de que en él hallarian un aliado contra Cartago: eran hombres poseidos del sentimiento de la dignidad nacional ofendida. Las tropas que Caton tenia de reserva le dieron la victoria. Arrojadlos los iberos á su campo, y tomado este por asalto, los mas de sus defensores fueron pasados á cuchillo. Hay quien hace subir la pérdida de los vencidos á cuarenta mil hombres. Caton, aunque muy amigo de la vanagloria, calló el número (2). Ampurias se rindió ante este golpe de la fortuna, y otro tanto hicieron los demás pueblos, de suerte que al llegar el romano á Tarragona, Cataluña quedaba sosegada y muda. Qué pueblos fueron en ella los bergistanos, se ignora: pero se sabe que solamente ellos no se dieron por vencidos, sino que se sublevaron una y mas veces hasta que Caton los hizo acosar como fieras y venderlos como esclavos. Claudio Nerón se habia trasladado á la España Ulterior como á sucesor de Minucio. Manlio, teniente de Caton, aumentadas sus tropas con los seis mil soldados que llevó de escolta Helvio, pasó el Ebro, é hizo la guerra á los turdetanos y á los túr-

(1) *Ibidem*, cap. 12.(2) Plutarco, lugar citado. Livio, *ibidem*, cap. 15.

dulos: algunos creen que en Andalucía, otros que en Valencia. Es sabido que Tito Livio daba el nombre de turdetanos á las tribus de las cercanías de Teruel, enemigas de Sagunto. Tambien es sabido que Manlio debia recobrar la España Citerior, nó la Ulterior, cuyo gobierno incumbia á Claudio. Dió Manlio una batalla á los turdetanos, y aunque los venció no pudo sujetarlos. Los túrdulos vinieron á su auxilio, tomado antes á sueldo un cuerpo de diez mil celtíberos. Manlio llamó á Caton en su socorro. Acudió el cónsul, y viendo que los celtíberos eran enemigos harto poderosos para ser combatidos de frente, propuso darles doble sueldo si se pasaban al campo romano, seguro de hacerle pagar á los turdetanos si triunfaba, ó de verse libre de todo pago si era vencido. No pudo hacerles consentir en ello, ni persuadirlos á que se retirasen, ni hacerlos venir á trance de batalla en el terreno que le era favorable. Entónces hizo un amago sobre la Seguntia de los celtíberos que algunos creen ser Sigüenza aunque lo nieguen otros (1), y visto que ni aun así podia sacar de sus posiciones á los iberos, dejó el ejército al mando de Manlio, y volvióse con siete cohortes á juntar con las tropas que habia dejado en Cataluña. Quería asegurarse la posesion de esta base de operaciones. Desarmó á todos los naturales viendo que en cada uno tenia un enemigo. Muchos, antes de dejar las armas, se desprendieron voluntariamente de las vidas. Desarmados los moradores, exigió Caton que todas las fortificaciones fuesen demolidas. Segestica, ciudad rica y floreciente, se negó á hacerlo; pero fué sitiada y como es de suponer pasada á

(1) Tito Livio, lib. xxxiv. cap. 19: «Saguntia Celtiberum.» Los que opinan que esta campaña la hicieron Manlio y Caton en Andalucía, van á buscar otra Seguntia en las orillas del Guadalete: mas esta no pudo ser la de los celtíberos: lo fué Sigüenza. Reducido el teatro de la guerra á la España citerior, desaparecen las dudas.

saco y á cuchillo. Otra ciudad, cuyo nombre se ignora, opuso también resistencia á Catón; pero entró en ella por ardid, alejados sus defensores por una fuga, simulada ó verdadera, de los suesetanos aliados de Roma. Vérgia se negó asimismo á demoler sus muros. Catón la llamó guarida de foragidos, como lo hizo Marcio con la heroica Astapa; y avenido con algunos moradores entróla á degüello. Tales fueron las acciones por las cuales Marco Porcio Catón mereció en Roma los honores del triunfo. Puso en el erario veinte y cinco mil libras de plata en barras, ciento veinte y tres mil libras en monedas del carro con dos caballos; quinientas cuarenta libras en plata de Huesca, y mil cuatrocientas libras de oro. Sexto Digicio vino á la Citerior; Escipion Násica á la Ulterior. El primero perdió la mitad de su gente (1); el segundo dijo haber ganado cincuenta plazas y muerto doce mil lusitanos. Cayo Flaminio sucedió á Digicio en la Citerior, Marco Fulvio reemplazó á Escipion en la Ulterior. Los dos vinieron acaudillando tres mil infantes y cien ginetes romanos; y cinco mil infantes y doscientos ginetes latinos: especie de refuerzo de penados á quienes enviaba Roma á morir en la península á trueque de exprimir de ella oro y plata.

CAPÍTULO IV. Continúa la guerra de la independencia contra los romanos, y sus pretores Fulvio, Flaminio, Emilio, Hipseo, Bruto, Manlio, Atinio, Crispino, Calpurnio, Varron y Sempronio Longo, con varia fortuna.

AÑOS 193 A 183 ANTES DE CRISTO.

Faltábanles jefes á los iberos. Soldados, lo eran todos. Pródigos de su sangre; serenos en la lid, sufridores de pe-

(1) Orosio, lib. iv, cap. 20, dice que Digicio, sucesor de Catón, perdió en la España citerior casi todo su ejército. Tan asegurada dejó la provincia su antecesor. «Pene omnem amisit exercitum.» Y sin embargo Digicio era un excelente soldado. Créese que es el mismo que en la toma de Cartagena ganó la corona mural.

nalidades en las marchas, creían que sacrificando la propia vida por la patria, habían cumplido ya con ella. No se mostraban tan inclinados á sacrificar sus mutuas rivalidades, á formar un centro de nacionalidad, y á eclipsar sus voluntades ante la de un jefe supremo: y esta falta de concentracion esterilizaba su heroísmo. Medio siglo hacia que batallaban con las dos naciones mas poderosas del mundo, y consigo mismos, pues aquellas, ambas á dos, contaron siempre con auxiliares españoles. Algunos creen que los romanos contribuyeron á formar el núcleo de las nacionalidades que modernamente han aparecido en Europa; y juzgan que este resultado hace olvidar en parte sus devastaciones. Otros opinan de muy diverso modo, y sabiendo que su máxima favorita consistía en dividir para vencer, sienten que mas bien podría llamárseles descoyuntadores de pueblos. Otros, nó ellos, fundaron algo estable sobre las ruínas que hacinó en el mundo la soberbia del senado romano. Nada mas grato para este que el ver la raza iberica herida por mano de sus propios hijos. Cuando el pretor Flaminio pedía seis mil quinientos infantes y trescientos caballos mas para pasar á España, se le respondió que hiciese en la península levas de gente (1). Hízolas, si hemos de dar crédito á Valerio de Ancio, citado por Livio, entró en Ilucia, plaza obscura de los orentanos, y tomó cuarteles de invierno. No le dejaron tranquilo en ellos los españoles, y le hicieron perder mucha gente en escaramuzas. Los romanos llaman á esto una guerra de bandidos, aunque confiesan que perdieron en ella mucha gente (2): los iberos la darian otro nombre. Fulvio dió par-

(1) Livio, lib. xxxv, cap. 2. «Mens ea senatus fuit, ut in Hispania tumultuarii milites legerentur.»

(2) Ibidem, cap. 3: «Prælia... adversus latronum magis, quam hostium excursiones, vario lamen eventu, nec sine militum jactura, sunt facta.»

te de que habia sido mas afortunado , pues venido á trance de batalla , no muy lejos de Toledo , con los celtíberos , vacceos y vectones , los habia vencido , y preso á su rey Hiterno. Ignórase si votó por su triunfo un templo á la Victoria Virgen , como lo hizo Caton dos años antes ; pero hubiera podido hacerlo , pues al entrar mas adelante en ovacion en Roma llevó consigo , arrebatadas á la Iberia , ciento cuarenta y dos mil libras de plata y algunas de oro (1). Vascelia, Holona, Noliba, Cusibi y la misma Toledo cayeron en poder de Fulvio. Litabro , sitiada por Flaminio , se rindió tambien , quedando prisionero un príncipe , Corribilon por nombre (2). Fulvio y Flaminio fueron prorogados en sus gobiernos , pues Bebio Tamfilo y Atilio Serrano , nombrados el primero para la España Citerior y el segundo para la Ulterior , recibieron contraórden y otro cargo. Los arúspices romanos acababan de asegurar , en nombre de los dioses de la república , límites nuevos para el imperio , victorias y triunfos (3). Ya no se trataba del oriente de la Europa solamente , sino que por la Iliria , la Macedonia , la Grecia , la Tracia y el Helesponto , Roma se habia abierto un camino para escudriñar el Asia de donde habia salido su progenitor troyano. Fué director de esta incursion el mismo Escipion el Africano , aunque se contentó con mandar

(1) Es necesario leer con detenimiento y comparar los textos de los capítulos 7. y 22 del libro xxxv en que Livio habla, no sin alguna confusion, de los hechos de Fulvio y de Flaminio. Algunos han creído que refiere dos campañas diferentes: es mas probable que se refiere, añadiendo algunos pormenores en el capítulo 22. Orozio lib. iv, cap. 20, dice que fueron sangrientas y horrorosas las guerras que Flaminio y Fulvio sostuvieron en España: «In utraque Hispania, per Flaminium Fulviumque prætores, bella multum horrida cruentaque utrisque populis gesta sunt.»

(2) «Nobilem regulum Corribilonem vivum cepit;» Livio, lib. xxxv, cap. 22. Tocante á la reduccion de los nombres de las plazas tomadas por los romanos , al de otras modernas, es punto menos que imposible. Y ciertamente nos confunde la seguridad y el aplomo con que hacen sus reducciones y se creen infalibles algunos de nuestros historiadores. El mismo Livio, que no imitó á Herodoto ni á Polibio en lo viajero, no hizo mas que copiar, y mal algunas veces, los nombres que hallaba escritos en otros autores.

(3) Livio, xxxvi, cap. 1.

con el título de consejero ó teniente de su hermano Lucio. Ya la marcha de los sucesos habia hecho de la Grecia una via romana. Anibal, fugitivo de Cartago y del occidente, habia buscado en el oriente nuevos enemigos al senado romano, y le habia hecho recoger nuevos laureles. Roma era pues el centro del mundo conocido; y sus augures invocaban al tonante para que pusiese á sus piés la tierra.

Algunos se lamentan de hallar á cada paso en Tito Livio la mencion de los prodigios que traian á veces perturbado al pueblo rey, postrándole frecuentemente ante las aras de los dioses; y opinan que tales narraciones son para la obra de aquel historiador una mancha: de manera que vienen á ser apologistas de quien es fama que por dicha causa mandó dar al fuego los ciento y cinco libros que nos faltan de la mejor historia romana. Por nuestra parte creemos que Livio debió consignar, como lo hizo, las flaquezas de los antiguos romanos, las supersticiones que les hacian dar crédito á unas fábulas repugnantes, el terror religioso que ponía de rodillas ante un augur á los conquistadores del orbe, y la ceguedad con que daban entera fé á los oráculos que se suponian iluminados por el poderoso Júpiter. Estas circunstancias, mas bien que las batallas, dan á conocer á un pueblo. Si se teme alguna desgracia, luego corre la voz de que un buey ha dado un grito, diciendo: «Roma, ¡cuidado!» Se hacen rogativas (1), y el buey es alimentado á costas del tesoro. Si un incendio destruye el foro Boario, si un terremoto consterna á los ciudadanos por espacio de

(1) *Ibidem*, 35, cap. 21. Es comun opinion que Gregorio el Grande mandó quemar las obras de Livio por creer peligrosa la lectura de estos prodigios. Otros no la creen fundada; y dicen que el peligro no se vió en los prodigios, pues casi nunca da á entender Livio que cree en ellos, sino en la pintura que hace de los ritos, fiestas, rogativas, procesiones, ayunos, novendiales, sacrificios y demas ceremonias del antiguo culto de la roma pagana.

treinta y ocho dias , señal que el buey anduvo inspirado y que hay necesidad de tres dias de rogativas en los templos para aplacar la cólera de los dioses (1). Si se descubre que un niño de doce años es de sexo dudoso (2) , los magistrados se apoderan de él y le quitan la vida en nombre de las divinidades , enemigas de los mónstruos. Si alguno pretende establecer en Roma nuevos misterios religiosos , como las bacanales , cuyos adeptos durante la noche se entregaban al desenfreno , profetizaban el porvenir con contorsiones fanáticas , y las mujeres , suelta la cabellera y agitando antorchas encendidas iban á azotar con ellas las aguas del Tibre , al momento los cónsules , el senado y el colegio de los pontífices , alarmados , proscriben en nombre de los dioses romanos todo rito , todo sacrificio que no sea el de la Roma pagana : los adeptos de Baco son condenados á muerte (3) , y sus denunciadores premiados. Pero si saben los augures que los sacerdotes galos hablan en nombre de la madre de los dioses , invocacion grata para la plebe (4) , no querrán que el pueblo romano sea inferior al galo , y tendrán un templo para venerar en él á la Grande Madre (5). Ya ningun toro puede arredrarlos , y si alguno se sale de sus naturales hábitos , y sube por una escalera hasta el techo de una casa (6) , será quemado vivo , arrojadas al Tibre sus cenizas , y luego en honor de Ceres se establecerá un dia de ayuno , otro de rogativas , y un sacrificio novendial , todo en nombre del Olimpo. No se sabe que de España admitiesen otros dioses fuera del oro y la plata.

(1) *Ibidem*, cap. 40.

(2) *Ibidem*, xxxix, cap. 22.

(3) *Ibidem*, cap. 13 á 18.

(4) *Ibidem*, lib. xxxvii, cap. 9 : « Jussu se matris deum famulos dea venire memorant. »

(5) *Ibidem*, lib. xxxvi, cap. 36.

(6) *Ibidem*, cap. 37.

Lucio Emilio Paulo recibió orden de pasar á la Ulterior en reemplazo de Fulvio, con un refuerzo de tres mil infantes y trescientos caballos. Flaminio fué prorogado en la Citerior. Ambos jefes y sus tropas recibieron próroga para otro año. No tomó para ellos buen sesgo el aspecto de la guerra. En la Bastetania, junto á Lycon (1) perdió Emilio Paulo seis mil hombres en una batalla, y luego los reales, y á marchas dobles, lleno de terror, fué á buscar un asilo en tierras de sus aliados. Á Flaminio sucedió Plaucio Hypseo en la Citerior, llevando consigo un refuerzo de mil infantes romanos, dos mil latinos, y doscientos cincuenta caballos sin contar las tropas auxiliares, y lo que le faltaba para tener en pié una legion completa. Lucio Beblio se puso en camino por la Liguria para ir á reemplazar en la Ulterior á Emilio Paulo, llevando consigo siete mil infantes y doscientos cincuenta caballos, sin los auxiliares y el completo para su legion. Es muy posible que entre los ligurios hubiese tropas españolas auxiliares (2): en tal caso hicieron un servicio á su patria derrotando completamente á Beblio y obligándole á refugiarse en Marsella en donde murió. Fué necesario nombrarle un sucesor, y cayó la eleccion en P. Junio Bruto que á la sazón ejercia mando en la Etruria. Emilio Paulo, á quien iba á relevar, ardía en deseos de vengar su pasada rota, y reunidas fuerzas suficientes presentó batalla á los lusitanos. El parte que de esta batalla dió el general lusitano no ha

(1) Ibidem, lib. xxxvii, cap. 46: «In Bastetanis..... apud oppidum Lyconem.» Orosio, lib. iv, cap. 20, dice que Emilio Paulo perdió el ejército y la vida en esta batalla. «In Hispania ulteriore L. Aemilius proconsule á Lusitanis cum universo exercitu cæsus interiit.» Livio, lugar citado, y Plutarco en la Vida de Emilio y los demas historiadores, contradicen á Orosio.

(2) Ya hemos visto anteriormente que los galos y los iberos se auxiliaban, lo mismo que los ligurios y los galos, Livio xxxvi, 39; así es que unas mismas monedas corrian en la Iberia que en la Galia: varios generales romanos habian sacado de España y traído á Roma millares de libras de plata acuñada con el carro tirado por dos caballos; la misma moneda trajo Escipion Násica recogida entre los galos, y no en corto número, sino doscientas treinta y cuatro mil piezas, Livio xxxvi, 40, para su triunfo.

llegado á nosotros ; pero sí el del general romano ; en que afirma que venció á sus contrarios matándoles diez y ocho mil hombres (1) y haciéndoles tres mil y trescientos prisioneros , con lo que creyó borrada la afrenta sufrida el año precedente. En Roma se dieron gracias á los dioses por esta victoria , casi á tiempo en que Lucio Escipion volvía triunfante del Asia , y se hacia dar el nombre de Asiático , por haber traído á su patria el gérmen de un lujo funesto , un aumento de depravacion de costumbres , cantoras para amenizar los banquetes , camas de bronce , tapicerías preciosas , y velos transparentes para las damas romanas (2).

En el año 188 antes de Cristo , Lucio Manlio vino á la Citerior , y Cayo Atino á la Ulterior. Sin duda las fuerzas romanas habian menguado en la península , pues decretó el senado no solo que quedasen en España dos legiones completas , sino que aumentó cada una de ellas con un suplemento de tres mil infantes y doscientos caballos (3) prueba de que la guerra continuaba en nuestra península , sin otra ventaja para Roma que la de obligarla á mantener sobremañera disciplinadas sus tropas. Allí vivian constantemente en alarma. Quebradas que forman estrechos valles , gargantas peligrosas , cordilleras que se abren á veces ofreciendo desfiladeros funestos , y colinas que sirven de atalaya : todo contribuía á negar á los invasores un momento de descanso. El menor descuido se pagaba con la pérdida de un ejér-

(1) El mismo Livio reconoce la exageracion de los historiadores romanos , á quienes cita frecuentemente , cuando han de enumerar las pérdidas sufridas por los enemigos. En el lib. xxxviii , cap. 23 , dice que « Claudio hace subir á cuarenta mil el número de muertos en una batalla , siendo así que Valerio de Ancio , de suyo exagerado en tales números , solo pone diez mil : » *Claudius..... ad quadraginta milia hominum cæsa , auctor est : Valerius Antias , qui magis immodicus in número augendo esse solet , non plus decem milia.* »

(2) Tito Livio , lib. xxxix , cap. 6 : « *Luxuriæ enim peregrinæ origo , ab exercitu asiatico in vecta in urbem est. Il primum lectos æratos , vestem stragulam pretiosam , plagulas , et alia textilia..... tunc psaltriæ sambucistriæque et convivalia ludionum oblectamenta addita epulis.* »

(3) *Ibidem* , lib. xxxviii , capitulos 35 y 36.

cito. El año 187 no vienen á España pretores nuevos; pero en el siguiente, Lucio Quincio Crispino fué nombrado para la Citerior, y Cayo Calpurnio Pison para la Ulterior, mientras en Roma se tomaban serias providencias, y se castigaba con pena de muerte á los iniciados en los misterios de las asociaciones secretas, llamadas bacanales (1). Despréndese de Livio que los iberos llevarian lo mejor de la lucha, pues dice que para reforzar el ejército de España se alistaron entre los latinos veinte mil infantes y mil trescientos ginetes, y entre los romanos tres mil de los primeros y doscientos de los segundos (2). Sin embargo, Atinio, en territorio de Asta, habia dado batalla á los lusitanos, hécholes perder seis mil hombres, ahuyentado á los restantes, ocupado su campo, puesto sitio á la misma ciudad de Asta y apoderádose de ella; pero las pérdidas de los romanos debieron ser considerables cuando el mismo Atinio murió á poco de una herida. Tambien Lucio Manlio Acidino en la Citerior habia batallado con los celtíberos con varia suerte. La primera batalla debió ser fatal para los romanos, pues confesaron que la victoria habia quedado indecisa, aunque pudieron dar sepultura á sus cadáveres (3) y recoger despojos. De la segunda, dada pocos dias despues junto á Calagurris, dijo Manlio que habia salido triunfante con muerte de doce mil celtíberos, y con captura de dos mil; y añadió que hubiera sujetado á los celtíberos á no haber tenido que hacer entrega del mando á su sucesor Quincio. No debió este opinar como Manlio, pues lo primero que hizo fué replegarse y tomar cuarteles de invierno. Calpurnio Pison

(1) Ibidem, lib. xxxix, cap. 8.

(2) Ibidem, cap. 20.

(3) Ibidem, cap. 21: «Romanis et suos sepeliendi, et spolia legendi ex hostibus postestas facta est.»

imitó en la Ulterior su prudencia. Notábanse en esta lucha los rasgos de la fisonomía de los pueblos iberos. Los gallegos, astures, y cántabros al norte permanecían espectadores. Los lusitanos al oeste, y los celtíberos en el centro, que habían presenciado la ocupación de la Bética por los cartagineses, las lides de los romanos por la ocupación de la cuenca baja del Ebro, la ruína de la dominación púnica, y su reemplazo por la romana desde Emporias hasta Gades, conocían que era llegada la hora de pelear por su propia causa, y lo hacían con brio, aunque sin el mútuo concierto que debía asegurarles el triunfo. Dos nacionalidades aparecían en relieve donde era conveniente no formar más que una para vencer al romano. Los lusitanos, fijos los ojos en la Ulterior, no daban vagar á los extraños que la habían invadido. Los celtíberos, vencedores un día, vencidos otro, jamás doblaban en la Citerior la cerviz al yugo, antes probaban que en el centro de la Iberia había sobras de sangre generosa que verter por la patria. La region del norte dormía, no mirándolo como cuestion de sus lares.

Apesar de que Manlio había sido recibido con ovación en Roma, entregando al tesoro doscientas doce libras de oro, cincuenta y dos coronas del mismo metal y veinte y seis mil trescientas de plata, su sucesor Quincio creyó necesaria la reunion de sus fuerzas con las del otro pretor Calpurnio Pison, para hacer frente á los enemigos que aquel triunfador había dado por vencidos. Á corta distancia de Hippona y de Toledo, concentrados en uno los dos ejércitos romanos en España, batallaron de poder á poder con los celtíberos y carpetanos solamente, nó con los lusitanos. Cuando los dos Escipiones fueron vencidos por tres generales y tres ejércitos cartagineses, se achacó aquella rota á la separación de

los generales. Ahora los dos pretores iban juntos, obraban de comun concierto, y no tenian delante de sí tres ejércitos, la flor de las tropas y de los capitanes de su rival africano, sino uno solo formado de iberos centrales. El romano fué vencido, abandonó su campo en mitad de la noche, y huyó dando escolta á dos pretores humillados (1). No les siguieron el alcance los vencedores iberos, ya por lo precipitado de la fuga, ya porque desde la muerte de dichos Escipiones, en cuya coyuntura fué fatal el empeño puesto en dar caza á los vencidos, debió acreditarse el adagio de dar puente de plata á los fugitivos, y ya tambien porque se limitaban á defender su comarca y no entraba en sus miras por el momento constituirse en paladines de las demás tribus iberas (2). Los romanos confesaron haber perdido cinco mil hombres en esta jornada. No tardaron mucho en buscarse un desquite. Esta vez concentraron todos sus destacamentos, la mayor parte de las guarniciones, y los auxilios que podian prometerse de sus aliados, y volvieron á las orillas del Tajo en busca de los iberos. Los dos pretores vadearon el rio, Quincio á la cabeza del ala izquierda, Calpurnio á la de la derecha. Llegados á la opuesta márgen, ambos pretores se colocaron en el centro, cada uno al frente de una legión romana. Diez mil hombres de tropas excelentes formaban la parte mas firme de su ejército. De otros diez mil constaria cada una de sus alas, compuestas de

(1) Ibidem, cap. 30. Algunos creen que los lusitanos asistieron á esta batalla y á la siguiente; y lo fundan en que los nombra Livio, ibidem, cap. 42; pero el nombrarlos es por incidencia, y porque en efecto Calpurnio y Quincio se jactaron de haber vencido á los lusitanos y á los celtiberos; pero en realidad la lucha se empeñó con los carpetanos y los celtiberos solamente, lejos de la Lusitania, y sin auxilio de lusitanos.

(2) A pesar de que la guerra sostenida por los celtiberos y por los lusitanos era defensiva, hemos visto que á veces se salian de sus distritos para ir en busca de los invasores. Así los lusitanos fueron en busca de Emilio en la Bastetania, distante de su comarca, segun los límites que á la Bastetania han dado Plinio en su libro III, capitulo 2 y 3, Tolomeo, en su lib. II, cap. 7, y Estrabon en el lib. III, cap. 4.

aliados del nombre latino y otros auxiliares. Ocupaban los iberos una colina, pero la abandonaron, adelantándose hacia el enemigo para sorprenderle antes que tuviese tiempo de formarse. Hiciéronlo á paso de carga, arremetiendo contra el centro romano en una llanada descubierta. Y como viesan que las dos legiones se mantenian firmes, formaron el cuño, especie de triángulo viviente cuyo empuje era no pocas veces irresistible. Los romanos se vieron apurados, y fué necesario que los jefes reanimasen su valor hablándoles en nombre de aquella Roma que ya nunca mas verian si cejaban un solo paso en tal conflicto. Las dos alas romanas á la vez habian flaqueado. Pero la caballería de los legionarios sostuvo el honor de sus banderas, y cogiendo por el flanco á los iberos, les obligó á batirse en retirada hasta su campo. Aquí se renovó la batalla. Los ginetes romanos apelaron á la célebre táctica de los celtíberos de poner pié á tierra (1) cuando eran inútiles los caballos, y de dar auxilio á su infantería. Esta vez los romanos triunfaron. Nó completamente, por mas que dijese los pretores para reclamar los honores del triunfo; pues los mismos historiadores romanos (2) confiesan que un cuerpo de tropas iberas se hizo fuerte en una cercana colina, y no fué acometido en ella: prueba de que los vencedores habian experimentado tales pérdidas que no se atrevieron á renovar la lucha. Prisioneros, ni uno hicieron los romanos. Jaetéronse sí de haber tomado ciento treinta y tres enseñas, y de haber roto y dispersado un ejército ibero compuesto de treinta y cinco mil hombres. No contaron los muertos, y para salir del paso dijeron que casi todo el ejército enemigo quedó tendido en

(1) Polibio, lib. xix, cap. 1.

(2) Livio, lib. xxxix, cap. 31.

el campo de batalla, y que ellos solo perdieron setecientos cincuenta hombres.

En Roma debieron creer otra cosa. Al nombrarse en 184 los nuevos pretores, Terencio Varron para la Citerior, Sempromio Longo para la Ulterior, los amigos y los contrarios de Calpurnio y de Quincio sostuvieron vivísimos debates. La discusion no fué favorable á las miras de los ausentes (1), y el senado decretó que al momento se alistasen cuatro mil infantes y cuatrocientos ginetes romanos, y cinco mil infantes y quinientos ginetes latinos para enviarlos á España; y que solo en el caso de pasar los legionarios del número de cinco mil infantes y quinientos caballos por legion, fuesen licenciados los soldados que Calpurnio y Quincio creyesen mas dignos de ello por su denuedo. Mandóse, pues, á la península un nuevo ejército que no podia bajar de veinte mil hombres en sentir de los que conocen la organizacion militar romana, á tenor de la cual los romanos y los latinos llevaban siempre igual número de aliados. Aquella decantada victoria pudo muy bien ser mirada como un descalabro del cual se salió sin deshonra. Esto no fué obstáculo para que el senado concediese á Calpurnio y á Quincio los honores del triunfo, mas que por la gloria adquirida, por el buen ejemplo que habian dado en hacer la campaña unidos y de comun concierto. Cayo Calpurnio triunfó primero, ostentando ochenta y tres coronas de oro y doce mil libras de plata; Quincio despues, con intervalo de algunos dias, llevando delante de sí la misma cantidad en oro y plata: para demostrar que en todo procedian hermanados. Ausentes ellos, diéronse algun respiro las huestes que militaban en España, nó porque los lusitanos ni los celtíberos se sintie-

(1) Ibidem, cap. 38.

sen abatidos ; como de los primeros lo dice Livio (1) , sino porque se limitaban á defenderse , y una vez lanzados de su comarca los advenedizos ; no se cuidaban sino rara vez de ir á provocarlos fuera de ella (2). Sin embargo , en la Citerior , dió parte Terencio Varron de haber sitiado y tomado la ciudad de Corbion , y vendido los restos de sus moradores como esclavos. : y dándose por contento con esta hazaña tomó cuarteles de invierno. Por lo que en Roma no se nombraron en 183 nuevos pretores , dada próroga á los actuales. Sempronio Longo estuvo enfermo , y no pudo salir á campaña. Terencio Varron anduvo en lides con los celtíberos junto al Ebro , en los ausetanos dice Livio por error de nombre ; segun sus partes , triunfó constantemente y les quitó algunas plazas fuertes , que sin duda habian caido recientemente en su poder , pues Marco Caton se jactó de no haber dejado ninguna en pié en la cuenca de aquel rio. Es memorable este año de 183 , en sentir de los principales cronólogos ; por la muerte de tres hombres eminentes. Filopemen el uno , general de la liga aquea , filósofo al mismo tiempo , vencedor de Macánidas y de Nabis , tiranos de Esparta , despues preso en una emboscada por los mesenios , y condenado á beber la cicuta , mereció ser llamado el último de los griegos (3) ; Anibal el otro , que por espacio de diez y seis años fué el terror de Roma , primer general del mundo mientras tuvo iberos á sus órdenes , solo una vez vencido , acosado despues y perseguido por la venganza romana hasta en las playas del Euxino , obligado á

(1) Ibidem, cap. 42.

(2) Ibidem, cap. 56, lo confiesa en términos que no admiten duda: «nulli lacessente, peroportune quieverunt Iusitani.» Como nadie los hostilizase, permanecieron afortunadamente tranquilos los lusitanos.

(3) Para conocer á Filopemen, ó Philopoemen, es necesario leer á Pausanias, VIII, 31. y á Plutarco, VIDA DE FILOPEMEN, cap. 21 y siguientes.

tomar voluntariamente veneno para quitar de encima á sus enemigos la mas cruel pesadilla, claro en los hechos y postrer y el mas grande de los cartagineses (1); Escipion Africano el tercero, cuyo mayor contrario fué una fortuna siempre próspera, inoculador de la revolucion romana que debia producir los césares, enemigo de Fabio Máximo y de Caton el Censor, romanos viejos, despreciador de los reyes iberos, énsalzador del título de general (IMPERATOR) sobre el de todos los príncipes, supremo amator de la magnificencia, del lujo y de la gloria deslumbradora, sustituidor de la dominacion romana á la púnica en nuestra Iberia, general excelente, político admirable, provocador arrogante de lides y conflictos, emprendedor, activo, mas que virtuoso magnánimo, último entre los antiguos cónsules, primero entre los modernos, muerto en el aislamiento y casi en el destierro (2).

CAPÍTULO V. Siguen las guerras de la independencia contra Roma y sus pretores Tamfilo, Paulo, Manlio, Fulvio, Sempronio Gracco, Postumio, Curvo, Fonteyo, Cepion, Filon, y otros.

AÑOS 182 A 169 ANTES DE CRISTO.

Quinto Fulvio Flacco vino en el año 182 á la Citerior, y Publio Manlio á la Ulterior, ambos con un refuerzo de cua-

(1) No están contestes los autores respecto á la manera como Anibal puso fin á sus dias. Plutarco FLAMININ. cap. 20, dice que en sentir de unos se hizo extrangular por un esclavo. Otros le dan á beber sangre de toro, como á Themístocles y Midas. Tito Livio, XXXIX, 41, le hace desteir en una copa el veneno que llevaba siempre consigo, y sorbérselo diciendo: «Cese por fin el terror de Roma, ya que no puede esperar á que exhale un anciano su postrer suspiro.» Cornelio Nepote, ANNIBAL, 12, dice «que para no morir á manos ajenas, acordandose de quien era, tomó un veneno que llevaba siempre consigo.» Respecto al año de su muerte hay tambien discordancia entre los autores: Atico dice que fué siendo cónsules Claudio Marcelo y Fabio Labeon. Polibio afirma que siéndolo Emilio Paulo y Bebio Tamfilo; Sulpicio dice que siéndolo Cornelio Cétego y Marco Bebio. Véase á Diodoro Siculo, á Polibio xxiv. 9, y á Appiano, SYRIAC. cap. 2. Seguramente no hay nada que engrandezca mas la figura de Anibal que ese «Romanorum inexplabile odium» de que habla Livio, xxxix, 41, que no olvidaba ni dada un momento de respiró á un anciano desterrado y errante.

(2) Tambien hay dudas acerca del año en que murió Escipion el africano. Li-

tro mil infantes y doscientos ginetes romanos, y siete mil infantes y trescientos ginetes latinos. Sempronio acababa de morir, sumida en el ocio y en la disciplina su hueste, mientras en la Citerior los incansables celtíberos habian nuevamente dado principio á las hostilidades. Fulvio Flacco puso cerco á una plaza fuerte, por nombre Urbicua, con intento de atraer sobre sí el grueso del ejército celtíbero. Acudió en efecto, y sostuvo contra las tropas romanas varios sangrientos encuentros, causándoles bajas considerables: pero Flacco no levantó el sitio. Urbicua fué tomada y pasada á saco y á cuchillo. Satisfecho con esto, tomó Flacco cuarteles de invierno; y otro tanto practicó Manlio sin haber hecho otra cosa que reunir y organizar su gente poco antes indisciplinada y dispersa. Al tiempo de su muerte habia entregado Sempronio el mando interino á cierto Terencio, quien obtuvo en Roma la ovacion porque entregó al tesoro público nueve mil trescientas veinte libras de plata, ochenta de oro, y dos coronas tambien de oro que pesaban sesenta y siete libras (1). No debió creer el senado romano que Flacco ni Manlio estuviesen muy seguros en España, cuando, prorogado su mando en 181, les mandó un refuerzo de tres mil infantes y doscientos ginetes romanos, con seis mil infantes y trescientos ginetes latinos. Se ignora si este refuerzo llevó á España la peste que á la sazón (2) diezaba la Italia y la ciudad de Roma; pero es muy posible que así fuese. La calamidad fué espantosa; y los his-

vio xxxviii, 36. se inclina á creer que fué el año mismo de su destierro voluntario. Los mas de los autores, en su número Polibio xxiv, 9, opinan que fué el año mismo de la muerte de Filopemen y de Anibal. Séneca xix, carta 109, Cic. de leg. ii, y Estrabon, v, 4, 4, se refieren al monumento y epitafio de este famoso romano, de que tambien habla Livio xxxviii, 33. Orosio confirma la opinion de los que dan por sentado que Filopemen, Anibal, y Escipion el Africano murieron en un mismo año, Hist. libro iv, cap. 20. Véase asimismo á Justino, lib. xxxii.

(1) Livio, lib. xi, cap. 16.

(2) Ib., cap. 19.

toriadores romanos afirman que habia sido anunciada por Juno Sospita cuya estatua derramó lágrimas (1). Con el curso del tiempo habian variado tanto las creencias y los ritos de los romanos que pareció peligrosa la lectura de unos libros recientemente descubiertos que trataban de las antiguas ceremonias religiosas; y fueron quemados en la plaza de los Comicios.

La guerra ibérica, por intervalos adormecida, volvió de repente á tomar proporciones colosales. Livio está en contradiccion consigo mismo cuando dice que los celtíberos no habian reunido jamás treinta y cinco mil hombres, como lo hicieron en el año 181. Basta leer los partes que, segun él, enviaron distintas veces á Roma los generales de la república, mencionando aquel número, nó como el de los combatientes celtíberos, sino meramente como el de sus pérdidas en una sola batalla. Si ahora hicieron los celtíberos aquel esfuerzo fué al saber que Flacco acababa de entrar en la Carpetania y de acampar junto á Ebura, sobre cuya situacion discuten los eruditos. Los movimientos de los españoles revelaban una organizacion militar en nada inferior á la de los romanos. Establecieron su campo en la pendiente de una colina, y por distintas veces formaron sus huestes en el llano presentando batalla al enemigo. No la admitió Flacco, sino que dispuso para vencerlos una emboscada detrás de la colina que ocupaban. Hizo despues adelantar parte de su caballería, como para retar al celtíbero y atraerle junto al campo romano. Allí lidiaron de poder á poder reñidamente. Pero en lo mas empeñado de la lid, la emboscada romana arremetió contra el campo celtíbero, le entrega á las llamas, revuelve por la espalda contra los celtíberos, y

(1) Ib. «Simulacrum Junonis Sospitæ lacrimasse.»

los pone en un conflicto. La guarnicion de Eburya efectúa tambien una salida en combinacion con el romano. Hicieron aquel dia proezas los iberos; mataron á los romanos tres mil hombres, y les hirieron sin duda otros tantos; pero la suerte les fué contraria, y Flacco triunfó (1), aunque pagando cara su victoria. Esto dicen los romanos; pero no debió quedar muy escarmentado el celtíbero, cuando, poco despues, tomada Contrebia por los romanos, fué necesario llegar nuevamente á las manos con aquel infatigable combatiente, y rechazarle. El celtíbero habia prometido dar socorro á los contrebianos, y cumplia su promesa, no creyendo que la plaza hubiese ya capitulado. Pondrá de manifiesto la exageracion de los partes de los jefes romanos la circunstancia de que en estas dos jornadas se jactaron de haber muerto treinta y cinco mil hombres, haber hecho diez mil prisioneros, y tomado nuevecientos caballos y ciento cincuenta enseñas ibéricas. Y á pesar de esto confiesan que un tercer ejército de celtíberos se habia retirado ileso (2). Fulvio Flacco aseguró que la Celtiberia quedaba sojuzgada; y Manlio afirmó casi lo mismo de la Lusitania. Para conocer el móvil que á ambos impelia, bastará tener á la vista una proposicion que por medio de sus amigos hizo presentar Fulvio Flacco al senado romano. Pidió que se le permitiese volver á Roma con su ejército, medida que á su entender era ya un acto de justicia necesario. « Los soldados, decia, tienen hecha su determinacion, y es imposible detenerlos por mas tiempo en España. Si se les niega la licencia, se la tomarán; y si se les quisiese detener por la

(1) Ib. cap. 32: « Magna victoria, non tamen incruenta fuit » dice Livio.

(2) Ib. cap. 33. Tambien iba este tercer ejército al socorro de Contrebia. Ignórase la reduccion de esta plaza á otra moderna, tanto mas cuanto hay variantes en la ortografia de los que hablan de ella. Apiano IBER. cap. 42 y 43 la llama Complega. En Tolomeo hay varios nombres parecidos á aquellos dos, pero nó iguales.

fuerza, podrian entregarse á una rebelion peligrosa (1). » Esta era la llave de los partes exagerados de Fulvio Flacco. Por este tiempo, año 180, Postumio habia sido designado para suceder á Manlio en la Ulterior, y Tiberio Sempronio para reemplazar á Fulvio Flacco en la Citerior. Sempronio dijo sin rodeos en medio de los senadores, « que si Flacco volvía á Roma con las legiones, él se limitaría á poner en un país amigo sus cuarteles de invierno, para no exponer los inexpertos reclutas á la pujanza de unos enemigos belicosos y aguerridos (2). » Tan escaso crédito daba á las seguridades de Fulvio Flacco.

No se lo dió mayor el senado. Puso éste á las órdenes de Sempronio una nueva legion compuesta de cinco mil doscientos infantes y cuatrocientos ginetes, á la que se añadieron mil infantes y cincuenta ginetes, todos ellos romanos, y siete mil infantes y trescientos ginetes latinos (3). Habia necesidad nó solo de hacer frente á los celtíberos sino tambien de infundir respeto á los soldados de Fulvio Flacco. Permitiósele á éste únicamente llevar consigo á Roma los veteranos que desde los tiempos de Postumio y de Quinto Marcio, es decir siete años habia, se hallaban en España; y tambien los que, recibidos los refuerzos de Sempronio, excediesen en el ejército del número de veinte y dos mil cuatrocientos infantes y mil doscientos caballos. Continuaba en Roma y en toda la Italia haciendo estragos la peste, hasta el punto de dudarse si eran ó no debidos á envenenamiento, á cuyo efecto el senado mandó abrir informaciones judicia-

(1) Ib. cap. 35. «Aut in pernitiosam seditionem exarsuri.» Hay un pasaje de Livio xl. 41 que puede explicarnos por qué los soldados romanos deseaban salir de España. Nuestra península era para los romanos una especie de destierro; y así cuando se quiso castigar á Marco Fulvio, un senado consulto le relegó á España, mas alla de Cartagena.

(2) Ib. «Neque novum militem ferocissimo hosti objecturum.»

(3) Livio xl. 36.

les: para que se vea que entónces como ahora y como siempre las preocupaciones y las sospechas mas infundadas se hacen dueñas de los ánimos. Esta circunstancia retardó sin duda la venida de Sempronio. Fulvio Flacco, para dar ocupacion á sus soldados, hizo una nueva incursion en tierra de los celtíberos, con lo que subió de punto la indignacion de los naturales (1), y ocuparon con un poderoso ejército las gargantas de una sierra por nombre Manliana, con intento de cortar la retirada al romano. Los sometidos de ayer, en sentir de Flacco, volvian á ser los batalladores de siempre y los hombres de la guerra de fuego, en expresion de Polibio. Sempronio habia invitado á Fulvio Flacco á que fuése á Tarragona con todo su ejército. Hizolo Flacco, y tuvo que pasar por la sierra Manliana ocupada por los celtíberos. Sea que estos creyesen, como dice Livio, que Flacco replegaba sus fuerzas espantado; ó sea que, conocedores de sus verdaderos designios, deseasen escarmentarle antes de su salida de la península: ello es que le pusieron en un conflicto. Acoméntenle por todas partes. Flacco coloca los bagajes en el centro, forma sus tropas en el órden de batalla que permite el terreno, y las arenga diciéndolas que es forzoso echar el resto para rechazar á un enemigo denodado. Los celtíberos embisten formando su terrible cuño ó triángulo, desbaratan á los auxiliares, y llevan la confusion y el espanto á las mismas legiones romanas. Flacco se creyó perdido. Á rienda suelta corre en busca de la caballería romana, la pregunta si puede contar con ella para salvar el ejército, la entusiasmo, hace cortar las riendas á los caballos y los arroja sobre el formidable cuño ibero. Flacco afirma que triunfó completamente, con muerte de

(1) Ib. 39: «qua re irritavit magis, quam conteruit animos.»

diez y siete mil celtíberos, y captura de cuatro mil: pero Livio confiesa que le costó muy cara la victoria, y que dejó insepultos en el campo de batalla cuatro mil quinientos hombres. De su relato se desprende que, perdida la tercera parte del ejército, pudo cruzar la sierra Manliana y acercarse á Tarragona. Sempronio ejecutó las órdenes recibidas del senado, tomó el mando de las tropas de Flacco que incorporó con las suyas, y se encaminó hácia los celtíberos. Publio Manlio, apenas llegado á Roma, murió de la peste. Quinto Fulvio Flacco fué recibido en triunfo, dice Livio (1), llevando delante de sí ciento veinte y cuatro coronas de oro, treinta y una libras del mismo metal, y ciento setenta y tres mil doscientas monedas de Osca. Dió doble paga á sus tropas, y cincuenta denarios á cada soldado, ciento á cada centurion, y ciento cincuenta á cada uno de los ginetes que habían salvado su ejército (2).

Tiberio Sempronio Gracco ardía en deseos de dar fama á su nombre. Aunque jóven, dice Diodoro Sículo (3), daba grandes esperanzas para el porvenir, y excedió á sus contemporáneos en valor, prudencia y gloria. Su gloria en España consiste, segun Polibio (4), en haber destruido trescientas ciudades de la Celtiberia. Verdadero tipo de la ferocidad romana, los iberos debian rendirle homenaje, ó ser exterminados. Ni una cosa consiguió ni otra. La Iberia continuó siendo lo que habia sido: una nacion incansable en las lides, fecunda en guerreros, parca en dar vasallaje, y siempre pródiga de la propia sangre. De Roma acababan de mandar á España un nuevo refuerzo de ocho mil infantes y setecien-

(1) Ib. 43.

(2) Lo que vino á recibir cada ginele fué el valor de una onza de oro. Tambien Flacco votó un templo á la Fortuna Ecuestre, en memoria de la caballería que le salvó. Livio xl, 44.

(3) Diodoro Sículo, fragmentos del lib. xxix.

(4) Polibio, Hist. Gen., lib. xxvi, fragm. del cap. 4.

tos caballos, prorogada la pretura á Sempronio y á Lucio Postumio Albino (1). Los dos concertaron sus operaciones militares, de manera que Postumio debia correrse por los lindes de la Lusitania para repeler á los vacceos, y luego caer sobre la Celtiberia á cuyo centro llevaria Sempronio una guerra destructora. Para comienzo de hazañas se apodera este por sorpresa de la plaza de Munda. Pone guarnición en ella, escoge rehenes, se echa sobre algunos castillos aislados, tala las campiñas, y llega á la vista de una plaza fuerte, por nombre Certima. Los que creen que aquella Munda es la de Andalucía, dicen que esta Certima es Cartima, reducida á Cartama. Pero siguen al parecer mejor camino los que opinan que aquella era otra Munda, y esta otra Certima, ambas á dos mas centrales en nuestra península. Es digna de los tiempos de Homero la franqueza con que los defensores de Certima se presentaron al romano y le dijeron que estaban dispuestos á defenderse á menos que se les probase que era temeraria su empresa. Obtuvieron permiso para mandar diputados al campo de los celtíberos; á fin de pedir socorros, ó abrir las puertas de Certima si no los obtenian. Volvieron á los pocos dias; y como Sempronio, olvidado de las leyes de la cortesía, no los brindase á comer, le dieron una leccion pidiéndole de beber. Y como los soldados romanos llevasen su grosería hasta soltar la carcajada, reiteraron su demanda: y apagada la sed, ó bien cumplida con las libaciones una ceremonia propia de tales circunstancias, dijeron á Gracco: qué ¿en qué fundaba la audacia de querer apoderarse de Certima? Gracco les dió la misma respuesta que diez y siete siglos despues un cardenal debia dar en aquella misma comarca á unos nobles turbulentos:

(1) LIVIO, XL, 44.

Puestas sobre las armas sus legiones las hizo ejecutar las maniobras mas difíciles de la milicia. Y los despidió sin mas respuesta. No necesitaban otra para convencerse de que Certima debia abrir sus puertas, y de que los celtíberos no podian socorrerla. La ciudad abrió sus puertas al pretor afortunado; y le entregó dos millones y cuatrocientos mil sester-ciós, y cuarenta ginetes de las familias principales. Animado Sempronio con tan buenos principios se acercó á Alcea, junto á cuya ciudad estaba acampado el ejército celtíbero. Es sensible que las memorias que de aquellos tiempos nos han quedado nada digan de los jefes iberos, tan activos en sus marchas, tan serenos en sus operaciones, y á quienes ningun pavor infundian unos ejércitos tan numerosos y aguerridos como los que incesantemente enviaba Roma á nuestra tierra. El celtíbero no levantó su campo; y el romano se guardó de querer desalojarle de él por la fuerza. Acudió á la astucia, hizo amagos, avanzó, retrocedió, y cierto dia simuló una fuga para atraer á los celtíberos hasta cerca del campo romano, y allí los abrumó con el número, los acosó y persiguió hasta hacerles abandonar los propios reales con pérdida de nueve mil muertos y trescientos prisioneros. Livio dice que esta jornada no les costó á los romanos mas que ciento nueve hombres. La Celtiberia fué pasada á sangre y fuego. Ciento tres plazas fuertes se sometieron, dando al vencedor un botin inmenso. Alcea resistió algun tiempo, y sus defensores, abandonada la ciudad, se hicieron fuertes en la ciudadela; pero agotados todos los recursos se rindieron. La fortuna se mostraba propicia al romano. En Alcea cayeron en su poder un hijo y una hija de Turro, rey poderoso de aquella comarca, quien temiendo la suerte infausta que esperaba á aquellos príncipes, se avistó con Sempronio, y

abrazó contra su patria la causa de Roma, por demasiado amor á su sangre. La ciudad de Ergavica abrió tambien sus puertas al extranjero. Es verdad que muchas de estas sumisiones eran solo homenajes momentáneos dictados por la prudencia; pues no bien se alejaba el pretor con sus huestes, cuando todo volvía al ser y estado primitivos: pero tambien lo es que de aquellas apariencias debían nacer mas adelante unas tristes realidades. El ejército celtíbero no se había dado por vencido. Tomó posicion en cierta colina, por nombre Chauno, segun Livio, y en ella esperó á pié firme al enemigo. Preséntase Sempronio, y se dá allí una batalla que dura todo un dia, y queda indecisa. La mortandad fué grande por una y otra parte (1). Allí conoció Sempronio que era mas fácil publicar la conquista de la Iberia que obtenerla. Despechado, dió al dia siguiente una segunda batalla no menos encarnizada, pero con la misma suerte. Es bello ver sostenida en el corazon de la península una lucha tan porfiada y gloriosa contra la dominacion extraña. Renovóse con igual furia el combate al tercer dia; y esta vez dice Livio que el celtíbero fué vencido con pérdida de veinte y dos mil hombres, y su campo preso y saqueado. Pero lo que añade á renglon seguido prueba que Sempronio se asió de una ventaja parcial para retirarse y dar por terminada esta terrible campaña. Dice que de resultas firmaron los celtíberos una paz verdadera y sincera (2). Y como es sabido que Sempronio penetró en la Celtiberia, nó para firmar paces de potencia á potencia, sino para obtener una sumision completa, se vendrá en conocimiento de lo mucho que debieron quedar modificadas sus pretensiones con el éxito de aquellas

(1) Tito Livio, lib. XL, cap. 50.

(2) Ib.: «veramque pacem, non fluxa, ut ante, fide, celtiberos fecisse.»

batallas. Tito Livio no dió ningun crédito á los que afirmaban que Postumio Albino habia llegado hasta los vacceos, dádoles una batalla y tomádoles el campo con pérdida de treinta y cinco mil hombres : antes asegura ser mas probable que llegó tarde á su provincia y que no pudo por este año (el de 179) entrar en campaña. Y es mas verosímil esta suposicion, dado que Postumio estuvo en la Citerior concertando su plan de campaña con Sempronio, antes de trasladarse á la Ulterior á que habia sido destinado. Fuera de que la misma exageracion del número de hombres que se supone haber perdido los vacceos, deja entender claramente que las batallas sostenidas por Sempronio se atribuyeron por algunos á Postumio, tal vez porque tambien tomaron parte en ellas sus legiones : en cuyo caso los iberos centrales tuvieron la gloria de hacer frente á dos pretores, contenerlos con su valor y audacia, y tratar por último de igual á igual con todo el poder formidable que el senado romano habia reunido en la península. Tales, y nó otros, segun los mismos historiadores que acostumbran ensalzar al italiano y deprimir al ibero, fueron los hechos mas celebrados de Tiberio Sempronio Gracco en España. Muy pronto se vió que la paz obtenida por Sempronio no habia sido mas que una tregua. Veinte mil celtíberos, dice Doujat, en sus suplementos al libro cuarenta y uno de Livio, se echaron sobre Carabia, ciudad aliada de los romanos, y la hubieran tomado á no acudir Sempronio para hacer levantar el sitio. De otro cuerpo de veinte mil celtíberos se cuenta que tomó por sorpresa el campo de Sempronio, aunque se añade que este le recobró muy luego echándose sobre los celtíberos cuando recogian el botin confusa y tumultuariamente. De los lusitanos y vacceos, dice Livio, que los sojuzgó Postu-

mio ; y como no cita en su apoyo ningun testimonio , y al contrario los hechos históricos posteriores están desacordes con él , y nos pintan á aquellos dos pueblos lidiando por su independencia , hemos de creer que esos fragmentos de su historia han sido objeto de añadiduras importantes. Á una ciudad, llamada antes Illurcis, Gracco la llamó de su nombre Graccuris. Una noticia importante se desprende del texto de Livio (1) , á saber , que Sempronio introdujo entre los iberos centrales el gérmen de una division funesta. Lo que arrebatava á los ricos , lo repartia entre los pobres, dándoles hacienda , morada , y leyes parecidas á las de las colonias romanas. Esta organizacion , en virtud de la cual los que nada poseian pasaban á ser propietarios , hubo de acarrear forzosamente odios inveterados entre los nuevos poseedores y los antiguos dueños : así fué que en las guerras que de ahí se originaron , contó ya Roma con una parcialidad que invocaba incesantemente las leyes de Gracco (2). Este obtuvo en Roma el triunfo , entregando al tesoro cuarenta mil libras de plata. Despues de él triunfó tambien Postumio , presentando veinte mil libras del mismo metal. Succedió á éste en la Ulterior Quinto Fonteyo ; y á aquel en la Citerior Titinio Curvo ; ambos permanecieron en la península tres años , hasta el de 175. Á Titinio se le mandó de Italia una legion romana con trescientos caballos , y cinco mil aliados con doscientos cincuenta caballos (3). Á la Ulterior , cuando Licinio y Cornelio se excusaron de ir á España , y fué preciso prorogar en el mando á Fonteyo , se enviaron tres mil infantes y doscientos ginetes romanos , y

(1) Tito Livio , lib. xli, 4.

(2) Ib. : « Atque hujus quidem fœderis auctoritatem sæpius imploravit sequens ætas in bellis , quæ postea orta sunt. »

(3) Ib. cap. 9 ó bien 13 segun las ediciones.

cinco mil infantes y trescientos ginetes latinos (1). Las historias no nos mencionan los hechos de Titinio ni de Fonteyo. Vuelta por este tiempo la atención de Roma hacia el Oriente, es probable que dió orden de no hostilizar á los iberos centrales ni á los lusitanos, y de conservar solamente lo conquistado. Entre los nuevos pretores se cita para el año 175 á Neyo Servilio Cepio y á Publio Furio Filon, de quienes, el primero en la Ulterior, el segundo en la Citerior, tampoco hablan las historias. De Appio Claudio Cento que vino á la Tarraconense ó Citerior, se menciona que lidió con los celtíberos, y dijo haberlos vencido. Lo cierto es que ellos le acometieron en su mismo campo, y que á duras penas fueron rechazados (2). Á Cepion y á Filon se les habian enviado de Italia ocho mil infantes y cuatrocientos cincuenta caballos.

Á la sazón diezmo la ciudad de Roma una peste, que antes se habia cebado en los bueyes, y ahora principalmente lo hizo en los esclavos, de los cuales se veian en las calles montones de cadáveres insepultos. La administracion, á cuyo cargo corrian los funerales, no bastaba para las exequias de los hombres libres. Appio Claudio Cento entregó al tesoro romano diez mil libras de plata y cinco mil de oro; por cuyo motivo, mas bien que por haber rechazado á los celtíberos, le fué concedida la ovacion. Sucedióle en la Citerior Fabio Buteo; y vino á la Ulterior Marco Macieno, en el año 174. Solo se enviaron á la península tres mil infantes y doscientos ginetes romanos de refuerzo (3). Fabio Buteo murió en Marsella al ir á trasladarse á su destino: por lo que le fué prorogado el mando en la Citerior á Publio Furio Fi-

(1) Ib. cap. 15 á 19 segun las ediciones.

(2) Ib., cap. 26 ó 31 segun las ediciones.

(3) Ib. lib. XLII, cap. 1.

lon. Uno de los pretores que mas injusticias habian cometido en España, Quinto Fulvio Flacco, se hizo no menos famoso en Roma por un sacrilegio. Habia hecho voto de erigir un templo á la Fortuna Ecuestre por haberle salvado la caballería del poder de los celtíberos; y queriendo adornarle con magnificencia y á poca costa, hizo despojar de unos preciosos mármoles el templo de Juno Láciniana, sito en el Brucio, y trasladarlos á Roma. Flacco era entónces censor. Ni aun así pudo llevar á cabo su intento; pues de todas partes se levantaron contra él sentidos clamores, hasta obligarle á devolver los mármoles al templo despojado. Algun tiempo despues se ahorcó en su propio gabinete; y el vulgo dijo que Juno se habia vengado de él quitándole el juicio; Espulio Lucrecio y Junio Peno fueron los sucesores en las preturas de nuestra Iberia en el año 173, y tal vez en el 172. En el 171 y en el 170 solo hallamos mencion de un prètor, por nombre Lucio Canuleyo. Roma atendia con preferencia á su guerra con los macedonios, y no queria hostilizar á los iberos. Limitábanse los pretores á gobernar, atesorando oro y plata para sí, antes que para el erario.

Á esta época se refieren las hazañas de Olonico, ó Saldonico, jefe de los celtíberos. Dice Floro (1) que solo le faltó fortuna, pues poseia todas las prendas que forman un caudillo sobresaliente. Dotado de imaginacion meridional, lleno de astucia y de audacia, blandia una lanza de plata, don del cielo segun decia, y con ella se creia llamado á exterminar los enemigos de la independenciam de su patria. Seguíanle los celtíberos como á un capitan bizarro é inspirado. Atrévióse una noche á introducirse en el campo romano, seguido solamente de un soldado. Dícese que trataba de

(1) Floro, Hist. Rom. lib II, cap. 17.

dar muerte al pretor ; pero antes la recibieron él y su compañero. Las cabezas de entrambos fueron enviadas al campo de los celtíberos , pues era costumbre entre los romanos no respetar ni siquiera los cadáveres de sus enemigos. Así la cabeza de Asdrubal Barcino había sido enviada como un presente á Aníbal. Viéndose sin jefe , se desbandaron las huestes de los independientes : y dice Livio que el pretor romano supo ganarse muchas voluntades sin efusion de sangre , apelando á la clemencia (1). No lo habian hecho así sus antecesores contra tres de los cuales los mismos pueblos aliados habian enviado á Roma una diputacion en demanda de justicia y desagravio. Pintaron á los senadores el orgullo y la avaricia de aquellos magistrados , y les suplicaron que no permitiesen que sus aliados fuesen de tal suerte perseguidos y mas cruelmente despojados que los mismos enemigos. Ignoraban los míseros que aquellos dos vicios que creian propios solamente de los pretores , tenian su principal asiento en ese mismo senado cuya equidad imploraban. Sin embargo , para cubrir las formalidades , fueron elegidos cinco comisarios que entendiesen en la queja ; los diputados de la Citerior nombraron por patronos á Marco Porcio Caton , y á Publio Cornelio Escipión el hijo de Neyo ; y los de la Ulterior á Lucio Emilio Paulo y á Galo Sulpicio. El ex-pretor Titinio fué acusado , y quedó absuelto. Fuéronlo despues Filon y Macieno. Ambos eran nobles y poderosos ; por lo que los mismos acusadores , con tener fama de ser hombres probos se torcieron , y ganando tiempo hicieron perder el suyo á los diputados , y á la justicia sus fueros. El nuevo pretor peninsular Lucio Canuleyo , á quien estaba encomendada la direccion del negocio , echó tierra en él y

(1) Livio, XLIII, 4, 6.

le dejó abandonado. Los dos acusados se condenaron voluntariamente á destierro temporal, dirigiéndose Filon á Preneste y Macieno á Tibur; en donde tendrian sus mejores quintas. Un decreto del senado da luz sobre algunas de las quejas formuladas por aquellos diputados, pues para el porvenir les fué concedido que ningun magistrado romano pudiese tasar el precio del trigo (1) á su albedrío: pues si obligaban los pretores á dar su valor, en vez de recibirle en especie, le daban una estimacion muy alta; y al contrario cuando exigian el grano para hacer reparticiones al soldado, ó bien compelian á venderle, le ponian un precio mezquino. Es sabido que entre los romanos los poseedores de tierras tenian obligacion de dar trigo á los magistrados y de venderle á los soldados (2), medio diezmo á los primeros, y otro tanto á los segundos (3). Los primeros, en vez de admitir el trigo, exigian su valor en dinero, y por codicia cobraban mucho; los segundos necesitaban el trigo, pues ellos mismos se lo trituraban, amasaban, y hacian pan, y naturalmente aspiraban á obtenerle á poca costa. Decretó, pues, el senado que los magistrados recibiesen en España el trigo en especie, y que los soldados le pagasen al precio corriente. Tambien mandó que cesasen los prefectos establecidos en las ciudades para cuidar de la cobranza de los pechos. Á esta misma época se refiere otra diputacion salida de nuestra Iberia, y mencionada por Livio en el capítulo tercero de su libro XLIII. Es sabido que los romanos habian hecho en muchos pueblos una gran multitud de cautivos. Los varones los vendian; las mujeres, si eran bien

(1) Ib. cap. 2: «ne frumenti aestimationem magistratus romanus haberet.»

(2) Ciceró, VERB. III, 70 y 81. Llamábase el primero «frumentum aestimatum» y el segundo «frumentum emptum.»

(3) Livio, lugar citado: «vicesimas vendere.»

parecidas, las guardaban. De su trato con ellas habia salido una poblacion flotante, ni romana, ni iberá, odiada de los peninsulares, bien quista de los romanos cuyos intereses servia esmeradamente. Conveníale á Roma que ese núcleo de nuevos habitantes no se perdiese, antes se acrecentase puesto bajo la protección del senado. Por tanto se procuró que cuatro mil varones de aquella poblacion mixta pidiesen una ciudad en donde pudiesen morar, multiplicarse y servir á la república. Á esta diputacion no se le dieron demoras. Agradable al senado, provocada por los pretores, y grata al pueblo que veia en ella el principio de una raza ibero-latina, fué bien recibida, y obtuvo un decreto favorable. Señalóse para mansion de los nuevos pobladores la ciudad de Carteya, cuyos cimientos se ha creído haber sido descubiertos en Rocadillo, nó lejos de Gibraltar: sus antiguos moradores debieron ser despojados para dar habitacion á los nuevos; y si alguno de aquellos manifestó deseos de alternar y vivir con estos en buena armonía, recibió como ellos tierras arrebatadas á los enemigos de Roma. Esta nueva poblacion, denominada « colonia de emancipados » fué igualada en derechos á las latinas. Nueva pértiga de desunion para los iberos, introducida por los romanos en nuestra tierra. Acaeció esto en tiempo de la pretura de Lucio Canuleyo.

Á ella siguió en el año 169 la de Marco Claudio Marcelo. Creen algunos que á este pretor es debida la fundacion de Córdoba, á tenor de lo que dice Estrabon en el libro tercero, capítulo segundo, folio 141 de su Geografía. Pero de esta autoridad no se desprende bien si se habla de este Marcelo ó de otro que mas adelante lidió en España en las guerras de César contra Casio, odiado de propios y de age-

nos. Acaso ni de uno ni de otro. Creen muchos que Córdoba es ciudad mucho mas antigua; y que desde sus primeras campañas en la Bética la destinaron los romanos para cuartel de invierno. Pudo un Marcelo acrecentarla, nó fundarla; arrebatár á sus primitivos dueños las haciendas, y darlas á algunos patricios romanos, nó levantar una ciudad en donde antes no existia. El mismo Estrabon añade en el lugar citado « que era una ciudad célebre por su fértil y dilatado territorio, ventajas debidas á su situacion sobre el Betis, y por haber sido desde sus principios morada de gente escogida, así cuando la poseyeron los indígenas como cuando la ocuparon los romanos estableciendo en élla la primera colonia que enviaron á Italia (1). » Estas palabras de Estrabon explican el dictado de PATRICIA dado por Plinio en su libro tercero, capítulo primero, á nuestra Córdoba, y demuestran que no pudo ser fundacion de ninguno de dichos dos Marcelos, sino primitivamente ibérica. Los refuerzos que Marcelo llevó de Roma á su pretura fueron tres mil infantes y trescientos ginetes romanos, y los auxiliares correspondientes. Decretóse á la sazón que cada una de las legiones romanas existentes en España debia constar de cinco mil infantes y trescientos caballos. Marcelo recibió órden de exigir de los aliados españoles cuatro mil infantes y trescientos caballos (2). Los que se habian aliado con los romanos eran ya dependientes suyos. No se les arrebataba ya solamente el fruto de su trabajo para sostener contra sus propios compatriotas una guerra inacabable: se les obligaba tambien á asistir al teatro de la lucha como actores, y á

(1) Afirman otros que Itálica fué la primera; y que las palabras de Estrabon continuadas en el texto deben traducirse « primera colonia enviada DIRECTAMENTE de Roma.

(2) Livio XLIII, cap. 12, ó 14, segun las ediciones.

derramar la propia y la ajena sangre para gloria y provecho de una república que los esclavizaba.

CAPÍTULO VI. Toma nueva actividad la guerra contra Roma. Hechos de Manilio, Pison, Mummio, Nobilior, Marcelo, Luculo y Galba.

AÑOS 168 A 151 ANTES DE CRISTO.

Es en realidad de verdad inconcebible la manera como algunos autores de las llamadas Historias de España tratan los asuntos que acabamos de mencionar en el anterior capítulo. Hemos llegado á dudar si se han formado siquiera una mala idea de lo que fueron nuestros progenitores, y de lo que fué el pueblo rey. Leen á Livio, y no le comprenden. Otros le copian al pié de la letra, y toman por Anales de España los deseos de un romano. Si Roma, ocupada en la guerra de Macedonia, envia solo un pretor á la península, con órden de mantenerse á la defensiva, paréceles que la Iberia está sosegada, y que obedece toda ella al romano, supuesto que no resuena el rumor de las batallas; y aun creen que una sola pretura indica benevolencia de parte de los conquistadores. Está probado que los escritores modernos aventajan en candidez á los antiguos. Creen que borrando los prodigios que aquellos consignan, han dado ya nuevo color y sabor á sus historias: y para ellos el estudio de los móviles de las acciones humanas es lo de menos monta. De seguro que Livio no pensaba del mismo modo cuando jamás se olvida de anotar los milagros y fantasías á que daban crédito los romanos. Si en ello se mostraba imbécil ó desatentado el vulgo de la república, ó sobradamente artificiosos y ladinos los que le dirigian, es innegable que de aquellas debilidades y de estas astucias audaces se originan

todas las historias. Y es preciso narrar lo que hubo aun á riesgo de desvanecer las ilusiones de los que han visto en el Capitolio un dechado de gobernantes, y en la civilizacion romana un luminar eterno. Afirma Livio que en su tiempo el vulgo no daba fé á los antiguos prodigios; pero que él no los cree indignos de sus Anales, pues, escribiendo las cosas pasadas; tomaba naturalmente su espíritu el color antiguo. Afirma, pues, que á la sazón los ánimos estaban turbados como siempre por unos acontecimientos extraordinarios; en Anagnia se habia visto inflamarse en los aires un metéoro, y una vaca se echó á hablar con universal asombro; en Minturnis el cielo habia aparecido rojo como una llama; en Reate llovieron piedras; en Cumas una estatua de Apolo, colocada en la ciudadela, lloró tres dias y tres noches; en el Templo de la Fortuna en Roma se habia visto una serpiente crestada; y no muy lejos una palmera se habia desprendido de la tierra; en mitad del dia habia llovido sangre; y en Fregellis una lanza habia ardidido por espacio de dos horas sin ser consumida. En expiacion de tales portentos se ordenaron rogativas y se prescribieron grandes sacrificios á los cuales acudió el pueblo, ceñida de coronas la frente. Poco despues, por haber caido en Roma y en Veies algunas piedras ó aerolitos se decretaron dos novenas expiatorias. No por esto dejaba de acudir el pueblo á sus diversiones favoritas, mayormente á los juegos del circo en los cuales Publio Cornelio Escipion Násica y Publio Léntulo, ediles curules, presentaron á la lidia cuarenta elefantes, otros tantos osos y sesenta y tres panteras africanas (1). No era posible que hubiese mancomunidad de sentimientos entre semejante pueblo y la nacion ibera. El rasgo mas profundo

(1) Livio XLIII, 13 y XLIV, 18 para lo de este párrafo.

que los separaba le traza Suetonio (1). Dice que en las grandes calamidades públicas los romanos volvian su furia contra los templos, derribaban las estatuas de los dioses, echaban á la calle sus lares, y los niños recién nacidos; y al contrario, en cuanto recibian una noticia fausta, subian al Capitolio con antorchas y víctimas, y acudian á los templos para dar gracias á los mismos dioses poco antes escarnecidos. Nó así los iberos. Endevelia era su esperanza en la adversidad, y sus amores en la próspera fortuna. Ni sacrificaban los hijos, ni faltaron jamás al respeto debido á sus penates: mas grandes acaso que en la felicidad en el infortunio.

Á Marcelo sucedió en la pretura ibérica, año de 168, Publio Fonteyo. Cuando Marcelo llegó á Roma dió parte de haberse apoderado de cierta ciudad, Marcólica ó Marcélica, y entregó al erario público diez libras de oro, y el valor de diez cuentos de sestercios de plata. Por este tiempo la legion romana, dirigida por Paulo Emilio, habia triunfado de la falange macedónica, y añadido nuevas regiones á las de la república. Entónces, sujeto el oriente, volvió nuevamente los ojos el senado á esa comarca occidental en donde no podia adelantar un paso sin dar una batalla. Era necesario volver á tomar en ella la ofensiva. En vez de un ejército enviará dos á España, y en lugar de uno dos pretores. Neyo Fulvio irá á la Citerior, Cayo Licinio Nerva á la Ulterior. De los macedonios y de los ilirios dijo el senado que quedaban libres; de los iberos no dijo una palabra, pues antes debia sojuzgarlos. Pero es curioso oír el lenguaje que usaba para alucinar á los pueblos. «Quería probar á las naciones que los ejércitos romanos no llevaban la servidumbre

(1) C. Suetonii Tranquilli Duodecim Cæsares: Cal. v y vi.

á los hombres libres, sino la libertad á los esclavos; queria convencer á los pueblos libres, de que gozarian siempre y en completa seguridad de su independencia bajo la proteccion del pueblo romano; y á los regidos por reyes, que su suerte iba á mejorar en lo presente y en lo futuro; en lo presente porque sus señores los tratarian mejor por miramiento al romano; y en lo futuro porque, estallando la guerra entre la república romana y aquellos reyes, terminaria para Roma con una victoria, y para ellos con la conquista de sus libertades.... No por esto la Macedonia tendria asamblea nacional propia, para impedir que la libertad degenerase en licencia (1). » Hemos trasladado íntegro este pasaje de Tito Livio porque no pareciese que dábamos un colorido moderno á lo que cerca de veinte siglos há anda escrito. Por lo demás, las verdaderas instrucciones que daba el senado para el gobierno de todos los países distantes de Italia, consistian en aquellas palabras que tambien traslada Livio, diciendo: «Lo demás (es decir todo) se deja á la discrecion de los generales y de los legados (2). » Haciendas, vida, honras, todo quedaba al arbitrio del delegado que ejercia un poder sin límites. Apiano pinta asimismo con un solo rasgo el principio de equidad por el cual exclusivamente se regian los romanos: « Cuando el senado, dice (3), concede algun privilegio, siempre añade la condicion siguiente: mientras á él y al pueblo romano así le plazca. » Así se quitaba de encima el peso de la justicia y hasta el del agradecimiento. ¿Qué importa, por ejemplo, que Rodas, por espacio de muchos años, haya enseñado á los romanos á batirse por mar, y les haya auxiliado contra muchos ene-

(1) Livio, XLV, 18.

(2) Ib.: «Cetera ipsis imperatoribus legatisque relicta.»

(3) Apiano, de las COSAS DE ESPAÑA, cap. 44.

migos en dias aciagos? No por esto Roma debe guardar con ella miramientos, sino declararla la guerra por el delito de haber preferido recientemente la alianza macedónica á la romana (1). Una ley ha declarado libres á los macedonios y á los ilirios: pero Paulo Emilio es el delegado para ejecutarla, y dirá que ningun macedonio puede contraer matrimonio, comprar ni vender tierras, ni edificios, fuera de su distrito, ni explotar minas de oro y plata, sino solamente las de hierro y cobre (2). Esta dominacion es la que iba ganando tierra en nuestra Iberia.

Se ignoran los hechos de los pretores romanos en la península, desde los años 166 al de 155 antes de nuestra era. Apenas sabemos si á Neyo Fulvio sucedió en la Citerior Aulo Licinio Nerva, y Publio Rutilio Calvo en la Ulterior á Cayo Licinio. Otros creen que Publio Quintilio Varo, Marco Fonteyo, Lucio Livio y Lucio Apuleyo Saturnino pudieron venir á España. Es probable que sus correrías y estorsiones por los lindes de la Celtiberia y de la Lusitania exasperaron los ánimos, y prepararon las guerras ulteriores. En el de 155 es muy verosímil que Manilio fuese pretor de la Ulterior, á quien sucedió sin duda en el 154 Calpurnio Pison. Apiano cita á entrambos en el capítulo cincuenta y seis de sus COSAS DE ESPAÑA. Algunos de nuestros historiadores llaman Manlio á Manilio; otros confunden á Manilio con Pison y le llaman Manlio Calpurnio. Á entrambos venció un caudillo lusitano, por nombre Púnico, si hemos de dar crédito á Apiano; otros le llaman Afriano, Afranio y tambien Africano, vocablo que por su significacion se acerca ya al que menciona aquel autor griego. Del con-

(1) Livio, XLV, 22.

(2) Ib. 29.

texto de este se desprende que los lusitanos eran independientes, que los romanos no poseían por este tiempo ni la mitad de la España, y que aun muchos de los pueblos que Roma daba por suyos, no creían ser tales, sino aliados del pueblo romano. Entre estos aliados, y Púnico y sus lusitanos, debió de haber lides sangrientas, incursiones, y talas, triunfando los lusitanos, pues añade Apiano que muchas de las tierras de los aliados de Roma quedaron despobladas. Manilio primero, Calpurnio Pison despues, acudieron al socorro de sus amigos, pero fueron derrotados, el último con pérdida de seis mil romanos y con muerte del cuestor Terencio Varron (1). Vencidos los romanos, Púnico se corrió hácia el Cabo Sagrado, auxiliándole los vetones, hasta poner sitio á una ciudad, tal vez Asta, súbdita de Roma, en que moraban los restos de una colonia de blastofenicios, dice Apiano, fundacion de Anibal. Una piedra dió á Púnico en la cabeza, y le dejó cadáver. Los lusitanos eligieron entónces por jefe á Cesaras. Educado este en la escuela de Púnico no se mostró menos activo, audaz y astuto. En 153, cuando Mummio vino de pretor á la Ulterior, con fuerzas superiores, Cesaras se replegó, y aun supo simular una derrota y una fuga. Cayó Mummio en el lazo; y en vez de dar puente de plata al fugitivo, le persiguió á la desbandada, hasta que muy luego revolvió Cesaras sobre los romanos, acometiéndolos en medio de su desórden, y los arrolló y venció causándoles una pérdida de nueve mil hombres. Los despojos ganados en esta lucha los pasearon los lusitanos en triunfo por varios pueblos. Mummio pudo ponerse á salvo con cinco mil hombres, y los ejercitó en simulacros hasta haber borrado en ellos la impresion causada por su anterior

(1) Apiano, lugar citado, cap. 36.

descalabro. Reanimados ya, lanzólos un dia contra un cuerpo de lusitanos que iba ostentando parte de los trofeos anteriores, y tuvo la suerte de sorprenderlos y vencerlos. Ya no se habla mas de Cesaras. Otro caudillo lusitano sale á campaña. Llámase Cauceno, y trata como á enemigos odiosos á los aliados de Roma; invade sus tierras, las pasa á sangre y fuego, y pone sitio á una ciudad por nombre Cunistorgis. Entra en ella, divide sus huestes, parte de las cuales se traslada á África, dicen unos, funda una ciudad por nombre Afrania, dicen otros, y el resto pone sitio á Ocila, que alguno, por autoridad de Tolomeo, reduce á Salamanca. Acude Mummio, reunidos antes nueve mil infantes y quinientos caballos, se echa sobre quince mil lusitanos que devastaban los campos, ahuyéntalos, hace levantar el sitio de Ocila, persigue á los que escoltaban el bagaje de los lusitanos, los acuchilla y hace una rica presa. No toda debió repartirla entre sus soldados, como dice Apiano, pues no hubiera triunfado como triunfó en Roma, sino hubiese reservado una buena parte para el tesoro público. Tras de este descalabro Cauceno queda eclipsado.

En la Celtiberia se encendia la guerra de fuego deque habla Polibio (1). Guerra sin treguas, serie inacabable de combates, ni una ni muchas batallas decidian del éxito, ni uno ni muchos movimientos decidian la suerte de las batallas. Lidiábase con encarnizamiento, con sed de dar y recibir la muerte, antes que enseñar la espalda al enemigo. Ni el invierno, ni el cansancio, ni el frio, ni el calor, eran bastantes para interrumpir la lucha. La noche separaba á los combatientes, y la luz del sol volvía á acercarlos. Apiano y Polibio citan á los TITTIS y á los BELLOS como pueblos de la

(1) Polibio, Hist. Gen. XXXV, 1.

España central que dieron ocasion al rompimiento de las hostilidades. Algunos de nuestros escritores leen en vez de *tittis tritios*, de un pueblo que reducen á *Tritio*, *Trillo*, *Trexo*, ó *Nájera*; y en vez de *bellos*, leen *Belos*, y *Bélgidas*, de *Bélgida*, otro pueblo no muy distante de *Tritio*. Otros buscan los *bellos* entre los *pelendones*, y los *tittis* entre los *vacceos*, los *berones*, y los *murbogos*. Y despues de muchas cavilaciones confiesan que son desconocidas las ruínas que unos y otros han dejado en nuestra tierra. Entrambos pueblos eran aliados de Roma. La ciudad de *Segeda*, sita en los *bellos*, habia firmado paces con *Gracco* cuando este puso á salvo su ejército entrando en tratos con distintas tribus. Ahora el romano queria desandar lo andado, á tenor de aquellos dos principios que, segun dejamos apuntado, eran los nortes de su conducta. Los nuevos pretores no pensaban como los antiguos; el pueblo y el senado romano de hoy no opinaban como el senado y el pueblo de ayer.

Mientras *Mummio* combatia en la *Lusitania* con varia fortuna, el cónsul *Quinto Fulvio Nobilior*, puesto á la cabeza de treinta mil hombres, habia tomado á pecho en dicho año de 153 la conquista de la *Celtiberia*. No le parecia difícil la empresa. Si un ejército consular habia dado la ley á *Cartago* en su propia tierra, si otro habia humillado con una sola batalla el orgullo de un poderoso monarca del *Asia*; y si otro por fin habia bastado para conquistar la *Macedonia*: era imposible que la *Celtiberia* no se diese por vencida. En caminóse contra *Segeda*, imputándola á delito el querer reparar sus muros y negarse á pagar subsidios y dar soldados. Inútilmente se esforzaron los *segedanos* en probar que estaban en su derecho en virtud de los tratados de paz que fir-

maron con Tiberio Sempronio Gracco (1): les fué forzoso retirarse ante un enemigo formidable, abandonar sus lares, y trasladarse á los arevacos en demanda de auxilio. No les fué negado. Recibida primero una hospitalidad generosa, pudieron formar luego un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos, y le pusieron á las órdenes de un segedano, por nombre Caro, probado en las lides. Verdadero celtíbero, en quien la sangre hervia, conoció que quien da primero da dos veces, y que era necesario impresionar desde el primer momento al orgulloso romano. Armóle una emboscada, junto á un bosque, y echándosele encima de improviso, le mató seis mil hombres (2). Desgraciadamente se ensañó en los fugitivos, y dió ocasion á la caballería romana á que le cogiese desordenado y le devolviese pérdida por pérdida. La noche, dice Apiano, separó á los guerreros. Dícese que el mismo Caro murió combatiendo. Los romanos habian luchado por necesidad, pues acaeció el encuentro el dia de la festividad dedicada á Vulcano, tal vez el 23 de mayo, dedicado á las ferias de esa divinidad, ó acaso el 29 de agosto en que se celebraban las segundas vulcanales. En tales dias nunca daban batalla si á ello no les compelian. Y si Caro no lo ignoraba, fué doble mérito el que contrajo obligándoles á pelear mal su grado. Mas adelante los romanos, en sus guerras con los judíos, imitaron con éxito á Caro, acometiéndolos en dias dedicados á los deberes religiosos.

Los arevacos entran en campaña, y por primera vez se oye hablar de una ciudad que tiene por nombre Numancia. Los segedanos, faltos de jefe, se desbandaban. El cónsul Fulvio Nobilior les iba á los alcances, no tanto para des-

(1) Apiano, Iber. 44.

(2) *Ibid.* Iber. 43.

truirlos como para entrar en posesion de nuevas tierras. Las que ahora pisaba no pertenecian ya á los segedanos , sino á los numantinos. Júntanse los arevacos en Numancia , forman sus milicias , eligen por jefes á Ambonio y Leuconio , y se aprestan para la pelea. No bien pasados tres dias , se presenta Fulvio Nobilior á la vista de Numancia. El cónsul acababa de recibir un refuerzo de trescientos caballos y diez elefantes que enviaba de África el rey Masinisa. Es inexacto aquí Apiano cuando dice que los celtíberos y sus caballos no habian visto nunca elefantes , y que se llenaron de terror. Polibio , Diodoro Sículo y Tito Livio , como hemos tenido ocasion de referirlo , están acordes en pintar las luchas de los iberos centrales contra los cartagineses y sus elefantes , ó bien en favor de los púnicos y contra los romanos. No pudieron , pues , demostrar por ello asombro ni pavora. Dieron sí pruebas de prudencia y de tacto militar , atrayendo por medio de una retirada á los romanos hasta junto á los muros de Numancia. Vuelve á encenderse la pelea ; y á lo mejor una piedra da en la cabeza á uno de los elefantes , quien se pone furioso , y no distinguiendo ya entre amigos y enemigos , se echa contra los romanos. Los demás elefantes le imitan , y llenan de desórden y espanto las filas romanas. En esto hacen los numantinos una salida vigorosa , ponen en fuga al romano , y le matan tres elefantes y cuatro mil hombres , sin haber perdido ellos mas que dos mil soldados en esta sangrienta jornada. Nobilior , para no dar á entender que desistia de tomar la ofensiva , puso cerco á la ciudad de Axinia , que algunos creen ser Uxama ú Osma , y no la pudo tomar , antes le fué forzoso levantar el sitio , perdida mucha gente. Mandó á Biecio , jefe de su caballería , que fué en busca de caballos entre los aliados del

pueblo romano. Volvia con ellos Bicio , pero cayó en una emboscada de celtíberos , y perdió la vida con la mayor parte de los suyos. Fué tanto mas sensible para Nobilior este nuevo descalabro , quanto los aliados , perdida la fé en la fortuna de Roma , iban declarándose en favor de los iberos independientes. Ocilia , Medinaceli segun unos , Graccuris segun otros (distinta en todo caso de la Ocila arriba nombrada) , plaza española que servia de depósito á los romanos para custodiar sus vituallas y su tesoro , se entregó á los celtíberos. Escaseaba el trigo , arreciaba el frio , caian abundantes nevazos , y sucumbieron de necesidad y de falta de abrigo los últimos restos del brillante ejército que el cónsul trajo á España. Pocas campañas habian sido mas desastrosas para el romano.

Alarmada Roma , anticipa el nombramiento de nuevos cónsules , decreta que la España sea provincia consular , levanta un nuevo ejército de ocho mil infantes y quinientos ginetes romanos , al que debe añadirse el número de auxiliares que le triplica ; y le confia al cónsul Marco Claudio Marcelo. Esto fué en el año 152. Marco Atilio , ó Acilio , fué de pretor á la Lusitania en reemplazo de Mummio (1) , batalló con varia suerte , mató en un encuentro setecientos lusitanos , se apoderó de la ciudad de Oxthracas , que alguno reduce á Ocrato , lidió con los vetones , confinantes , dice Apiano , con los lusitanos : y cuando volvió á sus cuarteles de invierno tuvo el sentimiento de saber que no habia adelantado un paso , pues á medida que él se retiraba volvian los pueblos al ser y estado de independientes. Marcelo procedió con menos fogosidad y mas cordura. Varias emboscadas se le prepararon , y de todas salió ileso , y llevó

(1) Ib. 58.

su ejército hasta los muros de Ocilia. Quería ante todo recobrar esta importante plaza perdida un año antes. Acostumbrados los ocilianos al yugo romano se dieron muy pronto á partido, y los trató con clemencia, exigiéndoles solo una derrama de treinta talentos. Sabido esto, los de Nergobriges, segun Apiano, de Nertobriges, Valdenebro ó la Almunia segun otros, trataron de obtener paz con condiciones moderadas. Pidióles cien ginetes auxiliares. Mandáronlos; pero Marcelo, torciendo la fé romana mucho mas de lo que torcian en Cartago la fé púnica, los detuvo como rehenes, so pretexto de unas recientes hostilidades de parte de los nertobrigeses, taló sus campos y sitió su capital. Caidos de ánimo los ciudadanos, renovaron sus instancias pacíficas: á lo que Marcelo contestó que no entraria en tratos de paz si á un tiempo no podia firmarla con los bellos, los titios, y los arevacos. Todos ellos le enviaron diputados, pidiendo la renovacion de los tratados firmados con Sempronio Gracco. No tenia Marcelo facultades para tanto, y así envió los diputados á Roma, para que obtuviesen del senado lo que solicitaban. Sea que Marcelo creyese peligrosa la continuacion de la guerra, sea que desease dar por terminada la lucha mientras duraba su consulado, ello es que escribió á los senadores diciéndoles que á su ver y entender era conveniente firmar paz con los celtíberos y los arevacos. Los fragmentos que nos quedan de Polibio (1) no están aquí conformes con lo que refiere Apiano. Segun Polibio, mientras iban y venian de Roma los diputados, se firmó un armisticio con los celtíberos, y Marcelo fué á dar ayuda á Atilio en su guerra contra los lusitanos. Dedúcese de ahí que lusitanos y celtíberos hacian cada cual la guerra por su

(1) Polibio, Hist. Gen. lib. xxxv, cap. 11.

cuenta como estados independientes que eran unos de otros. Y añade Polibio que Marcelo tomó por asalto la ciudad de Nergobrix, ó Nercobriga, nó Arcobriga como leen otros, sea ó nó Arcos, y luego puso en Córdoba sus cuarteles de invierno. No se detuvo, pues, en los lindes de la Celtiberia, sino que creyó necesario juntar sus fuerzas con las del pretor que mandaba en la Ulterior. Esto prueba que su campaña no fué muy afortunada, y que las cartas que dirigió en confianza á los senadores contenian la expresion sincera de lo que él creia ser en aquel trance una necesidad para Roma. La Nercobriga que cita Polibio en la Lusitania debió de ser distinta de la que menciona Apiano en los celtíberos, á no ser que prefiramos creer que este último copió mal al primero.

Llegados á Roma los diputados iberos, el senado dió entrada en la ciudad á los titios y á los bellos para enemistarlos con los arevacos, á quienes mandó que permaneciesen en la opuesta márgen del Tíber hasta que estuviese discutido su negocio. Trataba á los primeros como aliados, á los segundos como enemigos. En nuestros dias parece increíble semejante falta de urbanidad y delicadeza en los que se creian llamados á civilizar la tierra. No la consignamos nosotros, sino el citado Polibio (1). El mismo es el que refiere los pormenores de la diputacion enviada á Roma. Vióse desde luego que los titios y los bellos hablaban como romanos. Sin duda no circulaba ya por sus venas sino muy amenguada la sangre ibera. Vergüenza da leer la manera como pintaron las facciones en que estaba dividida su tierra, y la única esperanza que tenian puesta en las legiones romanas para contener á los arevacos, « que se convertirian, dijeron, en

(1) Polibio, lugar citado.

rivales de Roma, y pondrían en combustion la España entera si no se imponía á los culpados un ejemplar castigo. » Hablaron á su vez los arevacos. Sin afectar arrogancia ni soberbia, sino la sencillez de unos valientes poseidos del sentimiento de su dignidad, « bastante dieron á entender, dice Polibio, que no eran hombres vencidos ni desalentados. » Tal vez jamás habia oido Roma verdades proferidas con mas entereza por boca de unos extraños. No se olvidaron de mencionar los vaivenes de la fortuna, y al evocar los recuerdos de las lides pasadas, con suma delicadeza indicaron que Roma no tenia de qué vanagloriarse. Á pesar de esto, estaban prontos á hacer cualquier sacrificio en favor de la paz, siempre que se renovase el tratado que habian firmado con Roma en tiempo de Tiberio Sempronio. Despues de ellos tomaron la palabra los diputados del cónsul Marcelo. Inclinados á la paz, no dieron la razon á los aliados de Roma, sino que se inclinaron en favor de los arevacos. El senado los oyó con desabrimiento. Persuadido de que Roma debia proteccion á los titios y á los bellos, y odio á los arevacos, decretó que Marcelo daría á conocer en España la voluntad de Roma: y escribió al cónsul que renovase las hostilidades con un vigor romano (1).

Acababan de ser nombrados cónsules Aulo Postumio, y Lucio Licinio Lúculo. Desde mucho tiempo no se habian hecho en Roma aprestos militares tan considerables. Marcelo no inspiraba confianza. El senado creia que con vencer á los arevacos quedaria sojuzgada la España entera; y firmando paz con ellos daría armas y un inmenso prestigio á los mas encarnizados enemigos del nombre romano. Pero el pueblo no participaba de las iras del senado. Quinto Fulvio No-

(1) Ib. xxxv, 3.

bilior y los que con él habían peleado anteriormente en España ponían á las nubes el esfuerzo de los celtíberos y de los arevacos, y los pintaban como pueblos indomables tratándose de la propia independencia. «Un terror (1), cual de él no tuviesen memoria los ancianos, se apoderó de la juventud romana.» No se presentaban tribunos voluntarios, siendo así que antes eran tan numerosos. Los jóvenes á quienes tocaba servir en la milicia, daban unas excusas vergonzosas que difícilmente podían ser desechadas, no pudiendo ser comprobadas sin desdoro. Los tenientes que eligió Lúculo, se negaron á partir. En circunstancias idénticas Escipion, el primer Africano, se presentó para servir á la república en calidad de jefe. Ahora hizo lo mismo otro Escipion, nó como jefe, sino como tribuno ó teniente, según le pluguiese al senado. «Á España, dijo, deben ir los verdaderos amigos de la gloria (2).» Estas palabras, salidas de la boca de un mozo modesto y hasta entónces desconocido, produjeron un entusiasmo inexplicable. Ya no le faltaron soldados á Lúculo. Es probable que muchos los alistó con la esperanza de enriquecerse en la península, que era para muchos la tierra del oro y de la plata.

No bien supo Marcelo que Lúculo venía con numeroso ejército á reemplazarle, procuró tener una entrevista con los celtíberos, y recabó de ellos con buenas palabras que dejasen á su arbitrio las condiciones de la paz, antes de que la llegada de Lúculo hiciese imposible toda avenencia. Se ignora lo que concertaron, pero se sabe que cinco mil arevacos tomaron desde luego posesion de Nertobriga (3). Mar-

(1) Ib. 4.

(2) Palabras textuales que Polibio, ib., pone en boca de Escipion el segundo africano.

(3) Apiano, Iber. 50.

celo á su vez hizo movimiento hácia Numancia , poniéndola un simulacro de sitio. De repente Liteno , jefe de los numantinos , dice que desea hablar con Marcelo ; se le otorga una entrevista , y en ella manifiesta sin rodeos que los bellos , los titios , y los arevacos , á una , ponian en manos de Marcelo las condiciones de la paz. Gozoso Marcelo , pues sin duda el senado le tenia prescrito que no concediese la paz sin que los enemigos se diesen completamente á partido , cumplida esta condicion , otorgó á los iberos todo cuanto deseaban , y obtenidos los subsidios convenidos , dejó en libertad aquellas comarcas y sus moradores. « De esta suerte , añade Apiano , cesó la guerra con los titios , los bellos , y los arevacos , antes que Lúculo hubiese llegado á España. »

Lúculo se sintió herido en lo mas vivo. Para él , la Iberia no era solamente , como para el jóven Escipion , el país de la gloria , sino tambien la mina abundante que tenia determinado explotar en provecho propio. La mayor parte de sus predecesores le habian dado ejemplo. Si les faltaban metales preciosos , si debian formarse un patrimonio , paseaban la vista por nuestras ciudades independientes , y aquella á quien la fama daba mas celebridad por sus riquezas , podia mirarse desde luego como una víctima que iba á ser despojada. Ya no era posible por el pronto habérselas con las tribus que acababan de firmar paces con Marcelo. Lúculo echó una mirada sobre los vacceos , de quienes dice Apiano que colindaban con los arevacos , y pertenecian tambien á la raza de los celtíberos ; y sin alegar pretextos siquiera , sin haber recibido para ello órden alguna del senado , sin que mediase declaracion de guerra , ni ofensa ninguna que legitimase desquite ó represalias , penetró en su comarca á la cabeza de su ejército , transformándose de cón-

sul de una gran república en capitan de merodeadores y disciplinados foragidos. Orosio se inclina (1) á culpar solamente á Escipion como autor de los estragos y ruínas causados en España durante esta campaña ; y no nombra siquiera á Lúculo , aunque no podia ignorar que este era el verdadero jefe. Polibio (2) dice que Escipion tenia fama de acérrimo partidario de la guerra en España. Debésele , pues , una gran parte del láuro ganado por Lúculo. Cruzado el Tajo , la comarca de Cauca , ó Coca , fué el primer teatro de sus devastaciones. Los habitantes del país le enviaron diputados para preguntarle que ¿ á qué venia y para qué les movia guerra ? Á lo que dijo Lúculo que venia en auxilio de los carpetanos , enemigos de Cauca. Los iberos se aprestaron para la defensa. Hiciéronla como buenos , segun se desprendé de Apiano (3) ; primero interceptando los convoyes del enemigo y causándole pérdidas considerables ; y luego despues mostrándose superiores á los mismos vélites romanos. Fué necesario que los cargase la pesada infantería romana , y solo entóncees , perdidos tres mil hombres , se encerraron en Cauca. Era imposible que pudiesen resistir á un ejército tan numeroso y aguerrido como el que llevaban Escipion y Lúculo. Por tanto los ancianos de Cauca salieron fuera de los muros con coronas y ramas de olivo , y llegando á vista de Lúculo le preguntaron ¿ con qué condiciones podian comprar la paz ? Se les respondió que , dando cien talentos , y auxiliando con su caballería á los romanos. Otorgado lo que pedia Lúculo , añadió este la condicion de meter presidio en Cauca. Allánanse á ello los ancianos. Se ignora si fué Escipion ú otro jefe quien entró en la ciudad

(1) Orosio, Hist. lib. iv, cap. 21.

(2) Polibio, lib. xxxv, cap. 4.

(3) Apiano, Iber. 31.

con dos mil hombres escogidos ; pero sí se sabe que á una señal dada por Lúculo, la guarnicion romana se echó sobre los moradores y los pasó á cuchillo. Algunos historiadores se maravillan de que un romano se haya amancillado con accion tan negra. Lo extraño fuera que un romano hubiese resistido á la tentacion de robar , de exterminar , y de bañarse en sangre inocente. La antorcha de la decantada civilizacion romana no podia difundirse de otra suerte por el mundo. Traia encarnada en sí la idea de la destruccion de todo cuanto diese sombra á Roma. Cartágena , Iiturgis y otros cien pueblos podian declarar en favor de la humanidad romana que consistia en sembrar de ruínas y de cadáveres la tierra. Lúculo y Escipion obraron como quienes eran , poseidos de aquella fiebre exterminadora que iba transformando las ciudades en mausoleos. Si poseyésemos la relacion del desastre de Cauca escrita por Livio, nos pareceria, vista al través del prisma de su estilo admirable , nó una accion infame , sino una hazaña tal vez , aquella detestable perfidia. Allí perecieron veinte mil iberos, ancianos los mas, niños y mujeres. La comarca quedó desierta. Los moradores todos huian de los bárbaros , buscando un asilo en el monte , llevando consigo lo mas precioso que tenian , y entregando lo demás á las llamas para no dejar ni vituallas , ni tesoros en que pudiesen hacer presa aquellos caníbales. Adelántanse Escipion y Lúculo por unos campos devastados por sus propios dueños , y llegan á la vista de Intercacia , sita tal vez no lejos de donde está ahora Rioseco. En sus muros habian concentrado los iberos mas de veinte mil infantes y dos mil caballos. Esta vez fué Lúculo quien intentó un acomodamiento ; mas los iberos le contestaron que aun estaba humeante la sangre vertida en Cauca. De-

seaba el romano llegar al trance de una batalla: pero los iberos preferian destruirle por partes en escaramuzas (1). Acercábanse á los bárbaros montados en caballos ligeros, los retaban á singular pelea, y las mas de las veces salian triunfantes. Tanto, que ya no se atrevian los bárbaros á entrar en lid con los iberos. Viendo lo cual, Escipion deseaba y temia, dice Polibio (2), luchar cuerpo á cuerpo con algun ibero. Uno de estos, bizarro, jefe segun unos, rey de Intercacia segun otros mal informados, acababa de salir de los muros de la ciudad, y provocaba con la voz y con el gesto á sus contrarios. Escipion siente espoleado su amor propio, y sale contra él. Lidiaron primero á caballo, y en esta lid llevó la ventaja el ibero. Así lo da á entender Polibio, diciendo que el caballo de Escipion fué herido gravemente, y que el romano cayó de pié. Sin duda entónces se apeó tambien el ibero, no queriendo deber la victoria mas que á su denuedo; pero en esta segunda lid no fué afortunado, sino vencido, dice Apiano. Floro y Orosio afirman que quedó cadáver. Pero la autoridad de Apiano está mas conforme con los antecedentes dados por Polibio, pues era natural que en aquel trance Escipion no fuese menos generoso que su enemigo; y prueba que obró así la circunstancia de haber ganado el afecto de los de Intercacia, que de otra suerte le miraran con aborrecimiento. En tanto la caballería ibera, que recorria las cercanías, no daba vagar á los romanos; ni les permitia alejarse un punto de los reales. Los legionarios y sus auxiliares carecian de vino, sal, vinagre y aceite; y se veian reducidos al trigo, cebada y mala carne, de que se originó entre ellos una disenteria

(1) lb. 53.

(2) Polibio, xxxv, 5.

que los diezmaba. No por esto cesaron los trabajos del sitio; el aríete batía los muros; y, abierta una brecha, se lanzaron por ella los sitiadores. Pero los iberos vuelven á la carga, los arrojan del muro, los persiguen, y los acorralan en unos estanques en donde perecen á centenares. La brecha es reparada. Siendo imposible tomar la ciudad por la fuerza, se espera reducirla por hambre. Entónces Escipion (1) manifestó á los iberos que, si entraban en negociaciones pacíficas, les respondía que el romano no apelaria al fraude ni á la perfidia. Dada esta seguridad se firmó la paz. La ciudad suministró al romano seis mil sagos, ó vestidos, cierto número de reses, y cincuenta rehenes. Metales preciosos dijo que no los poseía, porque no los necesitaba, ni los tenia en estima. Y es lo que mas sintió el avariento cónsul. Alguno le dijo sin duda que en Palencia hallaria lo que en Intercacia faltaba; y fué allá con todo su ejército. Poco tardaron él y Escipion en conocer que el oro y la plata ibéricas solo con raudales de sangre se compraban. Palencia se defendió con denuedo; y el romano tuvo que batirse en retirada, picada siempre su retaguardia por los palentinos, hasta que hubo cruzado el Duero. Tal fué el término de una guerra injusta, promovida por la avaricia de Lúculo segun unos, por la perfidia y las órdenes reservadas del senado romano segun otros, y sostenida por los iberos con heroísmo. Apiano (2) se muestra muy admirado de que á Lúculo no se le hubiese formado causa en Roma. Esto prueba que el senado romano era su cómplice; y que en vez de extralimitarse, el cónsul obedeció á ciegas.

Retiróse á la Turdetania á donde los azares de la guerra

(1) Lo dice Apiano, Iber. 34.

(2) Ib. 55.

habian conducido tambien muy mal parado al pretor Servio Galba destinado por este tiempo á la España Ulterior con otro ejército numeroso. Habíase adelantado hácia la Turdetania con tal seguridad y arrogancia que en un dia y una noche anduvo, dice Apiano (1), sesenta mil pasos, avistó al lusitano, y sin dar descanso á sus tropas, acometió al enemigo. Replegóse el lusitano, y como le siguiese los alcances en desórden el romano, revolvió sobre Galba, y le mató siete mil hombres. Huye el pretor con el resto de su caballería, busca en Carmona (2) un asilo, junta los dispersos, pide refuerzos á los aliados, y reunidos veinte mil hombres, se encamina á los Cuneos, y traslada á Cunistorgis su cuartel de invierno.

Por este tiempo llegaron Lúculo y Escipion á la Turdetania, cayeron de improviso sobre algunos cuerpos de lusitanos, y tuvieron con ellos varias sangrientas jornadas. En una de ellas se dice que murieron cuatro mil lusitanos, en otra mil quinientos que habian llevado sus correrías hasta el estrecho gaditano, y en la última tuvieron que rendirse varios fugitivos que se habian hecho fuertes en una eminencia. Los lusitanos habian venido, confiados en sus fuerzas, picando la retaguardia á Galba, y á su vez se vieron acometidos por la espalda, cortada su retirada, por la repentina aparicion del ejército de Lúculo. Los dos ejércitos romanos combinaron entónces sus esfuerzos, y llevaron la guerra á los lindes de la Lusitania. Lúculo y Galba venian igualmente sedientos de oro y de sangre. Pobre el primero, queria enriquecerse á toda costa; rico el segundo (3) deseaba acrecentar su patrimonio. Este además anhelaba

(1) Ib. 58.

(2) Apiano, Iber. 58, la llama Karmenen, nó Carmelis como ha dicho alguno.

(3) Apiano, Iber. 60.

vengarse de la ignominiosa rotá que poco há habia sufrido. Viendo los lusitanos que iba á caer sobre ellos un espantoso nublado, trataron de conjurarle renovando los tratados que habian formado un año antes con Atilio: y para conseguirlo enviaron diputados á Servio Galba. El romano aparentó que cedia á su demanda, y dándose por satisfecho y recibéndolos con palabras de amistad, ganó la confianza de los enviados y dióles á entender que, en prenda de la nueva alianza, daria á los lusitanos unas tierras férces en que morasen y las cultivasen. Dióse por terminada la guerra. Los lusitanos debian tomar posesion de las haciendas prometidas; y se pactó que para ello vendrian divididos en tres cuerpos, y tomarian las posiciones marcadas de antemano. Venian armados (1), nó en clase de hombres vencidos, á quienes se permite fundar una colonia, sino en calidad de aliados á quienes se debe dar posesion de una comarca. Llevaban consigo sus mujeres, sus hijos, su ajuar, y sus tesoros. De repente Galba con todo su ejército cae sobre uno de los tres cuerpos lusitanos, le pasa á cuchillo y le despoja. Va al segundo, le halla tambien desprevenido, le pasa á filo de la espada, y se enriquece con nuevo botin. Se lanza sobre el tercero, y repite la misma escena, aunque esta vez se le escapa una parte de la presa, y muchos guerreros lusitanos, en su número uno que vale por un ejército, y tiene por nombre Viriato. Ignoramos si Escipion, que habia presenciado y tal vez dirigido el degüello de Cauca, asistió asimismo y tomó parte en esa matanza de lusitanos. Pero esta accion es tan propia del verdadero carácter romano, que hay dificultad en negarle la participacion que verosímilmente le corresponde. Es probable que el ejército de

(1) Ib. lugar citado.

Galba por sí solo no pudo llevar á cabo tan espantosa carnicería sin pedir á Lúculo , que cooperaba con él y dirigia la campaña como cónsul , los refuerzos necesarios. Y como es sabido que Escipion era el brazo derecho de Lúculo , seria injusticia cargar sobre Galba una responsabilidad que pesa igualmente sobre los otros dos caudillos. Á los ojos de Roma no fué aquello una atrocidad ni una perfidia. En alguna manera los iberos no eran para los romanos sino un ser inferior al hombre. Hato de bárbaros , de bandidos y de fieras , despojarlos era una virtud , perseguirlos y acosarlos en sus moradas un mérito , exterminarlos un heroísmo. Nadie persiguió judicialmente en Roma á Lúculo ni á Escipion por los asesinatos de Cauca. Galba fué acusado , nó por la matanza que hizo en los lusitanos , sino por no haber repartido entre sus soldados el botin arrebatado á las víctimas (1). Y fué declarado inocente : que tales eran las ideas de justicia y de equidad dominantes en Roma. Nada mas desconsolador que la confesion que arranca á Apiano la simple narracion de este acontecimiento. « Galba , dice , en la paz no se abstuvo de mentiras y perjurios con que pudiese acrecentar su peculio : y en los tribunales , sus riquezas le salvaron siempre. »

Sin duda la organizacion de los lusitanos debia ser por este tiempo poderosa ; ó acaso estaban confederados con varios pueblos de las cuencas , no solo inferiores , del Betis , del Tajo , y del Duero , sino tambien de las superiores: ello es que , á pesar de sus descalabros , les vemos poner constantemente en campaña nuevos y poderosos ejércitos. Habian resistido á Galba , derrotádole , penetrado en la Turdetania,

(1) Apiano, ib. Segun el epitome del lib. xlix de Livio, Galba ordenó la matanza de los lusitanos porque vió en ellos algun indicio de asechanza , como el haber inmolado un caballo y su ginete , segun su costumbre , al prepararse para la guerra.

retrocedido, y perdido treinta mil hombres por una traicion abominable. Parecia que debian darse por vencidos, ó á lo menos que les sería imposible sostener por el pronto la campaña. Muy al contrario: les vemos formar otro ejército de diez mil hombres, y no limitarse con él á defender su frontera, sino tomar la ofensiva, penetrar de nuevo en la Turdetania é ir á buscar venganza con el hierro en tierras ocupadas por el romano. Lúculo y Galba no llevaban ya intento de pelear, sino de poner á salvo el fruto de su merodeo. Briccio observa con razon que Lúculo no peleaba por Roma, sino por sí propio. Sentencia justa si se extiende á la mayor parte de los generales romanos. La crueldad y la avaricia eran sus defectos dominantes. Y si alguno de ellos supo hacerse superior á uno de estos dos defectos, ninguno desterró de su pecho los dos á un tiempo. Paulo Emilio, que vivia á la sazón, y que tambien estuvo en España, fué uno de los pocos para quienes el oro no tuvo una virtud irresistible; pero en cambio llevó la crueldad hasta el extremo de complacerse, según autoridad de Valerio Máximo (1), en ver cómo los elefantes estrujaban bajo sus plantas á los que habian desertado de las filas romanas. El mismo autor dice que Quinto Fabio Máximo, otro romano celebrado por sus virtudes, hizo cortar las manos á los trásfugas de su ejército. El primer Africano, añade, los hacia clavar en cruz. El segundo, Escipion, compañero de Lúculo, los destinó para pasto de las fieras. Pero era mas comun ver á un tiempo enlazadas en el ánimo de los jefes aquellas dos pasiones, la crueldad y la avaricia, como de ello nos dan uno, entre muchos otros ejemplos, Galba y Lúculo.

(1) Valerio Máximo, lib. II, cap. 7, párrafos 11 á 14.

CAPITULO VII. Sostiene Viriato las guerras contra Roma. Tercera guerra punica y ruina de Cartago. Principio de la guerra numantina. Muerte de Viriato.

DESDE 150 HASTA 140 ANTES DE CRISTO.

Por este tiempo la Lusitania se mostró digna de ser un pueblo independiente. Momentos hay en la existencia de las naciones que valen por siglos. Los que vamos á recorrer son tales para los moradores de aquella comarca. Aunque careciese de otras glorias, y los lauros ganados en otras épocas quedasen para ella marchitos, el que por este tiempo conquistó vale por todos, y este recuerdo consolidará su nacionalidad eternamente. Nuestros historiadores dan aquí comienzo á su relato diciendo que existia en la Lusitania un hombre que de pastor se transformó en bandolero, y luego en capitán de foragidos, y en general, terror de Roma. Nos ha parecido conveniente, antes de dar á Viriato aquellas calificaciones, estudiarlo bien, y no admitirlas por solo espíritu de imitación y de rutina. Desde luego vimos que las voces de ladrón y bandolero, aplicadas á Viriato, procedian de los romanos, sus implacables enemigos. Y aquellos adjetivos los hallamos asimismo usados generalmente por los vencidos para designar á sus vencedores en todas las naciones de la tierra. Píndaro llama á Hércules, ladrón de los bueyes de Gerion. Segun Procopio, los fugitivos de la Palestina, avencinados en Tánger, llamaban á Josué ladrón, hijo de Nave. Los griegos llamaban ladrones á los troyanos. Jeremías, con ser tan tierno, llama á Nabucodonosor bandido de las naciones (1). Apiano (2) llama patria de los ladrones á la co-

(1) Jeremías, cap. iv, vers. 7: «et prædo gentium se levabit.»

(2) Apiano, Iber. 71.

marca de entre Duero y Miño. Otro autor da el mismo nombre á los moradores del Pirineo hácia la Aquitania ; y Estrabon llama bandidos á los cántabros (1). Quanto mas bizarros eran los enemigos, mas presto y con mas fuerza la ira del contrario les daba aquellas denominaciones. En tales casos toda voz de desprecio, é injuriadora, puede traducirse por otra de honra y valía. Hércules era leon por su denuedo, Josué un campeon esforzado, los troyanos unos valientes, Nabucodonosor un conquistador famoso, los gallegos, cántabros y lusitanos unos guerreros temibles. La voz bandolero aplicada, pues, por un romano á Viriato, significa héroe. Diodoro Sículo ya no llama ladron al jefe lusitano. Dice sí (2) que moraba en las riberas que baña el Océano, que fué pastor y se acostumbrió desde la infancia á vivir en el monte, que era sobresaliente en vigor, agilidad, sobriedad, actividad y desvelo ; que llevaba armas de hierro, y se batía con las fieras y los bandidos ; y que por último, habiendo merecido ser nombrado jefe de los lusitanos, hasta los bandidos acudieron á servir bajo sus órdenes, y les hizo hacer tales progresos en el arte militar, se mostró tan justo con todos, tan sabio recompensador del mérito, y tan poderoso, que ya no fué jefe de tropas solamente, sino soberano. Segun Diodoro, pues, no fué Viriato jefe de ladrones, sino terror y domador de bandoleros. La voz FACINORA la hemos hallado ciertamente usada en varios escritores para designar los hechos de Viriato, pero siempre con la calificación de alabanza que quita á aquella palabra lo que de otra suerte denotaria maldad ó infamia: y así cuando leemos de Viriato EDITIS PRÆCLARISSIMIS FACINORIBUS, no diremos

(1) Hieronymus in lib. II, adversus Vigilantium; y Estrabon, Geografia, lib. III, cap. 3, fol. 156.

(2) Diodoro Sículo, lib. XXXIII, frag. Excerpt. Photii, p. 525-526.

que « cometió delitos ó ruindades » sino que « llevó á cabo altas empresas. » Valerio Máximo cita dos veces á Viriato (1) y ninguna con adjetivos de injuria. Apiano en ninguna parte le llama ladrón, aunque imita á los romanos (2) en dar nombre de tales á muchos lusitanos y á los gallegos (3).

Corria el año 150 antes de Cristo cuando vino de pretor á España Cayo Vetilio para mover guerra en la Ulterior á los lusitanos. Sea porque la Citerior estuviese tranquila, ó ya porque, metidos los romanos en las aventuras de la tercera guerra púnica, renovasen en nuestra península el sistema, seguido durante la guerra macedónica, de nombrar para ella un solo pretor: es lo cierto que desde dicho año hasta el de 144 incluso, no hallamos en las historias mas que un solo jefe romano en la parte de nuestra tierra que Roma tenia ocupada. En sus primeros pasos Vitelio tuvo buena suerte. Rechazados los diez mil lusitanos que habian penetrado en la Turdetania, perseguidos sin descanso y diezmados, los acorraló en un punto, de donde el hambre tenia que sacarlos, y no bien saliesen debian caer en manos del romano. En situacion tan lamentable, enviaron parlamento á Vitelio, pidiéndole tierras en premio de la sumision que prestarian á Roma. Accedió Vitelio, é iba ya á firmarse el tratado, cuando se dió á conocer Viriato, diciendo que en él tenian á una de las víctimas escapadas de la atrocidad de Galba; que el romano prometia paz, y daba perfidia; y que él, si los lusitanos le obedecian, prometia sacarlos á salvo de aquel peligro. Elígenle por jefe; los saca y pone en línea de batalla; les manda que al verle montar á caballo se dispersen en varias direcciones y se dirijan á Tribola. Solo mil

(1) Valerio Máximo, lib. vi, cap. 4, y lib. ix, cap. 6.

(2) Apiano, Iber. 60 á 76.

(3) Ibidem, 71.

hombres debian mantenerse firmes á sus órdenes. Esperaba Vetilio acabar aquel dia con el ejército lusitano viendo la audacia con que salia á batalla ; y quedó asombrado cuando le vió desaparecer de repente. Iba á dar orden de persecucion contra los fugitivos ; pero en este momento Viriato, con los mil ginetes que habia conservado, le contuvo, con amagos y retiradas, por espacio de dos dias (1), hasta que, coligiendo que los suyos estarian ya en salvo, hizo volver grupas á su caballería, que era ligerísima, dice Apiano, y puso de esta suerte en salvo todo su ejército. La primera hazaña de Viriato reveló en él unas prendas eminentes. No fué una de esas victorias que consigue las mas de las veces un arrojado temerario. Fué, como se ha visto, una retirada emprendida, y llevada á cabo, y sostenida con la mayor sangre fria, manteniendo siempre á raya á un enemigo poderoso. Debió de ser para los lusitanos, que se creian perdidos, una empresa extraordinaria la de su salvacion, conseguida sin derramamiento de sangre : y desde este momento Viriato debió parecerles la Providencia que echaba en las orillas del Tajo los cimientos de una nacionalidad ilustre. De todas partes acudieron en su busca soldados, dispuestos á engrosar sus filas. De todos los pueblos debieron llegarle felicitaciones y promesas de auxilios para hacerle vislumbrar el porvenir con confianza. Llegado á Tribola, sabe Viriato que Vetilio va en su busca, y sale contra él como en ademan de quererle dar batalla. Pero á lo mejor se retira con los suyos desbandado. Cree Vetilio que llegó la hora de dar fin con los lusitanos, los persigue, y cae en una emboscada que Viriato le tenia preparada. En ella perecieron cuatro mil hombres de sus mejores tropas, y el mismo

(1) *Ibidem*, 62.

Vetilio murió á manos de un lusitano. El teniente del general romano puso á salvo el resto del ejército, huyendo á Tartesio, antigua corte de Argantonio, dice Apiano, y no se atrevió á salir nuevamente á campaña. Á la sazón iban á juntarse con él cinco mil aliados venidos de la comarca de los bellos y titios; y les dió orden de atajar los pasos al lusitano: pero Viriato se echó sobre ellos con todas sus fuerzas y los destruyó completamente. El romano hubo de pedir y de esperar de Roma socorros.

Trájoslos el nuevo pretor Cayo Plaucio en el año 149, viniendo á España con diez mil infantes y mil trescientos caballos. Y reunidos tambien los restos de las tropas de Cayo Vetilio, salió á campaña contra el lusitano. Acude Viriato desde la Carpetania en donde recorria y devastaba los territorios de los aliados romanos, y hace frente al pretor romano. Pero á lo mejor retrocede, atrae sobre sí un cuerpo de cuatro mil romanos; le separa del grueso del ejército, le circunda y le destruye. Cruza el Tajo, toma posicion en una colina rodeada de olivares, y conocida con el nombre de monte de Venus, y en él espera nuevamente á Plaucio que llega deseoso de vengar su rota pasada. Esta vez no huye Viriato, antes embiste con denuedo, rechaza al romano, le persigue, y le obliga, dice Apiano (1), á acogerse á sus cuarteles de invierno en mitad del verano. Ya el terrible lusitano es dueño del campo, y recorre triunfante las comarcas de cuantos habian doblado la cerviz ante el yugo romano. Fué esto por el tiempo de la siega; y cuantos quisieron aprovecharla hubieron de pagar tributo al vencedor afortunado. Alarmada Roma, envia en el año 148 como pretor con un nuevo y mas numeroso ejército á Claudio Unimano.

(1) Apiano, Iber. 64.

Le espera el lusitano, le da batalla, le vence, y destruye todo su ejército. El mismo pretor quedó en el campo del combate. Fué tal el entusiasmo de los lusitanos que con los despojos de los romanos iban formando trofeos en los mas altos montes, como para despertar de su letargo á los partidarios de la alianza romana. El autor de las Vidas de Varones ilustres cuenta que ya los iberos habian cobrado tal confianza en sus propios brios, que uno de ellos no vaciló en desafiar á tres romanos, y salió triunfante. Á Claudio Unimano sucede en 147 Cayo Nigidio. Concentradas las tropas de la Citerior y de la Ulterior, y aumentadas con los refuerzos venidos de Italia, no duda que pondrá coto al poder del arrogante lusitano. No fué así. Viriato le salió al paso, lidió con él y le venció. Algunos creen que Nigidio se hallaba antes ejerciendo mando en la Citerior, y se trasladó á la Ulterior luego de sabida la muerte de Claudio Unimano. Á Nigidio sucedió en el año 146 Cayo Lelio, llamado entre los romanos el Sabio. Valerio Máximo le cita distintas veces en sus obras (1), le da el renombre de Sabio, le llama amigo de Escipion, suegro de Quinto Escévola, y dice que el senado oia con gusto sus dictámenes; pero en ninguna parte afirma que hubiese vencido á Viriato. Ningun historiador, ni Veleyo Patérculo, ni Floro, ni Apiano, ni Orosio, mencionan semejante circunstancia. Al contrario, afirman todos que el año siguiente fué necesario declarar nuestra península provincia consular, sin duda porque la guerra seguía presentando mal cariz para el romano. Sin embargo, Ciceron afirma (2) que Lelio quebrantó y humilló la ar-

(1) Valerio Máximo, iv, 7; v, 3; y viii, 8.

(2) Ciceron, de officiis, lib. ii, 40. Dice así: «el multo majores Viriatus lusitanos: cui quidem etiam exercitus nostri imperatoresque cefferunt: quem C. Lelius, is, qui sapiens usurpatur, prator fregit et comminuit, ferocitatemque ejus ita repressit, ut facile bellum reliquis traderet.»

rogancia del lusitano; contuvo su orgullo, le obligó á detenerse, y facilitó de esta suerte á sus sucesores la continuacion de aquella guerra. No dice que le venció, sino que le tuvo á raya, cambiando tal vez de táctica, é introduciendo la nueva manera de hacerle guerra, en que le imitaron sus sucesores.

Con efecto, la gravedad de la guerra ibérica no habia disminuido en el año 145. Pero Roma podia hacer ya para acabarla unos esfuerzos extraordinarios. La tercera guerra púnica estaba terminada. Encendida á instigacion de Caton, y de Escipion Emiliano, el cómplice de Lúculo y de Galba, para completar el exterminio de una nacion ya vencida y humillada, habia tenido el fin y término que deseaba la implacable venganza romana. Los descendientes de los que habian hecho temblar á Roma en su misma tierra, ya no existian; su comarca quedaba devastada, su ciudad reducida á pavesas, sus moradores pasados á cuchillo ó reducidos á mísera servidumbre. Ahora debia llegarles su turno á los iberos, reos del delito de haber auxiliado á Anibal, y del crimen de poseer una envidiable comarca. El cónsul Quinto Fabio Emiliano, hijo de Paulo Emilio, el vencedor de la Macedonia, vino á España con dos legiones romanas, nuevamente reclutadas, y con otras tropas de aliados, hasta el completo de quince mil infantes y dos mil caballos. Dice Apiano (1) que tomó posicion en Osuna. Procuró evitar todo encuentro con el lusitano hasta tener ejercitadas sus tropas, y mientras hacia para conseguirlo los esfuerzos necesarios, se encaminó á Cadiz, para hacer sacrificios á Hércules, é impetrar el auxilio de los dioses. No fué tan prudente como él el jefe que dejó en Osuna, pues Viriato sor-

(1) Apiano, Iber. 65.

prendió á sus forrajeadores , y destruyó un cuerpo de tropas romano que salió á defenderlos. No debió Lelio haber quebrantado mucho las fuerzas del lusitano , cuando nos dice Apiano que diariamente hostilizaba al cónsul Fabio , y le provocaba á que saliese á dar batalla. Fabio se mantenía cautamente á la defensiva , y solo admitía algun combate parcial para conocer la confianza que debían inspirarle sus tropas. Si salían forrajeadores iban siempre tan bien escoltados , que podían no solo defenderse , sino tambien escarmentar al enemigo. De esta suerte consiguió que sus soldados perdiesen el miedo que tenían á Viriato , y se acostumbrasen á oponerle una resistencia vigorosa. En tal punto las cosas , ya no vaciló Fabio en admitir batalla ; y esta la perdió Viriato , viéndose reducido á meterse en una fortaleza denominada Becor. Fabio tomó dos ciudades á su enemigo , dió á saco la una , entregó la otra á las llamas , y tomó en Córdoba cuarteles de invierno. Esta campaña , segun todas las conjeturas , duró dos años , prorogado Fabio en el mando en calidad de procónsul ; pues no aparece probado ni es admisible la opinion de los que creen que en el año 144 viniese á España un pretor llamado Popilio. Mas verosímil y ajustada á cuenta es la de los que creen que en el año 145 obtuvo Viriato ventajas parciales , y en el de 144 sufrió un fuerte descalabro , en su campaña con el mismo Fabio Máximo. Pruébalo la circunstancia de haber tenido que correrse hácia los arevacos , los titios y los bellos , pidiéndoles cooperacion y socorro. Los tres pueblos se lo dieron , y de ahí se originó otra guerra no menos famosa que la lusitánica. Con la diferencia que los lusitanos habían concentrado su nacionalidad en los brios y el genio de un hombre , muerto el cual la nacion quedó eclipsada ; y al contrario los nu-

mantinos, á sola Numancia dieron la representacion de sus fueros, y fué necesario exterminarlos para vencerlos.

Se hizo indispensable en el año 143 enviar á España dos ejércitos, uno contra los numantinos, mandado por el cónsul Quinto Cecilio Metelo, y otro contra los lusitanos, puesto á las órdenes del pretor Quincio. Quincio abrió la campaña impetuosamente, llevó en retirada á Viriato, y le siguió hasta la ya nombrada colina del monte de Venus. Pero entónces, sea que Viriato lidiase en terreno perfectamente conocido, sea que Quincio viniese con la hueste cansada, el lusitano renovó la lucha, rechazó á su vez al romano, le mató mil hombres, le acompañó persiguiéndole hasta sus reales, se apoderó de Ituca, plaza fuerte, taló el país de los bastitanos, provocó á Quincio á que nuevamente saliese en defensa de sus aliados, y tuvo la satisfaccion de haberle encerrado en Córdoba buscando cuarteles de invierno en mitad del otoño. Un ibero, natural de Itálica, fué el único que, acaudillando algunos romanos, sostuvo por algun tiempo la campaña (1). En tanto Quinto Cecilio Metelo guerreó con los arevacos con varia fortuna. Alguno dice que sojuzgó á los vacceos. Es probable que en sus partes imitase á sus antecesores quienes, tomado un pueblo, y obtenida la sumision de algunos aduares, daban ya por sometida toda una comarca. Tambien se afirma que Viriato, no pudiendo favorecer de frente á los arevacos, llevó á cabo una atrevida campaña en la Citerior, y devastó las provincias marítimas á retaguardia de Metelo, y que se retiró en cuanto hubo conseguido su objeto de detener al cónsul. Frontino (2) refiere una estratagema de Viriato que es verosímil acaeciese

(1) Ib. Iber. 66.

(2) Frontini STRATEGEMATICON, lib. III, cap. 10, exem. 6. Dice así. «Viríathus, disposito per occulta milite, paucos misti, qui abigerent pecora Segobrigensium. Ad

durante esta campaña, ya porque es imposible suponer que el lusitano no tentase una diversion audaz en favor de los celtíberos y de los arevacos, aliados suyos, ya porque tuvo ocasion propicia para ello, encerrado como tenia en Córdoba al pretor Quincio. Dice Frontino que llegó hasta Segorbe, envió delante unos pocos soldados con orden de arrebatár el ganado, y saliendo los de Segorbe á defender sus haciendas, cayeron en una emboscada y fueron víctimas. El mismo Frontino (1) llama á Viriato « jefe de los celtíberos, » cosa que no pudo acaecer sino por este tiempo, pues antes lo era solo de los lusitanos, y dice que, persiguiéndole la caballería romana, hizo ademan de huir, la llevó por un país pantanoso del cual solo él y los suyos conocian la salida, y acabó con sus perseguidores que quedaron sepultados en el lodo.

El año siguiente 142, Roma sostuvo en España dos ejércitos numerosos y aguerridos, mandado uno por Quinto Cecilio Metelo, ya procónsul, prorogado el mando en la Citerior, y el otro por el cónsul Fabio Máximo Serviliano, hermano del Emiliano. El ejército de éste, destinado contra Viriato, se componia de dos legiones romanas y buen número de aliados, en todo diez y ocho mil infantes y mil seiscientos caballos. Además, Micipsa, rey de los numidas, le envió diez elefantes de guerra, y trescientos caballos. Acercábase Serviliano á Ituce, Ituca, ó Itucci, cuando le salieron al encuentro seis mil lusitanos, cuya larga barba les daba un aspecto espantoso. Los romanos sostuvieron su impetuosa arremetida y los rechazaron. Acudió poco después Serviliano con todo su ejército y llevó en retirada á

quæ illi vindicanda, quum frequentes procucurrissent, simulantesquæ fugam prædatores persequerentur, deducti in insidias, cæsique sunt.»

(1) Ibidem, lib. II, cap. 5, exem. 7.

Viriato. Pero tambien sucedió esta vez lo que otras muchas. Jamás fué tan terrible el héroe lusitano como en sus retiradas. Vió que los romanos le seguían en desórden, y revolviendo sobre ellos, cogiólos desprevenidos, les mató tres mil hombres, y obligó á los demás á encerrarse en sus reales. Apiano pinta al soldado romano, poseido de terror, no atreviéndose á salir de las tiendas, y no dando la cara al enemigo sino cuando tenia por testigo al mismo jefe (1). El valor de Fannio, yerno de Lelio el Sabio, salvó el resto de los romanos, cubriendo su retirada. De dia y de noche, á todas horas tenia encima las huestes de Viriato que incesantemente hacian amagos sobre uno ú otro flanco. Acosado de esta suerte pudo Serviliano llegar á Ituca. No bien hubo conseguido Viriato su objeto, levantó el campo, y es de creer que se encaminaria á auxiliar á los arevacos en su lucha contra Metelo. Habia conseguido éste algunas ventajas; la ciudad de Nertobriga, resistidos algunos asaltos, le habia abierto las puertas; cierto Retógenes se habia pasado á sus huestes; en Contrebia, ó Consuegra, habia echado el resto en esfuerzo y en ardides para rendir la plaza; y viendo que sus soldados andaban desanimados y se retiraban, hizo volverlos á la carga hasta establecerlos en una posicion ventajosa; y por último en el asedio de otra ciudad se mostró humano, suspendiendo el asalto al ver que en el muro habian puesto los hijos de aquel Retógenes tráfuga, y amenazaban con darles muerte si el sitiador avanzaba. Otros creen que la humanidad de Metelo en suspender el asalto y levantar el sitio fué efecto de las novedades que recibió de la Ulterior, y de los temores que concibió de que Viriato, vencedor de Serviliano, acudia contra él en vez de meterse en

(1) Apiano, Iber. 67.

la Lusitania. Libre ya en sus movimientos Fabio Serviliano, salió para Beturia en la Extremadura, recorrió el país de los cuneanos, y se encaminó otra vez contra los lusitanos. Diez mil hombres le salieron al encuentro, mandados por Curio y Apuleyo (1). Trabóse una lid, en la que murió Curio, y perdieron los romanos una parte de sus bagajes. Poco despues pudo Serviliano recobrarlos, y aun se apoderó de varias ciudades adictas á Viriato, en su número Obúlcula, Escadia y Gemela. En ellas hizo diez mil cautivos, de los cuales vendió la mayor parte y mató en masa quinientos, sin duda por inútiles. La crueldad era innata en su familia. Su hermano Emiliano habia indultado á cierto Connoba, jefe de bandoleros, dice Apiano, y le dejó en libertad; pero á todos los suyos, antes de soltarlos, les hizo cortar las manos (2).

Llegado el año 141 le fué prorogado el mando en la Ulterior á Serviliano en calidad de procónsul; y vino á la Citerior el nuevo cónsul Quinto Pompeyo. Dicen unos que al saber Quinto Cecilio Metelo que no le prorogaban el mando, impidiéndole poner término como deseaba á la guerra celtibérica, se entregó á unas demostraciones de disgusto deshonrosas: tales como dar sin necesidad licencias á sus tropas, facilitar el robo de las provisiones del ejército, inutilizar armas, y quitar la comida á los elefantes de guerra, todo para dejar á su sucesor desarmado. Apiano (3) lo refiere de muy distinto modo, y dice que Metelo entregó á Pompeyo un ejército sobremanera aguerrido, y compuesto de treinta mil infantes y dos mil caballos. Pero añadé que en sus pri-

(1) Ib. 68, dice que eran «jefes de ladrones» Ya dijimos que para los amigos de Roma todos los enemigos de esta república eran bandoleros.

(2) Apiano, Ib. Orosio lib. v, cap. 4, dice que antes habian sido indultados.

(3) Ib. Iber. 76.

meros movimientos no fué afortunado Pompeyo. Sin duda entónces , para explicar sus descalabros , echó á mala voluntad de su antecesor lo que era efecto de la propia impericia ó adversa suerte. No fué mas afortunado el procónsul Fabio Máximo Serviliano. Adelantóse hácia Erisana, ciudad de Viriato , y la puso cerco. Pero el lusitano penetró de noche en ella , hizo el día siguiente una salida , ahuyentó á los sitiadores , y persiguiéndolos los encerró en unos desfiladeros , de donde difícilmente podian escapar sin sufrir una derrota completa. Este pudo ser el día del mayor triunfo para Viriato ; y sin embargo fué para él el principio de su desgracia: que de esta suerte la próspera y la adversa suerte nacen la una de la otra. Creyó Viriato haber llegado al colmo de la prosperidad , y que era llegado el día de mostrarse generoso con el romano , y sentar con él paces sólidas. ¿No habia sido Masinisa , debió pensar , enemigo de Roma , y sin embargo vivió después con ella en estrecha alianza? De esta suerte afianzaria á su ver la nacionalidad portuguesa , y el establecimiento de su dinastía. Entró , pues , en tratos con Serviliano , firmó paz con él para llamarse amigo del pueblo romano , y permitió que se salvase un ejército enemigo que estaba á punto de pasar bajo unas nuevas horcas Caudinas. Ignoraba que el romano no podia dejar sin venganza los triunfos de sus contrarios. Y al mismo tiempo desconoció en el apogeo de su gloria el carácter de la guerra que venia sosteniendo contra Roma , y á la cual no podian poner término los tratados , sino la completa retirada de los invasores de nuestra península , ó el avasallamiento de sus moradores. Ni obtuvo la amistad de Roma , ni pudo impedir que los suyos viesen en su generosidad para con el romano una idea de transaccion que no podia hallar eco en España.

En el año 140 Serviliano vuelve á Roma. No viene un simple pretor á la España Ulterior, apesar de que la paz está hecha, sino un cónsul, que lleva sin duda instrucciones secretas del senado. Quinto Servilio Cepion, otro hermano de Serviliano, es el cónsul que desembarca en la península, acaudillando un nuevo y poderoso ejército. Primero obtiene del senado poderes para romper por bajo cuerda el anterior tratado, espoleando al lusitano hasta obligarle á caer en falta. Pero luego hace que le faculten para dar por nula la paz firmada, y tratar á Viriato como enemigo (1). Pocas veces Roma dió de su carácter unas mas degradantes muestras. Fiado en los tratados, habia disminuido Viriato el número de sus tropas. Cepion se echa sobre la ciudad de Arsa, la cerca y la conquista. El mismo Viriato es perseguido hasta la Carpetania; y en ella, para poner á salvo su ejército, tiene que acudir á uno de sus ardidés. Preséntase á Cepion en órden de batalla; y luego, como lo hizo con Vetilio, dispersa sus tropas, dándolas un punto de reunion, y burla al romano. Despechado este se echa sobre los vetones y los calaicos, dice Apiano, y devasta sus campos. Entónces consumó Cepion la hazaña que venia meditando desde Roma. Háblele mandado Viriato tres parlamentarios, Audaz, Ditalcon y Minuro. Comprólos Cepion, y les indujo á que diesen muerte al lusitano, y luego trabajasen para obtener la sumision de su ejército. Lo primero les fué muy fácil, pues á nadie negaba Viriato la entrada en su tienda; y entrando en ella de noche, le asesinaron. Alguno de ellos huyó; otro aparentó quizás el mayor sentimiento, acompañó á los soldados en la expresion de su dolor, excitó á los mas ardientes partidarios del difunto caudillo á que lidiasen en torno

(1) Apiano, Iber. 70.

de su pira hasta sacrificarse á sus manes , y por último dirigió la nueva eleccion de jefe, é hizo que recayese en cierto Tántalo que se echó temeraria ó traidoramente hácia los suesetanos (1), y puso en tal situacion y punto á los lusitanos que hubieron de aceptar de Cepion una paz y sumision deshonrosa vendida á precio de tierras que les fueron entregadas. De esta suerte Viriato, como dice Valerio Máximo, fué asesinado porque no pudo ser vencido. Habia humillado á nueve generales romanos, destruido ó quebrantado otros tantos ejércitos, ganado brillantes victorias, reanimado el espíritu de la independenciam entre los iberos, y encendido la famosa guerra numantina como complemento digno de la Lusitánica.

Fáltanos mencionar algunos rasgos de su vida conservados en los fragmentos de Diodoro Sículo y otros autores. Dedicábase á toda clase de ejercicios, comia y bebía poco, y dormía solo el tiempo necesario para restaurar sus fuerzas. Ningun jefe fué mas justo que él en la reparticion del botin tomado al enemigo. Primero reservaba lo conveniente para recompensar el mérito, y de lo restante entraba en la parte como los demás, pues eran reputados bienes comunes los ganados en la guerra. No fué solamente un guerrillero famoso, sino un general consumado en la estrategia. Cuéntase que el dia de sus bodas, apoyado en su lanza, contemplaba, nó con admiracion, ni sorpresa siquiera, sino con cierto aire de desprecio, la multitud de copas de oro y plata, y las ricas telas con que la familia de su novia habia adornado la sala del banquete. Afirma estas circunstancias Diodoro Sículo en el libro xxxiii, y añade que habló de muchas cosas con un sentido práctico excelente. Dijo que á

(1) Ib. Iber. 75.

la ingratitud no le faltaban jamás pretextos , y que era locura apeгarse demasiado á los bienes de una fortuna inconstante. Miró en torno suyo , é indicó que las grandes riquezas que ostentaba su suegro estaban todas á merced del que supiese manejar una lanza : pues el hierro era el árbitro y señor del mundo. Los convidados tomaron un baño y se acercaron á las mesas ; Viriato no los imitó ; tomó de los manjares únicamente lo mas necesario , pan y carne , y lo repartió entre los que formaban su comitiva. Comió muy parcamente segun su costumbre. Para él la mayor riqueza consistia en estar contento ; y decia que la libertad era la verdadera patria del hombre , y el valor su mejor hacienda. Sencillo y lleno de naturalidad en sus coloquios , viendo la ostentacion de riquezas hecha por su suegro Astolpas , le preguntó ¿ cómo era posible que los romanos se hubiesen abstenido de arrebatarle el oro y la plata que ponía á su vista ? Respondió Astolpas que si los romanos codiciaban su patrimonio, hasta entónces no se habian atrevido á arrebatarlo. No me arrebatarán el mio, cuyo metal es el hierro, árbitro del oro, repuso Viriato. Finido el banquete, compareció la novia. Calla aquí Diodoro los sacrificios que entales cosas se hacian entre los iberos; pero dice que, terminadas las ceremonias del matrimonio, Viriato colocó á su jóven esposa en una caballería , y se la llevó consigo al monte. Sus respuestas eran claras y concisas como las de quien está ejercitado en la virtud. Los habitantes de cierta ciudad , por nombre Ticca , eran muy inconstantes , y se declaraban ya por él, ya por el romano , segun como las marchas, las retiradas, las ventajas ó los descalabros , acercaban á sus muros á uno ú otro de los combatientes. Viriato les refirió un dia con mucha flema la fábula de aquel hombre que se casó con una

jóven y con una vieja, y á quien una arrancaba los cabellos blancos y otra los negros, hasta dejarle sin ninguno : « los romanos, añadió, acabarán con vuestros jóvenes, y los lusitanos con vuestros ancianos ; y Ticca quedará desierta. » Los que creen que Viriato, además de haber vencido á los generales romanos de quienes dejamos hecha mencion, sostuvo tambien una campaña contra cierto Popilio, que despues fué cónsul, se apoyan en el mismo Diodoro Siculo (1), quien afirma que Popilio y Viriato tuvieron una entrevista, y que en ella el romano se esforzaba en dictar el tratado artículo por artículo, temeroso de que al lusitano no le pareciese preferible á su conjunto la guerra. Apiano llama á Viriato, primero entre los suyos por el valor, el mas pronto en arrostrar toda clase de penalidades y peligros, y el mas equitativo en la distribucion de los despojos : y añade que en los muchos años que sostuvo la guerra contra Roma (2), á pesar de contar en el número de sus tropas multitud de gentes de varias comarcas, no tuvo que reprimir jamás ni un conato de sedicion, antes halló siempre sus huestes dispuestas á obedecerle. Decia que las amenazas eran voces pueriles, y que la verdadera amenaza consistia en las propias acciones, y nacia de ellas. La muerte alcanzada en los combates le parecia la mayor de las dichas, así como nada á su ver era mas mísero y degradante que la servidumbre. Para él el alma era quien debia resistir á las fatigas, robusteciendo la debilidad del cuerpo. De los romanos acostumbraba á decir que su venganza era implacable con los enemigos capaces de resistirles, y su clemencia cuanto mas blanda mas ignominiosa para los sometidos. Detiénese Dio-

(1) Excerpt, Vatican. p. 98.

(2) Apiano, Iber. 75. Este autor dice aqui ocho años; en otra ocasion dijo por error tres; en ambas debió decir once.

doro (1) en describir los magníficos funerales hechos al héroe lusitano. Doscientos pares de gladiadores lidiaron sobre su sepulcro. Apiano dice que sus restos fueron quemados en una alta pira. Es decir que los iberos habían abandonado ya muchas de sus antiguas costumbres, é imitado las de los romanos. Y viendo que estos honraban los cadáveres entregándolos á las llamas, y tomaban por demostraciones de dolor el derramamiento de sangre en torno de aquellos restos pulverizados, hicieron lo mismo alrededor de los de su caudillo. Apellidábanle entre lágrimas y sollozos el valiente entre los valientes, el jefe modelo de prevision, el general mas amado de sus soldados. Contaban cómo repartía generosamente entre los mas bizarros la parte que le había tocado en los despojos de la guerra; y cómo huía de los placeres afeminados que estragan el cuerpo y enervan la inteligencia. Ningun otro como él supo ocultar sus designios al enemigo, descubrir los del contrario, poner de su parte las eventualidades, y sacar partido de todos los azares. Sabia hacer cruzar sin peligro sus tropas por en medio de los destacamentos enemigos; retirarse y salir ileso de unas posiciones difíciles, preparar emboscadas, burlar las del enemigo, resistir á las provocaciones de combate en momentos inoportunos, excitar el entusiasmo de los suyos en la hora conveniente, elegir tiempo, órden y campo de batalla, disipar en sus soldados todo recelo, turbar las mejores disposiciones del contrario, y llevar en derrota al enemigo de tal suerte, que ni la propia desesperacion pudiese darle brios. Nos formaríamos una mala idea de Viriato y de sus tropas, si considerásemos á aquel como un mero guerrillero, amigo de sorpresas, incansable en las marchas, y dado únicamente

(1) Excerpt. de *Virt. et Vit.* p. 397 y 398.

á sacar partido de la astucia. Las batallas que ganó demuestran por el contrario que hizo un estudio profundo de las instituciones militares y arrebató á los romanos todos sus secretos en la ciencia de las armas. Supo conocer los que eran mas aptos para la guerra; ejercitaba sus soldados en el paso, en el salto, en la carrera, en la natacion tal vez; presidia á los ejercicios en que se les enseñaba á hérir al enemigo de corte y de punta, á lanzar piedras, dardos y falaricas, á llevar peso, á saber formar el campo y atrincherarle aun á vista del enemigo, y á conservar el mismo órden y disciplina en el avance y en la retirada. Muy pocos generales le han igualado en la vigilancia con que miraba por la salvacion de su ejército, y le procuraba vituallas y pertrechos. Modelo de firmeza de alma, entusiasta por la disciplina, amigo del desinterés y de la templanza, todos los autores están llenos de alabanzas suyas. Segun todos ellos Viriato fué la personificacion de todas las prendas militares de los antiguos iberos. No se cuenta de él ni un acto de crueldad, y sí uno de moderacion admirable, pues pudiendo destruir todo un ejército romano, prefirió tener la gloria de salvarle dictando condiciones de paz á sus orgullosos enemigos. Sus mejores máximas consistian en no exponer sus soldados á los tiros del enemigo sin haberlos ejercitado en los cuarteles, no dar batalla sin haber tentado escaramuzas, no dar parte de sus planes á nadie, tener siempre una reserva, no perder en la inaccion el fruto de los ejercicios, dar asombro al enemigo con novedades, deliberar por último en público lo que conviene hacer, pero decidir y determinar á solas lo que conviene obrar. La maldad del senado romano, y de Cépion, ejecutor de sus voluntades, ha añadido quilates á la reputacion de Viriato, pues

Floro y Valerio Máximo están en lo justo diciendo que fué asesinado el que no pudo ser vencido.

CAPÍTULO VIII. Guerras de la independencia sostenidas por los numantinos; y destrucción de Numancia.

DE 140 A 133 ANTES DE CRISTO.

Numancia ha tenido el privilegio de llamar por espacio de ocho años la atención del mundo. No era una ciudad que como Roma desease sacrificar á su ferocidad y á su avaricia los pueblos todos de la tierra; nó una república cuyos augures, pontífices, senado y cónsules se creían llamados á sojuzgar los imperios y á hacer escarnio de los reyes del orbe; nó una nación poderosa, rica, floreciente, adelantada en aquella civilización que consiste en sembrar por todas partes escombros y tiranías, ó en aquellas artes de la paz que excitan la rivalidad y la envidia de los extraños: era una población de treinta mil habitantes, que apenas podía poner en campaña ocho mil hombres, y cuya única riqueza consistía en un valor indomable. Algunos autores, Estrabon en su número (1), ponen su situación en los arevacos; muy pocos en los pelendones. Bañábala el Duero. Sita en el corazón de la península, puede decirse que en ella hervía la sangre mas generosa de la Iberia. Ningun autor menciona en ella templos suntuosos, edificios admirables, aparatos de la opulencia: todo en ella indicaba sencillez, parsimonia y pobreza. Floro dice que no tenia torres ni murallas (2). Pablo Orosio habla de su ciudadela; Apiano de sus defensas; Estrabon de su fuerte (3). Es probable que no seria tan ex-

(1) Estrabon, Geog. lib. III, cap. 4, fol. 162.

(2) Floro, lib. II, cap. 7, dice: «sine muro, sine turribus.»

(3) Estrabon, lugar citado.

cesiva la confianza puesta en su propio denuedo que la hiciese abandonar toda medida de prevencion prudente. Gozaba de una reputacion envidiable ; y si hubiese sido posible aunar las voluntades de las tribus aisladas que moraban en nuestra Iberia , Numancia hubiera sido digna de representarlas y dirigir las. La Providencia lo habia dispuesto de otra suerte. Buenas todas ellas en la lid , ardientes , magnánimas , una sola virtud les faltó siempre , la de la union con que debieron formar alianzas para repeler á los extraños. Divididas , las faltó la fuerza. De escalon en escalon , una por una , el romano se iba haciendo árbitro de sus destinos. Ya dijimos al contar la ruina de Sagunto , que no fué Anibal solamente quien la venció , sino los mismos iberos. Desgraciadamente lo mismo hay que decir de Numancia. Solo que Sagunto confió hasta su postrer suspiro en el auxilio de un extranjero ; y Numancia sucumbió maldiciendo á los extraños , y martillado cruelmente el pecho , viendo á los propios aunados con los invasores para echar por tierra el mas grande de los trofeos ibéricos.

Desde los tiempos de Marcelo en el año 152 deseaba Roma la destruccion de Numancia , resentida de que hallasen en ella asilo y defensa los segedanos. Tampoco podia el senado romano perdonar á los enviados numantinos la noble sencillez con que delante de él hablaron de los combates en que no habian sido vencidos. Ya Escipion opinó entónces que debia declararse á los arevacos una lucha á muerte. La tercera guerra púnica , el deseo de dejar arrasada la ciudad de Cartago antes de encender nuevas lides , y sobre todo la necesidad de hacer frente á un general tan temible como Viriato , hicieron atesorar el odio contra Numancia , y reservar su explosion para dias mas oportunos. La ocasion era

ya llegada, y no podia ser mas propicia. Llena de terror la Lusitania por la muerte de su héroe mas ilustre; esclava de Roma la mitad de la península, desde Emporias hasta el Promontorio Sacro; sojuzgados los moradores de las cuencas del Ebro, y del Guadalquivir; y encastillada la dominacion romana en una parte de la Iberia Central: aspiraba ya el pueblo rey á hacer suyas las cuencas inferiores y superiores del Tajo y del Duero, y á acercarse á esos cántabros, astures y gallegos que oia citar como los últimos baluartes de la independencia ibérica. El África, el Asia, y la mayor parte de la Europa conocian ya á Roma, y aunque la odiasen por sus invasiones materiales y morales, la acataban y temian. Ninguna coyuntura mas favorable para hacer sentir todo el peso de su indignacion al numantino que se atrevia á negar la omnipotencia romana.

Vimos ya que en el año de 141 entregó Quinto Cecilio Metelo á su sucesor en el mando Quinto Pompeyo, un ejército romano compuesto de treinta mil infantes y dos mil caballos. Lo que hizo por el pronto el nuevo general fué convencerse de que no era tan fácil como lo creia Roma someter á los numantinos. Adelantóse contra Numancia el año siguiente 140; pero tuvo que retirarse perdida mucha gente. Hizo un amago sobre Termancia, otra ciudad que aspiraba á vivir libre é independiente. Saliéronle al encuentro los termantinos. En la primera acometida perdió setecientos hombres, segun Apiano, Iber. 77. Acudió contra los termantinos todo el grueso del ejército, y se retiraron; pero siguiéndolos el romano le llevaron por unos despeñaderos en los cuales perdió mucha gente. Pasó el ejército una noche espantosa. Los termantinos le acometieron al amanecer, y duró el combate hasta que la noche volvió á separar á los

combatientes. Nadie había salido victorioso ; pero Pompeyo retrocedió y puso sitio á la ciudad de Malia. Dentro había guarnicion de numantinos, alguno dice que á peticion de los mismos malianos , y otros dicen que por pertenecer Malia á la jurisdiccion de Numancia. En ella apareció claramente la division intestina entre los iberos, con que contaba Roma para vencerlos. Los de Malia, dice Apiano, asesinaron á los numantinos, y entregaron la plaza. Otros afirman que los numantinos y los malianos vinieron á las manos, y que en lo mas fuerte del conflicto Pompeyo asaltó la ciudad, la tomó, pasó sus moradores á cuchillo, y únicamente perdonó á doscientos numantinos, resto del presidio que en ella habia. Aquel autor solo dice que el romano desarmó á los habitantes, se llevó rehenes, y pasó á los sedetanos en persecucion de cierto Tangino que devastaba la comarca. Vencióle y capturó á muchos de sus soldados, á quienes redujo á cautiverio : pero ninguno de ellos se avino á perder la libertad, antes se suicidaron, ó mataron á sus compradores, horadando y sumergiendo las naves en que los llevaban. Mas animoso, vuelve Pompeyo á Numancia, y trata de dar otro cauce al Duero para que por él no puedan recibir socorros los numantinos ; pero estos se dan tal maña en acosar á sus contrarios, envolverlos por todas partes y hostilizarlos á todas horas, que al fin los ahuyentan, y los encierran en sus reales. El que se atreve á salir de ellos es víctima. El tribuno Oppio y sus soldados, que lo intentan, caen los primeros; un destacamento de cuatrocientos hombres sufre la misma suerte. Lléganle á Pompeyo refuerzos para poder suplir sus bajas y las de los veteranos que habian terminado los años de servicio ; pero no se atreve á adelantar ni á retroceder, y pasa acampado el invierno. Sentia amargamente haber te-

nido que soportar tales sinsabores , y le parecia que un invierno pasado en los reales era bastante para borrarlos. Entónces tuvo que lidiar con la nieve , los hielos , un frio intenso , la mala calidad de los alimentos , y con un enemigo cada vez mas audaz é irresistible. Si no salia de los reales le abochornaban ; si salia , de tres soldados apenas volvia uno. Si enviaba tropas á forrajear , muy luego le llegaba la noticia de que habian caído en una emboscada. Conoció Pompeyo que estaba perdido si no entraba en tratos con los numantinos. Hizo , pues , lo que Fabio Máximo Serviliano habia hecho con Viriato : sentar paces con los numantinos ; y estos hicieron con él lo que con Serviliano hizo el lusitano : mostrarse generosos y dar retirada libre al romano. Se ve que era innata entre los iberos la magnanimidad de quien no aspira á abusar de su poder , sino á ganar la estimacion del enemigo. Apiano da á entender que Pompeyo aconsejó á los numantinos que cubriesen ciertas formalidades , para que esta vez el senado no anulase la paz ; y así decian por lo alto que dejaban su suerte al arbitrio de Roma , pues nada pedian que fuese contrario á la dignidad del pueblo romano ; devolvieron los prisioneros y los desertores , dieron rehenes , y pagaron públicamente quince talentos de plata , mitad de los concertados con Pompeyo : pero por lo bajo sabian que sus atenciones nacia de su propia fortaleza.

Entretúvolos así Pompeyo hasta que en el año 139 llegó de Roma con nuevo ejército el cónsul Popilio para sucederle en el mando de la España Citerior , y tomar tambien el de la Ulterior. Entónces , al miedo que habia cobrado á los numantinos , dice Apiano , Iber. 79 , sucedió en él la vergüenza de haber firmado una paz ignominiosa sin consentimiento de Roma ; por lo que negó que hubiese dado á

ella su asentimiento. Á su modo de ver no habia hecho mas que acudir á un ardid de guerra para ganar tiempo mientras venia Popilio. Mas nobles y mas sencillos los de Numancia tomaron á pecho el probar que habian mediado paces y que sus condiciones habian sido cumplidas. Nada mas original que ese pleito de nueva especie promovido entre dos enemigos de los cuales uno lo tomaba todo á broma y el otro por lo serio. Popilio entendió por lo visto que tambien le convenia ganar tiempo, para prevenirse contra un enemigo esforzado: y dispuso que Pompeyo y los enviados numantinos fuésen á ventilar la cuestion ante el senado romano. Este dió por nula la paz. Popilio no se atrevió á mover sus tropas contra los numantinos sin haber antes puesto á raya á las tribus de los lusones. Estrabon y Apiano nombran á estos pueblos de quienes los demás autores no nos dan noticias. El primero, lib. III, cap. 4, fija su situacion en el nacimiento del Tajo, al oriente; el segundo, Iber. 79, dice que eran vecinos de los de Numancia.

Ignórase si fué muy afortunado Popilio entre los lusones; lo único de que hay noticia es que, prorogado en 138 su mando en España como proconsular, intentó contra los numantinos una expedicion poco afortunada. Á la sazón Decio Junio Bruto, cónsul este año, tomó el mando de las tropas romanas en la España Ulterior, y aun se dice que echó los cimientos de Valencia del Miño. Se ha dado alguna celebridad en las historias á ese Decio Junio Bruto, ya porque sus hechos en España están rodeados de misterio, ya porque hay presuncion de que le fué prorogado por diez y siete años su mando en la Ulterior, cosa que indica algun mérito suyo, y ya por fin porque se cree que descubrió en nuestra península unas comarcas hasta entónces desconocidas.

En el año 137 le hallamos de procónsul recorriendo la cuenca inferior del Tajo, la del Duero, devastando la comarca, haciendo penetrar entre hierro y fuego la llamada civilización romana, y cubriendo de cadáveres y ruínas unos campos cultivados y fecundos. Floro dice en todo el lleno de su pompa que Bruto cruzó con sus tropas el río del Olvido, que es el Limia, ó Leteo, ante cuyas aguas los romanos se sintieron sobrecogidos de un terror religioso, pues creían que cruzándole perderían la memoria de las acciones pasadas. Pero Bruto tomó impávido una enseña y se echó al agua el primero. De esta campaña, como de cosa distante y poco probada, se cuentan maravillas. Ya es un ejército de sesenta mil hombres quien se opone al romano, como para cubrir la Galicia con una muralla viviente; ya son unas mujeres animosas, amazonas intrépidas que luchan por la independencia de su patria, y antes de avenirse con la servidumbre matan á sus propios hijos, y mueren ellas sin dar voces de dolor, ni exhalar una queja: pero Bruto todo lo vence, arrostra peligros, supera obstáculos, y enseña á aquellos moradores á pronunciar con terror el nombre de Roma. Así lo explican los romanos; aunque también confiesan el temblor que se apoderó de los soldados al pasar el Limia, y el espanto con que todos ellos presenciaron desde las orillas del Atlántico la magestad con que el sol, aumentando su disco, se bañaba en el vasto Océano. Todos ellos creían, según Posidonio citado por Estrabon, que el sol caía en el mar dando una especie de quejido semejante al de un hierro candente al metérsele en el agua. Epicuro opinaba en verdad que aquel astro era una enorme masa de hierro inflamada; Metrodoro y Demócrito no tenían ideas mas claras sobre la naturaleza del sol; y Heráclito era de opinion que se

apagaba en el acto del ocaso, y volvía á encenderse en el momento del orto. No debe, pues, parecernos muy exajerado lo que dice Floro de que los romanos creyeron haber cometido un sacrilegio sorprendiendo los arcanos de Apolo cuando se despojaba de sus rayos para hundirse en el Atlántico. La narracion de esta circunstancia dió mas renombre á Decio Junio Bruto que todas sus hazañas.

El cónsul Cayo Hostilio Mancino, hechas antes numerosas levadas, se habia venido para España con ánimo de no dejar en Numancia piedra sobre piedra. Despreciador de los ritos vanos de los augures y pontífices de su tiempo, no se inmutó porque los pollos sagrados se hubiesen echado á volar al ir á ser sacrificados; ni hizo mas que sonreirse cuando alguno de los dependientes del augur, para alarmar á los soldados, gritó con voz fatídica al verlos embarcarse, « detente, Mancino. » Dificil era burlarse impunemente de los augures romanos, minado como tenian el senado, y el ejército. Atando estos cabos se viene en conocimiento y se explica la historia de Mancino. Llegado á la Citerior el arrogante cónsul, se puso en campaña contra los numantinos, y tuvo con ellos, dice Apiano, nó uno solo sino muchos encuentros, pero todos ellos desgraciados. Los impávidos numantinos, sin que pareciese una temeridad su denuedo, esperaban á pié firme al cónsul, allí en donde no podia desplegar sus huestes, sino lidiar confusa y atropelladamente. En tales combates perdió mucha gente, y por último se vió obligado, como le sucedió á Popilio, á encerrarse en sus reales. Ni aun en ellos se creyó seguro. Una voz alarmó á sus soldados al embarcarse, diciendo, « detente; » otra voz los llenó de espanto ahora, diciendo, « huye, Mancino, huye. » De repente corre la voz de que los cántabros y los vacceos bajan de las cordilleras

para caer sobre los romanos desprovistos. El general se ha enemistado con los dioses y ha atraído una maldición sobre el ejército. Cada soldado cree tener sobre sí á alguno de aquellos terribles cántabros, de quienes se habla ya como de unas tribus fieras é indómitas; y cada uno de ellos cree que pronuncian á su oído aquella voz de salvación que hiela la sangre en las venas, « huye, huye. » Mancino y los suyos huyeron en el silencio de la noche, sin guías que los encaminasen, sin orden en la marcha, llevados únicamente de la idea de ponerse en salvo. No imperaba allí la disciplina; ninguna voz de mando era atendida. Diseminadas las legiones, mezclados infantes y ginetes, y las tropas ligeras con las pesadas, en una sola cosa se conocía que formaban ejército, y era en lo compacto de aquella masa que se deslizaba en la obscuridad como temerosa de su propia sombra. Si la misma diligencia que pusieron en huir la hubiesen puesto animosos en ir á dar una sorpresa á los numantinos, podían haberse cubierto de gloria aquella noche que fué para ellos de ignominia. Al amanecer creyeron haberse salvado, y ya iban á prorumpir en una aclamación de júbilo, cuando el sol tendió sus rayos sobre esa falange temblorosa, y la llenó de consternación y abatimiento. Habían huido en efecto; habían abandonado los reales en donde podían defenderse meses enteros contra un ejército numeroso; habían hecho una marcha rápida, atrevida, asombrosa, cruzando un país enemigo: pero no habían conseguido otra cosa que salvarse de una fantasma, y caer en una realidad tremenda. Se hallaban en país desierto, metidos en una estrecha garganta, alrededor de la cual formaban anfiteatro unas escarpadas colinas en cuya cima parecían haber tomado cuerpo los espectros que los persiguieron durante la noche. Pero

no eran vacceos ni cántabros los que los miraban asestando contra ellos sus armas: eran los odiados numantinos. Nada es comparable á la desolacion que se vió pintada en los semblantes de los míseros romanos. « Deteneos, parecian decirles aquellos terribles enemigos, deteneos; » como para dar cumplimiento á aquella pavorosa profecía. Mancino esta vez se detuvo. Miró en torno suyo, y no vió salvacion para su ejército, ni en la fuga, que era de todo punto imposible, ni en el combate del cual le disuadian la aspereza del lugar, las inexpugnables posiciones tomadas por el enemigo, y sobre todo el terror que veia impreso en el semblante de los suyos. Depuesto el orgullo que le daba la toga consular, entró desde luego en tratos con los numantinos. Las condiciones de la paz, dice Apiano, fueron equitativas para Numancia y para Roma. Aurelio Víctor afirma que antes de firmarse la paz hubo una batalla reñida en la cual murieron veinte mil romanos, de los cuarenta mil de que constaba su ejército, y dice que fué casual el encuentro con los cuatro mil numantinos que derrotaron á Mancino. Es mas verosímil la opinion de Apiano. No era tan despreciable el ejército romano que pudiesen los numantinos estar libres de zozobra; ni eran tan descuidados estos que, á la vista del enemigo, puestas en campaña activa, dejasen de vigilar los menores movimientos del contrario. Instruidos de su retirada los siguieron, y no los hostilizaron hasta tenerlos en el punto y coyuntura convenientes. El autor del Epítome de los libros que faltan de Livio, reduce á treinta mil hombres el número de los romanos que pasaron por esas nuevas horcas caudinas firmando una paz ignominiosa. Fuesen treinta ó cuarenta mil, creemos con Apiano que la mayor ignominia para Roma fué la circunstancia de no haber habido efusion de

sangre , sino unas disposiciones admirables de parte de los numantinos para impedir todo movimiento por parte del romano. Al contrario, si este hubiese perdido antes de firmar la paz veinte mil hombres, no habia ya deshonra en su vencimiento. No bien llegó á Roma la noticia de tan infausto suceso, estremeciósé de indignacion el pueblo rey , y pidió contra el cónsul , que habia presidido á semejante afrenta , un castigo ignominioso. Recordaban la severidad con que cerca de doscientos años antes habia sido castigada la cobardía de los que hicieron con los samnitas lo mismo que ahora practicó Mancino con los numantinos. Los augures, llegada la hora de su venganza contra el menospreciador de sus ritus , espoleaban al pueblo y al senado para que no dejasen impune á Mancino. El cónsul Emilio Lépido recibió orden de trasladarse á España con nuevo ejército; Mancino fué relevado del mando y de su dignidad, y se le mandó comparecer ante el senado. Siguiéronle algunos diputados numantinos, como lo habian hecho ya en tiempo de Marcelo en el año 152, y en el de Quinto Pompeyo recientemente , siempre sin fruto.

Llegado á España Emilio Lépido , mientras esperaba la decision del senado , parecióle insoportable el ocio , ya porque soñase en volver triunfante á Roma , ya porque le excitase , como á todos los romanos , aquella sed de oro á la que un poeta ha llamado hambre sagrada. Movi6 , pues , sus tropas contra los vacceos , achacándoles el haber dado auxilio á los numantinos. Antes habia escrito á Decio Junio Bruto pidiéndole que desde la Ulterior se corriese por los lindes de la Lusitania y cooperase con él para el buen éxito de la campaña. Así lo afirma Apiano , Iber. 80. Sin duda llegó á oídos del senado alguna queja de los pueblos que te-

mian su próxima devastacion y ruina; pues Cinna y Cecilio, dos legados de Roma, presentaron á Emilio Lépido un senado consulto que le impedía llevar la guerra á los vacceos y suscitar á Roma nuevas enemistades cuando tenia sobre sí unós contrarios reputados invencibles. Pero Lépido, encastillado en la cláusula de las instrucciones dadas por Roma á sus generales, de que á su arbitrio quedaba la adopcion de lo mas conveniente, ya que toda la responsabilidad era suya, comenzada la guerra contra los vacceos, respondió que habia mayor peligro para Roma en abandonar la guerra que en seguirla, pues lo primero se tomaria á cobardía, y lo segundo habia de dar buen resultado, seguro como estaba de la cooperacion de Bruto. La nueva guerra consistió en talas, saqueos, incendios, escaramuzas y sorpresas. Emilio buscaba oro, y le dieron hierro. Varias veces salieron triunfantes los vacceos; y al ver el valor con que se defendieron, se hace mas sensible la falta de union que impidió concentrar tanto heroísmo para escarmiento del romano. Pero estaba de Dios que cada tribu ibérica diese de sí y para sí únicamente lo que de mas noble tiene el esfuerzo humano. Ningun destacamento romano podia apartarse del grueso del ejército sin caer en manos de los vacceos. Solo un tribuno, por nombre Flacco, pudo salvar á sus soldados, haciendo eundir entre ellos la falsa nueva de la toma de Palencia, y reanimando así su valor todo el tiempo que necesitó para efectuar una bella retirada. Emilio Lépido habia en efecto puesto sitio á Palencia. Pero esta ciudad, vencedora en 151 de todo un Escipion y un Lúculo, no se amedrentó á la vista de Lépido. Resistió con brio, le tuvo en alguna manera sitiado en su propio campo, no le dió vagar ni para proveerse de leña y víveres, y le hizo sufrir en los

reales todos los horrores del hambre con que creyó poder afligir á los palentinos. En vano Decio Junio Bruto acudió al socorro de Emilio Lépidó : la misma suerte cupo á entrambos generales. Los que se habian envanecido de haber penetrado en Galicia, cruzado el rio del Olvido, sembrado las márgenes del Tajo, del Duero y del Miño de cadáveres, y asistido por fin al solemne espectáculo del descendimiento de Apolo en el Océano : en Palencia se sintieron sobrecogidos de espanto, y se dieron por vencidos. Apretaba el hambre ; los caballos morian á centenares ; enfermaba el soldado ; y de un ejército, antes formidable y aguerrido, no quedaba ya mas que una sombra. Bruto y Lépidó emprenden una desastrosa retirada. En mitad de la noche dan la orden de que el ejército esté en marcha antes de romper el alba. Todo se hizo tumultuariamente. Los enfermos y los heridos abrazaban las rodillas de sus camaradas para que no los abandonasen á la merced de un enemigo justamente indignado. La orden estaba dada. La virtud romana respondia en tales casos con aquellas terribles palabras que Paulo Emilio dirigió á Perseo : « en la mano de cada uno está su propia suerte. » Ignórase si los enfermos se suicidaron ó si fueron víctimas. Se sabe sí, por Apiano, Iber. 82, que aquello fué una carnicería de romanos. De dia y de noche los palentinos seguian la pista á Lépidó y Bruto, los acometian por flanco y retaguardia, é iban diezmando incesantemente sus filas. De esta suerte los sacaron de su territorio, y pusieron por el pronto un término á las hostilidades.

Roma hubiera perdonado á Lépidó su desobediencia si hubiese triunfado. Vencido, le quitó el mando, le hizo confundirse entre los ciudadanos mas oscuros, y le condenó al pago de una fuerte multa. Á la sazón se ventilaba en el se-

nado la causa de Mancino y de los numantinos. Alegaban estos que la guerra tenia sus buenos y malos temporales; y que indicaba penuria de magnanimidad ser demasiado exigente en la próspera fortuna, ó mostrarse iracundo y sañudo en la adversa. Guiados por estos principios habian sido generosos con Mancino viéndole desgraciado; y esperaban que imbuido en ellos el romano obraria como quien era. No por esto Numancia se hacia ilusiones sobre sus fuerzas y su poder. Conocia que Roma era una gran república; pero ya que la daba laureles por su fuerza, no podia negárselos por su inteligencia; la cual debia manifestarle que, así como muy cerca de Numancia nacia los tres mas caudalosos rios de la Iberia, así tambien en ella era natural que hallasen la mayor concentracion del brio y del patriotismo ibérico. Convencidos de que Roma era reina del mundo por las armas y por la inteligencia, todo lo esperaban de su equidad y de su justicia, dos prendas sin las cuales la razon se eclipsa y el valor se convierte en crueldad y fiereza. Mancino estuvo muy distante de defenderse con la noble sencillez y grandeza de alma de los numantinos. Dijo que sus descalabros nacia del mal estado en que le habia dejado el ejército su antecesor Popilio. Recordó que el mismo Popilio habia sufrido no menores descalabros que él, y vístose obligado á firmar una paz casi idéntica con la suya. Manifestó que no por haber despreciado los augurios se veia en tal estado; antes creia que si los augurios no le habian sido favorables, era señal de que los dioses, indignados por el rompimiento injusto de la paz firmada por Popilio, no querian que impunemente se faltase á la fé jurada en nombre del pueblo romano. No habia, pues, necesidad de buscar en él una responsabilidad que los mismos dioses, testigos de los augu-

rios , se habian asumido. Harto conocia el senado que Popilio y Mancino corrian á la par en lo culpable ; pero el primero habia sido ya juzgado ; y la indignacion del pueblo y de los augures reclamaba una expiacion y una víctima. Decretó , pues , que á ejemplo de los antepasados , que habian entregado desnudos á los samnitas los jefes del ejército que habian firmado la paz con ellos , de la misma manera Mancino , degradado , tambien desnudo , y atadas por la espalda las manos , fuese entregado á los numantinos. Sentencia que podia traducirse por aquellas breves palabras , « el senado no reconoce otra divisa internacional que la de vencer ó morir en la demanda. »

En el año 136 antes de nuestra era , un cónsul romano , por nombre Publio Furio Filon , vino á España con nuevas legiones ; adelantóse hácia los numantinos , y les soltó , como una presa con que les brindaba , al ex-cónsul Cayo Hostilio Mancino. Los numantinos se negaron á recibirle diciendo que no fué á un cónsul á quien perdonaron la vida , sino un ejército de treinta mil hombres , á quien dieron por la paz paso libre , pudiéndole destruir completamente. Mancino volvió á los reales romanos , y ya no se habla mas de él en la historia. Convencidos por aquel desengaño los numantinos de que su lucha con Roma debia ser una guerra á muerte , impía , inexorable , sin tregua ni respiro , en la que debia echarse el todo por el todo , determinaron no esperar ya otra salvacion que la que naciese de su propio esfuerzo. Los historiadores nada nos dicen de lo que hizo en España Publio Furio Filon ; prueba de que no hizo nada que redundase en honor de Roma. Pero como era un cónsul , venido á la cabeza de tropas aguerridas , hemos de suponer que si no hizo , intentó hacer , y fué desgraciado. Otros creen que los nu-

mantinos tenían la misma costumbre que los moradores de Palencia; se limitaban á defender su territorio, y una vez rechazado el enemigo no se cuidaban ya de perseguirle. Para ellos habia paz mientras no habia invasiones. Pudieron, pues, pasar este año y la mitad del anterior sin hostilidades. La guerra habia afligido en el otoño del año 137 á los vacceos. Tal vez en el 136 las tropas de la Citerior devolvieron á las de la Ulterior la cooperacion que de ellas habian recibido. Dícese que Decio Junio Bruto hizo la guerra á los celtas, gallegos, y lusitanos, tomando las ciudades de Talabriga y de Cinania. Luego la Lusitania ni la Galicia no se habian dado por vencidas, antes renovaban la lucha en cuanto el enemigo volvía á acercarse á sus fronteras. Se cree que por este tiempo Bruto estuvo en Roma, y que luego volvió con mando á la península.

Otro cónsul vino á ella en el año 135. Llamóse Quinto Calpurnio Pison. Acrecentado su ejército con nuevas levas, y creyendo que ya habrian perdido los veteranos el miedo que les infundía Numancia, se encaminó contra esta plaza. Nos faltan noticias de su campaña; pero las pocas que poseemos están contestes en pintar á Calpurnio Pison como otro de los cónsules romanos vencidos por los numantinos. Ni podia ser de otra suerte cuando despues de él recurrió Roma á un remedio extraordinario para acabar la guerra. Tambien se acercó Calpurnio á las fronteras de los palentinos, y, arrebatado de ellas algun botin, primera necesidad para los generales romanos, se retiró entre los carpetanos en donde tomó cuarteles de invierno.

Los numantinos conservaban la opinion de invencibles. Habian obligado á tres cónsules á firmar paces que el senado no aprobó por deshonrosas. Habian arrollado cinco

grandes ejércitos consulares, y reduciéndolos á la impotencia. Las famosas legiones, vencedoras del púnico y del numida, triunfadoras de la falange macedónica que gozaba reputacion de irresistible; sojuzgadoras del lidio, del ilirio, del lacedemonio, del ateniense, y terror del galo: trémulas ante el numantino, apenas se atrevian, como dice Floro, á hacerle cara, y no podian resistir el brillo de su mirada. Esa ciudad, que no adoraba á los dioses romanos, ni quemaba incienso al Jove Capitolino, ni á la diosa madre, ni á la espuma del mar pródiga en sonrisas; que no creia en los augures; ni en los pollos sagrados, ni en adivinaciones impresas en las entrañas de las víctimas; esa ciudad, que daba sangre cuando la pedian oro y plata; que no se movia cuando no la provocaban, pero caia como el rayo contra los agresores que se atrevian á profanar su suelo: les parecia á los romanos una cosa nueva, de la cual no habia memoria en sus anales. ¿Quién les daba á los numantinos tal firmeza de carácter que se atreviesen á resistir uno contra diez romanos? ¿De dónde les venia la fogosidad en la embestida, el brio en la resistencia, y la admirable serenidad en los peligros? Los romanos no acertaban á compararlos con ninguno de sus anteriores enemigos. Si Valerio Máximo cita alguna vez á Cartago y á Numancia juntas, nombra primero al numantino, animoso, terrible, peligroso para la república romana. Lib. v, cap. 3. Ya Marco Porcio Caton no existia, ni era necesario, arrasada Cartago, proferir aquella especie de anatema «destruyamos á Cartago:» pero el pueblo, parodiando en su terror la voz lúgubre de Caton, repetia: «sea destruida Numancia.» Los pueblos á quienes Roma habia vencido, y cuyos reyes ó generales habian adornado los triunfos de los cónsules romanos; las naciones

sojuzgadas que habian perdido sus leyes , magistrados , instituciones , costumbres y franquicias: se preguntaban asombrados , cómo se habian rendido á quien no podia imponer su voluntad á una ciudad sola de esa Iberia tan llena de ciudades. Entónces el senado pasó revista á sus grandes hombres , buscando en ellos á quien pudiese volver por el nombre de esa Roma que iba á ser el escarnio de las gentes si se demoraba su triunfo. Uno solo le pareció el mas grande de todos , y digno de consumir la obra de su venganza. De él habia dicho Caton que « todos los romanos eran sombras vanas , menos Escipion Emiliano. » Pertenece á la familia de los Escipiones tan fatales para la independencia ibérica. Habia hecho sus primeras campañas en nuestra península , y probado al mundo, en Cauca , que era capaz de exterminar los moradores todos de una ciudad , si así le convenia á Roma , aunque para ello fuese necesario apelar á la mas negra perfidia. Crueldad , buenos modos , instintos sanguinarios , dulzura de costumbres , fiereza magnánima , y ternura de sentimientos , todo lo poseia : vicios y virtudes. Si Roma necesita arrasar la ciudad de Cartago , aunque ya no sea temible por yacer postrada y abatida , Escipion Emiliano está ahí que no dejará en ella piedra sobre piedra ni perdonará al jóven , ni al anciano , ni á la madre , ni á la hija , ni á los niños de pecho; y en medio de la general conflagracion que él mismo ha encendido , sabrá derramar lágrimas trayendo á la memoria la destruccion de Troya. Ninguno como él será capaz de sostener el ímpetu de los numantinos, porque es un romano verdadero. Si los numantinos son invictos como las huestes de Aníbal , Escipion imitará á Fabio Máximo y no se batirá con ellos aunque haya de pasar por cobarde á los ojos del mundo. Si es necesario cebarse en

los vencidos, ser altivo é implacable, Escipion lo será cual no lo fueron sus mismos maestros en la crueldad, Lúculo y Galba. Todo puede esperar lo Roma de este grande devastador de pueblos, é incendiario de ciudades. El pueblo rey le da el consulado; los senadores le invitan á pasar á España; y en efecto admite el cargo, toma la direccion de los negocios públicos y se prepara para venir á sembrar ruínas en nuestra Iberia. Dice Apiano, Iber. 84, que Escipion no quiso traer á España mas que soldados voluntarios presentados en número de cuatro mil hombres por varios pueblos y reyes amigos de Roma. Fué, pues, una especie de cruzada la que se armó contra Numancia. Para escolta propia, procuróse Escipion varias cohortes de clientes y allegados, hasta el número de quinientos hombres, á quienes dió el nombre de cohortes de los amigos. Era costumbre en los nuevos generales decir que sus antecesores les habian entregado el ejército en un estado deplorable. Quinto Pompeyo dijo que Quinto Cecilio Metelo le habia dado el mando, nó de un ejército, sino de una confusion de hombres faltos de víveres, armas y disciplina. Marco Popilio atribuyó sus descalabros á la circunstancia de haber recibido de Pompeyo unas legiones buenas para todo menos para sostener el peso de la guerra. Y por último, el desgraciado Cayo Hostilio Mancino echó toda la culpa de sus derrotas á Popilio quien le entregó unas tropas desorganizadas, que habian olvidado toda instruccion militar ó no la habian recibido. Escipion á su vez al tomar el mando de dos ejércitos romanos en nuestra península, año 134, no vió en ellos mas que un cúmulo de insubordinacion, desórdenes, vicios, y abusos. De esta suerte, sin nota de remiso, pudo tomarse todo el tiempo que á su ver era necesario para llevar á cabo su empresa. Si las na-

ciones, admiradas de la tardanza en el triunfo, preguntaban cómo era posible que tardase tanto en vencer á Numancia quien en poco tiempo habia reducido á cenizas la famosa Cartago; Escipion respondia que antes de vencer á los enemigos debia domar las malas costumbres de los propios. Alejó de sus reales la gente inútil, mercaderes, criados, vates, adivinos que auguraban el porvenir, concubinas que enervaban al soldado; y desterró de ellos todo cuanto engendraba la licencia y el desenfreno. No hizo en esto otra cosa que imitar á los numantinos. Si ocho mil iberos habian por espacio de tantos años opuesto un dique á la furia romana, debieronlo á la circunstancia de ser todos ellos unos soldados dignos de su patria. Algunos creen que un general de las prendas del nuevo cónsul no necesitaba mas allá de un par de meses para poner el ejército en estado de batirse. Escipion necesitó un año. Visitó los escombros de Cauca, y los revolvió como para hacer retoñar sus antiguas crueldades. Sus primeras hazañas consistieron en talar los campos, incendiar las mieses, poner sitio á un pueblo indefenso cuyos moradores prefirieron entregarse á las llamas antes que ser esclavos del romano, y tentar una excursion sobre Palencia. Los palentinos, sostenidas algunas refriegas, rechazaron á los romanos vigorosamente, como lo habian hecho ya en tiempos de Lúculo, y en los de Emilio Lépidó. Escipion se convenció de que no bastaban para destruir á Numancia las fuerzas que Roma tenia á sus órdenes, aunque recientemente, á mas de los referidos voluntarios, habia recibido de África doce elefantes de guerra. Volvió pues al tema de ejercitar las tropas, no consentir que pasasen ni un dia en el ocio, tratarlas con severidad llevado de aquella máxima de que el rostro del soldado parece mejor adusto

que risueño , emplearlas en trabajos penosos haciéndolas abrir trincheras y llenarlas , levantar murallas y derruirlas, dar en fin robustez al cuerpo por medio de la fatiga , y temple mas recio al alma por entre las privaciones y rigores. Acostumbrólas á andar de noche, á abrir pozos allí en donde se detenía para plantar los reales, á llamarlas á las armas en ocasiones desusadas , y á mantenerlas á todas horas en una vigilancia continua. Si los numantinos , deseosos de probar los brios del nuevo general , le provocaban á combate, Escipion se retiraba. Si le hostilizaban y le acosaban de obra y de palabra , dirigiendo á sus huestes aquellos dictérios que hacen subir los colores á la cara , Escipion se mantenía frio, imparable , inmóvil y mudo ante las amenazas y las injurias. Visto que no podía arrancar del corazon de los romanos el espanto que en él habian metido los numantinos , apeló á los mismos iberos , dolor causa el decirlo , para acabar con aquellos terribles enemigos.

Despréndese de Apiano , Iber. 90 y 92 , que , venido el año 133 antes de nuestra era , llamó Escipion en su auxilio á sus aliados peninsulares , prescribiendo á cada pueblo el número y la calidad de los soldados que debía enviarle. Reunidos sesenta mil hombres se acercó temblando á Numancia. En todas partes creían sus huestes ver levantarse la sombra de aquellos nuevos titanes que vencían á las legiones y á los cónsules con una facilidad inaudita. Los susurros del viento en el monte , les parecían las voces amenazadoras de aquellos enemigos formidables. Los romanos se adelantaban llenos de terror por unas veredas en donde á cada paso tropezaban con el esqueleto de algun hermano. Los iberos sentían en el alma la confusion que nace de una mala causa , y si así como unas tribus á otras se aborrecían,

hubiesen podido entenderse, aliarse, y estrechar sus corazones, lo primero que hicieran fuera cortar de raíz el germen de aquella guerra sacrílega, y volver de mancomun sus iras contra los invasores. Pero Escipion tenia bien inculcado aquel principio de « alistar cien enemigos y formar con ellos un amigo » y sabia practicarle. Avista por fin las tapias que cercan á la odiada enemiga de Roma. No hay aquí defensas, ni una posicion inexpugnable, ni vastos edificios, ni monumentos que denoten una ciudad opulenta. Es pobre su aspecto, y no se sabe qué cosa va á buscar un ejército allí en donde no puede haber despojos. Tampoco se concibe cómo puede temer la resistencia de un pueblo casi indefenso un sitiador poderoso. Escipion la teme. No da la orden de acometer, sino de ponerse en guarda. No son los sitiados los que trabajan en rodearse de fortificaciones, ó acudir á ellas y repararlas; el sitiador es quien se rodea de muro, castillo, valladar y foso. Al menor movimiento que se observa en Numancia, si es de dia, al momento se ven flotar en el aire cien banderolas rojas que marcan la línea del campo romano en señal de peligro; y si es de noche, una multitud de hogueras difunden la alarma para acudir á la defensa. No se trata de acometer, embestir, abrir brechas, dar asaltos, y lidiar por el honor romano; lo que quiere Escipion es no combatir, ni derramar sangre, ni perder un solo hombre, sino formar en torno de Numancia un círculo de fortificaciones, quitarla el agua, los alimentos, el aire si es posible, para acabar con ella sin riesgo propio. No basta un foso ni una línea de defensas para ponerse á cubierto de los bríos del numantino: Escipion manda abrir otro foso, y construir otro muro para curar de terrores á los suyos. Y en cada muralla se levantan

torres á la distancia de ciento veinte piés una de otra para defenderla y tener atalayas. Aquí no hay guerra; hay solamente la sed de exterminio que devora al romano, y que este quiere apagar sin peligro. Si hay junto á la ciudad una laguna que impida levantar muro, se formará en torno de ella un terraplen que pondrá á los sitiadores á cubierto de toda embestida. Si por el rio algunas barcas ligeras traen vituallas á los sitiados, muy presto construirá Escipion dos torres, en entrambas orillas, y pondrá impedimento sobre impedimento para que los numantinos no puedan esperar por este lado ningun socorro. Treinta mil hombres defendian las murallas y las torres de los sitiadores; veinte mil estaban dispuestos á dar auxilio á quien le necesitase; diez mil habian sido destinados á la custodia de convoyes. No bien los numantinos acometian por algun lado á los romanos, pronto se daban las señas convenidas, y los veinte mil hombres acudian á la defensa del punto amenazado. Al principio de la guerra, guiaba á los numantinos su jefe Megara, que los condujo siempre á la victoria: pero ya no se habla de él en este año 133. Menciónase sí el heroismo de Retógenes, por sobrenombre Caraunio, quien halló medio en una noche obscura de escalar los muros del sitiador, cruzar el Duero, dando muerte á algunos centinelas, y dirigirse seguido de cinco amigos á varios pueblos de los arevacos, pidiéndoles auxilio. Algunos se lo negaron, pues los mas tenian tropas en el campo de los sitiadores. La juventud de uno de ellos, el de Lutia, se mostró dispuesta á auxiliar á los numantinos. Sus padres lo saben, se alarman, avisan á Escipion á fin de que procure gubernativamente calmar aquella efervescencia. El feroz romano toma sus mejores tropas, se encamina á Lutia, la cerca, pide que le sean en-

tregados los jóvenes so pena de ser pasada la ciudad á cuchillo; y cuando los tiene en su poder en número de cuatrocientos, les hace cortar las manos, y de esta suerte vuelve los hijos á sus padres que le avisaron, creyendo tratar con un general, nó con una pantera.

Ya el hambre ha penetrado en Numancia. Algunos diputados de la ciudad, uno de ellos Avaro, desean conocer la intencion del jefe enemigo, y le preguntan qué condiciones pide para sentar paces. Respóndeles que Numancia se entregue á merced del romano. No bien oida esta respuesta, los numantinos dan muerte á los que se la han transmitido, como reos del delito de creer que un numantino pueda ser esclavo. Los mas valientes quieren cruzar el Duero, á imitacion de Retógenes, é ir á buscar otra patria en los cántabros; pero las numantinas se lo impiden, y los deciden á vencer ó á morir á su lado. Entónces tuvo lugar aquella tremenda salida en la cual los numantinos echaron el resto de su denuedo, escalaron muros, ganaron torres, y estuvieron á punto de sembrar la confusion en el campo enemigo. Consumado sin fruto este postrer esfuerzo, conocieron que era llegada la última hora. Hay quien dice que entregaron la ciudadela y sucumbieron: estos son los que afirman que Escipion vendió muchos numantinos como esclavos, y llevó á Roma cincuenta para seguirle en su triunfo. Floro, Orósio, y otros no son del mismo parecer; y pintan á los numantinos enteramente dignos de sí mismos en su postrer momento. Preguntaron á Escipion lo que exigia de ellos, y les dió tres dias de tiempo para deponer las armas. Empleáronlos en levantar piras funerarias, en depositar en ellas sus escasos tesoros, en dar muerte á sus padres, esposas, é hijos, y en echarse en ellas para acabar en un dia

con los restos de su patria. El incendio se propagó por la ciudad y la redujo á cenizas. Únicamente quedaron con vida algunos esclavos de ambos sexos, que cayeron en manos de Escipion el Emiliano. Eligió de entre ellos cincuenta, y los trajo consigo á Roma diciendo que eran numantinos.

CAPÍTULO IX. Siguen las guerras de la independencia en la Lusitania y en la Celtiberia contra algunos legados, pretores y cónsules romanos, con varia fortuna.

AÑOS 132 A 83 ANTES DE CRISTO.

Llegada Roma á un alto grado de pujanza, comienzan para ella las luchas intestinas. Desavenidos el senado y el pueblo en cuestiones de trascendencia, tales como la reparticion de tierras, la eleccion de magistrados, la formacion de las leyes y la abolicion de las deudas, no por esto dejaba de seguir su rumbo la gobernacion del estado. Los dissentimientos no tomaban el carácter de guerras civiles. Si el pueblo se habia retirado al Monte Sacro con ánimo de no bajar de él hasta que su condicion hubiese mejorado, no bien fueron creados los tribunos de la plebe, renació la paz. Si Coriolano, injustamente arrojado de Roma, se retira á los volscos, y lleva las armas contra los patricios romanos, bastan las súplicas de una mujer para hacerle deponer las armas. Pero, desde la sedicion de Tiberio Gracco, y el ensañamiento con que fué inundada en sangre, cada cadáver de una sedicion engendró otras mas terribles. Ya no tuvo límites el espíritu de discordia. Desde este momento veremos á Roma, la destructora de cien naciones, desgarrando incesantemente sus propias entrañas. Ni una hora de felicidad gozará la que ha tenido la complacencia de destruir la dicha de que disfrutaban los demás pueblos. En los comicios,

ya se reuniesen en el Foro, ya en el Campo de Marte ó en los templos , las votaciones eran en alguna manera ganadas con las armas. Destiérranse unos á otros , se proscriben, y cada general sueña ya en ser jefe de una monarquía. No es posible sin repugnancia y una especie de horror leer lo que cuenta Apiano en sus Guerras Civiles. Pero se ve en esta historia bien marcada la mano de la Providencia que da hierro á quien pide hierro , y al sanguinario le da sangre.

Por espacio de algunos años la Iberia se tomó un respiro, consumada que fué la destruccion de Numancia. Roma presenció á un mismo tiempo la pompa triunfal de Escipion por aquella ruína , y la de Decio Junio Bruto por haber devastado una parte de la Galicia. Roma debió creer que ya no quedaban en España enemigos de su nombre , y en vez de mandar á ella cónsules ó pretores envió diez legados. Pero en el año 123 vuelve á ser consular la guerra de España. Sin duda los Baleares , desde que habian rechazado á Magon cuando al declinar la estrella de Cartago volvieron á llamarse independientes , habian sabido conservar su nacionalidad en medio del derrumbamiento de tantos pueblos. Mas esta fortuna les dió vértigo , y creyéndose no solamente fuertes para conservar su libertad , sino poderosos para hostilizar á sus vecinos , diéronse á perseguir á los navegantes pensando sin duda como ciertas gentes del norte que el mar era un campo en el cual cosechaban los mas fuertes. El cónsul Quinto Cecilio Metelo pasó á las Baleares para dar razon de sus atrevidos navegantes , y reducir sus tierras á la dominacion de Romá. Es de creer que la empresa no pudo llevarse á cabo sin vencer una obstinada resistencia. Ello es que Metelo se honró con el renombre de Baleárico.

En el año siguiente 122 se cree que estuvo de propretor

en la península Quinto Fabio Máximo, quien, en sentir de Plutarco en su Vida de Cayo Gracco, hizo odiosa é insoportable á los iberos la dominacion romana. Escaseaba en Roma el trigo, y Fabio envió allá todo el que pudo arrebatar en España; por lo que á petición de Cayo Gracco el trigo fué vendido y su precio enviado á sus dueños. Añade Plutarco que al propretor Fabio se le escribió manifestándole el disgusto con que el senado habia sabido su proceder. Otras leyes sobre el establecimiento de colonias y la construccion de caminos y graneros públicos fueron debidas á la iniciativa del mismo Cayo Gracco. Acaso vinieron á España nuevos legados, finida la propretura de Fabio. Ocho años despues, en el de 114, viene de pretor á la Ulterior Cayo Mario, que ya asistió al cerco de Numancia y llamó en él la atencion de Escipion Emiliano. Dice Plutarco en la Vida de dicho Mario, que «la España Ulterior estaba llena de bandidos, género de vida al que eran muy aficionados los iberos.» Con estas palabras denota claramente Plutarco que nuestra guerra de la independenciam continuaba. Los que él llamaba bandidos, eran las huestes que peleaban por la libertad de la patria. Y aquella aficion de los iberos debe entenderse del deseo de ver emancipada nuestra tierra. Cayo Mario persiguió á los independientes con la impetuosidad de carácter que en él resalta en las historias. Tal vez obtuvo algunas ventajas, pero no debieron ser muy grandes, cuando dos años despues, en el 112, tuvo que venir á España, con ejército, el cónsul Lucio Calpurnio Pison. Ignoramos si se mandó pretor á la Citerior, pero sí sabemos que Calpurnio hizo la guerra, nó ya á unos bandidos, segun Apiano, sino á los lusitanos que les opusieron una tenaz resistencia. Calpurnio murió en la lucha, y vino á reemplazarle Quinto Servilio Cepion. La

guerra debió tomar mayor incremento , pues es natural que los lusitanos cortasen las comunicaciones de los romanos con los gallegos, y se aunasen con estos, como lo habian hecho ya en tiempo de Bruto , para rechazar á los invasores. Sucede á Cepion en la Ulterior Servio Sulpicio Galba, de quien hay memorias que se refieren al año 108. En el de 107 creen algunos que otra vez hizo la guerra á los lusitanos el ya nombrado Quinto Servilio Cepion , sea que hubiese sido afortunado en sus primeras campañas, ó que nuevamente le tentase el fruto que los generales acostumbraban á sacar de la guerra. En los tres años siguientes no se habla de cónsules ni de pretores para la España; y es de creer que en ellos no fueron hostilizados los lusitanos ni los gallegos, por lo que permanecieron quietos en sus territorios. Vinieron á España legados como en los años anteriores. Á la sazón dieron bastante ocupacion á Roma las entradas de los cimbrós y de los teutones, especie de torrentes humanos , cuya patria , dice Homero, Odis. lib. XI , era « impenetrable á los rayos del sol , » denotando tal vez con ello unas altas latitudes y largos inviernos, ó bien unos valles profundos. Herodoto dijo de los mismos, lib. IV, que los masagetas los expulsaron de las márgenes del Araxes y los reemplazaron en la posesion de su patrimonio. Errantes desde entónces y en continua batalla con otras naciones por la posesion de una patria , iban á buscarla en el occidente, cuna de sus mayores. Esa inmensa ciudad flotante no se componia solo de guerreros, sino tambien de ancianos, niños y mujeres. El cimbro nacía viajando, se educaba en el acampamento, crecía combatiendo, y reconocía por patria todo país que tuviese por pabellon el firmamento. Su marcha por las cercanías del mar Caspio, por las riberas del mar de Azoff, por

las costas del mar Negro, y por las márgenes del Danubio fué pausada y magestuosa. Pero al llegar al Rhin, y al comenzar á tener noticias de que muchos pueblos resistian á la ambicion de un gran pueblo, y al oír pronunciar ciertos nombres muy parecidos á los que de generacion en generacion se iban transmitiendo en su familia, y al tener noticias de otra Iberia tan distante de la que habia dejado á orillas del Araxes y junto al Caspio: apoderóse de él una especie de fiebre de conquistas, como si un secreto instinto le dijese que ese aire vaporoso que le llevaban las brisas estaba saturado de perfumes de las selvas de su patria verdadera. Los esfuerzos que hizo para llegar á nuestra Iberia apesar de los ejércitos romanos fueron heróicos.

Cepion, ya cónsul en 106, se adelanta hasta Tolosa de Francia, y gana en ella un botin inmenso. Procónsul él mismo Cepion en el año 105, y cooperando con el cónsul Cayo Malio, hace frente á los cimbrós, que lidian con él bravamente, y le matan ciento veinte mil hombres. Parecia que la Europa iba á tomar nuevo aspecto. Zapados por las guerras con Roma los fundamentos de los baluartes que contenian á las familias viajeras, habian hallado abiertas muchas brechas y penetrado en ellas para pedir á los anti-guos moradores su parte de aire, agua y tierra. Otra derrota como la de Cepion, y quedaba mudada la faz del occidente. Nuestra Iberia, antigua madre de los cimbrós, los mantuvo á raya. Venian en el año de 103 hácia ella, y cruzado el Pireo, paseaban ya la vista por aquella comarca envidiable, cuando los celtíberos les salieron al paso. El Epítome de Livio, lib. lxxvii, da á los celtíberos el honor del triunfo, diciendo que, vencido Cepion, corriéronse los cimbrós por las comarcas sitas entre el Ródano y los Pi-

rineos, y penetraron en España; pero los celtíberos los vencieron, y arrojaron nuevamente á Francia. Frontino quiere que los celtíberos compartan la gloria de su triunfo con el pretor Fulvio que mandaba en la Citerior y los auxilió con hombres y consejos. En las Estratagemas, lib. II, cap. 5, ejemplo octavo, se lee que Fulvio, á la vista de los cimbro, en la Celtiberia, dirigia varios destacamentos de caballería contra el campo enemigo, y hacia que se retirasen en cuanto este los persiguiese. Y viendo que siempre salian á una todos los cimbro, dejando abandonados los reales, determinó tomárselos, y ganar de esta suerte la batalla. Hizo que un cuerpo de tropas ligeras diese un rodeo hasta acometer por la espalda al enemigo. De esta suerte ganó sus reales, los batió, y los expulsó de la Celtiberia. Nos parece que el Epítome está mas en lo justo; y aun creemos que el rumor de aquella novedad debió llegar hasta los cántabros, y que cooperaron con los celtíberos á ganar la batalla. No por este suceso extraordinario cesa la guerra con el romano. Sostiénela con teson la Lusitania en el año 102 lidiando con Decio Julio Silano, mientras Roma hacia unos esfuerzos colosales para arrojar lejos de sí aquel metéoro viviente. Desde los tiempos de Jerjes no se habia oido hablar de tan tremendas masas de hombres armados. Los teutones y ambrones, en busca de nuevas viviendas, se adelantan formando medio millon de almas. Embisten el campo romano defendido por el cónsul Cayo Mario. Recházalos Mario, les da despues dos sangrientas batallas, les mata doscientos mil hombres, y hace ochenta mil esclavos. El pueblo romano llama á su libertador para que triunfe en Roma, y responde que no quiere triunfar sin haber vencido antes á los cimbro. Estos caen sobre la Italia como un tor-

rente, vencen al procónsul Quinto Cátulo una y dos veces, y únicamente se estrellan en el año 101 ante la energía de Mario. Ciento cuarenta mil cimbroz quedan en el campo de batalla; sesenta mil caen esclavos del romano. Ningun soldado del mundo podía dejar de embrutecerse consumada una tan espantosa carnicería. Roma triunfa, pero sus instintos sanguinarios son ya insaciables.

No se extrañe que para rechazarlos de nuestra Iberia continúe encarnizada cual nunca la guerra de la independencia. En el año 99 antes de Cristo la sostiene la Lusitania contra el procónsul Lucio Cornelio Dolabela; y si hemos de creer á los romanos, consiguió este grandes ventajas. Á lo menos es indudable que debió poner en el tesoro público muchos despojos, pues le fué otorgado el triunfo. En el siguiente año 98 nueva guerra en la Celtiberia. El Epítome del libro setenta de Tito Livio nos dice que el procónsul Tito Didio obtuvo algunas ventajas lidiando con los celtíberos. Frontino, en el lib. II, cap. 10 de sus Estratagemas, dice, que Didio sostuvo con los celtíberos una sangrienta batalla, en la cual la noche separó á los combatientes, con grande estrago de uno y otro campo. Didio pasó la noche en vela obligando á sus soldados á dar sepultura á los cadáveres de sus compañeros. Al amanecer, presentóse el celtíbero para cumplir igual deber con los suyos; y viendo en el campo muchos cadáveres, y muy pocos de ellos que perteneciesen á los romanos, desalentóse y entró en tratos con Didio. Á la sazón, Sertorio, si hemos de dar crédito á Plutarco en la Vida del mismo, servia en el ejército de Didio como simple tribuno de soldados: otros dicen en calidad de cuestor. Tenia en Castulon, hoy Cazorla, su cuartel de invierno. Sus soldados, dice Plutarco, tenían víveres en abundancia, cometian

mil tropelías, y se entregaban á los excesos del vino. Hacían escarnio de tal gente los celtíberos, y habiéndose asociado los vecinos de dos poblaciones, entraron una noche en Castulon y dieron muerte á muchos romanos. Encendido en ira Sertorio reúne á los soldados fugitivos, vuelve á la ciudad por la misma puerta que habia dado entrada á los celtíberos, coloca en ella centinelas, sorprende á los celtíberos que ya se creían victoriosos, los pasa á cuchillo, viste sus soldados con el traje del enemigo, se encamina á la ciudad de donde habian salido los mas de aquellos, le reciben como á amigo, y ejecuta en ella un segundo degüello. Así se dió á conocer en España un hombre de quien mas adelante nuestros anales estarán llenos. En el año 97 son ya dos guerras las que ha de sostener el romano en la península: una en la Ulterior contra los lusitanos, y es probable tambien que contra los gallegos; y otra en los celtíberos. La guerra lusitánica tomó sin duda unas proporciones muy grandes, cuando se mandó á ella al cónsul Publio Licinio Craso. Hay indicios para creer que Tito Didio continuó este año y parte del siguiente en la Citerior batallando con los celtíberos. No hay que preguntar á los historiadores romanos si uno y otro obtuvieron ventajas. Ya parecia en Roma cosa de escarnio conceder triunfos. Cien veces se habia triunfado de los celtíberos; otras tantas de los lusitanos; cansado estaba ya el pueblo de asistir á ovaciones en las cuales soldados y generales se aclamaban vencedores, presentando simulacros de ciudades ganadas, de pueblos arrasados, de comarcas taladas, de tribus sujetas al yugo: ó las tribus ibéricas eran inagotables, ó no podia darse fin á los tesoros de ella arrebatados, y con los cuales se compraban aquellas demostraciones. Publio Licinio Craso triunfó de los lusitanos; Tito Didio triunfó de

los celtíberos : ambos el año 95 antes de nuestra era ; por lo que se cree que á Craso le fué prorogado el mando como proconsular , y á Didio como pretor . Parecerá á muchos que todo habrá quedado ya tranquilo en España , y que ya no se hablará en ella de alteraciones , guerras , destrucciones y ruínas . Nada de esto . En el siguiente año 94 el pretor Násica , de quien se cree que obtuvo mando en la Citerior , y tal vez tambien en la Ulterior , refundidas en una como otras veces las dos preturas , tiene que acudir á apagar nuevos incendios . La sangre ibérica y la romana se rechazaban . Por Julio Obsecuente sabemos que todavía existian en la península régulos ; y nos dice que , mal avenidos con la autoridad romana , no vacilaban en levantarse contra ella . Násica deseaba reunir despojos , y les hizo la guerra con una ferocidad enteramente romana . Los pueblos eran entrados á sangre y fuego , los moradores exterminados , las viviendas destruidas . Otra vez hay necesidad de que venga á España un cónsul con ejército . Cayo Valerio Flacco es el elegido . Ya hay en campaña ejércitos numerosos , como si jamás hubiesen sido vencidos los celtíberos . Verdaderamente causa espanto esta renovacion de guerras , ó por mejor decir esta incesante prolongacion de una lucha que dura hace ya cerca de un siglo y medio sin que amengue un punto ni se entibie . Se dice que Flacco mató á los celtíberos veinte mil hombres . No se habla de los que perdió Flacco . Nótase , sí , otro blanco de diez años en las noticias que nos suministran los autores . Tal vez Flacco quedó de procónsul en el año siguiente , y de pretor en los posteriores . Quizás siguieron á su pretura las gobernaciones de los legados , ya ensayadas antes con esperanza de buen éxito . No le produjeron ahora ; antes causaron un general descontento que es-

talló esta vez en tremendas alteraciones, cuyo carácter fué altamente alarmante. Ya no son únicamente los romanos el blanco de la ira de los iberos; los pueblos se sublevan y piden cuenta á sus propios senadores de los males públicos. Apiano nos ha conservado el recuerdo de algunas de estas terribles escenas, y parece como que se haya inoculado ya en la península la sed de devastaciones y la discordia implacable que aqueja á los romanos. Se apela al incendio contra los propios: los jefes romanos, y los iberos, que los auxiliaban, perecen en las llamas. Se dirá que las abominaciones y los horrores de los bandos de Mario y Sila, aclimatados en nuestra tierra, van á añadir nuevo pábulo á los muchos de destruccion que en ella fermentan. Algunos creen que en esta coyuntura, ejerciendo todavía Flaeco la pretura, cargó la mano en los amotinados é hizo terribles escarmientos. Sin embargo, es preciso no confundir dos cosas: las guerras con las tribus españolas independientes y sus régulos; y los disturbios y alteraciones promovidas por los iberos, ya sometidos y aliados de Roma. Entre estos últimos creemos que habia cundido ya el ejemplo funesto que daban los principales ciudadanos romanos. Si en Roma, segun expresion de Apiano, los que se disputaban las magistraturas ó la confianza y amistad de los legionarios, acudian para el logro de sus fines á todas las malas pasiones; si se perseguian, desterraban, condenaban y proscribian mutuamente: no es de extrañar que en las colonias, y entre los aliados romanos, se parodiasen las iras de los dominadores del Capitolio, y llegasen á imitar á estos en sus mas abominables excesos.

CAPÍTULO X. Guerras de Sertorio en España.

AÑOS 82 A 71 ANTES DE CRISTO.

Los romanos pagaban la pena debida á su ambicion insaciable. Cierta que habian hecho derramar lágrimas á muchas naciones ; cierta que habian devastado comarcas enteras , reducido á desiertos lo que antes fueron regiones habitadas , convertido en osarios las ciudades ; cierta que pocas familias humanas habian dejado de sentir todas las calamidades que lleva tras de sí la fiereza de unos conquistadores desatentados : pero era llegado para ellos el dia de una expiacion tremenda. Los que creen que los bárbaros han sido para Roma el mas terrible de sus azotes , se engañan. Ni Breno con sus impetuosos galos , ni Pirro con su ejército formidable , ni Anibal con sus cien pueblos sedientos de sangre romana , ni los cimbro con sus guerreros que infundian espanto , ni los escitas ávidos de aires mas puros y de campos mas fértiles : cada uno de ellos ó todos juntos , no podian haber castigado á la desventurada Roma con mayor encono del que hicieron pesar sobre ella sus mismos hijos, Mario , Sila , Cinna y Sertorio. Si Mario vence , Roma es inundada en sangre ; si Sila triunfa , aquella sangre clama por otra sangre ; si Sila parte para la guerra , Cinna mueve una sedicion , transforma el foro en campo de batalla , y deja en él diez mil cadáveres ; si Cinna y Mario aunados triunfan , harán de manera que Roma prefiera todos los males de la guerra á las abominaciones de una paz dedicada á dar culto á las furias. El que tiene y demuestra mayor ferocidad de carácter , ese es el amo. Los esclavos degollaban á sus señores y sacrificaban el honor de sus familias, por puro ca-

pricho. No hacian en esto mas que imitar á los patricios. Estos quedaron impunes ; los esclavos , en número de cuatro mil , fueron pasados en masa á cuchillo. En esta escuela se educó un hombre llamado Quinto Sertorio. Sus ciudadanos no le quieren nombrar cónsul ; Sertorio se venga alimentando la guerra civil. Conoce que en España es donde hallará mas elementos para sostenerla , y viene á ella en el año 83 para dar á las glorias de la guerra de la independencia contra Roma unos matices vagos y de color dudoso. Seguido de algunas cohortes de tropa veterana , se acerca al Pirineo , segun unos por las provincias de la alta Aquitania , segun otros por el alto Aragon. Los moradores le cerraron el paso , diciendo que sin pagar tributo no podian darle venia para el tránsito. Los soldados de Sertorio murmuraban diciendo que á tal demanda no correspondia otra respuesta que la de las armas. Lo que conviene , respondió Sertorio , es ganar tiempo. Y pagó el tributo. Pertenecian aquellas poblaciones á la España Independiente , y no deseaba Sertorio tenerlas hostiles , sino prepararse en ellas amistades para mas adelante. Por el pronto era su intento hacerse dueño de la España romana y de los pueblos aliados suyos. Dióse tal diligencia , que muy luego consiguió su objeto. Dádivoso y magnífico con los romanos , generoso y condescendiente con los iberos ya sometidos , á los primeros repartia oro y promesas , y á los segundos les hacia entrever para el porvenir dias mejores , humillada para siempre la arrogancia de unos pretores inhumanos. Al romano le prometia triunfos , despojos y larguezas : á los iberos conquistados les rebajaba los pechos , y sobre todo excitaba entre ellos el entusiasmo , dice Plutarco , eximiéndolos de la carga del alojamiento. En ello ganó dos cosas ; tener siempre al soldado acampado en

tiendas , á punto de entrar en campaña , y tener á raya las poblaciones con un continuo movimiento y aparato de fuerzas.

Pero en Roma ha vuelto á triunfar Sila , quien manda á España , año 82 , á Cayo Annio con un ejército. Las esperanzas de Sertorio se disipan. En vano ha hecho defender por Julio Salinator con seis mil hombres el paso de los Pirineos. Annio se detiene. Lo que no puede por la fuerza lo conseguirá por la traicion. Un tal Calpurnio mata á Julio , cuyas tropas se desbandan , y Annio se derrama como un torrente por la España romana. Sertorio huye , y reunidos en Cartagena tres mil hombres , toma la mar , desembarca entre los mauritanos , es rechazado , vuelve á la costa española , le hostilizan y alejan , y por fin hace rumbo hácia la isla Pitiusa , hoy Ibiza , y se establece en ella , vencida la guarnicion romana. Las posesiones romanas en la Península habian mudado en un año dos veces de dueño. Annio persigue á Sertorio hasta en el mar , le presenta combate , y le arroja. Perdida la posesion de Ibiza , hecho juguete de los vientos , cruza Sertorio el estrecho Gaditano , y toma tierra en la Bética. Lleno de congoja , despechado , desea ir en busca de las islas Afortunadas , en donde era fama que se pasaba una vida feliz , exenta de ambiciones , pesares y amarguras ; pero luego se reanima su espíritu guerrero con la noticia de que en África arde una guerra civil. En otra se ha mecido su cuna , y ella ha de ser el alimento de su existencia. Ciertó Ascalis quiere recobrar el trono de la Mauritania. Sertorio se declara contra él , le derrota , ahuyenta á Paciano enviado con fuerzas por Sila en favor de Ascalis , y toma por asalto la ciudad de Tánger en que este se habia hecho fuerte. Sertorio era amigo de apelar á lo maravilloso. La fábula decia

que allí debía existir el sepulcro del famoso titan Anteo. Sertorio dice á sus tropas que él mismo acaba de tocar un cadáver humano de sesenta codos de largo. Mas adelante dirá que Diana se le aparece bajo la figura de una cierva. No exigió de los moradores de Tánger otra cosa que donativos, dicen los historiadores, para dejarlos vivir según sus usos y costumbres. La fama de estas hazañas de Sertorio llegó hasta los lusitanos independientes, quienes le brindaron con el mando de sus tropas si quería hacer la guerra al romano. Tenia Sertorio muchas de las prendas de Viriato, excepto su grandeza de alma y su probidad ibérica.

Pasó en el año 81 á la Lusitania. Mostróse desde luego moderado en los castigos, magnífico en las recompensas, activo en la reorganizacion del ejército, audaz en la ejecución de sus planes, y ladino, como buen romano. Tenia amansada una cierva blanca que á todas partes le seguía, y era la admiracion de las tropas. Diéronla en decir, y dióla Sertorio en acreditar, que Diana le daba avisos por medio de aquella donosa corza. Por su medio lo sabia todo: buenas nuevas, planes del enemigo, necesidades á qué ocurrir, medidas que tomar para salir ganancioso. Muy luego fué puesto á prueba el denuedo del jefe de los independientes. Cotta con una poderosa escuadra intenta destruir la de Sertorio; pero este se hace á la mar, acomete al romano, le vence y ahuyenta en el mismo estrecho de Gades. Toma de nuevo tierra en la Bética, y va en derechura contra el general romano á quien unos llaman Didio; otros Aufidio, y Plutarco Fufidio: le presenta batalla, le derrota y mata dos mil hombres. La Lusitania entera aclama á Sertorio; ya tiene un segundo ó teniente, á quien llama su cwestor, y le envia contra Lucio Domicio, procónsul en la España Ulterior, se-

gun se cree, en el año 80. Domicio tambien fué vencido. No parecia sino que renacian aquellos dias de terror para Roma en que los lusitanos y los arevaecos caian unos tras otros sobre los ejércitos romanos y los destruian. Hay quien cree que Domicio sufrió dos derrotas, y estos son los que entienden que Domicio y Toranio no fueron dos jefes romanos, sino uno solo. Otros, siguiendo á Plutarco, en la Vida de Sertorio, afirman que Toranio fué un jefe distinto del procónsul Domicio, y dicen que fué vencido y muerto, nó por el cuestor de Sertorio, sino por este, puesto á la cabeza de los lusitanos.

Uno de los mas célebres generales romanos, el cónsul Quinto Cecilio Metelo, viene con nuevo ejército contra Sertorio. Excelente Metelo para una guerra ordinaria, se confesaba él mismo inútil para resistir á un enemigo que no se guiaba por las reglas comunes, sino que adaptaba nueva estrategia segun las circunstancias y los incidentes del terreno, clima, y usos del soldado. La verdad era que Metelo lidiaba teniendo el país por enemigo, y Sertorio lo hacia entre aliados y amigos. Metelo veia que por partes iban los lusitanos diezmando sus tropas y reduciéndole á la impotencia. Y se vió en situacion tan apurada, que fué forzoso que á marchas dobles acudiese Lucio Lolio desde la Galia Narbonesa con veinte y cinco mil infantes y mil quinientos caballos para socorrerle. Fué esto en el año 78 antes de nuestra era; siendo así que en el 79 habia venido ya á la península con grandes refuerzos el pretor Quinto Calidio. Tomaba muy mal cariz para Roma la guerra de España. De una parte, los vencidos de las parcialidades de Mario y Cimma se venian á nuestra tierra por cohortes, deseosos de pelear á las órdenes de un jefe de las prendas y nombradía de Sertorio.

De otra las tribus iberas independientes creían llegado el día de vengarse de sus enemigos, atizando el fuego de la guerra civil que los consumía, y esperando conseguir en no muy lejanos días el triunfo de su causa. Los pueblos acostumbrados ya al yugo romano, estaban en acecho consultando á la fortuna, y dispuestos á hacer rumbo segun el viento que soprase. Y no faltaba quien veía en Sertorio un nuevo Aníbal que debía conducir á los campos de la Italia una nueva generacion ibérica. En la flor de la edad, lleno de robustez, acostumbrado á las fatigas, á la sobriedad y á las vigili-
as, Sertorio no conocia el ocio, y los días en que le daba la guerra algun respiro los pasaba dedicado al parecer á la caza, pero en realidad recorriendo el país y estudiando todos sus accidentes. De esta suerte nada le era mas fácil que retirarse ó acudir en persecucion de sus contrarios. Lucio Lolio fué vencido por él, como lo habia sido Quinto Calidio. Ya era un honor para un general romano el intentar siquiera hacerle frente. Pompeyo aspiró á él. Habíasele mandado licenciar sus tropas, y desobedeció, dice Plutarco, «Vida de Pompeyo» intrigando para que se le permitiese ir con ellas á España. Diósele por último el suspirado mando. Ya tenemos los dos mejores generales romanos, Metelo el Pio, y Pompeyo el Grande, en campaña contra Sertorio. Al primero llamaba este «la vieja» y al segundo «el niño, discípulo de Sila;» pero en realidad temia á entrambos y vivía con ellos muy prevenido. Habia burlado distintas veces á Metelo. Langobrites, pueblo lusitano sito en la boca del Duero, fué sitiado por Metelo. No habia agua en la poblacion. Sertorio hace llenar de ella dos mil cántaros, acomete por un lado á Metelo, y entra por el otro los cántaros en la plaza. El sitiador queda á su vez sitiado; sus forrageado-

res son derrotados ; y para salvarse tiene que levantar el cerco. Si en la persona de Pompeyo, y en su ejército, le llegó á Metelo un gran refuerzo, otro considerable recibió Sertorio, con la venida de cincuenta y tres cohortes romanas que le trajo de Italia el patricio Perpena. En este refuerzo, el que estaba de mas era el jefe que le mandaba. Tenia Perpena una ambicion no cimentada en sus méritos ni en su talento. Sobrábale intriga y un arte funesto de sembrar desconfianzas y recelos. La guardia de Sertorio era española, compuesta de voluntarios dispuestos á sacrificar sus vidas por su jefe. Perpena comenzó á hacer cundir murmuraciones por las filas de las cohortes diciendo que la guardia del general tocaba á los romanos. Ya Sertorio habia dado pruebas de ser maestro en el arte de la astucia ; pero, viendo que los romanos y los iberos no se avenian naturalmente á pelear bajo unas mismas enseñas, se procuró de parte de los últimos unos rehenes preciosos. El ardid de que se valió es verdaderamente romano y del tiempo de las guerras civiles descritas tan vivamente por Apiano. En Huesca de Aragon, segun unos, en Huescar de Andalucía, segun otros, abrió establecimientos de enseñanza pública, á los cuales hizo de manera que concurriesen los hijos de las principales familias ibéricas. Dióles maestros que les enseñasen el latin, el griego, los rudimentos de las ciencias y artes, con ánimo, decia, de formar así unos hombres dignos de su patria. Todos los gastos de su educacion corrian á cargo de Sertorio, quien examinaba frecuentemente á los niños, distribuia recompensas, les colgaba del cuello unos adornos de oro denominados bulas, segun Plutarco, y los hacia presentarse en público con ricos trajes bordados de púrpura. Los padres estaban gozosos viendo los adelantos de sus hijos ; y Serto-

rio se sonreía viendo el contento de los padres. Á los soldados iberos los acostumbraba á la disciplina romana, ya porque él no conocía otra, ya para hacerles perder hasta el recuerdo de una táctica que habia sido tan fatal á los romanos; y tambien procuraba uniformarlos al estilo de Roma, pugnando por borrar entre ellos los distintivos y la fisonomía ibérica. Mirado bajo este punto de vista, ningun general romano ha sido mas fatal á la independencia ibérica que Sertorio, el jefe de los independientes. Algunos senadores, fugitivos de Roma, habian buscado asilo en su campo; juntólos en cuerpo, y les dió el nombre de senado romano; y de entre ellos elegia cuestores, censores, y tenientes, conformándose en un todo con los usos de los romanos. Los iberos eran su brazo derecho, su poder, sus minas de oro y plata; mas no por esto les cedió ningun átomo de autoridad, de obra, ni de palabra. Romanos eran los capitanes, romanos los gobernadores, iberos los súbditos. Es Plutarco quien hace esta confesion, la cual demuestra cuán fuera de camino anduvieron en sus cálculos los que, creyendo dar un golpe mortal á Roma, eligieron por capitan suyo á un romano. Siempre que obtenia alguna ventaja, se acordaba Sertorio de su patria, y enviaba á decir á Metelo y á Pompeyo que estaba dispuesto á vivir como un simple particular en Roma, si le alzaban el destierro. El imperio del mundo, decia, no es nada á mis ojos comparado con los fueros de un ciudadano romano. Mitridates, rey del Ponto, sabedor de sus hazañas, y temeroso de que algun día tuviese que tratar con él como árbitro de los destinos de Roma, se anticipó á tenerle propicio, dió satisfaccion á todas sus exigencias, le envió una escuadra y tres mil talentos, y se avino á recibir en sus tierras algunas cohortes y un general

romano. Los sueños todos, los deseos, las esperanzas de Sertorio, no se limitaban á la Iberia, se dirigian al Capitolio, para regir desde él la tierra. Al principio le fué muy difícil contener el ardor de los iberos dispuestos siempre á dar batalla y deseosos de probar sus bríos con el contrario cuerpo á cuerpo; pero cierto dia los dejó empeñarse en una embestida temeraria, de la cual salieron mal librados, y despues les hizo ver cómo con muy pocas cohortes contenia á los enemigos victoriosos, y les enseñó de qué manera un atleta era impotente para arrancar de golpe las crines de un caballo débil, y al contrario un niño, crin por crin, se las quitaba todas á un alazan soberbio. Otra leccion dió á una tribu que moraba mas allá del nacimiento del Tajuña, en cavernas cuya entrada era inaccesible. Sertorio hizo aglomerar de noche al pié de las cavernas unos montones de polvo muy fino, seguro de que el viento que acostumbraba á soplar de día obligaria á rendirse á los que en ellas habitaban. En efecto, no bien el aire hubo levantado nubes de aquel polvo y llevádolas á la boca de las cavernas, sus moradores se vieron obligados á implorar clemencia.

El año 77 antes de nuestra era hizo Roma un esfuerzo extraordinario para acabar con aquel terrible enemigo. Adelántase Pompeyo el Grande hácia la península, y entra en ella con setenta mil infantes y ocho mil caballos. Muchos pueblos se declaran en su favor, ya por la fama que habia adquirido en otras guerras, ya porque su formidable armamento parecia irresistible. Desde luego, en vez de descoronarse Sertorio, sale al encuentro de Pompeyo, y á su vista pone sitio á la ciudad de Liria, la antigua Laurona. Mediaba entre su campo y el de Pompeyo una colina, desde la cual podian ser muy molestados los lauroneses. Pompeyo

y Sertorio mueven á un tiempo sus huestes para ocuparla, pero el último llega primero y se hace fuerte en ella. Pompeyo manda á decir á los lauroneses que muy presto verán sitiado en la colina á Sertorio. El mensaje es interceptado por este, y se echa á reir viendo la candidez de Pompeyo. Cuando este quiso poner en ejecucion su designio, vió que Sertorio tenia dispuesta una emboscada para cortarle la retirada. Laurona se rindió á Sertorio, y la ciudad fué entregada á las llamas, nó por un instinto de ferocidad, dice Plutarco, sino para dar con sus llamas en el rostro á Pompeyo, que se vió reducido á la impotencia. De una lauronesa; cuenta Apiano, que sacó los ojos á quien queria quitarla la honra: y Sertorio alabó su bizarría y condenó á muerte á una cohorte romana, acostumbrada á aquellos desafueros. El efecto de esta campaña fué inmenso. Hasta entónces se habia creido que las ventajas obtenidas por Sertorio nacian de la ancianidad de Metelo, y desaparecerian ante la juventud de Pompeyo. Nada de esto: la áudacia, la táctica, y los recursos del genio de Sertorio crecian con el número y calidad de sus contrarios.

Vengóse de su descalabro Pompeyo atisbando los movimientos de Herenio y de Perpena, tenientes de Sertorio, que estaban al frente de un cuerpo de ejército. Acometiólos con brio, y los derrotó matándoles diez mil hombres. Dícese que por este tiempo se apoderó tambien por la fuerza de la ciudad de Valencia. Plutarco, en la Vida de Pompeyo, dice que Herenio y Perpena fueron vencidos junto á dicha ciudad. Es natural, pues, suponer que la suerte de esta plaza quedó decidida en aquella jornada. Tambien se añade que nó tardó Sertorio en recobrarla. Por el pronto, alentado Pompeyo, movió sus tropas contra Sertorio, año 76.

En las márgenes del Júcar se dieron ambos generales una batalla que fué muy reñida. Venia Sertorio con ánimo de derrotar á Pompeyo antes que pudiese auxiliarle Metelo; y Pompeyo deseaba vivamente vencer á su contrario sin recibir auxilios. Sertorio, puesto á la cabeza de su ala derecha, sostuvo el primer ímpetu de la izquierda romana, mandada por Afranio. De repente sabe que su ala izquierda es batida por Pompeyo; acude á ella, rehace sus huestes, las vuelve al combate, derrota y hiere á Pompeyo. No pudo efectuarlo sin dejar desguarnecida su ala derecha, y conociéndolo Afranio, apretó tanto en ella, que la desordenó y puso en fuga. Vuelve victorioso Sertorio, se bate con Afranio, y hace en sus legiones un gran destrozo. Preparábase el día siguiente á sacar partido de su victoria, cuando supo que se descubrian ya las avanzadas del ejército de Metelo. « Esta vieja, dijo, ha salvado de una azotina al niño. » Venia Metelo á marchas dobles de la Ulterior en donde habia conseguido grandes ventajas, y sostenia allí la campaña por Sertorio un cuestor de este, llamado Hirtuleyo, quien presentó batalla á Metelo. Dice Frontino en sus Estratagemas, lib. II, cap. 3, ej. 5, que Hirtuleyo habia colocado en el centro sus mejores tropas; viendo lo cual Metelo, puso sus veteranos en ambas alas, y de esta suerte desbarató las del enemigo y abrumó despues su centro, matándole, afirman otros, veinte mil hombres. Despechado Hirtuleyo quiso poco despues probar nueva fortuna; y la halló desgraciada, perdiendo otra batalla y en ella la vida. Reunidos Metelo y Pompeyo, tuvo Sertorio que echar el resto en audacia y en ardidés. Probó la suerte de las armas en distintos campos, en Sigüenza, en Tutlia, dice Plutarco, y en la comarca de los saguntinos. Cuando no

podia obligarlos á combatir en sitio que le fuese ventajoso, los tenia como sitiados en sus reales, no dando vagar á sus partidas sueltas destinadas al acopio de víveres. Ya impelidos del hambre salieron á un tiempo Metelo y Pompeyo para proteger á sus vivanderos. La lucha fué encarnizada. En ella murió Memmio, uno de los mas hábiles tenientes de Pompeyo. Rechazados los pompeyanos, cae Sertorio sobre las legiones de Metelo con tanta furia que las conmueve. Metelo, á pesar de su edad, lidia como un mozo, y es herido de un bote de lanza. Pero le querian tanto sus soldados, que esta circunstancia los salvó de una derrota completa. Sonrójanse viendo en peligro de muerte á su jefe, se agrupan, dan una arremetida, llevan en retirada á los iberos, y tienen la gloria de salvar á Metelo. Lo que al principio era una victoria se trocó para Sertorio en un descalabro. Replegóse hácia Calahorra, no dudando que le seguirian los romanos, como lo hicieron, creyendo que iba medroso y desesperanzado. Pero, dada órden á los suyos de que en todas partes juntasen refuerzos, sale de la plaza, rompe por entre los enemigos, y sostiene nuevamente la campaña con un ímpetu incontrastable.

Metelo tiene que buscar cuarteles de invierno en la Gاليا, como dice Plutarco en la Vida de Sertorio, ó bien en los Pirineos, segun afirma Apiano en las Guerras Civiles, 1, 110. Pompeyo se corrió hasta el país de los vacceos, desde donde escribió al senado romano que necesitaba víveres y soldados. Afirman algunos que hizo un amago contra Palencia, y le salió desgraciado. Es de presumir que el senado romano, recordando el fin de Viriato, escribió á Metelo dando órden de poner á precio la cabeza de Sertorio, no dudando del éxito si el precio era digno de la generosi-

dad romana , y bastante para tentar la codicia de los italianos adictos á Sertorio. Hízolo así Metelo , y dió un edicto prometiéndole dos mil fanegas de tierra y cien talentos (mas de dos millones de reales), á quien le presentase la cabeza de Sertorio. Cuando se ofrece premio á la traicion, es señal de que ya han ofrecido sus servicios algunos traidores. Recibidas nuevas legiones de refuerzo , segun Apiano , Pompeyo y Metelo descenden del Pirineo en el año 74, y se adelantan contra Sertorio y Perpéna que acuden desde la Lusitania para detenerlos. Entónces sucedió que muchas cohortes romanas del ejército de Sertorio se pasaron á Metelo , y este ganó contra aquel temible enemigo su primera victoria. Á estas circunstancias dadas por Apiano , añade Plutarco que fué tal la alegría que sintió Metelo , que tomó el dictado de emperador , y se hizo levantar altares y ofrecer sacrificios en los pueblos por donde pasaba. Ceñíanle coronas , le ofrecian suntuosos banquetes , le ponian el traje de triunfador , por arte teatral se le presentaban como descendiendo del techo Victorias cargadas de trofeos de oro , y muchos coros de niños y de niñas cantaban himnos en honor suyo. Algunos creyeron que el mas anciano de los generales de Roma habia enloquecido.

Perdió en tal coyuntura Sertorio su serenidad mental y todo resto de grandeza de alma. Vacilando entre su amor á Roma y su agradecimiento á los iberos , no veia salvacion en ninguna parte. Los romanos de su propia hueste hacian burla de su senado , envidiaban sus glorias , codiciaban su poder , se cansaban de su destierro , y lamentaban su destino que los hizo huir de la tiranía de Sila para constituirse en esclavos de un Sertorio. Los iberos sentian haber olvidado sus usos y costumbres , su táctica y manera de guerrear ,

y haberse aliado y tomado por señor y dueño á quien preferia una sonrisa de Roma á todas las alegrías de la Iberia. Romanos é iberos se miraban de reojo y conocian que jamás podrian hermanarse la avaricia y la crueldad de los unos, con la largueza y magnanimidad de los otros. Los capitanes romanos maltrataban sin motivo á los soldados iberos; los gobernadores extraños cargaban de pechos á sus súbditos, excitaban por bajo cuerda sediciones para darse el bárbaro placer de sofocarlas encarnizadamente; y los mismos jefes, á quienes Sertorio enviaba para aplacar los ánimos, ponian estudio en enardecerlos y atizarlos. Á este cúmulo de circunstancias atribuye Plutareo la mudanza de carácter que se notó en Sertorio. De afable y confiado con todos, se volvió áspero y receloso; la afectuosidad la trocó en fiereza, la dulzura en animosidad y saña vengativa. Diéronle á entender los romanos que en toda la Iberia se tramaban conjuraciones contra él; y consiguieron hacerle culpable de la más horrible injusticia. Los niños que le habian confiado los españoles para que los educase, y se los devolviese un dia transformados en buenos patricios; aquellos seres inocentes que eran la esperanza de toda una generacion ibera, fueron arrancados ignominiosamente de los colegios, y entregados unos al verdugo, y vendidos otros como esclavos. No hay que dar vueltas al discurso para buscar aquí algunas de aquellas circunstancias atenuantes que debilitan á veces el horror de tales atentados. Sertorio patentizó en sus últimos momentos toda la avilantez de su alma. Y dice bien Plutarco cuando afirma que la virtud que tiene sólidos cimientos no se desmorona tan fácilmente por mas que sea blanco de la humana injusticia. Desde este funesto dia, despreciado de los romanos, y hecho blanco del odio de los

iberos, la existencia de Sertorio no fué otra cosa que un suplicio. No se atrevia á combatir porque ya no tenia confianza en sus tropas, ni á preparar emboscadas ni sorpresas porque las temia para sí propio, ni á hacer alarde de sus fuerzas porque á su vez la traicion le estaba atisbando, dispuesta á cebarse en él á todas horas. Casi le hicieron un bien librándole de tan atroz tormento.

Perpena, su compañero en el destierro, le odiaba, y se concertó con Malio, uno de los generales de Sertorio, para dar á este jefe la muerte. Aquel general, dice Plutarco, amaba torpemente á un mancebo (tal era la conducta de los generales romanos) y le hizo partícipe de los planes de los conjurados. El mancebo los descubrió á Aufidio, otro de sus amigos; y como este era tambien del número de los conjurados, no pudo menos de quedar asombrado viendo que de esta suerte se propalaban tales voces. Fué en busca de Perpena, y reunidos los conspiradores determinaron adelantar el momento de la ejecucion de sus planes. Fingen la llegada de un mensajero que trae buenas novedades. Sertorio hace un sacrificio á los dioses, admite un banquete que le ofrecen Perpena y sus secuaces, y en él es muerto á puñaladas. Apiano difiere un tanto en los pormenores: pero tiene mas verosimilitud la narracion de Plutarco. La discordia fué la herencia que legó Sertorio á sus huestes. Los antiguos aliados y súbditos de Roma se sometieron á Metelo y á Pompeyo. Perpena, cediendo á un impulso de ciega confianza en su mérito, presentó batalla á Pompeyo, y fué vencido y preso. Quiso comprar su vida entregando la lista de los senadores y patricios que desde Roma tenían inteligencias secretas con Sertorio. No cabia en un pecho mayor baja que la de querer prolongar una baja existencia, sumien-

do en la desesperacion á centenares de familias. Por fortuna Pompeyo se mostró digno de ser jefe de un gran pueblo: quemó las listas sin leerlas, diciendo que allí quemaba la discordia; y mandó dar muerte pronta á Perpena, para que sus espantosos secretos quedasen con él sepultados. Nuestra Iberia, devastada en medio de esta lucha sangrienta, habia acabado de conocer en sus mas recónditos pliegues al romano, y horrorizada, se veia cada dia mas y mas envuelta en las redes de una dominacion abominable. Tódavia existian algunos centros de independencia; pero era preciso buscarlos ya en los cántabros, en los astures, y en alguna garganta del Pirineo, últimos baluartes en todos tiempos de la raza ibérica.

CAPITULO XI. Continúan las guerras de la independencia contra Roma sostenidas por los lusitanos, vacceos, cántabros, y moradores de la sierra Herminia. Lo que de Estrabon se desprende acerca de nuestra Iberia en estos tiempos.

AÑOS 70 A 50 ANTES DE CRISTO.

Es fama que Pompeyo al partir de España para Roma pasó por las provincias del norte y estableció su cuartel general en una poblacion á la que por esta circunstancia se dió el nombre de Pompelo. Estrabon en su Geografía III, fol. 161, dice que Pompelo «es voz que vale tanto como ciudad de Pompeyo.» Diéronla algunos en creer que estas palabras habian sido añadidas al márgen por algun erudito, y luego intercaladas en el cuerpo del escrito; y aducen en favor de su opinion la circunstancia de que el mismo Estrabon XII, fol. 562, y XIV, fol. 671, cita otras dos ciudades y las da el nombre de Pompeyópolis. Pero este mismo argumento deshace aquella creencia, por cuanto no dice allí

Estrabon que Pompelo sea fundacion de Pompeyo, sino que Pompelo, es nombre que equivale á ciudad de Pompeyo. Y si en las posesiones de Mitridates llamaban Pompeyópolis á las ciudades de Pompeyo, no es razon esta para que las diesen en Navarra el mismo nombre. Y si en la Cilicia cambió Pompeyo el nombre de una ciudad llamada Soli por el de Pompeyópolis, nó por esto los navarros debian imitar su ejemplo, sino dar nombre á sus tierras por el estilo de su tierra. Y esto prueba que la influencia ejercida por Pompeyo en Navarra fué pasajera tal vez como la de Sertorio, y que cruzó acaso el país pagando antes tributo. Otra circunstancia mueve á pensar que el texto de Estrabon no está allí añadido, y es que Ateneo, que vivió dos siglos despues de Estrabon, le cita en aquellos mismos términos.

No bien estuvieron en Roma Metelo y Pompeyo, y triunfaron diciendo que quedaba pacífica la España, encendieron en ella nuevamente la guerra, no ya los sertorianos ni las parcialidades romanas, sino los independientes puros. Es sabido que los romanos daban á estos el dictado de bandolerós. Enviaron contra ellos al pretor Marco Pupio Pison, dándole por cuestor á Lucio Flacco; quienes sin duda hicieron lo que los demás generales, disimular sus descabros, dar el nombre de grandes victorias á unas simples escaramuzas, y volver á Italia con buen número de despojos. Pison triunfó en Roma el año 69, ni mas ni menos que si hubiese sido un Metelo ó un Pompeyo. Las larguezas acostumbradas en los triunfos los hacian necesarios para los soldados y la plebe. Sucede á Pupio Pison, en dicho año 69 en la Ulterior solamente, el pretor Cayo Antistio Vetus. Plutarco en la Vida de César le llama Veter. Viene con él de cuestor un romano lleno de ambicion, de vicios y de gran-

des esperanzas. Tiene por nombre Cayo Julio César. Afable, cortés, suntuoso, magnífico en todas sus cosas, derrochador de lo suyo y de lo ajeno, denominado por sus depravadas costumbres el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos, aspiraba á dar vida al cadáver de la facción de Mario, ó por mejor decir á hacer redundar en provecho propio los recuerdos de todos los amigos de la plebe. Su patriotismo consistía en un deseo ardiente de ser en su patria el amo. Codiciaba para ella gloria, renombre, monumentos, riquezas, con tal que todos sus compatriotas se anulasen á los ojos del mundo, reconociéndole á él como único romano predestinado por los dioses para regir sus destinos. « Prefiero, decia, ser el primero en un villorrio, antes que en Roma el segundo. » Sertorio por el contrario habia dicho que preferia á todos los dictados de la tierra el título de ciudadano romano. Escipion Africano habia dicho á los régulos españoles que á sus ojos la corona real no valia ni una hoja de la de laural de un general « imperator. » En tal fuente, endulzada el agua, habia bebido César. Nombrado cuestor, dice Suetonio, CES. VII, pronunció en la tribuna un elogio de su tia Julia, y de su esposa Cornelia, muertas poco antes, y dijo: « Por su madre, mi tia Julia descendia de reyes; por su padre, procedia de los dioses inmortales. En efecto, de Anco Marcio descendian los reyes Marcios que dieron nombre á mi madre; y de Venus procedian los Julios, cuya raza es la mia. De suerte que en mi familia vemos unida la magestad de los reyes, dueños de los hombres, y la santidad de los dioses, árbitros de los reyes. » Cuando tales discursos se pronunciaban públicamente, sin duda la república no existia ya mas que de nombre. Acostumbrados los romanos á vivir derramando sangre, la

agena primero , la propia luego , necesitaban en la ciudad la vida de los reales , y en la paz el alimento de la guerra , los degüellos y los despojos ; y como estas cosas no podian obtenerlas sin alistarse y disciplinarse á las órdenes de algun jefe , habian llevado , por pura costumbre , á Roma todos los desórdenes de los acampamentos. El hombre mas lleno de audacia y de insolencia , ese era el ídolo de la muchedumbre.

Lo que hizo César la primera vez que vino á España lo refieren diversamente los autores. Segun Suetonio , fué á Cádiz , vió el templo de Hércules , y al contemplar en él la imágen de Alejandro Magno , dió un suspiro , pensando en que este rey á su edad habia ya llenado la tierra del terror de su nombre , y él no habia hecho otra cosa que engendrar deudas y torpezas. Plutarco da á entender que por falta de salud no hizo nada de provecho. Tenia , dice , la piel blanca y delicada , el cuerpo débil , la cabeza sujeta á frecuentes dolores , y era epiléptico , enfermedad de que sintió el primer asomo estando en Córdoba. Por otra parte era pródigo con sus soldados , y poco huidor de peligros y penalidades. Ignórase si él y Antistio permanecieron un solo año en la Ulterior , ó si prorogado el mando continuó en él Antistio , con César ú con otro cuestor en los tres años siguientes. En el año 65 hallamos de pretor en la Citerior á Cneo Calpurnio Pison , de quien nos dicen los autores que fué enviado á nuestra península como á un destierro , pues su ambicion le hacia peligroso en Roma. Si en la Ulterior no podian permanecer ociosos los romanos , tampoco se les daba descanso en la Citerior : de tal suerte que ese Cneo Calpurnio Pison murió batallando. Otro Pison mencionan los autores como pretor en el año 64 , aunque no le designan provincia. Tal vez fué Marco Pupio Pison que subió tres años despues al

consulado. No afirmaremos si ejerció el mando un solo año, ó si continuó en él en los 63 y 62. En el 61 vuelve Cayo Julio César, nó ya como cuestor, sino en calidad de pretor de la España Ulterior. Plutarco dice que al ejercer esta pretura, en uno de sus ratos de ocio, se echó á llorar leyendo la historia de Alejandro Magno. Es la misma anécdota de Suetonio con distinta escena y colorido. Aumentó por mitad el ejército, persiguió á los lusitanos y á los callecianos, dice Plutarco, y se adelantó hasta el mar exterior sujetando pueblos que jamás habian estado sometidos á Roma. Añade Plutarco que fué buen administrador, restableció entre varias ciudades, sin duda aliadas de Roma, la concordia, y procuró terminar las diferencias entre los acreedores y los deudores, disponiendo que estos cobrasen cada año solo una tercera parte de los réditos de sus bienes, y los acreedores el resto. Y para acabar con un rasgo maestro los toques de la pretura de César dice «que sacó de España grandes riquezas, apesar de haber sido espléndido con sus soldados, quienes le saludaron al tiempo de su partida llamándole IMPERATOR.» Suetonio no dedica mas que una línea á la pretura de César en España, diciendo que, «pacificada su provincia, se volvió precipitadamente sin esperar al sucesor.» Parece que daba tambien el nombre de bandidos á nuestros héroes de la independenciam, en lo que han tenido la candidez de imitarle muchos que se llaman historiadores de nuestra patria. Los lusitanos levantan gente y le hacen la guerra. Son unos ladrones á quienes es forzoso exterminar, pasando sus poblaciones á saco y á cuchillo. Los moradores de tierra de Coria, de Ciudad-Rodrigo y de toda la sierra Herminia no pueden avenirse á vivir en buena armonía con los enemigos de todos los pueblos. Acude César contra ellos,

porque en su sentir son unos bandoleros que no merecen cuartel, sino ser pasados todos á filo de la espada. De esta suerte se han enriquecido muchos grandes foragidos dando el nombre de bandidos á los despojados.

Segun un autor ya citado no van fundados los que creen que César permaneció en la Ulterior dos años. Ni paciencia tuvo, dice Suetonio, para esperar á su sucesor. Creen algunos que vino á reemplazarle, ya en el año 60, Publio Cornelio Léntulo Spinter; otros retardan su venida; y hay quien llega á creer que no vino sino con mando consular en el año 58, siguiendo encarnizada siempre la guerra de nuestra independencia. Quinto Cecilio Metelo Nepote, colega de Léntulo Spinter en el consulado, vino el año 57 con mando proconsular, y se cree que le fué prorogado para el año siguiente, en el que murió haciendo la guerra á los vacceos. Nuestra Academia de la Historia, en su Tratado de Cronología, confunde aquí los años y los consulados. Nace su error de haber tomado por una misma persona á Quinto Cecilio Metelo Nepote que fué cónsul el año de Roma 696, segun los fastos consulares, y á Quinto Cecilio Metelo Escipion Pio. No fué este quien murió en España como en aquel Tratado se dice; pues llegó á ser cónsul el año 700 de Roma. No hay dificultad en admitir en una pretura de España, muerto Quinto Cecilio Metelo Nepote, á Quinto Cecilio Metelo Escipion Pio: pero del proconsulado del primero en nuestra península da testimonio Plutarco en la «Vida de César;» y de la pretura del segundo no hay testimonio ni en Ciceron, lib. iv de sus Epístolas á Ático, como se ha supuesto, ni en otra parte que sepamos. Por este tiempo Cayo Julio César habia hallado en las Galias un pábulo á su actividad, y dirigido á Publio Craso, uno de

sus generales, contra los aquitanos. Años antes habian estos vencido y muerto á Valerio Preconino y desbaratado y deshecho al procónsul Malio : por lo que Craso tomó sus precauciones para poder abrumarlos con fuerzas superiores. Consiguíólo, les ganó una batalla, y los puso en gran conflicto. Tanto que llamaron en su auxilio á los cántabros y á otras tribus aliadas que moraban en la España Citerior. Acuden, dando el mando de sus tropas á varios capitanes que habian servido durante las guerras sostenidas por Sertorio. Tuvieron buenos jefes instructores, pero les faltó un general capaz de concentrar y dirigir sus esfuerzos. Abandonando de repente la táctica ibérica, á la cual debian la defensa de su independecia por espacio de tantos siglos, adoptaron la instruccion romana, segun se desprende del lib. III, cap. 13, de la Guerra de las Galias por César. Fortifican su campo, toman posiciones siguiendo la usanza de sus enemigos, y determinan vencer á Craso cortándole las comunicaciones, interceptándole los víveres, y obligándole á batirse en retirada. Pero Craso no podia perder tiempo. Sus enemigos recibian diariamente nuevos auxilios, y podia llegar un momento en que, trocada la defensiva en ofensiva, se hiciesen incontrastables. Craso los acometió en su propio campo. Defendiéronse en él con denuedo. Unos espías dijeron á Craso que el punto mas débil del campo enemigo era una puerta llamada Decumana, que ofrecia un fácil acceso. Craso anima á sus tropas, hace que no cejen un punto en la acometida, y mientras los cántabros están enteramente ocupados en rechazar á los que los embisten de frente, manda á la caballería y á cuatro cohortes de su reserva que den un gran rodeo y empiecen por retaguardia el verdadero asalto contra el campo ibero. La confusion

penetró en él de una manera espantosa. Cincuenta mil hombres que hubieran destruido á Craso peleando sin otras defensas que sus escudos, no pudieron moverse en su campo por falta de espacio, y perecieron en su mayor parte miserablemente, ahogados unos, derribados otros por masas compactas en los fosos, alcanzados algunos por la caballería de Craso. Jamás como entónces se ha visto otro mas fatal ejemplo de una repentina mudanza de instruccion en un ejército. Los cántabros debieron llevar luto nacional por esta calástrofe.

No cejaba un punto en la Iberia la guerra contra los invasores, y se creyó en Roma necesario erigir la España en provincia consular, designándola para que en ella desplegase sus talentos Pompeyo, nuevamente elevado al consulado. Probablemente Pompeyo desconfió del éxito, ó temió ver marchitarse sus laureles en aquella tierra á donde todos los generales iban á buscar triunfos y oro, y ninguno volvía sin legar á sus sucesores nuevas luchas. Ello fué que dirigió la guerra peninsular por medio de tres legados. Hasta este tiempo los pretores iban unos á la Ulterior, otros á la Citerior, y solo se necesitaban dos que compartian sus trabajos con los cuestores. Ahora no son dos ya solamente las guerras sostenidas por los independientes, sino tres los teatros de la lucha: en la Citerior uno, en la Bética otro, y en la Lusitania y la Galicia el tercero. Los gallegos habian sido mas bien sorprendidos y despojados por Decio Bruto y por Julio César, que vencidos. César habia llegado hasta la Coruña, visto el mar del norte, llevado á él una escuadra, y dado con esto los primeros pasos para registrar mas adelante el mar británico, buscando aquellas islas misteriosas de las que se contaban maravillas. Pero vueltos en sí de

su primera postracion aquellos habitantes cuyas mujeres, dice Apiano, peleaban con no menos brios que los hombres, tomaron tambien su parte en la guerra contra los opresores. Muy encendida debió estar por este tiempo cuando Pompeyo envió de refuerzo á España siete legiones, tres á Afranio, legado suyo en la Citerior, dos á Petreyo encargado del mando en la Bética, y dos á Varron á quien encomendó la Lusitania. Esto fué en el año 55. En el 54 hallamos en los autores que cierto Marco Publio sostuvo por parte de los romanos el peso de la guerra en calidad de propretor delegado por Pompeyo.

— Es comun opinion la de haber nacido por este tiempo el eminente geógrafo antiguo Estrabon, cuya descripcion de nuestra Iberia, que forma el libro tercero de su inapreciable Geografía, es para nosotros un tesoro. Y tanto mas, cuánto parece imposible que no la hubiesé recorrido toda quien nos da tan circunstanciadas noticias de sus poblaciones y de su topografía. Á diferencia de Mela, Solino y Justino, no se deshace en elogios de la península, antes dice que la mayor parte de sus comarcas no son propias para habitacion del hombre; que no se ven en ellas mas que colinas, selvas, y llanuras las mas de las veces áridas y cubiertas de una tierra ligera; que su parte septentrional es demasiado fria, su terreno rudo, sus comunicaciones nulas, y que es una region poco favorecida de la naturaleza; que al contrario la parte meridional, sobre todo la que está sita mas allá de las Colunas, es un país fertilísimo. Dada esta idea general de la Iberia, describe sus costas desde Calpe hasta el Cabo Sagrado, habla del Anas ó Guadiana, del Betis ó Tarteso, Perces segun Esteban de Bizancio, Circio segun Tito Livio, Guad-al-Kibir ó Rio-Grande, segun los

árabes. Al estrecho de Gibraltar le llama Estrecho de las Colunas, á la montaña de Gibraltar Monte-Calpe. Habla en seguida de la ciudad de Carteya á la que llama arsenal antiguo de los iberos; de la ciudad y río Belon; de Zelis, poblacion á la que Plinio llama Zilis, y Mela y Tolomeo Zilia; de la isla de Gades y del puerto de Menesteo; « de las dos bocas del Betis, dice, no lejos de donde existe el oráculo de Menesteo y la torre de Cepion bañada del mar por todas partes á imitacion del Faro; » de doscientas ciudades que se descubren subiendo por el Betis, Córdoba en su número, Hispalis, Betis, formada por los soldados de César, é Itálica; de Asta « en donde se reúnen las asambleas de los turdetanos » dice; de Castalon, mas allá de Córdoba, en donde afirma que aquel río cesa de ser navegable. Hablando como de cosas de estos tiempos, consigna que todo el comercio de la Turdetania se hacia con la Italia y sobre todo con Roma; que de ella se exportaba « mucho trigo, vino, aceite, cera, miel, legumbres, GRANA DE ESCARLATA, bermellon que no cede al de Sínopé. » Menciona las minas de la Turdetania; opina que Homero estuvo en ellas y recorrió las márgenes del Tarteso ó Betis; sostiene que á las ventajas de un país fértil acompañan los turdetanos las de unas costumbres dulces y civilizadas. Entra luego en la descripción de las costas occidental y septentrional de la Iberia, desde el Cabo Sagrado; habla del Tajo y de los demás rios de aquellas costas; de los pueblos y comarcas que dichos rios atraviesan; de los lusitanos y ártabros, y de sus costumbres. Dice que son hábiles en el arte de preparar emboscadas y de huir de las que les tienden; que eran ágiles, ligeros, y hacian las evoluciones militares con suma facilidad y destreza; que en la guerra usaban broqueles cóncavos,

del diámetro de dos piés y los llevaban sin asas pendientes de unas correas ; que usaban puñales y navajas ó grandes cuchillos , cotas de armas hechas de lino , muy pocas de malla, cascos de nervios tejidos, en lo cual no está conforme con Diodoro de Sicilia que se los da de cobre ; que los ribereños del Duero vivian á la usanza de los lacedemonios, se untaban con aceite dos veces al dia , usaban estufas calentadas con guijarros enrojecidos , se bañaban luego en agua fria , y no hacian mas que una comida diaria , frugal y limpia ; que eran muy dados á los sacrificios , examinaban las entrañas de las víctimas, sin arrancarlas del cuerpo en los sacrificios , y sacaban predicciones tocando las venas del pecho ; que llevaban largas cabelleras como las mujeres , y se las ataban , al combatir, en torno de la frente ; que á pié , á caballo , en la carrera , en el pugilato , por cohortes ó por pelotones , eran siempre soldados excelentes. Terminada esta descripcion hace la de las costas de la Iberia hasta los Pirineos desde Calpe ; da la lista de las poblaciones ; habla de la arqueología de algunas ciudades iberas ; hace una digresion en que defiende á Homero contra sus detractores ; menciona algunas causas que facilitaron las invasiones de los griegos y otros pueblos en la Iberia , diciendo ser la mas poderosa el espíritu de tribu que mataba allí en flor los instintos nacionales ; enumera los rios de dicha costa mediterránea y de las islas contiguas , las comarcas interiores , las montañas mas celebradas ; detiéndose en las producciones y costumbres generales de los iberos , en los caballos celtíberos que dice ser semejantes á los de los partos por lo airosos y por la velocidad de su carrera , en la especie de instinto que hace que los iberos se contenten con lo necesario y no ambicionen lo supérfluo , en la cir-

cunstancia de no ser conocido entre los gallegos ningun culto, y en los sacrificios que los celtíberos y sus vecinos de la parte del norte dedicaban las noches de plenilunio á su DEIDAD ANÓNIMA, dice, bailando toda la noche, reunida en corros cada familia. Afirma que los vetones, viendo á los romanos pasearse en sus reales, los tomaron por locos, creyendo que el hombre vicioso sino hace algo, ó no pelea, debe estar en reposo; dice que en su tiempo (el que estamos historian-do), se contaban acerca de los iberos, especialmente los del norte, muchas fábulas, prueba de que no eran aun muy conocidos; que tenian el vigor y las pasiones de las fieras; que las mujeres de los cántabros daban muerte á sus propios hijos antes que consentir en verlos caer esclavos; que un niño cántabro obedeció á su padre que le mandaba asir una espada y pasar con ella á sus propios padres y hermanos; que una cántabra degolló á todos cuantos cayeron con ella prisioneros; y por último que un cántabro se echó en las llamas de una hoguera para huir de la torpeza de algunos, romanos sin duda, que se entregaban á unos excesos detestables. Y termina Estrabon su pintura de la Iberia describiendo las islas Pituisas, Gimnesias ó Baleares, y los ejercicios y costumbres de sus honderos, la isla de Gades, su comercio, riquezas, tradiciones acerca de la fundacion de Gades, y un manantial notable que en ella existia; entrando por remate en una digresion sobre el flujo y reflujo de las aguas, en una pintura de varios árboles, y una descripcion de las islas Casitérides. Si se hubiese conservado su Historia General, como se ha conservado su Geografía, no tuviéramos que andar á caza de citas y autoridades para coordinar las memorias de estos tiempos. Pero quede consignado que lo que de él dejamos extractado debe referirse

á esta época, y nó á los tiempos ante-históricos como ha querido suponerse.

CAPITULO XII. Guerras de César en España contra Afranio, Petreyo, Varron; y despues contra los hijos de Pompeyo.

AÑOS 49 A 44 ANTES DE CRISTO.

Todos nuestros historiadores se detienen en las guerras de César, como si la España fuese ya por este tiempo enteramente romana, y ni un recuerdo dan á los independientes que seguian lidiando con mas ó menos próspera fortuna. No habian depuesto las armas: solo que á la sazón sucedió que los romanos, metidos en la ciénaga de sus reyertas intestinas, no se acercaban á los lindes de los iberos sino de tarde en tarde, y la guerra nacional quedaba reducida á unas efímeras correrías y escaramuzas. La guerra civil roía las entrañas de los invasores. Habíase aferrado Roma en querer tener un ejército permanente que le diese la posesion del orbe; y de él habian salido los generales, que ahora estaban engendrando césares. No era esto una novedad en la historia. Ya las primeras reuniones de hombres armados dieron origen á los Hércules; mas adelante, de otras reuniones habían salido los Joves; bien así como en la historia moderna veremos formarse nuevas legiones y salir de su seno los Napoleones. Nada se les podia negar á los guerreros que defendian la república, y la conquistaban nuevas regiones; y de recompensa en recompensa vinieron á entender que eran los árbitros de los destinos de su patria. Lo primero que, segun Plutarco, hizo César al subir al consulado, fué lisonjear á sus huestes proponiendo en su favor una reparticion de tierras y una distribucion de trigo. Al volver de la guerra de

las Galias, decian sus soldados que habían tomado por asalto ochocientas ciudades, sometido trescientas naciones, combatido de poder á poder en diferentes batallas contra tres millones de hombres; de los cuales mataron un millon, hicieron otros tantos prisioneros, y ahuyentaron el resto. Impusieron tambien tributo á los habitantes de las islas Británicas, á las que César en sus partes llamaba un nuevo mundo. Solo entregando su libertad podia el pueblo romano pagar tales servicios. La voluntad del jefe victorioso será el código del estado. En vano el tribuno Metelo en nombre de la ley querrá impedir que los soldados toquen al tesoro público: «el tiempo de las armas, dice César, no es el de las leyes.» Y si Metelo insiste, César le impone silencio, diciendo: «Si no callas, te mato, y ya sabes que me es mas difícil decirlo que hacerlo.» Tal era, segun Plutarco, el idioma de un romano armado.

Pompeyo habia huido con su ejército y gran parte de los patricios, creyendo que le seria fácil como á Sila volver con numerosas fuerzas para arrojar de Roma al nuevo Mario. Tambien César, despojado el tesoro público, se traslada á los acampamentos, de donde ha de salir la nueva constitución de la república. La Galia es suya, menos Marsella, á la que pone sitio. En España hay tres legados de Pompeyo, Varron, Afranio, y Petreyo, á quienes será necesario sujetar por las armas. El primero era muy inclinado á dar velas al viento de la fortuna, por lo que hablaba de César con cierta benevolencia; pero en cuanto vió que Afranio y Petreyo, reunidas sus legiones, iban á salir al encuentro del vencedor de las Galias para impedirle la entrada en España, dejóse tambien llevar de la corriente. Dice César que Petreyo hizo levass de gente y caballos en la Lusitania, y Afra-

nio en los celtiberos y los cántabros. Es dudoso que los cántabros guerreasen bajo las banderas de Afranio, aunque lo diga César para dar mayor valia á su triunfo. Afranio y Petreyo eligen por campo de batalla las cercanías de Lérida. Si eran inferiores en caballería fué una falta imperdonable. Tenian los de Pompeyo su cuartel general en Lérida. César se aseguró primero de su retirada hácia el Pirineo; luego procuró infundir confianza á sus enemigos para evitar su fuga; y por último se acercó á ellos hasta tenerlos á la distancia de cuatrocientos pasos. El ejército de César, dice él mismo en sus Guerras Civiles, ocupaba el espacio que media entre el Cinca y el Segre, y por medio de dos puentes echados en el último de estos dos rios recibia vituallas, refuerzos, y mantenia sus comunicaciones con la Alta Cataluña. Sostenidas varias escaramuzas de poca importancia, roto cierta vez y reparado un puente, un temporal de agua inundó el teatro de la lucha y arrebató á un tiempo los dos puentes. César se quedó encerrado entre el Cinca y el Segre, sin poder recibir víveres; Afranio por el contrario nadaba en la abundancia, por haber hecho de antemano un buen acopio de ellos y por tener expedita por el puente de Lérida su comunicacion con la ribera oriental del Segre. Un convoy que venia de las Galias hubo de retroceder mas que de paso, acometido por Afranio. La seguridad con que este campeaba por aquella ribera le fué fatal. Deseaba César que no pudiese replegarse hácia el interior de la España, sino compelerle hácia el mar, é impedirle que cruzase el Ebro. Alentado Afranio con sus ventajas parciales no conoció su situacion sino cuando se vió perdido. Con odres y cueros, por el estilo de los bretones, formó César un nuevo puente y tomó posicion en la opuesta margen del Segre. Ya no le

faltaron ni vituallas ni aliados. Las tribus comarcanas comenzaron á dudar de la fortuna de los legados de Pompeyo, y á creer en la del vencedor de las Galias. Por momentos le iban faltando á Afranio los recursos, y César veía acrecentarse los suyos. La natural retirada de Afranio era la Celtiberia, en donde habia muchos pueblos aliados de Roma, y acostumbrados á obedecer al vencedor de Sertorio. Pero César habia ocupado tales posiciones, que por medio de una marcha forzada cerraba á su enemigo el paso hácia el centro de la Iberia. Otra ventaja tenia sobre los delegados de Pompeyo; y es que en su campo él era el único jefe, que á nadie daba parte de sus planes; pero en el de sus contrarios habia dos jefes, que debian ponerse de acuerdo antes de dar un paso decisivo. Determinaron estos replegarse y pasar el Ebro. César cruzó el Segre, y echó sobre ellos su caballería para detenerlos. Temia que ocupasen antes que él unos desfiladeros desde los cuales podian defenderse pocos contra muchos, mientras su ejército efectuaría aquel paso deseado. En otras ocasiones Afranio habia dado pruebas de ser un jefe sobremañera activo; pero esta vez obró pausadamente. César tenia una mirada penetrante; y habiendo salido á una descubierta, volvió sereno y gozoso á sus reales. Para llegar á aquellos desfiladeros era necesario cruzar una llanura. Afranio intentó pasarla de noche, y aun dió á sus tropas la órden de ponerse en movimiento. Notólo César, é hizo dar al momento el toque de marcha. Alarmado su enemigo se detuvo, y cuando quiso recobrar el tiempo perdido ya no pudo. César, conocido el terreno que pisaba, tomó una senda escabrosa que al principio parecia alejarle hácia Lérida, pero despues le fué acercando al Ebro hasta ponerle á la altura de la vanguardia de Afranio. Este fué el movimiento

decisiyo. Los soldados de Afranio conocieron que tenian por contrario á un jefe muy superior al suyo en conocimientos militares, y se sintieron descorazonados. Al contrario los de César pedian á gritos que los lanzasen contra aquellas huestes conturbadas. César se negó porque estaba seguro de obtener la victoria sin derramamiento de sangre. Ya los soldados de uno y otro campo, en vez de dirigirse dieterios, hablaban de la necesidad de formar un solo ejército y de ahorrar sangre romana. El mismo Afranio se inclinaba á dar oídos á un acomodamiento. Petreyo fué quien se mostró mas duro é inflexible. Ya no se trataba de pasar el Ebro, pues César les tenia cerrado el camino. Unos deseaban tomar la vuelta de Lérida en donde hallarian algunas vituallas; otros querian dirigirse á Tarragona en donde podrian esperar socorros: los mas lamentaban su suerte, la pérdida de sus bagajes, y la continua alarma en que los tenia la caballería de César. Distintas veces los dos ejércitos se formaron uno en frente de otro en órden de batalla; pero Afranio y Petreyo vacilaban en dar la órden de la acometida, y se volvian de noche á sus reales. Intentaron últimamente pasar el Segre como habian intentado pasar el Ebro; pero la caballería de César les impidió la realizacion de este último recurso. Entónces se rindieron, con la condicion de que sus tropas saldrian de la provincia y serian licenciadas. Vencidos en muy poco tiempo aquellos dos legados, se encamina César contra Varron. Habia este formado dos legiones y treinta cohortes auxiliares, pedido á los gaditanos diez galeras, otras varias á Hispalis, sacado del templo de Héreules todas las riquezas, y preparándose para sostener la campaña. Un edicto dado por César bastó para separar de la obediencia de Varron las ciudades de la Bética. Todas en-

viaron diputados á César en cuanto hubo entrado en Córdoba, cuyos moradores le abrieron las puertas. No necesitó meditar ningún plan de campaña. Los pueblos arrojan fuera de sus muros los presidios puestos por Varron, y piden guarniciones á César. La misma Gades los imita; Hispalis recibe á una de las legiones de Varron que se declara por César: y por último Varron se ve obligado á entregar al vencedor el resto de los soldados que le quedan. Hízolo como hombre probo, dando cuentas de los caudales, víveres y pertrechos que estaban á su cargo. César queda dueño de la España romana. Muéstrase generoso y magnífico con todo el mundo; con los pueblos que no le han hostilizado, con los soldados que no han querido hacerle la guerra, con el mismo Hércules á quien manda devolver las joyas que adornaban su templo, seguro de que serán suyas cuando las desee; y luego se embarca para Tarragona, desde donde sale por tierra para Narbona y Marsella, y recibe la noticia de que Roma acaba de nombrarle dictador nuevamente. Esto pasó en nuestra Iberia el año 49 antes de Cristo. Y es probable que la magnitud y trascendencia de tales sucesos mantuviese suspensos los ánimos de los romanos y de sus aliados, impidiéndoles pensar en la España independiente que tuvo de esta suerte algunos días de respiro. El uso que hizo César de su dictadura fué levantar el destierro á los proscritos de Sila, y dar por libres á los deudores del pago de una parte de los intereses de sus deudas. Luego despues dimitió, nó la autoridad suprema, sino el título de dictador, y se eligió á sí mismo cónsul.

En el año 48 nombran los autores como propretor de la España Citerior á Marco Emilio Lépido. Dion y Apiano le dan aquella dignidad; y aunque Hircio, el continuador de

los Comentarios de César, le llama procónsul, es error manifiesto, pues hasta el año siguiente no subió al consulado, y solo en el 46 hubiera podido ejercer mando proconsular en nuestra tierra. Entretanto César, sojuzgada la España romana, llevó las armas contra Pompeyo. En el Epiro, junto á Apolonia, no le fué favorable la suerte; pero en las llanuras de Farsalia ganó una victoria decisiva. Dice Plutarco que en el campo de batalla, viendo la multitud de cadáveres de sus enemigos, arrancó del pecho un suspiro diciendo que una cruel necesidad le había obligado á causar tanto estrago, pues si hubiese depuesto las armas le hubieran condenado. Escusas de un bajo egoísmo que antepone á la salvacion de la patria las satisfacciones de un orgullo desatentado. Cuando Teodoto le presentó en Alejandría la cabeza de Pompeyo, apartó con horror la vista; pero lloró de alegría cuando le entregaron el sello del vencido. Su guerra de Alejandría le desdora como militar y como hombre de estado, á quien el triunfo había dado vértigos. Al salir de la Ulterior había dejado en ella en clase de propretor á Quinto Casio Longino, hombre poco dado á la behevolencia, y sí muy inclinado á tomar venganza de las injurias pasadas, por antiguas que fuesen. Siendo cuestor no había ya corrido bien con los naturales, y ahora se mostraba con ellos receloso y antojadizo. Algunas refriegas sostuvo contra los independientes, singularmente, dice Hircio, contra los habitantes de Medobrega en la Lusitania, á quienes arrojó de su ciudad y los persiguió despues en la misma Sierra Herminia. Con los soldados se mostraba dadivoso, acaso en demasía para poder mantener en su debida firantez los lazos de la disciplina. Tenia deudas, pues parece que los tenientes de César procuraban imitar en esto á su caudillo: y

determinó pagarlas á expensas de la provincia. Tuvo la satisfacción de atesorar mucho oro , y en pos de él un odio inextinguible. Conociendo que era aborrecido , aumentó el número de sus tropas formando una nueva legion y un cuerpo de tres mil caballos. Á la verdad César le instaba para que, reunido un cuerpo de ejército, se dirigiese por la Mauritania contra los numidas y su rey Juba ; y Casio obedecía, juntando al mismo tiempo una escuadra de cien velas. No hay pues que cargar sobre el teniente toda la responsabilidad que debe pesar sobre el jefe. César habia venido á España , antes de ir contra Pompeyo , porque decia (Suetonio , 34) que allí combatiría contra un ejército falto de generales , para poder en seguida batallar contra un general falto de ejército. Esto dijo por lo alto ; pero en sus adentros sabia que nuestra Iberia era la tierra del oro , y que no saldría de ella con las arcas vacías. Suetonio , cap. 54 , añade que el desinterés en sus gobiernos ni en sus magistraturas no fué la virtud de César ; y afirma estar probado que en España recibió de sus aliados fuertes sumas destinadas al pago de sus deudas personales , y que por la sed de oro entregó al saqueo varias ciudades de la Lusitania , á pesar de haberle opuesto la menor resistencia y de haberle abierto de par en par las puertas. Casio fué un digno discípulo suyo. Pero como le faltaba el prestigio que dan de sí el genio y los triunfos , sus mismos allegados se declararon contra él abiertamente. Algunos moradores de la colonia romana de Itálica , conjurados , intentaron matarle. Créese que estalló la alteracion en el momento en que Casio anunció que las legiones nuevamente organizadas debian trasladarse á África. Casio tuvo la fortuna de escapar con una sola herida de que sanó en breve. Ya tuvo nuevo pábulo su avaricia. Los

que no pudieron comprar la vida á peso de oro , la perdieron en el patíbulo , sufrido antes un atroz tormento. Bastaba ser rico para ser incluso en las listas de los conjurados: y Casio pudo decir que halló en una conjuración una mina inagotable. Nadie podía ya soportar tan odiosa tiranía. Las mismas legiones dan el grito de la sublevación. Acude contra ellas ; y entónces las fuerzas que deja en Córdoba abandonan su causa , y se ponen bajo el mando de Marcelo. Las alteraciones tomaron desde luego el carácter de una guerra civil , pues los generales inferiores deseaban imitar ó parodiarse el ejemplo de los grandes. Torio , uno de los sublevados , se declara en favor del partido de Pompeyo que aun se sostenia en África: pero los ruegos de los habitantes de Córdoba , que no aborrecían á César , sino á su teniente Casio , recabaron que se hiciese caso omiso de César y Pompeyo , y solo se pensase en arrojar de la provincia á un pretor indigno. Quedó Marcelo por único jefe de los enemigos de Casio. Junta esté el resto de las tropas que le han permanecido fieles , entra en territorio de Córdoba , pasándolo todo á sangre y fuego , y llama en su auxilio á Bogud , rey de la Mauritania , y á Marco Lépido , pretor por César en la España Citerior. Entretanto Casio y Marcelo alinearon distintas veces sus tropas en orden de batalla , pero vacilaron en dárla , temerosos del éxito , y Casio se limitaba á desplegar su caballería que era superior á la de Marcelo. Al principio tuvo que batirse este en retirada ; pero luego fué ganando terreno , é hizo replegar á Casio hasta las murallas de Ulia , que se cree ser la Monte-Mayor de nuestros tiempos. Ni aun aquí se dieron batalla , pero Marcelo formó una línea de fortificaciones para encerrar en Ulia á Casio y los suyos. De repente aparece Bogud , el rey de la Mauritania,

y acomete el campo de Marcelo. Por una y otra parte hubo pérdidas considerables, pero la línea de Marcelo no pudo ser rota. No tardó mucho en comparecer también Lépido venido de la Citerior con treinta y cinco de sus mejores cohortes, mucha caballería, otras tropas auxiliares, y ánimo de reconciliar á Casio y á Marcelo. Este se mostró confiado y obsequioso con él, poniendo vidas é intereses en sus manos; pero Casio se mantuvo, como siempre, receloso: por lo que Lépido y Marcelo obraron desde luego de concierto. Ya entonces se vió perdido Casio, y solo pidió que se le abriese paso para poder retirarse escoltado por sus propias tropas. Estando en tratos, la hueste de Bogud volvió á renovar las hostilidades, sea que la instigase Casio, ó que Bogud deseara vengarse del contratiempo pasado. Muchos soldados de Marcelo sucumbieron en esta brusca arremetida; pero Lépido acudió en su socorro, contuvo á los mauritanos, y restableció el sosiego. Firmado el convenio, Lépido y Marcelo partieron para Córdoba; y Casio tomó la vuelta de Carmona; y, llegado que hubo Trebonio para reemplazarle en el mando, juntó sus tesoros y se trasladó con ellos á Málaga. Era tan vivo el afán que llevaba para poder salvar el fruto de su gobierno, y tal el temor que le sobresaltaba de que Lépido, Marcelo ó Trebonio le quisiesen tratar como á súbito, que dió la vela desde Málaga, aunque ni el viento, ni la mar, ni la estación le brindaban. En el puerto de los Alfaques quiso pasar la noche, tal vez temeroso de piratas, y al día siguiente continuó su rumbo: pero un temporal deshecho le sumergió con todas sus riquezas. Ya hemos dicho que, en calidad de gran devastador de sus gobernados, no hizo otra cosa que imitar á César. Este acababa de triunfar en África, venciendo al último de los Escipiones y con-

siguiendo que Caton se suicidase en Útica. Cuando entró en Roma, de vuelta de sus campañas, se hizo lenguas en alabanza de sus propios triunfos, como buen general que, pareciendo dar el parabien á sus soldados, se lo da á sí propio. Dijo que ya Roma no debía temer los rigores del hambre, pues las comarcas que acababa de conquistar eran inagotables en trigo y en aceite. Luego despues, triunfó tres veces seguidas, la primera como conquistador del Egipto, la segunda como á dominador del Ponto, la última como á vencedor del rey Juba. Roma se convirtió en una sala de banquete. Diéronse festines públicos en que habia veinte y dos mil mesas para los ciudadanos. Finidos estos asombrosos festejos, se sacó el censo del pueblo romano, y se vió que antes de esta guerra civil existian en Roma trescientos veinte mil ciudadanos, y ahora no quedaban mas que ciento treinta mil. Es decir que sola Roma, sin contar la Italia y las provincias, habia perdido ciento noventa mil ciudadanos. No por esto la guerra estaba terminada. Nuestra península volvía á ser cual nunca teatro de unas lides encarnizadas. Vencido Farnaces en África, los que habian podido salvar las vidas huyendo, buscaron un asilo en la España Ulterior acaudillados por el jóven Cneo Pompeyo.

Cayo Trebonio no habia sido mas afortunado que Casio en su gobierno. Sea que una parte de sus tropas fuese mas adieta á la república que á César, ó bien que muchos no esperasen medrar sino á la sombra de los bandos y alteraciones, es lo cierto que, sublevadas, muchas cohortes negaron la obediencia á Trebonio, y eligieron por jefes á Quinto Escápula y Quinto Aponio para alzar luego enseñas por los hijos de Pompeyo el Grande. En los años 47 y 46 antes de Cristo, mientras César recorría el Egipto, daba á las llamas

la biblioteca de Tolomeo, por una sonrisa ofrecia un reino á Cleopatra, sujetaba el África, y triunfaba, la parcialidad de Pompeyo hizo grandes progresos en nuestra Iberia. La parte independiente permaneció tranquila. Por mar la escuadra de César, mandada por Didio, triunfó de la de Varo. Floro dice que ambas fueron sumergidas. De las ciudades sujetas al romano, unas se declararon por Cneo y Sexto Pompeyo, y otras escribían á César que enviase á España refuerzos si no queria dar por perdida la península. En medio del esplendor de su gloria, cuando pedia ya altares á los romanos y los honores debidos á los dioses, pareció que le despertaba de un letargo ese nuevo llamamiento bélico. Sus enemigos ya no existían; habíalos visto tendidos por cohortes, por legiones y ejércitos; habia tocado con sus propias manos la cabeza de Pompeyo; y habia visto humear las entrañas de Caton, el postrer de los repúblicos: y cuando se creia árbitro del universo, le decían que en los hijos de sus víctimas retoñaba la sangre de sus padres espumeando odios. Inflámase otra vez su ardor guerrero, y vuelve de nuevo á nuestra tierra en donde las luchas parecen inextinguibles. Ya no llamará bandidos solamente á los iberos: lo son tambien para él esos hijos de su mayor enemigo que vienen á pedirle cuenta de los dias de vida que arrancó á su padre.

Quinto Fabio Máximo y Quinto Pedio fueron legados de César en España en los años 46 y 45. En veinte y tres dias se trasladó César de Roma á Sierra Morena; y desde luego una diputacion de Córdoba le insta á que haga una tentativa contra esta plaza, ocupada á la sazón por Sexto Pompeyo; mientras su hermano Cneo tenia sitiada la de Ulia. Tambien los moradores de esta ciudad, sabida la llegada de César,

le hicieron pedir un pronto socorro. Envióselo César por medio de Julio Pacieco, quien á favor de una noche tempestuosa entró vituallas en la plaza y un refuerzo de seis cohortes y algunos caballos. Socorrida Ulia, se encamina César á Córdoba. Presenta primero solo su caballería á la vista de la plaza; salen contra ella algunas fuerzas enemigas; pero entónces de la grupa de cada caballo de César salta un legionario, y caballería é infantería, de concierto, abruman á los cordobeses. Alarmado Sexto Pompeyo escribe á su hermano cuán conveniente es que venga con sus tropas contra César. Cneo levantó el sitio de Ulia, y acude á donde le llama Sexto. Durante algunos dias, en las márgenes del Betis, procuró César llevar á sus enemigos al trance de una batalla; mas no pudo conseguirlo. Cneo fortificaba sus reales con todo el esmero de un general romano, y no permitia á sus tropas otros combates que las escaramuzas de las que salia casi siempre mal librado su enemigo. Echado un puente sobre el Betis queria César cortar las comunicaciones entre Cneo y los cordobeses; pero hubo de desistir de su intento perdida alguna gente que murió ahogada. Retírase César hácia Ategua ó Teba la Vieja, y pone sitio á esta plaza. Cneo le sigue, acomete algunas de sus partidas sueltas de caballería, las destroza, y toma posicion entre Ategua y Ucubis, cruzado el Salsum ó el Salado de Poreuna. Constaba su ejército de trece legiones, pero solo podia contar con cuatro, es decir con veinte mil hombres, pues los demás eran auxiliares en su mayor parte. En caballería y en infantería ligera era el ejército de César muy superior al de sus contrarios. Conocia Cneo que hacer perder tiempo á César era desacreditarle en la opinion de los romanos, y por lo mismo continuaba en su propósito de evitar una batalla decisiva. In-

tentaba sí sorpresas y golpes de mano atrevidos. Habia César tomado una altura entre su campo y el de Cneo ; envia este contra él un cuerpo de tropas para sorprenderle , pero es rechazado. Lleganle de Italia á César nuevos refuerzos de caballería ; lo sabe Cneo y se retira hácia Córdoba ; un régulo , por nombre Indo , que se habia puesto á las órdenes de César con tropas iberas , se echa sobre la retaguardia de Cneo creyendo que va fugitivo ; pero es derrotado y preso. Era tal el furor con que César hacia la guerra , que mandaba cortar las manos á cuantos cogia llevando mensages de Córdoba al campo enemigo. Los de Teba hacian una resistencia admirable. Sus falaricas arrojaban contra los sitiadores dardos incendiarios que les causaron graves pérdidas. César habia emprendido esta campaña en lo mas rudo del invierno , y la sostenia con constancia. Ategua no se rindió hasta entrado el mes de marzo del año 45. El anterior habia sido llamado año de la confusion , por constar de cuatrocientos cuarenta y cinco dias , pues César arregló en él el calendario viendo que las estaciones venian ya completamente confundidas. Uno de los meses le fué consagrado y se llamó Julio.

No por haber caido Ategua se dió Cneo por vencido. Retiróse hácia Ucubis ó Atubis , y atrincheró bien sus reales. El autor de la Guerra de España afirma que Cneo condenó á muerte á setenta y cuatro habitantes de aquella ciudad por creerlos partidarios de César. Ni en uno ni en otro campo se daban oídos á la humanidad ni á los sentimientos magnánimos. Los mismos pueblos aliados de Roma tomaban parte en favor de alguno de los dos bandos con un encarnizamiento deplorable. En Osuna ó Ursaona tuvieron lugar unas alteraciones lamentables ; y un partidario enardecido salió de la plaza , y reunidas algunas tropas volvió á ella de noche y

pasó á cuchillo á todos sus enemigos. Continuaba siendo teatro de la guerra la comarca que se extiende entre el Bétis, el Guadajoz y el Salado de Porecuna. En él avanzaban, y retrocedían, se amenazaban y se tenían en jaque continuo los dos generales César y Cneo. En Soricaria ó Soricia tuvieron un encuentro, pero luego Cneo hizo tocar retirada. Hasta aquí ha podido comprenderse la campaña segun el autor de la Continuacion de los Comentarios de Julio César. En adelante es ya imposible. Dice que Cneo levantó sus reales, se fué á Hispalis, volvió á Ucubis, la entregó á las llamas, entró en Carruca, la incendió, y se extendió por la llanura de Munda, siguiéndole siempre el general enemigo. La imaginacion no puede concebir una marcha tan extraordinaria como la de Córdoba á Sevilla, ni menos la de Sevilla á Ucubis, sin que en la ida ó en la vuelta mediase batalla con César; y casi parece necesario suponer que el nombre Hispalis se puso equivocadamente, ó se dió por aquel tiempo á otra poblacion fuera de Sevilla. Tampoco se concibe que Cneo se encaminase hácia la Munda de las cercanías de Málaga, antes parece mas natural que se dirigiese á otra Munda de la que habla Estrabón, lib. III, cap. 2, fol. 141, cuando dice que distaba poco de Córdoba, lo mismo que Osuna, y añade que era la de mas nombradía entre otras que enumera. Hay, pues, necesidad de entender que no fué la Hispalis (Sevilla) á donde se dirigió Cneo, ni la Munda (Monda) en donde se detuvo; antes es de presumir que no se alejó mucho de las orillas del Genil en su retirada. Como quiera, ello es que existió una Munda en cuyas cercanías estuvo á punto de eclipsarse la estrella de César. En otras batallas habia lidiado por la victoria, y en esta lidió por la vida. Sea que viese en Cneo la prudencia y serenidad

mental de Pompeyo el Grande, ó ya que le pareciese demasiada fortuna le de una prosperidad no anublada por ningun contratiempo, vaciló en este dia supremo como un hombre que ha ganado en un juego de azar sumas inmensas, y las echa todas sobre un naípe. Una llanura separaba los dos campos. Cneo se apoyaba en Munda que le guardaba las espaldas. Ya hemos dicho que de sus trece legiones podia contar solamente con cuatro, ó sea veinte mil hombres. Su infantería ligera llegaba á seis mil hombres. Téngase en cuenta que los partidarios de César son los que suponen que Cneo acaudillaba cerca de ciento cuarenta mil hombres, sin duda para dar mas importancia al triunfo del primero, que solo contaba con cuarenta y dos mil hombres, la quinta parte ginetes. Es mas verosímil suponer que los ciento cuarenta mil hombres los tenia á sus órdenes Cneo contadas las guarniciones de toda la provincia. Dada la órden, descenden al llano los soldados de César, creyendo que los de Cneo harán otro tanto y que la batalla se dará en mitad de la llanura. Pero Cneo esperó en sus posiciones á los enemigos. Estos se paran en mitad de la llanura, excitados por la marcha, é impacientes porque los detienen allí las órdenes de su jefe. Cneo se deja llevar de un ardor peligroso, creyendo que los soldados de César vacilan, y da la órden de salir á su encuentro. El choque fué impetuoso, y muy luego se llegó á las espadas. Entre los antiguos eran las batallas una serie no interrumpida de duelos parciales en los cuales el que volvia la espalda era víctima. Los soldados de César estuvieron á punto de volverla; y su general tuvo necesidad de mezclarse entre los combatientes, dice Floro, como un hombre furioso. Una circunstancia inesperada favoreció á César. El africano Bogud, que militaba por él, viendo que este no le

daba ocupacion, no se avino á permanecer ocioso y probó un golpe de mano contra los reales de Cneo. Labieno, teniente de Cneo, hizo movimiento con parte de su hueste contra el africano. Paréceles á los soldados de Cneo que Labieno emprende la fuga, y cunde entre ellos el espanto. César que conoció la causa de su desaliento, la acrecentó dando con sus legiones una nueva arremetida á la que debió la victoria. Es fama que quedaron en el campo de batalla treinta mil soldados de Cneo. El resto se encerró en Munda, y se defendió hasta haber agotado todos los recursos. El vencedor perdió allí la flor de sus legiones, y se afirma que tuvo la inhumanidad de cercar á los sitiados con un valladar formado de cadáveres. Sexto Pompeyo no estuvo en la batalla; y así que en Córdoba tuvo noticia de su pérdida, se salió de la plaza y huyó á la Citerior esperando mejores tiempos. Cneo se habia corrido hasta Carteya.

Si la Munda de la batalla hubiese sido la Monda que conocemos, César no hubiera dado descanso al fugitivo teniéndole cerca; por el contrario se echó contra la plaza de Córdoba, degolló en ella á veinte y dos mil partidarios de su enemigo, é hizo despues un amago sobre Sevilla. Estaba esta ciudad, como todas las de la provincia, dividida en dos parcialidades. Una de ellas dió entrada á las tropas de César; la otra pasó la nueva guarnicion á cuchillo; pero, creyéndose despues bastante fuerte para hacer una salida y quemar las naves que tenia César en el rio, no lo consiguió, antes los que la habian incitado á tal temeridad, cortaron á sus huestes la retirada, y las hicieron perecer á manos del dictador, míseramente. En Carteya temblaron sabidos éstos degüellos; y noticiosos de que César se adelantaba camino de Asta, y que esta plaza se le habia rendido, pensaron en

arrojar de su ciudad á Cneo. No pudieron efectuarlo sin lucha, de la que salió herido este general, y se embarcó apresuradamente. Siguióle su escuadra compuesta de treinta naves; pero su adversa suerte quiso que Didio, jefe de la armada de César, se diese tal diligencia en perseguirle, acometerle, incendiar ó apresar sus naves, que al fin se vió reducido á tomar tierra. Acosado en ella como una fiera, fué descubierto, y su cabeza presentada al dictador terrible. Ignórase si se sonrió ó si derramó una lágrima: se sabe sí que, obtenido este triunfo, se volvió á Roma, dejando á cargo de sus legados la terminacion de la guerra. ¿Qué hacian en tanto los independientes? De los autores romanos solo se desprende que los lusitanos se echaron sobre Didio, jefe de las fuerzas navales de César, le sorprendieron en tierra, le dieron muerte, y le quemaron la flota, obtenido antes un botin considerable. Queda en la península por legado de César Cayo Carrinate, creyendo sin duda que va á disfrutar de una paz envidiable. Pero no todos los Pompeyos han muerto; y Sexto, que se ha salvado, conserva las tradiciones bélicas arraigadas en su familia. Recluta partidarios, los instruye, les da armas, sale á campaña, y triunfa en breve de Carrinate. Asilio Polion viene en el año 44 á la Ulterior: tambien le vence Sexto Pompeyo. Es maravilloso este nuevo levantamiento de la faccion de Pompeyo en una comarca en donde acababa de dejar tantas víctimas sacrificadas por su implacable enemigo: y no puede caber duda en que eran escasas las simpatías que habia dejado César en nuestra Iberia, ó bien hay que confesar que el derramamiento de sangre es el peor de todos los medios para asegurar el triunfo de una causa.

Llegado César al mas alto punto de su prepotencia, se

hizo insoportable por su orgullo así en España como fuera de ella. No contento, dice Suetonio, con aceptar honores excesivos, como el consulado vitalicio, la dictadura perpetua, la censura, el título de IMPERATOR, el renombre de padre de la patria, una estatua entre los reyes, y un trono en la orquesta, permitió ó exigió que se le tributasen honores solo propios de las divinidades. En el senado y en el tribunal un asiento de oro, en las magnificencias del circo un soberbio carro en el que era llevada religiosamente su imágen, en los templos unos altares y estatuas de par con las de los dioses, un lecho sagrado, sacerdotes especiales, y todo cuanto podia dar complacencia á un ser desatentado. Despreciador de las leyes y de los usos de su patria, repartia á su antojo las magistraturas para muchos años. Decia que la república era un nombre vano; que Sila ignoró todos los principios de la ciencia del gobierno, puesto que dimitió la dictadura; y que todos debian hablarle en adelante con respeto y mirar como una ley las palabras que salian de sus labios. PRO LEGIBUS HABERE, QUÆ DICAT. SUETONIO, 77. Habiéndole anunciado cierto arúspice un mal presagio, diciendo que no se habia hallado corazon en una víctima, respondió que tenia en su mano toda la felicidad de los presagios. Quiso en una palabra concentrar en su voluntad todas las instituciones divinas y humanas. Tenia constantemente á su lado una guardia personal compuesta de españoles, que le seguian, llevando en la mano las espadas. Atribúyesele la sentencia, tan repetida despues de él, de que la mas envidiable de las muertes es la inesperada y repentina. Si le li-sonjeaban coronando sus estatuas con orlas de laurel y una blanca lazada, signo de la magestad real, indicaba que queria algo mas, diciendo « que era César y nó rey, » con lo



que queria significar que un IMPERATOR , ó caudillo de ejércitos , era rey de reyes. Tuvo el fin que deseaba. En el senado mismo , sentado en su sitial de oro , cuando creia que los patricios romanos iban á rendirle los homenajes debidos á un descendiente de Venus , y á la personificacion en la tierra del dios potente dispensador del rayo , los mismos senadores conjurados le dejaron cadáver , en los idus de marzo del año 44 , dias que fueron llamados parricidas. Tenia á la sazón cincuenta y seis años. Habia dicho que legaria á su patria los horrores de las guerras civiles ; y en efecto , aunque se creia dios , no podia legarla otra cosa que la obra de su ambicion insaciable. Los matadores debieron , pues , morir como él de muerte violenta. Así acabó el que habia cubierto nuestra tierra de cadáveres , dado á saco muchas de nuestras ciudades sin que la guerra lo legitimase , despojado los templos , entre ellos antes de su última partida el de Hércules , y dado á los iberos independientes el nombre de bandidos.

Rendida Munda , entrada Osuna , castigados con la última pena los partidarios de Cneo , ya dijimos que no habia quedado pacífica la Península , ni aun la parte dominada por el romano. Sexto Pompeyo habia vuelto á encender en el corazón de la Celtiberia el fuego de la guerra civil recientemente apagado en la Bética. Algunas tribus iberas le auxiliaron , en su número los jacetanos ó lacetanos como los llaman otros. Los restos de la facción vencida por César acudieron bajo sus banderas , no solo de la Citerior y de la Ulterior , sino tambien del África. Entre los numidas no habian hecho los romanos otra cosa que derribar algunas dinastías y entronizar otras , y los caidos se apresuraban á buscar amistades y auxilios entre los amigos del dictador su-

premo. Arabion, régulo africano, derribado por Boco, fué uno de los que acudieron al campo de Sexto Pompeyo, y le ayudaron á derrotar completamente á Asinio Polion, legado de César. Aunque Polion ejercia mando en la Ulterior, fué arrojado de ella, alcanzado no muy lejos de Cartagena, batido en batalla campal y deshecho con pérdida de la mayor parte de sus tropas. En la Citerior ejercia mando Marco Emilio Lépido, general contemporizador que en ocasiones graves habia dado pruebas de cierta cordura y templanza poco comunes en los de su clase. Créese que tambien le estaba confiada la Galia Narbonesa. Muerto César, no vaciló en entrar en negociaciones con Sexto Pompeyo hasta que le indujo á volver á Roma, levantado su destierro, y á dar por terminada con esta transaccion y avenencia la guerra civil en la Península.

Desde este momento peligró mas que nunca la Iberia independiente. Tenian los romanos ya completamente conquistadas las Galias Narbonesa y Transalpina; suyas eran la Aquitania, la Céltica, la Bélgica; cruzado el estrecho británico habian investigado y reducido á su dominacion la Bretaña; las islas del Mediterráneo oriental y occidental les obedecian; el Rin era un rio romano; la Liguria, la Galia Cisalpina, toda la region comprendida entre los Alpes y el Adriático eran posesiones suyas; la Iliria, la Macedonia, y la Tracia eran sus súbditas; Argos, Atenas, Corinto, Tebas, Esparta, la Grecia entera quedaba uncida á su yugo; la region del Ponto, tan celebrada, la Misia, Troya la progenitora del primer romano, la Lidia, la Caria, la Licia, la Cilicia, la Siria, la Fenicia y las ruínas de Tiro, eran propiedades de Roma; la Palestina y las tribus de Israel acataban sumisas al vencedor de sus vencedores; la Arabia

Petrea , el Egipto , la Libia, la Cirenáica , la parte del África en que fué reina Cartago, la Numidia en fin y la Mauritania, se habian acostumbrado á tener al romano por señor y dueño: todos esos pueblos, comarcas, tribus, naciones é imperios habian sido sojuzgados ; y sin embargo existia una region á cuyas puertas estaba llamando Roma hacia ciento setenta y cinco años , desplegada toda su pujanza , y no habia podido uncirla á su carro de triunfo. Tal era la patria de los cántabros, de los gallegos mas sitos al norte, y de los astures. En otras comarcas la pérdida de una batalla , la ruína de una tribu aliada , el incendio y destruccion de alguna ciudad famosa , infundian tal terror en los ánimos , que unos tras otros acudian los pueblos á rendir tributos al vencedor afortunado. No así aquellas tribus ibéricas. En un cabo de ese mismo Pirineo que les daba defensa y abrigo, habia succumbido Emporias ; despues Ausa , Ilerda ; Osea , todas lidiando con gloria ; á las llamas de Sagunto vieron sucederse el degüello de Cartagena , la toma de Iiturgis , la ruína de Astapa : á las huestes del primer Africano , devastadoras de nuestra tierra , vieron seguirse las de Marco Porcio Caton, que se jactaba de haber tomado quinientas ciudades , las de Tiberio Sempronio Gracco que se vanagloriaba de haber destruido trescientas , y las de Lúculo y Galba que habian jurado acabar con los iberos por exterminio ; vieron levantarse , crecer , y sucumbir al gran caudillo lusitano ; pudieron oir el postrer gemido que dió en el mismo corazon de la península la metrópoli de los arevacos ; sintieron el rumor de aquellas tremendas lides , en las cuales , vencidos y vencedores eran romanos todos , y las víctimas siempre los iberos : y por último se enardecieron indignados viendo que los implacables enemigos de toda independencia , venian

contra ellos torvos y amenazadores , acaudillando á los domados para que diesen el asalto en sus últimas trincheras á los hasta entónces indómitos que formaban el postrer baluarte de la nacionalidad ibérica. En él tendrá que lidiar muy luego el precioso resto de nuestra independencia primitiva.

CAPÍTULO XIII. Últimas luchas de los cántabros, astures, y gallegos, por la independencia ibérica.

AÑOS 43 A 1 ANTES DE CRISTO.

Los magistrados romanos venidos á España con mando en el período que abraza este capítulo son los siguientes: En el año 43 Marco Emilio Lépido , uno de los que formaron el triunvirato. Sin duda tuvo que guerrear con los independientes, ó tal vez se hizo un mérito de haber inducido á la paz á Sexto Pompeyo. Ello es que pidió y obtuvo en Roma el triunfo. Dícese que no fué del agrado de Octavio, otro de los triunviros , la amistad y buena inteligencia que habia existido entre Lépido y Sexto Pompeyo: por lo tanto procuró asumirse el mando de las Españas en el año 42, dando en cambio el África á Lépido. No se sabe que hubiese novedad en el año 41. Pero en el siguiente la influencia de Antonio , el tercer triunviro , hizo que Augusto concediese el gobierno de nuestra península á Lucio Antonio , hermano de dicho triunviro. No vino á España , sino que tuvo en ella por legados á Lucio Carrinate y á Sexto Peduceo. Carrinate permaneció en la Ulterior á lo menos dos años, y hay quien presume que la gobernó algunos mas hasta el año 28, sin que en su provincia, durante este tiempo, noten los autores ningun acontecimiento de bulto, fuera de la guer-

ra que allí sostuvo en el año 38 Bogud, rey mauritano, contra Boco su rival, guerra en que nada tuvieron que ver los iberos independientes, sino únicamente las facciones en que nuevamente estuvo dividida Roma. No así en la Citerior. En el año 39 hallamos en ella á los ceretanos ó cerdañeses mal avenidos con el gobierno de Cneo Domicio Calvino, y lidiando con él, hasta que, obtenida alguna ventaja y reunido algun botin, se volvió Domicio á Roma y pidió y obtuvo el triunfo. Desde este tiempo, algunos de los iberos sojuzgados, para lisonjear el orgullo de sus dominadores, comenzaron á computar el tiempo por la era de César, y no dejaron tal cuenta hasta en 1413 los lusitanos, 1350 los celtíberos, suesetanos y las tribus de la cuenca oriental del Ebro, y hasta 1383 los carpetanos y los vacceos. Es probable que en el mismo año 38 antes de Cristo vino á la Citerior con mando consular Cayo Norbano Flacco, y continuó en ella como procónsul en el 37. Aunque Calvino dijo haber pacificado la provincia, no la halló quieta Norbano, antes tuvo que batallar, y afirmó que tambien habia vencido. Créese que permaneció en ella con mando hasta el año 34, en cuyo tiempo, allegados tesoros, le fué otorgado el triunfo. Ignórase contra qué tribus lidió ni en qué comarcas ganó las victorias de que hacia vanagloria. En los años siguientes, hasta el 30 incluso, ocupada la atencion del mundo en la lucha que sostenian Antonio y Octavio por la posesion del poder supremo, no les sobraron fuerzas á los romanos para hostilizar á nuestros independientes, y se contentaron con sacar de los pueblos sometidos todo cuanto jugo podian exprimir en oro y gente.

Quisiéramos apartar la vista del aspecto que por este tiempo presentó la mas famosa de las repúblicas: pero es

necesario fijarla en ella para tener una exacta idea de los dominadores de nuestra tierra. Muerto César ; tres hombres se disputaron el mando ; Lépido el uno , de quien se dice que aspiraba á dar vida á un senado que muchos creían ya cadáver ; Antonio el otro , matador de Ciceron , parricida de su patria , y general que solo fué afortunado , en expresion de Plutarco , cuando hizo la guerra por medio de legados ; Octavio el tercero , por cuyas venas corria la sangre de los Césares , en cuya familia era insaciable la sed de mando. Los tres al principio formaron alianza para acabar con sus enemigos personales , y con los partidarios de la república. Antonio y Octavio vencen á Bruto y Casio , que se suicidan. Antonio recorre el Asia y el África ; Octavio vuelve á Italia , lucha con Sexto Pompeyo , inutiliza á Lépido , declara la guerra á Antonio , le vence en Accium el día 2 de setiembre del año 30 , y se declara dueño del imperio. ¿ Quién era este Octavio á quién César habia nombrado heredero suyo , y que tomó posesion de una república diciendo que le pertenecia como patrimonio de su tio ? Los mismos autores romanos van á decírnoslo en breves palabras. Quiso hacer asesinar á Antonio , y no pudiendo conseguirlo , procuró juntar un ejército de veteranos. Se hizo sospechoso de haber dado muerte con veneno á los cónsules Hircio y Pansa , á quienes dió socorro contra Antonio , y murieron á poco de haberle recibido. Ciceron , dando á la frase un sentido terrible , decia de él que era menester alabarle mucho y ponerle en las nubes. Muerto Bruto , envió su cabeza á Roma , con órden de echarla á los piés de la estatua de Julio César. Á uno de sus prisioneros que le pedia sepultura para despues de la muerte , le respondió que esto debia pedirlo á los buitres. Un padre y un hijo le pedian uno

para otro el indulto, y les dijo que le ganasen luchando, pues al vencedor le perdonaria; y como los dos en vez de batirse se suicidasen, complacióse Octavio en presenciarse su agonía. Á los que imploraban gracia les contestaba, « es forzoso morir. » Entre los prisioneros eligió trescientos, y en los idus de marzo, en que acaeció el asesinato de César, los hizo inmolar, á la manera de víctimas en los sacrificios, ante el altar dedicado á aquel dictador difunto. Siéndole contrario el mar en sus guerras contra Sexto Pompeyo, se desató en imprecaciones contra Neptuno é hizo suprimir las estatuas dedicadas á este dios en el Circo. Un hijo de Antonio abrazó las rodillas de la estatua de César, pensando así salvar la vida: Octavio le hizo arrancar de aquel sitio y degollarle. Cesarion, hijo de César y de Cleopatra, fué también de su orden entregado al verdugo. Tenia algo mas de veinte años cuando pidió el consulado en nombre del ejército, y viendo que el senado vacilaba, sus diputados enseñaron el pomo de las espadas diciendo que por ellas seria cónsul Octavio, si no lo era por el senado. Al tiempo de las proscripciones dijo que no cesaria en ellas hasta tanto que le dejasen hacer sin oposicion lo que quisiese. Arrancó con sus propias manos los ojos al pretor Gallio por sospechas que de su fidelidad tenia. Se vanagloriaba de querer dar á la república romana unos cimientos eternos, y de dejar hecha de mármol la ciudad de Roma que habia encontrado construida de ladrillos. Quiso dar á un mes (el de Agosto) su nombre, visto que César habia dado el suyo á otro (el de Julio). Apesar de haber disuelto la mayor parte del senado compuesto de los INFERNALES, así llamados por haber dado muerte á César, no se atrevió jamás á entrar en él sin coraza bajo la túnica, y sin que constantemente le rodeasen

diez robustos senadores hechuras suyas. Vedó la publicacion de los actos del senado, pues la menor contrariedad le ponía furioso. Viendo que los romanos preferían morir célibes antes que engendrar esclavos, dictó leyes severas contra el celibato, aunque fué impotente para hacerlas dar cumplimiento. También las dictó, con éxito análogo, para reglamentar el traje de los romanos. Era muy dado á sostener la independencia de las votaciones, y por esto en tiempo de elecciones distribuía á cada elector unos ochocientos reales, para que, decia, no tuviesen que pedir nada á ningun candidato. Acostumbraba á hacer muchas distribuciones extraordinarias al pueblo, bien fuese en dinero, bien en géneros, para tenerle adicto en todas circunstancias. En los espectáculos desplegó una magnificencia asombrosa para tener á los romanos constantemente distraídos, aunque procuró que las mujeres estuviesen separadas de los hombres, y dió en ellos á las vestales un puesto preferente. En mujeres é hijas no fué afortunado; y suspirando, acostumbraba á recitar un verso de la *Ilíada* en que se dice, FELIZ QUIEN NI HIJOS NI MUJERES TUVO. Antonio le acusó de haber comprado á costa de su deshonor la adopción que de él hizo César. Cuando le echaban en cara los adulterios cometidos, respondía que por las mujeres sabía los secretos de los maridos. Tenía tal serenidad de semblante, y una fisonomía tan agradable que un galo, dispuesto á despeñarle á su paso por los Alpes, confesó que su aspecto le había contenido y hecho mudar de propósito. En su opinion las voces crueldad y clemencia no deben tener el mismo significado para los que mandan que para los que obedecen: y por lo mismo, único juez de sus propias acciones, se entregaba muchas veces á aquella hasta ser feroz, y otras á los afectos tier-

nos hasta ser magnánimo. Tal era el jefe supremo que consiguió lo que ningun otro general romano habia conseguido: tener sojuzgada á sus piés toda la península ibérica.

No acertamos á comprender la especie de gloria que han ambicionado algunos escritores cuyos esfuerzos han tendido á probar que desde los tiempos de Lúculo los cántabros, astures y gallegos estuvieron completamente sometidos: si ya no es aquella fama que se conquista intentando empresas temerarias. Hemos seguido paso á paso todos cuantos dieron los romanos en nuestra tierra; hemos registrado autoridades, comprobándolas una y muchas veces y de ninguna se desprende lo contrario de lo que dejamos afirmado. Veleyo Patérculo, en el lib. II, cap. 90 de su Historia Romana, dice, que por este tiempo la España quedó sometida, despues de haber hecho dudar al mundo cuál de los dos pueblos debia mandar, el romano ó el ibero. Floro en su lib. IV, cap. 12, cuenta entre las guerras extranjeras la que sostuvo Augusto contra los cántabros y los astures, y dice que no quedaba por someter en España mas que la parte de los Pirineos que baña el océano citerior, en donde, añade, «dos naciones poderosas, los cántabros y los astures, vivian independientes de nuestro imperio.» Estas autoridades son tan concluyentes como la que distintas veces hemos citado del pasaje en que Tito Livio afirma que hasta los tiempos de Augusto, doscientos años despues de invadida, no fué enteramente sojuzgada la Iberia. Estrabon en su Geografía; lib. III, cap. 3, fol. 156, dice tambien en apoyo de lo que venimos sosteniendo «que los cántabros fueron sometidos por Augusto, cesando con esto en todas partes la guerra.» Es inútil, á los ojos de todo lector concienzudo, detenerse más en dilucidar este punto. Los que sostuvieron

en nuestra tierra las últimas guerras de la independencia contra Roma fueron los gallegos, los astures y los cántabros. Naturalmente hubo de ser así; así como las primeras arremetidas de Cartago debió sostenerlas la Turdetania que estaba por aquella parte á vanguardia, y las de Roma hubo de sufrirlas Ampurias, y luego Ausa, primer baluarte contra el romano. Todas las tribus, cual mas, cual menos, lidiaron con bravura, y si tuvieron que cejar al fin y someterse á una necesidad tremenda, nadie por esto podrá borrar de los anales ibéricos las páginas que llevan consignado su denuedo. Pero el corazon se comprime en el momento en que va á dar el postrer suspiro una nacionalidad noble y esforzada. Mientras existia en pié algun campeon de esa admirable independencia, ensanchaba el pecho la esperanza en mejores dias: pero al entrar en la lid los últimos guerreros, no parece que se llaman astures ni cántabros los que van á exponer su vida, sino la Iberia misma la que está en peligro de muerte. Por los vacceos dió principio la guerra. Hay quien afirma que en el año 36 mandaba ya en la Citerior Tito Estalilio Tauro, y que durante su gobierno se rompieron las hostilidades en comarca de Palencia. Otros retardan el gobierno de Estalilio Tauro hasta el año 29, y dicen que hizo la guerra, no solamente á los vacceos, sino á los mismos astures y á los cántabros. Dion Casio, en el lib. LI, da fundamento á unos y á otros. De las Tablas Capitolinas, y del mismo Dion, se infiere que cierto Nonio Galo, teniente de Tauro segun unos, sucesor ó legado de Cayo Norbano Flacco segun otros, obtuvo alguna ventaja, pues le fué concedido el triunfo. Déjase entender que los vacceos se sublevaron, á instigacion de los cántabros; y es muy posible que lo hiciesen provocados por los mismos romanos,

quienes, terminada la guerra civil, volvian á su antigua costumbre de ensañarse en nuestros mayores. Á Tito Estalilio Tauro, sucede en el mando de la Citerior, en el año 28, el procónsul Sexto Apuleyo. No hizo guerra ofensiva, sino defensiva contra los cántabros y los astures que fueron á hostilizarle en las comarcas de Palencia, Burgos y Rioja. Si dán alguna fé las Tablas Capitolinas, Sexto Apuleyo rechazó á los independientes y obtuvo por ello los honores del triunfo.

Parecióle á Octavio Augusto que era tiempo de hacer un esfuerzo grande para sujetar los restos de las tribus iberas independientes; y vino para ello en persona, año 27. Todo el poder de Roma se concentra con él en nuestra Iberia. Ya no se trata de enviar algunas legiones de refuerzo, sino ejércitos formidables que deben obrar á un tiempo por la Aquitania uno, por los berones y el nacimiento del Ebro otro, contra los cántabros; por país de los vacceos contra los astures; y por el Miño contra las tribus gallegas no sometidas. Augusto en persona dirigió la campaña contra los cántabros. Puso sus reales en Segisama, poblacion que algunos buscan en los montes Idubedas, entre el alto Ebro y el Pisuerga, en donde se acercan al monte Vindio que casi es el centro de la cordillera cantábrica. Dice Floro que á un mismo tiempo fué invadida por todas partes la tierra de los cántabros. Ni se daba cuartel ni se pedia. Los romanos llamaban fieras á sus enemigos, porque morian contentos con tal que á su lado tuviésen el cadáver de un romano. Augusto habia enviado á las costas de la Cantabria una escuadra que las barria, daba á las llamas las poblaciones, destruía los depósitos de aquellos habitantes y los provocaba á que bajasen de los montes para tomar venganza. Bajaron en

efecto , y junto á una poblacion llamada Vellica segun unos , Bélgida en sentir de otros , presentaron batalla al romano. La noche debió separar á los combatientes , pues los mismos historiadores romanos afirman que el cántabro se retiró y se hizo fuerte en las alturas del monte Vindio en donde no creyó que se atreviese á embestirle el romano. Pero Augusto habia dicho , « ó ahora ó nunca , » y eran tan numerosas sus huestes , que apenas se veian vestigios de los grandes estragos que en ellas causaban los cántabros. Del Vindio fueron arrojados estos , sostenida antes otra reñida batalla. En Aracilio ó Araciel lidiaron de poder á poder por tercera vez. Atrincherados en la plaza no la abandonaron hásta que subieron á ella por asalto los soldados romanos. Eligen entónces por último baluarte el monte Medulio , corriéndose hácia la Galicia , y rechazan desde él las furiosas embestidas de sus contrarios. Los romanos tienen que acudir contra ellos y los gallegos al remedio imaginado para reducir á los numantinos. Abren un foso de quince millas de circuito , cercan completamente el monte , estrechan por hambre al cántabro y al gallego , y le obligan á imitar el ejemplo de aquellos famosos arevacos. Ostentan los sitiados el resto de sus vituallas en un banquete suntuoso por el aparato , levantan y encienden en torno piras funerarias , exprimen de un árbol llamado if un jugo mortífero , y acaban con lo mas noble de su raza apelando á un tiempo al hierro , al fuego , y al veneno. La noticia de este triunfo la recibió Augusto en su cuartel de invierno establecido en Tarragona. Dícese que una enfermedad le obligó á retirarse á aquella plaza. Otros afirman que fué el miedo. Cuenta Suetonio que al emprender Octavio una marcha nocturna , en la Cantabria , le puso en inminente riesgo de muerte una tempestad.

tad furiosa. La litera en que le conducian se vió de repente circuida del rayo que dejó cadáver á un esclavo que le precedia , llevando en la mano una antorcha. Desde esta noche se apoderó de él tal espanto al oír el estampido del trueno , y al ver el fulgor de una centella , que al momento iba á meterse en un subterráneo , á pesar de que por precaucion se cubria la cabeza con una piel de becerro marino. Á poco se puso malo de una obstruccion del hígado. Ni los médicos romanos , ni los aires , ni las aguas de Tarragona le procuraban un alivio. Entónces , por consejo de Antonio Musa , adoptó el método peligroso de los contrarios ; y no habiéndole devuelto la salud los medicamentos cálidos , acudió á los frios , y le salió felizmente. Es lo cierto que luego de sabida la catástrofe del monte Medulio , ya no se sintió enfermó , antes pudo trasladarse al país de los cántabros , registrar las ruínas de los pueblos , imponer leyes á los míseros moradores que habian sobrevivido á la pérdida de su independéncia , allegar despojos y atar esclavos. Dice Floro que , aunque los romanos creyeron digna del triunfo esta campaña , y merecedoras de un nuevo laurel las sienes de Octavio , este era ya demasiado grande para poder admitir nuevos honores ; pero es mas verosímil pensar que no creyó deber corresponderle los lauros de una guerra dirigida por su legado Cayo Antistio , y de cuyo teatro se retiró lleno de espanto.

Los astures se mostraron en los últimos instantes no menos animosos que los cántabros. Solo se echó de menos entre ellos un jefe , y hubo de mas entre sus vecinos algunos traidores. Tres ejércitos romanos iban á entrar contra ellos en campaña. Conciertan los astures con los trigeцинos un plan para sorprender los tres reales de sus enemigos antes

que puedan ponerse en movimiento. El romano andaba descuidado no creyendo que se atreviesen á tanto sus contrarios ; pero sabida por boca de los trigecinos la esperanza que les animaba , determina anticiparse y dar un golpe que por lo imprevisto debia ser terrible. Junta sus tres ejércitos , y arremete contra los astures cuando menos lo esperaban. Dióse junto al rio Astura una gran batalla que fué para los astures lo que la de Vellica para los cántabros. Los astures que de ella salieron con vida se concentraron en Lancia , dispuestos á defender esta plaza hasta el postrer aliento. Tambien se aunaron contra ella los esfuerzos de los romanos. Impacientes los sitiados salen contra sus enemigos , y les presentan batalla al pié de los mismos muros. El valor de los astures no fué afortunado. Detrás de ellos penetraron los romanos que iban furiosos porque habian perdido mucha gente en la batalla , y pedian á gritos que les diesen antorchas para entregar la poblacion á las llamas ; pero Caricio , su general , supo contenerlos con una buena frase , diciendo « que debian conservar intacta la ciudad para que fuese monumento de su victoria. » Los gallegos mas septentrionales habian auxiliado en cuanto estuvo en su poder á los astures y á los cántabros , y á la par con ellos sucumbieron. Hay quien cree que ellos fueron los únicos actores en la tragedia del monte Medulio , aunque otros dan participacion en ella á los cántabros. Tambien hay quien afirma que , sojuzgada la provincia , Octavio llamó á Tarragona á los principales patricios de las ciudades , como para formar con ellos una especie de senado , y presentarles las leyes que juzgaba útiles para el régimen de la Iberia ; y se añade que habia hecho ya otro tanto en Narbona para dar instituciones á la Galia en el año antecedente. Es muy posible que

quisiese rodearse de cierto aparato para imponer mas respeto ; pero dudamos que consultase poco ni mucho la opinion de los patricios iberos el que estaba acostumbrado á no asesorarse mas que con su propio albedrío ; y es bastante inverosímil que quien acababa de dar en Roma el último golpe á una república afianzada en la exploracion de la voluntad de muchos , tuviese el capricho de querer hacer retoñar en nuestra Iberia aquello mismo que á tanta costa acababa de matar en Italia. Lo que hizo en España fué arrebatarse los campos á sus dueños y repartirlos entre los veteranos de su milicia , fundar acaso la ciudad de Mérida , ó Emerita Augusta , obtener por medio de sus cortesanos que muchas ciudades abandonasen sus nombres antiguos para tomar otros nuevos en que sonase el suyo á fin de lisongear su orgullo , borrar la denominacion que en lo antiguo tuvo Leon , y hacerla cuartel general de dos legiones que destinaba para mantener sujetos al yugo á los astures , y volverse á Roma para decir que dejaba en paz el mundo , y que el templo de Jano podia cerrarse. Dicen que en Tarragona recibió unas embajadas que le enviaron los partos y los indos. Muy cerca de dos años habia permanecido en la península , á saber , los últimos meses del año 27 , todo el 26 y parte del 25. El mando de la Citerior le encomendó al partir á Lucio Emilio , el de la Ulterior á Cestio Acidio Perene , y el de la Bética á otro legado cuyo nombre se ignora. Desde este tiempo á la Citerior se la llama España Tarraconense , y á la Ulterior Lusitania. Créese que Emilio y Acidio permanecieron tambien en sus gobiernos el año 24. Los cántabros no se habian dado por vencidos. Los soldados romanos debian recibir en su país los tributos convenidos en trigo y otros frutos. Acaso no pudieron aquellos soportar la insolencia de tales amos ,

ellos que nunca habian obedecido mas que á sus leyes; y, encendidos en ira, en vez de darles el tributo, los mataron. Al momento reúne sus legiones Lucio Emilio, se pone á su cabeza, entra por la Cantabria á espada y fuego, y ahoga en sangre la alteracion naciente. Esto fué el año 24, el mismo en que consta haber sido terminada la calzada que iba de Mérida á Cádiz. Apagado el incendio en una parte, brotan las llamas en otra. Á Lucio Emilio sucede en el mando de la Tarraconense Tito Carision, y á Acilio en la Lusitania Publio Carisio. Tenia Tito toda la arrogancia de un general romano, y trataba á los iberos con el último desprecio. Aléranse los astures, acuden á las armas, llaman en su auxilio á los cántabros, y de nuevo vuelve á encenderse en el año 23 una guerra sangrienta. Aquellas tribus son ahora para los romanos lo que en tiempo de Tiberio Sempronio Gracco fueron los celúberos. Solo que estos tenian á retaguardia otras tribus independientes, y aquellas no podian ya contar mas que con una desesperacion infecunda. Cinco años duró la nueva guerra. Todo cuanto tiene de grande el amor á la patria, todas las magnificencias del heroísmo brillaron en ella dando de sí unos resplandores asombrosos. Para el cántabro y el astur la vida era una afrenta si debian pasarla uncidos al yugo de un extraño; la muerte por el contrario era la verdadera vida si sucumbian en defensa de sus lares, de sus leyes y de su independenciam. Los mas famosos vates romanos, los mismos que no vacilaban en dar un origen divino á Augusto, llamaban indómito al cántabro. Cayo Furnio mandaba en la Cantabria las tropas romanas; Tito y Publio Carisio se corrieron hácia él desde la Cáterior y la Lusitania para auxiliarse mútuamente viendo que divididos eran impotentes. Si hemos de creer á los romanos, todo fue-

ron triunfos para sus armas; pero, no concibiéndose una guerra de cinco años, contra el primer imperio del mundo, sin una resistencia tenaz, y afortunada por algun tiempo, de parte de los débiles, hemos de suponer que los legados de Augusto imitaban en sus partes á los pretores del tiempo de la república. Un día y otro día eran vencidos los cántabros, pasadas sus ciudades á degüello, talados sus campos, reducidos á cautiverio todos los moradores; y al poco tiempo habia necesidad de hacer frente á un nuevo ejército que se formaba por arte de magia y parecia brotar de la tierra. Hoy y mañana y siempre eran arrollados los astures, y obligados á exterminarse ó ser exterminados; y luego una nueva alteracion daba vida á lo que era ya un cadáver. Los dos Carisios y Furnio, concentradas sus fuerzas, cayeron primero sobre los cántabros, les presentaron batalla, los vencieron y sujetaron; y revolviendo en seguida contra los astures, que se habian atrevido á poner sitio á una ciudad romana, los abrumaron con el número, é hicieron en sus huestes un grande estrago. Apesar de tal cúmulo de ventajas ganadas por Roma durante cuatro años de una lucha encarnizada, tiene que acudir en el año 19, quinto de esta guerra, Marco Agripa que viene de las Galias con un poderoso ejército para dar la ley á aquellas indomables naciones. Era demasiado desigual la lucha para que pudiese prolongarse por mas tiempo. Cierto es que los soldados de Agripa llegaron á temer á los cántabros ni mas ni menos que los de Mancino á los numantinos; y lo es tambien que andaban tan azorados con tal enemigo los romanos que no se atrevían á marchar contra él, ni odedecian á sus jefes si se lo mandaban; y asimismo dicen los autores que la ferocidad de los cántabros habia pasado á proverbio; pero nada

pudo resistir al torrente de la inundacion romana que entónces acabó de hacerse árbitra y señora del mundo antiguo. En vano pareció que los cántabros se multiplicaban desplegando una actividad asombrosa; á todas horas y en todas partes los veía el romano amenazando sus flancos, su frente y su retaguardia; cada palmo de tierra era defendido como un tesoro legado por los mayores; hombres y mujeres, niños y ancianos, todos á una, presentaban el pecho al extranjero como una muralla que era necesario échar por tierra antes de esclavizar la patria: todo fué inútil. Gallegos, astures y cántabros cumplieron con el deber que los ascendientes de una noble familia tenían impuesto á sus hijos de lidiar hasta la muerte por la independenciam de su comarca; pero estaba de Dios que debian sucumbir. Marco Agripa, imitando á Escipion Emiliano, comenzó por vencer los vicios de sus tropas antes de entrar en lidia con el cántabro. En sus primeras arengas á los soldados no les disimuló que la pusilanimidad nacia en ellos de la afeminacion en que los hallaba sumidos; y volviéndose á una legion, antes muy benemérita, que llevaba el nombre de Augusto, la negó los honores diciendo que debía conquistarlos. En seguida llamó á los aliados, se formó como Sertorio y como César una guardia selecta de iberos, y completó por mano de los mismos propios la ruína de nuestra nacional independenciam. De suerte que así como por los propios sucumbió Sagunto, y á los golpes de los lusitanos cayó Viriato, y á impulso de sus mismos vecinos pereció Numancia: así los cántabros se dieron por vencidos viendo que la Iberia en masa batallaba ya en favor de los invasores. Destino cruel el de nuestra tierra condenada á recibir sus mas profundas heridas de mano de sus hijos. Aquí acaba la historia de la España in-

dependiente; y aquí da principio nuestro primer cautiverio. Por mas que nos hemos esforzado en buscar en el Capitolio nuestros títulos de nobleza; por mas que hemos procurado indagar las razones de conveniencia que hacen remover las piedras para hallar en ellas una sonrisa de benignidad otorgada á nuestros mayores por la mas soberbia de las repúblicas y el mas feroz de los imperios: nunca hemos podido descubrir mas que escombros que nos revelan la mas injusta de las invasiones, la mas cruel de las potestades, y la mas heroica de las lides que ningun pueblo del mundo haya sostenido por los propios fueros y por la dignidad de su familia. No negaremos que Octavio, apesar de todos sus antecedentes, mereció ser un día llamado padre de la patria, dictado que le llegó al corazon y le hizo derramar lágrimas; tampoco dejamos de ser sensibles al espectáculo de un potentado que protegió á los genios de su siglo; ni negamos una lágrima de enternecimiento al oír las aclamaciones de aquellos marinos que decian á Augusto « por tí vivimos, por tí el mar es libre, por tí la tierra está tranquila: » pero tampoco podemos poner en olvido que cien naciones habian desaparecido solo para contentar la ambicion y la avaricia de un pueblo que arrebatava las tierras á los vencidos y las entregaba á los soldados. Y cuando vemos que para sostener la decantada civilizacion romana era necesario que se repartiesen de tiempo en tiempo al pueblo, como un botin al que tenia derecho, unas cantidades inmensas, y se le diese trigo quitado de otras manos, y se comprase la cooperacion del soldado con unas prodigalidades ruinosas; y cuando sabemos que las sonrisas de los Césares se adquirian legándole por testamento unas sumas tales como la de tres mil millones de reales recibidos por Octavio de sus difuntos

amigos : no podemos menos de confesar que semejante civilizacion era una ignominia , y que los escritos de algunos hombres eminentes , ni los versos armoniosos de algunos vates insignes , no bastan con su magia á prestar apariencias de verdad á la falacia , ni podrán en ningun tiempo dar un colorido permanente de bondad á lo que en el fondo es un agregado de heces impuras.

LIBRO CUARTO.

EL CAUTIVÉRIO ROMANO.

CAPÍTULO I. — Fin del reinado de Augusto. Principio de la era cristiana.

AÑOS 1 A 14 DE CRISTO.

Maravillanse muchos de que algunas de nuestras poblaciones se mostrasen aduladoras de Augusto hasta el punto de dejar su antiguo nombre , tomar el de aquel potentado , levantar templos y erigir altares á quien habia consumado la obra de su conquista : pero no tienen en cuenta que , habiendo cesado las guerras , los que ejercian mando en las provincias debian buscarse alguna ocupacion que fuese grata á su príncipe. Halláronla imitando en un todo á los mismos romanos. Si en Velitres los cortesanos de Augusto afirman que no es posible entrar en el cuarto en donde nació y pasó su primera infancia el César sin sentirse uno poseido de un terror religioso , y que cuantos intentaron habitar en él han sido lanzados de noche por obra milagrosa fuera de la estancia , segun Suetonio , cap. 6 ; si los mismos tomaban en ciertos banquetes los disfraces de las divinidades inferiores,

únicamente para poder dar á Augusto el traje y los honores debidos á Apolo , segun el mismo autor , cap. 70 ; si los sacerdotes de Baco consultados sobre los destinos que el cielo reservaba á Augusto , respondieron que veian en él al señor del universo , pues la llama de los sacrificios al hacer las libaciones habia subido hasta el techo , taladrádole , y elevádose al cielo , segun el mismo autor , cap. 94 ; si se afirmaba en Italia que una águila habia quitado de las manos el pan que comia Augusto y luego vuelto á bajar como una mansa paloma para entregárselo intacto , ib. ; si el mas famoso astrólogo de aquellos tiempos , llamado Teógenes , sin conocer á Octavio que fué á consultarle , sabido el dia de su nacimiento , se levantó y le adoró como á un dios , ib. ; si en el mismo campo de batalla de Munda una palmera reveló á Julio César los grandes destinos que esperaban al nieto de su hermana , ib. ; si se sabia que estas cosas le eran agradables al árbitro y señor de Roma : ya no se extrañará que los gobernadores que tenia Augusto en España , bien mandasen en la Bética ó España senatorial , bien en la Lusitania y en la España Tarraconense , denominadas imperiales , y mas estrictamente sujetas al yugo de la milicia , procurasen por todos medios halagar su vanidad , haciendo que los pueblos trocasen sus nombres por el del César , y que los sacerdotes anunciaran , como sucedió en Tarragona , que en los templos dedicados á Augusto nacian espontáneamente palmeras. Constábales á todos ellos que , aunque el príncipe se sonriese al recibir tales mensajes , no dejaba de agradecer en sus adentros todo linaje de lisonjas. La mas grata para él era que le pintasen próspero el estado de las provincias , contento el vasallo , alegre el esclavo , propicios los dioses. Augusto no aspiraba solo á que las divinidades ro-

manas y sus pontífices, flámines y augures se le mostrasen favorables: quería que los dioses, venerados en todos los ámbitos de la tierra, reconociesen en él al único representante suyo autorizado para regir en su nombre los destinos del orbe. La teogonía del Lacio estaba á sus órdenes. Los druidas de las Galias; los genios del Olimpo en la Grecia; los sacerdotes orientales, así los magos como los discípulos de Zoroastro, los partidarios de Manú, y los adoradores del fuego; el buey Apis y Amnon en Egipto: todos daban oráculos en favor del jefe del imperio. Las divinidades iberas no podían usar otro lenguaje. Los sacerdotes de Baraceo, los de Baudiar, los de Endevelia, Iduorio, Ipsisto, Navi, Neton, Rauveana, Solambon, Sutonio, Viaco, y las sacerdotisas druidas de la península, todos y cada uno debieron enmudecer, ó entonar himnos en honor de Augusto. El latín fué ya el idioma de los iberos, ó á lo menos el de los aduladores de Augusto. Son muchos los que hacen vanagloria de poseer medallas de España de estos tiempos del cautiverio. Otros no pueden mirarlas sin que sientan el pecho martillado. Si las mas de ellas fueron obra de iberos, no puede negarse que nuestra patria produjo artífices excelentes. Emporias, Celsa, Osca, Herda, Tarraco, Dertosa en la parte oriental del Ebro; Calagurris, Cascantum, Turriaso, Graccuris, Cesaraugusta, Bíbilis, Ilerca, Ercavica, Segobriga, Sagunto, Valencia y Setabis en la occidental; Clunia, Segovia y Toledo en la Iberia central; Emerita, Ebora y Pax Julia en la Lusitania; son poblaciones que acuñaron medallas con signos y atributos romanos. La Bética fué por excelencia el país de las lisonjas. Onuba, Ilipla, Itálica, Caura, Celta, Aria, Arua, Castulo, Epora, Córdoba, Ilureo, Obulco, Sacili, Itucci, Ulia, Epagro,

Cárbula , Ventipo , Anticaria , Urso , Ascipipa , Salpesa , Rómula , Carmona , Carteya , Traducta , Carisa , Gades y alguna otra , tomaron á pecho el demostrar al mundo que habían sido romanos. De Ilici , Cartagena y Urci poseemos tambien medallas. Se engañará quien crea que el incienso dado por los senados ó comunidades de algunas poblaciones fuese la expresion de una nueva edad de oro disfrutada por estos tiempos. Relativamente hablando habia paz ; el comercio , que antes se limitaba entre los iberos al tráfico de tribu á tribu , aprovechando las corrientes del Duero , del Tajo , del Anas ó Guadiana , del Betis , y del Ebro , hacíase ya por el Mediterráneo , llevando á Italia frutos de la tierra , lana de nuestro país , que fué muy celebrada , hasta el punto de darse por uno de nuestros carneros una suma equivalente á veinte mil reales , armas de buen temple , toda especie de telas , y prendas de vestir ; los marinos de nuestros puertos , desde Emporias hasta Gades , hacian un continuo tráfico con los de Italia ; y las poblaciones de nuestras costas disfrutaban de cierto bienestar que les hacia soportable la dominacion de Roma. En el interior era ya otra cosa. Ni era tan fácil que la metrópoli vigilase á los agentes que á ella enviaba , ni podian los naturales dejar de sufrir grandes vejaciones , ni sabian sobrellevarlas resignados. Dion Casio hace mencion de un bandido que recorria la península , penetraba en las poblaciones , y las imponia tributos. Ya sabemos que los romanos daban el nombre de bandidos á sus mas encarnizados enemigos. Á la verdad en Italia , segun dice Suetonio , cap. 32 , no habia ninguna seguridad en los caminos públicos , y se habian organizado ciertas bandas de foragidos que secuestraban á los viajeros hasta que hubiesen satisfecho unos rescates ruinosos: y por lo mismo los romanos

se sentian inclinados á dar el mismo nombre á las partidas de gente armada que recorrian la Iberia. Pero hay fundamento para creer que eran restos de los independientes que no habian querido darse á partido, y se sostenian en ciertas fragosidades, merced á lo quebrado del terreno y á las simpatías que tenian entre los naturales. No podemos dar otro nombre al personaje de que nos habla Dion Casio. Sus atrevidas empresas, la audacia con que penetraba en las poblaciones, los ardidés con que burlaba la persecucion de los legionarios, y sobre todo la constancia con que sostuvo por mucho tiempo la campaña, obligaron á los romanos á tratarle como lo habian hecho con Sertorio. Tenia por nombre Corocota, y su cabeza fué puesta á precio. Sin duda este fué de alguna importancia para tentar la avaricia, pues Corocota, temeroso de algun atentado contra su persona, en cuanto tuvo conocimiento del edicto de Augusto en que era tasada su existencia, tomó una determinacion propia de su fama y enteramente digna de un ibero. Trasládase á Roma, pide una audiencia al jefe del imperio, y reclama el premio ofrecido por su propia cabeza. Augusto le dió el premio y el indulto. Las historias hacen mencion solamente de un Corocota; pero es probable que en diferente escala hubo varios, que por espacio de muchos años fueron un recuerdo y eco cada día mas lejano de las lides en dias mejores sostenidas. En las grandes poblaciones apenas se tenia conocimiento de esos focos de incendio que se iban apagando por falta de combustible. En ellas se habían adoptado, como en Roma, las divisiones por distritos y cuarteles, vigilados aquellos por magistrados, y dirigidos estos por unos inspectores á cuyo cargo corria la policia. Habia rondas nocturnas que avisaban en el caso de notarse alguna nove-

dad, bien fuese en los cuarteles, bien en los distritos. Habíanse establecido una especie de universidades que no eran ya como las de Sertorio unas cárceles bonitas en que se custodiaba á los hijos de los patricios iberos: Augusto, según Suetonio, cap. 21, no era muy amigo de tener otros rehenes que las hembras, pues habia notado que los hombres no excitaban bastante interés, y las mujeres mucho. En suma, los que opinan que las grandes guerras, las invasiones, las ruínas de los imperios, con todo su acompañamiento de talas, devastaciones y degüellos, son útiles como una especie de vértebras sociales, y son convenientes como las arterias que hacen que una misma savia recorra la humanidad entera, estuvieron por este tiempo de enhorabuena. Las vértebras romanas se habian dilatado; las arterias que partian del Capitolio iban á remotos países á animarlo todo con sangre romana. Pero Roma aun no estaba contenta. El sinsabor mas grande que tuvo Augusto se lo dieron los germanos á quienes quiso tambien sujetar, y que le destruyeron completamente tres legiones. No acostumbrado á sufrir contratiempos, el rey de los reyes, el representante de los dioses, el regenerador del orbe, como le llamaban algunos cortesanos, prorrumpió en gritos de desesperacion, dice Suetonio, cap. 23, se dió de cabezadas contra las paredes de su palacio, y decia: « volvedme mis legiones, yo quiero mis legiones. » Poco tiempo tardó en despedirse de la vida, dia 19 de agosto del año 14, á los setenta y seis de su edad, cuando habia reinado cuarenta y cuatro despues de la batalla de Accio. Poco antes de morir, dice Suetonio, cap. 99, preguntó si habia representado bien la comedia de la vida. Á cuya pregunta sus cortesanos no podian dar respuesta sin ser tambien có-

micos. La posteridad debia ser el único juez en esta parte.

En su tiempo la cruz era el mas ignominioso de los suplicios. Pronunciar el nombre cruz era como entre nosotros proferir la palabra horca. Ni la vista podia contemplarla sin un secreto horror, ni el oído recibir su vocablo sin estremecimiento. Los menospreciadores de las leyes, los que se entregaban á los vicios mas abyectos, á la abominacion y al vilipendio, sabian que la cruz era el término espantoso de sus depravaciones. Si un magistrado queria hablar de terror el pecho de los criminales, les hablaba de la cruz; si un orador aspiraba á dar á alguna imágen un aspecto siniestro, poníale la cruz en lontananza; si un poeta pretendia llevar á los corazones alguna de aquellas crueles amarguras que dejan señales indelebles, pintaba los horrendos tormentos de los que morian en una cruz clavados vivos. Ahora bien: en el reinado de Augusto nació un niño destinado á hacer de aquella tremenda palabra una expresion de amor y de ternura. Un artista le pinta dormido sobre aquel signo de infamia, como para darle un baño de candor y de inocencia. Si alguna melodía tienen para el alma las historias, ninguna como la biografía de ese tierno niño. No nace entre los potentados, para quienes era no pocas veces la cruz un instrumento de malas voluntades; sino entre los débiles mas ocasionados á sufrirlas: nó entre los que mandaban y dirigian masas tremendas de hombres armados que querian llevar á todas partes con el hierro y el fuego la savia cruenta de lo que llaman una civilizacion fecunda; sino entre los infelices para quienes la guerra es la barbarie y comienzo de todos los desamores; nó en la púrpura sino en los hárapos. Augusto no sabe siquiera que ese niño haya venido al mundo: es decir que ignora el mas

grande acontecimiento de su época. Él , príncipe del senado , emperador de soldados , jefe de una nacion poderosa , llamado invencible , preclaro , ilustre , sojuzgador de reyes y domador de pueblos ; él , tres veces grande , y comparado con los mas famosos conquistadores de todos los siglos , ignora que un niño acaba de venir al mundo con unas armas mas fuertes é incontrastables que las de los mas terribles caudillos : la persuasion y el cariño. Los historiadores romanos callan todo quanto tiene conéxion con ese niño , porque para ellos una pequeña lucha , un simple duelo , es algo , digno de ser conservado para memoria de los siglos venideros ; pero lo sublime no tiene luz á sus ojos para alumbrar al mundo. Los poetas mas eminentes tienen cantos y armonías para pintar la cuna de Roma , las glorias y las grandezas del pueblo rey , las veleidades de los campeones ; y loas al amor profano , á Baco , á los banquetes , á los frutos de la tierra : pero ninguno se acuerda de aquel niño que está destinado por la Providencia á cambiar la faz de la tierra. Suetonio que refiere tantos prodigios de aquella época , inventados para dar lisonja al jefe del estado , no dedica ni una línea al mayor de los prodigios. Tácito , tan amigo de decir muchas cosas en pocas palabras , está mudo asimismo. Los crímenes , las atrocidades , se consignan ; lo bello y verdaderamente extraordinario , esto se calla. ¿ Ha sido ó nó una mano piadosa la que intercaló en Flavio Josefo algunas líneas relativas al acontecimiento de que aquí se trata ? El silencio del hebreo era natural , lo mismo que el del romano , porque ambos despreciaron los principios humildes de quien tenia en el porvenir unos tan altos fines. Y sin embargo aquel niño era hijo de Dios. En él da principio la nueva era. Bien haya nacido cinco años mas pronto ,

bien cinco mas tarde, ó por decir mejor, haya ó nó ido errada la cronología seguida hasta el presente, la conveniencia quiere que nos adaptemos á ella, y hagamos un sacrificio del amor propio de eruditos. Ese niño se hará muy pronto señor del imperio romano, nó por las armas, sino por la nueva ley. Y mientras los Césares creerán que el mayor enemigo de su poder ha de lidiar contra ellos de la misma manera que ellos han lidiado contra el universo, verán que diariamente se da en sus propias entrañas una batalla en la que siempre va ganando terreno una nueva hueste. Á las violencias opondrá esta la mansedumbre, á las crueldades la virtud de la caridad, y á los orgullos insensatos la hermandad mas acrisolada. El manto divino lo mismo cobijará á los pequeños que á los grandes; y si hay una necesidad imperiosa que marca categorías en la escala social, delante de aquel Dios todos serán iguales. Los honores, los altares, las adoraciones, no serán de hoy mas patrimonio exclusivo de los que acaudillando rebaños de hombres armados hayan talado los campos, entrado por asalto en las ciudades, exterminado tribus y hecho derramar lágrimas al linaje humano; no lo serán tampoco de los que se hayan complacido en conculcar las leyes, sembrar desolaciones, vencer enemigos, y subir de esta suerte al apogeo de las grandezas; en adelante no se medirá la valía del hombre por su vigor, sus brios, su pujanza corporal; habrá tambien un valor distinto del de la carne, y este se llamará heroismo del alma. Por mas humilde que sea la condicion de un individuo, por mas que en su cuná no se vean esculpidos nombres sonoros, aunque en su ascendencia no se note ninguna de aquellas existencias que han pasado como metéoros brillantes y terribles por los espacios de la humanidad, con tal

que ese individuo se haga superior á su carne, habrá ganado laureles mas duraderos que todos cuantos se han hecho superiores á los pueblos. No será necesario vencer á muchos para ser un héroe, sino vencerse á sí mismo. La antigüedad nos habia ofrecido algunos ejemplos raros de esos hombres que en nuestros tiempos hubieran tal vez merecido ser venerados en los altares; pero eran como semillas esparcidas de una simiente que necesitaba ser recogida y presentada al cultivo para contribuir al bienestar de la raza humana. Al fijar en ellas la atencion, sentia en sí el hombre una especie de vacío que solo podia llenarle el ENVIADO. Es sabido que los mismos magos de oriente, que segun Herodoto habian perdido su imperio en Persia porque ya no se reconocia allí el reinado de los dioses, sintieron que renacia en la humanidad alguna cosa antes poseida y luego extraviada, y fuéron á acatar al que abria nuevas regiones á la inteligencia y otros manantiales al corazon angustiado. No tocamos la cuestion de si esos magos eran ó nó iberos, pues nos basta saber que pertenecian á esa familia llamada hombre, condenada entónces al llanto, y que veia abrírsele de repente las puertas de un horizonte límpido. El templo de la antigua ley se estremece en sus cimientos; los ídolos de las naciones bambolean; las sociedades humanas van á presenciar el alumbramiento de un patriarcado divino. En los antiguos tiempos, siendo desconocida entre los hombres la ley primitiva, enojado de ello el Árbitro supremo, habia devastado la tierra cubriéndola con las aguas del diluvio. Ahora la iniquidad habia tomado otras sendas; los vicios, las abominaciones y la soberbia desatentada se habian llamado señoras del mundo: y aquel Árbitro, en vez de abrir otra vez los depósitos de agua, abrió otras cataratas del cielo; é

inundó la tierra con un diluvio de cariño. Muy ciego ha de ser quien no vea en la divinización de la cruz, de ese suplicio afrentoso de los tiempos antiguos, alguna cosa mas que humana. Los hebreos, negándose á reconocer en aquel suceso el cumplimiento de las antiguas profecías que presagiaban para el género humano una regeneración completa, no han obedecido mas que á un sentimiento de egoísmo, creyendo que la predilección de su pueblo debía ser mas duradera. También los egipcios tardaron en querer arrojar de su santuario al buey Apis; y los romanos no pudieron por mucho tiempo avenirse á cerrar los templos de Venus y los del Dios tonante: pero el impulso estaba dado para enseñar á la humanidad el conocimiento de un solo omnipotente.

CAPITULO II. — Nuestra cautividad desde Tiberio hasta Trajano.

AÑOS 14 A 98 DE CRISTO.

En el espacio de ochenta y cuatro años tuvo la Iberia nueve amos y señores: Tiberio que imperó veinte y tres años, Calígula cuatro, Claudio trece, Neron catorce, uno Galba Oton y Vitelio, diez Vespasiano, dos Tito, quince Domiciano y dos Nerva. Tiberio se hizo rogar antes de tomar el mando. Al principio se mostró deferente con los senadores y los magistrados, amigo de la sinceridad en las elecciones, modesto, y enemigo de la lisonja, del lujo, de los abusos y de la corrupción de las costumbres. Pero muy luego le pareció que en política el engaño era talento, y que teniendo Roma un dueño, toda propensión contraria á este era un crimen de lesa magestad. Ya el cuidado de los negocios públicos le pareció indigno de su per-

sona; Baco y Venus fueron las divinidades á quienes dió tributo; y se volvió avariento, vano, rencoroso y cruel con todo el mundo. Entregóse á unos arrebatos de cólera extravagantes. Habiéndose enredado cierto dia su silla de manos en unos zarzales, sale de ella, arremete contra el centurion que le servia de guia, le derriba y le maltrata. El ser conocido suyo era convertirse en blanco de sus iras. Ningun dia sagrado, ninguna ceremonia civil ó religiosa, fueron bastantes á dar un respiro á sus sangrientas órdenes. Condenaba á muerte no solo á los acusados, sino tambien á sus mujeres y á sus hijos. El llorar á un ajusticiado era firmarse la propia sentencia. Los delatores eran creidos sobre su palabra. Acusóse á un poeta porque alabó á Agamenon en cierta tragedia; á un historiador porque muchos años antes habia llamado á Bruto y Casio los «últimos romanos.» Toda acusacion llevaba tras sí un fallo de muerte. Arrastrábase por las calles con cierto aparato á los ajusticiados. Como cierta preocupacion antigua impedia quitar la vida á una doncella, violábala antes el verdugo. Si algun acusado se suicidaba, sentíalo en el alma Tiberio, y decia, «se me escapó.» Si esto pasaba en Roma, déjase entender lo que sucedería en las provincias. En todas partes los hombres honrados debian temblar por su existencia y la de sus objetos mas queridos. Siendo tal el jefe, júzguese lo que serian en Iberia sus delegados. Y á esta insoportable tiranía se añadia una irrision sarcástica. Un jefe de la España Ulterior, cuyo nombre se ignora, hizo que en nombre de sus subordinados fuese enviada una diputacion al senado romano pidiéndole venia para erigir un templo á Tiberio y á su madre. Tiberio respondió que no queria templos ni deseaba otra cosa que mantenerse firme en los peligros, arrostrando

odios por la utilidad pública. Tácito lib. IV, anal., cap. 38, cree que ese desprecio de una gloria que tanto codiciaron Hércules y Baco, Rómulo y Augusto, nacia de la aversion á todas las virtudes. No se dice si Pison, pretor de la España Citerior, propuso otro mensaje idéntico. Pero créese que imitó á su amo en los desafueros. Tanto, que un labriego termestino no pudo contener su indignacion, y le mató cierto dia que recorria la provincia. Huyendo el agresor, tuvo que dar suelta á su caballo para meterse en el monte: pero por el caballo se vino en conocimiento del dueño; y preso le hicieron sufrir los mas atroces tormentos sin poderle arrancar una palabra, y probando á repetirlos, se escapó, dió una corrida, y se estrelló la cabeza contra una piedra. Tácito, en sus Anales, libro xv, cap. 44, dice que en los tiempos de Tiberio fué ajusticiado Cristo por orden del magistrado Poncio Pilato; y el historiador que ha podido contar á sangre fria los horrores de una dominacion abominable, se atreve á dar el nombre de supersticion execrable al nuevo culto que estaba destinado á hacer la guerra á las mas arraigadas supersticiones. Afirman algunos historiadores que en la España Tarraconense se obtuvo permiso de Tiberio para erigir un templo á Augusto. Tácito es quien lo dice, mas nó en el capítulo 16 del libro I, de los Anales, sino en el setenta y ocho. Despréndese de Estrabon que por este tiempo no estuvieron tranquilos los cántabros, acostumbrados á ver tratada con mas dignidad la familia humana. Otros creen que al tiempo de la muerte de Pison hubo grandes alteraciones en nuestra tierra, las que pudieron ser á duras penas sofocadas. Los pueblos acudian al senado contra los desmanes de los pretores, cuando por las armas no podian sacar de ellos otro mejor partido. No sabemos si en

España , al ausentarse alguno de los pretores que mas se ensañaban en las vidas y las fortunas de los individuos, prorumpia la plebe en gritos de alegría : pero es lo cierto que en Roma , al saberse que Tiberio habia dejado de existir , las gentes corrieron por las calles como furiosas , gritando , « Tiberio al Tíber ; y que la tierra y los dioses manes no den asiento á su sombra sino entre los impíos. » Estaba caliente su cadáver , y aun se iban ejecutando las sentencias de muerte que él habia dictado.

Sube al poder supremo el hijo de un héroe. Germánico su padre habia sido llorado por sus virtudes , moderacion y talentos. Pero el hijo manifestó desde luego unas inclinaciones bajas y protervas , como para demostrar que es un sueño de la fantasía la herencia de las virtudes y las glorias. Hízose sospechoso de haber puesto fin á los dias de Tiberio ; y aunque algunos no se lo echasen á delito , presto se vió que jamás pudo haber tenido por móvil de sus acciones el amor á la patria. Proclámanle emperador , y ningun honor le parece suficiente para sí y para su familia. Si Tiberio era avariento , él será pródigo á costa de los pueblos ; dará espectáculos suntuosos en Roma y en las provincias , fundará premios y concursos , levantará edificios colosales , y en su inmenso orgullo exigirá que le llamen dios. Para un dios no hay leyes humanas que le sirvan de obstáculo. Tendrá comercio criminal con sus hermanas , será cien veces adúltero , despreciará las órdenes todas del estado , se entregará al mas horrendo desenfreno , y casi hará desear que salga de la tumba la anterior fiera para que una á otra se destruyan. Llámase Calígula. Duplicáanse en su tiempo los tributos , así los de Roma como los de las provincias , porque las profusiones del César necesitan que salga de la Iberia y de

todos los puntos del imperio el oro á raudales. Su palacio es la sentina de todos los vicios. Ninguna pasión, juego, vino, lascivia, ira, ha dejado de hacer presa en su alma miserable. También aspira á ganar laureles. Nada más ridículo que su expedición á la Germania, si fuese posible soltar la risa al lado de semejante furia. Hizo unos preparativos de guerra formidables, y trajo en triunfo algunos mariscos. Al mismo tiempo quiso ejercitarse en las artes agradables, la danza y el canto; fué gladiador, cochero, y lució estas habilidades en el Circo. En el teatro, si el actor trágico que salía á la escena le enardecía, levantábase, peroraba como un energúmeno é imitaba los gestos del histrion dándole alabanza ó vituperio. El miedo le había impedido saber nadar; y era la única cosa que á su ver le faltaba para ser sobresaliente en todo. Tenía un caballo, por nombre Incitatus, en quien había puesto el amor que no pudo poner en los hombres. Calígula fué muerto á puñaladas; y era tan mala la opinion en que le tenía el pueblo, que nadie quería dar crédito á la noticia de su muerte, antes todos decían que aquel rumor era un artificio suyo para llegar á conocer los sentimientos del pueblo respecto á su persona. Tal fué el tercer año que tuvo nuestra Iberia. En esto el cristianismo se iba introduciendo por los pueblos pausadamente. ¿Es sólida la opinion de los que creen que, reinando Calígula, vino á nuestra península Santiago el Mayor en persona para introducir la nueva ley? ¿lo es asimismo la de los que afirman que se detuvo lleno de congoja en la antigua Salduba viendo el poco fruto que sacaba de sus fatigas, y que allí le animó una aparición en que vió á la Virgen, y recibió esperanzas para otros tiempos? Baronio, Natal Alejandro, Lupo y Clemente octavo de una parte;

Mondejar , Beda , Isidoro , Gerónimo , Aguirre , Urbano octavo de otra , dan alimento á los controversistas: la tradicion está por los últimos , y triunfa. Pero convienen todos en que las primeras predicaciones fueron infructuosas , haciéndose difícil por la depravacion de costumbres de los romanos , arraigar los cimientos de la nueva creencia. Josefo en el lib. II , cap. 16 , de las Guerras de los Judíos contra los Romanos , dice que Herodes Tetrarca fué á Roma en tiempo de Calígula , y como este le recibiese con desvío , « huyó á España , añade , con su mujer , y en ella murió. » Nótese que Josefo no da aquí á la España el nombre de Iberia. Pero el mismo Josefo , en sus Antigüedades Judáicas , lib. XVIII , cap. 9 , dice « que Calígula quitó á Herodes la tetrarquía , la dió á Agripa , le confiscó el dinero , le dió tambien á Agripa , y condenó á aquel á destierro perpetuo á Lion , ciudad de las Galias. » Las dos autoridades de un mismo autor son contradictorias , ó acaso en la última se corrigió la primera , y en este caso habrá entrado un malvado menos en nuestra tierra. Á la sazón gobernaba la España Tarraconense Cayo Apio Silano , y no tenemos noticias de grandes alteraciones ; pero es de creer que el sistema de gobierno ensayado en Roma , era imitado con mas ó menos tirantez en las provincias. Nueve años antes , en el 32 , habia muerto en Roma el cordobés Marco Anneo Séneca , conocido por el Retórico. El hijo del anterior , llamado Lucio Anneo Séneca , y conocido por el Filósofo , tenia ya mucha nombradía en la misma capital al tiempo de la muerte de Calígula , acaecida en el año 41 de nuestra era.

Tenemos en el trono á Claudio primero. Nació en Lion el mismo dia en que se consagraba un altar á Augusto. Su madre decía de él « que era una sombra de hombre , » y

si queria pintar á un fatuo , decia « que era mas imbécil que su hijo Claudio. » Era tio de Calígula , y fué elevado al trono en el momento mismo en que creia que le llevaban al suplicio. Habíase escondido al tener noticia del asesinato de su sobrino ; pero un soldado le descubrió y le presentó á sus camaradas quienes le aclamaron emperador. Iba pálido , trémulo , despavorido ; y prometió á cada soldado unos once mil reales , mas bien para salvar la vida , que para asegurarse la púrpura. Respóndele los legionarios con estrepitosos aplausos , diciendo que están prontos á defenderle hasta la muerte. Algunos habian creido que restauraria las libertades públicas , pero se dejó gobernar por sus libertos y por sus mujeres. Sus continuas alarmas y terrores hicieron de él un desventurado. Procuró que no faltasen mantenimientos en Roma , constituyéndose en asegurador nó solo de las pérdidas que por temporales podian sufrir los navieros , sino tambien de los beneficios que debian haber hecho. Lo dice Suetonio , cap. 18 , de Claudio. Fué exacto en las ceremonias religiosas , como sumo pontífice que era de los paganos. Ordenó que quedase libre el esclavo enfermo á quien su amo no atendiese y cuidase ; y mandó que fuese castigado como asesino quien matase á su esclavo por inútil y achacoso. Hasta su tiempo fué reputado incestuoso el casamiento con una sobrina , pero Claudio , encendido en lujuria , recabó de los senadores que le brindasen á tomar por esposa á Agripina , hija de su hermano Germánico. Todo lo prodigaba si se lo pedian las mujeres que le rodeaban : impunidad , destinos , amnistías , dignidades , suplicios. Los instintos sanguinarios de su raza despuntaban naturalmente y sin esfuerzo. Mandaba con la mayor sangre fria aplicar al tormento á los acusados , y tomaba interés en presenciar su suplicio.

En los combates de gladiadores, si por casualidad ó por torpeza caía alguno de los de la cuadrilla, le hacia degollar al momento, y se complacia en contemplar su rostro moribundo. No se sentaba á la mesa sin tener en torno suyo su guardia; y en ella no le servian esclavos sino soldados. Si de alguno llegaba á tener la menor sospecha, daba orden de matarle al momento. Habia adoptado á Neron, hijo de su mujer Agripina; y pesándole de ello iba á mudar su testamento, cuando Agripina le previno envenenándole. Así murió en el año 54 el cuarto amo que tuvo nuestra patria. En su tiempo hubo, segun Dion Casio, una general carestía. Apio Silano, gobernador de la Tarraconense, fué llamado á Roma, acusado, y muerto. En la Bética, segun el mismo autor, ejerció mando cierto Umbonio Silon, que allegó sumas inmensas; con lo que, despertada la codicia de Claudio, fué tambien llamado á Roma, y salvó la vida sacrificando la mitad de sus tesoros. El gaditano Columela, agricultor teórico, el lusitano Apuleyo, áuriga famoso; y Pomponio Mela, á quien alguno ha creído ibero al igual de los anteriores, florecieron por este tiempo. Por recomendacion de Agripina se fué levantando el destierro á Lucio Anneo Séneca, y tuvo la triste satisfaccion de haber sido preceptor del hijo de su protectora.

Á la edad de diez y siete años toma Neron las riendas del estado. Llámale mónstruo, y tigre vestido de piel humana. Otros creen ver en él la consecuencia de todas las premisas, la concentracion de todo cuanto era capaz de dar de sí la civilizacion romana. Mientras Roma podia dar expansion por fuera á sus instintos sanguinarios, mientras la fiera tuvo campo en el mundo para espaciar sus iras, el orbe fué su víctima. Domada la tierra, debia clavar en sí pro-

pias sus garras. En sus primeros pasos pareció que guiaba á Nerón la dulzura y la clemencia. Hizo distribuir al pueblo unos trescientos reales por cabeza. Al presentarle á la firma una sentencia de muerte, dijo, « quisiera no saber escribir. » Á los que le alababan, les decía, « esperad que lo haya merecido. » Luego le entró una especie de furor por la música y por el canto, hasta el punto de salir á las tablas en un teatro de Nápoles, y de hacerse aplaudir por hombres bien pagados al efecto, á cuyo jefe daba anualmente unos treinta mil reales. También le entró deseo de ser un jinete sobresaliente. En seguida fué entregándose por grados á la fogosidad de las pasiones: y la lujuria, la crueldad y la avaricia hicieron presa en su ánimo. Salía de noche y se entregaba al mas torpe desenfreno, ya en las calles y casas particulares, ya en el Circo en donde le servían las mas abyectas cortesanas. Adulterios, sodomías, violaciones de vestales, horrendos incestos con su propia madre, eran defectos que él decía ser disimulables en los ardores juveniles. Construyóse una vivienda á la que dió el nombre de Palacio de Oro. En el vestíbulo veíase su estatua colosal que tenía ciento veinte piés de alto; adornábanle unos pórticos suntuosos, un lago inmenso, campos, praderas, selvas llenas de rebaños y de toda suerte de animales. Una de las salas era redonda y daba vuelta noche y dia, « imitando, dice Suetonio, Ner. 31, el movimiento circular del mundo. » Ahora tengo una morada digna de mí, dijo en su orgullo. Entónces vió que se habian agotado sus tesoros, y recurrió á las falsas acusaciones para tener en quien cebarse, ni mas ni menos que los antiguos imperatores declaraban la guerra á unos pueblos indefensos únicamente para allegar despojos. Sus caprichos han de ser una ley para todos, lo

mismo que los del pueblo rey lo fueron un dia para los demás pueblos. Se asocia con una envenenadora, llamada Locusta, mata á Británico, da veneno por tres veces á su propia madre, y viendo que resiste á él, ó que usa contra-venenos, como práctica en ellos, la hace asesinar, y dice que se ha suicidado. El cadáver de su propia madre es blanco de sus atroces venganzas, como la misma Roma lo habia sido para el primer César. Mató á su tia, á su mujer, á sus maestros, á todos cuantos allegados le parecieron sospechosos, imitando á Mario, á Sila, y á Cinna en sus furoros. « Ningun príncipe, dijo, ha sabido como yo lo que da de sí un poder sin límites. » Uno de sus cortesanos citó cierto dia un verso griego en que se dice, « arda la tierra cuando yo perezca, » y al momento respondió Neron, « arda la tierra mientras yo respiro. » Lo mismo que decian los cónsules y los pretores antiguos cuando entregaban á las llamas cien y cien pueblos de nuestra pobre Iberia. Viendo que en Roma habia unos barrios viejos, llenos de calles mal alineadas, les hizo pegar fuego por distintas partes; y desde lo mas alto de la torre de Mecenas, vestido de histrion, y « encantado, decia, de la belleza de la llama, » cantó la toma de Troya. Precisamente los autores dicen que Escipion Emiliano recitó los mismos versos delante de Cartago cuando la entregó á las llamas para apagar una inextinguible sed de venganza. Vindex en las Galias, Galba en España, se sublevan contra él, nó por el horror que les inspiren sus acciones, pues ya eran mas animados en los jefes los vicios que las virtudes, sino por un recuerdo de la antigua costumbre de llegar al poder por las sublevaciones. Sabido esto, intenta Neron entregar á las llamas la capital, soltando las fieras para que huyendo del fuego cayesen los romanos en

sus fauces ; pero por último se contenta con exigir de cada inquilino un año de arriendo , huye , y se suicida , porque viéndose perdido no hallaba un romano otro remedio. El pueblo dió muestras de alegría, esperando nuevas larguezas de un nuevo César , aunque debiesen ir envueltas en nuevas abominaciones. Tal fué en el año 68 el fin del quinto amo que tuvo la Iberia. En tiempos de Neron vino como pretor á la Lusitania cierto Marco Salvio Oton , desterrado de Roma , en donde dejó á su mujer Sabina Popea , en quien Neron habia puesto los ojos. La primera persecucion que sufrieron los cristianos fué por este tiempo. Se les achacaba el incendio de Roma , pero dice Tácito que no pudo probárseles otra cosa que un gran desprecio de las cosas de la vida. Sin duda iban ganando terreno en la opinion pública. Hay quien sostiene que el mismo San Pablo vino por mar á España , despues que ya habian seguido el mismo rumbo siete discipulos de Santiago , y se dedicó á la propagacion de su doctrina en Cataluña y en Valencia, Lucio Sulpicio Galba ejerció mando en la España Tarraconense desde el año 61 y ganó fama de rígido y justiciero. No se mostró muy suave en la cobranza de los nuevos pechos que impuso Neron para renovar el aspecto de Roma y darla nuevos monumentos. El poeta español Lucano , y Séneca , su tio , fueron víctimas de la saña de Neron. Algunos pretenden que en España hubo ya por este tiempo mártires de la fé , de resultas del edicto dado por el mismo contra los cristianos. Mandó en la Bética Cornelio Marcelo , teniendo por cuestor á Alieno Cecina ; y cuéntase que en su tiempo hizo tanto efecto en Hispalis , segun Filostrato , un actor trágico , que los espectadores huyeron del teatro desfavoridos. Salvio Oton mandaba en calidad de cuestor en la Lusitania. No bien Galba , noticioso

del levantamiento de Vindex, se declaró contra Neron, dividióse la Iberia en dos campos. Salvio Oton hizo que sus tropas aclamasen á Galba. Cecina hizo lo mismo en la Bética; pero como Marcelo se mantenía firme á favor de Neron, aquel cuestor le persiguió y dió muerte, lo mismo que á los demás contrarios de Galba, é hizo en todas las ciudades levadas de gente para sostener la nueva bandera. Si Neron hubiese conservado una chispa del ardor guerrero que animó á alguno de sus progenitores, esta rebelion militar hubiera sido sofocada. El jefe del ejército germánico, Virginio Rufo, había acudido contra Vindex desde el momento que tuvo noticia de las alteraciones; avistáronse los dos ejércitos; temeroso del resultado, quería Vindex atraer á su partido á Rufo; pero las tropas vinieron á las manos, y los rebeldes fueron derrotados con pérdida de veinte mil hombres. Ya Galba y sus partidarios en España temblaban al eco de esta novedad, cuando llegaron las noticias de Roma. El senado, muerto Neron, había aclamado por jefe del imperio á Galba. Virginio Rufo debió conformarse, proclamó tambien al mismo á quien iba á combatir, y dió por terminada la guerra. Claudio Rufo fué nombrado pretor de la Tarraconense, segun creen unos, y Galba se encaminó á Roma. En Tarragona, antes de su partida, le ofrecieron los habitantes una corona de oro, de peso quince libras, que conservaban cuidadosamente en el templo de Júpiter.

Galba fué nuestro sexto amo. Plutarco dice de él que fué un hombre digno de la antigua Roma. Ya sabemos quiénes eran los hombres de aquella antigüedad, blanco de tales suspiros; y cómo en ella se trataba á los esclavos y á los libres, se sepultaba vivos á centenares de hombres para expiar un supuesto prodigio, y en nombre de Jové se daba expansion á

todos los sentimientos feroces. La única diferencia entre los tiempos de los Escipiones y los de Calígula consistía en que en aquellos la crueldad era ordenada, y en estos tumultuaria. Dicen unos que el primer Galba se llamó tal por lo desidioso, otros que por lo gordo, quién que por lo flaco: que las tres cosas significa el nombre en tres distintos idiomas. Ese Galba fué compañero de Lúculo y de Escipion Emiliano cuando mataron por perfidia á treinta mil lusitanos poco después de la traicion que estos dos habian consumado en Cauca. Dicen que dos prodigios revelaron al nuevo Galba en España su elevacion al imperio. Al ir á hacer un sacrificio en Tarragona, el niño que llevaba los incensarios mudó de repente el color del cabello de rubio en blanco: es decir que, á un jóven habia de suceder en el imperio un anciano. En la Cantabria cayó en el agua un rayo, y se descubrieron doce segures, signo del imperio. Fué muy desigual, dice Suetonio, GALBA 9, su conducta en España. Ardoroso; vigilante; severo hasta ser cruel, á un cambista desleal le hizo cortar las manos sin ley en qué apoyar este capricho; y á un ciudadano romano que habia envenenado á su pupilo le hizo clavar en cruz contra la ley que prohibia usar de tal suplicio contra un ciudadano; y en escarnio de la misma ley hizo que la cruz se distinguiese por lo blanca y alta. Poco tardó en sustituir al sistema de tirantez el de la flojedad, diciendo «que á nadie podian pedírsele cuentas de su inaccion.» Suetonio nos manifiesta el motivo porqué se declaró contra Neron habiendo sido por tantos años uno de sus instrumentos. Supo que Neron habia dado orden de matarle. Hé aquí el secreto de la ambicion encendida de repente en el pecho de Galba, cuando ya tenia setenta y tres años. Á las ciudades de España, que tardaron en declararse por él, las im-

puso unas derramas considerables , hizo derribar sus muros , y condenó á muerte á sus jefes militares y civiles , y á las esposas é hijos de los mismos ; mandó pesar la corona de oro , que le regalaron en Tarragona , y viendo que faltaban en ella algunas onzas del peso que le habian dicho , exigió una retribucion por la falta : tenia , en suma , una mezcla de buenas prendas , que no le hicieron amable , y de malas inclinaciones que desde luego le hicieron odioso. Era señor de Roma , y tenia tres señores que eran los verdaderos amos de la capital y de las provincias. Tito Vinio , uno , teniente suyo en España , hombre avariento ; Cornelio Laco , otro , lleno de una necedad y de una arrogancia intolerables ; Icelo , el tercero , digno de todo , menos de las dignidades que se le confirieron. Revocó las larguezas de Neron ; permitió que sus favoritos vendiesen destinos , dispensasen favores , absolviesen culpables y condenasen inocentes. Los soldados esperaban de él un donativo ; acostumbrados á tales liberalidades por los cónsules en los triunfos , por los generales al fin de una campaña , por los Césares en sus advenimientos. Galba respondió que estaba en su carácter hacer levás y nó compras de soldados. Esta falta de prudencia exasperó á las legiones , las cuales dijeron que no querian emperador elegido en España. Oton se sublevó contra él ; los mismos soldados le mataron ; solo un caballero romano salió á su defensa ; y así descendió del trono á los siete meses de elegido. Consta que los antiguos romanos eran dados al abominable vicio de la sodomía. Suetonio , en Galba , 22 , dice que el mismo mal tenia infestado á Galba.

Oton toma las riendas del imperio. Cuando jóven , se entretenia con algunos amigos en recorrer de noche las calles y mantear á los ébrios y enfermos que hallaba en ellas. Fué

Íntimo amigo de Neron , y cómplice en sus vicios mas repugnantes , hasta que aquel riñó con él por una mujer y le desterró dándole el gobierno de la Lusitania. Diez años habia permanecido en nuestra península. En ella se sublevó contra Neron y en favor de Galba , creyendo que este le adoptaria una vez sentado en el trono. Decia Oton que el estado de su fortuna no reconocia otro remedio que el imperio ; y que preferia sostener una guerra antes que tener que lidiar con una nube de acreedores. Vendió un destino de intendente por unos setecientos mil reales , y gastó este dinero en la compra de algunos conjurados dispuestos á entronizarle. Muerto Galba , preséntase Oton al senado , dice que la multitud le llama al poder y que no quiere resistir á la voluntad de los romanos. En las cartas que escribió á España tomó el renombre de Neron , aunque dejó de usarle despues viendo que habia producido mal efecto. Plutarco dice de él que vivió como Neron , y murió mas dignamente. Su elevacion y su caída casi se tocaron. El ejército de la Germania se declara por Vitelio ; y se enciende una guerra civil encarnizada. Hízola Oton con un ardor y una precipitacion increíbles , despreciando todos los augurios. No se halló presente en ninguna batalla , pero salió á campaña. Al principio fueron vencidos los vitelianos , pero luego triunfaron , y Oton acudió al remedio de los romanos , el suicidio.

Ya tiene la Iberia su octavo señor y dueño. Fué Vitelio un favorito de Calígula , de Claudio , de Neron , y enviado por Galba á la Germania para que diese allí rienda suelta á su glotonería. Cada ejército queria tener derecho de nombrar un jefe del imperio. Galba y Oton habian salido del ejército de España , con envidia del de la Germania. Este á su vez proclama á Vitelio. El primer acto de su advenimiento fué

condenar á muerte á ciento veinte soldados , nó por indisciplinados , sino por partidarios de Oton. El segundo fué visitar el campo de batalla en que las huestes de este habian sido vencidas , saborearse en mirar los cadáveres insepultos y decir « que siempre huele bien un enemigo muerto. » El tercero, entrar en Roma haciendo menosprecio de todas las leyes divinas y humanas , tomar un favorito , entregarse á todas horas á la gula , hacer venir de España frutos esquisitos para devorarlos en una noche , y acumular suplicios sobre suplicios. Preséntansele dos hijos pidiéndole el perdón de su padre , y manda que los tres mueran. Ordena que se quite la vida á los astrólogos ; y uno de estos pone un pasquin en que prohíbe á Vitelio existir dentro de un mes. Una mujer le habia predicho á Vitelio que reinaria pacíficamente si sobrevivía á su madre ; y al momento hace matar á esta desgraciada. Ocho meses duró esta dominacion execrable. No la derribaron los romanos , cada dia mas abyectos , sino los soldados de otros ejércitos , deseosos de usar del derecho de elegir emperadores. Vitelio no tuvo valor para suicidarse , y fué atormentado , y su cadáver arrastrado y arrojado al Tíber.

Nuestro nono árbitro soberano tuvo por nombre Vespasiano. La pluma corre mas ligera cuando no hay que hacer mención de aquellas negras acciones que hacen temblar de indignacion el pulso. Parecia que la humanidad , presidida por algun romano , era incapaz de dar de sí un átomo de sentimientos tiernos. En Vespasiano toma el corazon un respiro. Habia hecho la guerra en la Bretaña , y despues en la Siria. Á tenor de un antiguo oráculo , famoso en Oriente ; el imperio de la tierra debia pertenecer á un hombre salido de la Judea. Lo dice Suetonio , VESP. 4. Los judíos creyeron

ron que el oráculo hablaba de ellos, y se sublevaron. Vespasiano pensó que tal vez haria referencia á su persona, y consultó al Dios del Monte Carmelo, quien le respondió que en todas sus empresas seria afortunado. Aquel Dios, dice Tácito, Hist. II, 78, no tiene templo ni estatua, solo un altar llama allí la veneracion de los hombres. La respuesta del oráculo fué bien recibida y mejor interpretada. El historiador Josefo, deseando salvar sus dias, y dotado de la penetracion suficiente para conocer que el ejército de la Siria no querria ser inferior al de España ni al de la Germania, dijo en són de profecía que Vespasiano, dueño del imperio, le quitaria las cadenas que le abrumaban. Muy pronto se cumplió el pronóstico. Algunas cohortes sueltas dieron el primer impulso; las demás debieron seguirle; y Vespasiano permitió que sus soldados le jurasen fidelidad y obediencia. Á lo menos habia conservado entre ellos la disciplina. Principia la guerra civil contra Vitelio. Vespasiano entra en Roma, y triunfa, nó de los romanos, dice, sino de los judíos. Dedicase á restablecer en el ejército de Italia la subordinación de que habia conservado un resto el de la Siria; hace despues el oficio de censor en las clases del estado; separa de las mas illustres á los mas indignos, y llama á ellas á los ciudadanos mas insignes de las provincias, inclusa nuestra Iberia. Todo cuanto habia sido arrebatado á los particulares durante las últimas guerras civiles, es devuelto á los miembros de las familias de las víctimas. Vespasiano se muestra bondadoso y superior á las pequeñeces de los grandes. En la ceremonia del triunfo, cansándole lo pausado de la marcha, dijo « que quedaba bien castigado de su necedad de desear tal ceremonia. » De sus anteriores enemistades é injurias recibidas, dijo que, tomando el cetro, habia perdido la

memoria de todas ellas. No se citan inocentes condenados durante su reinado. Algunos le echan en cara su afición al dinero, y los medios que empleó para adquirirle, aunque confiesan que supo emplear bien lo mal allegado. No bien subido el poder, dijo que para sostener las cargas del estado necesitaba unos cuatro mil millones de sextercios, que es como si dijésemos en números redondos unos tres mil millones de reales. Tal vez en la mala administración de la hacienda deben buscarse muchos de los males que habían afligido al imperio. Puede decirse que los pechos recaudados en las provincias ascendían á unas cantidades inmensas, perdidas en sus nueve décimos en manos de los administradores. Vespasiano murió de enfermedad á los sesenta y nueve años, día 23 de junio del 79 de Cristo, y décimo de su reinado. Dió á los habitantes de nuestra Iberia los privilegios de los latinos, y se cree que fué en recompensa del servicio que de ella recibió al principio de su reinado por haber salido de España dos legiones contra los galos que andaban en alteraciones. Y algunos creen que de ahí se originó el haber tomado muchos de nuestros pueblos el sobrenombre de Flavios, que era uno de los nombres de Vespasiano. En la Bética estuvo Plinio de Cuestor el año 71, en cuyo tiempo ejercía mando en la Tarraconense cierto Licinio Larcio. Tito, hijo de Vespasiano, ocupa el trono. Censurábale y casi le odiaba el pueblo. Años antes un adivino, consultada la metoposcopia, que era el arte de conjeturar por los rasgos de la fisonomía, le había predicho que obtendría el mando supremo. Entró por asalto en Jerusalem y destruyóla. Aclámanle *IMPERATOR* sus soldados con tales demostraciones, que muchos creen que Tito intenta destronar á su padre. Poco despues se le vió en Memfis, ceñidas con una

diadema las sienes. De repente llega á Roma con grande acompañamiento, como para dar á aquel rumor mayor consistencia. Invita á cenar á Asilio Cecina, y al salir de la sala hace que le degüellen, diciendo que tiene en su poder una proclama incendiaria dirigida por Cecina á los soldados. Vespasiano le confía varias dignidades, y el pueblo le acusa de vender por oro la justicia. Todos creían que Tito seria en el poder un Neron segundo. Pocos príncipes han gozado en su entronizamiento de una reputacion mas deplorable. Pero, no bien tiene en las manos el cetro, cuando aparece en él otro hombre, que renuncia á los vicios y se da á la práctica de las virtudes. Amaba á la hermosa Berenice, y se separa de ella; rechaza y abandona las relaciones frívolas; rehusa los presentes, respeta los derechos de los demás, no anula las gracias de sus antecesores, antes las confirma, y toma por principio y norma de sus acciones no despedir á nadie desesperanzado. Si alguna vez se olvida de hacer bien, exclama « es un dia perdido, » y trata de recobrarle. En su tiempo el Vesubio destruye ciudades, un incendio espantoso consume gran parte de Roma, y una peste diezma los habitantes. Tito destina los bienes mostrencos para reparar los daños, cede todas sus riquezas y las de sus palacios para socorrer á los necesitados, y prodiga á los enfermos todos los socorros divinos, dice Suetonio, y humanos. Á los delatores, á los que provocaban los delitos para buscar un mérito en su represion, los destierra de Italia. Admite el sumo pontificado, para conservarse, dice, mias puro. La venganza no halla cabida en su pecho. Sabe que alguno quiere destronarle, le llama, le da su mesa, le dice que el mando es un triste presente del destino, y le asegura para el porvenir un olvido completo. Sabe que su

hermano está impaciente por ocupar el trono, le abraza y le conjura que vivan los dos como buenos amigos. Dijo que solo sentia un remordimiento, y no ha podido saberse cuál fuese. Una fiebre maligna le arrebató en pocos dias, cuando habia merecido ser llamado las delicias del género humano. En él y en su padre hay algo que nos revela ya el cristianismo. Todavía esta institucion divina germinaba en el seno de la tierra, en los misterios de las catacumbas; pero en los aires se sentian ya sus primeras aromas que transformaban las almas. En Tito, mucho mas que en Vespasiano, hay algo que evidentemente tiene el olor del hombre nuevo. Dice Suetonio, que al sentirse malo, miró Tito al cielo, y profirió aquellas palabras que revelaban en él un remordimiento. No hablaban de esta suerte los gentiles:

En el año 81, el undécimo señor de la Iberia tomó la púrpura. El paganismo hace en él un esfuerzo para recobrar el terreno perdido. Domiciano habia pasado en la indigencia y en la infamia su juventud primera. Cuando subió al poder su padre Vespasiano, él era maestro en adulterios, raptos y peculados. Al tiempo de la muerte de Vespasiano dijo que una parte del imperio le pertenecia, y no cesó de conspirar abiertamente contra su hermano Tito. Los primeros dias de su reinado los dedicó á perseguir en palacio las moscas, no se sabe si dando alguna intencion á semejante entretenimiento. Infiel con su mujer, esta lo fué tambien con él, y se entregó á un histrion, por nombre Páris. Gastó sumas enormes en juegos y espectáculos magníficos, en los que hizo que las jóvenes, depuesto el pudor, luchasen en la carrera. Tres veces hizo al pueblo una distribucion de unos doscientos veinte reales por cabeza. Hizo una expedicion contra los catos, otra contra los sármatas, y otra contra los dacios, y quiso hacer en-

trada triunfal por los primeros y los últimos. Sublevóse contra él Lucio Antonio, gobernador de la alta Germania, mas no fué afortunado. Habiendo notado que en ciertos años hubo en Roma suma escasez de trigo y una grande abundancia de vino, prohibió hacer nuevas plantaciones de viña, y aun quiso hacer arrancar la mitad de las vides existentes: luego conoció que el poder de un emperador no llegaba á tanto. Renovó contra las vestales incestuosas la antigua pena de enterrarlas vivas. Tenia al principio tanto horror al derramamiento de sangre, que trató de impedir que se inmolasen bueyes. Este horror iba favoreciendo á los cristianos que querian sustituir en las aras los sacrificios incruentos á las repugnantes escenas sangrientas que en ellos se representaban. Creyóse en los comienzos que seria un príncipe desinteresado y clemente; pero muy pronto se convirtió en cruel y en avariento. Á un hijo de Páris, el seductor de su esposa, le mató porque se parecia á su padre. Muchos senadores y caballeros sufrieron la última pena por los mas leves pretextos; uno porque llevaba consigo un mapa-mundi, y discursos de los reyes, sacados de Tito Livio; el escritor Junio Rústico por haber dicho que eran hombres virtuosos los que Domiciano tenia por malvados. Ideó un nuevo género de tormento, haciendo quemar las partes á los acusados. Disimulado hasta lo sumo, recibia con afabilidad á los que en su lista secreta tenia ya condenados á muerte. Hizo renovar con ardor las acusaciones de lesa-magestad, de suyo tan elásticas y ocasionadas á enca-recimiento. Agotados los recursos con sus construcciones y sus espectáculos, pensó en disminuir el ejército; pero, viendo que peligraban las fronteras del imperio, le pareció que la manera de llenar mejor el tesoro era la confiscacion de

bienes. Una ligera delacion bastó para que uno fuese acusado y perdiese al momento su patrimonio. Era muy difícil que un hombre rico tuviese otro heredero que el César, pues bastaba que un solo testigo dijese haber oído cómo el difunto indicaba á Domiciano por heredero suyo, para que el fisco entrase en posesion de la herencia. Al hablar de él sus intendentés debían usar esta fórmula, « así lo quiere y ordena nuestro dios y amo. » Padecía de terrores supersticiosos: él, que condenó al martirio á millares de cristianos, diciendo que practicaban ritos horrendos. Se hizo generalmente tan odioso que sus mismos amigos, sus libertos, y su esposa se conjuraron para darle muerte, como lo hicieron, á puñaladas. Fué vario el efecto que produjo en Roma este atentado; los soldados dieron á Domiciano el nombre de divino, mientras los senadores á una le injuriaban, arrancaban sus bustos, destrozaban sus trofeos, y declaraban abolidá su memoria. Esto fué en el año 96. Los españoles Quintiliano y Marcial florecieron por este tiempo. La persecucion contra los cristianos se llevó con sumo vigor en todas las provincias, lo mismo en la Iberia y en las Galias que en Italia. En la Bética el gobernador Bebio Masa quiso imitar tan al vivo á Domiciano, que casi le excedió, por lo que fué acusado, condenado, y confiscados sus bienes segun costumbre. Háblase de San Geroncio como obispo de Itálica, de San Eugenio como propagador de la fé en Toledo, y de la muerte violenta dada á los siete obispos que vinieron á la península como discípulos de Santiago.

¿Fué español Marco Cocceyo Nerva, décimo tercio señor de la Iberia? los mas lo ignoran, aunque niegan que fuese romano. Los senadores dudaban ya que un romano tuviese hombros para sostener un imperio. No querían mozos en el

solio, y eligieron á un anciano. Nerva habia sido dos veces cónsul, y prometió al senado que no seria su tirano. Dejó de perseguir á los cristianos, revocó varias leyes, fué blanco de una sublevacion de los soldados que querian ver en el jefe del imperio el representante de sus iras, y se asoció en el mando á Trajano, en quien le pareció que habia de sobras la energía que á él le faltaba. Afable, generoso, activo y vigilante, dicese de Nerva que supo hermanar su dominacion con la libertad. Abolió muchos tributos injustos, y cuando le faltaban recursos vendia sus alhajas y muebles mas preciosos. Modesto y equitativo, no permitió que se le erigiesen estatuas, é hizo acuñar moneda con los bustos y efigies de oro y plata que representaban á Domiciano. Un particular le dió noticia de haber hallado un tesoro: «usa de él» le respondió. Insistió aquel diciendo que era considerable: «usa ó abusa», respondió Nerva, nada tengo que ver con lo tuyo.» Conjuráronse contra él dos senadores, y los perdonó dándoles á entender que estaba descubierta su trama. Frontino ha dicho de él «que era una desgracia vivir bajo las órdenes de un príncipe que todo lo prohíbe, y tambien bajo las de otro que todo lo permite.» Pero Tácito no le pinta débil cuando dice «que hermanó con la libertad la autoridad.» PRINCIPATUM ET LIBERTATEM. Si lejos de Nerva, en las provincias, se cometian abusos en su nombre, puso á ellos remedio en cuanto llegaron á su noticia. Murió de enfermedad á 27 de enero del año 98.

CAPÍTULO III. — Cantividad de la Iberia desde Trajano hasta Séptimo Severo I.

AÑOS 98 A 193 DE CRISTO.

Un español se sienta en el trono de los Césares. Es Trajano, nacido en Itálica el 18 de setiembre del año 52. Tie-

ne cuarenta y seis años. Un escritor célebre ha dicho que ningun reinado ha sido mas feliz ni mas glorioso que el suyo para el pueblo romano ; que ningun príncipe le puede ser comparado ; que fué gran hombre de estado , gran capitán ; inclinado al bien por bondad de corazon ; alma noble , honra de la naturaleza humana , y digno espejo de la divina. La circunstancia de haber perseguido á los cristianos le acarreó algunos enemigos que han procurado ennegrecer su memoria. Sin embargo otros cristianos , lejos de odiarle , supusieron que las preces de los fieles habian conseguido la salvacion de su alma. Conoció que Roma necesitaba expansion para no destrozarse á sí propia , y se la dió haciendo campañas memorables en las márgenes del Danubio , y siguiendo en Asia las huellas de Alejandro Magno. Plinio dice de él que en su tiempo ya no fué un delito no aplaudir á un gladiador en el Circo ; que los delatores fueron castigados al igual de los bandidos , los tributos reducidos á lo justo , la adulacion desatendida , las últimas voluntades ejecutadas y cumplidas ; que ya el príncipe no era el heredero de todo el mundo , bien porque le hubiesen nombrado , bien porque le hubiesen omitido ; que ya no fué preferido á la virtud el vicio ; y por último , que en Trajano no hay solamente acciones que loar , pues un malvado puede tambien tener algunas que sean loables , sino un elogio personal completo que hacer , digno de un hombre cumplido. Merece ser leida detenidamente la correspondencia sostenida entre Trajano y Plinio , que ejercia en su nombre un mando. Sobre todo la carta en que delicadamente , y sin que lo parezca , defiende Plinio á los cristianos , debe meditarse. Plinio pregunta á Trajano ¿ si es solamente el nombre de cristiano lo que se persigue , ó bien algun crimen ? Aña-

de que lo que practicaban los cristianos era reunirse cierto dia antes de salir el sol , cantar á coro alabanzas á Cristo , obligarse con juramento á no robar ni ser adúlteros , ni faltar á sus promesas , ni negar un depósito. Dice que son muchas las personas de toda edad , órden y sexo que pertenecen á la nueva comunión , no solo en las ciudades sino tambien en las aldeas , motivo por el cual habian casi quedado desiertos los templos y sido olvidados los sacrificios. Habia hecho el cristianismo unos progresos inmensos. Trajano y Plinio , aunque paganos , usan frases propias de un cristiano , porque la nueva doctrina , aunque no hubiese penetrado en todos los corazones , llenaba ya el ambiente que todo el mundo respiraba. Tienes amigos , dice Plinio á Trajano , porque eres amigo. Deseo tratar á los súbditos , dice Trajano , como quisiera que á mí me hubiesen tratado los príncipes. Se hace accesible para todos , sin que le parezca que la humildad le desdora. Entrega una espada al prefecto del pretorio y le dice : defiéndeme con ella si gobierno bien ; blándela contra mí si me inclinó al mal. No se crea que estuviese exento de defectos. Los resabios del paganismo lidiaban en él para no perder el imperio de la tierra : el vino , las mujeres , unas costumbres feas , y tal vez un demasiado amor ardiente á la gloria , luchaban para transformarle en uno de los anteriores césares ; pero su clara mente resistió á tales embates ; ó bien el brillo de sus virtudes eclipsó todos sus vicios. Sin duda fué amigo de los iberos , y llevó consigo á muchos para que recorriesen con él la famosa Babilonia , las márgenes del Tigris , las del Eúfrates , parte de la Arabia , el país de los partos , y otras comarcas cuya existencia era desconocida , y que de repente despertaron súbditas de los romanos acaudillados por un ibero. Tambien

debió hacerles recorrer las márgenes del Danubio : y es en donde por la vez primera se habla de la caridad usada con los heridos. Trajano dió todo su lienzo, é hizo giras sus propios vestidos para que nada les faltase. Varios monumentos atestiguan en nuestra Iberia la admiracion con que se miraba á Trajano. En Zalamea de la Serena , que se cree ser la antigua Ilipa , se levantó para memoria de su reinado un edificio del que solo quedan ya restos. El puente de Alcántara se terminó cuando Trajano habia sujetado á los dacios. Curio Lacon y Julio Lacer trabajaron en dicho puente, como arquitecto el segundo , como director de la obra el primero. En la Bética gobernó algun tiempo cierto Cecilio Clásico , conservando resabios del tiempo de Domiciano; pero visto por los habitantes que no habia armonía entre los edictos de Trajano y los actos de Clásico , acusaron á este por cuidados de Plinio el menor , y obtuvieron remedio. Dúdase si el nuevo gobernador que vino , llamado Calestrio, obtuvo mando en toda España. Sábese , sí , que , por los años de 110 mandaba en la Lusitania cierto Validio que se ensañó en los cristianos. Opinan algunos que á esta época pertenece la conclusion del acueducto de Segovia. Cuando ya las armas no podian darle mas gloria , cuando habia visto como Alejandro el Océano indio , y habia recibido embajadas de los príncipes del Indostan , Trajano se sintió malo en Selinunto , y murió á principios del mes de agosto del año 117 , sin que se sepa el dia fijo , pues se cree que su esposa Plotina , y Adriano , tuvieron oculta su muerte hasta haberse asegurado la sucesion del imperio. Los mejores cronólogos dicen que fué el dia once. Fué amigo y protector de Quinto Curcio , Floro , Suetonio , Tácito , Juvenal , Marcial , Quintiliano y Plinio el menor. Este y Tácito fueron

amigos ; pero el primero compadecia á los cristianos , y no veia en su culto nada que fuese repugnante , al contrario del segundo que les prodigó epitetos injuriosos.

Los antecesores de Adriano eran naturales de Adria , ó Atri , en el Abruzio ; y en tiempo de Escipion el Africano fuéron á España y se establecieron en Itálica. La madre de Adriano era gaditana ; pero él nació en Roma , segun afirma Eparciano refiriéndose á los escritos del mismo Adriano. Á los diez años quedó sin padre , y fué su tutor Trajano , que después subió al imperio. Trajano le miró como un hijo. El primero que fué á participar á Trajano la muerte de Nerva fué Adriano. En la expedicion llevada por aquel á cabo contra los dácios , Adriano estuvo al frente de la primera legion minervina. Cuando subió al imperio , los moros hostilizaban al romano , los sármatas le declaraban la guerra , los bretones se sublevaban , el Egipto andaba en alteraciones , y la Licia y la Palestina eran teatro de terribles sacudimientos. Adriano abandona lo que Roma poseia mas allá del Eúfrates y del Tigris , diciendo que en esto imitaba á Caton , quien , no pudiendo retener bajo el yugo á los macedonios , les concedió la independenciam. Al principio y al fin de su vida , dicen algunos , fué sanguinario ; en lo restante de ella fué clemente. Pidió para Trajano los honores divinos. En vez de triunfar en persona , hizo pasear en un carro de triunfo la efigie de su antecesor guerrero. Para dar seguridad á los deudores del fisco , hizo quemar todos los documentos en que se afianzaba este. Prohibió que entrasen en su peculio los bienes de los condenados , y los hizo ingresar en el tesoro público. Dijo que regiria el estado de manera que todo el mundo viese que manejaba caudales del pueblo , y nó los suyos. Procuró realzar la dignidad del se-

nado , escaseando los nombramientos de senadores. Fué amigo de viajar incesantemente ; estuvo en las islas Británicas ; pasó á las Galias , las recorrió , levantó en Nimes una basílica en honor de su protectora Plotina , viuda de Trajano , y en seguida visitó la España. Permaneció todo un invierno en Tarragona , y restauró á costas suyas el templo de Augusto. Convocó , dice Esparciano , en asamblea general los diputados de todas las ciudades de España , y procuró con mucho tacto meter orden entre los que querian sustraerse á las levas de gente y los que se negaban á entrar en ellas. El mismo historiador antiguo cuenta el riesgo que corrió Adriano en aquella ciudad , y la accion gloriosa á que le dió ocasion este evento. Paseábase en un parque contiguo á la ciudad cuando un esclavo de su huésped le acometió espada en mano. Detúvole Adriano con la mayor sangre fria , le entregó á sus oficiales , y , convencido de que era un demente , le confió á sus médicos sin manifestar á nadie desagrado. Embarcóse en la misma Tarragona con direccion al Asia , y deteniéndose en la Acaya , á imitacion de Hércules , se hizo iniciar en los misterios de Eleusis. Dió privilegios á los atenienses , y presidió sus juegos. De vuelta del Asia tocó en Sicilia , y subió de noche á la cumbre del Etna para ver el orto del sol que dicen que desde allí aparece con los colores del arco iris. Vuelve á Roma , sale para el África , se restituye á Italia , emprende un viaje á Oriente , vuelve al Asia , y visita la Arabia. Ningun príncipe recorrió como él mas países , ni mas rápidamente. Es muy particular el que unos le llamen severo , alegre otros , púdico estos , disoluto y avaro unos , liberal otros , clemente estos , cruel aquellos. Es lo cierto que Adriano lo fué todo. Tambien fué escritor ; y como uno de los autores de su tiem-

po le cediese la palma , y se maravillasen los cortesanos , dijo el literato : « nadie me probará que no sea el mayor sabio del universo el hombre que tiene á sus órdenes treinta legiones. » Se cuentan de Adriano rasgos hermosos. Cuando subió al trono , dijo á sus enemigos , « de una y buena habeis escapado. » Quitó á los amos el derecho de matar á los esclavos , y quiso que los condenasen en todo caso los jueces. Á los que habian disipado los bienes de sus mayores los expuso en el teatro al ludibrio de los espectadores. El hambre, la peste y los terremotos hicieron estragos durante su reinado , y era difícil librarse de tales plagas siendo tan vasto el imperio. Adriano acudió con socorros á todas partes. Intentó mantener la disciplina civil tan cuidadosamente como la del ejército ; y para ello decia que bastaba ser idólatra de las leyes. Fué sumo pontífice del culto pagano , y como á tal enemigo del nuevo , que iba ganando terreno. Al principio persiguió á los cristianos ; pero despues , viendo que cuanto mas los perseguia mas se acrecentaban , les dió un respiro. Su última enfermedad , que le hizo sufrir horriblemente , mudó su carácter , dándole instintos sanguinarios. Quería matarse y se lo impidieron ; pedia á gritos que le diesen un veneno , y su médico prefirió tomarle él y suicidarse. Para darle algun alivio los que le rodeaban le hicieron creer que su sola presencia hacia milagros. Dos ciegos con solo tocarle dijeron haber recobrado la vista. Murió á la edad de setenta y dos años , habiendo reinado muy cerca de veinte y dos , en el año 138 de Cristo. En su tiempo se dice que nuestra Iberia fué dividida en seis provincias. Otros dicen que en cinco , á saber , la Tarraconense , la Cartaginesa , la Galecia , la Lusitania y la Bética.

|| Ninguna familia humana puede creerse degradada cuando

obedece á un hombre como Antonino Pio , sucesor de Adriano. No es entónces la arrogancia , el espíritu de ira , la soberbia quien impera , sino el órden social personificado. No hay que decir si el cristianismo hacia progresos. Quitado el mando á los ardores de la sangre , entraba á reinar la mente clara y serena. Aunque Fenelon nos haya pintado á unos paganos dotados de virtudes de otros siglos , no es el paganismo lo que allí nos pinta, sino el cristianismo, mudado el nombre. Lo mismo que dijimos de Vespasiano y de Tito deberemos decirlo de Antonino y de su sucesor Marco Aurelio. Eran en alguna manera cristianos , y ellos mismos lo ignoraban. Antonino Pio descendia de la Galia Transalpina. Era hermoso por su fisonomía , brillante por su talento, moderado en sus deseos , noble por su carácter , sobrio , sabio , elocuente , protector de la agricultura ; bueno , liberal , enemigo de la envidia , y esto sin ostentacion , sin aparato. Llamáronle Pio , dice Capitolino , por su bondad inmensa , y por la felicidad constante de que disfrutaron los súbditos durante su reinado. Dijo que una vez llegado al imperio , ya nada le pertenecia. Constante en sus amistades, nada le pesaba tanto como tener que mudar el personal en los destinos. Contuvo á los moros , sometió á los germanos, los dacios , los judíos sublevados , redujo á la obediencia á los griegos , á los egipcios , y mantuvo á raya á los alanos que ya parecian dispuestos á inundar la Europa. Recomendaba sobre todo la suavidad en la recaudacion de los tributos. Si le decian que de una provincia se habian sacado grandes recursos , queria indagar al momento cómo habia sido , para devolverlos si fuese con injusticia. En su tiempo ningun cortesano pudo infundir terror con sus delaciones , ni vender empleos. Rehusó una vez el título de padre de la

patria, y le aceptó despues, dispuesto á serlo. Vivió en la opulencia, sin fausto; y con economía, sin miseria. No quiso viajar, porque decia que, aunque un príncipe lo haga sin ostentacion, no deja de ser oneroso para las provincias. Repetia siempre aquella antigua máxima de que es preferible conservar la vida á un ciudadano que quitarla á mil enemigos. Viendo á Marco Aurelio llorar la muerte de su ayo, y oyendo á los cortesanos que decian ser esto indigno de un príncipe: «Nó, amigos, les dijo; dejadle que sea hombre, pues la filosofía ni la diadema no matan los afectos.» Murió de enfermedad; y poco antes de espirar habia dado el santo y seña al tribuno de servicio con estas palabras, «igualdad de ánimo.» Fué esto en el año 161. Ni una voz se levantó para acusar su memoria. Unos alababan su piedad filial, otros su clemencia, estos su talento claro, aquellos la pureza de sus costumbres. Algunos quisieron transformarle en Dios; otros dijeron que no habia necesidad sino de decir que su alma era un espejo terso en el que se retrataba la bondad divina. No fueron molestados de su órden los cristianos, y sin embargo lo fueron, porque el espíritu del error iba perdiendo terreno é intentaba recobrarle enardeciendo las malas pasiones de la plebe en todas las provincias del imperio. Formóse un partido ante-cristiano que debia batallar por la defensa de los ídolos. Y fué natural, pues reinando la paz, los ánimos buscaban alimento en las teogonías.

Marco Aurelio es jefe del imperio. Julio Capitolino, su biógrafo, le llama Antonin el Filósofo. Nació Aurelio en Roma; en la infancia se mostró grave; en la juventud estudió con ardor la filosofía; tuvo necesidad de ella así que tomó por mujer á Faustina, hija de Antonino Pio; y llegado al poder no abandonó sus preceptos. Sobrio sin ostentacion,

bueno sin debilidad , y severo sin aspereza , fué siempre económico, placentero, laborioso, y se propuso por modelo, á quien imitar ó exceder, á Antonino Pio. Tomó por colega en el mando á su hermano Lucio Aurelio Vero, unos dicen que para satisfacer una ambicion que le parecia peligrosa , y otros creen que para enseñarle cuán lleno está de abrojos el trono. Dió á cada soldado unos siete mil reales , continuando una costumbre funesta. No pudo disfrutar de la paz que deseaba. Tuvo que sostener guerras contra los partos , los bretones , y las tribus mas apartadas de la Germania , y lo hizo con éxito. No salia del senado sin que el cónsul hubiese pronunciado la fórmula de « no hay nada mas sobre que llamar la atencion de los senadores. » En todas las provincias del imperio creó pretores de tutelas , especialmente destinados á velar por los intereses de los pupilos. Sabiendo que las provincias ibéricas estaban exhaustas, ya por efecto de la peste y del hambre que devastaron el imperio, ya por la emigracion de los moradores, decretó levas en Italia para suplir por las de España. Asesoróse casi siempre con Escévola , jurisconsulto que pasaba por muy equitativo. Trató al pueblo como si hubiese vivido en un país libre. Poseia el arte de apartar del mal los ánimos , inclinándolos al bien gradualmente. Un mal cortesano le pidió un dia cierta dignidad , y él le dijo, « destruye antes la mala opinion en que te tienen. » Á un mismo tiempo tenia bondad y entereza. En su tiempo un histrion anunció el fin del mundo ; Marco Aurelio le preguntó en qué se fundaba , y conocida su impostura , quiso que la sola confusion le sirviese de castigo. Cuando murió Vero , su hermano á quien habia elegido por colega, no faltó quien calumniase á Marco Aurelio, diciendo que habia hecho un esfuerzo para quitar del mundo un

mónstruo: pero no opuso á la chismografía otra defensa que su vida, llena de acciones honrosas. Debiendo hacer la guerra á los marcomanos en una época en que el erario estaba exhausto, vendió en pública subasta todas las joyas, plata y oro labrados, y piedras preciosas que pertenecieron á Trajano; y sacó de todo ello lo bastante para reprimir á aquellos enemigos. Fué tan generalmente amado, que unos le llamaban padre, otros hermano, otros hijo, nó por adulacion, sino por cariño. No quiso que los soldados usasen en Roma el traje militar, para evitar que creciese en ellos la arrogancia que tan fatal habia sido al estado. Si le recomendaban algun individuo, tomaba al momento informes sobre la conducta del recomendado. Parece que en su tiempo los lusitanos anduvieron en alteraciones que fueron muy pronto apaciguadas. Si las ciudades tenian quejas de sus gobernadores, acudian á Marco Aurelio, y obtenian remedio. Si los tributos eran demasiado onerosos, ú exigidos con dureza, los rebajaba ó ponia órden en su cobranza. Cierta Avidio Craso se sublevó en Oriente, tomando el título de emperador; pero fué vencido, y muerto con sentimiento de Marco Aurelio que queria indultarle. Recorrió el Asia Menor; la Grecia, el Egipto, y en todas partes se presentaba como compatriota de los que le hospedaban, diciendo que la humanidad es la patria del hombre. Habiendo fallecido su impúdica esposa, no dejó de honrar su memoria, y aun fundó para ello una comunidad de vírgenes llamadas Faustiananas, como si ignorase la mala correspondencia que con él guardó la difunta. Habíanle aconsejado que la repudiase; pero respondia que en tal caso debia devolverla su dote, es decir el imperio. Repetia siempre la máxima de Platon, de que los filósofos deberian reinar, ó bien los reyes practicar la filosofía. En las discusiones manifestaba sus ra-

zones, y no se aferraba en su dictámen, sino que decia que era muy justo inclinarse al de sus amigos. Cuando columbró que su hijo Cómodo tenia inclinaciones que hacian presagiar la renovacion de los tiempos de Calígula, de Neron, y de Domiciano, le entró tal tristeza que presintió haber llegado su última hora. « Á vosotros, dijo á sus amigos, os recomiendo mi hijo, si es digno de ello, y á los dioses inmortales. » Habia contenido á las huestes del norte que estaban atisbando el momento de poder hacer presa en el imperio; y tambien á los moros que devastaron por este tiempo las Españas con un ardor que indicaba ya cuánto codiciaban poseerla. Dió el último suspiro al cabo de diez y ocho años de reinado, en el sesenta y uno de su edad, y 180 de Cristo. Á una voz el pueblo y el senado le saludaron con la denominacion de DIOS PROPICIO, cosa que antes de él no se habia practicado, ni despues se ha renovado. Dicen que no fué llorado, sino que todos sus súbditos á una dijeron que su venida habia sido un presente de los dioses, y que naturalmente, cumplida su mision, debia abandonar la tierra. La irrupcion de los moros de que hemos hablado parece que fué por el estrecho Gaditano en el año 172, y aun se dice que una de las ciudades á que pusieron sitio fué la de Antequera. Las alteraciones de la Lusitania, de que tambien habla Julio Capitolino, se cree haber tenido lugar en el año siguiente, aunque son dudosos los motivos que á las mismas se señalan. Hay memorias de haber sido cuestor en la Bética Septimio Severo; de haber gobernado en Tarragona Valerio Juliano; en la dicha Bética Julio Nemesio hácia el año 177; de haberse reparado en España los caminos para dar á las legiones un trabajo que fuese útil á los iberos; y de haber ejercido mando en la Tarraconense hácia el año 178 el ya nombrado Septimio Severo que restauró en Tarra-

gona: el templo de Augusto. Volvemos ya al reinado de los mónstruos. El mundo vuelve á tener un amo, y las razas humanas gimen en la mas dura servidumbre. El paganismo, tremebundo y convulso, concentra en una fiera todos sus instintos para hacerse mas odioso. Cómodo toma la púrpura. No le llamamos hijo de Marco Aurelio, porque parece imposible que de tal padre saliese semejante hijo; á no ser que adoptásemos la máxima desconsoladora de los que creen que en la humana naturaleza batallan incesantemente dos gérmenes, y si uno de ellos es comprimido en una generacion, da en otra un estallido incontrastable. La historia afirma que Cómodo era hijo adulterino de algun gladiador abyecto. Ya en su infancia, apesar de que tenia maestros excelentes, sus malas inclinaciones triunfaron de las buenas lecciones y de los bellos ejemplos. De lo bueno, útil, é instructivo era desdenoso; de lo malo, insaciable. No bien fué dueño de sus acciones, separó de su lado á todos los servidores de su padre, y alejó de palacio á todos los ciudadanos honrados, injuriándolos ó dándoles destinos bajos. No mataba solamente por crueldad, sino por diversion y entretenimiento. Tuvo serrallo, por el estilo de los orientales, aunque le compuso solamente de cortesanas buscadas en la hez mas inmundada, y de mozos complacientes. Fué incestuoso con todas sus hermanas, y mató á una de ellas, por nombre Lucila. Senadores, patricios, meros ciudadanos, unos iban al suplicio por ricos, otros por haber nombrado heredero al emperador y por atreverse á dilatar, hecho esto, la propia vida. Tuvo varios favoritos, y cansado de ellos los iba entregando al furor de la plebe. Vendió ó hizo vender todos los gobiernos de las provincias. Sus aduladores, por irrision, ó por miedo, le llamaron Pio, Feliz, Británico, y Hércules romano. Acostumbrado á matar fieras en el Circo, se ensayaba en

los hombres para conocer el efecto de sus armas. Practicaba el culto de Isis, y otros tal vez, para dar gusto á sus concubinas. Si alguno murmuraba de él, era al momento arrojado á las fieras. En los mismos templos fué lascivo, y deramador de sangre. Mientras él pasaba el tiempo lidiando con las fieras en los anfiteatros, sus generales vencian á los moros junto al estrecho Gaditano, á los dacios, á los germanos, y á los bretones en otras provincias del imperio. Si necesitaba dinero, hacia amenazar de muerte á algunas familias, y luego las obligaba á comprar la impunidad de su inocencia. Los malvados podian adquirir por dinero la vida de sus enemigos. Habiendo cierto dia aplaudido el pueblo estrepitosamente á Cómodo, cuando acababa de dar muerte á algunas fieras, tomólo el tirano por una irrision, y mandó á los soldados que entrasen en el anfiteatro á degüello. Hizo que le llamasen « vencedor de vencedores. » Marcia, una de sus concubinas, amiga y protectora de cristianos, temiendo su ira le hizo envenenar y luego ahogar por un atleta. Las aclamaciones con que el senado recibió la noticia de su muerte, las ha conservado Julio Capitolino, copiadas de Mario Máximo. Que sea arrastrado el parricida, dijeron; parricida, cruel, implacable, enemigo del género humano, que sea arrastrado su cadáver; que sus amigos y cómplices los delatores sean entregados á los leones; fué cruel como Domiciano, impuro como Neron, sea pues como ellos arrastrado; no ha perdonado á los agenos ni á los propios; nada ha sido para él sagrado, ni edad, ni condicion, ni sexo; ha despojado los templos, violado los testamentos, despojado á los vivos, y dejado sin sepultura á los inocentes: sea pues arrastrado el cadáver del parricida. Acaeció su muerte el año 192 de Cristo. Como en su tiempo todo se compraba por dinero, hay quien dice que el metal fué el

verdadero César. Los mismos cristianos llegaron á adquirir la paz á peso de oro. Hay memorias de que cierto Tito Aurelio Décimo, prefecto de una legion en Tarragona, dedicó una ara á Marte por la salud de Cómodo. Herodiano habla de las proezas hechas por un simple soldado, llamado Materno, que se levantó contra Cómodo en Italia, hizo levass de gente, aprovechando el general desconcierto, recorrió parte de la Francia, entró en España y puso á contribucion muchos pueblos, pareciéndole sin duda que la rapiña era ya cosa sancionada por las leyes. Acosado en nuestra península, se volvió por donde vino, y tuvo un fin desastroso.

Los conjurados que habian dado muerte á Cómodo ofrecieron á Pertinax el imperio. El pueblo y el ejército andaban hondamente divididos. En enero del año 193 sube Pertinax al poder; obligase con juramento á no perseguir á nadie por el crimen de lesa-magestad, llamado ya el delito de los inocentes; declara que no admitirá ninguna sucesion hereditaria en perjuicio de los parientes y herederos legítimos. Vendió en pública subasta los muebles de Cómodo, lo que hizo patentes las monstruosas inclinaciones de ese potentado. Acusan á Pertinax de avaricia; pero es lo cierto que no tuvo tiempo de manifestar sus vicios ni sus virtudes. Los soldados deseaban un nuevo príncipe, ó sea una nueva distribucion pecuniaria. Amotínanse unos trescientos, y van en busca del jefe del imperio. Pertinax no huye, les sale al encuentro, los detiene, los arenga, y los apacigua: pero cierto Tausio da al emperador una lanzada en el pecho y le tiende sin vida. Tenia Pertinax sesenta años, y habia reinado poco menos de tres meses. El imperio ofreció el aspecto mas deplorable. En las Galias proclamaban á Albino, en Oriente á Níger, en Roma la guardia pretoriana deseaba elegir á Sulpiciano, mientras Didio Juliano hacia un es-

fuerzo para tomar la púrpura por sorpresa. Ganó á los soldados repartiendo á cada uno mas de veinté mil reales ; al senado , diciendo que se ponía á sus órdenes: pero no pudo granjearse la amistad del pueblo , envidioso de la liberalidad con que habia tratado á los soldados , y quejoso de la miseria con que trataba á la plebe. Tirábanle piedras cuando se dejaba ver en público ; llamábanle sayon de los pretorianos que habian muerto á Pertinax por dinero , y nombrádole sucesor tambien por dinero. Entretanto las legiones de la Iliria , queriendo tambien usar del derecho de eleccion , habian nombrado emperador á Septimio Severo , de manera que habia tantos emperadores cuantos eran los ejércitos. Septimio Severo entretuvo con esperanzas á Albino , jefe de las fuerzas de la Galia , y se encaminó hácia Roma para arrojar del trono á Didio Juliano. Consiguiólo , á pesar de que Didio recurrió á las ceremonias de todas las religiones para tener propicio al cielo. Déjase presumir lo que pasaria en nuestra Iberia durante estos calamitosos dias. Los magistrados no sabian á qué parte inclinarse , y esperaban ver el orto de la fortuna para rendirla homenaje. Los míseros pueblos , víctimas de la crueldad y de la avaricia , ni en las humillaciones , ni en los sacrificios pecuniarios hallaban un remedio , porque una humillacion exigia otras ciento , y un sacrificio despertaba una sed inextinguible de nuevos y mas intolerables sacrificios. Todos preguntaban qué civilizacion era esa que pendia del capricho de algunos individuos , que no tenia poder bastante para mantener á raya al pequeño ni al grande , que eternamente estaba legislando y jamás tenia leyes , que en cada soldado se daba un jefe , y cuyos príncipes desde el momento que tomaban la púrpura se creian dioses.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

	PÁGINA.
PRÓLOGO.	3

LIBRO TERCERO.

LOS IBEROS Y LOS ROMANOS.	5
CAPITULO I. Escipion y Sifax. Destruccion de Illiturgis. Suicidio de Astapa. Enferma Escipion. Alteraciones en varias provincias. Rebelion militar. Batalla contra los celtiberos. Amago contra Cartagena. Sométese Cádiz. Escipion vuelve á Roma.—Año 206 antes de Cristo.	id.
— II. Trágico fin de Indibilis y de Mandonio. Denuedo de los celtiberos en África. Fin de la segunda guerra púnica.—Años 205 á 201 antes de Cristo.	16
— III. Principio de las guetras de la independencia contra los romanos. Triunfos y descabros en las lidias con Acidino, Cete-go, Caton, Dígicio y Násica.—Años 200 á 193 antes de Cristo.	25
— IV. Continúa la guerra de la independencia contra los romanos y sus pretores Fulvio, Flaminio, Emilio, Hipseo, Bruto, Manlio, Atinio, Crespino, Calpurnio, Varron y Sempronio Longo, con varia fortuna.—Años 193 á 183 antes de Cristo.	34
— V. Siguen las guerras de la independencia contra Roma y sus pretores Tamfilo, Paulo, Manlio, Fulvio, Sempronio Gracco, Postumio, Curvo, Fonteyo, Cepion, Filon y otros.—Años 182 á 169 antes de Cristo.	47
— VI. Toma nueva actividad la guerra contra Roma. Hechos de Manilio Pison, Mummio, Nobilior, Marcelo, Lúculo y Galba.—Años 168 á 151 antes de Cristo.	65

CAPITULO VII. Sostiene Viriato las guerras contra Roma. Tercera guerra púnica y ruina de Cartago. Principio de la guerra numantina. Muerte de Viriato.—Desde 150 hasta 140 antes de Cristo.	89
— VIII. Guerras de la independencia sostenidas por los numantinos; y destruccion de Numancia.—De 140 á 133 antes de Cristo.	108
— IX. Siguen las guerras de la independencia en la Lusitania y en la Celtiberia contra algunos legados, pretores y cónsules romanos, con varia fortuna.—Años 132 á 83 antes de Cristo.	132
— X. Guerras de Sertorio en España.—Años 82 á 71 antes de Cristo.	142
— XI. Continúan las guerras de la independencia contra Roma sostenidas por los lusitanos, vacceos, cántabros y moradores de la sierra Herminia. Lo que de Estrabon se desprende acerca de nuestra Iberia en estos tiempos.—Años 70 á 30 antes de Cristo.	157
— XII. Guerras de César en España contra Afranio, Petreyo, Varron, y despues contra los hijos de Pompeyo.—Años 49 á 44 antes de Cristo.	169
— XIII. Últimas luchas de los cántabros, astures, y gallegos, por la independencia ibérica.—Años 43 á 1 antes de Cristo.	191

LIBRO CUARTO.

EL CAUTIVERIO ROMANO.	207
CAPITULO I. Fin del reinado de Augusto, Principio de la era cristiana.—Años 1 á 14 de Cristo.	id.
— II. Nuestra cautividad desde Tiberio hasta Trajano — Años 14 á 98 de Cristo.	217
— III. Cautividad de la Iberia desde Trajano hasta Septimio Severo I.—Años 98 á 193 de Cristo.	239

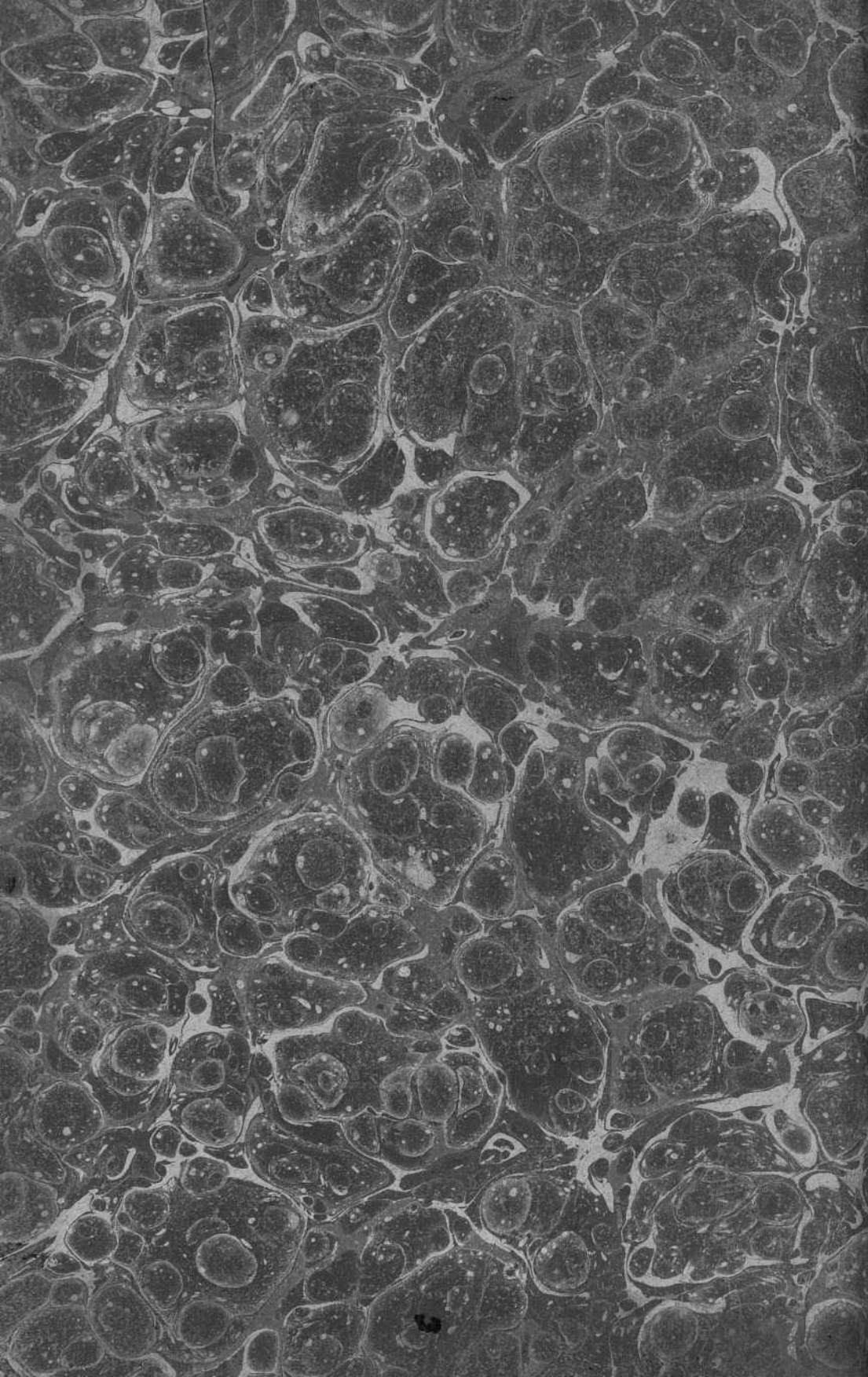
FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

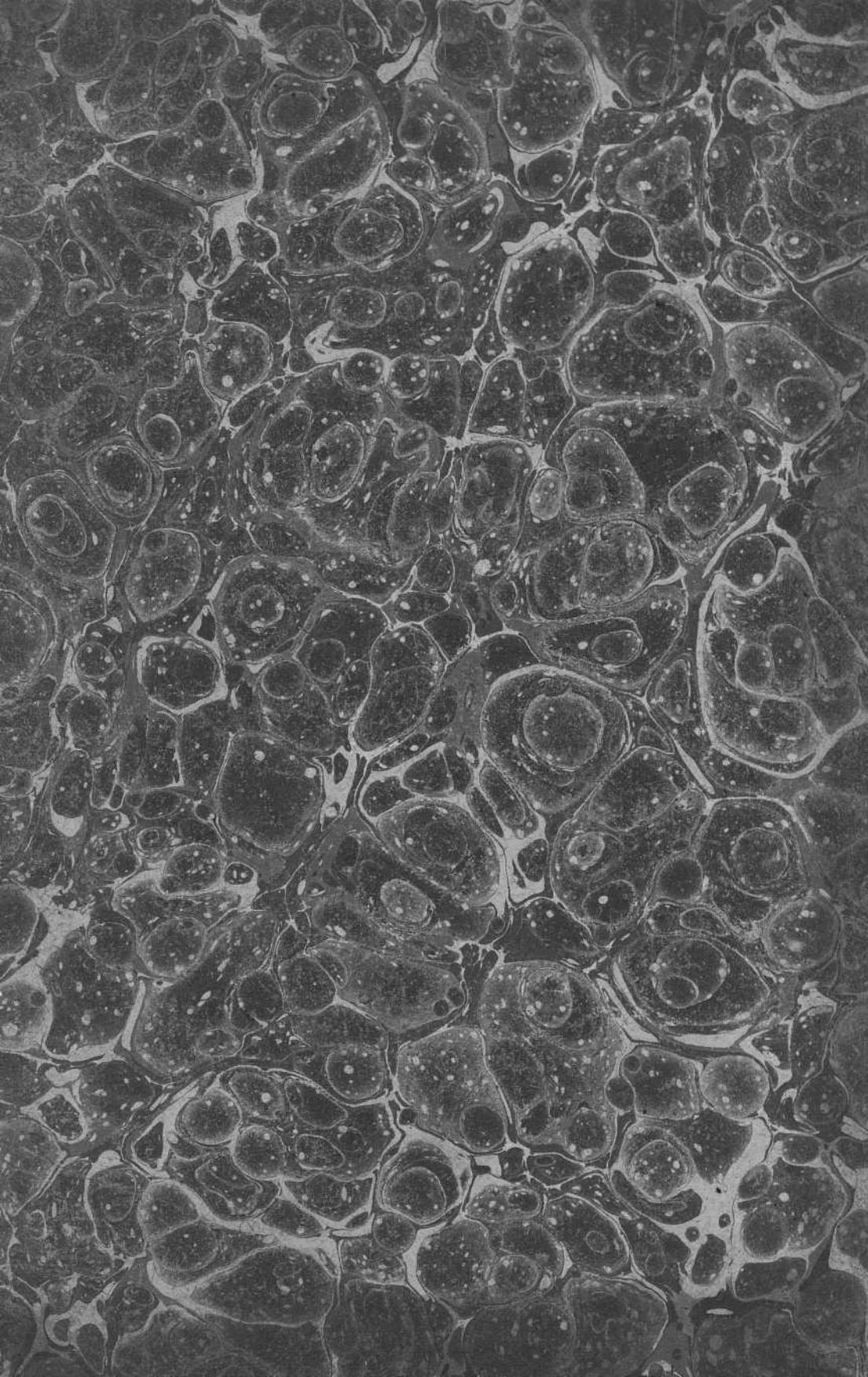
ADVERTENCIA. Queda cerrada la suscripcion á esta obra, y ya no se tiran ejemplares mas que para los que van tomando los cuadernos semanales.

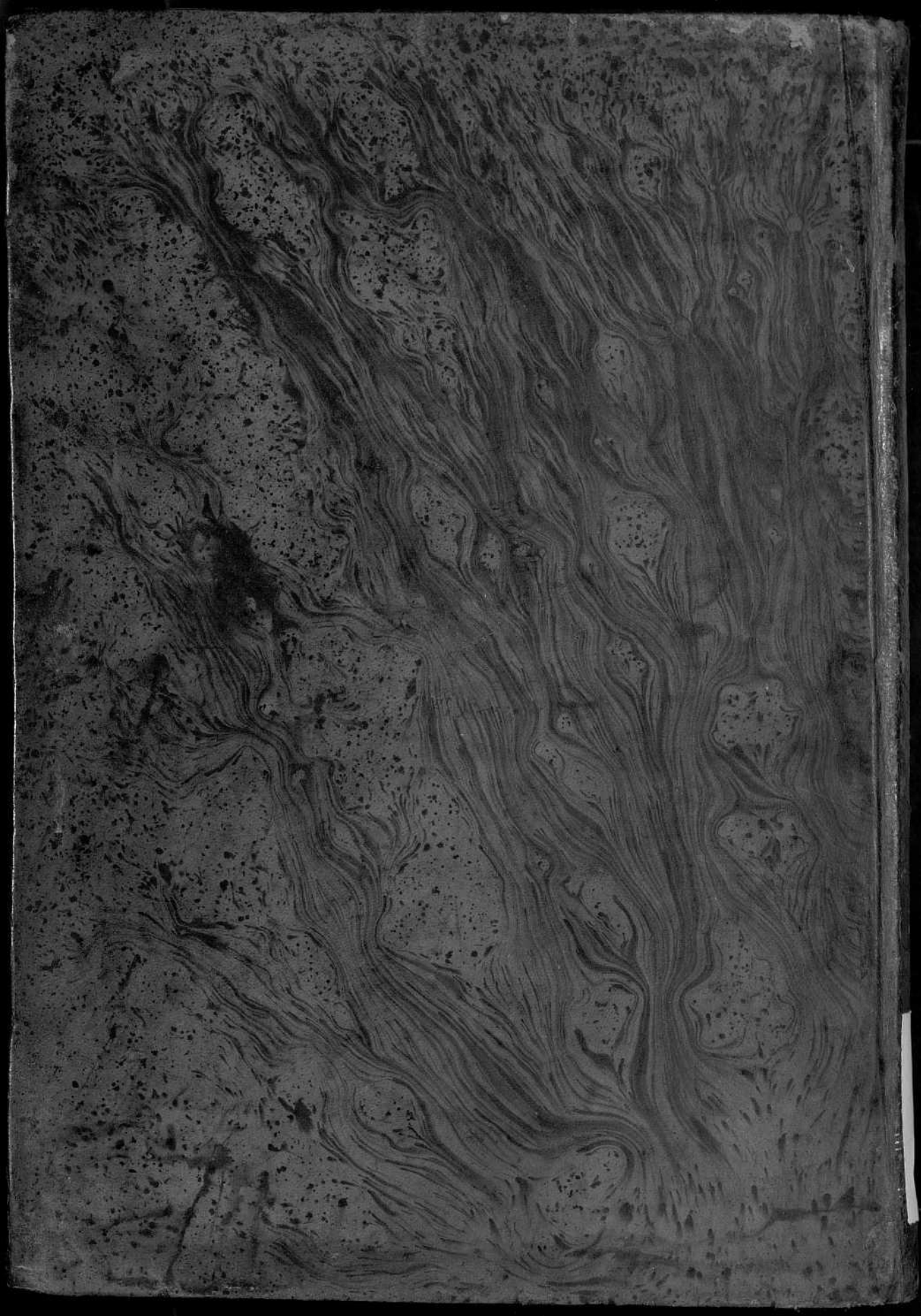
cg-241

ce-07

7-218







G 31151

THE
NEW
LITERARY
SERIES

